Diego Blanco Albarova

Un camino inesperado

Desvelando la parábola de *El Señor de los Anillos*

EN CUENTRO

100XUNO

Diego Blanco Albarova

Un camino inesperado

Desvelando la parábola de *El Señor de los Anillos*

EN
CUEN
TRO

© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2016

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 6

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-9055-796-9

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid - Tel. 915322607

www.ediciones-encuentro.es

Para Loli, mi Lúthien Tinúviel, porque «entre las historias de dolor y ruina que nos llegaron de la oscuridad de aquel entonces, hay sin embargo algunas en las que en medio del llanto resplandece la alegría, y a la sombra de la muerte hay una luz que resiste».

Para mis hijos, flechas de guerrero capaces de derribar a un Nazgûl, porque este libro ha sido escrito, en primer lugar, para vosotros.

Para Joserra el Azul, señor de Rivendel, por todo lo que no cabría en mil libros.

Para la segunda comunidad del Anillo de Santa Engracia, en Zaragoza, por soportar a un orco como yo entre sus filas.

Para mi grupo de posconfirmación: Brandon, Débora, Elías, Érika, Fran, Lucía, Miguel, Miriam, Pedro y Rebeca, «para poder decirles lo mucho que los quiero y lo breves que son ciento once años entre hobbits tan maravillosos y admirables».

Para Gandalf, Aragorn y Arwen, y Samsagaz, mis catequistas.

«Los cuentos de hadas no dan al niño su primera idea de los fantasmas. Lo que los cuentos de hadas dan al niño es su primera idea clara de una posible victoria sobre el fantasma. Nosotros hemos conocido íntimamente al dragón desde siempre, desde que supimos imaginar. Lo que el cuento de hadas hace es proporcionarnos un san Jorge capaz de matar al dragón. Lo que el cuento de hadas hace exactamente es esto: por una serie de claras representaciones pictóricas, nos acostumbra a la idea de que esos terrores ilimitados tienen un límite; de que esos informes enemigos tienen enemigos; de que esos infinitos enemigos del hombre tienen enemigos en los campeones de Dios; de que hay algo en el universo más místico que las tinieblas y más potente que el miedo poderoso».

G. K. Chesterton
El ángel rojo

PRÓLOGO

El salmo 78 dice: «Lo que hemos oído, lo que nuestros padres nos contaron, no se lo callaremos a sus hijos, a la futura generación lo contaremos. Las alabanzas de Yahvé y su poder, las maravillas que hizo; Él había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, que la generación siguiente lo supiera, los hijos que habían de nacer; y que estos se alzaran y se lo contaran a sus hijos, para que pusieran en Dios su confianza y no olvidaran las hazañas de Dios».

Cualquiera que viva este desvelo por hacer llegar a las próximas generaciones la frescura y el gozo del Evangelio de Jesucristo, y no siempre le resulte fácil conseguirlo, no puede menos que alegrarse enormemente de que podamos contar entre nosotros con la edición de este libro, una «aplicación» católica de la parábola de *El Señor de los Anillos*.

Yo, que no soy experto en Tolkien ni en este tipo de lecturas y películas que han llegado a todos los rincones del mundo, provocando un montón de fans, estoy bien agradecido a Dios por contar con alguien como Diego Blanco, que siendo uno de estos fans, y habiendo experimentado en su propia vida el ser ayudado por *El Señor de los Anillos*, nos lo cuente a todos con esta profundidad teológica y espiritual.

Y es que poder llegar a las próximas generaciones en su terreno es como ganar un partido fuera de casa: los goles valen doble.

He constatado el bien que ha hecho, por ejemplo, en la diócesis vecina de Pamplona la lectura comentada y la visión de la obra de C. S. Lewis, *Las Crónicas de Narnia*. Muchos jóvenes han podido acceder al mensaje evangélico de una forma que de otro modo no hubiera sido posible. Como el autor explica en el libro, en el fondo C. S. Lewis no es más que un discípulo aventajado de Tolkien, además de su deudor en su conversión al cristianismo.

Esto nos recuerda lo que dice san Pablo de los judíos: si su rechazo de Cristo hizo tanto bien, ¿qué no será su vuelta? Si ha hecho tanto bien el que alguien nos descifre las más evidentes *Crónicas de Narnia*, ¿qué no será el que alguien nos descifre, como hace el autor, la obra madre, mucho más profunda *El Señor de los Anillos?*

Como decía un sacerdote joven: «Sí, todos sabemos que Tolkien era supercatólico, que su obra tenía la pretensión de transmitir la fe; pero eso, ¿dónde se ve y quién nos lo explica?». Aunque conozco varias respuestas a esta inquietud (en Radio María hay varios ejemplos),

ninguna como esta obra tan sistemática, que comenta *El Señor de los Anillos* casi capítulo por capítulo; ni tan actual, ni tan profunda. Contrastada, además, no tanto por las notas a pie de página que la hubieran alejado de sus destinatarios predilectos, sino por la vivencia del autor.

Es estupendo que el autor nos invite a todos a hacer una verificación de la obra del siguiente tipo: ¿Esto me pasa a mí? ¿Se cumple en mi vida? La vida de este joven, padre de 9 hijos, con 39 años, salvado y caminante en una comunidad neocatecumenal, dice que sí. ¿Y la tuya? ¡Ahí queda el reto!

De todas formas, esto no deja de plantearnos una cuestión: ¿por qué Tolkien lo ha hecho todo tan escondido a diferencia de Narnia?

La clave que nos presenta el autor, en el sentido de que Tolkien quería entrar astutamente y hasta la cocina de tantos hogares y corazones para ir haciendo su bien y quizá un día «explotar», no deja de parecerme superinteresante. Ojalá a través de este libro pueda llegar esa explosión a tanta gente, joven y no tan joven, que no tiene acceso a la «bomba atómica de amor» que es el Evangelio de Jesucristo.

Esta «astucia de las serpientes» tolkiniana, no tan lejana de la que Jesús propone en el Evangelio, acompañada de la «sencillez de la paloma», no deja de ser también un arma pastoral que hemos explotado poco en la Iglesia. Y, sin embargo, me parece descubrirla en el mismo Evangelio.

Este libro nos ayuda a entender mejor la explicación de Jesús sobre por qué habla en parábolas: «Por eso les hablo en parábolas porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden» (Mt 13,13). La nota de la *Biblia de Jerusalén* sobre esta cita me resulta más luminosa a la luz de la obra de Diego:

«A estos espíritus endurecidos a los que la plena luz sobre el carácter humilde y oculto del verdadero mesianismo *no haría sino cegar más*, no les podrá dar Jesús más que una luz tamizada por los símbolos: *luz a medias* que también será una gracia, una invitación a pedir mejor y a recibir más».

De hecho, los discípulos con mejor salud visual piden en el Evangelio (como nosotros a Tolkien) que nos explique las parábolas mientras otros se quedan a media luz... Se trata de un signo de misericordia pastoral por parte de Jesús y también de Tolkien. No es casual, por tanto, que el autor haya subtitulado el libro: «Desvelando la parábola de *El Señor de los Anillos*».

Yo mismo animé a Diego a pasar estos contenidos a otros soportes, audiovisuales, por ejemplo. Pero me alegro mucho de que quede constancia escrita en una editorial tan seria como Encuentro, de todo

lo que hay en esta visión, no sólo cristiana, sino católica, de la obra de un Tolkien, que supongo feliz de llegar a un público como el español, no menos cerrado a Jesucristo de lo que estaba en su día la Unión Soviética, en la que consiguió penetrar como quien no quiere la cosa.

No me alargo más. Te invito a esta aventura lectora y vital.

+ José Ignacio Munilla Aguirre
Obispo de San Sebastián

BASADO EN UN HECHO REAL

«Hasta el final de sus días Bilbo no alcanzó a recordar cómo se encontró fuera, sin sombrero, bastón o dinero, o cualquiera de las cosas que acostumbraba a llevar cuando salía, dejando el segundo desayuno a medio terminar (...), corriendo callejón abajo tanto como se lo permitían los pies peludos».

El Hobbit, cap. 2 «Carnero asado».

Hace mucho tiempo, en una pequeña ciudad de una pequeña isla, un agnóstico invitó a cenar a un católico y a un anglicano. El agnóstico, al que todos llamaban Jack, aunque este no era su verdadero nombre, era un erudito de reconocido prestigio que había sufrido una aterradora infancia en un internado. El católico era huérfano; su padre había muerto cuando tenía cuatro años, y su madre cuando tenía doce. Trabajaba como profesor y había sido educado y tutelado por un sacerdote desde la muerte de su padre. El anglicano había resultado gravemente herido en las trincheras de la Primera Guerra Mundial.

Los tres eran intelectuales, y a los tres les unía una enorme pasión por la mitología. No es de extrañar que al sentarse a la mesa la conversación derivase enseguida hacia ese tema. Hablaron mucho y cenaron más, pues a los tres les encantaba la buena mesa y, como lo único que superaba su pasión por la comida y por la conversación era su caluroso entusiasmo por rodearse de un espeso humo gris procedente del tabaco de sus pipas, pronto se vieron obligados a abrir las ventanas de las habitaciones de Jack. Todavía no hacía demasiado frío. Era septiembre. Al acercarse a las ventanas y contemplar el paisaje, Jack propuso dar un paseo por el sendero que corría bajo sus habitaciones, y que circundaba varios afluentes de un pequeño río. Paseando, podrían continuar con su conversación, y caminar les ayudaría a refrescar la mente, ya que no es saludable irse a dormir inmediatamente después de comer. Además, era un paseo agradable, que discurría entre árboles centenarios, alrededor de una pradera donde correteaban los ciervos.

Así que, una vez encargado el católico de aprovisionarse, antes de bajar de la habitación, de suficientes libras de tabaco como para que los tres pudieran pasar una o dos horas, comenzaron a pasear por el sendero, con andar despreocupado, contemplando el reflejo de la luna en las curiosas florecillas que alfombraban la pradera, exhalando humo como locomotoras y conversando acerca del significado profundo de los mitos.

Al rato, quizá porque comenzaba a cansarse de la conversación, o quizá porque quería cambiar de tema y proponer una excursión por la campiña para la semana siguiente con el fin de poder continuar con su viejo proyecto de elaborar un «mapa de la cerveza» de la isla, Jack quiso dar por zanjada la cuestión.

—Al fin y al cabo —dijo—, aunque parezcan muy hermosos y vivos en esas historias, los mitos son mentiras, y por tanto, no merecen la pena.

—No —contestó el católico—. No son mentiras.

Justo entonces, sopló un repentino viento en medio de aquella noche tranquila y cálida que hizo agitar las hojas y presagiar lluvia. Los tres se quedaron sin aliento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jack.

—Quiero decir —contestó el católico— que, cuando tú ves una estrella, sabes que es una bola de materia inanimada moviéndose mediante un curso matemático; pero que aquellos que la llamaron por primera vez «estrella» la veían como un ser viviente de color plata, ardiendo en llamas en respuesta a una música celeste que nadie más podía oír. Para ellos toda la creación había sido engendrada por medio de seres fantásticos y terribles, magníficos y poderosos. Y el único género eficaz del que podían valerse para transmitir esto a sus hijos eran los cuentos, los mitos.

—Eso es irrelevante, y además no responde a lo que acabo de decir de que los mitos son mentiras.

—Sí, pero en última instancia, ¿quién es el mentiroso? Es verdad que el hombre puede pervertir su pensamiento con mentiras, pero es otro el que genera sus ideas.

—¿Y quién es ese otro? —inquirió Jack divertido, previendo la respuesta.

—Es Dios. Dios es quien genera sus ideas.

—Ya apareció en escena. No conozco dos personas más distintas que tú y yo. Desde que nos conocimos en el claustro, cuando sales con esas, no dejo de sentirme un enclenque en presencia de un importante clérigo de buena familia tomando el agua bendita a la puerta de una iglesia. Estas cosas desbaratan tu argumentación y le restan credibilidad. No sabes hablar de otra cosa, Tollers.

—Pero si lo piensas —continuó el otro, sonriendo ante la pulla—, sabrás que digo la verdad si afirmo que los pensamientos del hombre y las invenciones que crea su imaginación deben originarse con la ayuda de otro. Del Otro, con mayúsculas. Vamos, Jack, eres inteligente, abandonaste el ateísmo hace meses, convencido de que era imposible vivir coherentemente creyendo que el destino de tu vida no es más que una tumba vacía.

—Sí, y en gran parte por tu culpa. Me molestó especialmente aquello

que dijiste de que para no creer en Dios hace falta tanta fe como para creer en Dios. Y acepté el agnosticismo sólo para llevarte la contraria y afirmar que no tengo fe en nada. Ni siquiera en el ateísmo.

—¿Qué significa eso? —intervino el anglicano—. ¿Cómo es que para no creer en Dios hace falta tanta fe como para creer en Él?

—Es una frase gloriosa de tu amigo Tollers —respondió Jack—. Afirma que, si es fácil para un hombre acabar con Dios, lo difícil entonces es esconder el cadáver.

—¿El cadáver?

—Sí —repuso Tollers—. ¿Dónde puedes esconder la presencia, «el cadáver», de ese Dios que ha eliminado el hombre, cuando es precisa una respuesta ante el sufrimiento, la enfermedad, la muerte, el «quién soy yo» en definitiva, que cada uno tenemos dentro? La única respuesta para un ateo, si quiere ser coherente, es que nada tiene sentido. Nada importa puesto que somos fruto del azar y nadie nos va a pedir cuentas. Entonces, qué más da si soy honrado o no, para qué sirve vivir o casarse o tener hijos. Qué sentido tiene sufrir...

—Ya ves. Tollers ha estado diciendo cosas así de divertidas últimamente —dijo Jack, cargando de nuevo su pipa con una generosa ración de tabaco negro.

Jack observó a su amigo católico mientras continuaba acomodando cuidadosamente el tabaco en la cazoleta de la pipa. «No te fíes nunca de un católico ni de un filólogo», le habían recomendado antes de tomar posesión de su plaza de profesor en la universidad de esa pequeña ciudad, y Tollers (que tampoco era su verdadero nombre) era ambas cosas. Un católico devoto, que recorría varios kilómetros todas las mañanas con su bicicleta para asistir a misa en una pequeña parroquia antes de desayunar; y un filólogo, profesor de universidad como él, apasionado por las lenguas y mitologías nórdicas.

—No. No, mi querido amigo —dijo al fin Jack mientras encendía su pipa—. Me parece que yo no creo en ninguna religión. Ninguna tiene pruebas de nada y, desde un punto de vista filosófico, el cristianismo no es precisamente la mejor de ellas. Todas las religiones, es decir, todas las mitologías con un nombre propio, son meras invenciones del hombre. Para mí, Cristo es igual que Loki.

—No puedes seguir defendiendo esa postura —le interrumpió el anglicano—, si tú mismo llevas meses estudiando la historicidad de los Evangelios, y el otro día en el pub admitiste que era «casi cierto» que hubiera ocurrido lo que relatan. Un «casi cierto» en ti es como un dogma del Papa para Tollers —añadió sonriendo.

—Bien, ¿y qué? Sigue siendo irrelevante que haya ocurrido o no. Mirad, mis piadosos amigos, lo que a vuestro buen viejo Jack no le entra en la cabeza es cómo la vida y muerte de alguien, fuese quien fuese, hace dos mil años me puede ayudar a mí ahora excepto por el

ejemplo que me pueda dar. Pero, si como Tollers no se cansa de decir, el ejemplo de Cristo como hombre y como maestro no es el centro del cristianismo, entonces, ¿qué nos queda? ¿Aquello que dicen las cartas de san Pablo cuando hablan de «propiciación», «sacrificio» o «sangre del cordero»? ¿Para qué sirve todo eso? ¿Cómo puede el sacrificio y vuelta a la vida del «cordero» salvar al mundo? Ya sabéis que yo no subestimo el poder del mito, al contrario, pero esa historia de Cristo ya la he leído antes en el dios muerto Balder, hijo de Odín, y por cierto que me he divertido más leyendo su historia que con la del hijo del carpintero de Nazaret.

Tollers se detuvo. Comenzaba a refrescar. El viento que hacía un rato habían sentido de improviso parecía querer rondar de nuevo por allí, más suavemente ahora, como si no quisiera molestar, igual que un niño que asiste a una conversación de adultos y lucha contra el sueño, expectante y casi clandestino, para poder escuchar lo máximo posible antes de que alguien repare en su presencia y lo mande a dormir.

—Ya te lo he dicho antes, Jack —dijo Tollers—. Al crear un mito, el hombre no hace sino reflejar de la única manera que está a su alcance un fragmento de la realidad que necesita de una respuesta. La muerte, el sentido de la vida y del sufrimiento, el amor, los celos, la traición, la tristeza; son realidades que acorralan al hombre desde que es hombre. Dios ha querido inspirarle ciertas verdades, o la verdad, podríamos decir, sobre estas preguntas y el poeta las ha expresado en imágenes, como ha podido. De modo que cada uno de estos cuentos, de estos mitos, contiene un reflejo de la verdad, aunque no la verdad completa. El cristianismo es justo lo mismo. Salvo por la enorme diferencia de que el poeta que lo creó es Dios mismo, y que las imágenes que utilizó para construir su historia son hombres reales, como tú y como yo.

—¿Quieres decir que la muerte y resurrección de Cristo es el viejo mito del «dios muerto que vuelve a la vida» contado de nuevo?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir —respondió—, salvo por una cosa, y aquí está la clave. Que existe un verdadero Dios muerto y resucitado, localizado de forma precisa en la historia y cuya actuación ha tenido consecuencias históricas definitivas. Este mito es verdad, Jack. Ocurrió, y podemos saber que es real por un hecho determinante.

—¿Cuál es ese hecho?

—Que cambió la vida de las personas. Los apóstoles, por ejemplo, que en la hora de las tinieblas no pudieron demostrar nada más que su cobardía volviendo la espalda a su Maestro, de repente, fueron capaces de dar su vida, pasando por la prueba del fuego para anunciar todo lo que habían visto y oído aceptando con alegría el ser ellos sacrificados de la misma manera. El miedo había sido vencido en ellos

de una manera real y profunda.

Jack se sentó en un banco cercano y se arrebujó en su abrigo. Comenzaba a sentir una poderosa sensación de certeza en su interior. No quería escucharlo, pero algo le estaba diciendo que lo que su amigo estaba explicando era verdad y todavía no estaba resuelto a aceptarlo. El anglicano sonreía con un brillo en los ojos mientras miraba la pradera que se extendía más allá de los árboles.

—¿Y hoy? —dijo Jack al fin—. ¿A mí en qué me afecta? Los apóstoles forman parte del mito pero yo no.

—Tú formas parte del mito al igual que ellos —dijo Tollers—, al igual que yo, al igual que todos. Porque lo que cuenta esta historia, este mito que ha ocurrido en realidad, es que el Enemigo del hombre forjó un arma poderosa con la cual podía esclavizarlo y someterlo a su voluntad perversa. Forjó el miedo, que Dios no había creado. Y por eso, viendo que toda la humanidad sucumbía en la batalla contra un arma tan poderosa, el mismo Dios tuvo que hacerse hombre, venir a la tierra, para arrebatársela y destruirla, destruir el miedo, y ofrecer el fruto de su hazaña a todos los hombres para que pudieran ser liberados de esta forma de esclavitud. Es el miedo lo que dirige los pasos del hombre, el miedo a sufrir, a no ser querido, a no encontrar sentido a nada. Y como en última instancia el mayor miedo del hombre es el miedo a la muerte, Dios tuvo que destruir la muerte para aniquilar el arma del enemigo. Esta arma cruel que forjó en secreto en un tiempo inmemorial.

—Creo que entiendo lo que quieres decir, y debo admitir que lo entiendo de una forma que no había alcanzado a comprender antes.

—Eso es porque, quizá, las personas estamos más capacitadas para comprender las verdades profundas si toman la forma de un cuento o una canción, que si se limitan a exponerse en una serie de realidades abstractas. Esto es lo que quiero decir con que el mito es real. Este mito es profundamente real, tanto que ocurrió de veras y desde que ocurrió ha liberado del miedo a millones de personas.

Hubo un silencio incómodo. Era evidente que a Jack no le había dejado indiferente esta conversación. El viento parecía contento ahora, jugueteando con las hojas secas de los árboles que habían caído en el sendero, levantándolas, haciéndolas girar en pequeños remolinos y dejándolas caer de nuevo.

—Bien —dijo Tollers, sacando el reloj del bolsillo de su chaleco—. Santo cielo —carraspeó—, ya son las tres de la mañana. Sigue habiendo un poderoso conjuro en esta pradera capaz de detener el tiempo. Debo marcharme ya.

—Sí, todos debemos —contestó Jack.

Se encaminaron en silencio hacia las habitaciones de Jack. Se despidieron con un apretón de manos.

—Gracias por la cena y la conversación, Jack —dijo Tollers—. Hasta el jueves en el Eagle, como siempre.

—No faltaré, hasta el jueves. Y por cierto, Tollers —exclamó cuando este ya se encaminaba fuera del edificio—, me gustaría oírte contar este cuento otra vez. Confieso que me gustaría saber qué forma tiene esa arma del Enemigo.

—Si quieres —contestó el otro con una sonrisa—, lo pondré por escrito, lo encuadernaré con tapas rojas y vendré a contártelo por las noches para que puedas dormir bien tranquilo y arropado. ¡Adiós!

—No estaría mal —murmuró viéndolo alejarse—, no estaría mal que lo pusieras por escrito. Y quizá llegue un día en el que también lo haga yo. Bien, amigo —dijo volviéndose hacia el anglicano—, tú y yo aún tenemos que dirimir algunas cuestiones así que no nos iremos a la cama hasta las cuatro.

—Así sea, subamos. Además sería una imperdonable descortesía por tu parte conservar algo de ese magnífico whisky que escondes en tu habitación y dejar que se eche a perder en la botella.

Al cruzar el arco que conducía a sus habitaciones, Jack vio tallado sobre el contrafuerte el escudo de la pequeña ciudad de la pequeña isla. Bajo las figuras de un elefante y una nutria podía leerse un lema escrito en latín: «Fortis est veritas», la verdad es fuerte.

Aquella noche, la noche del 19 de septiembre de 1931, Jack no podía estar más de acuerdo con eso.

Doce días después, en aquella pequeña ciudad llamada Oxford, Jack, cuyo verdadero nombre era C. S. Lewis, escribió en una carta dirigida a un viejo amigo llamado Greeves:

«He pasado a creer definitivamente en Cristo, en el cristianismo. Te lo explicaré en otra ocasión, pero mi larga charla con Tollers (que en realidad se llamaba J. R. R. Tolkien) y con Hugo Dyson ha tenido mucho que ver con eso».

INTRODUCCIÓN

El libro de tapas azules, el libro de tapas verdes y el libro con la “X” en la portada

Hacia la otra orilla.

«Y la nave se internó en la Alta Mar rumbo al Oeste».

El Señor de los Anillos, «Los puertos grises».

«El libro es, indudablemente, un objeto sagrado. Los libros encierran las joyas más valiosas en los cofres más pequeños. Pero nada de esto impide que la superstición comience en el mismo punto en que el cofre empieza a ser más valorado que las joyas que contiene».

G. K. Chesterton. *Lectura y locura.*

No recuerdo qué edad tenía la primera vez que leí *El Señor de los Anillos*. Sólo recuerdo que era un niño y que desoyendo los consejos de mi primo, que fue el que me prestó su ejemplar (una edición con tapas azules, de Círculo de Lectores, cuyo papel olía maravillosamente y más grueso que una biblia), no comencé leyendo *El Hobbit*, como hubiera sido lo lógico para un chico de mi edad. Mi hermano mayor y mis primos hablaban del libro constantemente y de una forma tan sugestiva que logró maravillarme y seducirme. Así que me empeñé en tenerlo en mis manos, haciendo caso omiso de los cientos de veces que

tuve que escuchar que era demasiado joven para leerlo, demasiado tonto para entenderlo, sin la agudeza visual precisa para descodificar el minúsculo tamaño de la letra y excesivamente perezoso para perseverar en su lectura. Además, me fue profetizado con cierta vehemencia que abandonaría su lectura al segundo párrafo.

Me dio igual.

En aquel primer intento sólo llegué a sentarme con Gandalf y Frodo junto a la ventana abierta del estudio y al fuego brillante del hogar en Bolsón Cerrado. No estuvo mal. Superé los dos párrafos que me habían puesto como límite. Pero descubrí algo más. *Había* mapas. Mapas maravillosos que recuerdo con una extraña nitidez, un montón de mapas página tras página. Y en el último de ellos, escrito en gigantescas letras negras podía leerse: «Mordor».

Mordor. La sola palabra en sí me apasionaba. Yo sabía por mis primos que Mordor era el lugar donde vivían los malos y recuerdo que, emocionado por mi hallazgo, intenté jugar a Mordor en el colegio con escaso éxito (¿que quieres jugar a qué?). Así que me resigné a patear el balón en los multitudinarios partidos de fútbol que, disputados diariamente, eran el único recurso disponible y aceptado por todos para entretenerse en la media hora del recreo.

Pero el libro seguía en mi habitación, y sus tapas azules ejercían un extraño poder sobre mí. De modo que al tiempo volví al estudio de Bolsón Cerrado a continuar la conversación con Gandalf. Por él me enteré de que el anillo que ahora tenía Frodo era peligrosísimo y terrible. Un arma cruel forjada por el propio malo en persona: Sauron, el Señor Oscuro.

Con aquel segundo intento ya obtuve lo suficiente como para alimentar mi imaginación sin necesidad de seguir leyendo y para, por qué no decirlo, presumir un poco delante de mis compañeros y de mi familia.

—¿Pero se está leyendo eso el niño?

—Míralo. Ahí lo tienes.

Me encantaba escuchar aquello. Podía presumir de haber leído sin haberlo hecho mucho en realidad. La ley del mínimo esfuerzo trasladada a la literatura y con el único fin de aumentar mi ego.

Pero pronto descubrí que el libro de tapas azules era un ser bastante celoso. No dejaba de mirarme desde la estantería, no con despechada dignidad ni con pena o con reproche. Era un ojo de fuego enfurecido y desafiante que me hacía sonrojar y cuya mirada intentaba ignorar lo máximo posible. Y al fin, pasado un tiempo, el libro, molesto por el polvo que se acumulaba sobre su lomo, consumó su venganza, largamente meditada en las tinieblas del estante, harto de la afrenta de tener que soportar a aquel muchachito que presumía de conocer sus secretos sin haber pasado del segundo capítulo.

La venganza tomó forma de una penosa amigdalitis que, como un nuevo san Ignacio, me tuvo postrado en la cama casi dos semanas. Evidentemente, el libro que mi madre colocó en mi mesilla para que me entretuviera (bendita época en la que no había televisores en cada habitación de la casa), fue *El Señor de los Anillos*. En el pecado está la penitencia, y yo, entre febril y vergonzoso, no tuve más remedio que volver a poner el pie en Bolsón Cerrado.

Allí, me asomé por encima del hombro de Gandalf para ver la inscripción del anillo que Frodo acababa de sacar de la chimenea con unas tenazas. Para mi sorpresa, el libro, una vez consumada su venganza, no parecía guardarme ningún rencor; más bien al contrario. Se había limitado a dar un pescozón a un amigo perezoso, que presumía de ser el mejor de ellos, aunque en realidad le daba pereza ir a visitarle. Lo que en verdad quería el libro de tapas azules era que pudiésemos disfrutar de nuestra mutua compañía.

Fue la mejor enfermedad de mi vida. Recuerdo vívidamente cuando, atravesados ya muchos peligros y habiendo tenido el placer de conocer a personajes tan maravillosos y admirables como Tom Bombadil y su esposa Baya de Oro, llegué con Frodo, Sam y los demás al Poney Pisador. Y una vez en la posada, limpiado el barro del camino, entre el sabor del jarabe y los pliegues de las sábanas, protegido por mantas confortables y calentitas, me quedé de piedra al ver aquella figura embozada de la esquina que fumaba en pipa y observaba a Frodo con demasiado interés.

Por desgracia el jarabe me hizo efecto y me curé al fin y al cabo. Pero desde aquel momento al libro de tapas azules no le volvió a crecer polvo en el lomo, y el niño presuntuoso continuó acompañando a Frodo día a día hasta el fin de todas las cosas.

Consumado el matrimonio, la familia creció. Y pronto hubo que hacer hueco en el estante para acoger dignamente a *El Hobbit*, que también sustraje de forma indecente de casa de mis primos y cuya lectura me proporcionó muchas horas de felicidad. Al poco tiempo, y mejorada mi ya de por sí asombrosa pericia como saqueador nocturno de los bienes ajenos (había practicado mucho), aparecieron en mi habitación los *Cuentos Inconclusos* junto a un tal Egidio que era granjero y un pintor llamado Niggle. *El Silmarillion* no lo tomé prestado. No estaba en ninguna parte y tuvieron que pasar muchos años antes de que me pudiera hacer con un ejemplar. Poco a poco me fui haciendo mayor y como crecía mi interés por los juegos que en aquella época llamábamos «de especialista», me suscribí a la tristemente extinta revista *Líder*, especializada en juegos rol y estrategia, donde comencé a leer artículos sobre Tolkien y la Tierra Media.

Asimismo, y como ya comenzaba a sentir el peso del dinero en mi

bolsillo, gracias a que ya se me consideraba lo suficientemente mayor como para tener una asignación semanal, pude abandonar el oficio de saqueador nocturno y adquirir por mí mismo los libros, revistas y juegos que necesitaba. He dicho que abandoné el oficio de saqueador, pero mejor sería decir que evolucioné desde el atraco furtivo y culpable hasta los golpes bien planeados de un crápula seductor de guante blanco. Teniendo como víctima a mi abuela, bendita sea su memoria, que a espaldas de mis padres, y desde un monedero negro con cierre de bolitas doradas que tenía propiedades mágicas ya que nunca se vaciaba, financió mis actividades cuando no bastaba la asignación semanal, ni siquiera sumando varias semanas.

También comencé a escribir. Mi primer relato lo titulé *Hiriam, el Jorgul* y trataba fundamentalmente de Hiriam, que era un jorgul. No mucho más, por desgracia. Huelga decir que copié descaradamente no sólo el estilo sino hasta expresiones literales de los libros de Tolkien.

Pero el brillo de la infancia se me fue apagando poco a poco, hasta que al fin se extinguió dando paso a las tinieblas de la adolescencia.

Tal vez sea necesario aclarar, para poder comprender lo que viene a continuación, que siempre he buscado ser feliz en la aprobación de mis mayores. Quizá reflejo de ello era el intento por destacar leyendo cosas de mayores antes de tiempo, como ya he contado antes. Pero este es solo uno de los muchos aspectos en los cuales he buscado ser admirado por los demás en general, y por mis padres y hermanos en particular. Puede que por ser el pequeño de la familia, por complejo de inferioridad o por alguna otra razón que aún escapa a mi discernimiento, contar con el afecto y el reconocimiento de alguna figura adulta o paterna era vital para mí. Una de estas figuras, quizá de las más sólidas, la encontré en dos religiosos escolapios, profesores de mi colegio, por los que yo sentía un gran respeto y admiración y a los que quería mucho, y por los cuales también me sentía muy querido. A ellos me unía una dulce complicidad, entre otras razones porque ante mis errores y mis faltas, que eran muchas, jamás me sentí juzgado por ellos. Así discurrió mi EGB, entre sus propias luces y sombras y bajo la tutela silenciosa de estos dos sacerdotes. El primer golpe llegó al comenzar el tercer trimestre de octavo de EGB, cuando un infarto repentino se llevó a uno de ellos. Este encuentro con la muerte de un ser querido me afectó realmente, muy en lo profundo, pero a pesar de la conmoción que me produjo no me dejé llevar por la tristeza, porque en el fondo de mi corazón tenía la seguridad de que aún me quedaba el otro, el cual, si acaso, era aún más importante para mí.

Recuerdo que cuando quedaban pocas semanas para finalizar ese curso, y ya que por la imposibilidad de seguir cursando bachillerato en el mismo colegio acababa de formalizar la preinscripción en un

instituto público cercano, se me acercó el profesor de inglés de cuyo nombre ya no me acuerdo y me dijo: «¿Sabes? Ayer estuve hablando de ti con tu amigo el padre Niño. Me confesó que, si le daba pena que alguien se tuviera que marchar del colegio, ese eras tú. Te tiene mucho cariño».

Aún hoy, muchos años después, me emociona recordar ese momento en el que me sentí feliz y orgulloso como pocas veces en mi vida.

A la semana siguiente, el padre Niño murió en un accidente de tráfico mientras viajaba a Lourdes en peregrinación.

Aún hoy, muchos años después, me tiembla el pulso al recordar la llamada telefónica que me lo anunció.

Todo se hizo oscuro de repente. Me encontré llorando. Entre los «qué ha pasado» y las respuestas precipitadas, escuché la voz de alguien que decía: «un cura menos», y la oscuridad se hizo más densa, más real y descarnada. La muerte de aquel sacerdote detonó un explosivo tenebroso, cebado de tinieblas, que permanecía escondido en mi alma. El Enemigo del hombre aprovechó este acontecimiento para mostrarme una junto a otra todas mis frustraciones escondidas y todas mis culpas ocultas. Me convenció de que estaba solo y, fingiendo una mueca de piedad, me susurró que nunca nadie me había querido y que nadie podría quererme jamás. Acepté esta insinuación como una liberación porque era el único razonamiento que me pareció que encajaba con la causa de mi sufrimiento y ese día di el primer paso en un camino de perdición que habría de durar varios años.

Comencé, para asombro de muchos, por no ir al entierro del viejo sacerdote. Continué por dejar de ir a misa con mis padres, ocultándome al principio y abiertamente después. Terminé, después de pasar un tiempo radicalizando mi mente con política extremista, por introducirme en el mundillo postmoderno; «siniestros» nos llamaban entonces, «góticos» los llaman ahora. Vestíamos de negro y hacíamos lo posible por permanecer pálidos con el objetivo de parecernos lo máximo posible a espectros, apariciones o cadáveres andantes, que en realidad era lo que éramos.

Me metí en peleas y perdí todas. En una de ellas a un amigo le rompieron dos costillas y yo tuve la suerte de salir, aunque dolorido, mejor parado que él porque escapé corriendo y lo abandoné a su suerte. Hice de todo. Busqué la felicidad en todos los elementos que tenía a mi alcance; no iba a clase, pasaba todo el tiempo posible fuera de casa, bebía, fumaba, miraba pornografía, estaba con chicas, pero nunca lograba pasármelo bien. Odiaba a los curas, porque los curas se morían y me abandonaban. Pinté estrellas de cinco puntas con espray en las paredes de las casas. Buscaba ser feliz, y sobre todo lo buscaba en mi grupo de amigos, mayores que yo, de una forma casi patológica, hasta llegar a hartarles. Cuántas veces me encontraba solo... En

muchos de los recuerdos de ese tiempo me veo a mí mismo caminando por la ciudad de casa en casa buscando con quién estar, y después de horas vagabundeando, experimentar el dolor que provenía de la certeza de saber que todo el mundo tenía algo mejor que hacer que estar conmigo. A veces me asomaba a mi antiguo colegio y me detenía a mirar furtivamente cómo entrenaban mis viejos compañeros, y los envidiaba y los odiaba y nunca crucé una palabra con ellos.

Sufría. Sufría enormemente y hacía sufrir a los demás, en especial a mi madre, que no sabía qué hacer para ayudarme. Mis padres me corregían, me castigaban porque no respetaba horarios, porque llegaba mal a casa, y así, al obligarme a estar en casa buscaban protegerme de lo que había fuera. Hacían lo que podían, pero supongo que en el fondo sabían que hay ciertas batallas que uno tiene que librar solo y que hablar conmigo no conduciría a nada, sólo a una confrontación inevitable. Me sentía culpable sin saber de qué. Siempre caía en las cosas que no quería hacer, y me preguntaba por qué no podía dejar de hacerlas. Al tener que pasar tanto tiempo en casa por los castigos y porque nadie quería asumir el ritmo de declive que yo me había marcado, me encerré en mi habitación y esta se convirtió en mi cómplice. Y allí, a ritmo de música oscura, volví a leer. Viajé más allá de las montañas de la locura con Lovecraft, me vengué de todos mis compañeros con Stephen King, aprendí que los héroes se pueden condenar eternamente con Michael Moorcock; y ya que no salía de casa, comencé a vagabundear por ciudades artificiales de la mano de William Gibson. No servía de nada. Al terminar cada libro, una soledad sorda e inmisericorde se reía de mis patéticos esfuerzos por intentar deshacerme de ella por medio de las novelas, y si acaso estas servían para algo era sólo para acrecentar el sinsentido del sufrimiento. Probé con otros autores con planteamientos y temáticas menos morbosas que los anteriores, pero tampoco funcionaba. Fueron quizá las *Crónicas de la Dragonlance*, de Weis y Hickman, las que me hicieron volver la cabeza hacia la estantería de al lado de la ventana donde el libro de tapas azules descansaba desde hacía tiempo, sumido en un prolongado letargo.

No había querido ni tocarlo. En cierto modo era algo puro, que pertenecía a otro tiempo y a otra vida, y yo no quería manchar su memoria, la memoria de tardes de verano anaranjadas. Pero el libro de tapas azules había vuelto a abrir los ojos y me miraba de nuevo. Y esta vez había compasión en su mirada. Y coraje. Y la promesa de un fuego ardiente en la posada al final de muchas duras jornadas de caminar entre peligros.

Y me sumergí de nuevo en él. Y cuando cerraba sus tapas azules para irme a dormir ya no se oía la risa cruel. Página a página experimentaba una sensación que yo no conocía, comencé a sentir

esperanza. Leer *El Señor de los Anillos* me hacía intuir que la vida no podía ser sólo ese cúmulo de borracheras, resentimiento y soledad en el que vivía atrincherado. Había una fortísima sensación de verdad en sus páginas. Existía una luz en el centro mismo de la oscuridad, una luz que Frodo sacaba de entre los pliegues de su capa élfica para combatir a la monstruosa Ella-Laraña haciéndola brillar ante sus ojos innumerables. Yo no sabía qué era esa luz, pero intuía que tenía que existir realmente. «No podrán vencer siempre», había dicho Frodo poco antes al mirar la corona de flores que se había entretejido alrededor de la cabeza de piedra de la estatua decapitada de un rey antiguo, en la misma frontera de Mordor. A muchas millas de allí, todos estaban pendientes de Frodo y ayudaban a su misión desde la distancia, conteniendo el avance del enemigo. Un rey olvidado volvía a su ciudad y curaba las enfermedades con sus manos. Gandalf, que había regresado del abismo de la prueba donde lo había arrojado un enemigo más fuerte que él, ahora vestía el Blanco y combatía sin desfallecer mientras reavivaba los corazones de los que vacilaban ante el poder del Enemigo. No había tiempo para desesperarse, la misión urgía y exigía dejar de lado toda angustia, porque desesperarse, como el viejo senescal de Gondor, era dar ya la victoria al Enemigo. Y aparecían cobardes que se ceñían de valor y la hora más oscura de la noche sólo era importante porque era la hora que precedía a la aparición inminente del alba.

Pero había algo que me ayudaba aún más. Nadie condenaba a Frodo por sentirse tentado por el Anillo, ni siquiera se condenaba a Boromir por haber intentado apoderarse de él por la fuerza. Toda la culpa recaía en el Señor Oscuro y en el arma mortífera que había forjado en las tinieblas y a la que había dado forma de anillo, no en los mortales que sentían atracción por él, porque con ese poder de atracción había sido concebido y creado.

Y eso me daba esperanza. Una sensación real de que existía un sentido en el sufrimiento, más allá de lo que yo podía percibir en ese momento de mi vida. Yo no sabía dónde se encontraba, como tampoco sabía en qué consistían esa misión y esa luz que Frodo escondía en el pecho. Menos aún podía imaginar quién me había enviado ese libro de tapas azules, ese cofre lleno de tesoros. Un cofre bellísimo, sí. Pero no tan bello como las joyas que contenía. Porque el cofre contenía el anuncio de la salvación y era Dios mismo quien me lo había enviado, en medio de la tormenta, en la hora de la necesidad, para no dejarme sucumbir a la desesperación. Dios me había enviado ese libro para que no me volviera loco. Aunque yo no lo sabía todavía.

El libro de tapas verdes

Comenzaba a tener esperanza, pero continuaba esclavo y ciego. Los

lazos del Enemigo me ataban aún con fuerza. Tuvo que pasar un tiempo, una de las horas oscuras y frías que preceden al alba, para que este Dios apareciese en mi vida de forma inesperada. Mis amigos terminaron por abandonarme definitivamente y me sentía más solo y más rabioso que nunca. Como seguía siendo un anticlerical, canalicé esa rabia un día en el instituto en el que me puse en pie en medio de una clase de religión (asignatura en la cual estaba matriculado por imperativo legal materno) y me puse a insultar con violencia al papa Juan Pablo II. A decir verdad, además de la rabia también me empujó a montar un espectáculo semejante la secreta esperanza de ser expulsado de clase, como tantas otras veces, y poder salir al patio a fumar un cigarrillo. Pero el profesor, que acababa de llegar hacía poco al instituto y que aquel día impartía su primera clase con mi curso, en lugar de expulsarme y como toda respuesta a mis exabruptos, me lanzó un librito por el aire para que lo recogiera y me invitó a leerlo porque, según sus propias palabras, me iba a hacer bien. No era más grande que la palma de mi mano, tenía las tapas verdes, y en la portada, junto al dibujo de un arpa se podía leer «Salmos». Como suelo decir, si esto no fuera mi vida de verdad y me estuviera inventando toda esta historia, lo lógico, lo narrativo, lo que el auditorio esperaría escuchar es que esa noche al leer el librito de tapas verdes Dios me habló al corazón y yo escuché su voz que me decía que me amaba. Pero esta es mi historia de verdad, no un cuento, y debo confesar que ni siquiera abrí aquel libro de tapas verdes. Lo que logró impresionarme es que aquel profesor, al que había deshecho su primera clase, no me expulsó ni me mandó al despacho del director, ni se vengó de mí de algún otro modo, sino que respondió a mi ataque haciéndome un regalo.

Poco después me hizo un segundo regalo. Al final de una clase me llamó a su mesa y me invitó a escuchar unas catequesis en la parroquia. No invitó a ningún alumno más de los quinientos que estudiábamos allí. Invitó al que odiaba el concepto mismo de parroquia. Gandalf acababa de hacer una marca en mi puerta redonda. Acepté la invitación sólo para compensar a mis padres por los desastrosos resultados académicos que se vaticinaban para aquel trimestre y las más de sesenta faltas de asistencia que rubricarían, como una posdata macabra, el boletín de evaluación. Pensaba que si acudía a aquellas catequesis, aunque sólo fuera a una, el profesor de religión me premiaría con un sobresaliente. De modo que mi madre, que es una mujer profundamente religiosa, al ver un saldo como aquel entre tantos números rojos pensaría: «Mi hijo es un canalla, eso no hay duda, pero puede que en el fondo tenga buen corazón» y así convencería a mi padre para que cejara en su empeño de estrangularme con sus propias manos y optar por algo más civilizado,

como por ejemplo fracturarme las dos piernas.

Escuché las catequesis del Camino Neocatecumenal en el invierno de 1992. Sería muy largo y complejo de explicar todo lo que experimenté allí. Únicamente diré que aunque sólo tenía intención de asistir a una de ellas, al final, gracias a Dios, asistí a todas. Y por primera vez en mi vida me sentí querido tal y como yo era, con todos y cada uno de mis defectos. Y era Jesucristo quien me amaba así, quien siempre me había amado y estaba escribiendo conmigo una historia maravillosa, donde el sufrimiento cobraba sentido y donde era perdonado de todas mis barbaridades. Y me invitaron a vivir una aventura, a ponerme en camino como el viejo Bilbo, a salir corriendo sin sombrero, ni dinero, ni bastón, ni ninguna de las otras cosas en las que yo había buscado hasta entonces mi seguridad.

Sorprendido por la alegría, entré a formar parte de una comunidad neocatecumenal, verdadera comunidad del Anillo, en diciembre de aquel mismo año; y junto con los elfos, hombres y enanos, en ese momento extraños para mí, que también entraron a formar parte de ella, comencé un viaje inesperado, el viaje de la fe.

Para entonces, y recién descubierto el amor de Dios en mi vida, realicé otro descubrimiento asombroso paralelo a este: J. R. R. Tolkien era católico, un hombre de fe sincera y profunda, de lo cual yo hasta entonces no había tenido ni la menor idea. Así que comencé a investigar su vida leyendo su biografía y examinando sus cartas. Y descubrí entonces que Tolkien, además, poseía un formidable celo apostólico que, entre otros, le llevó a anunciar la Buena Noticia y dar así acceso a la conversión a su amigo C. S. Lewis en la noche milagrosa y «mítica» que os he relatado antes de esta introducción. Comprendía al fin por qué aquel cofre del tesoro con tapas azules guardaba esa joya dentro. Por qué al leerlo había aparecido en mí la esperanza; había aparecido porque *El Señor de los Anillos* había sido escrito precisamente con ese encargo. Y yo lo sabía porque acababa de descubrir cuál era el nombre de aquella joya. Aquella joya era el Evangelio, la Buena Noticia.

Al encontrar a C. S. Lewis, me encontré también con los Inklings, con Oxford y con el pub Eagle&Child. Me hice enseguida (sin usar métodos delictivos) con un ejemplar de *El león, la bruja y el armario*, en la edición de 1987. Y asombrado pude ver que el mensaje, que en *El Señor de los Anillos* sólo pude conocer por medio de la intuición, aparecía claramente expresado, pero con un lenguaje mítico similar al de la obra de Tolkien, en las *Crónicas de Narnia.* Desde entonces y acompañado de nuevos amigos como Chesterton y el Cardenal Newman no he dejado de rebuscar en el maravilloso renacimiento espiritual que se dio en una pequeña ciudad de una pequeña isla a finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

A día de hoy, permanezco, gracias a Dios, en la comunidad en la que empecé hace más de veinte años. Estoy casado con la mujer de mi juventud, una mujer maravillosa de la que habla la Escritura en el libro de los Proverbios (en el capítulo 31,10-31) y tengo una familia numerosa que me hace comprender perfectamente los sentimientos que abrigaba el señor Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado al ver sus despensas asaltadas por los hambrientos enanos desterrados de Erebor. Mis hijos, que al igual que hicieron Merry y Pippin, han regalado a su padre, un Ent demasiado «arbóreo», el don prodigioso de despertarlo y lanzarlo a la batalla. Y además, les encanta jugar conmigo a Mordor.

Ya sé qué es el Anillo Único, conozco cuál es la misión y llevo escondido en el bolsillo el frasco de luz de Frodo. Ayudarte a descubrirlo, si tú quieres, es el principal motivo por el que existe este libro. He aceptado el riesgo que supone escribirlo porque la misión urge y actuar conforme a lo que el miedo te dicta es otra de las formas de dar la victoria al Enemigo.

Por último, debo decirte que yo todavía no he destruido el Anillo, pero sé que la fe, este viaje inesperado, me lleva lenta e inexorablemente a subir un día al Monte del Destino y arrojarlo allí, en sus grietas, o a fracasar en el intento.

El libro con la "X" en la portada

Como has tenido la suficiente paciencia y amabilidad de haber soportado leer los detalles escabrosos de la vida de un perfecto desconocido, estoy seguro de que, aunque aún no lo sepas, en tu corazón anida el coraje necesario para enfrentarte a este libro que tienes en tus manos.

Este libro con la "X" en la portada, ¿qué pretende? Algo muy difícil y muy sencillo a la vez: desentrañar el significado cristiano de *El Señor de los Anillos* para ayudarte a escuchar el eco del Evangelio que contiene. Tolkien confesó en una carta de 1953, a su amigo el sacerdote Robert Murray, que revisaba uno por uno todos los capítulos del libro conforme iban siendo escritos, que «*El Señor de los Anillos* es, por supuesto, una obra fundamentalmente religiosa y católica»(1).

Y en otra carta, esta vez de 1958, dirigida a una admiradora que le solicitaba información sobre su vida personal para alcanzar a entender mejor su obra, tras expresar su disgusto por tener que aportar datos sobre sí mismo, cede al fin y escribe: «Hay unos pocos hechos fundamentales sobre mi vida que, por secamente que se expresen, son en verdad significativos; el que es más importante, es que soy cristiano (lo que puede deducirse de mis historias), y católico apostólico romano por añadidura»(2).

Así que, según Tolkien, *El Señor de los Anillos* es una obra religiosa y católica, lo cual es fácilmente deducible para cualquiera que la lea. Sin

embargo, nos encontramos con que, en realidad, esto no es así. La experiencia nos demuestra que los lectores de esta obra de Tolkien, generalmente, no reconocen haberse encontrado con la Buena Noticia del Evangelio en sus páginas. Incluso muchos especialistas católicos parecen enfrentarse a esta dificultad y para justificar el catolicismo de Tolkien en *El Señor de los Anillos* tienden a resaltar fundamentalmente los valores morales que aparecen en él, como la fidelidad, el compromiso o el sacrificio entre otros muchos. Eso está muy bien, y es verdad que estos valores vertebran la obra del profesor de Oxford. Pero, a mi modo de ver, reducir a estos aspectos la que para su autor era una obra *fundamentalmente* religiosa y católica, es quedarse muy, muy corto, como intentaremos ver a lo largo de este libro. He buceado durante años entre los abundantísimos estudios que existen sobre la obra de Tolkien y en la selección de cartas personales publicadas en 1981, en las que se observan enormes contradicciones, pero que hoy por hoy representan casi la única posibilidad de conocer al profesor en primera persona. O al menos algo de él. Este trabajo, unido a mi propia experiencia personal, es lo que me lleva a manifestar la creencia que desarrollo en este libro. Que *El Señor de los Anillos* y por extensión la mitología de Tolkien, es una obra catequética, que contiene en sus páginas el anuncio explícito del Evangelio y la consecuencia de la aceptación de este anuncio en la vida de las personas, es decir, la vida de fe en comunidad. O dicho de otro modo, que *El Señor de los Anillos* habla de qué significa ser cristiano, y católico apostólico romano, por añadidura.

Por lo cual da cierta pena ver cómo la fe de Tolkien es considerada, en ocasiones también por los propios cristianos como un elemento anecdótico y no esencial de su obra, o dicho mejor, según conjetura este libro con la "X", el corazón mismo de su obra. Una prueba a aportar es que, como acabamos de decir, el mismo Tolkien entiende que resulta fácil deducir su cristianismo para cualquiera que lea sus libros. Sin embargo, paradójicamente, que *El Señor de los Anillos* es una obra cristiana y con un presumible contenido catequético por añadidura, es algo que parecen tener más claro los enemigos de la Iglesia que los propios cristianos. Por eso no es sorprendente ver, como he tenido ocasión de comprobar, en la contraportada de libros como *Juego de Tronos*, un mensaje como este: «Tolkien ha muerto. Viva George R. Martin», el autor de esa saga. Comentario efectuado por una de las críticas literarias más prestigiosas del *New York Times*. A mí me suena casi igual que el «Dios ha muerto» de Nietzsche, qué quieren que les diga.

Pongo este como ejemplo paradigmático entre otros muchos que podrían citarse, porque, aunque pudiera parecer lo contrario por el éxito obtenido por las películas de Peter Jackson, el mundo cultural en

general no soporta el olor a cristianismo de la obra del profesor de Oxford. Sin embargo, a la mayoría de los cristianos, lamentablemente, el catolicismo de Tolkien les parece una simple anécdota.

Creo, pues, que es necesario reivindicar tanto la fe de Tolkien como su celo apostólico para valorar en su justa medida la intención de sus obras. Para algunos puede resultar difícil de entender cómo puede ser cristiana una obra que no habla de Jesucristo más o menos explícitamente, sino de elfos, orcos, hobbits y magos. Pero al adentrarnos en el modo en el cual Tolkien entiende la fantasía, considerándola como el canal de comunicación más adecuado para transmitir realidades espirituales profundas difícilmente abarcables por un lenguaje solamente racional, comprenderemos cómo al escribir sus obras hacía que estas encarnasen una profunda verdad. Situar esta verdad en el mundo real hubiera privado a sus escritos del carácter evocador del cuento, del mito, y por tanto de su capacidad para hacer llegar un mensaje importantísimo por medio de la intuición. Hubiera llegado incluso a separarlos de aquellos que se sitúan manifiestamente en contra del cristianismo. Y esto, sospecho, hubiera sido lo último que el viejo profesor de Oxford hubiera querido.

Por eso, y aunque lamentablemente, dadas las fuentes documentales «de primera mano» de las que se dispone actualmente, no es posible contrastar todas y cada una de las afirmaciones que hago en este libro, sí que existe una lo suficientemente sólida como para cimentar la hipótesis sobre la intención catequética con la que fue escrito *El Señor de los Anillos*. Me refiero al epílogo del famoso ensayo de Tolkien «Sobre los cuentos de hadas», donde al hablar del consuelo que supone el final feliz de un cuento de hadas, que es su objetivo último, «su misión más elevada» como allí se afirma, el profesor proclama: «No se trata sólo de un 'consuelo' para las tristezas de este mundo, sino de una satisfacción y una respuesta al interrogante: '¿Es eso verdad?'».

¿Es verdad el final feliz? ¿Son verdad, por tanto, los cuentos de hadas? Quizá entonces también cabría preguntarse: ¿Es verdad lo que cuenta *El Señor de los Anillos*?

Tolkien continúa diciendo que: «La respuesta (a esta pregunta) puede ser más importante; puede ser un lejano destello, un eco del *evangelium* en el mundo real. (...) El Nuevo Testamento ofrece un relato maravilloso, o un relato de género más amplio, que abarca toda la esencia de las historias de fantasía. Nunca los hombres han deseado más comprobar que el contenido de una historia resulta cierto, ni hay relato alguno que por sus propios merecimientos tantos escépticos hayan dado por verdadero».

O sea que para Tolkien los cuentos de hadas son capaces de responder a la inquietud humana sobre la existencia de un final feliz para su vida o para su historia, porque contienen un eco del consuelo

que proporciona el Evangelio. Y a su vez, este mismo Evangelio es como un gran cuento de hadas pero «real», porque es capaz de satisfacer la necesidad de un final feliz que tiene el ser humano y sobre todo porque habiendo ocurrido verdaderamente en la historia, aún puede continuar y continúa de hecho actuando la salvación en las personas que lo acogen. Personas que desean comprobar, con todas sus fuerzas, que lo que dice el Evangelio es cierto.

Por último, Tolkien añadirá: «El Evangelio no ha desterrado las leyendas; las ha santificado, en particular el 'final feliz'. El cristiano ha de seguir trabajando, en cuerpo y alma, ha de seguir sufriendo, esperando y muriendo. Pero ahora puede comprender que todas sus inclinaciones y facultades tienen una finalidad, que pueden ser redimidas»(3).

Porque el final feliz del Evangelio es la resurrección de Jesucristo, garantía de nuestra propia resurrección. Es decir, que la muerte y el sufrimiento con el que cargamos todos los días han sido vencidos en Él. Leyendo esto es difícil no pensar que para Tolkien la simbiosis entre Evangelio y cuento de hadas sea casi total. Pero aun así todavía hay algunos que piensan que *El Señor de los Anillos,* el grandioso cuento de hadas del que escribe: «El arte se ha autentificado. Dios es el Señor, de los ángeles y de los hombres... y de los elfos»(4), no significa nada. Pues si es difícil de creer que *El Señor de los Anillos* sea una obra catequética, permítanme decir que resulta aún más difícil de creer que no signifique nada, nada de nada, a la luz de lo que acabamos de leer. Porque opinar que *El Señor de los Anillos* no significa nada implicaría aceptar que Tolkien cree firmemente en la capacidad de los cuentos de hadas para hacer resonar el eco del Evangelio excepto en un solo caso: los cuentos de hadas escritos por él mismo. Lo cual no tendría ningún sentido. Enseguida veremos las razones por las que Tolkien, sin embargo, se empeña en esconder el sentido cristiano de *El Señor de los Anillos* ante la mayoría (pero no todos) de sus interlocutores.

De momento, es importante resaltar que esta visión de Tolkien sobre Evangelio y cuentos de hadas no es ajena en absoluto a la experiencia y al pensamiento de la Iglesia. El mismo pueblo de Israel nunca ha subestimado el valor del cuento para explicar las realidades celestes, más bien al contrario. La forma rabínica de comentar los textos bíblicos está basada casi exclusivamente en el cuento. Es así como consiguen adentrarse y explicar los misterios de Dios. La palabra en hebreo con la que designan a estos cuentos es «midrash», cuya raíz «darash» significa «buscar». Así, por medio de los cuentos, «buscan» el significado de la Palabra de Dios y qué sentido tiene esta en sus vidas. Además, los cuentos son el instrumento privilegiado que utilizan para transmitir la fe a sus hijos. La misma Escritura, además del relato

histórico, contiene más de un ejemplo admirable de cuento de fantasía cuya lectura en medio de la asamblea concluye con un contundente «Palabra de Dios». Pienso, por ejemplo, en los libros de Job o de Jonás cuyo valor dentro de la revelación o su autenticidad como libros inspirados por Dios no depende de que los personajes que aparecen en ellos hayan existido realmente, sino en la Palabra que transmiten. Este tipo de relato pertenece a la categoría de fantasía, pero como un modo de expresión asequible para que la mente del hombre pueda abarcar ciertas realidades difíciles de comprender para la razón solamente. Un relato capaz de transmitir poderosamente una verdad inmutable.

El mismo Jesucristo usó los cuentos para hacer entender realidades profundas y difíciles de asumir por su audiencia. En la mayoría de los casos no explicó su significado a los que le escuchaban, «el que tenga oídos, que oiga», se limitaba a decir. Así pues, el cuento, usado catequéticamente por el mismo Dios hecho hombre, queda legitimado y suficientemente valorado como un medio adecuado y excelente para transmitir la fe.

Así pues, la hipótesis de trabajo que desarrolla este libro es que Tolkien, fervoroso católico, es consciente de esto y se propone escribir su propia parábola. En el capítulo 9 hablaremos un poco más en profundidad de la vida y la experiencia cristiana de Tolkien. De momento basta con saber que desde su juventud quiso elaborar una «mitología» para Inglaterra, semejante a la que poseían otras zonas del norte de Europa, porque lamentaba profundamente que no existiera en la tradición anglosajona. Esta debería contar con los elementos propios de su país; debería oler a su aire y reflejar el clima y el suelo de Gran Bretaña, pero al contrario de las demás mitologías de carácter pagano, Tolkien, como cristiano devoto, la articularía alrededor de la Revelación del Dios Único a los hombres. La mitología que Tolkien quería que su amada Inglaterra poseyera como herencia común no era otra que el cristianismo.

Pero ¿cómo llegar a transmitir una verdad tan grande sin forzar la libertad de nadie ni obligar a los no cristianos a aceptarla a toda costa? Tolkien encontró la manera en el cuento, en la parábola. Así, el lector que tuviera oídos entendería, y el que no disfrutaría de la lectura, pero tocado, eso sí, en su intuición, por la fuerte sensación de verdad que destilan sus escritos, a causa de la necesidad de final feliz que es común a todo hombre.

Tal vez Tolkien supo prever lo que diría san Juan Pablo II años más tarde acerca de que el Evangelio se propone, no se impone. Jesucristo no impone a la gente entender sus parábolas como Él quiere que sean entendidas, y cuando debe explicarlas, lo hace en privado y solamente a sus discípulos. Tolkien debía buscar una forma de proponer en sus escritos la verdad del Evangelio que a la vez pudiera servir para

explicarla más profundamente a los que así lo quisieran. Y supo encontrarla en la «aplicabilidad», concepto que él mismo explica largamente en sus cartas y conferencias, y que resume en el prefacio de la última edición publicada de *El Señor de los Anillos* antes de su muerte: «Detesto cordialmente la alegoría en todas sus manifestaciones, y siempre me ha parecido así desde que me hice bastante viejo y cauteloso como para detectarla. Prefiero la historia, auténtica o inventada, de variada aplicabilidad al pensamiento y experiencia de los lectores. Pienso que muchos confunden 'aplicabilidad' con alegoría; pero la primera reside en la libertad del lector, y la otra en un pretendido dominio del autor».

Esto quiere decir que Tolkien no te va a decir cuál es el modo adecuado de interpretar sus historias, pero con toda seguridad sí que te dirá *cómo no* debes interpretarlas. Por ejemplo, cualquiera que haya leído este prefacio al que aludíamos hasta el final, podrá observar que cuando Tolkien manifiesta que no hay ningún mensaje o significado oculto en *El Señor de los Anillos* está contestando a los muchos que querían ver en él una alegoría sobre los acontecimientos históricos que se vivieron en el tiempo de su redacción, el ascenso de Hitler al poder, la Guerra Mundial y la reconstrucción de la Inglaterra de posguerra. No tiene ningún problema en afirmar que Sauron no encarna al Führer de la Alemania nazi ni la guerra del Anillo es la Segunda Guerra Mundial. Tolkien odiaba esas interpretaciones y las combatía con la vehemencia de un viejo gruñón.

Para Tolkien la alegoría era tan contraproducente como el añadir una moraleja explicando el sentido del cuento al final del mismo. Y aquí chocaba frecuentemente con su amigo C. S. Lewis, cuya obra es fundamentalmente alegórica. Cuando al leer *Las Crónicas de Narnia* nos encontramos con el personaje de Aslan, estamos obligados a entender que es una figura de Jesucristo porque el autor no nos deja otra alternativa. A mí, que no comparto el mismo desasosiego de Tolkien hacia la alegoría, me parece muy bien que sea así, pero comprendo su desacuerdo y lo alabo, porque la aplicabilidad, al dejar decidir libremente al lector sobre el sentido de lo que está leyendo no deja en él la sensación de sentirse forzado intelectualmente a creer en algo. La aplicabilidad llega a la intuición donde la alegoría llega a la razón. Este es el motivo quizá por el cual generaciones y generaciones de personas que jamás han pisado una iglesia hayan disfrutado enormemente al leer *El Señor de los Anillos*. No es alegórico porque no obliga a nadie a entender nada más allá del texto. Pero alberga dentro un majestuoso eco de realidad, de verdad y de esperanza que es posible percibir al leerlo, sin que sea necesario usar explicaciones ni moralejas, sino dejando que la historia evoque en el lector lo que tenga que evocar.

Por eso el mismo Tolkien dirá que comprender el verdadero significado de su obra dependerá de una cierta batalla espiritual: «Usted habla de 'una salud y una santidad' en *El Señor de los Anillos* 'que es en sí mismo un poder'. Me conmovió profundamente. Si la santidad habita mi obra o como una luz penetrante la ilumina, no proviene de mí, sino por mi intermedio. Y ninguno de vosotros la percibiría en esos términos, a no ser que también estuviera en vosotros. De lo contrario veríais y no sentiríais nada, o (si algún otro espíritu estuviera presente) os llenaríais de desprecio, repugnancia y odio (hacia ella)»(5).

Pero hay otra razón por la cual en la obra de Tolkien es más difícil, menos claro, distinguir la catequesis cristiana que en la de C. S. Lewis. Para explicar esto me baso en un texto del padre Murray, aquel que revisaba todos los capítulos uno a uno de *El Señor de los Anillos*, cuando en una homilía pronunciada en un oficio de acción de gracias por Tolkien dijo:

«Tolkien esperaba que (*El Señor de los Anillos*) se alzara como un lejano destello, un eco del Evangelio. ¿Cómo podría haber soñado siquiera que treinta años después de su publicación, los lectores rusos serían atraídos a la fe cristiana leyéndolo a él?»(6).

Estas palabras fueron pronunciadas en 1992 con ocasión del centenario del nacimiento de Tolkien y apenas caído el Muro de Berlín.

¿Quiere decir el padre Murray que habría sido un sueño para Tolkien el llegar a los lectores de algún país donde el cristianismo estuviese perseguido y conseguir despertar en ellos una atracción hacia el cristianismo? Eso parece en realidad. Para comprobarlo podemos cotejar ciertas fechas. *El león, la bruja y el armario* de C. S. Lewis, la primera entrega que escribió de *Las Crónicas de Narnia*, fue publicada en Inglaterra en 1950. Hubo un primer intento de publicación en la Unión Soviética en 1978, pero fue censurado y retirado de la circulación. Se publicó definitivamente en 1985, poco antes del colapso de esta dictadura.

El Señor de los Anillos fue publicado en Inglaterra en 1955. A principios de los años sesenta ya existía una traducción oficial en la Unión Soviética.

A Tolkien le costó poco más de cinco años lo que a Lewis le costó treinta y cinco. Cierto es que *El Señor de los Anillos* fue censurado, pero no retirado de la circulación, porque parece que Tolkien se esforzó en dejar claro qué es lo que había que censurar. ¿Cómo lo hizo? Describiendo la organización de Mordor, la tierra del Enemigo, en el capítulo «El país de la Sombra» como si fuera un sóviet; y lo hizo de una forma evidente, que no deja de llamar la atención al que conoce

bien su obra. No es su estilo, por decirlo de algún modo. Y así describe los grandes almacenes de comida y los «campos de concentración» llenos de esclavos, los tributos de los países limítrofes, las pequeñas ciudades y campamentos con casitas grises todas exactamente iguales. Pero no hay una intención alegórica en esto, no se trata de que Mordor signifique el comunismo (aunque Tolkien pueda criticarlo como criticará el capitalismo exacerbado como veremos al final del libro). Entonces, ¿por qué lo hace? Pues es muy sencillo. Parece que Tolkien es demasiado explícito porque quiere serlo. ¿Para qué? Para que la censura de los países comunistas encuentre enseguida algo que eliminar y no mire más allá. Y sabemos que las autoridades soviéticas censuraron esta parte del libro y al resto, que no se entendía muy bien, lo dejaron en paz. Colaron el mosquito y se tragaron el camello.

Sin embargo, la obra de Lewis era demasiado evidente para un país que prohibía la religión.

Sea como fuere, la relación de Tolkien con Rusia parece haber sido fructífera y duradera. Hay signos que apuntan a que, tal vez, el anuncio del Evangelio que contiene *El Señor de los Anillos* fuera mejor entendido allí que en otras partes del mundo, como si hubiera sido escrito para ellos.

Un esclarecedor artículo(7) publicado en 2001 con ocasión del estreno de la primera de las películas de *El Señor de los Anillos*, puede ayudarnos a profundizar más en la acogida de la obra de Tolkien en Rusia cuando dice: «María Kamenkovich, coautora junto con su marido Valeri de una de las mejores traducciones al ruso de *El Señor de los Anillos*, dice que en su ciudad, San Petersburgo, un grupo de al menos una docena de jóvenes pasaron de la increencia o del neopaganismo al cristianismo, es más, al catolicismo romano, a partir de la obra de Tolkien. 'La última vez que los vi pensaban ir a Roma a pedir permiso para fundar una orden religiosa', nos comenta la traductora. Para ella, ferviente ortodoxa, como para muchos rusos, *El Señor de los Anillos* ha representado una ráfaga de aire entre la asfixia sin alma del comunismo soviético y la deshumanización del capitalismo salvaje. '¿Hay un itinerario que lleva al lector de Tolkien hacia C. S. Lewis y hacia Chesterton?' se pregunta María. 'Sí, es algo que se ve mucho, pero yo los he leído a todos y creo que Tolkien es el más profundo de los tres'».

Jóvenes que se convierten al leer *El Señor de los Anillos*. La obra de Tolkien considerada más profunda que la de Lewis o Chesterton. Parece cierto que el viejo profesor de Oxford, como acaba de decir el padre Murray, quería que su obra fuese un eco del Evangelio. Entonces no es extraño que quisiera hacerlo resonar no sólo para sus hijos o para su amada Inglaterra, sino para toda Europa y para el mundo entero. Pero sobre todo, como es lógico en un hombre de fe,

para aquellos países en los que el cristianismo estaba prohibido. Y por lo que acabamos de leer parece que un eco resonó, y tal vez siga resonando ahora, entre los muros que levantan aquellos que intentan encarcelar el alma de los hombres. Pero para conseguirlo tuvo que escribir en clave, como san Juan el Apocalipsis, con el fin de ayudar a tantos lectores que vivían en medio de una gran persecución religiosa e incluso para que nadie, fuera del país que fuera, rechazara el libro antes de leerlo(8).

Contemplata aliis tradere

Como Tolkien deja que sea el lector el que discierna en última instancia cuál es el fragmento de verdad que está recibiendo al leer su obra y como el objetivo de este libro es desentrañar la clave con la cual fue escrito *El Señor de los Anillos*, puede parecer que nos enfrentamos a un pequeño problema: ¿es lícito que yo te diga qué es lo que significa *El Señor de los Anillos*?

Por eso, a la hora de leer este libro que tienes en tus manos, debes tener en cuenta tres aspectos importantes.

El primero es que utilizaremos esta aplicabilidad que quiere Tolkien como método de trabajo para escuchar la catequesis escondida en *El Señor de los Anillos*. Para ello nos basaremos en los propios escritos del autor y en su experiencia así como en el tesoro inagotable de las Sagradas Escrituras y la tradición y el magisterio de la Iglesia. Comprobarás en este libro que las referencias y paralelismos de *El Señor de los Anillos* con la Escritura y la Tradición son enormes(9). Tolkien conocía perfectamente toda la Escritura. Dominaba el griego, el latín, el hebreo y el arameo. No en vano fue el coordinador de la traducción inglesa de la *Biblia de Jerusalén* y llegó a traducir personalmente el libro de Jonás, no del francés sino directamente del texto original.

El segundo es que intentaremos diferenciar con claridad lo que Tolkien quería transmitir realmente y de forma contrastada, de lo que pertenece al ámbito de mi experiencia. Como dirá Tolkien en una de sus cartas(10), muchas cosas en *El Señor de los Anillos* quedan sin explicación, pero la explicación existe en realidad. El único modo por el cual podemos llegar a adivinarlas es el que nos deja el viejo profesor de Oxford para hacerlo: de nuevo la aplicabilidad. ¿Cómo se ha aplicado este pasaje de *El Señor de los Anillos* a mi experiencia concreta de fe? ¿Cómo me ha ayudado en mi vida? Ya hemos visto unas pinceladas acerca de la manera en que este libro me ayudó y me sigue ayudando. Por eso, en estas ocasiones, seguiré al pie de la letra el lema de los dominicos, *Contemplata aliis tradere*, es decir, transmitiré lo que yo haya podido contemplar. Y sólo transmitiré lo que he entendido y experimentado realmente en mi vida. Para ello, verás que

el texto estará rodeado de expresiones del tipo «parece que» o «pudiera ser» cuando la ocasión lo requiera, y de citas literales de las palabras de Tolkien u otras afines cuando se trate de hacer aparecer sus intenciones sobre *El Señor de los Anillos*. De todos modos, comprobarás que ambas formas de interpretación conformarán un conjunto armónico entre lo que sabemos de Tolkien y lo que proviene de mi *contemplata aliis tradere* personal. En última instancia, tal como querría Tolkien, te corresponderá a ti, querido lector, decidir si lo que te voy a contar en este libro, sobre todo en las partes que hacen referencia a mi experiencia personal, concuerda con la intención real del autor de *El Señor de los Anillos* o no. Es decir, si he logrado adivinar la explicación que no aparece en ninguna parte pero que existe en realidad.

El tercer y último aspecto, a mi parecer el más importante, es el siguiente. La potencia de la verdad del Evangelio, transmitida con este lenguaje propio de fantasía que está dotado del poder de llamar la atención, mantener despierto el interés y hablar a la intuición, desemboca forzosamente en una conclusión importante. La conclusión de que el protagonista de *El Señor de los Anillos* no es Frodo, ni Sam; ni tampoco Gandalf o Aragorn. Este eco del Evangelio que Tolkien quiso que fuera su obra nos lleva a entender que el protagonista de la misma eres tú, porque ella se dirige a ti.

Por eso verás que este libro con la "X" en la portada va a estar hablando contigo constantemente, porque mi intención principal al escribirlo es la de invitarte a acoger este misterio escondido en *El Señor de los Anillos* y hacerte partícipe de la Buena Noticia que se proclama allí, entre orcos, elfos y hobbits.

Comprendo que es difícil, porque no sé quién eres y no tengo la menor idea de por qué tienes este libro en tus manos. Quizá porque te gusta *El Señor de los Anillos* y, como yo, lees todo lo que se publica sobre él. Quizá porque eres cristiano y te interesa saber más sobre el significado de la obra de Tolkien. Quizá porque tiene el grosor adecuado para calzar la mesa de la cocina. No lo sé. No sé si eres joven o viejo, hombre o mujer, soltero o casado. Por eso, porque comprendo que es muy difícil aceptar que un libro desconocido te hable de tú, te propongo que tomes ante él la actitud que te resulte más cómoda. Me explico. Por ejemplo, puedes leer este libro pensando que lo que estoy haciendo es hablar con mis hijos sobre *El Señor de los Anillos* (lo cual, gracias a Dios, ocurre mucho en realidad). Si es así, cuando veas que digo «tú», o «querido lector», piensa que me estoy dirigiendo a uno de ellos. Si esta opción te resulta cómoda, siéntete invitado a mi casa, busca un hueco donde sentarte (deberás ser rápido, no es fácil), o asómate a la ventana, lo que prefieras, para escuchar la conversación. Después puedes quedarte a cenar.

Si eres padre o madre y te resulta cómodo, me sentiría muy honrado si utilizaras este libro con el fin de sacar ideas para hablar con tus hijos de las cosas de Dios. Ya verás que en *El Señor de los Anillos* se habla de todo lo que significa ser cristiano y aparecen multitud de temas de los que hablar, temas profundos, importantes, pero muy sencillos de explicar gracias al lenguaje mítico del texto. No creo que tus hijos se cansen de escuchar hablar de espadas, guerras, princesas y orcos. Además, en cada capítulo encontrarás un montón de textos bíblicos y de los Padres que te pueden ser de utilidad.

Si ya no eres tan joven y te resulta cómodo, puedes pensar en Abraham. A él le invitaron a vivir la aventura de su vida a los 75 años. La comprensible pereza y hasta el horror de salir de su tierra hacia la promesa puede ser equiparable a tus sentimientos acerca de un libro de fantasía. En este caso, pasar una página puede ser similar a dar un paso hacia donde Dios te quiere llevar.

Y si eres joven, como yo lo era cuando descubrí este tesoro, y si quieres y te resulta cómodo, puedes dejar que este libro hable contigo. También puedes hacerlo tengas la edad que tengas. Igual te parece que tienes que aguantarle alguna impertinencia, pero créeme que no es esa su intención. Todo lo contrario. Este libro siente un enorme respeto por ti, esa es la verdad, y aunque yo no te conozca puedes estar seguro de que hay uno que sí que te conoce. Que te conoce perfectamente y te ama tal y como eres. La voz de este es la que me gustaría hacer resonar en estas páginas. Una voz profunda, fuerte y misericordiosa. Una voz que no te será difícil reconocer porque es la misma que te ha creado y te ha traído hoy hasta aquí.

Tal vez ahora estés sentado en tu sillón favorito, rodeado de las cosas que hacen que tu vida sea segura, sencilla y previsible. Quizá si en este momento miras por la ventana puedas intuir que hay algo más allá de la pared de ladrillo que tienes enfrente. Quizá la voz del que te conoce te esté invitando a salir afuera. Pero salir no es cómodo, ciertamente, ni seguro, ni sencillo, ni previsible. Sin embargo, querido lector, contéstame a una pregunta. Sinceramente, ¿no te gustaría que alguien llamara hoy a tu puerta? ¿No te gustaría vivir una aventura?

PRIMERA PARTE

Coge el Anillo y corre

Gandalf el Gris.

«Una espada mortal, una mano benigna,
una espalda que la carga doblaba;
una voz de trompeta, una antorcha encendida,
un peregrino fatigado».

El Señor de los Anillos, «El espejo de Galadriel».

Capítulo 1

EL TESSSSORO

«¡No me tientes! No me atrevo a tomarlo, ni siquiera para esconderlo y que nadie lo use. La tentación de recurrir al Anillo sería para mí demasiado fuerte».

Gandalf el Gris.
(*El Señor de los Anillos*. «La sombra del Pasado»)

«¿No es un extraño destino tener que sobrellevar tantos miedos y recelos por una cosa tan pequeña? ¡Una cosa tan pequeña!»(11). Boromir, el noble y valiente hijo del senescal del Reino de Gondor, último reducto de la defensa de los pueblos libres ante los ejércitos del enemigo y miembro de la comunidad del Anillo, pronuncia estas palabras segundos antes de abalanzarse sobre el portador de ese objeto tan pequeño e insignificante para intentar arrebatárselo por la fuerza. Y así acaba de expresar una idea fundamental, que es imprescindible comprender para descubrir el significado cristiano de *El Señor de los Anillos*. Pequeño e insignificante, el Anillo está a punto de hacer que este alto y noble Señor, olvidando su honor y dignidad, esté dispuesto a cometer un asesinato para conseguir hacerse con él.

¿Qué es esta cosa tan pequeña? ¿Qué poder tiene que es capaz de convertir al hombre más noble en un asesino? Y sobre todo, ¿qué puede significar para nosotros hoy? Mirándolo fríamente, ni el objeto en sí ni su poder, la capacidad de volver invisible al que se lo pone, es demasiado llamativo ni siquiera para lo que es habitual en el género fantástico. Y sin embargo, en este insípido poder radica toda su maligna capacidad de dominio. Su aspecto tampoco llama la atención, es un anillo ordinario, similar a una alianza matrimonial, liso y sin adornos de ninguna clase, ni siquiera una joya engarzada que lo haga más atrayente; pero no obstante, ahí, en esa normalidad, reside su gran peligro.

Todo el argumento de *El Señor de los Anillos* gira en torno a él, y son numerosísimas las interpretaciones que se han dado acerca de su significado. Sin embargo, conocer el sentido del Anillo tal como Tolkien supo concebirlo es la llave que abre la puerta de su interpretación cristiana. Es el elemento esencial de su mitología-teología.

Porque el Anillo es el arma del Enemigo, forjada con sus propias manos. El arma que le fue arrebatada hace mucho tiempo y que ahora

anhela recuperar por todos los medios que estén al alcance de su perversa voluntad. Lo necesita para adquirir el poder y los conocimientos suficientes para vencer toda resistencia, derribar las últimas defensas y cubrir todas las tierras con una segunda oscuridad. No necesita ni adornos ni un poder más espectacular. Al forjar el Anillo, el Enemigo depositó en él la médula de su poder y tanto su aspecto como su capacidad fueron cuidadosamente planeados desde el principio para que pudiera servir adecuadamente a sus planes.

En el principio existía Eru

Si queremos comprender el significado del Anillo, es indispensable conocer al que lo creó. Su nombre es Sauron el Grande, Señor Oscuro de Mordor, encarnación del mal, de la oscuridad y de la desesperanza. Lo primero que llama la atención sobre Sauron es que este no es más que el antiguo sirviente de un ser todavía más cruel y terrible: Melkor, una especie de ángel que vivía en el principio junto a Eru, el Dios Único. A Melkor le habían sido otorgados los más grandes dones de poder y conocimiento, pero por soberbia, rencor y envidia volcó sus dones hacia malvados propósitos. Convirtió su poder en violencia y su sabiduría en tiranía, hasta que al fin llegó a despreciar a todos los seres creados, odiándolos tanto como se amaba a sí mismo. Así, puso todos sus conocimientos al servicio de sí mismo, para darse todo lo que deseaba y con ese fin llegó a convertirse en un mentiroso. Y salió del Cielo para habitar en la oscuridad, envolviéndose en ella para intervenir en los asuntos de todos los seres creados y meter en ellos el *miedo* a todas las cosas creadas. Porque codiciaba todo lo creado y llegó a decir de la Tierra: «Este será mi Reino, y para mí lo designo». Otros muchos bajaron con él y supo someterles a su voluntad; seres que se convirtieron en demonios terribles, como los Balrogs, azotes del fuego, o como el mismo Sauron. Pero otro de estos Ángeles, el poderoso Manwë, junto con los que permanecían fieles a Eru, el Dios único, combatieron contra Melkor y sus aliados y lograron vencerles. Y Melkor se retiró a la oscuridad esperando una nueva oportunidad para someter a toda la creación bajo su dominio arrebatándoselo a Eru.

Melkor, cuyo nombre será cambiado por el de Morgoth, será vencido definitivamente tras causar dolor a generaciones y generaciones, provocando guerras y discordias durante innumerables años. Toda su historia se cuenta en *El Silmarillion*, una de las obras fundamentales del profesor de Oxford.

Ya conocemos quién, según Tolkien, es el gran Enemigo, mentiroso desde el principio. Y no es muy difícil establecer la relación con la historia de Luzbel, el ángel caído, el dragón, la serpiente antigua, el Enemigo, Satanás, a quien la soberbia condujo a los infiernos, y cuyo

nombre fue cambiado por el de Lucifer. Aquel que fue vencido por Miguel en una gran batalla en los cielos. Aquel que jamás aceptará servir a Dios.

El Enemigo es el Diablo. Como dijo en cierta ocasión el entonces cardenal Ratzinger: «La Iglesia no ha declarado nunca dogma la existencia del demonio, porque su existencia es de una evidencia y rotundidad que nunca lo ha creído necesario»(12).

Así pues, el Demonio existe. Y entonces nos encontramos ante un enigma. La Iglesia siempre ha proclamado que el Demonio ya ha sido vencido. Para los cristianos el Demonio no está situado al mismo nivel que Dios. No tenemos un concepto, como los antiguos maniqueos, de un dios del bien y otro del mal que combaten perpetuamente para conseguir la supremacía el uno sobre el otro. Para los cristianos, Satanás, el más bello de los ángeles, que se rebeló y no quiso vivir sometido al Dios único sino reinar sentado en su trono, ya ha sido derrotado en la muerte y resurrección de Jesucristo. El porqué de su existencia es un misterio, pero sin embargo es fundamental, quizá como el elemento primordial que garantiza la libertad de elección del hombre, del que el mismo Dios precisa de su permiso para poderle salvar. Dios, en una impresionante muestra de su amor, te ha creado libre y no quiere forzar a nadie a amarle y servirle. Por eso es necesario que el mal pueda presentarse ante tus ojos.

Dios ha hecho libres a los ángeles también, y, por tanto, con capacidad para rebelarse. Así que nos encontramos con que, por una parte, el Demonio ha sido vencido y por otra con que Dios permite, sin embargo, que todavía tenga poder para tentar sugiriendo mentiras en contra del hombre.

Esta es la razón por la cual no es Morgoth, como cabría esperar, sino Sauron su sirviente, el Enemigo en *El Señor de los Anillos*. No es el ángel caído sino solo un siervo. Si Morgoth es el Demonio y ya ha sido ciertamente vencido, ¿quién es Sauron? No es el Demonio antes de ser vencido sino su súbdito, es decir: la encarnación del Demonio, ya derrotado por la victoria de Jesucristo, en esta generación y en este tiempo concreto que nos ha tocado vivir. Dicho de otro modo, es el Enemigo que tú y yo debemos vencer en nuestra vida, pero no solos, por cierto, ni abandonados a nuestras propias fuerzas. Ya que si es cierto que Sauron ha forjado un arma temible con el fin de tenernos esclavizados, también es cierto que esta le ha sido arrebatada. Alguien se la ha robado, y tú y yo, sin saber muy bien cómo, nos hemos encontrado con ella en nuestras manos. Y lo peor de todo es que ya la hemos utilizado muchas veces, sin tener ni idea de lo peligroso que podría llegar a ser.

Un Anillo para atarlos en las tinieblas

Si como acabamos de ver el Enemigo es el Diablo, en su encarnación concreta como adversario de tu vida, hoy, ¿cuál es el arma que ha fraguado para realizar su obra? Dice la primera epístola de san Juan que «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo» (1 Jn 3,8)(13). Así que Dios mismo tuvo que hacerse hombre y venir al mundo para destruir los frutos envenenados de aquel que es mentiroso desde el principio. La obra del Enemigo comienza por una mentira cuyo propósito es sujetar al hombre a su voluntad, que no es otra que la de someterlo a esclavitud, porque lo odia y lo envidia, ya que es la criatura predilecta de Dios. Para conseguir que la mentira sea creíble, el Enemigo ha necesitado disfrazarse, ya que nadie creerá a uno que sabe que le odia; asimismo ha necesitado añadirle los componentes necesarios para hacer sugerente el engaño, de modo que ninguno pueda evitar caer en él y por último, ha preparado una cárcel donde mantener encerrados a aquellos que al fin han dado crédito a sus mentiras. Ha trabajado estos tres elementos en las tinieblas del tiempo con la maestría de un orfebre, y ha forjado el arma terrible, el Anillo, volcando en él la esencia de su negro poder. La Escritura nos dice claramente cuál es el arma del Diablo, recipiente de su poder, en la carta a los Hebreos: «Así como los hijos (los hombres) participan de la sangre y de la carne, así también participó él (Jesucristo) de las mismas, para aniquilar mediante la muerte, al Señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por el miedo a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb 2,14-15).

Así que si hoy eres esclavo del Diablo es por el miedo que tienes. He aquí al Anillo. El arma del Enemigo es el miedo, el miedo a la muerte. No solamente el miedo a la muerte física, que quizá no veas tan cerca si eres joven o gozas de buena salud. Este miedo a la muerte se hace concreto y se extiende a todas aquellas cosas que tienen poder de hacerte sufrir, de matarte de algún modo, ya que no puedes aceptarlas por ti mismo. Puede ser la falta de dinero, la falta de amigos, la soledad, el fracaso, las enfermedades o el no gustarte cómo eres.

Tú y yo tenemos algo en común. Tenemos un miedo atroz al sufrimiento, un miedo tan real, que construimos toda nuestra vida para huir de él, porque no entendemos de ninguna manera que sufrir tenga ningún sentido. Es algo de lo que hay que escapar, se nos hace necesario evitarlo a toda costa. ¿Por qué tenemos tanto miedo a la muerte? Pues porque aunque no lo sepas, ya la has experimentado.

Para intentar explicar esto, permíteme que te cuente una anécdota. Recuerdo que, cuando era niño, en cierta ocasión mi familia me llevó a dar un paseo a caballo. Una vez montado en él (una bestia gigantesca y terrible, no un pequeño y dulce poni), no conseguía hacer que se moviese a pesar de golpearle los flancos con los tacones de mis zapatos tal como me habían indicado que hiciera. Como todos se iban

y yo me quedaba en el picadero dando golpes y golpes en vano, el instructor vino hacia mí y me entregó una fusta para que motivara al caballo a moverse. Debió de verme cara de especialista en equitación, o algo por el estilo, pero se equivocó; yo por aquel entonces sólo era especialista en películas de Hollywood. Así que empuñando la fusta y tras elevarla por encima de mi cabeza, hice lo que había visto en tantas películas de vaqueros, le propiné al pobre animal un latigazo terrible. Comenzó a moverse, la verdad, y muy rápido, por cierto. Pero una vez iniciado el movimiento me vi obligado a mi pesar a detenerme de nuevo a una orden perentoria del instructor, que me llamaba de todo menos guapo. Me arrancó la fusta de las manos y me explicó que se utilizaba para dar un toquecito suave, que con eso bastaba y para ilustrar sus palabras y hacerme tomar conciencia de lo que acababa de hacer acercó la fusta a los ojos del caballo. Y este, a pesar de que los caballos son de los mamíferos menos inteligentes del planeta, al ver la fusta que le había causado tanto dolor, apartó la cabeza y hubiera huido al galope de no tenerlo el instructor cogido por las riendas.

Tenemos miedo a la muerte porque ya la hemos experimentado y conocemos el dolor que produce. Hemos recibido un latigazo cruel al igual que el pobre animal de mi historia, y ahora, sólo con ver aquello que nos ha causado tanto dolor nos escapamos corriendo. Este latigazo lo hemos recibido porque hemos creído la mentira que el Enemigo había preparado para nosotros. En el relato de Adán y Eva, del libro del Génesis, aparece esta mentira primordial. Ya en el jardín del Edén, Dios ha hecho libres a Adán y Eva, y como prueba de la libertad ha dejado en medio el árbol de la ciencia del bien y del mal, del cual no pueden comer porque les conduciría a la muerte. El Enemigo, disfrazado, miente a Eva y la convence de que si no puede comer de ese árbol es porque Dios la tiene ahí, limitada, sin capacidad de decidir por sí misma lo que está bien o mal, condenada a obedecer el concepto que del bien y del mal tiene Dios y que este no tiene por qué coincidir con el de ella. Dios no le deja experimentar porque la quiere tener sometida, porque no la ama. Porque si Dios la quisiera ¿por qué no habría de dejarle comer de aquel fruto tan apetecible? Y por último, proclama la gran mentira: no morirás si comes, sino que te harás como Dios. Podrás ser Dios.

Es como si dijéramos hoy ¿a quién tienes que obedecer, a los curas? ¿No puedes decidir tú lo que está bien o mal? Si la Iglesia te prohíbe ciertas cosas es porque no te quiere, te limita y te somete. ¿Qué hay de malo en que me acueste con esa chica que es tan guapa, tan simpática y tan apetecible? Si te lo prohíben es por envidia, porque como ellos no pueden hacerlo, quieren que tú tampoco seas feliz. Hazte mayor, decide tú, y que dejen de decidir por ti lo que tienes que hacer.

Y nos hemos creído esta mentira. El Enemigo ha conseguido hacernos creer que Dios no nos quiere y hemos tomado nuestras propias decisiones, dándole la espalda. Pecando nos hemos hecho «mayores», forzosamente independientes. Es como si un bebé decidiera arrojarse de los brazos de su madre para darle la espalda y enfrentarse al mundo solo. Inevitablemente, comenzaría a sentir miedo enseguida. Miedo a no conseguir comer, o vestirse, o moverse por el mundo, a no poder defenderse de los otros. Estaría muerto de miedo. Así nos ha ocurrido a nosotros, hemos pecado, y al hacerlo, en nosotros ha entrado el miedo, algo que hasta entonces no conocíamos. El Diablo, además, ha aportado como prueba de que Dios no es amor la existencia del sufrimiento. ¿Cómo va a ser amor alguien que permite que la gente sufra de mil maneras diferentes? Así que nos ha encerrado en un círculo: tenemos miedo a sufrir, y sufrir es la prueba de que Dios no nos quiere, porque si nos quisiera no dejaría que sufriésemos.

De modo que, como dice la Escritura, Adán y Eva al comer del fruto del árbol, sintieron un miedo terrible, y ¿qué hicieron entonces?

Pues entonces, querido lector, Adán y Eva se convirtieron en los primeros personajes de la historia de la humanidad en ponerse el Anillo. Se hicieron invisibles, escondiéndose de Dios, cuyos pasos, que oían por el jardín, les aterrorizaban. Y al ponerse el Anillo, entraron de lleno en el mundo del Señor Oscuro, allí donde él podía verles más claramente para poder burlarse de su desnudez y de su miseria. Habían entrado en su cárcel, en la tierra yerma de Mordor.

Recuerda los tres elementos fundamentales con los que el Diablo ha forjado el Anillo: una mentira, Dios no te quiere; una prueba, el sufrimiento existe y no tiene sentido; una cárcel para tenerte esclavizado, el miedo a sufrir.

Una vez expulsados del Paraíso a una tierra hostil, sucumbir al miedo será algo habitual. El Enemigo extenderá su poder hasta hacer imposible que nadie pueda resistirse al poder del Anillo, el miedo a sufrir. Y eso esclavizará al hombre, porque realmente es mentira que al comer del fruto no moriremos, es precisamente lo contrario; la muerte y el miedo a padecerla nos arrastrará como un caudal de aguas putrefactas. Por eso vivimos sometidos a la esclavitud de tener que ponernos el Anillo y escaparnos al menor atisbo de su presencia.

También es posible que, en resumidas cuentas, pienses que no es algo tan terrible no querer sufrir, que es algo muy normal; que es algo liso y sin adornos de ninguna clase.

Cada uno escapará como pueda o sepa. Imaginarse la posibilidad de ser invisible que ofrece el Anillo y plantearse qué haría con ese poder es algo que todo ser humano, sin excepción, se ha preguntado alguna vez. Probablemente lo utilizaríamos por primera vez tras hacer algo

malo para que nadie nos lo pudiese echar en cara, como un niño que rompe un jarrón. Pero este mismo niño volvería a utilizarlo sin duda para desaparecer de la faz de la tierra al ver discutir a sus padres, ya que no podría soportarlo. Habiendo comprobado que funciona, usaría el Anillo para escaparse de sus primeras frustraciones con el físico, con las chicas, con los estudios y por supuesto con sus padres. Frustraciones que el Anillo le haría atribuir a las injusticias que siempre le han causado los demás. De aquí, es posible que buscase en el Anillo un aliado para escapar de la realidad hostil y llena de sufrimiento en la que se ha convertido su vida, anhelando como única solución definitiva a sus sufrimientos el conseguir realizarse a sí mismo. Porque tiene derecho a realizarse, a ser feliz como él piensa que debe ser feliz. Su objetivo primordial será su propia felicidad. Y recurrirá a mil argucias diferentes. Tal vez, desprotegido ante una realidad insoportable, deseará tomar el poder del Anillo para imponer su voluntad a los demás. Invisible, podrá conocer todos los secretos sin que nadie jamás se dé cuenta. Con el paso del tiempo y ya habituado a llevar puesto el Anillo escapará, en el peor de los casos, con el alcohol o con la droga. O tal vez lo haga con el deporte, la sexualidad o el trabajo. Y seguramente vea en el dinero y el prestigio la vía adecuada de conseguir la felicidad que persigue. El Anillo le llevará a abortar ante un embarazo no deseado y a divorciarse en cuanto el otro no responda a su idea de felicidad. Porque el Anillo es la única solución que tiene a su alcance. Lentamente, el Anillo le irá apartando de los demás, como hizo con Gollum, para hacerle vivir en una soledad poblada de aullidos, buscando ser feliz en todo y no lográndolo en nada. Es tal el poder del Anillo, que tiene la capacidad de disfrazarse de bondad. Siempre se pone una excusa para su uso; un fin generoso, noble o necesario o la tristeza que disculpa los malos actos de alguien que se considera a sí mismo una víctima. El Anillo le llevará a justificar sus acciones porque en el fondo es un incomprendido. Nadie en realidad le comprende ni conoce. Nadie sabe lo que sufre y por eso es incapaz de amar al otro si no le aman primero a él, siempre e incondicionalmente.

Generalmente las personas no logramos verbalizar esta realidad de esclavitud, que tal vez pueda parecer exagerada. Pero pensemos en casos no extremos, en la búsqueda de una vida vivida con la única filosofía de no tener problemas, donde el único anhelo es vivir tranquilo y sin dificultades. ¿Será esto vivir? Una vida vivida así, evitando todo aquello que amenaza la supuesta paz encontrada en el dinero, el trabajo o la partida de los viernes, puede suponer una esclavitud enormemente adictiva; similar, aunque de efectos más lentos, a la que sufre un heroinómano.

El Anillo te invita a escapar del sufrimiento, haciéndote invisible, a

salir de tu vida concreta del modo que sea. Por eso supone una tentación tan grande para cualquiera que lo tenga delante. Basta desear el Anillo para que el corazón se corrompa. Y basta usarlo para entrar de lleno en el mundo del Enemigo. Un mundo donde todo lo exterior se difumina y sólo se logra ver con claridad el frío y vacío interior de la soledad que él quiera mostrarte.

¿Por qué el Anillo se hace desear tanto? Todos los personajes de *El Señor de los Anillos* en el momento de enfrentarse al arma del Enemigo sufren la misma tentación. El Anillo tiene la capacidad de mostrar tu vida de un modo totalmente distinto a como es en realidad. A Boromir le ofrecerá una imagen muy diferente de sí mismo como vencedor de todas las hordas del mal, como un gran guerrero, más aún, un gran jefe. «El Anillo me daría poder de mando. ¡Ah, cómo todos los hombres servirían a mi bandera!», llegará a decir. El pobre Sam, compañero de fatigas de Frodo, casi al final del libro deberá enfrentarse a «fantasías descabelladas que le invadían la mente» provocadas por el Anillo, viéndose a sí mismo como un héroe, empuñando una espada flamígera y derrotando él solo al poder de Mordor para luego transformar la tierra tenebrosa en un jardín maravilloso con una simple orden suya.

¿Y qué cosas vería Eva al escuchar a la serpiente? ¿A sí misma como señora del jardín del Edén? ¡Pero si ya lo era! ¿Y qué cosas te muestra el Anillo a ti? Es sencillo. Como tenemos miedo a sufrir, el Anillo nos enseñará una realidad diferente a la nuestra donde no tengamos que sufrir, donde no suframos en absoluto. Una realidad en la que libres de las ataduras que supone el sufrimiento, de las limitaciones que no aceptamos, experimentemos al fin la felicidad absoluta. Reclamar para nosotros esas imágenes que nos muestra el Anillo es buscar nuestra propia felicidad, y esa imagen de felicidad será nuestro mayor deseo, nuestro mayor bien, nuestro único objetivo. Nuestro Tesoro. Y cuando esas imágenes que nos muestra el Anillo se conviertan en nuestro tesoro habremos entregado nuestro corazón al Enemigo, porque: «Donde está tu tesoro, ahí estará también tu corazón» (Mt 6,21).

¿Necesitas pruebas? Piensa en lo que te ha enseñado el Anillo hoy. Has dejado entrar esos pensamientos con aquella chica. Te has visto a ti mismo como un héroe. Has humillado a tu peor enemigo delante de medio instituto. Has solucionado el problema sin solución. Eres un artista y algún día te reconocerán. Tu padre ha admitido sus errores contigo y ha declarado que te quiere más que a tu hermano. Has rescatado a tu vecina de las garras de cinco atracadores. Has sido aclamado por miles de personas en un concierto de rock. Has salvado al mundo. Te han desaparecido los granos. Aquel chico resulta que era millonario y te va a llevar esta misma noche a París en un jet privado. Esa chica tan popular e insoportable se ha caído en un charco. Te han

subido el sueldo. Eres el nuevo director general. Te has comprado un chalet. Han despedido a tu jefe. Te has acostado con tu secretaria. Después con tu mujer. Tienes una vida diferente. Una vida distinta a la tuya. Una historia que no es la que Dios ha diseñado para ti.

Como dirá Sam, «todas esas visiones son una trampa». Son la gran trampa, diseñada a tu medida para que caigas en ella. Mira lo que te grita el Anillo por orden del Enemigo: ¡Reniega de Dios, de tu vida y de tu historia, por lo injustamente que se ha portado contigo! ¿No ves cómo no te quiere? ¿Cómo te va a querer con esa vida que tienes? Y si ahora estás bien, espera. Ya verás cómo pronto te tocará sufrir. Por eso la única solución es destruir el Anillo, porque el miedo a sufrir es un problema tan fundamental y su presencia es tan persistente que hace vanos todos los intentos por hacerle frente. Estos intentos por enfrentarse al sufrimiento están representados en los otros anillos de los que habla la mitología de Tolkien: tres para los reyes elfos, nueve para los hombres mortales y siete para los señores enanos. Estos anillos, que no han sido creados para el mal en un principio, están condenados a ser atraídos por el Anillo soberano, de hecho todos han caído ya excepto los anillos de los elfos, los más perfectos de todos, que el Señor Oscuro está a punto de mancillar. Estos anillos tienen el poder de evitar el deterioro y frenar la fatiga del mundo. Plantean una respuesta al sufrimiento y a la muerte basada en la misericordia, en la bondad y en la belleza. ¿A qué se parece esto? Por ejemplo, no es ningún secreto que los primeros hospitales de la humanidad fueron creados y promovidos por la Iglesia, por la cristiandad, para atender a los hombres en sus enfermedades, curarlos a ser posible y en la medida del amor de Jesucristo, aliviarles el sufrimiento de algún modo. La Iglesia, pues, en un momento histórico dio una respuesta al problema del sufrimiento y de la muerte y la ofreció a toda la humanidad. Con el tiempo, la gestión de los hospitales pasó a manos del estado o de iniciativas privadas. Hoy, en muchos hospitales de Europa, junto con la curación de los enfermos, se practica la eutanasia o el aborto. Se realiza lo que está escrito en las palabras del famoso poema de los anillos:

«Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos, un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas».

Existen respuestas al sufrimiento de índole política, social o religiosa. Casi ninguna es mala en un principio, y muchos luchan contra el sufrimiento de una manera valiente y sincera. Pero el poder del Enemigo, habitando dentro del hombre, puede terminar por corromper todas las cosas. Esta es la razón por la cual toda respuesta al sufrimiento que no suponga la destrucción del Anillo del Enemigo está condenada a acabar a su servicio.

Una de las cosas que más me ha impresionado siempre de Tolkien es

que jamás emite un juicio moral negativo sobre aquellos que han sucumbido al poder del Anillo, ni siquiera sobre los Nazgûl, los nueve espectros que portan los nueve anillos de los hombres vendidos ya al poder del Señor Oscuro; ni juzga de forma negativa a los que son tentados por él, ni a Frodo en las ocasiones en que se lo pone en el dedo, ni a Sam, ni a Boromir por intentar conseguirlo por la fuerza, ni al mismo Gollum, del que siempre se presume una esperanza última, aunque quizá diminuta, de salvación. La culpa no es de todos ellos; la culpa es del Anillo. La culpa no es de la mujer que aborta, ni del que es capaz de pisar a cualquiera para mantener su prestigio en el trabajo. La culpa es del miedo; del Enemigo que nos ha engañado y nos quiere someter a su tiranía. Lo normal para cualquier hombre es caer en la tentación de ponerse el Anillo, lo verdaderamente asombroso es que alguien pueda resistirse a ello.

Sin embargo, la buena noticia es que ya se puede destruir el Anillo porque Cristo se lo ha arrebatado al Enemigo, ha deshecho la obra del Diablo venciendo a la muerte, esa realidad que nos aterroriza, muriendo Él mismo en la cruz y destruyendo el miedo en su resurrección para que ya no seamos esclavos por el temor. ¿Cómo vamos a temer algo que no existe? ¿Dónde está la muerte, dónde su victoria? En Jesucristo se ha dado sentido a todo sufrimiento, a todo mal, ya que se ha convertido en el Señor de la Vida.

Pero, si esto es así, ¿por qué yo sigo teniendo miedo a sufrir? Porque esa muerte todavía no ha sido vencida en mí; por eso es necesario cargar con el Anillo y destruirlo en esta generación, porque de nada me valdrá saber que otros han vencido ya a la muerte juntamente con Cristo si Él no la vence en mí, si no se hace Señor de mis sufrimientos concretos y específicos. El Anillo debe ser destruido para que se destierre de mí el miedo y se abra una vía de esperanza, un sentido al sufrimiento y por tanto a la vida. Tal vez podrías preguntarte, con sinceridad, qué es lo que te hace sufrir hoy. ¿Podrás tener algún día la certeza profunda de que todo lo que te ocurre en este momento forma parte de un designio de amor, que todo sucede para tu bien? (cf. Rm 8) ¿Que el que exista el sufrimiento no significa que Dios no te quiera? Aquel que no perdonó a su propio Hijo lo hizo para arrebatarle el arma al Enemigo y dártela a ti, para que puedas echarla al fuego y experimentar que existe la vida dentro de la oscuridad, que tu vida tiene un sentido maravilloso, y que si hoy sufres no es porque has suspendido cuatro o porque no tienes novia; si hoy sufres es porque llevas puesto el Anillo casi de forma permanente para escaparte de todo lo que te da miedo y eso te ha hecho ser una marioneta en manos del Enemigo. Una marioneta a la que obligará a no poder amar a nadie, que es el objetivo final que pretende al inocular dentro de ti el miedo, porque sabe que el hombre ha sido creado para amar y

amando es como logra realizarse verdaderamente. No podemos amar porque amar te obligaría a quitarte el Anillo para hacerte visible y aceptar sufrir en cierto modo. Sufrir a otro que no siempre es como tú quieres, otro cuyos defectos te destruyen, como te destruyen los defectos de tu marido, de tu padre o del director de tu oficina. Dicho de otro modo, al privarte de poder entrar en el sufrimiento sin escaparte, jamás podrás amar porque no quieres morir, porque el Anillo no te da la respuesta al sufrimiento, sólo te ofrece una forma de huir de él obligándote a buscar tu autorrealización exclusivamente en todo lo que te proporcione alguna satisfacción o placer y persiguiendo por encima de todo tu propia felicidad personal a pesar de la de los otros e incluso por encima de ella.

Pero hay razón para la esperanza. Jesucristo le ha arrebatado al Enemigo ese poder y ha humillado a la muerte en su resurrección, dándonos la capacidad de poder amar como él nos ha amado. Pero para llegar a amar así, es necesario ponerse en camino. Hay que destruir el Anillo.

Ya conocemos qué es el Anillo y qué es lo que hay que hacer con él. Toca ahora detenernos a examinar algo todavía más asombroso. Deberemos conocer a quién le ha sido encomendada esta peligrosísima misión. A ningún héroe, ciertamente. Probablemente al último que hubiéramos elegido para llevarla a cabo.

Capítulo 2

SAL DE TU TIERRA

«A menudo puedes ver cables que cruzan las calles. Antes de que la corriente fluya por ellos no hay luz. El cable somos tú y yo. La corriente es Dios. Tenemos el poder de dejar pasar la corriente a través de nosotros y de este modo generar la luz del mundo —Jesús— o de negarnos a ser utilizados y de este modo permitir que se extienda la oscuridad».

Teresa de Calcuta

Existe una región al noroeste de la Tierra Media llamada la Comarca. En ella viven los hobbits, una raza de seres muy peculiares, parecidos a los hombres pero de menor estatura. Los hobbits aman la paz y la tranquilidad y sobre estos cimientos asientan su apacible vida. Les resulta odioso cualquier acontecimiento que pueda llegar a amenazarla. Quizá por eso y, aunque tienen cierta tendencia a engordar fácilmente, dominan el arte de desaparecer rápido y sin ser vistos al menor atisbo de problemas o de peligros. Además de comer y beber, lo que suelen hacer bastantes veces al día, y de su extraordinaria afición por el tabaco de pipa (para ellos, fumar es considerado un arte, el único cuya invención pueden atribuirse), para los hobbits no existe nada mejor que un campo de cultivo bien ordenado y aprovechado; probablemente porque de los campos de cultivo bien ordenados y aprovechados consiguen lo necesario para comer y fumar según sus generosas necesidades.

No existen crónicas sobre ellos, ni referencia alguna a gestas o hazañas protagonizadas por hobbits en los anales de la historia. La mayoría de los otros pueblos de la Tierra Media desconocen su existencia, del mismo modo que ellos desconocen la de los demás. Ante los pocos que a su pesar sí que conocen: elfos que van hacia los Puertos Grises (situados muy cerca de la Comarca) para navegar de vuelta a su tierra bienaventurada; o enanos que atraviesan la Comarca ocupados en sus propios asuntos, se muestran desconfiados y hasta abiertamente hostiles si la ocasión lo merece, con el único propósito de forzarles a abandonar sus tierras lo antes posible y así poder seguir disfrutando en paz de sus sosegadas vidas.

En el tiempo en el que comienza nuestra historia, los hobbits viven bien, dejan vivir y desconocen absolutamente que posean algo de bravura en su interior. Disfrutan de su anhelada paz, que consideran su patrimonio común, sin que nada les perturbe más allá de los

chismes locales, el estado de las cosechas o la calidad de la cerveza. En resumen, ni tienen problemas ni los quieren.

Sin embargo, lo que los habitantes de la Comarca no conocen, lo que ni siquiera en sus pesadillas más tétricas llegarían a sospechar, es que esa tranquilidad les está siendo prestada por otros. Muchos son los ojos que vigilan las fronteras de la Comarca para garantizar la felicidad sin preocupaciones de la que gozan los hobbits. Muchos son los que montan guardia a sus puertas, sin ser vistos por ellos y velan día y noche por su seguridad. Más que nunca en estos últimos tiempos, porque una sombra vuelve a alzarse en el Este y su presencia anuncia presagios oscuros. Oscuros como la noche que se avecina sobre toda la Tierra Media.

El Peregrino Gris

Uno de los ojos que vigilan la Comarca, el que mejor conoce el carácter medroso de los hobbits y el único que se deja ver por ahí de vez en cuando, es un anciano de barba gris. Allí en el norte se le conoce como Gandalf. Muy pocos, y al menos nadie en la Comarca, conocen su verdadera ocupación y cuál es la razón por la cual recorre incansablemente la Tierra Media, con paso rápido, interviniendo en los asuntos de todas las razas y pueblos que la habitan. Para los hobbits es poco más que un prestidigitador, un mago itinerante, un vagabundo especialmente hábil con el uso de los fuegos artificiales, competente para entretener a niños y mayores al contar historias maravillosas sobre dragones y trasgos en las fiestas locales.

Pero una vez, hace ya bastante tiempo, aunque no lo suficiente como para que los vecinos hayan logrado olvidarlo, este anciano gris fue el causante de la misteriosa desaparición de un joven de la Comarca, en pos de una nutrida compañía de enanos exiliados de la Montaña Solitaria. Más de un año parece que estuvo fuera, para volver después, cargado de innumerables tesoros (decían) a su vieja casa en Hobbiton, desalojar a los parientes que se habían instalado allí aprovechando su ausencia, y afincarse de nuevo en su antiguo hogar para disfrutar merecidamente de la fama que se había ganado de excéntrico y amigo de magos, elfos, enanos y otra gente «peligrosa». El trato con él no resultaba muy aconsejable, especialmente para la juventud a la que podría llenar la cabeza de pájaros, desviando su atención de las cosas realmente importantes de la vida haciéndoles pensar en aventuras, tesoros y dragones. Gracias al Cielo que el carácter hobbit estaba firmemente arraigado en ellos, y el solo pensamiento de pasar una noche a la intemperie sin un desayuno caliente al día siguiente bastaba para desanimar a cualquier posible candidato a seguir sus pasos en busca de peripecias más allá de las cercas de sus huertos.

El asunto no deja de tener su gracia. Cierto día, este joven, Bilbo

Bolsón de nombre, fumaba tranquilamente su larga pipa de madera a la puerta de su casa, tras un desayuno bastante satisfactorio. Era definitivamente un buen día, o al menos lo fue hasta que la sombra de un anciano vestido de gris con una larga barba blanca cubrió la puerta redonda de Bolsón Cerrado. Lo que hablaron entonces está registrado en otra parte y puede leerse allí. Pero lo que resulta verdaderamente asombroso es que Gandalf se fijó en aquel hobbit perezoso y atolondrado, le importunó, le molestó, le fastidió la digestión y la pipa, le asaltó sin pedirle permiso y le anunció su participación en un viaje bastante peligroso. ¿Por qué razón molestó a Bilbo? ¿Por qué precisamente a Bilbo? Tal vez podamos responder a esa pregunta un poco más adelante. Ahora lo importante es contemplar al pobre señor Bolsón, acogiendo al día siguiente y muy a su pesar, en su hermoso, ordenado y confortable hogar a una horda de extranjeros, enanos por más señas, que aludiendo a una supuesta cita en su casa van invadiéndola poco a poco. Terriblemente atareado para intentar saciar el hambre y la sed de estos extraños visitantes, observa impotente las manchas de barro en su tarima inmaculada, las toneladas de vajilla desperdigada por todos los rincones, una despensa cada vez más vacía (es una gran hazaña vaciar la despensa de un hobbit); y escucha con inquietud cómo crujen sus sillas y butacas diseñadas exclusivamente para soportar el peso de un mediano como él, no de unos enanos capaces de engullir varias veces su propio peso en pollo frío, encurtidos, pan blanco, pastelillos de carne y queso, cerveza, café y más pastelillos.

Al parecer, fue el propio Gandalf quien después de la conversación con Bilbo hizo una marca en su puerta redonda con su bastón, invisible para todos excepto para aquellos que habían sido convocados esa noche, indicando aquella como la casa a la cual debían acudir para celebrar consejo (y comer y beber). Gandalf llega al fin, y ante toda respuesta a las preguntas e increpaciones de Bilbo, responde que prefiere el vino tinto al té para beber.

La historia es bien conocida. Bilbo no sólo ha sido obligado a abrir su casa a una nutrida banda de desconocidos, sino que estos mismos, por instigación de Gandalf, lo consideran un buen candidato para acompañarles, en calidad de saqueador nocturno, a un peligrosísimo viaje para recuperar su reino, perdido a manos de un terrible dragón llamado Smaug que ahora descansa plácidamente tumbado en el oro que les ha robado al desahuciarlos, provocando así su exilio. Volveremos más adelante sobre este pueblo sin tierra y su significado tal como lo concibió Tolkien. Pero debemos mirar de nuevo a Bilbo y contemplarle estupefacto, incrédulo y al borde del desmayo al verse tildado de «saqueador», aún más cuando, ante las reservas de los enanos, el propio Gandalf da fe de sus aptitudes como tal, llegando a

poner por él la mano en el fuego si hiciera falta.

Bilbo, después de negarse rotundamente a participar en ninguna aventura, se verá a sí mismo al día siguiente corriendo calle abajo, dejando atrás todas las cosas que acostumbraba a llevar cuando salía de casa, sin dinero ni bastón, sin ni siquiera un pañuelo, para alcanzar a los enanos que, guiados por Gandalf, emprenderán esa misma mañana el viaje hacia la Montaña Solitaria. Ni siquiera al final de su vida podrá explicar Bilbo por qué salió aquella mañana a emprender su camino inesperado, el viaje de su vida.

Gandalf había molestado a la persona menos apta para emprender una aventura y había acertado de lleno.

Este viaje tendrá consecuencias inesperadas. En él, Bilbo, atrapado en las profundidades de la Montaña, se encontrará con un personaje imprescindible en *El Señor de los Anillos*: Gollum. Y encontrará «casualmente» un anillo al apoyar la mano en el suelo: el Anillo Soberano, aunque él no llegue ni a sospecharlo. Para escapar de su portador temporal, se lo pondrá en el dedo, y una vez invisible podrá huir de los túneles y mazmorras de la montaña. Aprovechando que nadie puede verle, cuando está a punto de escapar del corazón de la montaña, tendrá la oportunidad de matar a Gollum y garantizar así su tranquilidad por el resto de sus días. Pero teniéndolo delante y a su merced, realizará el acto más definitivo y probablemente menos comprendido de toda la saga de Tolkien, cuyas consecuencias darán sentido a toda la obra, y que veremos en su momento: le perdonará la vida. A su vez, Gollum le jurará odio eterno, a él y a todos los Bolsón.

Después de muchas aventuras, el Reino de Erebor se recuperará de las garras de Smaug, y Bilbo volverá a su querida Comarca llevando el Anillo en el bolsillo de su chaleco y una modesta parte del botín de Smaug. Pero Bilbo ya no será el mismo que antes de salir de su tierra. Algo habrá cambiado profundamente en él.

Hasta aquí, a grandes rasgos, la historia de la primera aventura de Bilbo. Para entender qué busca transmitir este preámbulo a *El Señor de los Anillos* que es *El Hobbit*, es primordial comprender quién es en realidad este peregrino, Gandalf el Gris, algo que pocos conocen. ¿Es simplemente un prestidigitador, como creen los hobbits? ¿Un mago poderoso, al estilo del Merlín de las sagas artúricas? ¿Quién es en realidad? ¿Por qué se inmiscuye en los asuntos de todos los pueblos de la Tierra Media?

Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo Eru, el Dios Único, vive acompañado de una serie de seres angélicos, los Valar, cuya música da origen a la creación. También hemos visto la rebeldía de uno de ellos, Melkor, que será figura del Diablo, y de su siervo Sauron, su encarnación en la generación que nos ha tocado vivir.

A fines de la Primera Edad de la Tierra Media, Sauron es derrotado

por la última alianza de hombres y elfos, y un mortal le arrebata el Anillo. Pero pasado el tiempo, y estando el Anillo supuestamente perdido, una sombra vuelve a tomar forma. Desde ese momento, cuando esa sombra comienza a identificarse con Sauron, que ha vuelto, y vislumbrándose ya sus malignas intenciones, crece la preocupación de los Valar respecto a la suerte de la Tierra Media, a la que ven condenada a la oscuridad si no se le llega a prestar alguna ayuda, dado el poder de Sauron y del Anillo Único si lograra recuperarlo. Así, buscan el consejo de Eru y obtienen su recomendación y su permiso para enviar a la Tierra Media una ayuda adecuada para combatir al Señor Oscuro.

Es entonces cuando aparecen en la Tierra Media los Magos (Istari), miembros de una orden cuyo número de componentes no se conoce con exactitud. Sólo de cinco tenemos constancia, y de estos, solamente de tres habla Tolkien en su obra: Saruman el Blanco, Gandalf el Gris y Radagast el Pardo. Con aspecto de hombres entrados en años, pero con un admirable vigor físico, viven de manera sencilla durante mucho tiempo, recorriendo la Tierra Media y relacionándose con todos los seres que la habitan. Los que tenían tratos con ellos creyeron, en un principio, que eran hombres que habían aprendido las artes y las ciencias después de muchos años de estudio; sin embargo, cuando fue evidente que la sombra estaba tomando forma de nuevo, comenzaron a mostrar sus verdaderos propósitos, promoviendo actuaciones para frenar el posible ascenso del Enemigo al poder. Así, comenzaron a ejercer como consejeros de grandes y pequeños, y a impulsar a los pueblos libres a no quedarse quietos esperando sino a actuar para entorpecer los planes del Señor Oscuro. Los grandes elfos y los descendientes de las razas más nobles de los hombres, que nunca se habían plegado al poder de Sauron, vislumbrando el poder de los miembros de esta orden y su incansable enemistad con el Enemigo, tuvieron a bien acogerlos, valorando sus avisos y recomendaciones como si hubieran sido enviados por la Providencia. Y en verdad era así, pues los magos fueron enviados a la Tierra Media por Eru, el único, y eran en realidad seres angélicos como los propios Valar, pero de un rango menor. Habían sido enviados desde más allá del mar, de la bienaventurada tierra de los Valar, pero investidos en cuerpos de hombres, reales y no fingidos, sujetos a los temores, los dolores y las fatigas de la tierra, vulnerables al hambre, la sed y la muerte. Ahora bien, aunque excelsos señores, tenían prohibido forzar la voluntad de los habitantes de la Tierra con grandes manifestaciones de poder, habiéndoles sido ordenado que bajo una forma débil y humilde realizaran su misión con una doble perspectiva: por una parte, orientando por medio de consejos a los hombres y a los elfos y por otra intentando unir en amor y comprensión a todos aquellos a los que

Sauron, si volvía, trataría de dominar y corromper.

Pero cada uno de los Magos, como veremos, tomará su propio camino, y es Gandalf el que permanecerá más fiel a la misión que Eru le ha encomendado. Tolkien describió a Gandalf en unas notas no publicadas en vida de la siguiente manera: «Cálido y vivaz era su espíritu, porque era el enemigo de Sauron, oponiendo al fuego que devora y marchita el fuego que anima y socorre en la desesperanza y la aflicción; pero su alegría y su rápida ira se ocultaban tras hábitos grises como la ceniza, de modo que sólo los que lo conocían bien alcanzaban a percibir la llama interior. Solía mostrarse alegre y bondadoso con los jóvenes y los simples, pero también era rápido para la respuesta mordaz y la reprensión de los desatinos, pero no era orgulloso y no buscaba el poder ni la alabanza, y así, en todas partes lo querían todos los que a su vez no eran orgullosos. No deseaba que nadie le tuviera un temor reverente o siguiera su consejo por miedo».

Gandalf es llamado por Tolkien «el enemigo de Sauron» y así es en *El Señor de los Anillos*, donde encarna al enemigo del mal por antonomasia, enviado por Dios a la Tierra Media con la misión concreta de combatirlo.

Es muy interesante el significado que puede tener para nosotros hoy la figura de Gandalf y la llamada a salir de su tierra y de su casa que realiza al pequeño y perezoso mediano de la Comarca. Porque Gandalf es el instrumento por el cual, según Tolkien, Dios, que no ha abandonado a la Tierra Media ni a sus criaturas, ha querido prestarles su ayuda ante la indefensión que están llamados a sufrir a manos del Enemigo. La respuesta de Dios ante la obra del Enemigo es hacer vivir a Gandalf entre los hombres para que actúe, sin forzarlos, entorpeciendo los planes malignos y uniendo a todos los pueblos en este combate. La respuesta de Dios ante la obra del Enemigo es la Iglesia.

Gandalf es imagen de la Iglesia; es un consagrado, miembro de una «orden», es un misionero itinerante, es un catequista y un guerrero que porta un báculo. Incansable, recorre toda la Tierra para cumplir su misión, sin instalarse en ninguna parte (al contrario que Saruman, cuya traición comenzará a urdirse en el momento en que toma posesión de una lujosa torre de vigilancia como morada permanente). Es, además, un hombre molesto, «cuervo de la tempestad» es llamado por muchos, ya que cuando aparece en las cortes de los hombres, les pone en aviso sobre el mal que espera latente en Mordor, y con sus palabras y consejos importuna y fastidia a los que, cómodamente asentados en sus vidas, no son capaces de ver la amenaza que lentamente pero sin descanso está tomando forma. Y llama a todas las criaturas, a tiempo y a destiempo, a ponerse en movimiento contra Sauron, haciéndoles postergar cualquier otro asunto en el que estén

ocupados, por importante que les pueda parecer.

Gandalf llama constantemente a la conversión. Evangeliza por igual a grandes señores y a labriegos insignificantes hablando claro sobre las intenciones del Enemigo, y advierte de las consecuencias de quedarse quieto sin hacer nada. No descansa, siempre de aquí para allá. Y, sin embargo, son pocos los que le hacen caso. Sólo los que han sufrido ya alguna herida causada por Sauron en edades anteriores, como los elfos o los descendientes de los hombres de Númenor, dan crédito a sus palabras y obedecen a sus consejos. Pero, tal como nos hace ver Tolkien, la Tierra Media está asistiendo a un cambio de época. El tiempo de los elfos se termina y apenas quedan hombres de la vieja estirpe. El mundo se está preparando para una nueva era, donde prevalecerán los hombres comunes, normales y corrientes. Por eso, más que nunca, es necesario evangelizar. La preeminencia de los elfos sobre la tierra, que podríamos asemejar al concepto de cristiandad, cuando todo el mundo era cristiano, ya ha pasado.

Como acabamos de leer, Gandalf siente una especial predilección por el fuego «que anima y socorre en la desesperanza». Esta característica, que forma parte de su carácter misionero, se ve acrecentada por el hecho de que según la mitología-teología de Tolkien, Gandalf porta uno de los tres anillos de los elfos, Narya, el anillo de fuego, que le fue entregado por un alto señor elfo a su llegada a la Tierra Media intuyendo la responsabilidad preeminente que recaía sobre él de cara a la victoria sobre el Señor Oscuro y la peligrosísima misión que iba a tener que desempeñar antes del fin de todas las cosas; para que, en medio de los grandes trabajos y peligros que le aguardaban, encontrara en él una ayuda que le permitiese proporcionar coraje a todos los corazones, especialmente a los que estuviesen a punto de desfallecer por falta de esperanza.

Así, Gandalf, figura de la Iglesia que cumple su misión de anunciar el Evangelio sin temor a importunar o molestar, pero sin forzar a nadie a creer por medio de grandes demostraciones de poder, ciudadano de un Reino que está más allá del mar; es el Portador de un fuego secreto, el sirviente de una llama imperecedera. Los Padres de la Iglesia han hablado mucho de este fuego y nos pueden ayudar ahora a comprender su verdadero sentido:

«¡No os engañéis! Dios es fuego, Él ha venido como fuego y ha arrojado el fuego sobre la tierra; corre por todos lados, buscando una materia para asir, es decir una disposición y una voluntad buenas, para caer sobre ella e inflamarla. En aquellos en quienes el fuego se enciende, se eleva con una gran llama y llega hasta el cielo, no dejando a aquel que es abrasado ni tregua ni reposo»(14).

Este fuego es la esencia de la misión de Gandalf, el mago que también corre por todos lados buscando la disposición de todos los

pueblos de la Tierra Media para encender en ellos la llama del amor de Dios, para transmitirles directamente el fuego del Espíritu Santo. Este Espíritu que:

«Descendió sobre los apóstoles bajo la forma de lenguas de llamas. Este fuego expulsa a los demonios, extermina los pecados. Es la fuerza de la resurrección, la realidad de la vida eterna»(15).

La Iglesia es portadora de este fuego, de la fuerza de la resurrección enemiga del Enemigo y única defensa ante él, que hace presente en el mundo la realidad de la vida eterna, que el cielo existe verdaderamente, y que uno puede acceder a él ya en esta tierra. Esta es una noticia capaz de despertar a las almas dormidas y disponerlas a combatir la amenaza que toma forma en cada generación. Gandalf, misionero itinerante, peregrino incansable, es testigo de la realidad de la vida eterna porque ha nacido más allá del mar. Pero encarnado verdaderamente, ha sido enviado con la misión de prender fuego en todos los corazones para librarlos así de la esclavitud del Señor Oscuro.

Acoger a un ángel

Sin embargo, los hobbits ni se imaginan estas cosas. Para ellos Mordor no ha sido sino un nombre maléfico y a la vez irreal de su infancia, una leyenda sin ninguna relación con la sencilla vida campesina en la que están acomodados. Ignorantes de la realidad que les rodea, todavía no les ha sido dado conocerla. Viven atados a sus cosas, a sus campos, sus relaciones, su dinero, sus vidas más o menos cómodas y no comprenden que la verdad no es esa, sino que la verdad conlleva aceptar todo el drama, toda la batalla latente que ya está desarrollándose a su alrededor. Creen que la única realidad es solamente aquella que pueden ver y tocar en su entorno más cercano y a la cual se aferran con ansia porque les proporciona una gran seguridad. Pero desconocen que esas seguridades que atesoran como joyas preciosas les están haciendo vivir en la más absoluta mediocridad. Ni por asomo llegan a imaginar que la realidad no es esa y menos aún comprenden que se están jugando la vida en una batalla entre el bien y el mal que ya ha comenzado y que les afecta directamente.

Es como si Tolkien quisiera ayudarnos a descubrir que la vida es una batalla. Él, que se definía a sí mismo como un hobbit, quiere hacernos ver que tal vez nuestro concepto de la vida y de la felicidad sea insuficiente y mediocre. Que es posible que tú y yo, como los hobbits, nos hayamos instalado en un mundo a la medida de nuestra propia idea de lo que es la felicidad, un ideal burgués que identifica la paz con la ausencia de problemas y la alegría con el placer. Quizá no

atendemos al tremendo drama que se está desarrollando a nuestro alrededor, un combate a muerte entre la luz y la oscuridad, entre los ángeles y los demonios, entre el Anillo Único que todos hemos heredado y que nos esclaviza a vivir una vida en el tedio, sintiendo que las obras que realizamos no tienen ningún valor, y la verdadera felicidad y la verdadera vida que nos proporcionará el ser liberados de esa servidumbre del Anillo, que nos obliga a escapar constantemente de todo aquello que amenaza nuestro proyecto de bienestar y prosperidad.

Porque es cierto que todos, en mayor o menor medida, nos hemos construido un proyecto de felicidad. Esa es nuestra manera de ser hobbits aquí y ahora. Pero este proyecto es incapaz, por miedo o por ignorancia, de tener presente que Mordor existe y está condenado a fracasar por una sencilla razón. En el momento de diseñar la secuencia de acontecimientos que, según nuestro criterio deben ocurrir para conseguir ser felices; como comprarse un coche, por ejemplo, o conseguir un trabajo, lograr un aumento de sueldo, casarse o tener hijos, ninguno de nosotros ha incluido un elemento tan fundamental como ignorado: la obstinada presencia del sufrimiento en nuestras vidas. Aun el más afortunado entre los mortales tendrá que acabar enfrentándose a la vejez, la enfermedad y la muerte, y si nada le ha ocurrido antes quizá sea porque, al igual que los hobbits de la Comarca, hay muchos ojos que han cuidado de él para defenderle del peligro de allá fuera. Y cómo se habrá preparado para el inevitable momento del tránsito de esta vida es difícil decirlo, porque ignorar la batalla es ignorar la propia vida, y al hacerlo nos convertimos en personas pusilánimes y blandengues, encerradas como estamos en nuestra propia casa, en un egoísmo atroz, en nuestro agujero hobbit. Sin embargo, tal vez no hemos conocido otra cosa. Si es así, tampoco tenemos por qué sentirnos culpables de anhelar con todas nuestras fuerzas aquellas cosas que pensamos que pueden hacernos felices. El problema es que, aunque al fin las consigamos, terminaremos por contemplar, incrédulos, que permanecemos insatisfechos. ¿Qué podemos hacer si desconocemos que existe esta batalla a nuestro alrededor? ¿Quién abrirá nuestros ojos a esta realidad?

Por eso existe Gandalf. Él se encargará.

Comenzará por Bilbo, como ya hemos visto. Perturbará su paz hablándole de dragones y tesoros escondidos, y marcará su puerta con una señal, como las puertas de los israelitas la noche de su salida de Egipto. Una señal que indicará que ahí dentro hay alguien que debe salir de su mediocridad y ponerse en camino para ser feliz y dejar de ser esclavo. Después, acompañará su anuncio con un signo elocuente, ya que Gandalf sabe perfectamente que todo lo que permanece quieto está condenado a pudrirse como el agua estancada. Ayudará a Bilbo a

dejar la comodidad esclavizante de su salón, comenzando por el simple acto de llenar su casa de desconocidos. Es este un aspecto importante, el abrir la propia casa a otro. Para el pueblo de Israel la hospitalidad era sagrada, no respetar esta norma era condenar al peregrino a la muerte por frío o inanición. «Acogeos mutuamente como Cristo os acogió», dirá san Pablo en la carta a los Romanos (15,7); aunque sea sin permiso explícito del dueño, añadiría Gandalf. El mismo Jesucristo, Palabra hecha carne «vino a su casa y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11), sino que fue rechazado y llevado a la cruz. Si bien su rechazo y muerte violenta nos dio la salvación, no es menos cierto que esta salvación que ahora es ofrecida gratuitamente no puede darse en nadie que no esté dispuesto a acoger el anuncio en su corazón, en su casa. «No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles», dice la carta a los Hebreos (13,2). Esta Palabra se hace presente en Bolsón Cerrado. Bilbo acoge el anuncio; aun a regañadientes, es hospitalario con Gandalf y los enanos. Acoge a un ángel. No te olvides que para Tolkien Gandalf es verdaderamente un ángel, uno de los espíritus que vivían junto a Eru en el Cielo, encarnado ahora en la Tierra Media. Ángel es una palabra de origen griego que significa «mensajero», con lo cual puede decirse que Bilbo acoge a uno que hace una llamada al centro mismo de su vida al transmitirle un mensaje de parte de Dios: abandona tus seguridades, esas que nunca han podido darte más que una pálida sombra de felicidad y ponte en camino. Si lo haces, te prometo que obtendrás un tesoro escondido (y custodiado por un dragón, claro).

Gandalf, fiel a las indicaciones que le han sido dadas para llevar a cabo su misión, no va a realizar ninguna demostración de poder «mágico» que obligue a Bilbo a emprender el viaje. Bastará con su palabra y con la encerrona de abrir la casa a trece enanos no esperados. Esta sencillez con la cual quiere Dios ser acogido siempre me ha impresionado. En este sentido, el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús resulta tremendamente esclarecedor. Estos discípulos, tras la crucifixión de su maestro, caminan tristes y desanimados de vuelta a las ocupaciones que tenían antes de abandonarlo todo para seguir los pasos de Jesucristo. De pronto, alguien aparece a su lado y poco a poco les va anunciando la Buena Noticia de que aquel que creían muerto y fracasado ha resucitado, según profetizaban las Escrituras. Este desconocido se atreve a llamarlos incluso insensatos y tardos de corazón, incapaces de creer en el anuncio de la pasión y resurrección que habían dado los profetas. Este desconocido es Jesús resucitado, pero ellos no lo saben porque «sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran» (Lc 24,16). Así que el mismo Dios había cerrado sus ojos para que no reconociesen el

cuerpo glorioso de Jesús Resucitado. ¿O no fue así? Porque, ¿cuál es la apariencia del cuerpo glorioso de Jesucristo resucitado? Por mi experiencia vivida en la Iglesia, sé que este cuerpo se ha «disfrazado» de catequista, de caminante anónimo que abordó a un desconocido y le dio una palabra capaz de transformar su tristeza en alegría. El cuerpo glorioso de Jesucristo resucitado es la lglesia, fiel a su misión de anunciar el Evangelio y llevar así a los hombres a ponerse en camino y acompañarlos hasta la otra orilla del mar.

Así también Gandalf, en cumplimiento de su Misión, llamará a Bilbo a salir de su tierra y de su parentela. A salir de todas aquellas cosas de las que siempre ha pensado que podrían darle la felicidad, pero que, como hemos visto, están condenadas a fracasar porque ignoran la existencia del Enemigo y porque permanecer quieto e instalado en ellas sólo sirve para ayudar a su ascenso al poder de un modo más rápido y definitivo. Es importante darse cuenta de que desconocer o no querer mirar que existe una batalla a tu alrededor no te librará de sus consecuencias, como se dirá casi al final de *El Señor de los Anillos*: «Para que haya guerra, basta con un enemigo, no dos». No se trata de que tú no quieras luchar, se trata de que hay alguien que sí quiere luchar contigo.

Gandalf ha evangelizado a Bilbo, ha encendido su corazón con fuego, como este Cristo disfrazado de catequista a los discípulos de Emaús, que llegarán a decir con asombro «*¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?*», y le ha mostrado que existe algo mucho más grande que lo que él piensa que es la vida. Ahora le toca a Bilbo acoger este anuncio. Acoger en su casa la posibilidad de que lo que está diciendo aquel anciano vestido de gris, ese perfecto desconocido, sea la verdad. Acoger este anuncio le pondrá en camino.

Vemos, pues, que para Tolkien evangelizar equivale a molestar, y no tiene mayor problema en admitirlo. Es bien sabido, por ejemplo, lo que llegó a molestar a C. S. Lewis hasta lograr su conversión. Sólo hay que leer las biografías de ambos para comprobarlo. Vivimos ahora un momento en el que algunos llaman proselitismo al anuncio del Evangelio, y piensan que no se debe importunar a las personas para hablarles de cosas tan extrañas para ellos (un muerto que vuelve a la vida, un Dios que ha descendido a sus tinieblas para salvarles de toda esclavitud que les atenaza) como hablar a un hobbit que fuma tranquilamente su pipa acerca de dragones malvados, tesoros escondidos y reinos por recuperar. Sin embargo, evangelizar es el mayor acto de amor que puede hacer la Iglesia. Como dirá Benedicto XVI: «Es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el 'servicio de la Palabra'. Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la

Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana»(16).

Dios es amor, caridad, y, si como dice el Papa emérito, evangelizar es la mayor obra de caridad que existe, se puede deducir que es la obra que más se parece a Dios, que quiere que todos los hombres se salven, es decir, que dejen de ser esclavos del Anillo. Fíjate si es importante ayudar a los pobres en sus necesidades, socorrer a los necesitados en sus sufrimientos. Pues más importante aún es anunciar el Evangelio, porque hacerlo no sólo tiene el poder de salvar el cuerpo, sino a la persona en su totalidad. Y así como sin duda «molestaríamos» a un moribundo haciendo lo que fuera necesario para salvar su vida, de igual modo sería lícito molestar a aquellos cuya vida corre el riesgo de acabar en las tinieblas de Mordor o a aquellos que, aunque aún no lo sepan, son ya esclavos de la oscuridad.

Decíamos antes que Bilbo volverá de este viaje con el Anillo en el bolsillo. Después de usarlo para provocar a sus parientes en la celebración de su centésimo decimoprimer cumpleaños, cansado de la vida comodona de la Comarca y comenzando a sentir en sí mismo los efectos negativos de poseer el Anillo, se lo cederá en herencia, por consejo de Gandalf y no sin dificultad, a su sobrino Frodo. Y partirá de nuevo a los caminos, porque, como dice él, en su famoso poema: «El camino sigue y sigue, desde la puerta. ¿Y a dónde me llevará? No sabría decirlo». Una vez conocida la belleza del camino, Bilbo no se resignará a permanecer instalado hasta el fin de sus días en un agujero, por muy hobbit y cómodo que este pueda ser.

Enséñalo a tus hijos

Así que el problema ha pasado a otro. Ahora es Frodo quien toma el protagonismo de la historia. Ha heredado el Anillo del Enemigo sin que nadie le haya pedido permiso, aunque de momento no conoce la naturaleza perversa del mismo y durante un tiempo, en el que Gandalf le ha recomendado guardarlo a buen recaudo y no usarlo mientras él mismo parte de nuevo a buscar información sobre el Anillo y ver si se confirman sus sospechas, Frodo permanecerá tranquilo viviendo su apacible vida habitual.

Pero al final aparecerá Gandalf de nuevo y ahora tiene que hacer un anuncio a Frodo. Una llamada a salir de sus seguridades y ponerse en camino. El capítulo 2 de *El Señor de los Anillos* comienza constatando que los hobbits de la Comarca han dado por perdido definitivamente a Bilbo entendiendo que se ha vuelto completamente loco. Un tipo extraño en una sociedad correcta y formal. La culpa, evidentemente, recae casi por completo sobre Gandalf: «Si por lo menos ese maldito mago lo dejara tranquilo, quizá el joven Frodo se enderezara llegando

a tener un poco de buen sentido hobbit», dirán. Pero, aunque en apariencia el mago le deja en paz, Bilbo, durante los años en los que ha acogido a Frodo, huérfano prematuramente, y ha vivido con él, se ha encargado de hacer algo maravilloso para escándalo de los vecinos. Le ha hablado de dragones y tesoros, le ha contado que existe un mundo más allá de los límites de la Comarca, le ha puesto en relación con Gandalf, enseñándole a quererle y respetarle, le ha presentado a los elfos que pasan por la Comarca llegando incluso a enseñarle algo de su maravillosa lengua, ha cenado en muchas ocasiones con enanos de la Montaña Solitaria, antiguos compañeros de viaje de su tío, le ha contado muchas cosas acerca de los trasgos, los orcos y el Nigromante del Bosque Oscuro. Sí, Bilbo le ha transmitido la fe. Se la ha transmitido con la propia experiencia de su camino inesperado. De modo que Frodo es ya otro hobbit «excéntrico», cortés y amable con todos pero otro loco en definitiva según los cánones de normalidad de la Comarca. Nos encontramos entonces con que Frodo, el protagonista del *El Señor de los Anillos*, no parte de la misma experiencia que Bilbo, sino que lleva mucho adelantado. En su corazón anidan ya ciertos conocimientos de las cosas de fuera que le hacen diferente, en su corazón hay una hoguera dispuesta a ser encendida. ¿Por qué es necesario transmitir la fe? En primer lugar, porque lo manda Dios mismo al decir «pasarás la fe a tus hijos» (cf. Dt 11,19). Sin embargo, por más que lo intente, no logro imaginar a Bilbo contándole esas cosas a Frodo por la obligación de cumplir un mandamiento. En absoluto. Lo hace porque le sale de dentro. ¿Cómo no contarle a su único familiar cercano, a su propia sangre, que existe un mundo allá afuera? Que existe el Enemigo, que hay un combate. Y lo hace partiendo de su propia experiencia, no con teorías más o menos aprendidas. ¿Cómo no contarle una y otra vez su propio viaje inesperado si es lo que le ha cambiado la vida y le ha hecho profundamente feliz?

De este cambio del papel protagonista de Bilbo a Frodo, curioso incluso editorialmente, ya que el editor de *El Hobbit* había invitado a Tolkien a seguir escribiendo sobre las aventuras de Bilbo, se puede deducir una intención muy evidente en el autor. Tolkien, al dar el protagonismo de la novela a Frodo, está pensando especialmente en los jóvenes, en sus hijos en primer lugar, y les está entregando su obra como un manual de lo que significa ser cristiano en la sociedad y en los tiempos que les ha tocado vivir. Ciertamente no es fácil ser católico en Inglaterra donde existen grandes prejuicios en contra, y menos aún en la primera mitad del siglo XX; y por eso, al crecer en un entorno desfavorable, se hace especialmente vital transmitir la fe a la nueva generación(17).

Así que la aparición de Frodo en la historia como el encargado de

soportar todo el peso de la narración ayuda a entender una verdad muy importante. Es como si quisiera decir que tú, que tal vez hayas nacido en una familia de firmes convicciones cristianas, y católicas por añadidura, no eres simplemente un residuo de la fe de tus padres. Nada de eso. Ahora tú eres el encargado de llevar adelante tu propia misión. La fe de tus padres te ha ayudado a estar más predispuesto a aceptarla, pero eso no te exime de tu propia elección, de tu propia libertad incluso para negarte a llevarla a cabo. Tu padre (al igual que Bilbo) ya cumplió la suya y no ha dejado de caminar por allá afuera. Te ayudará además en lo que pueda dándote las orientaciones e incluso las armas necesarias para conseguir cumplirla, como Bilbo entregará a Frodo su espada élfica «Dardo» en Rivendel, como veremos más adelante; pero hoy por hoy el Anillo es tuyo, y ahora eres tú y no tu padre quien debe ponerse en camino para deshacerse de él. En definitiva, no es que te haya tocado realizar tu misión porque tu padre te haya llevado a misa desde pequeño, sino porque has sido elegido, hayas nacido en el entorno que hayas nacido, para cumplirla precisamente tú y no tu padre.

De esta predisposición que ya tiene Frodo hacia lo que está más allá, se deduce que el anuncio que Gandalf tiene que hacerle en este capítulo tenga un matiz menos combativo y más explicativo que con Bilbo; es decir, no hace falta que le llene la casa de enanos para ayudarle a salir, ya que Frodo, al que se le ha transmitido la fe, está más dispuesto a escuchar, a creer y a ponerse en camino que su tío. Sin embargo, todavía no está preparado para hacerlo. Necesita un anuncio personal dirigido a él, una chispa que ayude a encender la hoguera preparada en su corazón por la transmisión de la fe. Una descripción de la realidad concreta en la que se mueve él, no su tío, y de cuál es su papel en ella.

Gandalf, al llegar de nuevo a la Comarca al cabo de una larga ausencia siguiendo pistas para descubrir la verdadera identidad del Anillo de Frodo, se sentará con él junto a la chimenea, después del desayuno, y comenzará un diálogo, una nueva invitación a salir, un anuncio personal. Frodo está impresionado porque Gandalf le acaba de decir que el Anillo es mucho más peligroso de lo que puede imaginar, tan poderoso que puede llegar a dominar a cualquiera que lo posea.

Y para explicar la verdadera naturaleza del Anillo y su poder, Gandalf comenzará a relatar la historia del Anillo desde sus orígenes y cómo le fue arrebatado al Enemigo por mano de un mortal. Dicho de otro modo, Gandalf, el misionero itinerante, antes que nada debe proclamar el acontecimiento pascual: Cristo le ha arrebatado al Demonio el poder que tenía sobre la muerte, es decir, el miedo, con su cruz y resurrección. Esta proclamación es al mismo tiempo misteriosa

e histórica. Continuará diciéndole a Frodo que se encuentra en un gravísimo peligro. Ya no cabe duda de que el anillo que Frodo ha heredado de Bilbo es el Anillo del Enemigo, que este lo desea terriblemente y que es necesario que no lo consiga. La respuesta de Frodo ante esta noticia es similar a la que tú y yo nos podremos haber planteado más una vez «¿Cómo diablos vino el Anillo a mí?», lo cual no es más que la forma tolkiniana de decir: «¿Por qué yo?».

Así que, una vez proclamado el acontecimiento central, toca llegar a cómo esta muerte y resurrección de Jesucristo me afecta a mí, en mi historia concreta. Qué significa este «estar en peligro». Entrará en la historia Gollum, un personaje fundamental como ya hemos dicho, del que trataremos en profundidad más adelante. Lo importante es que ahora Frodo, tras conocer el peligro que corre con el Anillo y cómo este le afecta en su vida dirá:

«Ahora estoy realmente asustado. ¿Qué debo hacer?».

Expresión que corresponde casi literalmente a la utilizada por aquellos que escucharon el anuncio de la Buena Noticia por parte de Pedro, tras recibir el Espíritu Santo el día de Pentecostés: «Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: '¿Qué hemos de hacer?'» (Hch 2,37).

Y Gandalf responderá a Frodo haciéndole una llamada a la conversión. Una llamada que supondrá un ultimátum: Frodo tendrá que optar, y su decisión implicará toda su vida futura. Le dirá:

«Hay un solo camino: encontrar las Grietas del Destino, en las profundidades de Orodruin, la Montaña de Fuego, y arrojar allí el Anillo. Esto siempre que quieras destruirlo de veras».

Deberás salir de tu tierra, Frodo. Gandalf le dice la verdad desde el principio, sin ocultarle nada. Curiosamente la decisión definitiva de arrojar el Anillo al fuego se tomará después, por parte del concilio de Elrond, pero Gandalf ya conoce cuál es el único destino adecuado para el Anillo y así se lo expone a Frodo. San Pedro contestará igualmente a la pregunta de los que han recibido su anuncio: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados» (Íd., v. 38).

Tanto Gandalf como san Pedro ya han anunciado solemnemente, antes de que los que los escuchan se pongan a caminar, cuál es el final del camino.

Y Gandalf tampoco dejará sin contestar la pregunta anterior de Frodo: «¿Por qué yo?», diciendo:

«De lo que puedes estar seguro es de que no fue por ningún mérito que otros no tengan. Ni por poder ni por sabiduría, a lo menos. Pero has sido elegido».

Ciertamente no podemos acusar a Gandalf de adular al pobre Frodo, no es esta la labor de un buen catequista. El que te adula es tu enemigo porque hace lo mismo que el Anillo: proyectar una imagen de ti mismo que es falsa y que te lleva a la perdición. Gandalf no adula porque no es servidor del Anillo. Sin embargo, la pregunta es vital. ¿Por qué estoy yo escuchando este anuncio y no mi hermano, o ese compañero de clase o del trabajo? ¿Qué tengo yo de especial para que Dios se haya fijado en mí, y haya venido a sacarme por medio de su Iglesia de mi vida mediocre, de mis cosas? De todas las personas que hay en el mundo, ¿por qué eres precisamente tú quien tiene este libro en las manos? ¿Por qué es elegido Frodo para esta misión que le sobrepasa y para la cual no da la talla? ¿Por qué tú, y no alguien más propenso a las acciones heroicas? Yo también estoy seguro de que no tienes unos méritos especiales que otros, tu hermano o tu compañero de trabajo, no tengan, pero sí que conozco algo que tal vez te ayude. Lo dice el cardenal Newman en una de sus homilías. Léelo despacio por favor, porque lo que dice aquí, no lo dudes, ha sido escrito pensando en ti. Busca un lugar tranquilo, alejado de los ruidos del día a día, y escucha la voz de Aquel que te quiere tanto que no pudo vivir tranquilo hasta darte el aliento de vida. Piensa, y no te equivocarás, que hasta los ángeles del cielo están expectantes ante este momento. Como me dijo alguien una vez, deja que Newman te hable:

«Dios te contempla a ti en particular, quienquiera que seas. ‘Te llama por tu nombre’. Te ve, te entiende, te ha hecho de la nada. Sabe lo que hay en ti, conoce justamente todo eso que piensas y que sientes, tus disposiciones y gustos, tu fuerza y tu debilidad. Te ve en el día de la alegría y en el día del dolor. Comprende tus esperanzas y tus tentaciones. Se interesa personalmente por tus preocupaciones y tus recuerdos, las alzas y bajas de tu espíritu. Tiene contados hasta los cabellos de tu cabeza y los codos de tu estatura. Te abraza y te lleva en sus brazos, te toma y te deja. Nota los cambios de tu semblante, si sonríes o lloras, si estás sano o enfermo. Mira con ternura tus manos y tus pies, oye tu voz, el latir de tu corazón, y tu misma respiración.

»No te amas tú más de lo que Él te ama.

»No puedes tú evitar el dolor más de lo que a Él le desagrada que tú lo padezcas, y si Él lo carga sobre ti, lo hace igual que te lo cargarías tú mismo, si fueras sabio, para obtener luego un bien mayor. Tú eres no sólo criatura suya (aunque Él se cuida hasta de los gorriones y se apiadó del ‘mucho ganado’ de Nínive); eres un hombre redimido y santificado, su hijo adoptivo, favorecido con una participación de la gloria y la beatitud que fluye eternamente desde Él hacia su Unigénito. Has sido elegido para ser suyo, por encima de tus compañeros que habitan el Este y el Oeste. Eres uno de aquellos por

quienes Cristo ofreció su última oración, y la selló con su sangre preciosa. ¡Qué pensamiento este, un pensamiento que es casi demasiado grande para nuestra fe! Difícilmente podemos dejar de actuar como Sara al considerarlo, y 'reírnos' de puro asombro y perplejidad. ¿Qué es el hombre, qué somos nosotros, qué soy yo, para que el Hijo del Hombre me tenga tan presente? ¿Qué soy yo, para que me haya elevado desde la condición de casi un diablo hasta la de un ángel, para que haya transformado la constitución original de mi alma, me haya rehecho, cuando desde mi juventud hasta ahora he sido un transgresor, y Él mismo haya querido morar personalmente en mi propio corazón, haciendo de mí su templo?»(18).

Los ojos de Gandalf están ahora fijos en ti. El amor de Dios te llama a salir, te encuentres por primera vez con el Anillo o lo hayas heredado de tus padres. Eso es lo de menos. Lo importante es que Dios te está llamando a no acomodarte en lo que la sociedad te dice que es la felicidad. Esta es una llamada para ti y para mí, que somos hobbits de corazón con un insignificante ideal de felicidad. Si sales serás extraño para los demás, es cierto, pero conocerás la verdad de lo que hay allá afuera y por encima de ti; y esta verdad te hará completamente libre. Sal de tu tierra, deja las seguridades que jamás han sido capaces de hacerte feliz, y ponte en camino. No te dejes engañar por el aspecto de Gandalf, por sus harapos grises y sus zapatos gastados. Eso es lo único que ven todos los de tu alrededor. Pero tú, ¿no ves el fuego que arde en sus ojos? ¿No te das cuenta de lo que esos ojos han visto al otro lado del mar? La vida es mucho más que un agujero. Haz caso al anciano gris. Vive una aventura, emprende el camino de la fe. Y no pienses que está todo dicho, tienes todavía mucho por ver. Al fin y al cabo salir es sólo el inicio de la aventura, como podrás ver si decides seguir a ese viejo loco y pasar a la página siguiente.

Gandalf te está mirando, y hay amor en sus ojos, y la promesa de una vida nueva, de un camino inesperado.

Porque hay que destruir el Anillo antes de que él te destruya a ti.

Capítulo 3

DOLORES DE ESPALDA, JINETES NEGROS Y ELFOS AL ANOCHECER

«Donde está el peligro, allí está también la salvación».

Friedrich Hölderlin

Una vez que Frodo acepta dejar atrás sus comodidades y ponerse en camino se concuerda una fecha aproximada para la partida y se dan unas someras indicaciones sobre el destino provisional del Anillo en esta primera etapa de viaje. El Anillo irá a Rivendel, donde viven los altos elfos y el señor Elrond, y allí se tomarán nuevas decisiones. Frodo debe preparar su partida buscando una coartada convincente que aleje rumores que podrían llegar a oídos del enemigo. Además Gandalf le asignará como compañero a Sam, empleado doméstico de Bolsón Cerrado, que profesa un enorme cariño por Bilbo, y al que también podría decirse que le ha transmitido la fe con sus historias de elfos y dragones. Sam, que ha escuchado toda la conversación entre Gandalf y Frodo a escondidas, está deseoso de ver lo que hay allá afuera, especialmente a los elfos; y evidentemente, no tiene ni la menor idea de la gravedad que supone acompañar a su amo, ni de los peligros a los que puede llegar a enfrentarse por hacerlo.

El primer paso, la salida, no viene protegida por una escrupulosa definición de etapas, ni por una concienzuda descripción del equipo necesario para afrontar el camino, ni tampoco por un análisis pormenorizado de los imprevistos más frecuentes que puedan surgir durante las largas caminatas. Por no tener, Frodo no va a tener ni siquiera un guía que le indique el camino. Porque cuando llega la fecha acordada para salir, Gandalf, para consternación de Frodo, no aparece y ni siquiera hay noticias sobre él. Así que el pobre hobbit tendrá que dejar sus seguridades y ponerse en camino hacia un lugar en el que nunca ha estado, sin saber cómo llegar y sin nadie que le señale cómo hacerlo. Lo único que tiene son unas orientaciones generales y un compañero que, si conociera la amenaza que se cierne sobre él, haría todo lo posible por arrancarle de la cabeza la absurda idea de poner un pie fuera de casa.

Como dirá san Pablo «El momento es apremiante. La apariencia de este mundo se termina» (1 Cor 7,31). Para Frodo la apariencia de paz y tranquilidad de la vida en la Comarca ha terminado ya. Conoce la verdad y es consciente del peligro de lo que lleva oculto en el bolsillo.

Cada minuto de retraso favorece los planes del Enemigo. Los ojos del mal están ya fijos en la Comarca. No habrá otra oportunidad, el momento es apremiante, hay que salir ya.

Primeros pasos

Algunos pueden pensar, y de hecho lo piensan, que los primeros acontecimientos que Tolkien introduce en este momento de la narración tienen una importancia menor respecto al desarrollo posterior de la trama. Sin embargo, a mi modo de ver, por medio de estas primeras aventuras, Tolkien describe con maestría algo muy sencillo y muy importante a la vez: las frustraciones, miedos y alegrías que generalmente experimenta el que da sus primeros pasos en este camino inesperado que es la fe. Estas primeras experiencias son vitales para aquellos que están llamados a ser cristianos, y vividas sin un espíritu nuevo, tienen la capacidad de hacer abandonar la aventura al más pintado.

Para comenzar, Frodo, ahora que ya se ha decidido a partir, comienza a ver su casa de Bolsón Cerrado como la residencia más agradable del mundo, mucho más que en el pasado reciente, y se resiste un poco a abandonarla. Esta primera sensación no es un detalle insignificante. Dice un proverbio oriental que un viaje de mil millas comienza con el primer paso, y dice la verdad. Es tan importante salir para ponerse en camino, que aquel que no está interesado en que lo hagas, porque no quiere ver destruido el Anillo, buscará por todos los medios un modo de impedirlo. Aquello que ayer no lograba satisfacerte, aquel modo de vida donde te sentías atrapado, quizá hoy, como por arte de magia, puede que te parezca una bendición que sería una insensatez dejar atrás. Y esta no es una dificultad menor.

Después, el ir hacia donde no sabes por donde no sabes, aparentemente abandonado a tu suerte y sin un guía que te indique el camino, es lo suficientemente aterrador como para hacerte volver a casa al primer cruce de caminos. Porque, ¿por dónde se va? Si nunca he estado aquí, ¿qué hay que hacer ahora? Gandalf dijo que había que caminar hacia Rivendel sin detenerse, pero ¿atravieso el bosque o bordeo el camino? Gandalf no nos dijo nada sobre esto.

Dejar sin un guía fuerte y capaz de defender de cualquier enemigo al portador del destino de toda la Tierra Media es, quizá, la más significativa de estas primeras insinuaciones que nos envía el viejo profesor de Oxford. ¿Por qué será tan importante iniciar así el camino?

Pero Frodo sale de su casa al fin y se pone en camino acompañado de Sam y de Pippin, uno de sus alegres parientes lejanos, cuya presencia es necesaria para hacer creíble la coartada que ha preparado con el fin de abandonar la Comarca sin levantar sospechas: una mudanza de

Hobbiton a otra aldea llamada Los Gamos para estar más cerca de sus familiares. Así, habiendo dejado atrás Bolsón Cerrado, no tienen demasiada prisa en llegar a la casita que le han preparado allá donde les espera Merry, otro pariente que se ha adelantado para entibiar la casa antes de su llegada. Cuando lo haga, Frodo aparentará instalarse en ella, pero en realidad buscará abandonarla en secreto para intentar llegar a Rivendel. Solamente Sam conoce sus verdaderas intenciones.

Por ahora el plan de Frodo es ir caminando sin prisas, por mero placer, contemplando las luces de una noche estrellada y deteniéndose cuando lo considere oportuno tanto a cenar como a dormir. Así lo hacen los tres hobbits, entre risas y bromas: una excursión entre amigos que disfrutan de la mutua compañía. Cuando llega el momento, acampan en un bosque seco de abetos, encienden un alegre fuego y envueltos en capas y mantas van cayendo en un sueño agradable uno tras otro, sin que nadie quede de guardia. Nada malo ocurre esa noche, pero al día siguiente Frodo despierta y, consternado, descubre que la raíz del árbol se le ha incrustado en la espalda, que tiene el cuello tieso, que dormir al aire libre no es tan divertido y que caminar por placer es un horror porque le duele todo. Y piensa que por qué no habrá venido en carro. Pero sobre todo echa de menos «todas mis hermosas camas de plumas» ya vendidas.

Primer aviso. La visión romántica del camino comenzará a resquebrajarse con una mala noche y un dolor de espalda. El camino comienza a mostrar su verdadera naturaleza. No es un paseo por el campo y es muy probable que te haga echar de menos a ti también tus hermosas camas de plumas dejadas atrás.

Y esta es la primera de las continuas referencias a las inclemencias del camino, al cansancio, al calor o a la fatiga, que aparecen sobre todo al principio del libro, escritas con una intención evidente. Los hobbits tienen que aprender a caminar día a día, algo que es completamente ajeno a su naturaleza y a su carácter comodón.

Es la misma razón por la cual no es fácil, por ejemplo, ayunar un viernes de cuaresma o acudir a una reunión el sábado por la tarde, o perderte un partido importante por ir a una convivencia. Objetivamente es estupendo estar con los hermanos-amigos del grupo de la parroquia, pero hay que tener en cuenta que es la final de la Copa... De modo que todos debemos ser ayudados en este sentido; piensa que si los hobbits no son capaces de pasar una mala noche ahora, ¿cómo van a ser capaces de llegar a Mordor? Por eso, gracias a Dios, esta pedagogía es progresiva. No llegamos a Mordor en cuatro días, primero tenemos que aprender a pasar malas noches en el campo y acostumbrarnos a caminar todos los días, aceptando las incomodidades que esto supone.

El indomable carácter hobbit prevalecerá, no obstante, durante un

tiempo (y quizá hasta el final del camino) y buscarán seguir desayunando dos veces cada mañana del mismo modo que seguirán llevando muy mal el no poder encender un fuego al acampar con el fin de ocultarse lo máximo posible de miradas indiscretas.

Sin estos primeros pasos, que a la vista del alcance global de la misión no parecen más que naderías, no será posible llevarla adelante. Ocurre como con el Evangelio de la resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús, donde puede verse el carácter progresivo de la fe, la forma en la que Dios nos ayuda. Según narra san Juan (11,1-13), no basta con resucitar a Lázaro, cuyo retorno de la muerte podríamos comparar aquí con este salir y ponerse en camino; sino que es necesario además desatarle las vendas que le siguen aprisionando una vez vuelto a la vida. Frodo ha sido salvado de la mediocridad y puesto en camino para que se destruya en él el miedo a la muerte. Del mismo modo el cristiano, aceptando el anuncio del Evangelio experimenta un primer juicio cuyo veredicto es la inocencia, ya que creer la Buena Noticia es dar tus pecados a Cristo para que Él los destruya en la cruz y como consecuencia puedas disfrutar de una primera resurrección como sentencia. Pero ahora, el que ha recibido el anuncio deberá aprender a caminar para que se realice esta obra en él con plenitud; porque si bien ha dado fe a la palabra del que le ha anunciado, todavía no es plenamente consciente de todas las vendas que, como a Lázaro de Betania, le atenazan. Habrá que desatarlas poco a poco, teniendo que retirar con mucho cuidado aquellas que cubran carne ulcerada o corrompida. Será necesario que se desaten zonas de nosotros mismos que ni nosotros conocemos aún. Por eso dirá san Basilio Magno: «Por eso vino Cristo en la carne, para que el Hombre, una vez salvado, recobrara, por la imitación de Cristo, su antigua condición de hijo adoptivo»(19). Dios nos salva verdaderamente cuando aceptamos este primer anuncio, pero será el camino, con su día a día, el modo por el cual este anuncio se irá haciendo carne en nuestras vidas.

Los Nazgûl

En ese mismo día de despertares doloridos ocurrirá algo que hará que aquello parezca una ridiculez. Frodo, remolón y en su afán por esperar a Gandalf, casi sale de su casa demasiado tarde. Le andan pisando los talones unos seres de aspecto siniestro: los Jinetes Negros.

Uno de estos jinetes viene siguiendo su rastro por el camino. Los hobbits oyen el ruido de los cascos de su montura que se acerca hacia ellos. Frodo intuye peligro, y sin saber aún de qué se trata, decide que los tres busquen un refugio rápidamente para esconderse. El Jinete Negro aparece al fin doblando un recodo del camino. Se detiene ante el escondite de Frodo y comienza a olfatear como un animal salvaje en busca de su presa. En ese momento, Frodo siente una llamada

imperiosa a ponerse el Anillo: «El deseo de sacar el Anillo del bolsillo se hizo tan fuerte que empezó a mover lentamente la mano. Sentía que sólo tenía que deslizárselo en el dedo para sentirse seguro; el consejo de Gandalf le parecía disparatado».

Esta es ya una dificultad muy seria. El primer encuentro con uno de los verdaderos siervos del Enemigo que le hace experimentar la tentación por primera vez. Duda de la veracidad de las palabras de aquel que le ha anunciado el Evangelio. Todas esas advertencias sobre el Anillo deben de tratarse de un cuento; además, Gandalf no está. Tener miedo y no aprovechar la oportunidad que ofrece el Anillo de desaparecer sin tener que llegar a enfrentarse a él parece de idiotas, porque está claro que ese ser que ahora me busca es más poderoso que yo y me aterra.

Frodo aún no lo sabe, pero este jinete es en realidad uno de los Nazgûl, los espectros del Anillo, nueve seres esclavos de los nueve anillos que Sauron les entregó cuando aún eran hombres y que corrompidos por el Anillo Único se convirtieron en los siervos predilectos del Enemigo.

Es interesantísima la visión que Tolkien nos ofrece aquí sobre la tentación. Por medio de este Nazgûl, la equipara a un mandato del Enemigo que apremia a la víctima a ponerse el Anillo, a forzarse a sí mismo a hacer algo que sabe que no está bien.

Decíamos en el primer capítulo que los anillos de poder personifican las diferentes maneras en las que las personas se sitúan ante el sufrimiento y la muerte. Son las diferentes respuestas que el hombre, siempre en busca del sentido de la vida, da ante el escándalo que produce en él que existan estas realidades. El intento de crear sociedades perfectas por parte del comunismo o del nazismo, la búsqueda moderna de la sociedad del bienestar, el capitalismo exacerbado que identifica la felicidad con el dinero, el hedonismo que persigue el placer como remedio a todo atisbo de sufrimiento o el reclamo de una eterna juventud quirúrgica, entre otras muchas, son formas de dar una respuesta al sufrimiento. Son anillos de poder, que, como veíamos, están condenados a servir al Anillo Único mientras no se le destruya, porque son formas de responder al sufrimiento que nacen del *mismo miedo* al sufrimiento, y así sólo logran encadenar más fuerte al esclavo. Mientras exista el miedo a la muerte seguiremos siendo esclavos del Enemigo y cualquier actuación política, social o de cualquier otra índole que no asuma esta realidad no podrá, aunque no lo sepa ni lo pretenda, dar la salvación al hombre, ya que estará sirviendo a los intereses de aquel que quiere esclavizarlo.

Pues bien, decíamos también que de estos anillos hay tres que nunca han sido tocados por Sauron y que, bendecidos por una virtud especial, son capaces de actuar en su contra. Su poder reside en la

curación, la belleza y la capacidad de dar ánimo a los corazones abatidos. Al fin y al cabo, en palabras de Dostoievski, sólo la belleza salvará al mundo. Pero en este momento nos estamos enfrentando a los anillos que portan los espectros del Señor Oscuro, sometidos plenamente al poder del Anillo Único. Estos nueve son también anillos de poder y uno de ellos está en este momento presionando a Frodo para que se ponga el Único en el dedo. ¿Cuáles son estos anillos corrompidos, estas formas de vivir la vida y de enfrentarse al sufrimiento que propone el Enemigo, estas tentaciones prisioneras del miedo a la muerte que intimidarán al que recorre el camino de la fe? ¿Cuál de ellas está atacando ahora a Frodo? ¿Cuál de ellas persigue por el camino al que acaba de iniciarlo?

Tolkien el filólogo, el que da una importancia extrema a las palabras y por tanto a los trucos que pueden hacerse con ellas, conoce el hebreo bíblico y sabe que la letra con la cual se representa el número nueve en esta lengua esconde un secreto en su interior. Esta letra, la «Tet», es en cierto modo paradójica, porque por una parte representa el bien («*Tov*» en hebreo) y por otra la impureza, la inmundicia («*Tumah*»), con lo cual, según los expertos(20), esta letra significa aquello que Dios ha creado para el bien pero que puede llegar a pervertirse e inclinarse hacia el mal. Este hombre inclinado hacia el mal es representado por la letra «Tet», cuya forma es la de una serpiente. Para los hebreos, dicho en pocas palabras, la letra «Tet», el nueve, representa a la serpiente que susurra a todo hombre y que con sus seducciones lo inclina hacia el mal.

Así que uno de estos nueve siervos de la serpiente busca ahora al recién llegado a la fe. La serpiente, causante de la caída de Adán y Eva, ha dejado una herida en todo hombre. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica(21): «La naturaleza humana está herida en sus propias fuerzas naturales e inclinada al pecado. Esta inclinación al mal se llama 'concupiscencia'. El Bautismo borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual».

Estos nueve espectros del Anillo representan a los siervos más eficaces del Demonio, los pecados capitales: la soberbia, la avaricia, la gula, la lujuria, la pereza, la envidia y la ira. Así como los Nazgûl tienen un rey, el Rey Brujo de Angmar, los pecados capitales también lo tienen. Es el primer pecado de la lista, no podría ser de otra manera: la soberbia, del que dependen todos los demás. Lo que quizá no sabes es que en los orígenes del cristianismo los pecados capitales no eran siete. Efectivamente, eran nueve. Fue san Gregorio Magno quien redujo la lista a siete poniendo la ebriedad dentro del pecado de gula y la tristeza dentro del de la pereza.

Así pues, Frodo, tú y yo, lo primero que experimentaremos en el camino de la fe es que estamos inclinados al pecado, a estos pecados capitales y a ponernos el Anillo, por mucho que hayamos salido de nuestra tierra dejando atrás la Comarca. Además, nos daremos cuenta bastante pronto de que no somos demasiado capaces de resistirnos a ellos. Enseguida nuestra mano se moverá sola hacia el Anillo y pensaremos que las palabras de los que nos han anunciado el Evangelio ya no son tan lógicas. He aquí la concupiscencia de la que habla el Catecismo.

No obstante, Frodo se libra de ponerse el Anillo en esta ocasión ya que, no se sabe por qué razón, el Jinete Negro deja de forzarle a ponérselo y continúa su camino. ¿El Nazgûl se va por casualidad? ¿Por necesidades del guion? Desde luego no por una proverbial resistencia del hobbit que nos sirva como ejemplo de combate espiritual. Más bien por la Providencia, por la misericordia de Dios, porque «El diablo tiene un cierto poder; sin embargo, las más de las veces quiere hacer daño y no puede porque este poder está bajo otro poder, ya que quien da facultad al tentador, da también su misericordia al que es tentado. Ha limitado al diablo los permisos de tentar»(22). Podríamos decir que Dios permite que conozcamos nuestra debilidad, pero que por ahora podemos conformarnos con ser conscientes de ella sin necesidad de ser arrojados en el abismo, porque Dios, que te quiere tal y como eres, sabe que difícilmente lograríamos salir de él a estas alturas de camino. Aún echamos de menos los colchones de plumas. Todavía no estamos preparados para el combate.

Así que, tras un dolorido despertar, pronto nos damos cuenta de que estamos inclinados a ponernos el Anillo a la mínima ocasión. Y todavía no ha terminado el primer día de camino, de hecho, aún no hemos cruzado ni las fronteras exteriores de la Comarca.

Esa misma noche el Jinete Negro volverá, y una vez más Frodo sentirá el deseo de ponerse el Anillo y ese deseo será más fuerte que nunca: «tan fuerte era que antes de advertir lo que hacía, ya estaba tanteándose el bolsillo» en busca del Anillo. El Enemigo no va a descansar, acechará a Frodo y sus acompañantes como un cachorro a su presa, pero de nuevo la Providencia vendrá en ayuda de Frodo, esta vez con el tercer acontecimiento importante de esta primera jornada, que tendrá un carácter menos oscuro que los anteriores, nada oscuro en realidad, pero que también llamará a los caminantes, en cierto modo, a la humildad.

El Jinete Negro huye ante el sonido de unas voces claras de risas y cantos. Hacia los tres hobbits se acerca por el mismo camino que ellos han tomado un grupo de elfos que se demora en la Tierra Media antes de cruzar el gran mar. Sam está maravillado, su deseo de ver elfos se cumple al fin, y antes de lo que hubiera imaginado. Frodo está

encantado y aliviado a la vez, la sola voz de los elfos, que entonan una canción-oración, ha bastado para hacer huir al jinete tenebroso.

Frodo y sus compañeros tienen un primer encuentro con los elfos, aquellos que durante años innumerables han combatido al gran Enemigo. Tienen el primer encuentro con la Iglesia «de siempre», podríamos decir. Ya he insinuado antes que los elfos representan la cristiandad, el fruto preferente de la primera evangelización, la belleza de la iglesia inmortal que custodia la perla preciosa que es Cristo en su interior. En la mitología de Tolkien son llamados los «primeros nacidos». Yo recuerdo cómo recién llegado a la fe, habiendo escuchado también el anuncio del amor de Jesucristo en mi vida y la llamada a salir de todo aquello en lo que había buscado ser feliz hasta entonces, comenzó a fascinarme lo que hasta entonces había rechazado frontalmente, y empezaba a sentir un amor enorme por la Iglesia, por el Papa, el obispo y los sacerdotes (veía a uno por la calle y no podía por menos que saludarlo), las liturgias en la Catedral, que hasta entonces me hubieran parecido un horror, me deslumbraban, las procesiones me emocionaban, la historia del apóstol Santiago teniendo tan cerca a la Virgen del Pilar.

Decía antes que este acontecimiento, aunque luminoso, también iba a llamar a la humildad a los hobbits, como me llamó a mí. Como buen converso, la tentación de creer que tenía una fe y una iluminación especial, mayor, evidentemente, que la de los demás, se abría paso en mí. Descubrir a este grupo de elfos, cuya sola presencia hacía huir al Enemigo, que llevaban muchísimos más años que yo luchando con él, me hizo darme cuenta de que en realidad no sólo era estúpido creerme mejor que ellos, sino que además debía de estarles muy agradecido por haber conservado en medio de grandes vicisitudes el depósito de la fe que tan alegremente yo acababa de aceptar.

Frodo y sus compañeros serán acogidos esa noche en compañía de los elfos, que amablemente les protegerán, les aconsejarán y les invitarán a cenar. Dormirán tranquilos esa noche con ellos, sin pensar en ruidos de cascos ni en Jinetes Negros.

Tres conclusiones podemos sacar, pues, de este primer día de camino tal como nos lo plantea *El Señor de los Anillos*: La primera es que la visión romántica del camino, que no es otra cosa que tus propios conceptos sobre cómo tiene que ser el camino, se derrumba. El camino es como es, y una mala noche hará que te duela todo el cuerpo. La segunda: la visión mágica de la fe. El ver la fe como poco más que un solucionador de problemas, también se desmoronará cuando descubras que tienes una tendencia innata a ponerte el Anillo al mínimo atisbo de peligro. Los enemigos aparecen enseguida, y son muy persistentes. Provocarán tu recién descubierta concupiscencia y, si te libras de ponerte el Anillo y caer de lleno en sus garras, será

gracias a la Providencia. Recuerda que todavía no sabemos combatir bien. Ni siquiera tenemos muy claro que haya que hacerlo. Dice el salmo «Mira cuántos son mis enemigos, que me detestan con odio cruel» (Sal 24,19). El amor al dinero, el orgullo, la sexualidad, la hipocresía farisea, la ingratitud, el formalismo que juzga al otro porque no cumple, la blasfemia, las modas o el fingimiento, son algunos de ellos, y, como los Jinetes Negros, van siguiendo tu rastro.

La tercera conclusión de esta jornada nos invita a ser humildes. Eso que quizá nosotros acabamos de descubrir, la fe, ya existe desde hace muchísimos años y hay otros que llevan combatiendo el gran combate desde mucho antes de que tú y yo naciéramos.

No está mal para un día de camino.

SEGUNDA PARTE

El Bosque Viejo, el Señor Oscuro y el cuchillo de Morgul

(El mundo, el Demonio y la carne)

Tom Bombadil y los hobbits.

«¡Valor, pero cuidado! ¡Ánimo en los corazones y no dejéis escapar la buena fortuna!».
El Señor de los Anillos, «Niebla en las Quebradas de los Túmulos».

Capítulo 4

UN BOSQUE VIEJO COMO EL MUNDO.

(Aventuras que no salen en las películas)

«De no estar tú, demasiado enorme sería el bosque».

Kobayashi Issa

Los hobbits logran al fin reunirse con Merry, y con otro amigo común, «Gordo» Bolger, en la acogedora casita que estos le han preparado a Frodo en Los Gamos. Este, entristecido por la perspectiva de salir de los límites de la Comarca al día siguiente dejando atrás a todos excepto a Sam, sin poderles dar ninguna explicación, se ve de pronto sorprendido por el descubrimiento de que el mismo Sam hace tiempo que ha delatado sus intenciones a Gordo, Pippin y Merry, y su propósito de ir a Rivendel ha sido descubierto.

De la tristeza pasa al fastidio por haberse visto desenmascarado y de ahí, al descubrir que la intención de sus amigos-parientes es acompañarle a donde él vaya, retorna rápidamente a la alegría, porque el funesto panorama de caminar hasta Rivendel perseguido por los Jinetes Negros se vuelve mucho más esperanzador al contar con su compañía. Los conspiradores, además, ya han dispuesto todos los preparativos necesarios: las mochilas, vituallas y los ponis están preparados para salir en cuanto sea preciso. Incluso han planificado que Gordo Bolger, que no se siente capaz en absoluto de abandonar la Comarca a pesar del cariño que siente por ellos, represente el papel de Frodo durante unos días, quedándose en la casita para alejar sospechas y responder preguntas inoportunas. A Gordo (cuyo apelativo ya revela algún aspecto de su carácter) más le hubiera valido salir con sus amigos y ponerse en camino, como veremos al final del libro, en uno de los mensajes más importantes que Tolkien incluye en el libro y que por desgracia no queda reflejado en ninguna de las versiones cinematográficas.

Pero cada cosa a su tiempo; ahora los cuatro caminantes, habiéndose despedido de Gordo, deben adentrarse en el Bosque Viejo, un lugar lleno de malos augurios, para evitar el camino y despistar todo lo posible a los ocasionales Jinetes Negros que pudieran estar allí esperándolos.

La experiencia de atravesar el Bosque Viejo es terrible para los hobbits. Un pesado sopor oprime sus corazones nada más poner el pie en él. Con cada paso que dan crece la sensación de hostilidad hacia

ellos. El bosque parece tener vida propia, no quiere que ellos estén allí, los acecha y se puede percibir cómo les odia. Cada vez más inquietos caminan hacia ninguna parte. Imposibilitados de encontrar un camino en medio de la espesura, sólo les es fácil caminar si lo hacen hacia la ribera del río que lo atraviesa. Pero cuanto más se acercan al río, más crece la sensación de maldad que habita el bosque, como si toda su malicia brotase de allí, y concretamente de un viejísimo sauce que balancea sus ramas junto a su cauce.

Agotados, perdidos y vencidos por la implacable insistencia del bosque en llevarlos allí, no tienen más remedio que tumbarse a descansar, porque el sopor del principio ha crecido hasta convertirse en una pesada somnolencia que son incapaces de combatir.

El viejo y malvado sauce que es quien ha cantado al sueño para enviarles ese sortilegio de letargo pasará entonces a la ofensiva y se tragará, literalmente, a Pippin y Merry, mientras con una de sus raíces empujará a Frodo al río con la evidente intención de ahogarle. Sam, demostrando el buen sentido común que tan útil le va a resultar en el resto del camino, es el único que ha sabido darse cuenta de las intenciones del viejo sauce gris. Frodo logra salir del río y entre los dos intentar sacar a sus amigos del interior del árbol, pero es imposible. Le amenazan con el fuego, pero el sauce responde torturando a Merry y obligándole a decir que si no lo apagan le partirá en dos. Desesperado, Sam apaga el fuego y Frodo «sin tener una idea clara de por qué lo hacía» corre a lo largo del sendero gritando ¡Socorro!

A Frodo, que según Tolkien se sentía «desesperado, perdido y al borde mismo de la locura», no se le ocurre otra cosa que gritar y gritar pidiendo socorro en el centro mismo del lugar más hostil en el que jamás ha estado. Puede parecer tonto, y desde luego Frodo no sabe por qué lo hace, pero más extraordinario aún es que su grito es escuchado y al cabo de poco tiempo llega en su ayuda un singular personaje al que tendremos que prestar mucha atención.

Pero detengámonos un momento aquí, antes de conocer a este personaje que acude en ayuda de los hobbits. Es la tercera jornada de camino desde Hobbiton, y Frodo, enfrentado a un peligro terrible es empujado por los acontecimientos a gritar, a pedir ayuda a gritos. Y sorprendentemente es escuchado.

Una crítica habitual a la obra de Tolkien es que este permite que sus personajes se libren de todo tipo de situaciones adversas por simple suerte y un buen puñado de casualidades. Así, es posible encontrar en su obra muchos ejemplos de situaciones límite como la que acabamos de describir, que se solucionan por un golpe inesperado del destino que acude en ayuda de los protagonistas. Vivimos en un mundo extraordinariamente racional que ni cree en la providencia, ni tolera

el azar. Por eso cuando ocurre alguna catástrofe natural, por ejemplo, se busca siempre algún culpable ante quien serenar la conciencia. La terrible contaminación de las fábricas que provoca el cambio climático que a su vez origina el tsunami... Porque no se puede admitir que haya algo que escape a su entendimiento. Tal vez por eso se critique a Tolkien por consentir la aparición de elementos desconocidos y sorprendentes que intervengan directamente en la trama, bien empujándola hacia su resolución o bien alterando sustancialmente el argumento en favor de los protagonistas. Tal vez con el fin de, entre otras, denigrar la orientación cristiana de sus novelas reprochando su habilidad como narrador.

En este sentido, ¿alguien se imagina que se pudiera criticar a Harry Potter por utilizar soluciones mágicas sacadas de la nada para escapar de las situaciones difíciles a las que le enfrenta su autora? Si el protagonista del libro es un chico que lleva una varita mágica en el bolsillo, no es de extrañar que use la magia para enfrentarse a los peligros. Por lo cual no sería lógico acusar a su autora de tener *cierta propensión* a utilizar la magia al narrar las aventuras del joven mago.

Entonces, si el protagonista de un libro sobre magia usa de la misma para enfrentarse a los peligros, los protagonistas de un libro cristiano, escrito por un cristiano con el fin de dar a conocer la Buena Noticia cristiana, ¿qué recurso utilizarán para ser librados de los peligros con los que se puedan encontrar?

Pues harán lo que hace un cristiano en una situación así, que no es otra cosa que lo que el autor parece querer mostrarnos en este pasaje en el que Frodo no puede hacer más que gritar: rezarán. Pedirán a Dios que les ayude, que les salve de esa situación que son incapaces de superar. Gritarán al que es más fuerte que ellos. Gritarán aunque no se crean aún del todo que Dios es más fuerte que ellos. Gritarán aunque, como Frodo, lo hagan sin saber muy bien por qué. Y quedarán sorprendidos al hacerlo porque como dice la Escritura: «Cuando el pobre grita el Señor le escucha y le salva de todas sus angustias» (Sal 34,7). Es así de automático. Si gritas al Señor en tu angustia, el Señor te escucha y te libra de ella.

Gritar en busca de sentido

Hablar sobre la oración es tarea de un santo, de un poeta, de un místico o de un gran escritor. Por desgracia no soy ninguna de esas cosas, así que sólo puedo atreverme a decir que esta forma de rezar (gritar a Dios en la angustia), tal vez logre definir cuál es la misma esencia de la oración, en su forma más vital y existencial, quizá en su forma más necesaria. Más adelante en el camino de la fe aparecerán otras formas, imprescindibles, quizá más permanentes, más perfectas o mejores, si es que con la oración se pueden hacer categorías tan

infantiles. También veremos estas otras formas en *El Señor de los Anillos*. Pero la experiencia de haber sido escuchado en una situación de angustia no se olvida. Es un memorial, como una roca firme donde se asientan todas las otras formas de rezar. La contemplación, la acción de gracias, la adoración u otras formas más elevadas de oración, no tendrán mucho significado si el que las practica no se ha sentido nunca salvado de sus angustias por una intervención sobrenatural capaz de librar de la catástrofe, por una acción de Dios desconocida y sorprendente que intervenga directamente en la trama de su vida, bien empujándola hacia su resolución o bien alterando sustancialmente el argumento a su favor. ¿Te suena?

Digo que es la primera forma de oración, además, porque será aquella por la que de forma natural optará el recién llegado a la fe. ¿Has visto alguna vez a alguien que en el momento de enfrentarse a una situación difícil o embarazosa, a un miedo o a una ilusión más o menos imposible, repita para sí algo parecido a «Por favor, por favor...» «Que me salga esto bien, por favor, por favor...» «Ay madre, por favor, por favor...»? Esta letanía puede darse tanto en el momento de abrir el boletín de notas del colegio como después de haber tropezado con un socavón de la acera justo enfrente de la persona por la cual sienta una especial atracción. No se puede negar que el que lo hace es muy educado y pide las cosas por favor, pero ¿con quién está hablando? Este fenómeno se repite con igual frecuencia en ateos o agnósticos, y en este caso la identidad de aquel a quien se le pide algo «por favor» adquiere un cariz aún más misterioso si cabe.

Cosas como estas demuestran que hay algo escrito en el corazón del hombre, misteriosamente afirmado en él, que le lleva a buscar la trascendencia, aquello que está fuera de él y que no puede ver ni tocar, sobre todo cuando se ve superado por alguna cosa que le inquieta. Es la misma razón por la cual tanta gente pregunta «¿Por qué?» ante una desgracia familiar, un fallecimiento o cualquier otra situación terrible y adversa. ¿No es curioso que ante una de estas situaciones las personas pregunten «por qué»? ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? Podrían preguntarse otras cosas, pero la mayoría se pregunta «por qué». El que esto pregunta está pidiendo a alguien que le dé una razón por la cual le suceden las cosas, y la pide en el momento mismo en el que sufre la desgracia, donde no hay margen para hacer trampas. Ante el horror le es imposible admitir que las cosas pasan por casualidad, necesita que algo o alguien que no puede ver ni tocar en ese momento le explique que hay una razón por la cual está sufriendo, más aún, que el sufrimiento tiene un sentido. Buscar discernir el bien del mal, encontrar un hilo conductor a los acontecimientos de la vida está escrito también en el corazón del hombre, sea este, como acabamos de decir, creyente o ateo. Así, el

hombre es verdaderamente un «hombre en busca de sentido», como diría Víctor Frankl, sobre todo de un sentido al sufrimiento.

Gritar al Señor, es decir, situarse seriamente ante Dios y derramar la propia angustia en Él cuando no hay más que oscuridad alrededor, es la forma, podríamos decir, más acorde con este hombre en busca de sentido. Es gritar «por favor»: sálvame, o «por qué»: explícame el sentido de este acontecimiento, no a un interlocutor desconocido, sino a aquel que nos ama tal y como somos y que tiene poder para transformar la oscuridad en luz y la angustia en paz. Es suplicar a aquel que escucha verdaderamente nuestros gritos.

No se trata de acordarse de santa Bárbara cuando truena (aunque quien esté libre de pecado ya sabe qué puede ir haciendo con la piedra); es que gritar al Señor es lo único que puede hacer el humilde. Sólo el humilde puede rezar, Frodo nos lo enseña muy bien; no puede hacer nada para salvarse de esa situación excepto gritar. La humildad no es el esfuerzo de un soberbio por ser más santo *todavía* obedeciendo a sus propios criterios de lo que es la santidad. La humildad es ver que ya, por tus propias fuerzas, sabiduría, recursos o inteligencia no eres capaz ni remotamente de salvarte de una situación que escapa a tu control y que te supera por completo. El que reza comienza a ser humilde porque reconoce que él sólo no puede, que necesita ayuda, y así, se niega un poco a sí mismo y acude al otro que es, o que le han dicho que es, más fuerte que él. Y cuando es escuchado (recordemos que «el pobre grita-el Señor le escucha», no hay espacios intermedios, ni condiciones previas, ni letra pequeña en esta Palabra revelada), si de verdad se ha visto salvado de una situación insuperable, esta experiencia quedará como memorial para siempre en su vida. Como dice el papa Francisco: «La oración siempre llega a Dios, siempre, si es oración del corazón». Gritar y «lamentarse de los propios sufrimientos ante Dios no es pecado, sino oración del corazón que llega al Señor»(23). Es la forma de oración más accesible a aquellos que, como Frodo, se sienten «desesperados, perdidos y al borde mismo de la locura», necesitados de una salida, y que como él, quizá tampoco tengan una idea clara de por qué rezan o qué esperan al hacerlo.

En este sentido, recuerdo que un buen amigo mío que acude a un grupo de Alcohólicos Anónimos para combatir sus adicciones me decía una vez: «Yo podría demostrar científicamente que Dios existe». A lo que, preguntada la razón por la cual hacía semejante afirmación, capaz por otra parte de revolucionar la historia de la humanidad, contestó: «Porque sólo cuando me acojo a Dios para intentar no beber es cuando lo consigo. Si lo intento yo solo, únicamente consigo recaer. Es algo matemático». Y es interesante pensar que esta persona ha de pasar por esta prueba *todos* los días porque no hay un solo día en el

que no sienta un deseo terrible de beber. Así que, tomando prestado este método científico aún no patentado por mi amigo, y como yo aún no he conocido a nadie que habiendo gritado al Señor seriamente no haya sido escuchado y librado de sus angustias, también nosotros podríamos demostrar la existencia de Dios de forma matemática. Cierto es que podrían achacar a este método el que Dios no responde inmediatamente, lo cual, la verdad, no suele ser cierto, pero de todos modos para responder a esa cuestión podríamos adaptar unas palabras puestas en boca de Gandalf en la película de Peter Jackson: «Dios no responde pronto, querido amigo, ni tarde. Responde exactamente cuando se lo propone». Y cuando se lo propone suele coincidir precisamente con el momento en que más lo necesita aquel que ha elevado su oración a Dios, no cuando este *cree* que es el momento en que más lo necesita. Dice san Agustín «Vete al Señor mismo y llama con tu oración a su puerta, y pide, y vuelve a pedir. Se levantará y te socorrerá; no por aburrido de ti: está deseando dar. Si ya llamaste a su puerta y no recibiste nada, sigue llamando que está deseando dar. Tarda en darte lo que quiere darte para que más apetezcas lo diferido; que lo que se concede deprisa suele no apreciarse». Pero ¡atención! seamos conscientes de que «Él tiene más ganas de dar que nosotros de recibir; tiene más ganas Él de hacernos misericordia que nosotros de vernos libres de nuestras miserias»(24). Quizá nos hayamos acostumbrado tanto a nuestras miserias que nos resulte muy difícil reconocernos sin ellas.

De todos modos recordemos lo que hemos dicho antes acerca de que *si de verdad* uno se ha visto salvado, esta actuación de Dios quedará como memorial para su vida. *Si de verdad,* porque por desgracia, tú y yo, tenemos una tendencia casi innata a, una vez liberados de la angustia, creer que en el fondo hemos sido nosotros los que hemos logrado salir de ella y vencer esa situación. No obstante, y admitiendo con cierto rubor que realmente somos así, no hay que preocuparse demasiado si esto le ocurre a alguien que está recorriendo el camino de la fe, porque el Señor es inmensamente bueno, y ocasiones habrá para que más tarde o más temprano tengamos la oportunidad de proclamar con absoluta sinceridad aquello de «es el Señor quien lo ha hecho —no yo—. Ha sido un milagro patente —no un resultado inevitable de la gran variedad de virtudes que me adornan—» (cf. Sal, 118).

No te preocupes, Dios es el primero que es humilde, es la Humildad, y se deja despreciar aceptando el rechazo, más aún, cargando con él; y sigue cuidando de todas sus criaturas con un amor inmenso, aunque ellas no lo sepan y se atribuyan los méritos a sí mismas.

Para los que recorremos el camino de la fe llegará un momento en el que deberemos agarrarnos fuertemente a Dios todos los días. Que

nadie piense que gritar al Señor sea una forma de oración reservada sólo para aquellos que empiezan. Algo en bruto llamado a refinarse y volverse más maduro. Nada más lejos de la realidad. Difícilmente podremos llamar cristiano a uno que no sienta la necesidad de gritar al Señor a menudo, tanto si está a mitad de camino, al final, o descansando en una de sus orillas. Se podrá decir de él que es un hombre bueno, una bellísima persona, o tal vez un superhéroe, pero no se podrá decir de él que es un cristiano. Porque Dios se manifiesta a los suyos como aquel que salva más allá de toda esperanza humana, y los suyos solemos ser tan tercos que olvidamos o nos acostumbramos a los milagros con una facilidad pasmosa. Por eso es necesario que se presenten muchas oportunidades de gritar al Señor y ver cómo actúa su salvación.

Así que, tal vez, de todo esto podamos extraer una pequeña conclusión: el camino no podrá ser recorrido en su totalidad por aquellos que solamente confíen en sus propias fuerzas o recursos. Estos no llegarán nunca a Mordor. Los peligros están tan presentes y son tan tenaces que aquel que quiera destruir el Anillo que habita en su carne no podrá hacerlo sin rezar. Como decía el Padre Pio de Pietrelcina: «Reza, espera y no te preocupes», esta es la clave. Dios actuará, no te quepa la menor duda. No abandonará jamás a uno de los suyos por muy terco, desagradecido o reincidente que este pueda llegar a ser. Aquel que te ha hecho salir de tu agujero en Bolsón Cerrado no te abandonará cuando se pongan de manifiesto tus debilidades, en primer lugar porque ya las conoce, y en segundo lugar porque son precisamente esas debilidades las que hacen que te quiera tanto y por las cuales te invita a salir y ponerte en camino. Eres uno de los suyos; eres suyo, de hecho. Eres de su propiedad y ten en cuenta que ha pagado mucho por ti. Eres un artículo de lujo. Eres carísimo, un objeto único que ha buscado adquirir durante mucho tiempo metiéndose en cloacas y trasteros viejos hasta dar contigo, y no va a renunciar a perderte así como así, a la primera de cambio. No se comprará otro como tú para sustituirte si te rompes por tu testarudez o tus pecados. Sobre todo porque no existe nadie como tú. Si te estropeas te arreglará, con mucho cuidado y delicadeza, como el viejo restaurador de juguetes al vaquero Woody de *Toy Story*. Y si tiene que adquirir alguna pieza nueva para sustituir alguna vieja (un corazón de carne, por ejemplo, para cambiar ese anticuado y molesto corazón de piedra), puedo garantizarte que no escatimará en gastos.

Capítulo 5

EL MONJE

«Me marcho en el poder de Cristo. Me burlaré del mundo».

San Simeón el loco
(Al dejar su casa para hacerse monje).

Habíamos dejado a Frodo pidiendo socorro a gritos. Lo verdaderamente sorprendente de esta parte tan desconocida de *El Señor de los Anillos* es que en ayuda de los hobbits acude el personaje más misterioso y extravagante de todo el libro. Tan extraño es y en apariencia tiene tan poca relación con el resto de la trama que jamás ningún director ha tenido valor para plasmarlo en la pantalla grande. Este personaje sigue siendo un agujero negro que ha generado cientos de comentarios, y ni el mismo Tolkien parece estar dispuesto a ofrecer una explicación convincente sobre él. Como ya vimos en la introducción, él mismo llegaría a decir: «Creo que está bien que muchas cosas queden sin explicación (especialmente si la explicación existe en realidad)». O sea, que la explicación existe pero no nos la piensa decir. Qué curioso.

Pues bien, el personaje más misterioso de todo el libro se llama Tom Bombadil.

Dice *El Señor de los Anillos* que Frodo tras pedir socorro escucha una voz que canta alegremente usando palabras que no parecen tener ningún sentido.

«¡Hola, dol! ¡Feliz, dol! ¡Toca un don diló!
¡Toca un don! ¡Salta! ¡Sauce del fal lo!
¡Tom Bom, alegre Tom, Tom Bombadillo!».

Y tras este galimatías indescifrable, aparece algo más curioso aún:

«Saltando y bailando a lo largo del sendero, por encima de las cañas, asomó un viejo y estropeado sombrero de copa alta y larga pluma azul sujeta a la cinta. Un nuevo brinco y un salto y un hombre apareció a la vista, o por lo menos algo semejante a un hombre; demasiado grande y pesado para ser un hobbit y no bastante alto como para pertenecer a la Gente Grande, aunque hacía bastante ruido, calzado con grandes botas amarillas, tranqueando entre las hierbas y los juncos como una vaca que baja a beber. Tenía una chaqueta azul y larga barba castaña; los ojos eran azules y brillantes y la cara roja como una manzana madura, pero plegada en cientos de arrugas de

risa».

Así que la Providencia Divina envía a rescatar a Frodo a, digámoslo claramente, un auténtico payaso de circo, con chaqueta azul brillante, zapatos amarillos y una pluma gigante prendida en un sombrero de copa. Lo cual no termina de corresponder exactamente con la imagen de un caballero andante. Ya se nos va dando alguna pista. Con toda seguridad, si Frodo o cualquiera de sus compañeros hubieran visto «saltando y bailando» a un tipo como este por las calles de Hobbiton, no hubieran tenido ningún reparo en atrancar las puertas de sus casas con siete candados, una cómoda y un sillón para evitar cualquier posible relación con él. Pero ahora la cosa cambia, y este ser tan extraño es más que bienvenido. La situación ya no es la misma, qué diferentes se ven las cosas en el camino aunque sólo se lleve tres días en él, y aquel a quien presumiblemente hubieran rechazado es ahora su única esperanza contra el peligro.

Existe un enorme misterio en «el otro», el otro que es totalmente diferente a ti y que, sin embargo, apareciendo en tu vida, quizá como compañero de viaje, hace que su sola presencia te sea profundamente beneficiosa. Quizá tú también hubieras imaginado caminar junto a un caballero andante, qué menos para alguien tan importante, y te has encontrado frente a frente con un payaso. Dios tiene un gran sentido del humor. Y además resulta que ese payaso es capaz de hacer lo que veinte caballeros no hubieran logrado.

Tom Bombadil rescata a nuestros héroes utilizando una canción, una especie de exorcismo que interpela al Hombre-Sauce obligándolo a soltar a sus presas. Una vez liberados, los hobbits sorprendidos y profundamente agradecidos son invitados a su casa, lo que aceptan encantados ya que se muestra muy bien dispuesto a acogerles y no les pide nada a cambio ni por salvarles la vida ni por darles cobijo en su cabaña.

La casa de Tom Bombadil es casi tan sorprendente como el propio personaje. Son recibidos allí por las voces de Tom, que se ha adelantado para encender las velas y por otra voz femenina que les acoge dulcemente. La voz pertenece a Baya de Oro, esposa de Tom, de una gran belleza llena de dulzura. Allí son acogidos como pequeños príncipes, como amigos muy queridos. Mientras Tom se afana en distintos quehaceres, Frodo, maravillado, preguntará a Baya de Oro, quién es Tom Bombadil en realidad y Baya de Oro le responderá: «Es él», lo cual no ayuda mucho a desentrañar la identidad del personaje, me temo.

A pesar de esto, estar allí, entre los muros de la casa de Tom, produce en los hobbits una extraña alegría: «Los invitados advirtieron de pronto que estaban cantando alegremente, como si eso fuera más fácil y natural que hablar». Después de cenar y tras conversar un rato

con Tom, los hobbits irán a descansar tras recibir la recomendación de no prestar atención a ningún ruido nocturno. Allí, durmiendo a salvo de peligros, Frodo tendrá un sueño extraño, soñará con una figura encaramada en lo alto, de cuyo bastón sale una luz. La noche dará paso a la mañana y pasarán un día de lluvia conversando en la cabaña con Tom, que les contará muchas historias notables. «A medida que escuchaban, los hobbits empezaron a entender las vidas del bosque, distintas de las suyas, sintiéndose en verdad extranjeros allí donde todas las cosas estaban en su sitio».

Los hobbits empiezan a entender, no simplemente a observar desde fuera, una realidad diferente de la suya, una realidad que Tom vive como propia, donde todo parece ocupar su sitio en un perfecto orden.

La vida de Tom muestra que sólo una cosa es necesaria. Un matrimonio inmejorable, ideal, entre Tom y Baya de Oro, vivido en una perfecta comunión. Una vida sencilla, apacible y feliz en el centro mismo de un Bosque viejo como el mundo y que, lejos de ser idílico, puede ser causa de muchas tribulaciones para cualquiera que ose pisarlo.

La conversación con Tom acabará centrándose en las inquietudes y miedos de los hobbits, e inevitablemente, en el Anillo. Estos, en la seguridad que les proporciona la casa de Tom, le abrirán su corazón con toda confianza. Llegado un momento, Tom pedirá a Frodo que le muestre el Anillo. Frodo se lo entregará y cuál será la sorpresa de los hobbits al ver que Tom, al ponérselo en el dedo, no desaparece ni se vuelve invisible. Además, Tom será capaz de ver a Frodo cuando instantes después se ponga él mismo el Anillo para comprobar, suspicaz, si su anfitrión le ha devuelto el mismo o una copia, y desaparezca de la vista de sus otros compañeros. ¡El Anillo no tiene poder sobre él! Y tampoco el poder que ejerce sobre los demás parece afectarle en absoluto.

Terminada la conversación y tras otra generosa ración de cena y canciones, los hobbits volverán a acostarse por última vez en casa de Tom, que ya se ha encargado de darles las instrucciones necesarias para poder partir a la mañana siguiente sin contratiempos a lo largo del camino.

Y esa noche, Frodo tendrá su segundo sueño, de carácter menos inquietante pero igualmente misterioso que el primero. Tras una cortina de lluvia gris, de cristal y plata, una tierra verde y maravillosa se extenderá ante sus ojos. Una tierra cuya imagen le proporcionará una enorme paz.

Al fin, a la mañana siguiente, partirán de casa de Tom, que les acompañará un pequeño trecho, y serán despedidos por Baya de Oro, que les deseará las mejores bendiciones y augurios para el camino.

Una casa en medio del mundo

Dejemos a los hobbits caminando un poco más hasta su siguiente aventura para explicar lo que escondido tras una serie de anécdotas aparentemente prescindibles en la trama de la novela, acaba de suceder en este pasaje de *El Señor de los Anillos*. Para ello, haremos uso de esa «aplicabilidad» que Tolkien propone como método válido para interpretar su obra. Según ella, Tom Bombadil ofrece dos significados muy importantes para conocer qué representa en realidad. Del primero ya hemos dado una pequeña pincelada, Tom Bombadil es el otro, aquel que es completamente diferente a ti, al que jamás hubieras elegido para pasar ni siquiera un minuto de tu existencia, pero que sin embargo, tendrá la capacidad de salvarte como ningún otro, que hubieras elegido sin dudar, hubiera podido hacerlo. No diremos más sobre esto ahora, ya tendrá su momento.

El segundo es que con Tom Bombadil, bajo cierto punto de vista que explicaré a continuación, Tolkien está presentándonos la vida monástica. Sí, Tom Bombadil es un monje que vive en medio de la espesura del bosque a solas con su amada, en un perfecto matrimonio espiritual, en una permanente luna de miel. Como dice Baya de Oro, Tom es él, es señor, pero solamente es señor en sus propios terrenos, es señor en su clausura; no es del mundo y las cosas que hay en él no le pertenecen, tiene su propia heredad. Y sorprendentemente el Anillo no tiene ningún poder sobre él: su vida retirada, anticipo en la tierra de la vida eterna del cielo permite que el arma del Enemigo carezca de fuerza en alguien que ha renunciado al mundo. Está dotado, además, de la clarividencia propia de los míticos monjes de la historia ya que puede ver a Frodo aun cuando lleve el Anillo puesto. Asimismo posee también la extravagancia propia de un eremita, de un loco de Cristo. Podrían citarse cientos de ejemplos de excentricidades de los santos monjes, de los padres del desierto o de los «jurodivyie» o locos por Cristo como san Simeón el Loco o san Alejo, aunque por desgracia no hay espacio aquí para citarlas, ni siquiera brevemente. Pero permíteme que me tome la libertad de recomendarte que leas alguna de sus vidas, que además de profundas, edificantes y llenas de detalles que ayudarán a tu fe, te resultarán tremendamente simpáticas. En el caso de Tom hasta su forma de vestir le delata, porque de la misma manera que la descripción de alguien con una vara larga en la mano y un sombrero puntiagudo podría aplicarse tanto a Gandalf como a un obispo con báculo y mitra, ver a un benedictino con su hábito, pongamos por caso, caminando por la calle, en estos tiempos rudos que vivimos, llamará la atención de la gente bastante más que ver a un sujeto con chaqueta azul brillante y zapatos amarillos (o un zapato de cada color, lo cual parece ser que está de moda últimamente). Incluso su extraña costumbre de intercalar un «Oh dol, alegre dol» a

cada una de sus frases, no me parece que se diferencie demasiado del interminable mascullar de letanías *(Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí)* de los monjes orientales. Sus alegres «toca un don diló» y las otras extravagancias con las que adorna sus conversaciones me recuerdan mucho a mis primeros días en la comunidad; cuando hablaba con alguno de los que llevaban allí más tiempo y quizá al contarle alguno de mis problemas, me contestaban intercalando alguna frase de la Biblia, que yo, evidentemente, desconocía, o hablaban de Dios «como si estuviese» allí presente con nosotros, al tanto de todo lo que ocurría y preocupado por la situación; por lo que en mi caso y en esos primeros días, no me hubiera resultado mucho más extraño si se hubieran dirigido a mí diciendo: «¡Feliz dol! ¡Sauce del fal lo! ¡Toca un don diló!».

De todos modos, ¿qué pinta un monje a estas alturas del argumento?

En primer lugar, si seguimos adelante con la *aplicación* del personaje de Tom como un monje, tiene todo el sentido del mundo pensar que su aparición aquí suponga un guiño cariñoso a los lectores rusos, por los cuales, como ya hemos dicho, Tolkien parece tener cierta predilección. Para la espiritualidad rusa la tradición de los *jurodivye,* estos extravagantes monjes locos de Cristo, le es tan familiar y cotidiana como san Francisco de Asís a un europeo occidental. Con toda seguridad, Tom Bombadil les resultará un personaje más familiar y cercano que a los que no están relacionados con esta forma de vivir el monaquismo cristiano(25).

Pero esto no explica el porqué de la aparición de este personaje en este momento de la historia. Para adentrarnos en esta cuestión, debemos recordar que estas primeras aventuras que los hobbits están viviendo en el camino son una preparación, un entrenamiento de cara a la verdadera misión que tendrán que llevar a cabo más adelante: destruir el Anillo. Son un «pre-camino», que aunque pareciera que no tiene mucho que ver con la misión como tal, es imprescindible para que esta pueda ser realizada.

¿Por qué? Porque en estos primeros pasos que discurren desde la salida de Hobbiton hasta la llegada de los hobbits a Rivendel, *El Señor de los Anillos* nos está mostrando cómo los tres enemigos habituales del cristiano, de aquel que inicia el camino de la fe, aparecen casi en el mismo momento de poner un pie en él con el fin de hacerle abandonar. San Juan de la Cruz describe estos tres enemigos de la siguiente manera: «Todos los daños que el alma recibe nacen de los enemigos, que son: mundo, Demonio y carne. El mundo es el enemigo menos dificultoso: el Demonio es más oscuro de entender; pero la carne es más tenaz que todos, y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo»(26).

El primer atisbo del Demonio ha aparecido doblando un recodo del

camino montado en un caballo negro. Puesto que arrojar el arma que él forjó al mismo fuego donde la creó es el final de este camino, no diremos más ahora sobre él, ya se irá desarrollando poco a poco durante la trama. Para la bellísima, inteligentísima y poderosísima catequesis que Tolkien nos va a regalar sobre la carne tendremos que esperar al próximo capítulo.

De modo que nos queda el mundo. ¿Qué significa este enemigo del cristiano? El beato Pablo VI lo definió así: «La palabra mundo, tanto en el Nuevo Testamento como en la literatura ascética cristiana, adquiere frecuentemente un significado funesto, y negativo hasta el punto de referirse al dominio del Diablo sobre la tierra y sobre los mismos hombres, dominados, tentados y arruinados por el espíritu del mal, llamado 'Príncipe de este mundo'. El mundo, en este sentido peyorativo, sigue significando la Humanidad, o mejor, la parte de Humanidad que rechaza la luz de Cristo, que vive en el pecado, y que concibe la vida presente con criterios contrarios a la ley de Dios, a la fe, al Evangelio»(27).

Entonces el mundo tiene un jefe, un «Príncipe». El mismo Jesucristo fue tentado por él cuando le mostró «todos los reinos del mundo y su gloria» (Mt 4,8) y se los ofreció, porque son suyos, para seducirle a cambio de que se postrase ante él para rendirle pleitesía.

Además, dice el Catecismo de la Iglesia Católica que: «Esta situación dramática del mundo que 'todo entero yace en poder del maligno' hace de la vida del hombre un combate: A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios»(28).

O sea que el mundo, enemigo del alma, intentará seducir al cristiano con cosas como el dinero, el prestigio, la ostentación, el placer, el primer puesto y con tantos otros elementos que conforman «todos los reinos del mundo y su gloria». Pero si no logra embaucarle así, le atacará abiertamente para llenarle de terror y hacerle abandonar, quizá por medio de una persecución, quizá por otro tipo de amenaza.

Tolkien utiliza el Bosque Viejo como imagen del mundo, al igual que utilizó el Bosque Negro con la misma finalidad en *El Hobbit*. Un lugar hostil al cristiano, dentro del cual vive el Hombre-Sauce, que canta para seducir al hombre, provocando en él el sueño del mundo, un sueño artificial, mentiroso y burgués; un sueño que desarma al infeliz que cae en él y lo hace vulnerable a cualquier ataque. El verdadero opio del pueblo es hacer un ídolo de la gloria que promete el mundo. Pero si alguno, con la ayuda de Dios, es capaz de resistirse a esta felicidad de cirugía estética que ofrecen los reinos del mundo, tendrá

que combatir, *y no sin grandes trabajos*, para verse librado de sus peligros.

Por tanto, *El Señor de los Anillos* narra cómo en el camino de la Fe aparecerá muy pronto el mundo como una tentación terriblemente seria para el que lo recorre. Primero querrá dormirle para después tragárselo. Estas son las primeras persecuciones a las que se enfrentará el que está saliendo de su tierra. Vendrán pronto si no se deja embaucar por el mundo y persevera en el camino. Tomarán forma de incomprensión, de burla de los amigos porque prefiere ir a misa antes que salir con ellos a dar una vuelta, de los chicos porque quiere mantenerse casta, quizá hasta de la propia familia... Aparecerá la persecución, en cualquiera de sus formas, si como decimos, resiste a quedarse dormido arrullado por el dulce canto del mundo. Si cede a este sueño no se diferenciará demasiado de aquel que no sabe siquiera que Mordor existe, así que esto no le originará ninguna persecución, pero a cambio quedará inevitablemente atrapado en el interior del Hombre-Sauce, de donde le será muy difícil, no me atrevo a decir imposible, salir.

Tan seria es esta tentación del mundo, que será necesario hacer un acto de renuncia a él para poder continuar caminando, como veremos enseguida.

Tom Bombadil vive en el centro mismo del «mundo». Es un anacoreta, alguien que vive retirado del mundo entregado a la oración, lo cual se expresa en su idílico matrimonio. Está en el mundo sin ser del mundo, vive en el extremo opuesto al mismo, es decir, vive en su mismo centro. La presencia de Tom allí expresa algo muy profundo, anuncia el mensaje que los monasterios de clausura han enviado siempre a la sociedad. Esto es: que sólo Dios basta, sólo Dios es suficiente. Que no es necesario enredarse en los cantos de sirena del mundo para ser feliz, plena y absolutamente feliz, porque sólo en Dios reside la felicidad. Un monasterio es una sociedad celeste. Está lleno de alegría porque anticipa la vida eterna en la tierra; por eso el Anillo no tiene poder allí, y por eso la historia nos enseña también que las grandes persecuciones religiosas contemporáneas siempre han comenzado por destruir las clausuras, porque la vida del monje, que muestra la relación íntima con Dios sin ningún añadido más como vía para alcanzar la felicidad en esta tierra, resulta molesta para aquellos que piensan que la fe no es más que una alienación, una neurosis o una esclavitud que limita a las personas.

En la cabaña-monasterio de Tom son acogidos nuestros hobbits, y son salvados de este primer ataque del mundo al tener la oportunidad de contemplar simplemente esta realidad de «matrimonio espiritual» que denuncia al mundo al mostrar que no es necesario poseer sus reinos y su gloria para ser feliz. Y allí, en este lugar apartado, viven el

primero de los muchos «retiros» que jalonarán su camino hasta Mordor. Así es, siguiendo la práctica de la Iglesia acerca de la necesidad del cristiano de dedicar, con cierta periodicidad, unos días a vivir apartado, en oración, nutriéndose de la enseñanza de la santa Madre Iglesia y conviviendo con otros hermanos en un retiro, unos ejercicios espirituales, una convivencia o como lo queramos llamar, *El Señor de los Anillos* hará vivir muchos de estos retiros a sus protagonistas en etapas importantes del camino hacia Mordor; ocasiones significativas de intimidad con el Señor, de descanso en el camino y de acopio de nuevas fuerzas para poder seguir avanzando en él, que irán desgranándose a lo largo de toda la trama.

El mismo Jesucristo usaba con sus apóstoles una dinámica así, de «sístole-diástole» como se dice en algún lugar. Primero eran enviados a la misión, pero tras ella se reunían en un lugar apartado «para descansar un poco» (Mc 6,31), para contar los milagros que habían visto, para poner en común su experiencia, para orar y para ser enseñados por él.

¡Qué bien se está de convivencia! Frodo no se quiere ir de casa de Tom. Allí descansan, ponen en común sus miedos, reciben instrucciones sobre cómo enfrentarse a esta nueva parte del camino. Son contagiados de la inmensa alegría que supone vivir en intimidad con el Señor. En este entorno, incluso le es concedido a Frodo tener dos sueños, que sin ninguna duda, y viendo lo que ha de venir después, pueden ser calificados de proféticos. Un entorno, en fin, de estar junto al Señor, de tomar nuevas fuerzas para volver al camino.

Lo significativo es que Tolkien no permite a sus héroes que permanezcan en el monasterio ni para siempre ni demasiados días. Deben volver al camino pronto, porque tienen una misión que cumplir.

Tolkien quiere ayudar con su obra a los jóvenes, con atención especial a sus hijos, a desenvolverse como católicos en tierra anticatólica. *El Señor de los Anillos*, además de transmitir el anuncio de la Buena Noticia, se configura también como un Catecismo de trinchera para aprender a estar en el mundo sin ser del mundo, paso a paso en el camino de la fe. Una especie de arte de la guerra católico que ahora quiere transmitirnos esto: un cristiano, sea sacerdote, laico, soltero, casado o viudo ha de tener mucho de monje si realmente quiere ser llamado cristiano. Sea cual sea su situación en la vida, ha de vivir unido a su amado, a Jesucristo, y experimentar que sólo Él basta, que el mundo no da la felicidad. Deberá aprender a usar de los recursos del mundo sin arrodillarse ante sus ídolos, aunque al hacerlo resulte tan ridículo a los demás como un tipo tocado con un sombrero de copa adornado con una enorme pluma azul.

Dicho en resumen, con las palabras de sor Isabel de la Trinidad:

«Tienes que construirte una celda dentro de tu alma. Piensa que Dios está allí y entra en ella de tanto en tanto. Cuando te sientas nervioso y desdichado, métete allí enseguida y cuéntaselo todo al Maestro. Si lo conocieras un poco, no te aburriría la oración. (...) Si supieses lo bien que nos comprende... Si comprendieses esto, ya no sufrirías más»(29).

Sin embargo, la convivencia no ha terminado aún. Guarda una sorpresa final. En este lugar apartado, dentro aún de las tierras de Tom, nuestros héroes deberán enfrentarse ahora a algo peor que el Hombre-Sauce. Deberán enfrentarse a la encarnación más siniestra y tangible del *mundo*. Y deberán hacerlo bien, porque para poder seguir adelante será absolutamente necesario que renuncien a él, a todos sus reinos y a su gloria.

Capítulo 6

AL SEÑOR TU DIOS ADORARÁS Y SÓLO A ÉL DARÁS CULTO

«Toda alma que quiera subir a este monte a hacer de sí mismo altar en él, lo primero, que arroje a todos los dioses ajenos, que son todas las extrañas aficiones y asimientos. Lo segundo, que se purifique del dejo que han dejado en el alma dichos apetitos, negándolos y arrepintiéndose. Y lo tercero que ha de tener para llegar a este alto monte es las vestiduras mudadas. Las cuales, mediante la obra de las dos cosas primeras se las mudará Dios de viejas en nuevas, poniendo en el alma un nuevo entender, desnuda ya la voluntad de todos sus viejos quereres y gustos».

San Juan de la Cruz
(*Subida del monte Carmelo*.
Libro Primero, cap. 5, 7 —extracto—).

Nuestros hobbits se dirigen de vuelta al camino con la esperanza de que estos días de retiro hayan bastado para despistar al Jinete Negro que parece perseguirles. Después de estar con Tom, del que se acaban de despedir, se sienten de nuevo dispuestos y confiados. Los pobrecillos no saben lo que se les va a venir encima después de caminar tan sólo unas horas y hacer un alto para sentarse a comer.

De nuevo todo comienza con un extraño sopor. El mundo siempre comienza atacando así. Otra vez se han quedado dormidos en «un sueño que no había sido voluntario», y despiertan rodeados de una densa niebla que les hace parecer que están en el centro de una isla. Intentan escapar entre la niebla, cada vez más espesa. Caminan juntos uno tras otro, no saben a dónde se dirigen. Frodo, que camina el primero, contempla una esperanza de salida un poco más allá y llama a los otros. Nadie responde. Ya no están allí.

Los hobbits se han parado a descansar en las Quebradas de los Túmulos, lugar de mal nombre y peor fama, donde se ubican las tumbas de reyes antiguos y capitanes de los hombres, algunos de los cuales habían caído bajo el poder oscuro en una edad anterior. Aunque ya habían sido advertidos por Tom de la malignidad de este lugar, como quiera que sea, nos encontramos ahora a Frodo solo, rodeado de niebla, y de nuevo profundamente angustiado.

De pronto escucha su nombre, «Eh, Frodo», y el débil eco de un grito de socorro. Se encamina hacia las voces, no sabe a dónde va. Sin darse cuenta ha entrado de lleno en uno de los túmulos malditos. Y allí le espera un monstruo, un «Tumulario» que le aguarda para atraparle.

Una sombra que se inclina, dos ojos fríos, una garra helada y de nuevo Frodo pierde la consciencia, lleno de pavor.

Al despertar se da cuenta de que ha caído, junto con sus compañeros, en las garras de un Tumulario. Yacen los cuatro acostados en el interior de un sepulcro lleno de tesoros. Vestidos de un blanco mortal, las caras pálidas, rodeados de «muchos tesoros, de oro quizá, aunque en aquella luz parecían fríos y poco atractivos». El Tumulario les ha colocado diademas en las cabezas, cadenas de oro en la cintura y muchos anillos en los dedos.

Frodo está helado hasta la médula. Acostado en la piedra entre la verdosa luz del túmulo, escucha un canto, un maleficio dirigido tanto a sus compañeros, profundamente dormidos, como a él.

«Que se te enfríen las manos, el corazón y los huesos,
que se te enfríe el sueño bajo la piedra:
que no despiertes nunca en el lecho de piedra,
hasta que el Sol se apague y la Luna muera.

En el oscuro viento morirán las estrellas,
y que en el oro todavía descanses
hasta que el Señor Oscuro alce la mano
sobre el océano muerto y la tierra reseca».

En su desesperación, Frodo encuentra de nuevo una luz. El pensamiento de haber terminado toda su aventura de esta forma horrible, hace que el coraje crezca en él. Piensa en ponerse el Anillo para escapar a la vista del Tumulario, pero rechaza esa idea complaciente al caer en la cuenta de que hacerlo conllevaría abandonar a sus compañeros. Fracasa el intento del Anillo esta vez. Frodo ha intuido que ponerse el Anillo allí no haría más que empeorar la situación, tan parecido es el túmulo a Mordor. Rechazar la tentación del Anillo hace que aparezca algo dentro de él, algo que él no sabía que tenía. Coge una espada que encuentra a su lado y golpea con todas sus fuerzas la mano del Tumulario, que se aparta entre quejidos. De nuevo vuelve a gritar. Esta vez llama a Tom Bombadil para que acuda en su ayuda, con un canto que el mismo Tom les ha enseñado por si se veían en algún aprieto. Sólo pronunciar su nombre le da coraje. Recuerda que existe el amor, la risa, la unión íntima con aquel que nos ama. La vida no es ese túmulo de luz verdosa en el que está atrapado. Al pensar en Tom, recuerda que hay algo más, algo puro e inocente, nuevo y eterno. Recupera las fuerzas. Al cabo de un tiempo aparece Tom y expulsa al Tumulario. Ayuda a Frodo a sacar del túmulo a los otros, que siguen profundamente dormidos, vestidos con las ropas y las joyas con las que les ha cubierto el Tumulario.

Hasta aquí, a grandes rasgos, otro de los pasajes más oscuros de la obra de Tolkien, desconocido para aquellos que aún no han leído sus

libros pero han visto las películas. Esta aventura remata la catequesis sobre el *mundo* que nos ha ofrecido en estas páginas. Si su fuerza expresiva es enorme, su significado es aún más abrumador. Todavía en las etapas iniciales del camino, tras una primera experiencia del peligro que el amor a las cosas del mundo supone para la fe, golpeado ya por una persecución, aquel que pretenda llegar a Mordor se ha de enfrentar cara a cara con la imagen más descarnada de este enemigo del alma. El túmulo y el maligno personaje que mora en él son la realidad de lo que es el mundo y de lo que es capaz de hacer en las personas. El mayor reino del mundo, aquel cuya gloria anhela toda la humanidad caída, es el dinero. El amor desmesurado al dinero trastoca el orden natural de las cosas, ya no es algo que está a tu servicio sino que eres tú el que pasas a ponerte al suyo. Cuando el amor al dinero entra en el corazón del hombre, este corazón se transforma en un túmulo, en la morada de un muerto en vida, lleno de tesoros que jamás podrá utilizar, porque vive atrapado en ellos. Escucha ahora al mundo, cómo susurra: *El dinero lo calma todo, quita todo sufrimiento, te asegura el bienestar, el afecto, el prestigio y la tranquilidad. Con el dinero se conquista la gloria, se puede obtener todo aquello que se desea: mujeres, coches, viajes, casas, vacaciones, sol, descanso. Felicidad.*

De esta realidad no se escapa nadie, ni el rico ni el pobre. El que no tiene lo desea, el que tiene quiere más. Nunca conocerás a nadie que se canse de tener más dinero.

Jesucristo, que conoce esta realidad, hace una llamada acuciante: «Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero» (Mt 6,24). Podría haber nombrado otros ídolos, pero habla expresamente del dinero porque tiene un poder inmenso sobre el corazón del hombre y porque por su medio se pueden conseguir el resto de ídolos del mundo. No dice que el dinero sea malo, no vamos a caer en ese simplismo. El dinero es necesario, por supuesto, como es necesario trabajar. Y si tienes lo suficiente para poder ir de vacaciones, pues mucho mejor. Pero si el amor al dinero se hace un sitio en tu corazón, pasas, como acabamos de decir, a ser su esclavo. Y el esclavo es aquel que está obligado a obedecer las órdenes de su amo. El amo cuida de sí mismo, no mira por el bienestar del esclavo. Por eso el dinero, el tesoro del Tumulario, no tiene corazón. Es implacable. Es capaz de destrozar una familia entera en un instante, al enfrentarse a una herencia, por ejemplo. Puede generar odios eternos, mentiras, suicidios y asesinatos sólo con proponérselo.

El amor al dinero, el amor al mundo y su gloria, el túmulo repleto de oro. El que está en el camino de la fe debe enfrentarse cara a cara con esta tentación. Si entra en él se le comenzará a enfriar el corazón y

hasta los huesos, como canta el maleficio del Tumulario, y se apagará poco a poco el fuego encendido en él, el mismo que le llevó a salir de su tierra. El Tumulario, esta encarnación del mundo, querrá llevarte dentro de su tumba llena de dinero, implacable y feroz. Te cubrirá de joyas y de vestidos regios y te hará descansar en el oro hasta que el Señor Oscuro vuelva a alzar su mano.

Esta es la realidad que se esconde tras el brillo cegador del mundo. Una tumba.

Desnudos en la hierba

Y ante esto, ¿qué hacer? Usar el Anillo no, desde luego, el Tumulario y el Señor Oscuro son aliados naturales. Frodo, tras escaparse de nuevo por los pelos a la tentación de ponerse el Anillo en el túmulo, lo cual hubiera sido catastrófico ya que le hubiera garantizado ser visto con total claridad por el Tumulario, al pronunciar el nombre de Bombadil recobra su coraje, porque su nombre le hace recordar que es posible experimentar el cielo en la tierra. Así que lo único que queda es atacar con fuerza al Tumulario o dejarnos congelar lentamente por él.

Atacar al Tumulario para poder escapar de ese agujero infecto en el que nos ha encerrado significa que debemos renunciar al amor al dinero, a ser sus siervos. ¿Cómo?

El texto de *El Señor de los Anillos* continúa diciendo que cuando todos los hobbits son sacados del túmulo por Tom y Frodo y van recobrando poco a poco la conciencia, en este despertar del sueño horrible del Tumulario se dan cuenta de que están vestidos con las ropas que él les ha puesto y adornados además con una gran cantidad de joyas. Si despiertas tú también a esta realidad de ser siervo del dinero, si caes en la cuenta de hasta qué punto eres su esclavo, te pasará como a los hobbits, te sorprenderás de cómo vas vestido, de cómo has ido vestido hasta ahora, es decir, de cómo ha sido siempre tu forma de actuar, que nunca has dejado de obedecer al dinero; en qué adornos ponías tu confianza y hasta qué punto eras incapaz de mostrarte a ti mismo sin ellos, tal como eres en realidad. Donde esté tu tesoro, ahí estará también tu corazón. Te darás cuenta de que tu corazón estaba en una tumba.

Tom va a ayudarles a sacar su corazón de esa tumba dando comienzo a una «liturgia» de renuncia al mundo y al amor al dinero. En primer lugar, les animará a quitarse todas las cosas del Tumulario de encima y quedarse desnudos, paseando por la hierba para quitarse el frío del túmulo. Es esta quizá una imagen que nunca esperaste encontrar en *El Señor de los Anillos*, cuatro hobbits completamente desnudos correteando por la hierba. Desnudos como san Francisco de Asís, ante su padre, Pedro Bernardone, en su famosa renuncia al mundo. Felices

con las cosas tal y como son, con la hierba y la montaña, también como el santo de Asís, en una comunión recién descubierta con todas las cosas que existen en la tierra, aquellas que el brillo de la mentira del mundo velaba, escondiéndolas de sus ojos.

Al fin preguntarán dónde pueden encontrar las ropas que les ha quitado el Tumulario:

«—No encontraréis vuestras ropas —dijo Tom bajando de un salto desde el montículo, y riendo y bailando alrededor a la luz del sol.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Pippin mirándolo, entre perplejo y divertido—. ¿Por qué no?

Pero Tom movió la cabeza diciendo: —Habéis vuelto a encontraros a vosotros mismos, saliendo de las aguas profundas. Las ropas son una pequeña pérdida, cuando uno se salva de morir ahogado. ¡Alegraos, mis alegres amigos!».

Ya no son los mismos, se han quitado de encima la ropa del Tumulario que les cubría. Han descubierto qué es el mundo en realidad y la obra que el amor al dinero realiza en el corazón del hombre. Se han vuelto a encontrar a ellos mismos al entender que el Tumulario no es algo externo a ellos. No. Ellos son el Tumulario. Siempre habían llevado sus ropas y sus joyas y no se habían dado cuenta. El Tumulario somos tú y yo, que vivimos para servir al tesoro que acumulamos en nuestro corazón, frío y oscuro como una cueva, custodiándolo día y noche. Pero si recorres el camino de la fe, te salvarás «de morir ahogado», te volverás a encontrar a ti mismo, y serás libre. Renunciarás a las joyas y vestidos del Tumulario y podrás desnudarte, verte como Dios te ve. Esta aventura renueva en cierto modo una parte de nuestro bautismo, por eso dice Tom que es un «salir de las aguas profundas». No hemos llegado todavía a Mordor, donde se renovará plenamente nuestro bautismo al arrojar el Anillo al fuego, pero sí que hemos redescubierto una primera parte de él. Por eso, ¡alegrémonos! No todo el mundo tiene la gracia de conocer que, en realidad, está más que predispuesto a convertirse en un Tumulario, y menos todavía tiene la oportunidad de quitárselo de encima.

Pero esta «liturgia» de renuncia al mundo y al dinero no ha terminado aún. Después de quitarse el frío del túmulo, los hobbits contemplarán cómo Tom vuelve a descender a él y saca todos los tesoros que contenía a la superficie. Los coloca en una pila en lo alto de un montículo y les pide a los hobbits que los dejen allí para cualquiera que los pueda encontrar: «pues así se rompería el maleficio del túmulo y ningún Tumulario volvería a ese sitio».

El punto culminante de este acto de renuncia es dejar allí todos los tesoros para aquel que los pueda encontrar. Esta es la única manera de romper el maleficio que pesa sobre el túmulo y de garantizar que ese espíritu maligno no vuelve a él.

«El que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,33). Esta es la única manera de romper el amor al dinero que vive en nuestro corazón y de garantizar que el espíritu maligno del mundo no vuelve a él.

No te preocupes, querido lector, Dios no quiere que seas pobre ni que malvivas como un vagabundo. Lo que Dios quiere es arrancar al Tumulario de tu corazón. Hacerte señor de los tesoros, no esclavo de ellos.

La liturgia terminará cuando Tom tome del tesoro algo para cada uno de ellos, lo que también es necesario para evitar que la maldición retorne a ese lugar. Así, elige un bello broche para regalárselo a Baya de Oro, su esposa; y para cada uno de los hobbits escoge «una daga, larga y afilada como una brizna de hierba, de maravillosa orfebrería».

Tanto Tom como los hobbits obtienen un regalo gracias a esta experiencia. A los hobbits se les entregará un arma capaz de luchar con el espíritu del Tumulario, que no es otro que el del Señor Oscuro, si es que de nuevo quiere volver a adentrarse en su corazón. Obtendrán una de las tres armas fundamentales del cristiano. Porque así como existen tres enemigos: mundo, demonio y carne; también el cristiano tiene tres armas para luchar contra ellos. A partir de ahora, del cinto de los hobbits penderá una daga. Cuando el espíritu del Tumulario vuelva a atacar podrán usarla en su contra. A consecuencia de esta experiencia de renuncia al mundo, los hobbits podrán empuñar un arma que les acompañará todo el camino: la limosna. Un arma afiladísima, capaz de acabar con la tentación del mundo de un solo golpe si vuelve a aparecer, lo cual no sería raro. Piensa en lo que significa que sea un arma sacada del mismo túmulo, de la misma trampa mortal que el mundo ha preparado. La limosna saca del dinero la capacidad de vencer el amor al dinero.

Porque sin duda ninguna, como dirá Benedicto XVI, todos nos vamos a encontrar con este Tumulario antes o después:

«En nuestro camino también nos encontramos ante la tentación del tener, de la avidez de dinero, que insidia el primado de Dios en nuestra vida. El afán de poseer provoca violencia, prevaricación y muerte; por esto la Iglesia recuerda la práctica de la limosna, es decir, la capacidad de compartir. La idolatría de los bienes, en cambio, no sólo aleja del otro, sino que despoja al hombre, lo hace infeliz, lo engaña, lo defrauda sin realizar lo que promete, porque sitúa las cosas materiales en el lugar de Dios, única fuente de la vida. ¿Cómo comprender la bondad paterna de Dios si el corazón está lleno de uno mismo y de los propios proyectos, con los cuales nos hacemos ilusiones de que podemos asegurar el futuro? La tentación es pensar, como el rico de la parábola: ‘Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años... Pero Dios le dijo: ¡Necio! Esta misma noche te

reclamarán el alma' (Lc 12,19-20). La práctica de la limosna nos recuerda el primado de Dios y la atención hacia los demás, para redescubrir a nuestro Padre bueno y recibir su misericordia»(30).

Nuestros hobbits, después de esta «convivencia» tan importante han de volver al camino para afrontar una etapa más. Es mucho lo que han vivido en estos primeros pasos, y todo lo que les ha sucedido será de vital importancia para que cada uno pueda llevar adelante su misión. Queda mucho para llegar a Mordor, pero el resto del camino no lo van a realizar solos. Alguien va a venir en su ayuda. No quien debiera haber venido, ciertamente, sino otro que aún no conocen. El Anillo, además, va a mostrar de forma mucho más seria lo funesto que puede llegar a ser. Y toda la misión se va a poner en peligro de muerte.

Si quieres saber de qué hablo, querido lector, vuelve la página y estaré encantado de contártelo.

Capítulo 7

LA VOZ DE UN DESCONOCIDO

«Voy a susurrarte un canto, una canción de amor.
Al alba vendrá una paloma».

Erev shel shoshanim
(Canción infantil hebrea).

En la mayoría de obras de literatura fantástica suele aparecer un elemento muy recurrente que no tiene nada que ver con lo que a primera vista uno podría pensar. No se trata de la existencia de la magia, ni de la presencia en sus novelas de dragones, ogros, elfos y demás. El elemento esencial y característico de una novela de fantasía escrita como Dios manda, el que todos los fans de este género recordarán con especial cariño, es la posada.

La posada «Roca de guía», donde Kvothe, envuelto en su tercer silencio, aguarda su inevitable destino, «El último Hogar» en Solace donde después de cinco largos años se reencontrarán viejos amigos...

Todos los que devoramos este tipo de libros estamos enamorados de las posadas. En ellas hemos podido descansar, aunque fuera por unas horas, de las aventuras del camino. Ver la cálida luz que se filtra por sus ventanas equivale a disfrutar de un rato de acogedora felicidad. A todos se nos ha hecho la boca agua pensando en sus guisos, en sus hogazas de pan caliente y en su cerveza razonablemente fría. Sus mullidos colchones nos han aliviado la espalda, dolorida de cargar tantas millas con el equipo de un aventurero. Llegar a la posada acompañando a los protagonistas de nuestros libros, suponía una especie de alegría. Nos proporcionaba un instante de reflexión, de toma de decisiones, y prometía un giro en la trama. Sentados en sus bancos de madera alrededor del fuego hemos reído, cantado, descansado y también nos hemos peleado. Allí nos han contratado como mercenarios, hemos oído historias sobre damas en apuros, nos han hablado del tesoro escondido en la cueva de un troll, hemos conocido a personajes extraños que nos han pedido ayuda. O que tal vez nos la han ofrecido.

Pues bien, todas estas posadas esparcidas por la literatura fantástica deben su existencia en mayor o menor medida a la posada a la que Frodo y sus compañeros están a punto de llegar.

La posada, «El Poney Pisador», está en Bree, una aldea poblada por hombres y hobbits situada en el cruce de caminos del este y del norte-

sur, lo que hace de ella un lugar importante como fuente de noticias y es por ello muy conocida. Nuestros hobbits se dirigen allí, después de la aventura con el Tumulario, por indicación del mismo Tom.

Nada más llegar a la aldea descubren inquietos que reina en ella un ambiente extraño. La puerta de la cerca está cerrada y, al llamar para poder entrar, el guardián de la puerta, suspicaz, les revela que hay algunos que han ido haciendo preguntas acerca de un grupo de hobbits de la Comarca.

Al fin llegan al Poney Pisador, un lugar muy acogedor, pero que bulle esa noche con una extraña actividad, pues varios huéspedes no habituales han coincidido en la posada para pasar la noche. Frodo da el nombre falso, señor Sotomonte, que Gandalf le recomendó usar fuera de la Comarca ya que el apellido Bolsón se había vuelto muy peligroso. Después de tomar una estupenda cena sencilla en un cuarto privado, son invitados por Cebadilla Mantecona, el posadero, a pasar al salón para estar un rato con los otros huéspedes y compartir alguna noticia de la Comarca, o si se sienten animados, alguna canción. Mientras, Mantecona no logra recordar algo relacionado con la presencia de los hobbits allí y el nombre de Sotomonte, algo que le parece sumamente importante pero que le resulta imposible sacar de su ajetreado cerebro. Frodo, Pippin y Sam deciden pasar al salón, pero Merry prefiere descansar un rato en el cuarto privado y quizá salir fuera un rato a despejarse de la cena.

En el concurrido salón son recibidos con una mezcla de sorpresa y agradable cordialidad por casi todos los presentes, contentos por poder contar con gente venida de lejos. Sólo un grupo de huraños hombres del sur parece mirarlos con desagrado. Las intenciones de un extraño personaje sentado en un oscuro rincón de la posada, que cubierto con una capucha fuma en pipa con las piernas apoyadas sobre un taburete y sin dejar de observarlos, son difíciles de determinar. Preguntado el posadero por la identidad de aquel hombre, responde a Frodo que no conoce muy bien quién es, pero que por allí le llaman Trancos y que es un montaraz que anda siempre de acá para allá, yendo y viniendo. Conforme Pippin y Sam se van animando a contar historias, dar novedades y ser el centro de atención, Frodo es invitado por ese tal Trancos a sentarse junto a él. Frodo así lo hace, sin demasiadas ganas, y Trancos le conmina a no permitir que sus jóvenes compañeros hablen demasiado con los desconocidos de la posada: «Hay gente rara por aquí. Pero usted pensará que no soy yo quien tiene que decirlo», añade con una sonrisa torva justo antes de volver su atención sobre Pippin, que está a punto de cometer un gran error contando la historia de la desaparición de Bilbo de la Comarca, en su fiesta de cumpleaños, cuando se puso el Anillo delante de sus invitados para gastarles una broma. Frodo cae en la cuenta enseguida

del peligro que eso supone y salta a una mesa en medio del salón para distraer la atención de los parroquianos de su pariente y evitar que cometa una error que pudiera delatarles si nombra el Anillo en ese entorno lleno de desconocidos. Entre sorprendidos y divertidos por la interrupción, los parroquianos vuelven su mirada a Frodo, que ahora no sabe muy bien qué hacer, y comienza a improvisar un discurso para ganar tiempo. Se siente ridículo, plantado allí en medio de la sala con todos los ojos clavados en él, e inconscientemente comienza a juguetear con el Anillo que lleva en el bolsillo. Al hacerlo siente un deseo imperioso de ponérselo en el dedo para escapar de aquella situación tan ridícula. Siente que este deseo le viene «desde fuera», como si algo o alguien en aquella habitación se lo estuviera ordenando. Probablemente horrorizados por la perspectiva de tener que aguantar un aburrido discurso, los parroquianos le piden a Frodo que cante una canción que no hayan oído antes, y Frodo no tiene más remedio que hacerlo. Muy incómodo al principio, comienza a cantar una vieja canción que Bilbo le había enseñado, pero animado por la alegría de la concurrencia que parece apreciar tanto la canción como la buena voz de Frodo, poco a poco este va cogiendo seguridad. Cuando termina es aclamado por todos, obligado a tomar una pinta de cerveza y a volverla a repetir: «Le tocó a Frodo entonces sentirse satisfecho de sí mismo». Y así lo hace, sólo que ahora no se conforma con cantar sino que acompaña la canción bailando sobre la mesa, y al llegar al punto álgido de la canción da un salto demasiado vigoroso, con tan mala suerte que acaba resbalando y yendo a caer sobre las bandejas y las jarras. Cuando todos se acercan a asistirle, riendo a carcajadas por su ridícula caída, descubren que Frodo no está. Ha desaparecido. Asustados y escandalizados se apartan de Pippin y Sam, a los que comienzan a mirar con desconfianza. Los sureños, junto con el guardián de la puerta, que parecen haber visto exactamente lo que querían ver, salen en silencio de la posada.

Como anillo al dedo

Por desgracia, como habréis adivinado, Frodo se ha puesto el Anillo. Y se lo ha puesto en el peor momento posible, llamando la atención de algunos que estaban esperando un acontecimiento similar para confirmar sus sospechas. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué Frodo se ha puesto el Anillo justo en el momento menos indicado? Casi siempre, las verdades más importantes que Tolkien quiere transmitirnos aparecen diseminadas por toda su novela no en los puntos más álgidos de su trama, sino en los giros más cotidianos y aparentemente de menor importancia. Con Tolkien, la explicación más sencilla suele ser la verdadera.

El pobre Frodo no recuerda siquiera cómo ha llegado el Anillo a su

dedo, pero si leemos bien, nosotros sí seremos capaces de adivinarlo. Es evidente que el Anillo le ha traicionado, pero es que Frodo ha cometido un gran error del que ya nos advierte el autor en ese mismo párrafo del libro. Nervioso como está ante la situación en la que se encuentra, obligado a decir unas palabras de circunstancia ante un público que piensa que quizá haya bebido más de la cuenta, Frodo comienza a juguetear con las cosas que lleva en el bolsillo. Comienza a juguetear con el Anillo. Puede parecer tonto, pero es un hecho vital. Si Frodo no hubiese jugueteado con el Anillo, tal vez no hubiera sentido el deseo imperioso de ponérselo *para escapar de aquella situación*. Cualquier lector de este libro puede probar a meterse un anillo en el bolsillo junto con un par de monedas y ponerse a juguetear con ello. No me equivoco si digo que más tarde o más temprano el anillo acabará colándose en alguno de sus dedos, es inevitable. Es imposible juguetear con un anillo entre los dedos sin terminar por ponérselo. La forma se adapta perfectamente al dedo, y aunque se manipule sin ninguna intención de ponérselo, con toda seguridad terminará adornándote la mano.

La catequesis está servida. Y de una admirable profundidad para un hecho tan aparentemente simple como este. Tal vez comprendamos mejor la intención del autor si ponemos un ejemplo. Ponerse a consultar Internet a las dos de la madrugada en absoluta soledad no es lo mismo que hacerlo a las once de la mañana en una concurrida biblioteca pública. El que quiera entender, que entienda. En el primero de los casos es más que probable que, como Frodo, el que lo haga escuche la orden de ponerse el Anillo, una orden que no viene de él, sino del Enemigo. Además, la intención que tuviera al conectarse a Internet a esa hora y sin compañía, por buena que fuera, no es determinante. Puede que quisiera buscar información sobre el examen del día siguiente, que no le dejaba dormir, pero eso es lo de menos. El cuento de Caperucita Roja nos enseña que el peligro existe, independientemente de la intención que uno tenga al afrontarlo. No se me ocurre nada más noble en este mundo que procurar víveres a tu propia abuela para que no muera de inanición, pero esa bondad no te librará de tener que enfrentarte al lobo. Y el lobo es más inteligente que tú y que yo.

Al igual que Caperucita, que camina con una llamativa prenda roja por en medio de un bosque oscuro y desconocido, el joven de nuestro ejemplo se ha puesto, queriendo o sin querer, en una situación muy peligrosa. Frodo también lo ha hecho cuando el miedo al ridículo le ha hecho juguetear con el Anillo. Los Padres de la Iglesia llaman a esto «ocasión de pecado», que no es otra cosa que ponerse a tiro, ser un blanco fácil para aquel que nos odia, estando en el momento, en el lugar y en las circunstancias adecuadas para convertirnos en una presa

indefensa.

El ridículo, el miedo a la humillación, puede hacer que juguetear con el Anillo se te presente como una salida a la situación que tienes delante. Recuerda que es imposible juguetear con un anillo sin llegar a ponérselo. El miedo a la humillación o al fracaso puede hacer que te pongas en ocasión de pecado para buscar de algún modo una satisfacción ante la perspectiva que se te presenta. Y esto es porque el miedo al ridículo es una de las vías más seguras para acabar poniéndose el Anillo ya que tiene una relación directa con la soberbia y el amor propio. Y en ese saco es fácil meternos a todos. «El amor propio es el principio del pecado», dirá santo Tomás de Aquino. La cuestión es por qué viene esta caída justamente ahora. Frodo, que ya ha sufrido la primera persecución en el bosque, que ha podido salir de las garras del Tumulario, que ha renunciado a servir al mundo y al dinero, tiene que aprender que todavía no es capaz de aceptar la humillación. Que quizá no es tan cristiano como creía porque al mínimo atisbo de humillación se pone a tiro del Anillo, que muestra aquí un aspecto de su verdadera naturaleza traidora. Frodo, en este momento de su camino, tiene que descubrir que le es imposible dejarse humillar. Esta es la razón por la cual quizá tú has mentido hoy en el trabajo, o has faltado a clase en el instituto. Porque te es imposible aceptar la humillación de los demás, de tu propia limitación o de tu historia.

No pienses, por favor, que te hablo por encima del hombro. A nadie le gusta quedar en ridículo. *El Señor de los Anillos* nos ayuda poniéndonos delante a Frodo como aviso para aquellos que, como yo en tantas ocasiones, se creen mejor que los demás. La historia de la Iglesia podría mostrarnos a tantísimos santos a los que han humillado para saber si verdaderamente lo eran, o sólo eran «iluminados», presos de una especial soberbia espiritual. Ningún santo ha pensado de sí mismo que era un santo. Que esta caída (literal y ridícula) de Frodo te recuerde que no es fácil dejarse humillar, allí se te deslizará el Anillo en el dedo sin que te des ni cuenta. Es una llamada a combatir, a no ponerse en ocasión, a no juguetear con el Anillo. Porque si bien es cierto que cualquier humillación nos acerca a Cristo, el verdadero humilde, también lo es que esta naturaleza nos tiene que ser dada, y el camino no ha hecho más que empezar, como iremos viendo.

Por otra parte, no podemos olvidar que Dios está detrás de todo. Ten confianza. Dios no ha permitido a Frodo ponerse el Anillo frente al Jinete Negro del capítulo anterior porque este le hubiera destrozado en el acto; pero misteriosamente permite que se lo ponga ahora, no le libra de esta caída. ¿Por qué? Porque es muy importante que Frodo comience a conocerse un poco. Que comience a conocerse él y que comience a conocer la verdadera naturaleza del Anillo en él. Alguien

que en el fondo ha creído las palabras que la serpiente dirigió a Adán y Eva, que ha creído que la felicidad está en ser Dios, no aceptará jamás que nadie se ría de él. Pero uno que conoce quién es Dios y quién es él, aunque le duela (porque duele), lo aceptará con menos dificultad.

Y tampoco hay que ser excesivamente moralistas. Tolkien no lo es y yo, tantas veces perdonado, tampoco. Frodo ha caído porque se ha puesto en ocasión jugueteando con el Anillo, es verdad. Pero ante una caída hay tres actitudes frente a las cuales uno nunca debe sucumbir:

La primera: nunca debemos sorprendernos de haber caído. Ten en cuenta que, como dice san Francisco de Sales, «si supiésemos bien lo que somos, en vez de sorprendernos de vernos caídos, nos sorprenderíamos de cómo podemos estar de pie». Pocas cosas hay más ciertas. Lo verdaderamente impresionante es cómo puede haber un solo día en que no andemos tirados por el suelo por nuestra debilidad y nuestra inclinación al Anillo.

La segunda: nunca debemos entristecernos por nuestras faltas. Si alguna buena propiedad pudiera tener la tristeza, no sería nada comparada con los inconvenientes que puede proporcionar. Si uno se entristece ante sus caídas es porque en el fondo esperaba bastante más de sí mismo. No se conocía de verdad: «Si caemos en algún pecado o en alguna imperfección, nos quedamos atónitos, desconcertados, nos sublevamos; y es porque creíamos ser algo bueno y sólido: al ver que no somos nada, al vernos caídos por tierra, nos enfadamos con disgusto, decepcionados acerca de nuestras propias fuerzas». De nuevo el amor propio, principio del pecado. Tengamos mucho cuidado de no perder la paz ante nuestras caídas porque, si dejamos a la tristeza campar a sus anchas, pronto el desánimo se adueñará de nuestro espíritu y en ese estado no podremos continuar caminando. Esa tristeza es arma del Enemigo. Has sido atacado por sorpresa, no te lo esperabas y te ha hecho daño. Pues ya está. Piensa que, más que infiel, eres débil. No te entristezcas, Cristo ha dado la vida por ti y quiere que te conozcas verdaderamente, sin engañarte a ti mismo ni a los demás. Cristo, que te conoce, te ama tal y como eres. También con esa debilidad.

La tercera: sobre todo y ante todo, jamás debemos desesperarnos por nuestras faltas. De la sorpresa pasaremos a la tristeza, de la tristeza al desánimo y si este se instala en nosotros no tardaremos en desesperar tanto de nosotros mismos como del amor que Dios nos tiene. La desesperación nos convertirá en ateos, pues dejaremos de creer que Dios nos quiere y de una caída tonta pasaremos a cometer un pecado mucho más grave, un pecado contra la fe. Dice san Juan Crisóstomo: «¡No desesperéis nunca! Os lo diré en todos mis discursos, en todas mis conversaciones; y si me hacéis caso, sanaréis. Nuestra salvación

tiene dos enemigos mortales: la presunción en la inocencia y la desesperación después de las caídas; este segundo es con mucho el más terrible. El alma que, vencida por el desaliento, se suelta de esta santa ancla (la esperanza), cae inmediatamente y perece sumergida en el abismo del mal. Nuestro pérfido adversario no ignora esto, por eso, en cuanto nos ve agobiados por el sentimiento de nuestras faltas, se lanza sobre nosotros e insinúa en nuestros corazones sentimientos de desesperación, más pesados que el plomo. Si les damos acogida, ese mismo peso nos arrastra, nos soltamos de la cadena que nos sujetaba y rodamos hasta al fondo del abismo».

Me he tomado la libertad de resumir en estas tres actitudes los tres primeros capítulos de una de las mayores joyas de la literatura espiritual: *El arte de aprovechar nuestras faltas* de José Tissot. Tienes mi permiso y mi bendición para cerrar ahora mismo este libro y salir corriendo a la librería para comprártelo. Tiene bastantes menos páginas que este y es, con diferencia, muchísimo mejor. Sin duda te ayudará mucho. También hay información sobre él en Internet, pero por favor, si la buscas, hazlo a las once de la mañana en una biblioteca pública.

No todo lo que es oro reluce

Esta caída de Frodo es el inicio de la catequesis sobre la carne que culminará al final de la primera parte de *El Señor de los Anillos*. Mientras tanto, todo se precipita en la posada. El revuelo causado en la sala común ha cesado al fin. Los clientes han regresado de mal humor a sus casas. Trancos, que parece saber perfectamente quién es Frodo, y que está algo molesto con el espectáculo que este acaba de dar, quiere reunirse con él en sus habitaciones porque tiene algo importante que comunicarle. El posadero, Mantecona, parece haber recordado de pronto aquello que rondaba por la cabeza y también quiere hablar con él en privado en cuanto termine sus quehaceres. Frodo está abrumado aunque intenta guardar la compostura. Merry aún no ha vuelto de su paseo nocturno.

Trancos confiesa a los hobbits que ha seguido sus pasos desde que se separaran de Tom Bombadil. Está interesado en encontrar a Frodo Bolsón y sabe que ha cambiado su nombre por el de Sotomonte. Dice que puede proporcionarles mucha información pero que esta tiene un precio: tendrán que llevarle con él hasta que él decida dejarlos. Frodo no se fía y le pide la información que tenga que proporcionar. Trancos les revela que es posible que los Jinetes Negros estén ya en Bree y además sabe que Frodo está «llevando fuera de la Comarca un secreto que nos concierne a mí y a mis amigos». Augura también que el accidente con el Anillo llegará a oídos interesados en escuchar. Se ofrece como guía para conducirlos hasta Rivendel, conoce todos los

atajos y senderos y sabe que los hobbits tendrán que abandonar el camino principal ya que los Jinetes Negros están al acecho. Conoce bien a los Nazgûl, parece que ya ha tenido que enfrentarse a ellos, y sabe que son terribles.

Sam se niega a aceptar su ayuda, pero Frodo, sin embargo, parece dudar. Intuye que hay algo más en Trancos de lo que quiere aparentar.

En ese momento llaman a la puerta: es Mantecona, el posadero. Trancos se oculta en la oscuridad de la estancia. El posadero, nervioso, confiesa que ha olvidado entregar un mensaje que se le había confiado. Un mensaje nada menos que ¡de Gandalf! Este había solicitado al posadero que ayudase a Frodo cuando apareciera y que le entregara una carta suya, ya que probablemente se encontraría en dificultades. Mantecona sabe que las dificultades no andan lejos, hombres negros han estado preguntando por un tal *Bolsón*. Para aumentar la confusión del momento, caen en la cuenta de que Merry no ha regresado todavía, y puede que haya Jinetes Negros merodeando no muy lejos de allí. Enviados unos sirvientes a buscar a Merry, Mantecona deja solos a los hobbits y a Trancos.

La carta, efectivamente, es de Gandalf. En ella habla de un imprevisto que le ha hecho partir precipitadamente, habla asimismo de Trancos, diciendo que es un amigo suyo en quien se puede confiar. Le invita a apresurarse, a no volver a usar nunca el Anillo, a partir enseguida para Rivendel. Incluye en la carta unos versos con los que puede reconocerse al verdadero Trancos, cuyo nombre real es Aragorn.

«No es oro todo lo que reluce,
ni toda la gente errante anda perdida;
a las raíces profundas no llega la escarcha;
el viejo vigoroso no se marchita.
De las cenizas subirá un fuego,
y una luz asomará en las sombras;
el descoronado será de nuevo rey,
forjarán otra vez la espada rota».

Versos de un poema de carácter notablemente mesiánico, que inexplicablemente siempre han estado mal traducidos al español. Tolkien no quiere decir «no es oro todo lo que reluce», sino todo lo contrario «no todo lo que es oro reluce»(31), es decir, que tras el aspecto de viajero cansado con el que Trancos está envuelto se esconde un fuego llamado a ser una luz en las sombras, un oro acrisolado por años y años de vagar por los caminos combatiendo incansablemente al Enemigo. Tal vez se esconda un rey llamado a gobernar.

Pero aún es pronto para eso. Si nos asomamos a las habitaciones de Frodo veremos a Trancos mostrando a los hobbits una espada

quebrada cerca de la empuñadura, la espada de la que habla el poema, que es la única prueba que puede aportar para demostrar que es quien dice (y Gandalf dice) que es.

Debo confesar que este que acabo de relatar es uno de mis pasajes preferidos de *El Señor de los Anillos*. Quizá por eso me he detenido aquí un poco más de lo necesario. Desde siempre me ha dejado muy tranquilo ver a los hobbits acompañados por Aragorn-Trancos. No deja de impresionarme verle sentado en un rincón de la posada, misterioso e imperturbable, sus ojos brillantes bajo su capucha observando cada movimiento de los hobbits. Trancos es un personaje clave, imprescindible tanto para el argumento como para el significado de *El Señor de los Anillos*, y será muy interesante ir deshilvanándolo poco a poco a lo largo de estas páginas.

Pero ahora no es posible, porque justo en este momento están llamando a la puerta. Acaba de aparecer Merry, y no puede aparecer peor, ha visto a los Jinetes Negros. Le han encontrado inconsciente en el suelo, tras intentar seguir a dos de ellos, para admiración de Trancos al que asombra el valor del mediano. Están cerca, demasiado, pero no están todos todavía. Quizá no se atrevan a atacar la posada.

Sin embargo, no es así. A la mañana siguiente los hobbits descubrirán que sus habitaciones han sido saqueadas y sus camas y almohadas destrozadas por las hojas de los Jinetes Negros, de algunos de ellos, que esa misma noche han logrado entrar en la posada. Menos mal que por indicación de Trancos los hobbits han pasado la noche fuera de sus habitaciones y así han quedado lejos del peligro por el momento. No obstante, las desgracias no parecen terminar aquí, los ponis han sido ahuyentados y es necesario conseguir uno al menos para poder cargar con las provisiones y el equipo en el largo camino que les espera hasta Rivendel. Al final logran encontrar uno, comprado a precio de oro al malvado lugareño que acompañaba a los hombres del sur de la noche anterior, que abusa entre burlas y amenazas de la situación de nuestros protagonistas. Adiós a la esperanza de salir de Bree discretamente y en silencio. Su penosa partida es seguida por todo el pueblo entre los insultos y las palabras poco amables de la multitud, que se ha congregado con gran excitación ante las noticias de la misteriosa desaparición de Frodo la noche anterior, el ataque a la posada y el robo de los caballos.

Así que no es lo que se dice una partida gloriosa, con la luz del sol reflejándose sobre lanzas y escudos, caballos piafando inquietos por salir al galope y el son de cuernos y trompetas resonando atronador como advertencia ante cualquier enemigo. No ha llegado todavía ese tiempo, aunque llegará, sin duda. Hoy nuestros héroes, que ya han obtenido una victoria contra el mundo y sus tesoros deben enfrentarse a las burlas y dejar el pueblo como si fueran apestados rumbo a un

camino desconocido, poco amable, difícil y peligroso.

Pero Aragorn está con ellos y conoce el camino. Por fin los hobbits tienen un guía que sabrá conducirles por senderos que ignoran. El que recorre el camino de la fe aceptará lo que dice san Juan de la Cruz: «Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes».

Con el cristiano, con el camino de la fe, ocurre exactamente lo contrario que con el mundo. El mundo es incapaz de aceptar la precariedad que supone no tener controlado el destino. El que recorre el camino de la fe, en realidad no sabe a dónde va. No lo sabían ni los apóstoles: «Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino? Le dice Jesús: Yo soy el Camino» (Jn 14,5-6). Si esto es verdad, el cristiano debe dejarse guiar por otro, o mejor, ir detrás de otro. En el libro del Génesis (Gén 6,14ss.) aparece el diseño, bastante meticuloso, del arca que Dios ordena construir a Noé. Dios indica a Noé cuánto debe medir, el tipo de madera que debe usar, cómo garantizar su estanqueidad, los pisos que debe tener y hasta dónde ha de poner la puerta de entrada. Pero, curiosamente, Dios omite un elemento imprescindible para cualquier embarcación. Efectivamente, el arca de Noé no tiene timón. Dios ordena a Noé construir un barco cuya única capacidad es la de flotar allá donde le lleve la corriente. Noé no será capaz de conducir el arca donde a él le parezca oportuno, será Dios quien lleve a Noé a su destino.

Dice el papa Francisco: «A Dios se le encuentra caminando, en el camino. Dios es siempre una sorpresa y jamás se sabe dónde y cómo encontrarlo, porque no eres tú el que fija el tiempo ni el lugar para encontrarte con Él. Es preciso discernir el encuentro. Y por eso el discernimiento es fundamental»(32). El que recorre los primeros pasos del camino de la fe no sabe adónde va porque en el fondo ni se imagina lo que Dios es capaz de hacer en él. Si tú y yo no conocemos bien ni quiénes somos en realidad (y la prueba está en que nos sorprendemos, entristecemos y desesperamos ante nuestras caídas), ¿cómo vamos a saber cuál será la obra del Espíritu Santo en nosotros? ¿Qué va a hacer Dios en ti? ¿Qué acontecimientos será necesario que experimentes para que puedas llegar a tener fe adulta? Podemos intuirlo, como Frodo y los hobbits pueden intuir que van a pasarse una temporada sin dormir en una cama, pero poco más. El cristiano va hacia donde le marca el Espíritu. El problema es que la voz del Espíritu Santo, para ti y para mí, es la voz de un perfecto desconocido. Estamos acostumbrados a escuchar a otro que no es el Espíritu Santo porque en el fondo nos gusta más lo que nos dice. No está mal escuchar una agradable voz que te recuerda constantemente que tú eres Dios, que no te mereces eso, que tú vales mucho como para andar aguantando aquello. Esa voz viene del Anillo. Pero a lo que nos dice el Espíritu Santo no le hacemos ni caso. No lo escuchamos porque puede

que hasta nos escandalice un poco. El Espíritu Santo te dirá que seas el último, que aceptes tu realidad, que quizá no tengas razón, que te levantes del sofá y que vayas a jugar con tus hermanos pequeños o que friegues los platos para que no tenga que hacerlo tu mujer. ¿Será que el Espíritu Santo dice cosas como estas?

Aragorn es un perfecto desconocido y va a guiar a los hobbits al igual que el Espíritu Santo es un perfecto desconocido para ti y para mí, y nos va a guiar por un camino perfectamente desconocido. Lamento contradecir a todas las madres del mundo que nos han enseñado a no fiarnos de los desconocidos. Ahora se trata del Espíritu Santo, y aunque lo que nos diga nos suene a chino, a esa voz hemos de seguir. Para distinguir una voz de otra es necesario el discernimiento del que hablaba el Papa.

Aragorn representa en cierto modo a Jesucristo. Tal vez Aragorn sea la única referencia explícita a Jesucristo que aparece en *El Señor de los Anillos*, y aun eso con muchos matices. Muchos se empeñan en buscar a Cristo en este libro y en sus diferentes personajes, pero el libro no habla de Jesucristo como tal, sino de la comunidad cristiana. *El Señor de los Anillos* ofrece una respuesta a esta pregunta: ¿qué significa ser cristiano?

Aragorn es Cristo caminando junto a los discípulos hacia Emaús. Discípulos que no saben quién es el que les acompaña, porque no se muestra tal y como es, pero que sin duda es el que es. Aragorn es el «Cristo viene con nosotros» que da garantía a la misión de los apóstoles. Es Jesucristo acompañando, defendiendo y guiando al que recorre el camino de la fe. Es el que está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Cristo va contigo porque realmente Él es el Camino de la fe. Y así, si te toca hacer cola en la oficina de empleo, Cristo hará cola contigo. Si has de ir al hospital, Cristo entrará contigo en el temible aparato de Resonancias Magnéticas que determinará la gravedad de tu enfermedad. Se sentará contigo delante de la trabajadora social a la que le tienes que solicitar esa ayuda de alquiler tan imperiosa y humillante para ti.

Él te llevará por el camino, lo conoce bien, Él es el Camino. Dice el mandamiento «No te harás imagen alguna de Dios» (cf. Ex 20,4), porque Dios no es como tú y yo lo podemos imaginar. Tal vez nunca hubiéramos imaginado que Jesucristo apareciera allí, frente a un profesor que te mira de medio lado, que está sentado junto a ti y aguantando contigo la humillación que te supone ese momento. Oro que no reluce, como Trancos. Poco más que un vagabundo con las botas gastadas y llenas de barro.

La carta del misionero gris

Ahora todo es gris para los hobbits. El tiempo, la salida de Bree, las

burlas y los insultos. Renunciar al mundo y su pompa no es el final de todas las cosas, ni garantía de felicidad completa y de una fe inquebrantable. Sin embargo, ellos no están solos. Alguien les acompaña: un perfecto desconocido, el amigo de Gandalf, un fuego que brillará en las tinieblas. Uno que está llamado a reinar, recuperando un trono que le pertenece por derecho.

La carta de Gandalf proporciona a Frodo la clave para reconocer al verdadero Aragorn por medio del poema que habla sobre él. O dicho de otro modo, y si queremos aplicar el significado propuesto, la Iglesia, el misionero itinerante, da la clave para reconocer al verdadero Jesucristo en esta etapa del camino de la fe por medio de una clave: Es oro que no reluce. ¿Qué significa esto? Mira lo que dice san Agustín:

«El pastor negligente, cuando recibe en la fe a alguna de estas ovejas débiles, no le dice: Hijo mío, cuando te acerques al temor de Dios, prepárate para las pruebas; mantén el corazón firme, sé valiente. Porque quien dice tales cosas, ya está confortando al débil, ya está fortaleciéndole, de forma que, al abrazar la fe, dejará de esperar en las prosperidades de este siglo. Ya que, si se le induce a esperar en la prosperidad, esta misma prosperidad será la que le corrompa; y, cuando sobrevengan las adversidades, lo derribarán y hasta acabarán con él. (...) ¿Y cómo definir a los que, por temor de escandalizar a aquellos a los que se dirigen, no sólo no los preparan para las tentaciones inminentes, sino que incluso les prometen la felicidad en este mundo, siendo así que Dios mismo no la prometió?»(33).

Quizá al iniciar el camino de la fe pensabas que todos tus problemas iban a desaparecer de forma rápida y que iban a ser sustituidos por una serie moderadamente razonable de éxitos. Quizá pensabas que aquellos que te odiaban quedarían rápidamente confundidos por una actuación inmediata y firme de aquel a quien tú seguías, y que acabarían por reconocer lo injustamente que se habían portado contigo. Quizá también pensaste que todo aquello que te hacía sufrir se evaporaría como un mal sueño al despertar. En definitiva, que ibas a comenzar a relucir y que el resto del mundo iba a quedar admirado por ese brillo. Y tal vez te has encontrado con que, como dice san Agustín, no solamente tus tribulaciones no han desaparecido sino que puede que hayan aumentado. Que nadie reconoce el brillo de la fe en ti, más bien al contrario, les resultas aún más ridículo. Tus enemigos parecen subir alto mientras tú permaneces igual y la esperada venganza histórica que anhelas no parece llegar.

Es que Cristo no está allí. «El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí, la salvará» (Lc 9,22-25). Esta cruz complementa la renuncia al

mundo. Rechazamos el oro del Tumulario para cargar con este oro que no reluce, o al menos no como tú hubieras querido. El brillo del oro del Tumulario escondía una tumba. ¿Qué oro esconderá la cruz? Necesitamos ser iluminados sobre quiénes somos en realidad. Es dificilísimo convencernos de que somos pecadores, que no somos Dios. El Señor viene en nuestra ayuda por medio de esta falta de brillo, de esta cruz, para que conociéndonos a nosotros mismos conozcamos también cuánto nos quiere. De no ser así, si viéramos realizados en nosotros toda esta suerte de «brillos» que anhelamos tanto, no tardaríamos en convertirnos en unos fariseos de la peor especie, capaces de despreciar a cualquiera al que considerásemos más débil o pecador. Y así, andaríamos lejísimos de Jesucristo.

Por mi experiencia te puedo decir que Tolkien no es un mal pastor y que no nos va a engañar. Conoce muy bien que para ser cristiano es necesario coger la cruz y seguir la guía de un perfecto desconocido sin ningún brillo para el mundo. Un desconocido que es oro puro aunque, de momento, no parece querer relucir(34).

Capítulo 8

LA HERIDA EN LA CARNE

«Todavía hay esperanza cuando nos enfrentamos sin prejuicios a un problema sin solucionar. Sin embargo, no hay esperanza si actuamos como si el problema no existiese».

C. S. Lewis

Guiados por Trancos, yendo a donde no saben por donde no saben, comienzan esta etapa del camino. Se sucede una jornada tras otra. De nuevo, las referencias a las incomodidades del camino son constantes. Atraviesan pantanos llenos de moscas, las noches son frías e incómodas y las jornadas de marcha interminables. Sin embargo, eso parece tener una influencia beneficiosa en los hobbits, que van adquiriendo un aspecto diferente; ya no parecen gorditos comilones (dicho sea con mucho respeto, ya que el de los gorditos comilones es el único club que admite a tipos como yo), sino caminantes: «Los hobbits estaban ya acostumbrándose a caminar mucho con la ayuda de raciones escasas, más escasas al menos de las que allá en la Comarca hubiesen considerado apenas suficientes para mantener a un hobbit en pie».

A fuerza de caminar, los hobbits van acostumbrándose a hacerlo. Caminar es el único modo de llegar a alguna parte en el camino de la fe. El primer objetivo de Trancos es llegar a la Cima de los Vientos, una colina a medio camino entre Bree y Rivendel que alberga una antigua torre de vigilancia ya en ruinas, creyendo que tal vez puedan encontrar alguna señal de Gandalf o acaso a él mismo esperándoles allí. Cuando después de varios días de marcha llegan a las inmediaciones de la montaña, el panorama es confuso y algo desolador. Gandalf parece haber estado allí, sí, pero en grandes dificultades. Las decisiones se tornan difíciles. Desde la cima, Frodo, aterrado, señala a Aragorn a dos Jinetes Negros que merodean no muy lejos de donde ellos se encuentran. El peligro es inminente, temen haber sido vistos y además el Anillo atrae sin remedio a los jinetes. Aragorn decide que lo mejor es resguardarse en una oquedad de la colina y pasar allí la noche. Encenderán un fuego, pues los jinetes lo temen y esperarán lo que tenga que venir.

Y lo que tiene que venir, viene al fin. Varias formas, más oscuras que la noche, avanzan hacia ellos. Los hobbits se encogen aterrorizados y algunos caen de bruces por la impresión. Muy cerca del fuego ven que

las sombras se acercan. El caos y el terror es total. Frodo «temblaba de pies a cabeza, como atacado por un frío intenso, pero la repentina tentación de ponerse enseguida el Anillo se sobrepuso a todo y ya no pudo pensar en otra cosa. (...) Sam lo miraba, como dándose cuenta de que su amo pasaba en ese momento por una prueba muy dura, pero no era capaz de volverse hacia él. Cerró los ojos y luchó un rato y al fin la resistencia se hizo insoportable y tiró lentamente de la cadena y se deslizó el Anillo en el índice de la mano izquierda».

Frodo vuelve a caer y esta vez la caída no se va a saldar con unos cuantos parroquianos malhumorados, sino que el desenlace va a ser terrible. Ahora Frodo ha sido conminado a ponerse el Anillo por los mismos siervos del Enemigo. No puede luchar contra ello. La caída es inevitable. Cuando se pone el Anillo todo parece perder nitidez excepto los Jinetes Negros a los que ahora puede ver perfectamente. Portan espadas y lo observan con un odio cruel. Frodo saca su propia espada e invocando a Elbereth, uno de esos seres angélicos enemigos del primer Enemigo, la más hermosa de entre ellos, ataca torpemente al Nazgûl que blande su espada frente a él. Un grito agudo en la noche, un dolor insoportable. A punto de perder el conocimiento, Frodo ve a Trancos avanzar hacia los Nazgûl con antorchas en las manos. Con los últimos recursos de que dispone, lleno de dolor, Frodo consigue quitarse el Anillo y apretarlo en la mano derecha.

Frodo ha sido herido por una daga del Enemigo. Culmina aquí la catequesis que se comenzó en la posada de Bree. Frodo ha sido herido en la carne. Hemos hablado ya del mundo; y de vencer al Demonio, que es la misión fundamental, habla todo el libro. Pero faltaba una palabra más definitiva sobre este enemigo del alma que es la carne. Frodo se ha vuelto a poner el Anillo, ha sido imposible vencer esa tentación. La hoja de la daga con la que ha sido herido desaparece humeante cuando logran retirársela. Un objeto funesto que Aragorn, después de espantar a los jinetes usando el fuego, apenas es capaz de tocar.

En apariencia es una herida pequeña y sin importancia, no parece lógico que esté produciendo en Frodo el efecto que está produciéndole. Deben salir inmediatamente hacia Rivendel, sólo allí podrá Frodo ser curado del todo. Aragorn hace una primera cura de la herida usando *Athelas* u Hoja de reyes, una planta con propiedades curativas, pero es imperativo llegar a Rivendel cuanto antes porque Frodo está en peligro real de muerte. Así que descargan el equipo del poni para montar sobre él a Frodo, y atemorizados por la proximidad de los Jinetes Negros, a los que sólo han logrado dispersar momentáneamente, parten a toda prisa porque Frodo a pesar del alivio momentáneo que le ha producido la cura de Aragorn, parece ir consumiéndose por minutos. La razón es que una esquirla de la hoja

de la daga maldita se ha quedado dentro de Frodo y lentamente se está abriendo paso hacia su corazón. Si llega allí lo matará, convirtiéndolo en un espectro similar a los Jinetes Negros.

Una diminuta herida en la carne que se abre paso hacia el corazón. Los Nazgûl han logrado ver a Frodo con nitidez y así han podido herirle fácilmente. Al haberse puesto el Anillo, ha entrado en su mundo. Si no se lo hubiera puesto quizá no habrían acertado con el golpe. Con qué belleza e inteligencia, con qué misericordia quiere ayudarnos Tolkien a entender el pecado de la carne, su verdadero carácter y su importancia en nuestra vida.

Matar el corazón

A nadie extrañará si digo que el principal exponente del pecado en la carne es el pecado de impureza en la sexualidad. Esto no quiere decir que no haya otros, por supuesto, pero este resulta paradigmático. El origen de este pecado está en el Anillo, porque al ponérnoslo entramos en el círculo del Enemigo, haciéndonos visibles para él. Quizá queremos huir de una realidad que no soportamos poniéndonos el Anillo y eso nos conduce a la impureza. Con el Anillo puesto es fácil para el enemigo asestarnos ese golpe en la carne. Parece una tontería. No es una herida muy significativa. A Frodo no le han cortado un brazo ni le han dejado paralítico, su herida es apenas una mancha gris. Además, el arma con la cual le han herido ha desaparecido, se ha difuminado en humo. No parece gran cosa. Quizá a la impureza no debiéramos darle tanta importancia. Pero esa herida esconde algo más, esconde una esquirla que va abriéndose paso hacia el corazón. Así es la impureza. Esta es la obra del pecado. Su importancia no está en la capacidad de hacer daño en la carne sino en atacar directamente al corazón, llegar a él y así matar. Matar la vida divina que puedas tener dentro, matar el camino de la fe, matar tu corazón y matar tu capacidad de amar libremente al otro, tal y como es. Porque nuestro corazón está hecho para amar, pero si el veneno de la carne llega a él, ese corazón no podrá amar a nadie más que a sí mismo. Un chico no podrá amar a una chica sin querer usar de ella para obtener una gratificación, un placer. Y este impulso le será irresistible. ¡Ay si la herida llega al corazón! Será esclavo, se convertirá en un espectro, en un siervo del Anillo obligado a cumplir eternamente su perversa voluntad.

¿Exagerado? ¿Debe estar la pureza reservada para los curas y los santos de altar? ¿Por qué algo tan bueno como es el placer parece demonizado por la Iglesia? ¿Por envidia? ¿Es que al crear al hombre, a Dios se le escapó crear el placer sexual? ¿No se dio cuenta o lo hizo por fastidiar?

Imagina que es el día de Reyes. Si tu casa es como la mía, donde hay

un montón de niños, hay también un montón de juguetes. Papá está en pijama observando a los niños desenvolver los regalos con una sonrisa en los labios. Todo va bien hasta que, más tarde o más temprano llega ese momento crucial que por mucho que aparezca un seis de enero tras otro seis de enero nadie ha previsto. La niña acaba de desembalar lo que parece un elegante monovolumen rosa lleno de florecitas moradas, verdes y amarillas. Teledirigido, por más señas. Como tú eres un lector muy inteligente, habrás adivinado ya que el problema va a estar en las pilas. Pero como yo soy un papá muy avezado, he tenido la precaución de proveerme de unas cuantas toneladas de diferentes tamaños y colores por si a sus Majestades les daba por traer algo eléctrico, no me fuera a pasar como los cinco años anteriores en los que tuve que salir precipitadamente hacia el Todo a Cien a deshacer entuertos. Llega el momento: «Papá, ¿me lo montas? ¿Me lo montas? ¿ME LO MONTAS?». Y tú, con una sonrisa de suficiencia, sacas tu provisión de pilas, compruebas cuáles son las que necesita el monovolumen y descubres, justo en ese preciso instante, que no eres tan listo. De hecho no eres listo en absoluto. Porque has comprado muchas pilas, sí, pero no tienes ningún destornillador con la punta de estrella del tamaño adecuado. Y, ¿qué haces? Pues qué vas a hacer, abrir el cajón de la cocina y sacar el cuchillo más puntiagudo que puedas encontrar. De modo que utilizas el cuchillo para desatornillar la tapa de plástico del contenedor de pilas.

Ahora la pregunta es la siguiente: ¿conseguirás el objetivo que te propones? Casi con toda seguridad, sí. Lograrás abrir la tapa del monovolumen. Pero ¿qué ocurrirá? Sencillamente, que estropearás la punta del cuchillo porque la doblarás o llegarás a partirla y además romperás la tapa de las pilas del monovolumen porque al girar el cuchillo avellanarás el plástico e igual hasta te lo cargas del todo, lo cual te llevará a tener que utilizar celo para sujetar la tapa y que tu hija pueda jugar. Juguete recién estrenado, juguete con un celo en la tapa de las pilas.

Lo mismo ocurre con el pecado de impureza: ¿conseguirás el objetivo que te propones? Casi con toda seguridad, sí. Lograrás obtener placer. Pero ¿qué ocurrirá? Sencillamente, que comenzará a estropearse tu corazón. ¿Por qué? Porque si el hombre no ha creado los cuchillos para desatornillar tapas de juguetes, ya que para eso ha inventado el destornillador, Dios no ha creado la sexualidad para que busques un placer exclusivamente egoísta. No sirve para eso. Te estropeará. Piensa que Tolkien habla de una herida, y es que así es este pecado en realidad. No se trata de una simple necesidad fisiológica, es algo mucho más profundo. Ahí entra en juego el sentirse querido, la incapacidad de enfrentarse a ciertos problemas, la insatisfacción ante situaciones que quizá son difíciles de soportar. ¿De quién es, entonces,

la culpa? Indudablemente es del Anillo, del arma del Enemigo que es nuestra tendencia al pecado, el miedo. Pecamos por miedo a sufrir. Ese es el Anillo. Ese es el culpable.

Porque la sexualidad es maravillosa, es lo más bonito que ha creado Dios y lo ha hecho para ayudar al hombre a ser feliz. A ser feliz dando la vida. No hay nada más grande en este mundo que la capacidad de dar la vida, que nazca una nueva persona. Como la sexualidad es la llave de la fábrica de la vida es allí donde más atacará el Enemigo. Esta es la razón por la cual hay que usarla bien, con tu cónyuge, dándose el uno al otro, unidos en la precariedad, ayudados por el Espíritu Santo derramado en el sacramento del matrimonio. Esta es la forma en que la sexualidad no estropea nada. Es la «herramienta» adecuada para el fin adecuado. Es maravilloso el Señor cuando ayuda al matrimonio a amarse el uno al otro tal y como son, y a expresar este amor con el cuerpo, encajando perfectamente, unidos en el Señor. Puede parecer ciencia ficción pero te garantizo que es la verdad. Claro que esto no está exento de dificultades y caídas, faltaría más, pero estas dificultades no son razón suficiente para actuar como si el problema de impureza no existiese, como si esta herida no pudiera llegar a convertirnos en espectros.

No te digo nada del celibato. Eso ya es la bomba. Vivir la sexualidad en Jesucristo, en un matrimonio espiritual con el Amado. ¿Te acuerdas de Tom Bombadil? Igual de ridículo parecerá el célibe al mundo. Pero el célibe unido a Jesucristo vivirá un matrimonio verdadero, más real que el de un hombre con una mujer, que engendrará hijos espirituales, una verdadera descendencia para la vida eterna.

Bajaba un hobbit de Jerusalén a Jericó

Mira ahora a Frodo, no puede más, la herida está cada vez más cerca de su corazón. Parece desvanecerse por momentos. El grupo avanza penosamente hacia Rivendel. Los Nazgûl están cerca. Providencialmente, una ayuda inesperada los encuentra en el camino. Es Glorfindel, un elfo de Rivendel que lleva días buscándoles. Hay que darse mucha prisa, Frodo está muy mal, su vista se nubla y un frío mortal se extiende por su cuerpo. Tal vez no lleguen a tiempo a Rivendel. Glorfindel monta a Frodo sobre su caballo y les avisa de que el peligro aumentará justo antes de llegar al Bruinen, el río que hace de frontera natural del reino de los elfos.

Destrozado por la herida que avanza implacablemente hacia su corazón, montado en una cabalgadura prestada y yéndose poco a poco, Frodo y los demás llegan al vado del río Bruinen. Como era previsible, allí están los Jinetes Negros, los nueve esta vez. Glorfindel hace salir al caballo que lleva a Frodo al galope: «Noro lim, Asfaloth»,

y los Nazgûl se lanzan en su persecución. Llega a la linde del río, ya no ve a sus amigos que han quedado atrás, está solo. Sin saber cómo, ha logrado cruzar el vado, pero al darse la vuelta para encarar a los enemigos que están al otro lado del cauce, comprende desesperado que no tardarán en atravesarlo también y atraparlo al fin, recuperando el Anillo para el Señor Oscuro.

Frodo intenta resistirse: «¡Atrás! —gritó—. ¡Volved a la Tierra de Mordor y no me sigáis! —llamó con una voz que a él mismo le pareció débil y chillona. Los Jinetes se detuvieron, pero le replicaron con una risa dura y escalofriante. —¡Vuelve! ¡Vuelve! —gritaron—. ¡A Mordor te llevaremos!».

Y en ese momento, al guiar el cabecilla de los jinetes a su caballo dentro del cauce del río: «se oyó un rugido y un estruendo: un ruido de aguas turbulentas que venía arrastrando piedras. Frodo vio confusamente que el río se elevaba y que una caballería de olas empenachadas se acercaba aguas abajo. Los caballos negros enloquecieron y dominados por el terror saltaron hacia adelante arrojando a los Jinetes a las aguas impetuosas. Los gritos penetrantes se perdieron en el rugido del río, que arrastró a los Jinetes».

Un auténtico milagro, el río se ha tragado a los Jinetes Negros. Pero a pesar de la victoria, como Frodo no ha sido curado todavía, pierde el conocimiento y ya no vuelve a abrir los ojos.

La esquirla de la daga del Enemigo roza ya su corazón. Sus intentos por combatir han sido en vano. Aunque sin saber cómo se ha visto libre de los Jinetes Negros, la herida que le han producido puede que sea su victoria última, su venganza postrera.

Así termina la primera parte de *La Comunidad del Anillo*, primero de los libros de la trilogía. Nosotros vamos a avanzar un poquito más para entender qué es lo que ha pasado. Finalmente, Frodo despertará al cabo de unos días, bastante bien recuperado (pero no del todo, durante el resto del libro se verá que una herida de esas características nunca llega a curarse del todo) en una de las habitaciones de la casa de Elrond, el señor del Reino de Rivendel y allí mantendrá una conversación con Gandalf, que le ha estado cuidando en su convalecencia y que contento por volver a verle en buen estado le narra todos los acontecimientos que Frodo no ha logrado entender.

Para discernir nosotros también estos acontecimientos vamos a coger el Evangelio. Quizá no te hayas dado cuenta pero acabamos de asistir a la que es, creo yo, la única parábola escrita para explicar otra parábola. La parábola del buen Samaritano, que se refleja ahora en la Tierra Media casi punto por punto, con el fin de transmitir toda su fuerza, centrándose fundamentalmente en el tercer enemigo del alma: la carne.

Leemos en el Evangelio de san Lucas (10,25-37) que «Bajaba un

hombre de Jerusalén a Jericó». Siguiendo a san Agustín y a otros muchos Padres en su interpretación de este texto podemos decir que ese hombre, figura de toda la humanidad, dejaba atrás Jerusalén, imagen del Cielo, de la vida de Dios dentro de nosotros, para ir hacia el mundo, representado por la fastuosa ciudad de Jericó. Es decir, un hombre que abandonaba el camino de la fe para volverse a las cosas del mundo. Frodo mismo, como vemos en el episodio de la posada, se puso el Anillo porque comenzaba a sentirse bien y seguro rodeado de aduladores que le pedían otra canción. Experimentó la tendencia de sentirse bien en el mundo. El Anillo le traicionó y él se lo puso, y así inició su descenso de Jerusalén a Jericó. Si no se hubiese puesto el Anillo en el Poney Pisador, con toda seguridad hubiera podido resistir algo más en la cima de los vientos.

«Y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto».

Lo acabamos de ver. Los salteadores han llegado hasta la cima de los vientos y han golpeado con furia a Frodo dejándole una herida. Dirá san Agustín: «Cayó, pues, en poder de los ladrones, esto es, del diablo y sus ángeles, que por la desobediencia del primer hombre despojaron al género humano del ornato de la inocencia; y le hirieron, incapacitándolo para el buen uso de su libre albedrío. Por esto sigue: 'Los cuales le despojaron, y, después de haberle herido, se fueron'. Le hicieron una llaga, induciéndole al pecado; y a nosotros más, porque al pecado que hemos contraído añadimos muchos pecados»(35).

A Frodo le hemos visto herido, pero no despojado. ¿Qué le han robado entonces los salteadores? Le han robado la gracia, la vida divina en él, como dirá san Basilio al comentar este texto: «Le robaron después de haberlo herido. Las heridas siempre se hacen antes del despojo, para que conozcamos que el pecado precede siempre a la pérdida de la gracia»(36).

O sea que esta llaga, esta herida en la carne, tiene el poder de robar en ti la gracia, el estar con el Señor, y así, paulatinamente, ir convirtiéndote en un espectro.

Lo importante ahora es ver quién podrá ayudar a este hombre, quién podrá curar esa herida. Esta es la clave de esta parábola que continúa diciendo que tanto un sacerdote como un levita pasaron por allí y al verle dieron un rodeo, desocupándose de él. Es decir, la Ley no puede curar al que lleva esta herida en la carne, porque la Ley da a conocer los pecados, pero no tiene la capacidad de curarlos. Lo único que puede decirle la Ley al pobre Frodo en esta situación es: *no deberías haberte puesto el Anillo. Ahora estás pagando las consecuencias de haber transgredido esa norma*. La Ley solo logra hacer que descubras que has hecho algo mal, que has pecado. Pero cuando la cosa pinte mal no tendrá la capacidad de curarte, pasará de largo sin ayudarte.

«Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión».

Un perfecto desconocido. Oro que no reluce. Un samaritano. Nuestro Señor Jesucristo.

«Y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino».

Athelas u Hoja de reyes, en el caso de Aragorn. El aceite es símbolo del Espíritu Santo y el vino es signo de la vida nueva, de la alegría del Paraíso, de la fiesta de la libertad frente al pan de la esclavitud. «Trancos echó las hojas en el agua hirviente y le lavó el hombro a Frodo. El aroma del vapor era refrescante y los otros tres hobbits sintieron que les calmaba y aclaraba las mentes. La hierba actuaba además sobre la herida, pues Frodo notó que le disminuía el dolor y también aquella sensación de frío que tenía en el costado».

No obstante cabría preguntarse; si Aragorn representa a Jesucristo, ¿por qué sus dotes curativas no logran restablecer totalmente a Frodo? A lo cual yo podría responder con otra pregunta, ¿y por qué el aceite y el vino del samaritano tampoco? ¡Aquí está la clave, querido lector!, porque el buen samaritano:

«montándole en su propia cabalgadura»,

como el pobre poni de los hobbits, o el caballo élfico de Glorfindel,

«le llevó a una posada y cuidó de él».

He aquí de nuevo la posada. ¿Recuerdas lo que decíamos de las posadas en el capítulo anterior? Frodo debe terminar de ser curado en la posada. Desde un tiempo antiquísimo, los Padres de la Iglesia han identificado esta posada con la misma Iglesia. La Iglesia, la posada, es el único lugar donde Frodo, tú y yo podemos ser curados completamente. Por eso ni la Athelas ni el aceite ni el vino son suficientes. Es necesario que seamos curados en la posada, llevados después de una primera cura de emergencia a los posaderos, a los cuales se les encarga esta misión. En la posada, en la casa de Elrond en Rivendel, podremos permanecer gratuitamente porque el samaritano ha pagado por nosotros. Y también estará dispuesto a hacerse cargo de todo lo que gastemos de más, esas otras caídas que inevitablemente nos sobrevendrán y que el buen samaritano ha previsto.

Pues bien, los posaderos ya se han puesto a trabajar. Gandalf y Elrond han provocado la crecida del río que se ha llevado por delante a los Jinetes Negros. Es impresionante ver este cruce del mar Rojo, necesario para hacer llegar a Frodo a la posada, esta intervención sobrenatural sin la cual es imposible llegar a ella, pero producida por el ministerio de la misma Iglesia. Elrond, del pueblo de los elfos, la cristiandad, la Iglesia de toda la vida, junto con Gandalf, el misionero

itinerante enviado directamente del cielo, la nueva evangelización, uniendo sus fuerzas para salvar a Frodo y hacerlo llegar lo antes posible a la posada para que pueda ser curado del todo.

Así que, «bien está lo que bien acaba», como dice el refrán hobbit. O tal vez, «¡Oh, feliz culpa, que mereció tan grande redentor!», que cantará la Iglesia en la noche santa de la Pascua. Frodo ha llegado a la posada. Tú y yo podemos llegar también, maltrechos tal vez, pero justo a tiempo para ser curados. Es verdad que quizá no se nos cure esa herida del todo y que tengamos que cargar de por vida con nuestra cojera, como Jacob tiene que cargar con la suya tras mantener el combate con Dios y descubrir que es más fuerte que él(37). Al darse cuenta de esto, sólo podrá agarrarle con fuerza y suplicarle que le bendiga. Al hacerte cargar con tu camilla, Dios te está invitando a conocer que ese samaritano que no reluce es el único que tiene poder para vencer hasta a la misma muerte. Nos ha regalado la cojera como la prueba que necesitamos para descubrir que no somos fuertes por nosotros mismos, que sólo somos fuertes apoyados en él. Y así, unidos al samaritano, nos volvemos indestructibles.

Esta herida en el hombro que Frodo, tú y yo deberemos cargar por el resto de nuestra vida hace presente en *El Señor de los Anillos*, por medio de su lenguaje mítico y legendario, una anécdota de san Bernardo de Claraval que a mí me ayuda muchísimo. Cuentan que este gran santo tuvo un día una visión de Jesucristo, y, movido por la piedad, le preguntó si había recibido alguna herida en su pasión que la gente no conociera, alguna herida que hubiera pasado desapercibida. Y para su sorpresa, Jesucristo le contestó que sí, que en su pasión había sufrido una llaga que nadie conocía pero que era la que más dolor le había causado. Y retirándose un poco la túnica le mostró a Bernardo una herida profundísima sobre su hombro, que llegaba hasta el hueso, una herida producida por tener que llevar la cruz a cuestas hasta el Calvario.

Llevar la cruz. Una herida en el hombro que sanará la que el Enemigo nos ha infligido en ese mismo lugar, pero que siempre nos dolerá un poco. Este dolor sólo se curará en el Cielo. Lo dice *La Imitación de Cristo*: «No temas ahora cargar la cruz sobre tus hombros porque por ella se va al Reino (...) Él nos precedió, llevando él mismo su cruz a cuestas, y en ella murió por ti. Donde quiera que vayas a refugiarte no podrás huir de la cruz porque a cualquier parte que vayas te llevarás a ti contigo y siempre te encontrarás a ti mismo»(38). Siempre te encontrarás con tu debilidad, con tus pecados y tus miserias, con tus angustias y neurosis. Cargar la cruz es aceptar que Dios te quiere tal y como eres, con tu vida, con tu historia y con tus debilidades concretas. Es la herida que más duele, cargar contigo mismo, con tu historia. Por eso el Anillo siempre te mostrará imágenes

de ti mismo teniendo otra historia diferente, otra historia «mejor». El arma del Enemigo quiere que te salgas de tu historia y que reniegues de tu realidad, porque el mismo Enemigo sabe que en tu realidad, en tu cruz, es donde Dios va a actuar, donde va a encontrarse contigo transformando la oscuridad en luz gloriosa. Y no le interesa en absoluto que dejes de ser su esclavo.

¿Podremos llevar la cruz? Sí, si permanecemos en la posada. ¿Veremos nuestra cruz horrible transformada en una cruz gloriosa? Sí, si obedecemos a los posaderos. No me extraña que Tolkien haya inspirado a todos los autores de literatura fantástica a incluir posadas en sus obras, porque él mismo fue inspirado por aquel que quiso incluirla en uno de sus cuentos más famosos.

Y ahora aquí, en la posada, en Rivendel, va a tener lugar una reunión muy importante. En la Iglesia a las reuniones más importantes se les llama «concilios». Y ese es el nombre que Tolkien va a dar a su próximo capítulo «El concilio de Elrond». De este concilio nacerá una realidad nueva, la comunidad del Anillo. Sólo tienes que pasar de página para enterarte, aunque sea cojeando y con el hombro dolorido de llevar la camilla a cuestas.

TERCERA PARTE

La comunidad del Anillo

El concilio de Elrond.

«Nuestra tarea aquí no es pensar en una estación, o en unas pocas generaciones de hombres, o en una época pasajera del mundo. Tenemos que buscar un fin definitivo a esta amenaza».

El Señor de los Anillos, «El concilio de Elrond».

Capítulo 9

EL CONCILIO ECUMÉNICO RIVENDEL V

«Esta cosa es el arma del enemigo. No la necesitamos, no la usaremos. Nuestras armas son calladas, precisas, con el tiempo os adiestraré en ellas».

Batman (Bruce Wayne)
Frank Miller, *El regreso del caballero oscuro*. Libro IV.

Gracias a los cuidados de Gandalf y Elrond, Frodo termina de recuperarse en Rivendel, en la posada, en el «último hogar al este del mar», según la expresión de Tolkien. Al cabo de los días ya se encuentra mucho mejor, puede mover el brazo casi con normalidad y ha recuperado el apetito, signo inequívoco de que un hobbit se encuentra en condiciones normales y saludables.

Ahora que el portador del Anillo ya puede levantarse de la cama, se organiza una velada en el salón de la casa de Elrond para celebrarlo. Para esta cena, se ha reservado un lugar para Frodo junto a Glóin, uno de los enanos que acompañaron a Bilbo en la aventura que se relata en *El Hobbit*, y que ha acudido a Rivendel para pedir consejo a los sabios en la hora de la tribulación. Como veremos, no será el único. También allí conocerá a Arwen, la bellísima hija de Elrond, que representará un papel importante a la hora de interpretar el personaje de Aragorn como es debido. Y se reencontrará con su querido Bilbo, que se refugió en Rivendel un tiempo después de abandonar la Comarca. Es, en definitiva, un momento feliz y a la vez extraño, porque a Frodo le cuesta reconocerse sentado a la mesa junto a tanta gente ilustre. Sin embargo, la velada no puede prolongarse todo lo que Frodo quisiera. Se ha convocado un concilio para el día siguiente en el cual la presencia de Frodo será requerida, y, por consejo de Sam, debe acostarse temprano.

Los temas a tratar en el concilio son de suma importancia. Hasta Rivendel han acudido distintos personajes de todos los rincones de la Tierra Media a pedir consejo o buscar ayuda sin haber sido convocados por Elrond, pero justo en el mismo momento. Por parte del pueblo de los enanos están presentes Glóin y su hijo Gimli, que relatan al concilio cómo mensajeros de Mordor han llegado no hace mucho hasta ellos buscando información sobre los hobbits, ya que saben que hace tiempo uno de ellos acompañó a los enanos en sus aventuras. Pretenden recuperar un anillo que los hobbits han robado

al Señor Oscuro y para ello exigen a los enanos que se lo quiten al ladrón y se lo devuelvan como muestra de buena voluntad hacia el nuevo y oscuro poder que se está alzando en la Tierra Media. Ya no queda duda de que el Enemigo conoce que el Anillo ha sido encontrado de nuevo.

Otro de los viajeros que ha llegado a Rivendel, Boromir, viene desde Gondor, un país fronterizo con Mordor que está sufriendo ya los primeros embates del poder del Enemigo. Este noble guerrero procede de un antiguo linaje emparentado con el de Aragorn y ante la inminencia de la guerra ha acudido a Rivendel porque le ha sido revelado en sueños un mandato para acudir allí con el fin de encontrar la «espada quebrada» que cortó el dedo donde el Señor Oscuro llevaba el Anillo. Llega esperanzado, ya que en el sueño escuchó una voz que le decía: «Habrá concilios más fuertes que los hechizos del Enemigo».

El mismo Elrond tomará la palabra para centrarse en el problema fundamental al que el concilio debe enfrentarse: «¿Qué haremos con el Anillo? Ese es el destino que hemos de considerar. Para este propósito habéis sido llamados. Llamados, digo, pero yo no os he llamado, no os he dicho que vengáis a mí, extranjeros de tierras distantes. Habéis venido en un determinado momento y aquí estáis todos juntos, parecía que por casualidad, pero no es así».

Y para encontrar la respuesta a este enigma y hacer entender a todos el peligro que el Anillo supone, Elrond propone volver a las raíces del problema y contar toda la historia del Anillo desde el comienzo hasta el presente.

Como sabemos, la última alianza de elfos y hombres se enfrentó con el Señor Oscuro hace ya miles de años. Sauron, que copiando el arte de los elfos había forjado en secreto el Anillo soberano, opuso una fuerte resistencia ante las puertas mismas de Mordor; pero un mortal, Isildur hijo de Elendil, rey de los hombres, logró arrancar el Anillo de la mano negra de Sauron con la misma espada de su padre, que se había quebrado bajo su cuerpo al caer muerto, y así fue derrotado el Señor Oscuro. Sauron desapareció, y tal vez confiado en eso Isildur cometió un gran error guardándose el Anillo para sí en lugar de destruirlo en el fuego.

Pero el Anillo, fiel a su propia naturaleza, traicionó a Isildur provocándole la muerte, y desapareció de la Tierra Media al hundirse en las aguas del Anduin, el río Grande.

Durante muchísimo tiempo, con el Anillo desaparecido, los pueblos libres se creyeron en paz. Construyeron reinos y vivieron generación tras generación sin preocuparse por la sombra. Sin embargo, el Anillo sabe cuidar de sí mismo y se hizo presente de nuevo haciéndose el encontradizo ante una pareja de hobbits que vivían a orillas del río Grande. Uno de ellos, llamado Sméagol, lleno de codicia por el anillo

que había encontrado su amigo Déagol, acabó por asesinarle para poseerlo y con el curso de los años fue convirtiéndose en la funesta criatura llamada Gollum, que vive sólo para y por el Anillo y de la que tendremos ocasión de hablar más adelante.

Y como se narra en *El Hobbit*, Gollum descuidó por un momento la custodia del Anillo y este fue a parar a manos de Bilbo. Este tuvo oportunidad de acabar con Gollum, llevando el Anillo puesto y siendo, por tanto, invisible para él, pero no lo hizo. Le perdonó la vida y logró escapar de él.

Ya sabemos cómo el Anillo pasó de manos de Bilbo a las de Frodo, y allí ellos dos, sentados entre los grandes de la tierra, asisten a uno de los concilios más importante de la historia.

Tras volver a las raíces del problema, llega el momento de las propuestas. ¿Es realmente necesario destruir el Anillo? Boromir propone utilizarlo para combatir al Señor Oscuro. A lo que Elrond responde:

«No podemos utilizar el Anillo Soberano. Esto lo sabemos ahora demasiado bien. Le pertenece a Sauron, pues él lo hizo solo y es completamente maléfico. (...) Basta desear el Anillo para que el corazón se corrompa. Si cualquiera de los Sabios derrocara con la ayuda del Anillo al Señor de Mordor, empleando las mismas artes que él, terminaría instalándose en el trono de Sauron y un nuevo Señor Oscuro aparecería en la tierra. Y esta es otra razón por la que el Anillo tiene que ser destruido; mientras esté en el mundo será un peligro aun para los Sabios. Pues nada es malo en un principio. Ni siquiera Sauron lo era. Temo tocar el Anillo para esconderlo. No tomaré el Anillo para utilizarlo».

¿Y no sería más prudente esconderlo un tiempo y esperar acontecimientos? O aún mejor, arrojarlo al mar y esperar que desaparezca. Pero tampoco esa es la solución. Gandalf toma la palabra para afirmar que la tarea del concilio no es pensar en unas pocas generaciones de hombres sino buscar un fin definitivo para la amenaza que supone el Anillo.

El problema es acuciante, más aún porque el mismo Gandalf revela ahora al concilio el motivo por el cual no acudió a la cita con Frodo. Saruman el Blanco, el superior de la orden de Gandalf y cabeza del concilio en otro tiempo, ha sucumbido a la tentación del Anillo. Hacía ya mucho que lo deseaba en su corazón y por eso sólo acertaba a aconsejar concilio tras concilio no hacer nada, ni siquiera ante las advertencias de Gandalf, que iba viendo cómo lentamente el poder oscuro iba tomando forma de nuevo. Saruman, que vive ahora instalado en Isengard y ha creado un ejército de orcos, capturó a Gandalf encerrándolo en lo alto de una torre y sólo pudo ser librado de su prisión, milagrosamente, por medio de las águilas. Estas

revelaciones de Gandalf suponen un golpe terrible para el concilio, porque los pueblos libres siempre habían confiado en Saruman ya que era una figura de gran autoridad y poseía el conocimiento más profundo acerca de la ciencia de los anillos:

«Las noticias que conciernen a Saruman son graves —dijo Elrond—, pues confiamos en él y está muy enterado de lo que pasa en los concilios. Es peligroso estudiar demasiado a fondo las artes del Enemigo, para bien o para mal».

Esta frase es una de las joyas más valiosas que contiene el cofre del tesoro que es *El Señor de los Anillos*. Sorprende por su profundidad y significado. Incluso haciéndolo con una intención noble y justa, estudiar demasiado al Enemigo y sus obras puede resultar un lazo. Hace falta cierta humildad para entenderla, la suficiente para comprender que el Enemigo es más fuerte que tú y mucho más inteligente; pero el estudiar a fondo sus artes, sus tretas, puede hacerte creer que tú eres más listo que él y llevarte a pensar que lo tienes medio dominado. Este es el cebo con el que te podrá atrapar. De las nobles intenciones es de donde, generalmente, han nacido las peores aberraciones. Las artes del Enemigo podrían dividirse en dos niveles diferenciados pero emparentados entre sí. El primer nivel corresponde a lo que se podría denominar actuación «extraordinaria» del Demonio. Este es el nivel de las posesiones demoníacas, del esoterismo o de la magia negra. En este estadio, es fácil comprender por qué estudiar en profundidad las artes del Enemigo es tan peligroso aunque sea para bien. Piensa que hasta la misma Iglesia es «extraordinariamente» prudente en este sentido. Imagínate un padre de familia que, preocupado al enterarse de que su hijo ha estado «jugando» con la ouija, pasa de leer algún libro para enterarse de qué es eso en realidad a plantarse delante de uno de sus tableros e iniciar una sesión para investigar a fondo la cuestión y pedirle consejo al espíritu de algún familiar muerto acerca de cómo ayudar al muchacho. Sería catastrófico.

Pero fuera de ejemplos (más o menos) inventados, existen casos reales y contrastados que nos pueden ayudar a entender mejor lo peligroso de investigar a fondo este nivel extraordinario de la actuación del Enemigo. Pienso, por ejemplo, en el famosísimo caso del arzobispo Emmanuel Milingo, de Zambia. Este obispo, titular de la diócesis de Lusaka, capital del país, era un famoso exorcista, parece ser que dotado verdaderamente de ciertos dones de curación y de expulsión de demonios. Pero comenzó a estudiar las artes del Enemigo en profundidad y así, pasó de utilizar el rito de exorcismo del Ritual romano a usar todo tipo de rituales no aprobados por la Iglesia y oraciones de dudosa procedencia que, al parecer, funcionaban mejor que las que Roma había establecido. Como fue reprendido por ello,

comenzó a dirigir exorcismos fuera de la autoridad de la Iglesia, mientras su fama como sanador se extendía por el mundo entero. Milingo conocía bien al Adversario y sus ritos funcionaban, ¿con qué razón le recriminaba el Vaticano? Pero la historia es bien conocida. A pesar de ser ayudado por la Iglesia (el propio san Juan Pablo II hizo todo lo que pudo por llevarle de nuevo a su seno), Milingo terminó por ingresar en la secta Moon y contraer matrimonio a sorteo en una de sus multitudinarias bodas con una acupunturista coreana. Al fin, consagró obispos a tres hombres casados y tras una última llamada a la conversión por parte de Roma, de nuevo desoída, acabó siendo excomulgado en 2006. Aquel que conocía tan bien al Enemigo fue utilizado por él para ridiculizar y poner en cuestión el celibato sacerdotal ante toda la humanidad.

Porque es peligroso estudiar *demasiado a fondo* las artes del Enemigo, para bien o para mal.

Luego está la actuación «ordinaria» del Enemigo. Por ordinaria no quiero dar a entender que sea de bajo nivel, sino que pertenece al día a día de las personas y de la sociedad. Toda la humanidad es víctima, en mayor o menor medida, de este nivel ya que en él no se trata de posesiones demoníacas, reales pero extraordinarias, sino de una actuación del Enemigo cotidiana e ideológica.

La cotidiana es la que ya está metida en todos los hogares del mundo. Imagina otro ejemplo. Esta vez una madre preocupada porque ha sorprendido a su hija de 13 años leyendo el éxito de ventas *Cincuenta sombras de Grey*, una novela pornográfica, de corte sadomasoquista, diseñada exclusivamente para mujeres. Asustada por lo que ha oído por ahí, decide cogerle el libro a su hija y comprobar hasta qué punto es cierto todo lo que se dice. Al llegar a la página 20 ya tiene la suficiente información como para afirmar que ese libro es dañino para su hija. El problema está en por qué va ya por la página 230, le coge el libro a su hija a escondidas y no es capaz de parar de leer. Un libro que ha vendido más de 100 millones de ejemplares en todo el mundo y que cuenta con su película de Hollywood, algo tendrá que tener. Esta pobre señora ya no mira igual a su marido.

Porque es peligroso estudiar *demasiado a fondo* las artes del enemigo, para bien o para mal.

La ideológia tiene que ver con la verdad. Imagino que Tolkien, al escribir esta frase de *El Señor de los Anillos*, tendría en mente la palabra del Evangelio «la verdad os hará libres» (Jn 8,32). Lo que intuyo que no llegaría a adivinar es que muchos años después un político español trastocaría esta frase proclamando a los cuatro vientos que «la libertad os hará verdaderos», lo cual no es ninguna ocurrencia tonta ni improvisada. Esta frase es un resumen perfecto de las artes del Enemigo a nivel ideológico. Si es cierto que la libertad no es una

consecuencia de haber conocido la verdad, el hombre está obligado, en cierto modo, a experimentar, a probar. Esta supuesta libertad se convierte entonces en enemiga de la prudencia; es más, para ella el solo concepto de prudencia huele a naftalina. Y es atea además, no cree que Dios exista; y si cree en Él, lo odia, porque lo considera su enemigo más acérrimo. Hay ideologías enteras que, nacidas de esta *libertad*, lo único que buscan es cambiar la verdad. Y este es el punto principal. Para los que piensan como este político, la verdad no te hace libre por la sencilla razón de que no existe una verdad absoluta. Existe mi verdad y la tuya. Piensa, por ejemplo, en la ideología de género, que proclama que no existen hombres y mujeres, que cada uno puede elegir lo que quiere ser. ¿Es esta la verdad? Pues es lo que están enseñando a la mayoría de nuestros hijos.

Sin embargo, Jesucristo dice que conocer la verdad te hace libre. ¿Libre de qué? De la mentira, evidentemente, que es la mayor esclavitud que existe, que es el mismo Anillo. La verdad es que tú no eres Dios, la mentira primordial es que tú eres Dios porque Dios no es amor y por tanto no existe. Ellos dicen que aceptar que tú no eres Dios es una esclavitud, es decir, lo contrario de ser libre. Por lógica, la libertad que te ofrece el ser Dios será la que te hará verdadero. En resumen: tú eres Dios, eso te hará verdadero, esa es la verdad.

Este es el origen de las artes «ideológicas» del Enemigo, que hoy por hoy podemos apreciar donde quiera que miremos. Tantos hombres y mujeres buenos han caído en sus trampas ideológicas, políticas y sociales, y han establecido las bases teóricas necesarias para proclamar que transgredir la moral supone la auténtica liberación del hombre y el motor del progreso de la humanidad.

Muchos han estudiado esto a fondo y han llegado a conclusiones terribles. Piensa en los abortos o eutanasias realizados *por piedad* para entender lo que quiero decir.

Porque es peligroso estudiar *demasiado a fondo* las artes del Enemigo, para bien o para mal.

Todas estas cuestiones, los niveles «ordinario» y «extraordinario» de las artes del Enemigo, serán tratados más en profundidad en los capítulos 17 y 18; sin embargo, me parecía conveniente que los tuviésemos ahora en cuenta sobre todo para poder contestar a estas dos preguntas.

La primera: ¿dónde está el límite del *demasiado a fondo* del que habla Tolkien?

Te contesto con un refrán español: La curiosidad mató al gato. La curiosidad sobre el mal tiende a acabar en el mal, así como la curiosidad sobre el bien tiende a acabar en el bien. Las realidades ocultas producen en el ser humano una enorme fascinación. Quiere conocerlas, necesita comprenderlas, porque comprender lo

incomprensible te hace único y porque dominar lo oculto te hace poderoso. Por eso, la curiosidad sin prudencia, sin temor reverente (que no es lo mismo que miedo), puede convertirse en una trampa del Enemigo. La curiosidad sobre el mal incluye el «morbo», la violencia y el *gore*, e incluso la fascinación por la vida de los otros en los programas del corazón. Incluye asimismo el «probar», no he probado todas las drogas, no he probado todas las posturas en la cama. Prueba del fruto del árbol, no es *verdad* que moriréis. No existe la verdad. Esto puede derivar, de forma inevitable, en el gusto por lo feo, lo desagradable y lo grotesco. A los paganos de la Roma clásica les atraía enormemente ver morir, ahogados en su propia sangre, a los esclavos destinados a entretenerles así en los teatros.

La segunda: ¿Los aspectos cotidianos e ideológicos de los que hemos hablado tienen verdaderamente su origen en el Enemigo?

Así parece en realidad. Lo que te puedo asegurar es que en su mayoría el origen de estas ideologías no está en un humanismo cerrado a toda dimensión sobrenatural. Más bien al contrario. Es bien conocido que la masonería, que aparece en la sociedad como adalid de la superioridad de la razón humana frente a todo atisbo de religión o espiritualidad, en sus últimos grados incluye un voto de servicio y obediencia al Diablo(39). Incluso la ideología de género tiene una base esotérica(40), gnóstica concretamente, derivada de esta horrible herejía que ha acompañado al cristianismo casi desde su mismo nacimiento.

Más adelante veremos que Saruman ha tenido un problema parecido. Bajo una apariencia meramente humana (y totalitarista) de deseo de orden y dominio, se esconderá un gran problema esotérico, sobrenatural.

Por eso insisto tanto. Es peligroso estudiar *demasiado a fondo* las artes del Enemigo, para bien o para mal. Y Saruman, queramos o no, lo ha hecho. Y ha caído en las trampas de Sauron, convirtiéndose en un poderoso enemigo.

Así pues, ¿qué se puede hacer? No es posible quedarse sin hacer nada ante la problemática actual de la Tierra Media. No se puede esconder el Anillo ni tampoco utilizarlo. Es necesario destruirlo, pero ¿cómo? Una nueva alianza entre elfos y hombres es inviable. Los elfos han menguado y los hombres andan divididos. Es necesaria una nueva realidad, una solución definitiva, porque como Aragorn dirá: «El mundo está cambiando otra vez. Llega una nueva hora. El Daño de Isildur (el Anillo) ha sido encontrado. La batalla es inminente».

Sólo queda, pues, una vía a tomar: «Ahora, en circunstancias extremas, hemos de elegir un camino difícil, un camino imprevisto. Esa es nuestra esperanza, si hay esperanza: ir hacia el peligro, ir a Mordor. Tenemos que echar el Anillo al Fuego».

Solución que curiosamente, y como sabemos, Gandalf ya había previsto desde el principio, revelándoselo así a Frodo un tiempo atrás, en la soleada cocina de Bolsón Cerrado. Pero observa cómo Gandalf no puede tomar la decisión por su cuenta sino que debe someterse a la voluntad del concilio. El mago itinerante obedece a la Iglesia y espera al tiempo y criterio de esta, aunque ya hubiera intuido previamente la solución al problema.

Entonces ya está claro lo que hay que hacer con el Anillo pero queda el último problema, ¿quién lo llevará a Mordor? Frodo, plenamente consciente de su debilidad se ofrece voluntariamente para hacerlo, pero admitiendo que no sabe cómo y que no se cree capaz. Sin embargo, Frodo no irá solo. Se precisa, como hemos dicho, de una nueva realidad, capaz de combatir el mal que crece de nuevo y amenaza *ahora* al mundo, destruyendo el Anillo. Es necesario que otros vayan con Frodo, es necesaria una comunidad. Una comunidad con una misión.

Y así, el concilio ecuménico Rivendel V dará origen a la comunidad del Anillo.

Un cura español y un presbítero anglicano

Tanto en español como en inglés, existen unos cuantos sinónimos de la palabra «concilio» que Tolkien, filólogo, lingüista, experto y amante de las palabras, hubiera podido utilizar en lugar de esta para denominar el tipo de encuentro al que acabamos de asistir en Rivendel. Pero usa la palabra concilio y parece que con una clara intención.

¿Qué es lo que acaba de ocurrir en este concilio? Para responder a esta pregunta es necesario realizar un doble trabajo. En primer lugar deberemos indagar un poco en la propia experiencia de Tolkien y en segundo lugar será preciso desentrañar las ideas fundamentales que se pueden extraer del concilio de Elrond.

Respecto a la experiencia de Tolkien es importante saber que si el autor de *El Señor de los Anillos* pudo vivir, escribir y morir como un católico romano se debió fundamentalmente a la intervención de un personaje tan poco conocido como imprescindible en su biografía: el padre Francis Xavier Morgan.

Hagamos un poquito de historia. J. R. R. Tolkien nació en Bloemfontein, Sudáfrica, el 3 de enero de 1892, en el seno de una familia de confesión bautista. Su padre, Arthur, murió muy joven mientras Mabel, su esposa, pasaba unos días en Inglaterra con sus dos hijos. Nunca regresaron a Sudáfrica. En 1900 Mabel, establecida en Birmingham, se convirtió al catolicismo, motivo por el cual fue abandonada por toda su horrorizada familia, incapaz de aceptar semejante deshonor. Esta situación provocó que ella y sus hijos

quedasen en unas condiciones económicas muy precarias. Fue en ese momento cuando el padre Francis Morgan, sacerdote oratoriano, y párroco de la iglesia de Santa Ana del Oratorio de Birmingham, adonde Mabel y sus hijos acudían regularmente, se hizo cargo de la situación y comenzó a apoyar espiritual y económicamente a la familia. Proporcionó a Tolkien una plaza en la escuela del Oratorio cuando Mabel no pudo seguir pagando la *King's Edward School* donde estaba matriculado, y facilitó un nuevo hogar a la familia cerca del Oratorio. Cuatro años más tarde, Mabel murió. Tolkien siempre consideró que el sufrimiento con el que su madre tuvo que cargar por abrazar la fe católica fue la causa de su muerte, y pensaba en ella como en una auténtica mártir. En su testamento, Mabel nombró tutor legal de sus dos hijos al padre Morgan, que desde ese momento se hizo cargo completamente de los hermanos Tolkien.

Como podrá comprobar cualquiera que lea sus cartas, Tolkien amaba profundamente al padre Morgan, al que consideraba un verdadero padre y al que siempre obedeció en todo con respeto y cariño filial.

Pero ¿quién es este padre Francis Morgan? Pues se trata nada más y nada menos que del nieto del fundador de las famosas bodegas Osborne. Español, nacido en el Puerto de Santa María, fue bautizado como Francisco Javier, aunque todos le llamaban Curro. De niño fue enviado a estudiar a Inglaterra, y lo hizo en el Oratorio de Birmingham, donde fue alumno del mismísimo beato John Henry Newman. Con el tiempo, acabó por ordenarse sacerdote y entró a formar parte de la congregación del Oratorio de Birmingham. Como todas las personas vinculadas con el Oratorio, y más si cabe como aquellos que decidieron seguir en él los pasos de Newman, Francis mantuvo una cercanísima relación con el futuro Cardenal. Tanto así que fue uno de los elegidos para ir a Roma como asistente del prefecto del Oratorio, para entrevistarse con el papa León XIII, que quiso transmitir por medio de ellos el afecto que profesaba por Newman. Poco después, este Papa nombraría cardenal a Newman y el padre Morgan tuvo el honor de acompañarle durante su estancia en Londres, en la casa del duque de Norfolk, hasta donde se acercó una auténtica multitud de personas para presentarle sus respetos y rendirle homenaje por el nombramiento.

Así que la vida del padre Morgan estuvo unida a la vida y al legado del cardenal Newman. Es difícil resumir en pocas líneas la magnitud de la figura del beato John Henry Newman, pero podemos hacernos una idea diciendo que fue un presbítero de la Iglesia de Inglaterra (Iglesia anglicana) que en medio de una incansable búsqueda de la verdad que le llevó a indagar profundamente en las raíces de la fe en la historia, terminó por convertirse al catolicismo (de manos de otro beato, por cierto) y ordenándose como sacerdote católico. Fue la

figura más importante del llamado «movimiento de Oxford», que pretendía que la Iglesia anglicana volviera a sus raíces católicas. Expuso todas sus ideas en una ingente obra publicada, tanto de su época de anglicano como de católico. Una vez católico, fundó la rama inglesa del Oratorio de san Felipe Neri, y erigió personalmente el Oratorio de Birmingham donde nuestro querido Tolkien, como acabamos de ver, estudió durante un tiempo.

Es importante entender hasta qué punto el tutor legal de Tolkien era seguidor de Newman y un seguidor cercano a él. Así, es de suponer que el padre Morgan leyera todas las obras de Newman publicadas hasta el momento y que comulgara plenamente con todas sus ideas. Aún más, habida cuenta de que en vida de Newman se produjo a su alrededor un importante efecto de «conmigo o contra mí», y eran muy pocos, solamente los católicos de nacimiento como el padre Francis, y no los conversos al catolicismo provenientes del anglicanismo, los que estaban del lado de Newman. Estos últimos se separaron de él totalmente porque al hacerse católicos quisieron adaptarse al intransigente amaneramiento «italiano» tan de moda en la Iglesia de entonces y comenzaron a tachar al pobre Newman, gracias al cual habían llegado a la Iglesia católica, de demasiado progresista y transgresor.

De modo que si el padre Morgan fue educado en su infancia, recibió su vocación sacerdotal y sostuvo su vida cristiana por medio de la enseñanza y compañía de su profesor y mentor el padre John Henry Newman, y fue él mismo el encargado de transmitir la fe a J. R. R. Tolkien tras la temprana muerte de su madre, tal vez podamos ir haciéndonos una idea acerca del tipo de catolicismo en el cual educó a su pupilo. Un catolicismo, quizá, demasiado «progresista» y «transgresor». Pero nunca «modernista», herejía que Newman siempre condenó duramente. Fue precisamente la confusión de sus ideas con las ideas modernistas lo que le acarreó tanta incomprensión.

Sin embargo, parece ser que las ideas de Newman, un perfecto incomprendido durante toda su vida como acabamos de decir, aun cuando al final de la misma el Papa quiso «honrar a la Iglesia honrando a Newman» al nombrarlo cardenal, no iban tan desencaminadas. De hecho, sus aparentes transgresiones derivaron en los argumentos principales que se trataron en lo que hoy conocemos como concilio Vaticano II. Concilio que, en palabras del papa Pablo VI que lo clausuró, fue «el concilio de Newman» y del que otros hablaron calificando a Newman como el «cardenal ausente» del mismo.

Entonces, ¿cuáles son esas transgresoras ideas de Newman, que el padre Morgan compartía? El cimiento de todas ellas podría resumirse de forma muy sencilla en la imperiosa necesidad de retornar a las fuentes del cristianismo y de la Iglesia para devolverle a esta tanto el

sentido necesario como la fuerza precisa para hacerla capaz de cumplir su misión, la misión de salvar a los hombres, ante una nueva realidad social que ya comenzaba a insinuarse en la época que le tocó vivir.

Y para ello, en primer lugar, Newman quiso devolver la importancia que merece a la historia de la salvación y al misterio pascual, demostrando que la manera en que Dios ha querido darse a conocer a la humanidad ha sido, es y será por medio de la historia, actuando de un modo concreto en su historia. Para ello Dios elige a un pueblo específico con el fin de mostrar a toda la humanidad cómo es Él, cuál es su manera de actuar, de amar, de salvar. Haciendo esto, convierte a este pueblo en paradigma de salvación para todas las gentes. Así, la historia del hombre, y de este modo también tu historia y la mía, gracias a la intervención de Dios en ella, se convierte en historia de salvación. O dicho de otro modo, y en palabras de Newman, es el Espíritu Santo el que ha hecho que *la historia se convierta en doctrina.* Pues bien, dentro de esta historia, el momento central lo ocupa el misterio pascual. La pascua de Cristo, su muerte, resurrección y ascensión al cielo como Señor de todas las cosas, es la llave que permite interpretar todo lo que significa ser persona. La respuesta a los porqués del sufrimiento, de las pasiones, de las alegrías o las tristezas y hasta de la misma muerte. Newman quiere retornar así a la primerísima predicación de los apóstoles, al anuncio de estas realidades acontecidas en el misterio pascual, que tienen poder en cada generación de salvar al hombre que se adhiera a ellas.

Hay que tener en cuenta que en su época, el misterio pascual permanecía algo oculto por una doctrina de tipo más jurídico, más orientada a la satisfacción de la deuda infinita contraída por el hombre por la ofensa infinita que le había infligido a Dios al pecar. Esa deuda sólo puede ser pagada por los sufrimientos de aquel que es eterno, de Dios hecho hombre, por medio de la cruz. Esta es una doctrina verdadera pero algo insuficiente, porque deja un poco al margen el significado de la resurrección de Cristo y el envío del Espíritu Santo, realidades sin las cuales el corazón del hombre no es capaz de cambiar, ya que en él, por sus propias fuerzas, no puede darse el hombre nuevo, que no es otra cosa que el hombre del Espíritu.

Siguiendo esta línea, Newman quiso también retornar a las fuentes del cristianismo para entender qué es la Iglesia y cuál es verdaderamente su misión. Así llegó a propugnar lo que él llamó el «sistema sacramental», es decir: si los sacramentos son signos visibles de una gracia invisible, nada impide pensar que la Iglesia sea también un organismo visible que hace presente en medio de la humanidad a Dios, que es invisible. Por tanto, la Iglesia es un sacramento, es el

anuncio de Jesucristo resucitado. Y así, es una buena noticia para todas las gentes.

Además de lo anterior, Newman, volviendo de nuevo sus ojos hacia la Iglesia primitiva, quiso llamar la atención y promover de este modo la extrema importancia de la función de los laicos en la Iglesia. En su tiempo, los laicos, quizá por una concepción elitista de la Iglesia, eran considerados como fieles de segunda, sin un grado de perfección similar al de los sacerdotes u otros consagrados. A nadie se le hubiera podido ocurrir que el quehacer diario de un laico pudiera ser un medio para alcanzar la santidad, esto parecía reservado para el clero o los religiosos.

Newman diría al final de su vida a los laicos del Oratorio de Birmingham:

«He aquí que ha llegado el tiempo de hablar... Es necesario no ocultar vuestros talentos bajo un velo, ni vuestra luz bajo el celemín. Yo quisiera contar con laicos preparados, no arrogantes, ni impacientes ni querellantes, sino hombres que profesan sinceramente su fe, que se identifican con ella, que saben justificar su punto de vista, que conocen bien las verdades de su fe y pueden dar testimonio, que estén bien informados de la historia, que puedan defender estas verdades».

A los obispos les costó mucho entender esta postura de Newman sobre la necesidad de un laicado responsable como elemento fundamental para la Iglesia. Esta posición, aunque a nosotros hoy nos parezca increíble, le acarreó la mayoría de incomprensiones y persecuciones a las que tuvo que enfrentarse. Pero él justificaba su postura dando ejemplos de cómo los laicos han participado siempre del «consensus fidelium», es decir, de la manera en que los fieles de a pie reconocen las verdades que Dios ha querido revelar, como por ejemplo al hablar de la herejía de los arrianos del siglo IV, cuando evidencia que fueron los laicos los que preservaron la fe íntegra frente al numeroso grupo de obispos que adoptaron estos errores.

Por si esto fuera poco y para terminar de hacer amigos, Newman combatió contra el poder temporal de la Iglesia, previendo su fin, ya que opinaba que se trataba de un simple hecho histórico, no de un aspecto que perteneciera a la doctrina católica. Más bien al contrario, tal vez fuera un estorbo para que la Iglesia pudiera cumplir con libertad su misión de ser sacramento de salvación para todas las gentes. Para comprender esto es necesario tener en cuenta que la relación de la Iglesia con el resto del mundo era la de una potencia nacional con el resto de superpotencias. Piensa que la Iglesia en la época de mayor esplendor de su poder temporal se relacionaba con el resto de la humanidad como se pudiera relacionar Estados Unidos con Suecia, por poner un ejemplo, de presidente a ministro de Exteriores.

Así, la nación necesitaba un ejército, necesitaba ministros, un gobierno, embajadores, políticos, etc. Todo lo cual era necesario defender, ya que era preciso salvaguardar la soberanía nacional. Aunque en época de Newman el poder temporal de la Iglesia no era ni la sombra de lo que fue en otro tiempo, sin embargo, la opinión preponderante en la alta jerarquía eclesial era la de preservarlo a todo precio si no aumentarlo en la medida de lo posible. Algo a lo que Newman quiso enfrentarse.

En el último lugar de este rápido repaso por las principales ideas del cardenal, aparece su defensa del ecumenismo. Newman, dada su propia experiencia como anglicano, anhelaba la unidad entre los cristianos de diferentes confesiones. Siendo ya católico, jamás se le ocurrió criticar a la Iglesia anglicana a la que veía como una barrera que pudiera resultar oportuna para impedir, al menos en Inglaterra, el avance del paganismo que iba a venir. Quiso buscar lo que hay de verdad en cada confesión cristiana y aprovecharlo para conducirlas a la verdadera Iglesia de Jesucristo. Supo ver con toda claridad la urgente necesidad que expresaba el gemido de Jesucristo «que todos sean uno, para que el mundo crea» (Jn 17,21). En este punto la incomprensión ante las ideas de Newman ya se tornó casi absoluta porque en aquella época las relaciones entre la Iglesia católica y el resto de confesiones cristianas eran prácticamente inexistentes, y cuando se producían, abiertamente hostiles. El mismo Newman tuvo que superar antes de su conversión todos sus prejuicios anticatólicos, y comprendía perfectamente tanto las dificultades que presentaba este diálogo, como la necesidad del mismo para cumplir la Palabra de Jesucristo y dar así al mundo un signo suficientemente fuerte y claro para llevarlo creer en el enviado de Dios.

¿Será posible entonces, que gracias a una misteriosa «conexión Morgan», todas estas ideas que acabamos de enumerar aparezcan esbozadas, si no claramente definidas, en un concilio acontecido en un lugar imaginario llamado Rivendel, al cual asisten toda suerte de criaturas fantásticas como elfos, enanos, magos y hobbits, que andan buscando una solución definitiva para acabar con la amenaza que supone un Anillo mágico?

Sería sorprendente, sobre todo si tenemos en cuenta que *El Señor de los Anillos* se publicó cuatro años antes de que Juan XXIII convocara el concilio Vaticano II, es decir, siete años antes de su inicio.

Elrond y Juan

«Existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará hasta el día final».

No, esta frase no es de *El Señor de los Anillos* sino de la Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual del

concilio Vaticano II(41). Mira esta otra:

«La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundos cambios. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia. (...) Formaba parte de nuestro deber apostólico el llamar la atención de todos nuestros hijos para que, con su colaboración a la Iglesia, se capacite esta cada vez más para solucionar los problemas del hombre contemporáneo».

Que fue pronunciada por san Juan XXIII en la Constitución Apostólica *Humanae salutis* por la que se convocaba este concilio. Compárala ahora con esta:

«Creed que ha sido ordenado de esta manera: que nosotros, que estamos sentados aquí y no otras gentes, encontremos cómo responder a los peligros que amenazan al mundo».

Esta vez, sí, de *El Señor de los Anillos* y pronunciada por Elrond. De modo que ambos concilios, el de Elrond y el de Juan XXIII, nacen de la necesidad de dar una respuesta a los peligros que amenazan ahora al mundo: el Anillo ha sido descubierto de nuevo, la época de cristiandad ha terminado, los elfos menguan y los hombres andan dispersos. Pueblos enteros han caído bajo el poder del Señor Oscuro y se han convertido en sus vasallos. Sauron, además, está recobrando su poder muy rápidamente y para combatirlo ya no bastan las estructuras establecidas después de la gran batalla, los reinos élficos aislados y algo autocomplacientes, fundamentados en el poder del resto de anillos; las grandes casas de los hombres que viven de los recuerdos de la gloria de antaño pero que son incapaces de darse cuenta de lo que acontece a su alrededor. El tiempo de los anillos toca a su fin, existe una misión inmensa, como en las épocas más trágicas de la historia, que es necesario llevar adelante.

Para responder a esta problemática, ambos concilios comenzarán de la misma manera, retornando a los orígenes, y así narrarán la historia del Anillo desde el principio con el objeto de desempolvar poco a poco todas aquellas capas que cubrían el problema fundamental: ¿Cómo ha llegado el Anillo hasta nosotros y qué debemos hacer con él? Y entonces aparecerá el misterio pascual, la historia de la salvación. Un mortal le arrancó al Señor de la muerte el poder que este tenía sobre ella, el miedo, y así ha llegado hasta nosotros. Los anillos que construimos para dar respuesta a los males del mundo, los hospitales o las escuelas, ya no son un arma efectiva para combatir al Enemigo, es necesario terminar con la amenaza del Anillo en esta generación y para ello hay que destruirlo en cada persona, en cada lugar, arrojándolo definitivamente al fuego y acabando con la obra maligna que ha realizado en cada uno de nosotros.

Y en este sentido, como propugnó Newman, la característica más importante de la enseñanza del concilio Vaticano II es la que se refiere al significado del misterio pascual en la vida cristiana. Poner en el centro la vigilia pascual, por ejemplo, fue uno de los objetivos fundamentales de la reforma litúrgica favorecida por el concilio.

Para cumplir con lo que supone haber redescubierto el misterio pascual, o dicho de otro modo, para llevar adelante la misión de destruir el Anillo del que cada persona en esta generación es portador, la Iglesia no debe quedarse esperando a que la humanidad acuda a ella en busca de una solución a sus problemas. La cristiandad ha pasado, el hombre moderno ya no busca la solución de sus problemas en la fe, sino en la psicología o la política. Por tanto, en ambos concilios aparecerá una necesidad importante, la de una nueva realidad, alejada del estancamiento o de esperar acontecimientos. Es necesario que la Iglesia se ponga en camino y muestre al mundo la salvación. Y así, el tema principal del concilio Vaticano II será la Iglesia.

La doctrina del documento principal del Vaticano II, la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, gravita en torno al misterio de la Iglesia y su enseñanza fundamental consiste en presentar a la Iglesia como «sacramento universal de salvación», como hubiera querido Newman. En la Iglesia se actúa la salvación. También en el concilio del Elrond aparecerá una definición similar respecto a los pueblos libres, llamados a formar una comunidad que se ponga en camino con el fin de arrojar el Anillo al fuego. En esta comunidad del Anillo se actuará la salvación del mundo. Esta visión de la Iglesia en movimiento contrastará totalmente con la realidad de un Saruman instalado en una alta torre, símbolo del poder temporal de la Iglesia, realidad caduca y condenada al igual que el mago traidor, a sucumbir al poder del Anillo. Ya no más una iglesia instalada como Saruman el Blanco, sino una iglesia en constante movimiento, como Gandalf el Gris. Tendremos ocasión más adelante de ver cómo estos colores serán trastocados, y de qué manera se confirmará que el espíritu de Gandalf es verdaderamente el correcto, la imagen que Dios quiere de la Iglesia.

¿Cómo será esta comunidad del Anillo y de qué manera destruirá el arma del Enemigo? La comunidad del Anillo no estará formada por grandes señores, sino por representantes de los pueblos libres, nueve en total, para combatir a los nueve siervos del Enemigo. Personas normales bajo la guía de Gandalf, ayudado por Aragorn en su misión. La comunidad la conformarán cuatro hobbits, un enano, dos hombres, un elfo y un mago. Y este será el único de la comunidad que puede considerarse un consagrado, miembro de una «Orden», porque el resto serán laicos. Ni más, ni menos. Laicos que no han pronunciado votos ni juramentos, para sorpresa del propio Gimli, a quien escandalizará

un poco esta carencia de compromiso en el seno de la comunidad. En total libertad, cada uno llegará hasta donde pueda. Tan laicos como que Sam terminará casándose y formando una familia (numerosa, por cierto): «Ni la fuerza ni la sabiduría podrían llevarnos muy lejos. Los débiles pueden intentar esta tarea con tantas esperanzas como los fuertes. Sin embargo, así son a menudo los trabajos que mueven las ruedas del mundo. Las manos pequeñas hacen esos trabajos porque es menester hacerlos, mientras los ojos de los grandes se vuelven a otra parte».

El concilio Vaticano II reconocerá la gran importancia de la misión y del apostolado de los laicos. Esta enseñanza será desarrollada por los papas posteriores al concilio.

La Iglesia del concilio es una comunión donde obispos, presbíteros y laicos forman un solo cuerpo, en el cual se cumplen perfectamente las palabras de san Agustín cuando al reflexionar sobre su condición de obispo dice: «Cuando me atemoriza lo que soy para vosotros, me llena de consuelo lo que soy con vosotros. Porque para vosotros soy el Obispo, con vosotros soy un cristiano; aquel es el nombre de mi oficio, este es el nombre de la gracia; aquel es mi responsabilidad, este es mi salvación»(42).

La nueva realidad que supone el haber reencontrado el Anillo tiene como consecuencia el poner en el candelero a todos los cristianos, consagrados y laicos en perfecta comunión, teniendo en cuenta que para estos últimos este tiempo es su tiempo, porque el hombre moderno quizá haya perdido su confianza en los consagrados, y sea más necesario que nunca que los laicos sean capaces de mostrar la belleza de Jesucristo a la sociedad. Elrond lo dirá así: «Esta es la hora de quienes viven en la Comarca, de quienes dejan los campos tranquilos para estremecer las torres y los concilios de los grandes. ¿Quién de todos los Sabios pudo haberlo previsto? Y si son sabios, ¿por qué esperarían saberlo, antes que sonara la hora?».

Te pongo un ejemplo. El hombre moderno, que vive a lo largo y ancho de toda la Tierra Media, es un hombre generalmente secularizado, es decir, que ha perdido su confianza en la religión y busca la respuesta al sentido de su vida y de los sufrimientos que se le presentan en la ciencia, en la política o en la acción social. Pues bien, supongamos ahora que este hombre está casado, tiene dos hijos, un pisito más o menos céntrico y un coche relativamente nuevo. Por desgracia, como viene siendo habitual en esta época de crisis, este hombre es despedido de su trabajo y se queda en el paro. La mujer tiene un trabajito de unas horas porque pidió reducción de jornada para cuidar a la pequeña y ahora no le dejan aumentarla porque su empresa tampoco anda del todo bien. Este hombre se encuentra en una situación de sufrimiento muy importante. No llega a fin de mes,

tiene enormes dificultades para pagar la hipoteca que, además, no para de subir. Se siente profundamente inútil por haber sido despedido, está herido y desorientado. Le da vergüenza ir a buscar a los niños al colegio por el qué dirán y además siente mucha envidia por los padres de los compañeros de sus hijos que van a buscarles los viernes, sonrientes y encorbatados, para llevarlos a la hamburguesería, tras la sesión de pádel habitual. Además, tiene la sensación de que su mujer, aunque no le dice nada, le culpa de haberse quedado sin empleo, y le molesta cambiar los papeles y que sea ella la que llega cansada de trabajar mientras él ha hecho lo que ha podido en la cocina.

En esta situación se encuentra el pobrecillo. Es bastante improbable que acuda a la Iglesia a rezar, porque no va a misa desde la primera comunión, y menos aún buscará conversar con un sacerdote. Conoce alguno del colegio, pero no confía en ellos. No le dicen nada, la verdad. Tienen una vida completamente diferente a la suya, su relación con ellos se limita a cuando piden ayuda para no se qué misiones que tienen en no sé dónde. Ayuda para las misiones, ya te digo, con la que está cayendo.

Sin embargo, este hombre tiene unos vecinos, gente rarísima, un matrimonio con hijos que hacen un ruido atroz y molestan mucho a la hora de la siesta. Siempre los ha criticado, el padre parece Ned Flanders, el de los Simpson. Unas veces se oye una guitarra y otras discutir al matrimonio (y en ocasiones con cierta aspereza). Pero siguen juntos y se les ve contentos. Él nunca discute pero cada vez está más distanciado de su mujer. Sin saber cómo, se entera de que Ned Flanders está en el paro desde hace seis meses. Coinciden en la puerta del colegio. «Buenos días», «Buenos días». El padre no tiene mala cara. La madre tampoco. Los niños tampoco. Vuelven a coincidir en el parque. Por educación no le queda más remedio que iniciar una conversación. Charlan un rato. No parecen desesperados. ¿Por qué ellos no y yo sí? ¿Qué tienen de especial? Admiten sin reservas que no llegan a fin de mes, que andan siempre de lado. Los pequeños Flanders se apelotonan alrededor de su hijo que tiene una consola, como si nunca hubiesen visto una. Igual nunca han visto una. Son unos pobretones. Pero no parecen desesperados. El matrimonio va de la mano, y eso que hace dos días tuvieron una discusión mientras los niños hacían ruido a la hora de la siesta. De vez en cuando los ha visto irse a cenar por ahí. Cuando él está con su mujer a solas no saben de qué hablar. ¿Con quién dejan a los hijos? Siguen coincidiendo, van charlando un poco más. Un día los ve salir de la parroquia. Ned Flanders es un tipo bastante normal, no muy diferente a él. ¿Por qué sois felices si no llegáis a fin de mes? ¿Por qué no estáis desesperados? No sois diferentes a mí, parecéis igual de simples, de inútiles, de

pobres. ¿Qué tenéis que no tengo yo? Y Flanders le contesta, y le habla de Dios, como si existiera, como si tuviese que ver mucho con su vida...

Algo parecido a esto es lo que el concilio quiere decir cuando afirma que: «La forma peculiar del apostolado de los laicos y, al mismo tiempo, signo muy en consonancia con nuestros tiempos, y que manifiesta a Cristo viviente, es el testimonio de toda la vida seglar que fluye de la fe, de la esperanza y de la caridad. Con el apostolado de la palabra, enteramente necesario en algunas circunstancias, anuncian los laicos a Cristo, explican su doctrina, la difunden cada uno según su condición y saber y la profesan fielmente»(43).

Otra característica de la comunidad del Anillo, además de la de estar formada fundamentalmente por laicos, es que será pequeña, de pocos miembros, una pequeña comunidad. Dirá Elrond al respecto: «Tienen que ser pocos, ya que sus mayores esperanzas dependen de la rapidez y el secreto. Aunque contáramos con una tropa de elfos con armas de los Días Antiguos, sólo conseguiríamos despertar el poder de Mordor». En este sentido, conviene traer aquí las palabras de san Juan Pablo II en la Exhortación *Christifideles laici*: «Las pequeñas comunidades eclesiales pueden ser una ayuda notable en la formación de los cristianos, pudiendo hacer más capilar e incisiva la conciencia y la experiencia de la comunión y de la misión eclesial»(44).

Así pues, para Tolkien es importante que el cumplimiento de la misión no dependa al final de una gran batalla de masas contra masas. Cierto es que más adelante contemplaremos la guerra en todo su esplendor, pero las grandes batallas tendrán lugar fundamentalmente para dar cobertura a las batallas a menor escala a las que la comunidad (o sus restos) tendrá que enfrentarse, ayudándola de este modo a llevar a cabo su tarea. Así, esta pequeña comunidad de laicos guiados por Gandalf, que hace presente la comunión con todos los pueblos libres, será ella misma sacramento de salvación para el mundo, puesto que será la encargada de arrojar el Anillo al fuego en cumplimiento de su misión. De manera que todo el que vea a la comunidad del Anillo, verá asimismo la salvación, la victoria sobre el poder del Señor Oscuro. Verá a Cristo vencedor de la muerte, del paro y de la crisis matrimonial.

En agosto de 2005 en Marienfeld, Colonia, en el seno de la Jornada Mundial de la Juventud, Benedicto XVI se dirigió a cientos de miles de jóvenes (el 99,99% laicos), diciendo:

«¡Construid comunidades basadas en la fe! En los últimos decenios han nacido movimientos y comunidades en los cuales la fuerza del Evangelio se deja sentir con vivacidad. Buscad la comunión en la fe como compañeros de camino que juntos van siguiendo el itinerario de la gran peregrinación que primero nos señalaron los Magos de

Oriente. La espontaneidad de las nuevas comunidades es importante, pero es asimismo importante conservar la comunión con el Papa y con los Obispos».

La última característica de la comunidad del Anillo es su fuerte carácter ecuménico, ya que cuenta entre sus miembros con representantes de todos los pueblos libres. Vemos aquí otra de las intuiciones de Newman, la de promover la unidad entre todos los cristianos, que acabará por tomar forma en el concilio Vaticano II. La *Lumen gentium* dirá que los cristianos no católicos están en un estado de comunión incompleta con la Iglesia católica, que es en la cual subsiste la Iglesia de Cristo. Este ecumenismo dentro de la comunidad se visibilizará de forma muy elocuente. ¿Será posible que un viudo y un chaval de 15 años se amen como hermanos? ¿Y un taxista y el gerente de una multinacional? ¿Y una histérica y una perezosa? ¿Y un elfo y un enano? Por eso, porque esta unidad es muy importante, será lo primero que se pondrá a prueba dentro de la propia comunidad. Muy pronto, como veremos, será cruelmente amenazada.

De modo que, fruto del concilio de Elrond, nacerá la comunidad el Anillo. Y el concilio Vaticano II, ¿ha dado algún fruto también?

«A la pregunta de si ha habido un nuevo Pentecostés (tras el concilio Vaticano II), se debe responder sin vacilación: ¡Sí! ¿Cuál es su signo más convincente? La renovación de la calidad de vida cristiana. Nos preguntamos: ¿Dónde se vive la vida cristiana según 'la ley del Espíritu', con alegría y convicción, por atracción y no por coacción? ¿Dónde se tiene la Palabra de Dios en gran honor, se manifiestan los carismas y es más sentida el ansia por una nueva evangelización y por la unidad de los cristianos? ¡En los movimientos eclesiales! Juan Pablo II veía en estos movimientos y comunidades parroquiales vivas 'los signos de una nueva primavera de la Iglesia'. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades no realizan por cierto todas las potencialidades y las expectativas del concilio, pero responden a la más importante de ellas, al menos a los ojos de Dios. No son libres de debilidades humanas y a veces de fracasos, pero ¿qué gran novedad ha hecho su aparición en la historia de la Iglesia de manera diferente? ¿No pasó lo mismo cuando, en el siglo XIII, hicieron su aparición las órdenes mendicantes? También en esta ocasión fueron los romanos pontífices quienes acogieron la novedad del momento y animaron el resto del episcopado a hacer lo mismo»(45).

Tolkien, que ha bebido abundantemente de las fuentes casi inagotables del cardenal Newman, nos transmite con la narración de este concilio de Rivendel el concepto que él tiene de Iglesia. Criterio que, al parecer, no anda desencaminado según el desarrollo de los acontecimientos.

Y aún más sorprendente es la intuición del autor de *El Señor de los Anillos* respecto a un tema relacionado y complementario al que acabamos de describir. Antes, al referirnos al hombre contemporáneo, hemos visto cómo este ha sustituido la religión como medio para entender la realidad, entenderse a sí mismo y enfrentarse al sufrimiento, por la psicología, la ciencia o la política. Como «profetizó» el filósofo ateo Ludwig Feuerbach a mediados de 1800 al declarar que el tiempo del cristianismo ya había pasado irrevocablemente: «La increencia ha sustituido a la fe, la razón a la Biblia, la política a la religión y a la Iglesia, la tierra al cielo, el trabajo a la oración, la necesidad material al infierno y el hombre al cristiano». Sólo hay que añadir a todo esto una buena porción de psicoanálisis y de esoterismo *new-age* para obtener un retrato bastante fiable del hombre contemporáneo secularizado.

Pues bien, decíamos que sorprende, una vez más, la intuición del viejo profesor de Oxford, al adivinar una de las mayores tentaciones que ha debido sufrir la Iglesia en este último tiempo; que no es otra que la de intentar llegar a este hombre secularizado utilizando los mismos medios en los que él pone su confianza en su rechazo a la religión. Es notable el tiempo que invierte en el transcurso de la narración del concilio de Elrond para demostrar que es materialmente imposible utilizar el Anillo para combatir al Señor Oscuro. Esta idea, el «no podemos utilizar el Anillo», aparece como un *leitmotiv* durante todo su desarrollo. Incluso los representantes más influyentes de los pueblos libres no comprenden las razones de tanta intransigencia con el uso del Anillo. Es la solución más lógica y a la vez más cómoda. Como el Anillo tiene un enorme poder, parece irracional no usarlo en contra del Enemigo. Pero Tolkien es intransigente. Mientras el Anillo exista, siempre vencerá al que quiera usarlo, aun para el bien. Muchos hemos visto proyectos pastorales basados en terapias psicológicas o hemos contemplado la fe reducida a iniciativas de tipo social sin vinculación alguna con el misterio de Jesucristo. Todo con la buena intención de llegar al hombre moderno en su propio terreno. Pero esta buena intención es similar a la de aquel que quiere usar el Anillo para acabar con el Señor Oscuro; no es la manera. El Anillo siempre buscará servir a los intereses de su amo. La manera de vencer al Señor Oscuro es acabar con el Anillo de una vez por todas por medio de la comunidad cristiana, en camino hacia Mordor, hacia las aguas profundas de la muerte para arrojar allí mismo la muerte, la esclavitud a la que ha sido sometido todo hombre por el miedo al sufrimiento. Arrojar al hombre viejo al abismo para no volverlo a ver jamás.

Capítulo 10

UNA CAJITA CON SAL

«Ha sido todo gracias a Edmund, Aslan —decía Peter—. Nos habrían derrotado de no haber sido por él».

El león, la bruja y el armario
(cap. 17, «La cacería del ciervo blanco»)

La recién formada comunidad del Anillo ya está preparada para partir hacia Mordor. Por los apéndices de *El Señor de los Anillos*, pero no por el propio libro, en el que Tolkien guarda silencio a este respecto (como en tantos otros), conocemos perfectamente la fecha en la cual la comunidad comienza su camino. Si esta comunidad, nacida del concilio, es verdaderamente una realidad nueva y adecuada para mostrar la belleza de Jesucristo a una sociedad moderna y secularizada, no debe extrañarnos que el día que elige Tolkien para hacer que salga a cumplir su misión, no sea otro que el 25 de diciembre. En esta fecha celebramos que Dios se ha hecho hombre para salvarnos del poder del pecado y de la muerte. Que aparece en la tierra la «luz para iluminar a las naciones» del mundo, un niño pequeño en camino hacia la madurez que culminará, no puede ser de otra manera, arrancando el Anillo de la mano negra del Señor de la muerte.

Del mismo modo la comunidad cristiana, sacramento de salvación, aparece hoy para ser «luz de las gentes», como una realidad pequeñita, también en camino hacia una madurez que culminará, si Dios lo permite, destruyendo el poder del Señor de la muerte en sí mismos para anunciar la victoria sobre el Señor Oscuro a esta generación en la que le ha tocado vivir.

«En una noche oscura», pues, entre las sombras del crepúsculo de un 25 de diciembre frío y gris, la comunidad del Anillo «saldrá sin ser notada» de Rivendel al encuentro de la tierra tenebrosa. Ahora el camino de la fe se realiza con la comunidad definitivamente configurada; ya no se trata sólo del grupo de amigos que salió de la Comarca. La comunión entre sus miembros no va a resultar tarea fácil: entre los integrantes de la comunidad hay algunos cuyas razas han mantenido disputas milenarias, como Legolas y Gimli. Otros, como Boromir, abrumado por la presencia de Aragorn, sienten peligrar su estatus de poder y autoridad, y otros, como los hobbits, son francamente inútiles para llevar adelante cualquier misión digna de

este nombre, es más, su presencia representa un auténtico estorbo para el buen avance de los demás.

Sin embargo, cada uno de los miembros de la comunidad ha aceptado llevar adelante esta misión de forma libre y voluntaria, y está dispuesto a llegar hasta las mismas entrañas de Mordor. Esta libertad se convierte en una de las características más sorprendentes de esta compañía. No se han emitido votos ni juramentos de ningún tipo. No existe ninguna forma de compromiso por su parte. Esta comunidad no sigue, por decirlo de algún modo, la estructura habitual de una congregación religiosa. Su caminar está basado en la libertad, en el convencimiento, en la aceptación de su sino, en el propio camino de la fe. Son libres de dejar la comunidad en cualquier momento, no hay vinculación jurídica ni votos de ningún tipo. Parten hacia Mordor porque cada uno de ellos ha recibido una llamada, según su propia realidad existencial y concreta. Esta llamada ha tomado, por medio del concilio, la forma de una pequeña comunidad, que en este primer momento no consigue ni que sus miembros se lleven todo lo bien que cabría esperar. Y a esta cuadrilla se le ha confiado la misión de salvar el mundo, no a pesar de su propia debilidad, sino precisamente a causa de la misma. Porque si el Enemigo, ni en sus peores pesadillas es capaz de imaginar que alguien pueda querer destruir el Anillo, menos aún imaginará que el encargado de hacerlo sea un grupito tan desigual y quebradizo. Esta será la fuerza de la comunidad, ser capaz de pasar inadvertida durante mucho tiempo, como el niño Jesús en Nazaret, hasta que llegue el momento en que se muestre abiertamente para dar fin a la misión. Un grupo de élite formado por guerreros poderosos y grandes señores hubiera llamado la atención del Enemigo inmediatamente haciendo fracasar la misión casi desde su origen. Pero a unos pocos y débiles, ¿quién va a prestarles la más mínima atención?

La tónica argumental de los primeros días desde la partida de Rivendel es la que ya nos hemos habituado a ver en el pensamiento de Tolkien: caminar, caminar y caminar. Caminar es el *leitmotive* de *El Señor de los Anillos*. Ninguna aventura heroica interrumpirá en esta primera etapa de la comunidad del Anillo el acto de caminar. El viejo profesor de Oxford quiere enseñarnos que caminar es la propia esencia de la aventura: «Tolkien, en la literatura contemporánea, retoma en Bilbo y en Frodo la imagen del hombre que es llamado a caminar y sus héroes conocen y actúan, caminando, el drama que se libra entre el bien y el mal». ¿Sabes quién dijo esto? Efectivamente, Jorge Mario Bergoglio, futuro papa Francisco, en un memorable mensaje dirigido a las comunidades educativas de Buenos Aires en 2008. Por lo tanto, si como escribió el entonces cardenal de Buenos Aires, caminar es el medio por el cual puede conocerse el drama que se libra entre el bien

y el mal en un mundo amenazado por la oscuridad, ¿no será necesario en primer lugar conocer el drama que se libra entre dos compañeros de camino? Para odiar el Anillo, y estar convencido de querer acabar con él, tal vez sea necesario ver primero los estragos que puede llegar a causar en la propia comunidad. Por desgracia, pronto los veremos.

La comunidad además, por prudencia y para evitar ser descubierta, caminará de noche y en secreto, iniciando la primera de las grandes noches de *El Señor de los Anillos* similares a las que describe san Juan de la Cruz en su *Subida del Monte Carmelo*. Esta primera noche, la noche del sentido, se cumplirá ahora en la comunidad. Habiendo optado sus miembros por renunciar a las cosas del mundo para ponerse en camino hacia donde nunca han estado, todas esas cosas, incluso el camino en sí mismo, se han vuelto oscuras para ellos. Es decir, al renunciar a todo aquello en lo que creían tener la felicidad, una casa o una vida cómoda y tranquila, para afrontar el peligro de Mordor, en realidad se han dado cuenta de que aquello no era capaz de darles la felicidad que buscaban, sino que el sentido de su búsqueda de la felicidad está en el propio camino hacia Mordor. ¿Te haces un lío? Ellos también. Por eso esta noche es oscura, porque no se entiende con claridad lo que se está experimentando.

Te pongo un ejemplo. Piensa en un niño que tiene muchos juguetes. Al ir haciéndose mayor ya no se divierte con los juguetes con los que antes se lo pasaba tan bien. Pero, sin embargo, se resiste a que su madre se los regale al vecino o que los tire a la basura. Verdaderamente es una gran oscuridad el ir haciéndose mayor. Poco a poco, el niño se va dando cuenta de que no podrá volver a ser feliz de esa manera, porque ya no es un niño y los juguetes no le dan la felicidad. De modo que al fin comprenderá que la felicidad está delante, no detrás, aunque no tenga ni la más remota idea de lo que significa vivir allí adelante. Con el alma ocurre igual. Es normal que ya no te sacien las cosas que antes lo hacían, cuando no conocías a Dios como lo conoces ahora. Pero tampoco quieres soltarlas del todo. Y cuando las vuelves a coger te quedas un poco decepcionado porque ya no es lo mismo. Esto supone una gran oscuridad, la noche del sentido, porque ¿cómo es posible que lo que antes me hacía tan feliz ahora no signifique casi nada para mí? Sin embargo, ya nadie tiene que convencerte de que esas cosas no sacian, es que tú mismo te estás dando cuenta de que es verdad, que no sacian. Y eso es oscuro para mí porque entonces, ¿qué me saciará? Algo que hay delante, pero nada de lo que he dejado atrás.

Claro que puedes resistirte y hacer lo que te dé la gana, faltaría más. Pero sería como si un hombre de 45 años pasara las tardes jugando con un muñeco de Buzz Lightyear en lugar de ir a la oficina. ¿Qué dirían de él? No es que sea malo, sino que está un poco loco. Confía

en Dios si como nuestros héroes tienes que caminar de noche, porque eso es que Dios te está llevando por esta oscuridad para que puedas encontrarte con Él. Él, que definitivamente es el que sacia, en el que encontrarás la felicidad. Ya podrás jugar (como hago yo) cuando tengas hijos y por tanto, juguetes nuevos.

Las armas de la luz

Pero antes de salir de Rivendel, la comunidad ha tenido que hacer sus preparativos. No ha cargado con mucho material de guerra. Deben salir sin ser notados, no están preparados todavía para grandes batallas sino para pequeñas escaramuzas. Bilbo, el antiguo portador del Anillo, le ha entregado a su sobrino Frodo su vieja espada «Dardo» y su cota de malla de *mithril*, la «plata auténtica» de los enanos, tachonada de piedras preciosas y con un cinturón de cristal y perlas. Tan liviana que apenas se nota al llevarla puesta y tan resistente que es capaz de desviar las armas más mortíferas del enemigo. Es preciosa esta imagen de la transmisión de la fe que aparece aquí de nuevo. En el momento oportuno, la figura paterna ofrece lo que el hijo necesita. Como dirá san Juan Pablo II, la catequesis familiar precede y acompaña todas las otras formas de catequesis. Ahora que Frodo está asustado ante la magnitud de la misión que se le ha encomendado, Bilbo, su padre adoptivo, le hace entrega de sus propias armas para ayudarle a cumplirla.

El significado de este gesto impresiona porque tiene mucho que decirnos. Estas armas que Bilbo deja en herencia a Frodo son exactamente las que va a necesitar si quiere llegar a Mordor. Tolkien entrega a nuestro hobbit una espada y una cota de malla con un cinturón de fina orfebrería. Tres piezas de artesanía que siendo diferentes se complementan perfectamente hasta convertirse en una sola.

Mira primero la cota de malla. Es de plata auténtica, de *mithril*, un material más valioso que el oro y las joyas y mucho más escaso. Frodo la llevará oculta bajo la ropa y nadie sabrá que la lleva puesta. Esta coraza, este escudo protector con el que se reviste, no es pesado, el *mithril* es liviano, «apenas sientes el peso cuando la llevas», y se adapta al cuerpo porque es suave como un lienzo; sin embargo, es mil veces más resistente que cualquier metal.

Cuenta un *midrash* hebreo que cuando Dios creó a la paloma, esta volvió al Creador, lamentándose: «Señor del universo, hay un gato que me persigue constantemente, y me quiere matar, y yo tengo que correr todo el día con mis patas tan pequeñas...». Entonces el Señor tuvo piedad de la paloma y le dio dos alas para ayudarla a escapar del gato. Pero, poco después, la paloma volvió a presentarse, llorando ante Dios: «Señor del Universo, el gato sigue persiguiéndome y ahora, con

estas alas encima, me resulta aún más difícil escapar de él. Son tan pesadas las alas que no pueden con ellas mis patas tan cortas y tan débiles». El Señor sonrió y le dijo: «Pobre paloma, no seas ingenua. Yo no te he dado las alas para que tú las lleves encima, sino para que ellas te lleven a ti, para que puedas volar y escapar de todos tus enemigos».

«La palabra del Señor es plata pura, siete veces acrisolada» (cf. Sal 12,7). Muchas veces la Biblia compara la Torah, la Palabra de Dios, la Ley, con un yugo con el que carga el pueblo. Pero este yugo que lleva sobre sus hombros puede llegar a ser pesadísimo, como las alas de la pobre paloma del *midrash*. Porque si yo me salvo por cumplir la Ley, y esta dice: «No matarás», aún puedo aspirar a cumplirla, porque aún no me ha dado por matar a nadie. Por tanto, no mato, cumplo y me salvo. Pero cuando Jesucristo la complica aún más diciendo que el que llame a su hermano imbécil es ya un asesino, apaga y vámonos; es cargar con un peso insoportable. Por tanto, mato, no cumplo y no me salvo. Y estas leyes pesan tanto que aún es más difícil escaparse del gato acusador que quiere acabar contigo. Pero el *mithril* es llamado por Tolkien «plata *auténtica*», ¿qué significa esto?, pues que el hombre «no se justifica por cumplir la ley, sino por la fe en Jesucristo» (Ga 2,16). Cristo es la *auténtica* Palabra de Dios, la palabra definitiva, ya que cumple la Ley para nosotros en su carne y nos regala un espíritu nuevo con el que volar alto para escapar del acusador, «pues si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiese muerto Cristo en vano» (Ga 2,21). Es por eso que este *mithril* es un yugo suave y ligero, como dirá Jesucristo a los que viven cansados y sobrecargados. Si uno es tan bueno y cumplidor, ¿qué necesidad tenía Cristo de morir por él? No podemos salvarnos a nosotros mismos sino que todos necesitamos ser justificados. Escucha lo que dice san Pablo ahora:

«Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo (...) ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza» (Ef 6,11.14).

Así que la coraza, la cota de malla, es la justicia. ¿Y cuál es la justicia de Dios? No es el yugo pesado de la Ley, el «ojo por ojo y diente por diente» que nos condena a todos, sino el yugo suave y ligero de Jesucristo que cumple toda justicia justificándote. Leer *Las crónicas de Narnia* me ayudó a entender esto, porque en mi fariseísmo cumplidor pensaba que en el fondo iban a ser mis méritos los que me obtuviesen la justificación. Al final de *El león, la bruja y el armario* se puede leer que los cuatro hermanos, una vez vencida la bruja blanca y convertidos en reyes de Narnia, reciben sobrenombres que reflejan sus virtudes más características. Así, Peter es llamado «el Magnífico», Susan «la Benévola» y la pequeña Lucy «la Valiente». ¿Y Edmund el traidor? ¿Aquel que fue capaz de vender a sus propios hermanos con

tal de darse gusto a sí mismo provocando una guerra terrible? Este será llamado «Edmund, el Justo». Y así entendí que el justo es el que es justificado. Aslan murió y resucitó por Edmund y así pudo ser llamado «el Justo». Por eso «exultad, justos, en el Señor» (Sal 33,1), porque no son los buenos los que exultan sino aquellos a los que Cristo ha justificado. Esta es la justicia de Dios: justificarte. Con esta cota de malla puedes revestirte tú hoy. No depende de tus méritos, piensa en Moisés. La Escritura dice de él que era «un hombre muy humilde, más que hombre alguno sobre la haz de la tierra» (Nm 12,3). ¿Cómo es posible que el hombre más humilde de la tierra no pudiese entrar en la tierra prometida? Porque no es por nuestros méritos sino por los de Jesucristo, porque todos, hasta Moisés, necesitamos ser justificados.

Así que no tengas miedo cuando mires los mandamientos. La Ley nos enseña, es nuestro pedagogo. Nos indica por dónde no tenemos que ir, dónde tenemos que parar, qué es importante evitar para escapar de una muerte segura, pero es Cristo el que nos justifica cuando caemos atraídos por el poder del Anillo y nos saltamos estas señales. Él quiere ser nuestro aliado para que esta ley, cumplida por él, se cumpla en nosotros sin esfuerzo. Ya se ha esforzado Él en la cruz. Dios lo da a sus amigos mientras duermen, es decir, sin mérito alguno por nuestra parte. Dicho de otra manera y retomando la imagen de la paloma: «Mientras vosotros descansáis entre las tapias del aprisco, las alas de la paloma, se cubren de plata» (Sal 68,14) Esas alas tan pesadas de la Ley son recubiertas de plata *auténtica* por la justificación de Jesucristo. Y mientras nosotros no hacemos nada más que dormir, se vuelven ligeras como el viento.

Esta es la cota de malla con la que Frodo, tú y yo podemos revestirnos. Esta armadura te defenderá de todas las armas del Enemigo. Sus cuchillos, lanzas y cimitarras que siempre querrán herirte de la misma manera, esto es, convenciéndote de que Dios no te quiere, tal vez puedan esquivar el escudo de la fe y llegar hasta tu cuerpo para causar heridas profundas, porque es terrible creer que Dios no te quiere. Pero si llevas puesta esta cota de plata auténtica no podrán hacerte daño, porque esta armadura es la esencia misma de Dios: amarte hasta la muerte, no dejar nunca de amarte, justificar al pecador. Aunque seas herido y te arrastres por el fango, Dios te ama. Carga con esta coraza suave y ligera y no dudarás nunca del amor de Dios.

La herida en el hombro de Frodo, como la cojera que soportará Jacob después de luchar con Dios, es la imagen de su cruz, de su cargar con ella. Esta herida se recubre de *mithril*, de plata suave y ligera. Gracias a la debilidad que Frodo y Jacob han descubierto que tienen y por la cual andan tullidos, recorrerán el camino de la fe de ahora en adelante apoyándose en Dios, no en sus propias fuerzas y supuestos méritos. Si

son fuertes será porque están unidos a Dios por donde son débiles. Tu debilidad se transforma entonces en algo muy preciado, muy valioso, al estar recubierta de plata auténtica, de la justicia de Cristo. Se te entrega gratuitamente una coraza tan valiosa que puedes hasta presumir, si quieres: «Muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte» (cf. 2Cor 12,9-10). Tu cruz no está ahí para que cargues con más peso y te resulte penoso caminar, es para que puedas volar, querido lector, volar muy, muy alto.

Pero ¡atento!, no olvides que Frodo llevará esta cota de *mithril* bajo la ropa y que nadie sabrá que la lleva puesta. Hasta él mismo se olvidará en ocasiones. Como le dirá Bilbo después de que se ponga encima de la malla sus gastadas ropas de viaje: «Un simple hobbit, eso pareces ser. Pero ahora hay algo más en ti, que sale a la superficie». Porque verdaderamente «llevamos este tesoro en vasos de barro para que se manifieste que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros» (2Cor 4,7). Llevas ya en tu cuerpo la cruz, el morir de Jesús, para que pueda manifestarse también en ti la vida de Cristo, la victoria de su resurrección bajo tu propia realidad, tu barro, tus gastadas ropas de viaje.

¿Y Dardo? Es una espada élfica, antiquísima, que como todas las de su clase tiene el don de iluminarse y brillar con una luz azulada cuando merodean orcos cerca del que la empuña. Frodo ya está «revestido de la justicia como coraza», ahora toca que tome en su mano la «espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios» (Ef 6,17), con la cual pueda tanto defenderse como atacar a los que le atacan. «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118). Brillará para indicarte dónde están los enemigos que te detestan con odio cruel. Si se acercan a ti te avisará dándote discernimiento. Es la espada que sale de la boca del que lucha contra la bestia y su profeta, de aquel que lleva el manto manchado de sangre. Es afiladísima, «penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4,12). Armado con esta espada entonces, como dice la carta a los Hebreos, podrás combatir los sentimientos y pensamientos que llegan a tu corazón, ya que por ahí te atacarán siempre tus enemigos. Para entender bien esto, el *midrash* nos pone un ejemplo de combate con esta espada del espíritu cuando habla de la historia de José, el hijo de Jacob, en el momento en el que la mujer de Putifar intenta seducirlo y acostarse con él. Mira cómo le defiende la espada:

«Cuando la malvada mujer de Putifar se acercó a José, lo humilló con sus palabras. Le dijo ella:

—Si no te acuestas conmigo te meteré en prisión.

El contestó:

—‘El Señor libera a los cautivos’. (Sal 146,7).
—Te arrancaré los ojos si no lo haces.
—‘El Señor da la vista a los ciegos’. (Íd., v. 8).
—Te doblegaré hasta que lo consiga.
—‘El Señor endereza a los que ya se doblan’. (Íd.).
—Conseguiré hacer de ti un malvado.
—‘El Señor ama a los justos’. (Y nosotros ya sabemos lo que significa ser justo).
—Te torturaré hasta que reniegues de Dios y te conviertas en un pagano.
—‘El Señor cuida a los extranjeros’ (Íd., v. 9).
Y finalmente José venció en el combate y exclamó victorioso: ‘¡Cómo voy a acostarme con ella y cometer esa gran vileza!’ (cf. Gen 39,9)».

¿Has visto qué combate? ¿Cuántas estocadas, fintas y mandobles? Y eso que José solamente ha utilizado un salmo para defenderse. Tú y yo tenemos toda la Escritura a nuestra disposición. Y más cosas además de la Escritura. Dardo es una espada de doble filo. Entre otras interpretaciones, el doble filo significa la Palabra de Dios completa, es decir, no sólo la Escritura sino también los acontecimientos, los hechos que Dios realiza en nuestra historia y con los cuales nos habla, porque Dios sigue hablando hoy a su pueblo. La suma de todos los acontecimientos que Dios ha realizado en los cristianos de todos los tiempos forman la tradición de la Iglesia. Piensa que esta espada ha sido forjada por los elfos, por la cristiandad, la primera evangelización, la Iglesia eterna, y que por lo tanto en su confección está presente toda la sabiduría acumulada durante siglos por sus artesanos. Estos son los santos y los Padres de la Iglesia, los que han hecho presente el Evangelio en cada generación, combatiendo los errores que han amenazado el depósito de la fe, mostrando al mundo que Jesucristo está vivo en su Iglesia y en cada uno de ellos y repitiendo los prodigios de Dios al sacar a los hombres de la esclavitud a lo largo de toda la historia.

Dardo es la Palabra. Son los salmos y la ley; los profetas y los escritos; el Evangelio, las cartas y los hechos de los apóstoles. Es además toda la tradición de la Iglesia. Pues bien, el alma de esta Palabra de Dios, lo fundamental de la Escritura y la tradición, ha sido forjado por los artesanos de nuestra madre la Iglesia en la fragua de los siglos convirtiéndose en un arma poderosísima llamada *Liturgia de las Horas*, que contiene la oración de la Iglesia.

El que junto a su comunidad se pone en camino hacia Mordor deberá ceñirse esta espada al costado para combatir a los enemigos. No sólo para defenderse, sino también para atacar: «pues no basta defenderse si no acomete uno también al enemigo. Y esto, así como se hace materialmente por la espada, así también espiritualmente por la

Palabra de Dios, que es la espada del Espíritu Santo»(46). Sin esta espada no llegará lejos, sucumbirá pronto.

Estas armas que Bilbo le entrega a Frodo recuerdan a un salmo cuyas palabras son una invitación: «Ciñe tu espada a tu costado, oh valiente. Marcha en tu gloria y tu esplendor. Por la causa de la verdad, de la piedad, de la justicia» (Sal 45,4). A la justicia se refiere la cota de *mithril,* como acabamos de ver. A la piedad la espada, pues la piedad se define como «la virtud que inclina al hombre hacia los actos del culto divino», esto es, fundamentalmente a la oración. ¿Y la verdad entonces? ¿Cuál de las armas que recibe Frodo se refiere a ella?

Aquella que sirve para ceñir, sujetar y cargar con las dos anteriores, malla y espada. Recuerda el cinturón de cristal y perlas con el que la malla de *mithril* quedaba ceñida y de donde Frodo colgará a Dardo, bien sujeta a su costado. «Ceñida vuestra cintura con la verdad» (Ef 6,14). ¿Qué es la verdad? ¿Qué es este cinturón que sujeta el resto de armas? La verdad es la humildad. Aceptar que no eres un superhéroe. Que eres bastante mediocre, un pecador. No es pusilanimidad, ni falta de valentía, ni mucho menos pesimismo. Es la convicción en lo profundo de nuestro corazón de que dependemos absolutamente de Dios. Es tomar conciencia de cómo somos, realismo puro y duro que evita que nos convirtamos en unos presuntuosos y establece el fundamento de la santa humildad en nosotros. ¿Qué es la verdad? Es tu historia, tu realidad, tu cruz. Creerte alguien que no eres y buscar realizarte fuera de la voluntad de Dios es la esencia del poder del Anillo, es la soberbia en estado puro. *¿Qué es la verdad?,* preguntará Pilato a Jesucristo en su pasión. ¿Qué es?, la tienes delante Pilato. La verdad es Cristo crucificado, dando la vida por el pecador. Esta verdad que es la humildad ciñe la coraza porque te hace desconfiar de ti mismo y de tus méritos y te permite ver cómo has sido justificado gratuitamente por el amor de Dios. Sujeta además la espada porque hace que pongas tu confianza sólo en Él. Por mucho que tengamos coraza y espada, si no las sujetamos bien se nos caerán a mitad de camino. Ciñámonos pues con la verdad, seamos humildes, sujetemos las armas con este cinturón de cristal como el río de agua de vida, del que dice el Apocalipsis que es brillante como el cristal y que brota del trono de Dios y del Cordero, a cuyas márgenes crecen árboles que dan fruto abundante, cuyas hojas sirven de medicina para los gentiles (cf. Ap 22,1-2), porque el camino a Mordor es un camino de humildad para renovar el bautismo arrojando el Anillo en las aguas de la muerte transformadas por Jesucristo en este río de agua de la vida, y salir resucitados con Él. Un cinturón adornado con perlas, esa piedrecita blanca que Dios dará al vencedor y que tiene grabado en ella un nombre nuevo, el que se da al hombre nuevo, al que no se escandaliza de sus pecados con soberbia porque es humilde y se apoya sólo en

Dios y en su misericordia.

Pensar en Bilbo dejando esta herencia a Frodo... Si yo fuera capaz de armar así a mis hijos para el momento de la prueba: *Hijo mío, te he entregado esta coraza para que no dudes nunca del amor de Dios. Él, que te ama tal como eres, que te justifica, tengas los pecados que tengas. Empuña con fuerza su Palabra, no la dejes caer de tu costado y podrás combatir a cualquier enemigo que te haga la guerra. Y sé humilde, recuerda quién eres en realidad. No quieras realizarte fuera de la voluntad de Dios. Desconfía de ti mismo y confía sólo en el Señor, porque el que confía en Él no quedará avergonzado. No dejes de caminar hacia Mordor, pase lo que pase, y tira ese asqueroso Anillo al fuego.*

Sí. Ciertamente, si fuera capaz de armarlos así, podría dar mi misión por cumplida.

Bien, ya tenemos a Frodo armado para la misión. Ahora me dirás que falta el calzado, el yelmo, el escudo... Claro, y el arco de Legolas, y Anduril, la maravillosa espada de Aragorn que ha sido forjada de nuevo. Ten paciencia, querido lector, ¿quién te ha dicho a ti que Frodo tiene que tener ya, por ejemplo, el escudo de la fe? Todavía no se le ha entregado a ninguno de la comunidad.

Lo que Sam esconde en la mochila

Pero, ya que hemos hablado antes de piedrecitas blancas, falta un pequeño detalle. Algo que la comunidad va a llevar con ella allá donde vaya, oculto en el fondo de la mochila de uno de sus miembros. En efecto, la comunidad del Anillo, a partir de este momento de su camino, llevará con ella «una cajita con sal», que Sam guarda como un tesoro entre sus objetos personales. Qué curioso que Tolkien se detenga precisamente en este detalle. «Vosotros sois la sal de la tierra» (Mt 5,13). La sal significa tu participación y la mía en el misterio pascual, en la muerte y resurrección de Jesucristo. ¿Sabes por qué? Mira, en la Escritura vemos que toda ofrenda presentada al Señor debía ser ofrecida con sal para que quedase purificada, porque un uso fundamental de la sal era el de preservar los alimentos de la corrupción. Así, Jesucristo nos está «salando» a ti y a mí por medio de los acontecimientos de nuestra historia, por el fuego, la cruz, las persecuciones, los combates, las fatigas, las necesidades y las angustias, con el fin de preservarnos de la corrupción a la que conduce el pecado. Claro que la mayoría de las veces la sal cae justo en la herida, y eso escuece mucho. Pero esa sal es el mismo amor que Jesucristo tiene por nosotros, es más, es el mismo amor que Jesucristo tiene por toda la humanidad. Por tanto esta sal, este amor de Jesucristo habitando en nosotros, hace que seamos nosotros mismos los que, poco a poco, seamos transformados en sal para el mundo. Cristo nos sala con la cruz, y así llevamos en nuestro cuerpo, como

decíamos antes, el morir de Jesús. ¿Con qué fin? Con el de que todo el mundo vea que la muerte está vencida; para que se manifieste, también en nuestro cuerpo, que Jesucristo ha resucitado. Los primeros que nos quedaremos sorprendidos de contemplar cómo Dios provee en la cruz la resurrección y la salvación más allá de toda esperanza humana seremos nosotros. Pues imagina, si nosotros nos sorprendemos, cómo lo verán los que no creen en Él. Y así, el cristiano podrá salar a un mundo que por el pecado ha perdido el sabor. Cuando vean que los mismos acontecimientos que a ellos les destruyen no destruyen al cristiano que tienen al lado quedarán salados por Dios, recobrarán el sabor, el sentido, de sus vidas.

Esta es la sal que a partir de ahora llevará la comunidad del Anillo. Pero cuidado, «si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?». No está escrito en ninguna parte que tengan sal para siempre; no está garantizado el final feliz de la historia. Viene un combate a muerte. Sólo podrá resistir el que, ayudado por la misericordia de Dios, esté dispuesto a luchar. Es el momento de la gran decisión; o vamos para Mordor o nos quedamos en Rivendel. Hay que decidir; quizá no hace falta tanta guerra, tanta espada, tanta sal y tanta noche oscura para ser cristiano. En Rivendel no se está tan mal. Aquí también son enemigos de Sauron y no se meten en tanto lío.

Déjame que te cite aquí unas palabras de un librito maravilloso del siglo XVI que se llama *El combate espiritual,* de Lorenzo Scupoli.

«No te canses de luchar. Tenemos necesidad de combatir pues de ese combate no se puede desertar sin quedar herido o muerto. Es más: si rebelándote decidieras alejarte de Dios y darte al mundo y a los placeres de la carne, habrías de luchar, a pesar tuyo, con tantas y tantas contrariedades, que a menudo sentirás la frente inundada de sudor e invadido de mortales angustias el corazón.

Considera, pues, cuán descabellado sería sostener el esfuerzo y la pena que conllevan un esfuerzo y una pena mayor junto con una muerte sin fin, por huir de un esfuerzo que acaba pronto y nos une a la vida eterna e infinitamente feliz en la que gozaremos de Dios para siempre».

Pero en última instancia la elección es tuya. Si decides salir para Mordor, pasa la página. Si no te vienes, ¡reza por nosotros!

Capítulo 11

TORPES Y SOFISMAS

«Como un sueño al despertar, Señor, al levantarte desprecias su imagen».

Salmo 73, 20

La comunidad llega a la primera encrucijada importante. Hay que tomar decisiones. Poco a poco se han ido acercando a las montañas, con el invierno pegado a sus talones, y ahora es necesario cruzarlas. Cerca de las montañas ocurren cosas inquietantes, bandadas de cuervos negros y otras criaturas voladoras más siniestras parecen acechar a la comunidad. Aragorn no está tranquilo, el frío puede detener la marcha de la comunidad en la puerta del *Cuerno Rojo*, en el temible Caradhras, la montaña que han de cruzar. Además, teme que ese paso esté vigilado. Gandalf propone otro camino, oscuro y temible, del que Aragorn no quiere ni oír hablar. Prevalece por ahora el criterio de Aragorn, y la comunidad se dispone a cruzar el paso de la montaña.

Pero resulta imposible. La nieve, copiosísima, se suma a las piedras que caen sobre ellos desde la cima de la montaña, con una sospechosa puntería. El viento parece reírse de la comunidad tomando la forma de carcajadas siniestras. Parece que el brazo del Enemigo ha crecido, ¿se trata del traidor Saruman, el mismo que les ha enviado los cuervos para espiarlos? Los hobbits ya no pueden avanzar más, están helados, medio enterrados en la nieve a merced de la cruel ventisca. Sólo Legolas es capaz de caminar con su paso liviano de elfo, Aragorn y Boromir usan de su fuerza física y de su nobleza, así como Gandalf del fuego que le arde dentro. Pero los hobbits están a punto de rendirse, detenidos en una pequeña cornisa del sendero.

Verdaderamente, los hobbits son un lastre para la comunidad. Pero la misión no pasa por encima de las personas, no es este el criterio de eficacia de la comunidad del Anillo. Acaso por la sencilla razón de que el Anillo lo lleva colgado del cuello aquel personajito enterrado en la nieve que es incapaz de avanzar ni un metro más y que ya se encuentra en peligro real de congelación. Aragorn y Boromir cargan a sus espaldas a los medianos y los trasladan, uno a uno, hasta un lugar más seguro. La comunidad entera va para atrás, retrocede y desiste de intentar un nuevo ascenso. El resto de la comunidad hubiera podido cruzar el Caradhras, pero usan las fuerzas que hubieran empleado en cruzarlo para ayudar a los más débiles a no hacerlo. Se dejan vencer, se retrasan, se ponen a la altura del más débil. ¿Hubieran logrado algo cruzando sólo los más fuertes? Evidentemente no, porque el Anillo,

que es la razón por la cual existe la comunidad, lo lleva uno de esos miembros tan débiles. Si abandonas al débil, abandonas la misión.

Esto quizá sea difícil de entender para aquellos que sólo buscan la eficacia o el éxito. Aprender que uno no se salva solo, que el rápido espera al lento y el fuerte carga con el débil; esto es lo que significa una comunidad. El fuerte es necesario para el débil y sin el débil no es posible arrojar el Anillo al fuego. «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en presencia de Dios» (1 Cor 1,26-28). A esa persona que me resulta tan molesta, que llega siempre tarde, que canta mal, que hasta me da un poco de vergüenza ajena; o a aquel otro que ha sido encargado de hacer todo lo que yo podría hacer mucho mejor, lo ha elegido Dios personalmente porque es imprescindible para mi conversión. Sin ellos no llego. Es más, es que sin ellos la comunidad no tiene sentido. Yo que soy tan guapo y tan listo, con tanta fe y tanta humildad, debo «retroceder» para cargar con aquel, para esperarle, poniéndome a su altura. «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (Mt 20,26). No es fácil aceptar esto para los soberbios como yo. Pero si aún no lo he comprendido es que todavía no soy cristiano. De hecho, si no lo comprendo, estoy a años luz de comprender a Jesucristo.

Bestias de Sauron

Bloqueado el camino de la montaña, la comunidad se enfrenta de nuevo a una dura decisión. ¿Por dónde vamos? Gandalf insiste en tomar el aterrorizador camino que ya había propuesto a Aragorn, para consternación de todos. Ya que no pueden cruzar por arriba, propone cruzar por abajo, atravesando las minas de Moria. ¡Moria! El más importante de los reinos de los enanos, mansión y hogar del núcleo de su pueblo, perdido a manos del Enemigo hace ya tanto tiempo, es ahora un lugar de mal augurio. Sólo su nombre hace que el corazón de la comunidad se acobarde. Pero Gandalf parece seguro de querer continuar por allí. No hay más opciones que atravesar Moria o volver a Rivendel para esperar la derrota. Boromir propone otros caminos que Gandalf rechaza porque o bien se acercan demasiado a Saruman o bien son demasiado largos de recorrer y el tiempo apremia cada vez más. Cada uno expresa su opinión, pero en última instancia la decisión recae sobre Frodo. El portador del Anillo no desea entrar en Moria, pero no quiere desobedecer los consejos de Gandalf. Mientras se dan un tiempo de reflexión para tomar la decisión correcta, ocurre algo

inesperado. Los huargos, lobos espectrales del Enemigo, atacan a la comunidad en plena noche. Comienzan aullando a su alrededor, con gritos que hielan la sangre de los pobres hobbits, que sólo desean regresar a Rivendel. Después vienen uno por uno, tanteándolos y siendo rechazados fácilmente. Pero cerca del amanecer el ataque arrecia y una multitud de lobos carga contra la comunidad. Todos luchan pero es Gandalf quien marca la diferencia, «¡Escucha, bestia de Sauron!» —grita a los huargos— «Soy Gandalf. ¡Huye si das algún valor a tu horrible pellejo!».

Bien pronto empiezan los combates para la comunidad, pero este primero corre a cuenta de Gandalf, que alzando su vara realiza un prodigio con el fuego y abrasa a los enemigos, para admiración de todos, y especialmente de los hobbits. El vagabundo itinerante, el misionero incansable, da la primera muestra de su verdadero poder contra estos lobos de los que no queda ni rastro al día siguiente, ni siquiera pueden verse sus cadáveres. Estos primeros enemigos son auténticos fantasmas. Su aullido atemoriza a cualquiera y son capaces de desgarrar y matar, pero no tienen cuerpo real. A este tipo de enemigo es necesario combatirle con armas especiales, que no todos tienen en la comunidad. De aquí en adelante vamos a ver cuántos son los enemigos de la comunidad, todos diferentes pero todos con la misma intención de aniquilarte. Aprenderemos además que no todos los enemigos se combaten de la misma manera. Algunos, como los de esta clase, requerirán que Gandalf en su autoridad de apóstol, ya que posee las armas necesarias para combatirlos, dé un paso al frente y se encargue de la defensa. ¿Cuáles son estas armas, propias de un «mago»? Lo dice san Pablo: «No combatimos según la carne. ¡No!, las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas. Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios» (2Cor 10,3-5a).

Para san Pablo deshacer un sofisma equivale a derribar una fortaleza. O sea que derribar un sofisma debe ser una empresa difícil y que requiera de mucha fuerza. ¿Qué son pues estos sofismas? Un sofisma es un razonamiento que usa de la lógica para hacer ver como verdadero algo que es falso, con intención de engañar. Por ejemplo:

Sócrates es mortal.

Un gato es mortal.

Luego Sócrates es un gato.

Menuda tontería, ¿verdad? Este es un ejemplo de sofisma diseñado para demostrar la falsedad de los sofismas. Sócrates no es un gato, eso lo sabe todo el mundo y es fácil de adivinar. El sofisma no parece un enemigo tan fiero. Veamos otro, que nos recuerda a nuestro querido Aragorn:

No es oro todo lo que reluce.
El oro reluce.
Luego el oro no es oro.

Un poquito más perverso. Igual te hace pensar unos segundos más que el anterior; pero en definitiva también resulta un poco flojo. Es como un juego de palabras, una diversión más o menos entretenida, pero poco más. ¿De verdad que para san Pablo los sofismas son como fortalezas? Mira este ahora:

Dios es bueno.
Yo sufro.
Luego Dios no es bueno.

O este otro, parecido al anterior.

Dios es todopoderoso.
Yo sufro.
Luego Dios no es todopoderoso.

Hagamos un alarde de pensamiento filosófico y mezclemos los dos a ver que sale:

Dios es bueno y todopoderoso.
Yo sufro.
Luego o Dios NO es bueno o NO es todopoderoso.

Cambiemos ahora las proposiciones con premisas más concretas.

Dios te quiere. Es bueno y todopoderoso.
Mi hermano se ha muerto con 10 años. / No tengo amigos. / No tengo dinero para llegar a fin de mes. / Mis padres se han divorciado. / Mi marido se ha ido con otra. / Estoy metido en drogas hasta el cuello. / (...pon aquí lo que quieras...).
Luego Dios no te quiere porque no es bueno *y no ha evitado que te ocurra eso. O Dios no existe, porque si no ha evitado que te ocurra eso, es* porque no es todopoderoso. *Y si no es todopoderoso, entonces, lógicamente, no es Dios.*

Por último añadamos tres, cinco, diez o los años que sean con alguien gritándote esto al oído las veinticuatro horas del día y poniéndote enfrente el Anillo con sus imágenes de un tú disfrutando de una vida completamente diferente a la que tienes, donde por fin se te hace justicia y se te toma en consideración, donde al fin llegas a realizarte completamente obteniendo todo lo que anhelas; ofreciéndote hacerte invisible y escapar de todo ese sufrimiento.

Este es el sofisma, el aullido del enemigo que llena de terror al que lo escucha. Pobre del que caiga en sus garras, saldrá destrozado. Pobre del que crea esta mentira formulada de una forma tan lógica que parece mentira que no sea verdad. Pobre de ti y pobre de mí. Pobre de toda la humanidad porque esto lo hemos creído todos. Y estos huargos espectrales nos atacan con frecuencia, paralizándonos con sus aullidos, cuando no todo es como nosotros quisiéramos; cuando no se cumple

nuestra voluntad en todo sino que nos vemos obligados a vivir acontecimientos que no queremos vivir. Escucha sus aullidos, sus sofismas, cuando cualquier cosa amenaza nuestra vida perfecta. ¿No se te hiela la sangre?

Pero no son más que fantasmas sin cuerpo, mentiras que llevas en tu cabeza y en tu corazón y que te amargan la vida. No son verdad, pero a fuerza de estar dentro de ti, se atrincheran y se convierten en auténticas fortalezas, inexpugnables para aquellos que sólo pretenden asediarlas con armas humanas, de la carne, como la psicología, la autoayuda o cualquier otra. No quiero decir con esto que la psicología sea mala, claro que no. Hay casos en los que es necesaria. Pero el problema profundo del hombre es de índole espiritual, estamos heridos por aquel que todo el día nos repite «¿Dónde está tu Dios?» (Sal 42,4), y contra esto nada pueden las armas humanas. Podrán ofrecerte un consuelo, una ayuda puntual, una orientación o una técnica. Tomar antidepresivos no te librará de la depresión, paliará sus efectos, pero no la curará.

Tampoco te curarán las armas que no parecen de la carne, pero que lo son y mucho, cuando no abiertamente del Enemigo. Como la nueva «espiritualidad» tipo *new age,* un paganismo redescubierto y peligrosísimo con el que hay que tener mucho cuidado. Aquí entra el reiki o ciertas técnicas de meditación que usan del yoga, entre otros muchos. De la peor de las versiones de esta «espiritualidad», es decir, de lo esotérico, como el tarot o la ouija ya hemos dado alguna pincelada y hablaremos en profundidad un poco más adelante, pues *El Señor de los Anillos* toca este tema con mucho acierto. Pero todavía no es necesario llegar a estas realidades, que aunque crecen rápidamente en seguidores son todavía un poco marginales, sino a aquellas de apariencia inofensiva, globalizadas, propiedad del imaginario colectivo, que se cuelan en nuestros hogares sin darnos cuenta. Es la «espiritualidad» que nos introducen por los ojos desde la televisión, las revistas o Internet. Son las pequeñas supersticiones, las nuevas creencias que se consideran correctas.

Se me ocurre un ejemplo. Esta frase de *El Alquimista* (año 1988) de Paulo Coelho: «Cuando realmente quieres que algo suceda, el universo entero conspira para que tu deseo se vuelva realidad», pues es muy bonita. Muy romántica, muy de película de domingo por la tarde. Pero nadie se la cree. ¿O sí? En 2006 una señorita norteamericana publica un libro que se titula *El secreto* y que da un método para desarrollar esta idea. Para conseguir algo, sólo tienes que pensar en ello a menudo y desearlo con todas tus fuerzas y ya es tuyo. Una teoría sin importancia. Solamente ha vendido 19 millones de ejemplares en todo el mundo (más que *Los Pilares de la Tierra* o *Charlie y la fábrica de chocolate*). Son innumerables los sitios de Internet que se dedican a

desarrollar esta teoría y pueden contarse por cientos de miles las preguntas de los internautas interesados en saber cómo hacer funcionar este método para que el universo te conceda lo que más deseas.

Entonces, guiado solamente por honrados fines académicos, ayer por la noche me puse a desear con todas mis fuerzas que apareciese ante mí una pizza barbacoa de tamaño familiar. Concreté mi pensamiento como es debido y visualicé perfectamente la carne de ternera y su masa esponjosa y tierna. Me esforcé tanto que hasta pude olfatear su deliciosa salsa. Lo hice bien, centré el foco, verdaderamente deseaba una pizza en ese momento. Fui positivo, proyecté en la pizza todos mis pensamientos alegres. Tanto me concentré que llegué a sudar en el proceso, te lo digo de verdad. Pero me tuve que conformar con la mortadela que quedaba en la nevera.

Pues bien, si este método no es capaz ni de hacer aparecer una simple pizza en mi mesa, ¿cómo va a ser capaz de derribar las fortalezas de mentiras que nos amargan la vida?

Dios quiere curarte del todo, quiere que haciendo frente a los sofismas estos desaparezcan sin dejar rastro. ¿Pero cómo podremos hacerlo? Toda la comunidad los combate y contiene su ataque, pero sólo Gandalf obtiene la victoria sobre estos fantasmas. Esto es misión del apóstol, que como san Pablo combate con armas que no son carnales, capaces de derribar fortalezas, de deshacer estos sofismas que se sublevan contra Dios. Es la Iglesia y sus enviados: sacerdotes, apóstoles, catequistas, la que tiene poder para atar estos sofismas y ponerlos a los pies de Jesucristo iluminando con un foco potente la temible oscuridad de lo que no comprendemos o no aceptamos de nuestra vida. La luz en medio de las tinieblas, como el fuego con el que Gandalf abrasa a los huargos. Es la Iglesia la que tiene el poder de hacerte ver el amor de Dios aun en medio de los sufrimientos. De qué manera todas esas cosas que te han pasado y que te hacen sufrir tanto tienen un sentido maravilloso para ti, porque Dios te quiere verdaderamente y no busca tu mal. Ponte en manos de la Iglesia si los aullidos de los sofismas te tienen paralizado de terror, confía en ella y verás cómo desaparecen los huargos sin dejar rastro.

No deja de tener su gracia que los huargos-sofismas aparezcan cuando la comunidad se toma un tiempo de reflexión a solas con sus pensamientos. Gandalf enseña a la comunidad a combatirlos: primero alza la voz contra ellos con autoridad, «¡Escucha, bestia de Sauron!», no se acobarda ante sus aullidos, sabe que son humo. La voz del apóstol es fuerte, es la luz donde sólo hay tinieblas. Y luego esta voz se hace fuego físicamente. Contra estos monstruos sólo con fuego, con luz que ilumine la noche. Así es como se les vence. Y la comunidad aprenderá que la oscuridad sólo sirve para aumentar el miedo a los

aullidos, que es mejor poner luz donde hay un enemigo. Sacar las cosas a la luz. Decía san Ignacio de Loyola que un problema contado es medio problema. Esta es la clave. Luz contra los aullidos. Es lo que no soporta el Enemigo que siempre quiere esconderse donde no pueda ser visto. ¿Para qué vas a contar eso, si no es más que una tontería? Además te da vergüenza. Si lo haces te conocerán como eres y te dejarán de querer. Con lo buena chica que parecía... Pues bien, ni caso, que se le vea, luz y fuego. El apóstol. Es la única manera. Y al día siguiente no se verán ni sus despojos.

Capítulo 12

EN BUSCA DEL ARCA PERDIDA

«INDIANA: Es como si de pronto, todo el maldito mundo fuese a entrar en combate.
MARION: Eso no supondrá mucha diferencia para ti.
INDIANA: Sí lo hará. Odio las multitudes».

Lawrence Kasdan
(*Raiders of the lost Ark,* primer borrador del guion.
Eliminado del metraje final).

A causa de la proximidad de los huargos, a la comunidad del Anillo no le queda otra alternativa que la de internarse en las minas de Moria.

Es importante ver qué es Moria. Para ello tenemos que remitirnos a la primera novela de nuestro profesor de Oxford. En *El Hobbit*, Tolkien apunta temas que luego desarrollará en profundidad en *El Señor de los Anillos*. Esto ya lo vimos un poco cuando hablamos de la relación entre el Bosque Negro de Bilbo y el Bosque Viejo de Frodo. Pues bien, Moria es uno de estos temas. Parte como no puede ser de otra manera, de Erebor, el maravilloso reino de los enanos perdido a causa del dragón Smaug, tal como se relata en *El Hobbit*. Y si te fijas, verás que ambas historias siguen la misma pauta. Tanto en el Erebor de *El Hobbit* como en la Moria de *El Señor de los Anillos* los enanos han construido reinos espléndidos y magníficos. Allí prosperan porque ambas mansiones son ricas en metales y piedras preciosas y los enanos son una raza de herreros y orfebres, los más hábiles artesanos de toda la Tierra Media. Pero cuanto más crece la riqueza de los enanos que allí habitan, tanto más crece su codicia, su orgullo y su ambición. En Erebor encuentran un tesoro, la «piedra del Arca», el corazón de la montaña, una joya tan espléndida que sólo poseerla convierte a su legítimo propietario en rey. En el caso de Moria encontrarán otro tesoro, *mithril*, la plata auténtica de la que ya hemos hablado, más valiosa que el oro, a la que ni se le comparan las joyas. Ambos descubrimientos no hacen sino aumentar la codicia de los enanos y tiene funestas consecuencias para ambos reinos. En *El Hobbit*, el descubrimiento de la piedra del Arca despertará la avaricia de otro ser, el malvado dragón Smaug el dorado, que destruirá todos los pueblos de los alrededores de Erebor y expulsará a los enanos de su reino. En el caso de Moria, la codicia les hará excavar demasiado hondo para conseguir más *mithril*, lo que

despertará a un terrible demonio dormido bajo la montaña del que por desgracia tendremos que hablar en breve. También serán expulsados los enanos de Moria por este monstruo abominable. Y se convertirán así en un pueblo sin tierra, desterrado de su hogar, condenado a vivir entre otros pueblos que desconfían de ellos. Extraños para todos, hablan en su propia lengua secreta que no enseñan a nadie y no se relacionan con ninguno a no ser por fines comerciales. Así que en 1937 Tolkien nos cuenta una historia sobre los enanos que repetirá 17 años después en *El Señor de los Anillos* casi punto por punto. Sin embargo, lo que Tolkien apunta en su primera novela adquiere en esta un nuevo contenido, se desarrolla de un modo más profundo. Para entenderlo debemos responder a estas preguntas: ¿Quiénes son estos enanos? Y, ¿por qué Tolkien repite la misma historia dos veces?

«Concibo a los enanos como judíos: a la vez nativos y ajenos en su lugar de nacimiento, en posesión de la lengua del país, pero con un acento que es consecuencia de su propia lengua privada»(47). «Los enanos, por supuesto, son de un modo bastante obvio los judíos. Sus palabras son semíticas, obviamente. Construidas para que fueran semíticas»(48).

Si para Tolkien los enanos son el pueblo hebreo, entonces las historias que nos ha contado sobre ellos adquieren un significado nuevo y muy elocuente.

Vamos a detenernos un momento en Erebor y Smaug, donde hay una maravillosa catequesis escondida. La Montaña Solitaria donde se ubica Erebor es el lugar donde está la piedra del Arca. Ya hemos dicho que quien tenga esta joya será rey y también hemos visto cómo la codicia de los enanos atrae al dragón, que asesina a muchos, expulsa al resto, roba la piedra del Arca y se asienta en el lugar que ella ocupaba. Si los enanos son los hebreos no es descabellado deducir que esta montaña solitaria, cuando Tolkien aún no había imaginado que llegaría a publicar algún texto donde apareciesen las minas de Moria, haga referencia al monte del Señor, al Templo de Jerusalén. ¿Qué custodia el Templo en su interior? El Arca de la Alianza, preservada en el Santo de los Santos. Esta caja de madera de acacia revestida de oro por dentro y por fuera es el objeto más sagrado del pueblo de Israel. El Arca contiene las segundas tablas de la Ley talladas por Moisés pero escritas por el dedo de Dios, una urna de oro con el maná y la vara de Aarón, el hermano de Moisés. Estos tres son signos de vida, y dan testimonio de una cosa muy seria y muy importante: la alianza que Dios ha establecido con su pueblo. La alianza es un regalo gratuito de Dios a su pueblo, una condescendencia especial para con ellos por la cual se compromete a ser su Dios, su protector, su ayudador. El pueblo no tiene nada por lo que merecer que el Dios del cielo se comprometa a guardarles, protegerles y darles la felicidad. La alianza, cuya esencia,

su resumen, se contiene en las tablas de la Ley, es un acto de amor de Dios con un pueblo que no era ni pueblo y que no se merecía semejante regalo.

Volviendo a la obra de Tolkien, ¿qué es lo que custodia la Montaña Solitaria en su interior? Efectivamente, la piedra del Arca. Ahora se entiende mejor su título de «corazón de la montaña». Es el corazón del Templo, el Arca de Dios. La piedra angular y preciosa. «Yo pongo por fundamento en Sión (el monte del Templo) una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien tenga fe en ella no vacilará» (Is 28,16). Esta palabra se cumplirá en Jesucristo, verdadera piedra del Arca, angular y preciosa. Veremos cómo un poco más adelante.

Pero ahora debemos fijarnos en que el Templo es destruido por un dragón. El profeta Jeremías comparará a Nabucodonosor con un dragón (cf. Jr 51,34) que se traga al pueblo al destruir el Templo y llevarlo al exilio. La pregunta es por qué este dragón destruye el Templo y arruina la ciudad santa. La respuesta es que el Templo custodiaba el corazón de la alianza, el Arca, y el pueblo a lo largo de los años fue reiteradamente infiel a esta alianza. Rechazaron la alianza con Dios y sirvieron a otros dioses generación tras generación. Despreciaron vivir del amor que Dios les ofrecía y convirtieron al todopoderoso en una simple superstición. Si tenemos el Templo, pensaban, nada malo nos podrá ocurrir; podemos obrar como nos venga en gana porque la presencia del Templo entre nosotros es nuestra seguridad. Pensando así transformaron el Templo en un lugar mágico y olvidaron el amor. Pero cuando uno abandona al Dios verdadero, inevitablemente aparece otro dios mucho más práctico a sustituirle: el dinero. «Los jefes de Sión juzgan por soborno *(dinero),* sus sacerdotes enseñan por salario *(dinero),* sus profetas vaticinan por dinero y se apoyan en Yahvé diciendo: '¿No está el Señor en medio de nosotros? (en el Templo) ¡No vendrá sobre nosotros ningún mal!' Por eso, Jerusalén será un montón de ruinas, y el monte del Templo un otero salvaje» (cf. Miq 3,11-12).

Es que Dios no es una superstición que está al servicio del que la padece. No se puede coger a Dios como a un salero y arrojar un poquito de Dios por encima del hombro para garantizar unas horas de buena suerte. Dios a mi entero servicio para asegurar mi tranquilidad y mi prosperidad personal. Hago algún sacrificio, enciendo alguna vela y apruebo el examen sin estudiar o le va bien la operación a mi prima. ¿Es este el corazón de la alianza? Claro que no. Entonces ¿qué sentido tiene conservarlo? Fíjate que el pueblo abandona la relación de amor con Dios para convertirla en una superstición. La superstición es una tendencia que nace del temor. Tengo miedo a suspender y por eso enciendo una vela, así como tengo miedo a que se muera mi prima y por eso hago un sacrificio. Para atarlo a mis intereses. Recuerda que

el Anillo es el miedo a la muerte, al sufrimiento. Y como no se puede servir a Dios y al dinero, cuando uno abandona al Dios del amor y lo cambia por el miedo de la superstición debe buscar algo que le dé la seguridad que acaba de perder abandonándolo. De modo que la codicia, el amor al dinero, se convierte en la expresión, quizá no la única pero sí la más elocuente, de la progresiva separación del hombre de Dios. Y como narra la Biblia acerca del pueblo de Israel, a los enanos de Tolkien la codicia les lleva a la ruina. Esta es la clave de todo. En *El Hobbit* podemos leer cómo Thorin Escudo de Roble cae víctima de lo que Tolkien llama el «mal del dragón», que no es otra cosa que la codicia. Por eso pasará de anhelar la posesión de la piedra del Arca para ser rey, a ambicionarla para legitimarse como único propietario del tesoro del dragón, que no es lo mismo.

Pero hay un templo todavía más importante. El cristiano es Templo del Espíritu Santo. Si tiene dentro aquella perla preciosa que merece todos los bienes de la tierra, esta piedra del Arca angular y preciosa, será rey, porque vive apoyado en Aquel que tiene todo sometido bajo sus pies. Pero si entra la codicia en él, que es la raíz de todos los males, como dirá la carta a Timoteo, entra el dragón. «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los cielos» (Mt 19,24). El nombre de este dragón, «Smaug», esconde un perverso juego de palabras muy catequético. Tolkien declaró en un artículo en 1938 que «el dragón lleva por nombre un seudónimo, el pasado del verbo germánico primitivo Smugan, que significa pasar apretadamente por un agujero». O sea, que es muy interesante, porque es como si Tolkien dijera que para el rico, el codicioso, el que pone su confianza en el dinero, es más fácil que le entre un dragón dentro (en el Templo santo, el camello por el ojo de la aguja) que el que él entre en el Reino de los cielos. Como ya se ha dicho anteriormente, no hay que olvidar que Tolkien es ante todo un filólogo y le da una importancia extrema a las palabras que utiliza y a su significado. El «mal del dragón», pues, expresa físicamente el temor que lleva a la superstición, el poder del Anillo que no es otra cosa que vivir para uno mismo. El avaro es un ateo, no cree que Dios es el que da todo, sino que atesora todas las cosas para sí mismo temiendo que Dios se las vaya a quitar y se convierte en un infierno para el otro porque ambiciona todo lo que el otro posee. Cuando la gloria del Señor abandona el Templo es normal que en él se instalen los siervos del Enemigo.

Sin embargo, no es a Erebor sino a Moria donde se dirige la comunidad del Anillo. Lo primero que llama la atención de Moria es su nombre. Moria es el nombre de la montaña a la que asciende Abraham con su hijo Isaac para ofrecerlo allí en sacrificio en obediencia al mandato de Dios. La tradición ha identificado siempre

esta montaña con el monte del Templo. Así que la Moria del *El Señor de los Anillos* parece corresponderse de nuevo con el Monte del Templo de Jerusalén. Como ya hemos dicho algunas veces, con Tolkien la explicación más sencilla suele ser la verdadera(49).

De modo que la comunidad del Anillo se interna en el Monte del Templo, instigada por el mismo Gandalf. ¿Qué encontrarán allí? ¿El arca perdida? De momento están atascados ante sus puertas, imposibles de abrir. Gandalf usa de toda su sabiduría para hallar la contraseña que las abra, pero todo es en vano. El mago escudriña una y otra vez el grabado que aparece en la pared de la montaña indicando dónde se encuentra la entrada, pero no logra discernir cuales serán las palabras que les dejen entrar en su interior. Se hace de noche y la comunidad se encuentra atrapada entre la fría pared de piedra y un tenebroso lago a sus espaldas. Por fin Gandalf da con la clave, absurdamente sencilla, como todos los enigmas cuando se encuentra su solución. En el grabado de las puertas se puede leer: «Habla, amigo, y entra», pero lo ha traducido mal. La traducción correcta es: «Di 'amigo' y entra». Así que pronuncia la palabra «amigo», *mellon* en élfico, y los portones se abren permitiéndoles entrar. Demasiado simple, como admitirá el mago, para estos tiempos oscuros. Aquella era la contraseña de tiempos más felices. Con todo lo que pasó después en Moria es normal que no se le hubiera ocurrido. Porque el Templo, para ser fiel a su vocación, debía ser llamado «casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,7), un lugar donde pudieran entrar los amigos para encontrarse con Dios, también los no judíos, los gentiles, los «extranjeros adheridos a Yahvé» (Íd.) Esa era la finalidad del Templo y de la presencia de Dios en él, alegrar a todos los pueblos con la misma alianza. Y, como consecuencia de esta, esa ha sido y será la finalidad del pueblo de Israel, permitir, por su sola existencia, que todos los pueblos puedan conocer al Dios único. Pero son tiempos oscuros. Piensa que en la comunidad hay un elfo y un enano, o dicho de otro modo, un representante de la cristiandad y un hebreo. Ambas razas, desde tiempo inmemorial no se pueden ni ver y se odian. Pero mira cómo Tolkien las pone juntas en la misión de salvación universal que significa la comunidad del Anillo, a pesar de todos sus viejos rencores. Qué enorme intuición la del viejo profesor de Oxford. Sorprende pensar cómo fue capaz de ver la necesidad de que cristianos y hebreos colaboren juntos para sanar una Europa que se aleja y reniega de sus raíces, que son sus valores judeocristianos, para abrazar un nuevo modo de vivir la vida basado en la negación de Dios, de la que ambos credos, el olivo y el olivastro, son testimonio en contra.

El Señor de los Anillos quiere pasar página a años de barreras y prejuicios entre católicos y hebreos para centrarse en la misión de salvación que ambos pueblos han recibido de Dios respecto al mundo

de hoy. Y así, reflejando sus disputas, busca las soluciones. Por ejemplo en *El Hobbit*, sin perder de vista que Tolkien lo concibió como un cuento para niños, la cristiandad (los elfos) se nos muestran como una realidad encerrada en sí misma, que desaparece poco a poco y cuyos restos no son capaces de enfrentarse a los problemas del hombre de ese momento, porque el mundo está cambiando. A Thranduil, el rey elfo, sólo le preocupa conservar su reino y no le importa en absoluto que lo que hay fuera de sus fronteras se esté derrumbando. Es todo lo contrario a Gandalf, que como ya hemos dicho, representa la nueva evangelización. Enanos y elfos se echan en cara cosas terribles. Esto se ve muy bien en la película cuando Thorin le dice a Thranduil: «Hiciste oídos sordos al sufrimiento de mi pueblo», lo cual si seguimos adelante con la interpretación hebreos-cristiandad adquiere una significación muy seria. Hasta hace bien poco, el día de Viernes Santo, la liturgia de la Iglesia pedía por los «pérfidos» judíos. La incomprensión entre ambos pueblos ha sido total.

Di *amigo* y entra. Légolas es hijo de Thranduil, el que hizo oídos sordos al sufrimiento de los enanos, y Gimli lo es de Glóin, uno de los enanos que acompañó a Thorin a recuperar Erebor de las garras de Smaug y que escapó a duras penas de los calabozos de Thranduil. No hay nadie en el mundo que pueda llevarse peor. Sin embargo, están llamados a salvar juntos a la humanidad, superando el muro que les separa, el odio.

La amistad entre el católico y el hebreo forma parte de la propia experiencia de Tolkien. Como muestra, traigo aquí un precioso extracto de una carta dirigida a su hijo Christopher en 1944, donde cuenta una anécdota que le ocurrió con uno de sus íntimos amigos, Cecil Roth, profesor judío de Oxford en una de las noches que, a causa de los bombardeos sobre Inglaterra de la II Guerra Mundial y por su condición de militar en la reserva, tuvo que pasar fuera de casa, en la oficina de defensa civil: «Estaba en la pequeña habitación 033: muy fría y húmeda. Pero ocurrió un incidente que me conmovió, y la ocasión se hizo memorable. Mi compañero de infortunio era Cecil Roth (el erudito historiador judío). Lo encontré encantador, lleno de gentileza (en todo sentido); nos quedamos conversando hasta pasadas las 12. Me prestó su reloj, pues no había allí ninguno que marchara, y, no obstante, él mismo vino y me llamó a las 7 menos 10: ¡para que pudiera asistir a la Comunión! Me pareció un atisbo fugaz de un mundo que no hubiera caído. En realidad, yo estaba despierto y descubriendo (como uno lo hace) varias razones (aparte del cansancio y no tener oportunidad de afeitarse ni de siquiera lavarse) como excusas para no asistir. Pero la intervención de este judío tan amable y la mirada grave que dirigió a mi rosario zanjaron la cuestión. A las 7.15 estaba en St. Aloysius a tiempo para la confesión antes de la

misa».

Orcos, orcos y más orcos

Tras escapar por los pelos de los tentáculos de un abominable ser que vivía en el lago frente a las puertas de Moria y que parecía ir directamente a por Frodo, la comunidad se interna al fin, en el reino de los enanos.

Es un viaje marcado por la oscuridad, rota solamente por la tenue luz que sale del bastón de Gandalf, que les guía por el intrincado laberinto de caminos que Moria les ofrece. Frodo, a causa de la cuchillada en el hombro, nota que puede ver mejor en la oscuridad que el resto de sus compañeros y siente cómo le pesa el Anillo, colgado de una cadena sobre el pecho, porque percibe que algo malo les espera adelante y que algo malo los viene siguiendo. No se equivocará en ninguna de las dos. La experiencia de pecado, su herida en el hombro, la cruz de su debilidad, le ayuda a intuir dónde se esconde el peligro. Dice el refrán español que el «gato escaldado del agua fría huye». Es verdaderamente un arte saber aprovechar nuestras faltas, y si el Señor nos lo concede como a Frodo, podremos ver mejor en cualquier oscuridad que se extienda ante nosotros.

Tras dos jornadas de camino, una difícil encrucijada y una soberana metedura de pata de Pippin que tira una piedra a un pozo interminable provocando un ruido ensordecedor que parece despertar algo en lo profundo de las minas de Moria, la comunidad llega a una sala enorme, con el techo sostenido por columnas profusamente talladas, donde se hace presente la melancolía de Gimli por el reino perdido y por el tesoro que se guardaba en él. Ya no es la piedra del Arca de Erebor, sino el *mithril*. Moria era el único lugar de la Tierra Media donde se podía conseguir este maravilloso metal, que como ya hemos visto, es también símbolo de la Palabra. El *mithril* es la piedra del Arca de Moria, y querer atesorarlo codiciosa y supersticiosamente, para sostener el propio orgullo y no para crear maravillosas obras de artesanía, como la cota de malla de Frodo, que pudieran ofrecer a los aliados para que estos se armaran con ellas en la lucha contra el Enemigo, ha supuesto la perdición para los enanos.

Llegan después a una sala especial, cerca ya de la salida. No han tenido problemas, más allá de unas misteriosas pisadas que Frodo escucha y que parecen seguir a la comunidad y de un lejano ruido como de tambores, que varía en intensidad, desde que Pippin arrojó aquella piedra al pozo. Es un cuarto grande y cuadrado. Está apenas iluminado pero eso les indica que ya están muy arriba del otro lado de Moria y que en ese mismo día van a lograr salir de las minas. Pero en el centro de este cuarto hay una losa de piedra blanca sobre la cual hay grabadas unas runas. Es una tumba. La tumba de Balin, otro de los

enanos que acompañó a Thorin y que quiso, junto con otros de su raza, recuperar Moria para los suyos.

Llenos de tristeza, los miembros de la comunidad buscan en la sala algún indicio que pueda explicarles la muerte de Balin. Toda la sala ha sido saqueada, y hay restos de lucha, espadas hendidas y escudos rotos. También cimitarras de orco. Entre los restos encuentran un malogrado libro, donde a modo de diario los enanos de Balin dejaron registrados todos sus movimientos desde que regresaron a Moria. Es una historia siniestra; tras lograr expulsar aparentemente a los orcos de las minas, los enanos volvieron a buscar *mithril* y parece que lo encontraron, pero poco a poco fueron siendo reducidos por los orcos y quizá por algo peor que ellos. Los últimos registros se refieren a esa misma cámara en la que la comunidad se encuentra ahora. «Tambores. Tambores en los abismos. Están acercándose. No podemos salir».

Bum, bum. Tambores. Pero el ruido no sale del viejo y ajado libro. Los enemigos se acercan a la comunidad. Bum, bum. Están atrapados en esa sala y no pueden salir. Suena la ronca llamada de un cuerno y el ruido de pies que se abalanzan por el pasillo se mezcla con el de los gritos de los enemigos. Dardo brilla con una luz azulada, son orcos y van a por ellos. Van a por ti y te quieren matar. La casa de Dios, el Templo, se ha convertido en una cueva de orcos, de bandidos que quieren asesinarte. No hay arca perdida que encontrar allí, sólo orcos y trolls. Tampoco hay aullidos que llenen de temor el corazón de los hobbits y sus compañeros, porque no son huargos ni sofismas. Estos enemigos son otros; son muchos, grandes y pequeños, deformes, horribles, sedientos de sangre. Por eso toda la comunidad desenvaina sus espadas y se enfrenta a ellos. Cada uno debe combatir a los orcos que le atacan y prestar ayuda a quien pueda. Los orcos se precipitan en la sala, muchos de ellos son enormes. Frodo grita «¡la Comarca!» y se lanza contra el que viene a por él hiriéndolo con su espada. Todos combaten el buen combate. Llega tu turno y el mío. Míralos, los tienes ahí delante. ¿No sabes quiénes son los orcos? Escucha a san Pablo: «Fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, homicidios, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes». (cf. Ga 5,19-21). Fíjate en ellos, unos son gigantes y parecen indestructibles, como los que quieren hacerte morir con la fornicación, otros son pequeños y ladinos como los celos. Otros tienen los ojos inyectados en sangre como el odio, o los dientes afilados como la envidia. Otros son obesos y hieden como las borracheras y otros llevan armas capaces de dividir a los hermanos. Todos con incisiones, pendientes y colgantes macabros clavados en su piel, como la idolatría. Son tus enemigos, los siervos del Anillo del gran Enemigo que te ha robado la tierra prometida. Ahora es el momento, coge las armas y lucha. ¡Lucha! No

dejes que estos monstruos te quiten la esperanza y arranquen la vida de Dios en ti. Combate ahora contra estos ladrones que te han robado la tierra que otro había ganado para ti. Grita como Frodo el nombre de aquello que amas, de tu mujer, tus padres o tus hijos y carga contra ellos. ¡Lucha! No te acobardes ahora. Enfréntate a ellos con la espada del Espíritu. No dejes que su brutalidad ni sus armas te roben la esperanza. A por ellos. No hay otro remedio, o ellos o tú. Mira lo que te han hecho, te han robado la perla preciosa, la piedra del Arca, la plata auténtica que había en ti. Te la han robado porque ¡el Templo eres tú!, ¿no lo sabías? Eres Templo del Espíritu Santo; tú eres el auténtico Templo del que el otro era imagen. ¿Y qué tienes dentro? Orcos, orcos y más orcos. Pues bien, no tengas miedo y combate contra ellos. Han robado de tu corazón la piedra del Arca y ahora quieren robarte el resto de tu vida. Pero no temas quedar herido en la batalla. Mira a Frodo; un caudillo orco acaba de golpearle brutalmente con su lanza. Un golpe así debería haberle matado al instante. Pero no ha muerto, ¿ya sabes por qué? Porque la coraza de *mithril*, la coraza de la justicia, le ha protegido del golpe fatal. Porque Cristo ha justificado todos tus pecados, todas las heridas de los orcos, porque ha dado la vida por ti. Él ha querido sufrir todas esas heridas porque te ama. Y así, aunque te hieran en el combate, ya nada podrá hacerte un daño permanente si te levantas y sigues luchando. Pero si no te levantas, o si como a Frodo, Aragorn u otro hermano no te levanta y te quedas tirado en el suelo, acabarán pisoteándote sin piedad. El combate de la fe es un combate a muerte. No es que los enemigos te quieran asustar, es que te quieren matar.

La sombra y la llama

La comunidad vence de momento. Los monstruos se dispersan y ellos aprovechan la ocasión para salir corriendo hacia la salida. Pero el Templo está peor de lo que parece. Para llegar al tramo de escaleras que lleva afuera de Moria hay que atravesar un estrecho puente sobre un negro abismo sin fondo, que hay que cruzar de uno en uno. Gandalf queda guardando la retaguardia. Cada uno tiene que cruzar su camino estrecho sobre el abismo. Pero aparece algo en el lado que acaban de dejar. Es un ser de oscuridad y fuego, un monstruo domado por el primer Enemigo. Una bestia gigantesca que empuña la muerte, llena de poder y de terror. Es un Balrog. Uno de los espíritus más terribles de entre aquellos que se convirtieron en servidores del Enemigo oscuro. Aquí no hay tapujos, en el lenguaje inventado de Tolkien, Balrog significa «demonio de poder». Un demonio que se ha apoderado del Templo, del lugar santo.

La Abominación de la Desolación.

Qué terrible descubrimiento hacemos en el camino de la fe. En

nosotros, templos del Espíritu Santo, en el lugar donde debería estar la piedra preciosa del Arca, se yergue la Abominación de la Desolación. Donde debería estar la imagen de Dios, está la imagen del Enemigo. Así que ya no soy imagen y semejanza de Dios, sino que expulsado Dios del Templo por los bandidos siervos del Anillo, soy imagen y semejanza del Enemigo. El Balrog está dentro de mí. La buena noticia es que ahora comprendo la mayoría de mis actos: mis fornicaciones, odios, envidias, contiendas e idolatrías. Ahora comprendo por qué soy así. Hacía lo que no quería porque me lo dictaba la ley del ministro del Enemigo que llevaba dentro.

De nuevo es Gandalf quien, cansado por el combate con los orcos y abrumado por el descubrimiento del Balrog, debe tomar la iniciativa en esta lucha. Con la espada desenvainada y apoyándose en su vara, avanza por el puente hasta encarar al Balrog. «No puedes pasar». Ya basta. Vete del corazón del hombre. Este no es tu sitio: «*¡Vuelve a la sombra!*», al infierno, con tu amo, que es donde debes estar. «No puedes pasar». Chocan las espadas. La comunidad contempla la terrible batalla. Aragorn y Boromir acuden corriendo a ayudar a Gandalf, pero este golpea el puente con su vara de misionero y esta se quiebra en dos abriendo una brecha en él por la que comienza a caer el Balrog. Gandalf le ha vencido, pero mientras cae atrapa al mago gris con su látigo y comienza a arrastrarle hacia el abismo.

«Cuando veáis la abominación de la desolación erigida en el Lugar Santo, entonces, huid» (cf. Mt 24,15-16). No era enemigo para ellos; como los huargos, pero, multiplicado por mil, este era enemigo para Gandalf. Cuando el mago ve a la comunidad que todavía no ha escapado de Moria, paralizada por el terror, estando él ya a punto de caer a la negrura, pronuncia sus últimas palabras: «*¡Huid, insensatos!*», haciendo suyo el mandato de Jesús. Y cae en la oscuridad.

La comunidad obedece y huye. Es también una virtud importantísima saber cuándo hay que huir. Hay enemigos con los que no se pueden enfrentar sin que medie el ministerio del mago itinerante. La batalla con el Balrog se ha saldado con unos huyendo y otro cayendo en el abismo. Veremos más adelante cómo termina realmente. De momento nos toca aceptar con humildad que estamos corriendo en dirección contraria. No es fácil sacar de nuestro corazón al Enemigo, aunque Gandalf le ha expulsado de allí. La imprecación que le ha lanzado «¡No puedes pasar!» suena casi como un exorcismo, como los que todos los bautizados han recibido en su bautismo y cuya renovación vuelve a aparecer en *El Señor de los Anillos*. Dice la oración del ritual de bautismo: «Dios Todopoderoso y Eterno, que has enviado a tu Hijo al mundo para librarnos del dominio de Satanás, espíritu del mal y llevarnos así, arrancados de las tinieblas, al Reino de tu luz admirable; te pedimos que este niño, lavado del pecado original sea Templo tuyo,

y que el Espíritu Santo (la perla preciosa, la piedra del Arca, no el Balrog, ni los orcos) habite en él».

Sale la comunidad de Moria sin haber encontrado el arca perdida, sólo a un demonio de poder que campaba a sus anchas en el lugar santo. Es una huida precipitada, entre el dolor y las lágrimas por la pérdida de Gandalf. Otra vez toca caminar sin guía. Sin el único «consagrado» de la comunidad. Todos están desolados y el desánimo pone en peligro la misión. Apenas tienen tiempo para detenerse a curar las heridas. Aragorn descubre al fin la cota de malla de Frodo y, a pesar de la tristeza, siente un profundo alivio al saber que la lleva ceñida. Deben correr sin detenerse, sin tiempo para llorar al viejo mago gris. Los orcos les pisan los talones, enfurecidos por la caída del Balrog. Avanzan y avanzan sin descansar hasta llegar a la frontera de Lórien, el reino de los elfos al cual quería llegar Gandalf tras atravesar Moria. Los elfos, tras comprobar su identidad y sus intenciones les dejarán entrar en el corazón de su reino. No deben preocuparse ya de los orcos de Moria, los elfos se encargarán de ellos. Hundidos, al borde de la desesperación, agotados y heridos, llegan a la ciudad de los elfos donde son recibidos por la Reina de Lothlorien, la Dama Galadriel. La más bella, la poderosa Dama de Lórien de las flores. Y son consolados por ella. Y al encontrar a la Dama han encontrado lo que ya daban por perdido. En efecto, en Galadriel, la comunidad acaba de encontrar el arca perdida.

Capítulo 13

DE MORIA A MARÍA

«Feliz ese momento en que te dignas acercarte a mi corazón dominado por el desconsuelo, misericordiosa Virgen María».

Tomás de Kempis
(*Imitación de María,* 1,11)

Galadriel. Tolkien dice que «es verdad que este personaje debe mucho a la enseñanza cristiana y católica acerca de María y de la presentación de su imagen»(50). Se muestra de acuerdo con el crítico que escribe: «El personaje de Galadriel, tal como está descrito directamente (o a través de las palabras de Gimli y Sam) está claramente relacionado con la devoción católica por María»(51). Afirma que sabe exactamente lo que quiere decir su amigo sacerdote Robert Murray cuando compara a Galadriel con la Virgen María: «Tus referencias a Nuestra Señora, sobre la cual se funda toda mi escasa percepción de la belleza tanto en majestad como en simplicidad»(52). Y un mes antes de morir declara: «Galadriel era 'inmaculada': no había cometido malas acciones»(53). Es decir, purísima y sin pecado concebida.

La comunidad del Anillo, o lo que queda de ella sin Gandalf, ha encontrado en Lórien lo que ya no podía encontrarse en Moria. Han caminado de Moria a María, descubriendo la nueva alianza, cuyo testimonio se guarda, al igual que la antigua, en un arca vestida de oro. La Virgen María es la nueva Arca de la Alianza, así se presenta en el Evangelio, sobre todo en el de Lucas. La nube del Espíritu Santo desciende sobre la Virgen María como descendía sobre la tienda de la reunión. Continúa Lucas con el episodio de la visitación de la Virgen María a su prima Isabel que está lleno de paralelismos con el del traslado del arca a Jerusalén. Si el rey David «danzaba, saltaba y bailaba» (2Sam 6,16) delante del arca, Juan Bautista, el hijo de Isabel, «empezó a dar saltos de alegría» (Lc 1,41) al aproximarse la Virgen María llevando a Jesús en su seno. Cuando Uzzá toca el arca para sujetarla al ver que se balancea cae muerto al instante y David exclama: «¿Cómo va a venir a mi casa el Arca de Dios?». Isabel, a su vez, preguntará «¿Cómo es que viene a mí la madre de mi Señor?». Tres meses estuvo el arca en casa de Obededom, así como tres meses estuvo la Virgen en casa de Zacarías e Isabel.

La Virgen María, entonces, según enseña el Evangelio es el lugar de

la presencia de Dios. Guarda en su interior la verdadera «piedra del Arca», la piedra angular y preciosa, piedra de tropiezo para el que no cree: «Dice la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido. Para vosotros, pues, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo. Tropiezan en ella porque no creen en la Palabra» (1Pe 2,5-8). Guarda también en su interior el verdadero *mithril*, es decir, la verdadera justicia de Dios, la justicia de la cruz, de la que tanto hemos hablado ya. Esta justicia ya no está en el Templo de la ley antigua, en Moria, porque el hombre ya no se justifica por cumplir la ley, sino por creer en Cristo Jesús. Este Cristo que se guarda en el arca maravillosa que es la Virgen María.

Galadriel vive en Lórien, un maravilloso reino élfico cubierto de flores y de árboles magníficos llamados *mallorn*, donde los elfos construyen sus casas. Lórien es un lugar lleno de bondad y esperanza, un refugio seguro en medio de la tormenta. Porque a diferencia de Rivendel, que está ubicada más al oeste, en una parte de la Tierra Media que aún permanece a salvo de las amenazas más inminentes del Señor Oscuro, Lórien está situada en el centro de muchos peligros. Limita con la orilla misma del Bosque Negro donde está Dol Guldur, la fortaleza del principal de los Nazgûl o Jinetes Negros. Linda detrás con Moria y sus orcos y tiene al lado Isengard, residencia de Saruman el traidor, junto al temible bosque de Fangorn que tan importante va a resultar para la trama del libro. Que el personaje de *El Señor de los Anillos* que es imagen de la Virgen María viva en medio de tantos enemigos no es casualidad. Al contrario, refuerza la idea principal que se desprende de esta parte del libro acerca de la antigua y la nueva alianza. Galadriel vive en tierra de gentiles, no en el civilizado occidente de la Tierra Media, donde todavía los caminos son aceptablemente seguros y las ciudades permanecen relativamente a salvo. Hay aquí un paralelismo importante con la Virgen. Piensa, por ejemplo, en los dos episodios de anunciación que aparecen en el Evangelio de san Lucas, el de Zacarías y el de María.

El arcángel Gabriel es enviado a Zacarías para anunciarle que le va a nacer un hijo en su vejez: san Juan Bautista. El anuncio se realiza en el Templo, en la ciudad santa de Jerusalén, rodeado por toda la solemnidad del culto, junto al Arca de la Alianza, ante el Santo de los Santos, lugar de la presencia de Dios entre los hombres, a la derecha del altar del incienso. Lucas dice de Zacarías y su mujer Isabel que «caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor» (Lc 1,6): es decir, que cumplían la ley escrupulosamente. Sin embargo, ante el anuncio de Gabriel, Zacarías permanece escéptico y duda de que pueda llegar a cumplirse. Y como consecuencia queda

mudo por no haber creído.

El mismo arcángel es enviado a María para anunciarle que le va a nacer un hijo en su virginidad: Jesús. Pero el anuncio no se realiza en un lugar santo sino en Galilea, en un pequeño pueblo llamado Nazaret, en tierra de no creyentes, de gentiles. Galilea es la frontera de la Tierra Santa y allí conviven hebreos y no hebreos. De modo que Jesús, la presencia definitiva de Dios entre los hombres, no viene a habitar en el Templo sino en la Virgen María, rodeada de gentiles, mostrando así que la salvación es para toda la humanidad. Esta es la nueva alianza; de María no se dice que caminaba sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor, sino que es «llena de gracia» (Lc 1,28), es decir, llena del amor gratuito de Dios. La antigua alianza puede depender del cumplimiento humano, pero la nueva alianza depende directamente de Dios, del amor gratuito que siente por ti y por mí y no se basa en los méritos del que cumple con la ley, sino que es Dios mismo quien se hace hombre para cumplir esta ley para nosotros y entregárnosla ya realizada en Él. Por eso son los fariseos, estrictos cumplidores de la Ley, y no los paganos, incluso con sus dioses abominables, los que aparecen como adversarios de Jesucristo. Porque quien se cree mejor que los demás por cumplir la Ley no conoce a Jesucristo y se equivoca radicalmente al pensar que Dios *tiene la obligación* de bendecirle, devolviéndole el favor que se le ha prestado con sus esfuerzos, muy por encima de los que él considera pecadores. Eso es religiosidad natural, no es fe. Tal vez algunos pudieran entender así la primera alianza, pero sería terrible pensar así de la nueva.

¿Por qué, entonces, aparece la Virgen María en este momento de *El Señor de los Anillos*? Por dos razones, fundamentalmente. En primer lugar aparece como imagen del cristiano, de la fe verdadera, y en segundo porque la Virgen es el regalo especial que Dios hace a los que vamos camino de Mordor y sin el cual no podemos llegar.

Como imagen del cristiano, porque así es como se culmina la catequesis sobre Moria. La fe no es un ritualismo exterior, es un encuentro interior. *El Señor de los Anillos* habla de lo que significa ser cristiano, qué es la fe. El cristiano no admite un divorcio manifiesto entre su fe y su vida diaria. Este divorcio sólo conduce a que en tu corazón, el Templo, únicamente haya codicia, un monstruo como el Balrog sentado en el lugar santo. El religioso del que hablábamos antes no ama verdaderamente a Dios, sólo ama lo que Dios le puede dar. Como quiere que Dios lo bendiga lo compra para que le dé algún beneficio: dinero, prosperidad, salud o lo que sea. En este sentido es codicioso. Y por eso no concibe la cruz, porque el sufrimiento, piensa él, lo merecen los pecadores, no los que cumplen. Esta es la razón de tanta insistencia entre Moria y María. La Virgen es la verdadera

imagen de lo que significa ser cristiano, es la primera y auténtica discípula de Jesucristo. También tiene que caminar el camino de la fe, también es probada por la cruz: «También la bienaventurada Virgen María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie»(54). En pie bajo la cruz significa con fe. Sin desesperar. Pensando que poderoso es Dios hasta para resucitar a los muertos. De modo que la Virgen María aparece ante nuestros ojos como el icono del cristiano, o dicho de otro modo, el cristiano es aquel que lleva a Cristo en su interior, no al Balrog. Como María, el cristiano es el que ha recibido el anuncio del Evangelio «por pura gracia», no por sus méritos. Como Gabriel anuncia a María, Gandalf anuncia a Bilbo o a Frodo, sacándolos de sus agujeros, o la Iglesia te anuncia a ti la Buena Noticia. Una palabra es la que te pone en camino. Pero no te lo anuncia para que acabes convirtiéndote en un fariseo, o un codicioso de los bienes que puede darte el Señor, ¡no! Sino para que de ti, como de la Virgen María, también pueda nacer un hombre nuevo, en tu imposibilidad de buenas obras, en tus pecados estériles. No hay mayor esterilidad que la virginidad. ¿Será posible que de ti nazca un hombre nuevo que sea como Jesucristo, capaz de amar al enemigo?

Que no eres bueno ya lo sé. Yo tampoco. Pero es que lo que se nos está transmitiendo ahora es que la salvación no está reservada para los que permanecen dentro del círculo del Templo, como Zacarías, sino para todos los hombres, los gentiles, los pecadores, los que viven en Galilea con la Virgen. La salvación es universal. El primer templo, Moria, es imagen del Templo verdadero, María, en el que se pueda realizar un culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23). En espíritu porque ya no se tratará de un ritual exterior que no tenga ninguna relación con tu vida, con tu día a día. ¿Cómo es posible pisotear al compañero de trabajo y el domingo ir a misa tranquilamente porque hay que cumplir? Y también en verdad: recuerda que la humildad es la verdad. ¿Cuál es nuestra realidad? Pues que somos muy pobres, muy pecadores. Vengativos, avariciosos, lujuriosos, llenos de chismorreos, de juicios y de impurezas. Por eso Jesucristo tendrá que purificar nuestro corazón de orcos y bandidos. De todo negocio y de toda codicia que nos separa de conocer y amar a Jesucristo como él nos conoce y nos ama. Es una llamada a la autenticidad de la fe. No se puede destruir el Anillo con una fe que sólo busca la retribución, algo religioso y fariseo, sino con un camino que te enseñe a estar en pie, junto a la Virgen María, bajo la cruz.

Pero la Virgen María no es solo un ejemplo, una metáfora o una parábola. La Virgen María existe y está en el Cielo junto a su hijo Jesucristo. Es un regalo de Dios para el que sigue el camino de la fe.

Es una realidad que actuará concretamente en tu historia, ayudándote, iluminándote y consolándote, si tú quieres aceptarlo. Porque la Virgen misma te quiere. Te ama con ternura y quisiera ser tu madre, no por obligación sino por amor. ¿Cómo no te va a querer aquella que ha llevado en su seno al que ha estado dispuesto a morir libremente por ti para rescatarte de la muerte en la que vivías? ¿Cómo no te va a querer aquella que ha colaborado con el mismo Cristo para sacarte de la oscuridad? ¿Cómo no te va a querer si ella misma ha aceptado ver morir a su hijo por amor a ti, siendo crucificada en su espíritu? ¿Cómo no te va a querer, si es tu madre? Escucha lo que te dice ahora: «¿Qué te pasa hijo mío? ¿Quién quiere hacerte daño? No tengas miedo; yo me haré cargo de eso que te aflige. Cuenta conmigo y con mi Hijo, tu hermano, que está a la derecha del Padre y es fiel mediador e intercede por tus pecados. Ten total confianza en Él, porque Él es quien da la vida, Él es quien vence a la muerte. Por eso, acuérdate siempre de Jesús y de mí, y no sentirás miedo de ningún enemigo»(55). «¿Por qué tienes miedo? ¿Acaso no estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No te encuentras bajo mi sombra, a mi cobijo? ¿No estás tú en el pliegue de mi manto, en mis brazos? ¿Necesitas algo más?»(56).

En la hora de la oscuridad, Jesucristo crucificado dirá al discípulo amado: «Aquí tienes a tu madre» (Jn 19,27). ¿Quieres acoger esta invitación? Porque el discípulo amado eres tú. Comprender esto podría cambiar tu vida. ¿Querrías llevarla a vivir contigo? Sería para ti una gracia inmensa. Como dice Tomás de Kempis: «llévala a vivir contigo y serás instruido por sus palabras, edificado por sus ejemplos, ayudado por sus oraciones, animado por sus exhortaciones. Su amor te dará valor, serás colmado de alegría. Escucharás de su boca los misterios de Dios, aprenderás cosas admirables y comprenderás realidades indecibles. Por su presencia te harás más casto, te harás más puro, te harás más santo. Su mirada es pudor, su hablar es prudencia, justicia sus acciones. Jesús es su lectura, Cristo su meditación, Dios su contemplación».

Dicen los hebreos que aunque las puertas de la oración estén cerradas, las puertas del llanto nunca lo están, porque las lágrimas, que no existían al principio, fueron un regalo que Dios creó para Adán y Eva cuando fueron expulsados del paraíso, para ayudarles, para que se sintiesen físicamente desahogados en los sufrimientos que habrían de soportar; para que estas lágrimas hiciesen sinceros sus deseos y mostrasen la rectitud de sus intenciones de ahí en adelante. Y así, Dios siempre prestaría atención a las lágrimas. Lo mismo puede decirse de la Virgen María. Aunque las puertas de la oración estén cerradas y sintamos a Dios muy lejos de nuestros gritos, las puertas de la Virgen María nunca lo están. Si llevas a la Virgen a tu casa, a la persona que

Cristo más ha querido en este mundo, tendrás siempre una puerta abierta al Cielo, a la esperanza. Una oración muy antigua atribuida a san Bernardo recoge esta experiencia al decir: «Acuérdate, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a tu protección, implorando tu asistencia y reclamando tu socorro, haya sido desamparado».

Jamás significa jamás. La Virgen María siempre te va a escuchar, jamás te va a desamparar.

Ella misma ha visto que tal vez ni tú ni yo tengamos felicidad en nuestro interior, que en nuestro Templo no hay lo que debe haber, que estamos tristes porque deseamos el Anillo y su imagen de la felicidad. Por eso acepta sufrir la muerte de su Hijo querido cuando en las bodas de Caná (Jn 2,1-12) le dice «No tienen vino», no tienen felicidad, ni vida, ni esperanza y piensan que eso se lo va a dar el Anillo, y es una trampa, sólo les va a llevar a la muerte. Y Jesús le contesta «¿Qué a ti y a mí, mujer?» Un semitismo que suele traducirse como ¿Qué tengo yo contigo? u otra expresión similar, pero que en su literalidad está cargado de significado. Jesús al utilizar estos «a ti» y «a mí», o TÚ y YO, dicho de otro modo, es como si dijera: *Madre, ¿sabes que para que estos tengan vino y experimenten la felicidad y la vida, YO tengo que dar mi vida por ellos en la cruz? TÚ, madre, ¿estás dispuesta a ver morir despreciado a tu hijo querido para que ellos tengan vida?*

Y la Virgen María, porque te quiere, porque sabe que no tienes vino dentro y sufres tanto por el pecado, acepta la cruz y dice: «Haced lo que él os diga».

¿Cómo te va a desamparar quien ha hecho esto por ti? Y si ahora ya no sabes a quién rezar, no te preocupes, porque Cristo y la Virgen son TÚ y YO, y no se tienen ninguna envidia.

Las intenciones del corazón

Al entrar en Lórien, la comunidad no debe preocuparse por los orcos que les venían siguiendo. Los elfos de Galadriel han acabado con ellos. Pero hay otra criatura aparte de los orcos al que no han logrado dar caza. ¿Recuerdas los pasos que Frodo oía tras la comunidad en Moria? Sin embargo, la paz de Lórien hace que se disipen esas inquietudes, al menos de momento.

Hay un problema con Gimli. La vieja enemistad entre elfos y enanos aparece de nuevo. Los elfos tienen serias dudas sobre la conveniencia de presentarlo a la Dama Galadriel. Aragorn intercede, pero los elfos no parecen convencidos. Se toma la decisión de vendarle los ojos hasta llegar a la ciudad por motivos de seguridad. Gimli, evidentemente, se niega. Saca su hacha y afirma sus pies en la hierba. El ambiente se tensa, la comunidad discute. Se decide que al final vayan todos con los ojos vendados. A Gimli le parece bien. Legolas,

evidentemente, se niega. Esta comunidad no es el «cándido ejército de los mártires» precisamente.

«—¡Ay, qué tiempos de desatino! —dijo Legolas—. ¡Todos somos aquí enemigos del único Enemigo, y sin embargo hemos de caminar a ciegas mientras el sol es alegre en los bosques bajo hojas de oro!

—Quizá parezca un desatino. En verdad nada revela tan claramente el poder del Señor Oscuro como las dudas que dividen a quienes se le oponen».

«Diablo» significa «el que divide», y toda división viene de él. La división revela claramente el poder del Señor Oscuro. Por eso es imprescindible buscar la comunión, que unos cedan para que otros se alivien, que unos mueran para que otros vivan, que unos carguen con los pecados de los otros, porque esto es hacer el Cielo en la tierra y al ser todo lo contrario a Mordor, no lo soporta el Señor Oscuro, puesto que echa abajo todos sus planes.

Al final la comunidad busca la comunión y ceden todos, y con los ojos vendados caminan hacia la capital de Lórien, pudiendo sólo imaginar la belleza que puede estar extendiéndose a su alrededor. Pero llega una orden de la Dama por medio de un mensajero, las vendas no serán necesarias. ¿Las del enano tampoco? preguntan los elfos con asombro. Tampoco. Y así les son abiertas las puertas del reino bienaventurado de Lórien, donde habita la Dama Galadriel, a la comunidad del Anillo, que se queda asombrada por la belleza del lugar donde están siendo recibidos como héroes. A ellos, que no son capaces ni de llevarse bien los unos con los otros.

La Dama Galadriel, antes aún de que puedan despojarse de sus ropas de viaje, les recibe en su residencia personal, donde son acogidos con mucho cariño. Deben dar la noticia de la caída de Gandalf y es un momento pesaroso para todos. Celeborn, el señor de Lórien, al conocer que había un Balrog en Moria y que por su causa ha caído el mago gris, pronuncia palabras duras contra los enanos, por haber despertado semejante mal en su antiguo reino, pero la Dama Galadriel consuela a Gimli, hablándole en su propia lengua, la lengua secreta de los enanos, «y el enano, al oír aquellos nombres en su propia y antigua lengua, alzó los ojos y se encontró con los de Galadriel, y le pareció que miraba de pronto en el corazón de un enemigo y que allí encontraba amor y comprensión». Un hebreo frente a la Virgen María, que le habla en su propia lengua. Gimli cae fascinado ante Galadriel y le contesta diciéndole que ella «está por encima de todas las joyas de la tierra».

La Dama habla ahora con Frodo y le transmite que su misión está ahora en el filo de la navaja. Hay un peligro real de que fracase. Hay un peligro real de traición. La única posibilidad reside en que todos los miembros de la comunidad continúen siendo fieles; hasta tal punto

es importante la comunión, o dicho de otro modo, hasta tal punto es terrible la división que proviene del Señor Oscuro. Y dicho esto, Galadriel «los miró a todos, y en silencio escrutó el rostro de cada uno».

Toda la comunidad es escrutada por Galadriel. Como comentarán más tarde entre ellos, han experimentado cómo la Dama ha mirado dentro de su corazón con el fin de ver si había rectitud en él, cuáles eran sus intenciones. Es muy interesante este escrutinio, porque nos pone frente a una palabra importantísima profetizada a la Virgen María por Simeón: «Y a ti misma una espada te atravesará el alma, para que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,35). Ante la espada de la cruz las intenciones del corazón quedan al descubierto. Ante la Virgen María, la verdadera cristiana, puede verse si el corazón alberga la codicia religiosa que anhela los bienes que pueden obtenerse poniendo a Dios al propio servicio, o si hay una verdadera intención de ponerse al servicio de Dios, que esto es la fe. ¿Quieres el Anillo para ti o quieres destruirlo? Cada uno ha sido visto en su corazón ante la cruz, donde no caben más mentiras que las que uno quiere creer. La espada atraviesa a la Virgen para que pueda verse la verdad que se oculta en cada corazón. Toda la comunidad baja pronto la cabeza, incapaz, excepto en el caso de Legolas y Aragorn, de sostener la mirada de Galadriel por mucho tiempo. Todos contemplan su propio Balrog, el poder del Anillo en ellos, su vivir para sí mismos, su incapacidad de subir a la cruz, delante de la que ha sido atravesada por ella. Dice san Bernardo que la espada *atravesó* a la Virgen María, es decir, que no quedó dentro de ella, y esto sugiere una realidad significativa: ¿Dónde ha quedado clavada esa espada que ha atravesado a la Virgen? En ti y en mí, «el que no tome su cruz y me siga no puede ser discípulo mío» (cf. Mt 16,24). Todos son escrutados por la cruz, la verdadera espada que corta el dedo oscuro del Enemigo arrancándole así su terrorífica arma, el miedo a la muerte. Por eso Galadriel puede escrutar a la comunidad, porque ha sido atravesada por esta espada que ahora mismo está clavada en cada uno de nosotros. Pero observa algo fantástico: cuando Galadriel finaliza este escrutinio dice literalmente: «Que no se turben vuestros corazones», calco exacto de las palabras de Jesús durante la Última Cena «No se turbe vuestro corazón» (Jn 14,1). ¿Cuándo dice esto Jesús? Cuando Judas acaba de salir del cenáculo para culminar su infamia y después de anunciar que el propio Pedro le va a traicionar. Galadriel lo dice cuando todos y cada uno de la comunidad han sentido su propia traición ante la cruz. ¿Quién no es Judas o Pedro? ¿Quién no ha traicionado a Jesucristo ante la cruz del sufrimiento? Y si dejar de sufrir, realizarte a ti mismo, escapar del sufrimiento por el miedo que le tenemos, es el poder del Anillo,

¿quién no se lo pondría en el dedo para escapar de la cruz?

La intención de este escrutinio de Galadriel no es fastidiar ni humillar. Es ayudar. Como le dice Aragorn a Boromir cuando este muestra sus reservas acerca de Lórien y de su Dama «No sabes lo que dices. En Galadriel y en esta tierra no hay ningún mal, a no ser que un hombre lo traiga aquí él mismo». «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios. Creed también en mí» (Jn 14,1). No te turbes, en la mirada de la Dama no hay ningún mal. No te turbes si a causa de la cruz contemplas las verdaderas intenciones de tu corazón, tu amor a ti mismo, tu ser su enemigo. Dios ya lo conoce, el problema es que quizá tú no lo sabías todavía, como el pobre Pedro. *Creed también en mí*, porque es Él quien carga con la cruz para que tú y yo, que no la amamos, que la rechazamos, podamos subirnos a ella y destruir así el Anillo. Porque es Jesucristo el que hace toda la obra, el que se ha «fatigado» en la cruz para que nosotros podamos «aprovecharnos de su fatiga» (cf. Jn 4,38) en su gloriosa resurrección que perdona todos nuestros pecados.

Así pues hay un paralelismo entre ambas escenas, la aparición de un traidor hará que todos descubramos que somos traidores y bajemos la cabeza. La pregunta que los apóstoles dirigen a Jesús en la Última Cena «¿Acaso soy yo, Señor?» (Mt 26,22) es la consecuencia de este escrutinio. Esta escena de *El Señor de los Anillos* nos invita a no fiarnos de nosotros mismos porque podemos ser nosotros los que acabemos codiciando el anillo en cualquier momento. *No te fíes de mí que te la juego*, decía san Felipe Neri, un gran santo no por ser de fiar, sino por no fiarse de sí mismo, por haber conocido en este escrutinio que realiza la cruz, el mal que pudiera haber en su corazón.

Pero lo que a mí más me emociona es pensar que esta espada de la cruz que nos escruta *atraviesa* verdaderamente a la Virgen María y así se refrena su impulso llegando a nosotros con menos fuerza. Porque un yugo se carga entre dos y es Jesucristo mismo el que carga contigo la cruz. La fuerza que pierde esta espada al atravesar a nuestra Señora es la esperanza de la resurrección. Esto quiere decir que tú y yo podemos cargar la cruz sabiendo que esta no es la última palabra, porque tras la cruz llega la Pascua. El paro, la enfermedad, la soledad o cualquiera que sea tu cruz está ahora iluminada por la resurrección. Dios proveerá la Pascua en tu cruz. Si morimos con una muerte semejante a la suya, si la cruz nos destruye y acaba con nosotros, como acabó con Jesucristo, seremos resucitados con él con una resurrección como la suya. Así, la espada, atravesando a la Virgen María y poniendo al descubierto las intenciones de nuestro corazón, llega a clavarse en nosotros preñada de esperanza. El sufrimiento tiene un sentido, Cristo ha resucitado, y no dejará que sus amigos experimenten la corrupción del sepulcro, como tampoco él la

experimentó.

Un espejo de agua pura

Tras este primer encuentro con Galadriel, la comunidad pasa unos días de descanso en Lórien, curando sus heridas y recordando al viejo Gandalf. Otra convivencia en *El Señor de los Anillos* donde la comunidad es acogida gratuitamente para ser curada. «Es como estar en casa y de vacaciones al mismo tiempo», dirá Sam de su experiencia en el país que ahora les acoge. No han vuelto a ver a la Dama desde el primer día, pero cuando Frodo comienza a sentir que debe volver al camino para enfrentarse a la misión, Galadriel aparece de nuevo «como respondiendo a sus palabras» y lleva a Frodo y Sam hasta un jardín cerrado en cuyo centro se alza un pilón de plata junto al cauce del río que atraviesa el país. Esta pila llena de agua es el *espejo de Galadriel*, en el cual pueden verse cosas que han sido, que son y que tal vez serán.

Frodo y Sam son invitados a mirar en el espejo. Sam quiere ver la Comarca pero antes de lograrlo se ve a sí mismo en la oscuridad, en imágenes confusas, realizando algo importante y urgente. Luego la visión cambia y contempla la Comarca siendo destruida poco a poco, sus árboles derribados, feos edificios de ladrillo donde antes estuviera el viejo molino y a los vecinos con los que peor se llevaba encargándose de esa destrucción. Entristecido, con lágrimas, quiere volver a la Comarca, pero Galadriel le recuerda que algunas cosas de las que se ven en el espejo no han ocurrido aún y no tienen por qué ocurrir si no se apartan del camino que lleva a prevenirlas.

Es el turno de Frodo. Reticente, se acerca al espejo y contempla varias imágenes, una figura que le recuerda a Gandalf, pero vestida de blanco, a su querido Bilbo, navíos que llegan a una fortaleza blanca con siete torres, humo y rumores de guerra, otro barco diferente que se pierde en la bruma. Pero por último ve el Ojo de Sauron, que le busca y le odia. El Anillo comienza a pesarle demasiado, flota vapor sobre el agua del espejo. Y todo termina.

Detengámonos aquí un instante para intentar dar un poco de luz sobre este pasaje, uno de los más oscuros de *El Señor de los Anillos.*

¿Qué es este espejo? En la literatura fantástica y aun en los cuentos de hadas el espejo es un elemento recurrente y muy importante, lleno de significado. Desde Blancanieves, pasando por Alicia y hasta *La Historia Interminable*, aparece el espejo mágico como una de las claves de la historia. El espejo suele mostrar la realidad escondida, aquella que se oculta a primera vista. Por ejemplo, el espejo mágico de Blancanieves siempre dice la verdad, aunque esto acarree funestas consecuencias. Años después de *El Señor de los Anillos*, Michael Ende tomará el recurso del espejo para mostrar a Atreyu, el protagonista de

Fantasía, cuyo propio reflejo es el de Bastian, el niño incomprendido que lee *La Historia Interminable* a escondidas. Atreyu es Bastian en realidad y Bastian es Atreyu. El espejo aparece generalmente en la literatura como símbolo de aquello que permite conocer la verdad, conocer quién es uno realmente. No sólo en la literatura fantástica; el existencialista ateo Camus, por ejemplo, hará que el Calígula de su obra rompa el espejo donde se refleja su rostro porque no soporta lo que ve, no soporta su realidad.

Pero el espejo de *El Señor de los Anillos* es peculiar. Si te has fijado, se parece extrañamente a una pila bautismal. No es un cristal ni un metal sino una pila que Galadriel llena de agua. Este simbolismo es impresionante. ¿Qué se ve allí? Dice que al contemplar las imágenes del espejo: «Frodo supo de algún modo que eran partes de una gran historia en la que él mismo estaba envuelto». Frodo, invitado a mirarse en el espejo por la Dama de Lórien, imagen de la Virgen María, está comenzando a comprender quién es él en realidad, cuál es su historia, qué sentido tienen las cosas que le están ocurriendo. Comienza a tener *discernimiento*, el don del Espíritu Santo que más que ningún otro caracteriza al cristiano. Ve su historia, lo que ha sido, lo que es y lo que tal vez sea, si permanece fiel a su misión. Y, como veremos más adelante, tanto lo que han visto Frodo como Sam es muy importante dentro de la historia que viene. Sin embargo, lo ve de un modo confuso, entre brumas, sin llegar a comprender su significado del todo. Dice san Pablo que: «Ahora vemos en un espejo, en enigma» (1 Co 14,12), texto relacionado con este otro, también de san Pablo: «pues caminamos en la fe, no en la visión» (2Co 5,7). San Pablo relaciona el espejo con la fe, no con la visión cara a cara. Y la fe es precaria siempre, es un enigma en cierto modo. Entonces, si el espejo es aquello que permite conocer quiénes somos realmente, porque siempre dice la verdad, ¿qué nos está mostrando el espejo y qué relación tiene con la fe? El Señor, al darte el discernimiento, es decir, el conocimiento de lo que viene de Dios y lo que viene del Enemigo, ya te está dando una visión de quién eres tú en realidad, de la historia que te envuelve. Te está dando el «conocer», el conocimiento de la fe. Dice Pascal: «No sólo no conocemos a Dios más que por Jesucristo, sino que tampoco nos conocemos a nosotros mismos más que a través de Jesucristo. No conocemos la vida, ni la muerte, más que por Jesucristo. Fuera de Jesucristo, no sabemos lo que es la vida, ni la muerte, ni lo que es Dios, ni lo que somos nosotros mismos».

Tú también estás invitado a mirarte en este espejo que se parece tanto a una pila bautismal. En el primer encuentro con Galadriel hemos visto el pecado que hay en nuestro corazón y hemos tenido que bajar la cabeza; pero en este segundo encuentro ella misma nos invita a mirar la obra que Dios ha hecho (lo que ha sido), está haciendo (lo

que es) y va a hacer en nosotros, con tal que permanezcamos fieles a la misión (lo que tal vez será). ¿Por qué mirarse en una pila bautismal? Porque el bautismo te hace hijo de Dios, y hacerte hijo de Dios es la obra que Él quiere realizar en ti. ¿Quién soy yo? Mira tu historia en el espejo del bautismo y dime qué ves. ¿Quién soy yo? «Tú eres mi hijo». Si te miras en el espejo del bautismo no desesperarás aunque veas tu corazón lleno de pecados, lleno de deseos del Anillo. ¡Oh, feliz culpa, que mereció tan grande redentor! Mírate en el bautismo y contempla la obra que Dios ha hecho, está haciendo y va a hacer en ti, que no es otra que la de convertirte en su hijo. Las letanías del rosario llaman a la Virgen «Espejo de justicia». Si el espejo de Galadriel es la pila bautismal, esto significa que es allí donde se recibe el sacramento que realiza en ti y en mí la verdadera justicia de Dios, esto es, hacernos nacer de nuevo, dejando en sus aguas nuestro hombre viejo, nuestro portador del Anillo, y sacando de ellas un hombre nuevo, celeste, un hijo de Dios. Por eso, mirarse en este espejo es ver nuestra verdadera imagen.

Pero esto se lo regala Galadriel a los hobbits en fe y en esperanza, para ayudarles en su misión: «No toques el agua», dirá tanto a Frodo como a Sam cuando se acercan al espejo. No todavía. Aún no ha llegado el momento de arrojar al hombre viejo, al portador del Anillo, a las aguas del bautismo.

Mirar en el espejo ha supuesto para ellos además una especie de conocimiento profético de la historia. Como veremos muy bien más adelante, todo lo que han visto Frodo y Sam es verdad. Se ha de cumplir, y sólo el hombre nuevo en ellos será capaz de devolver la paz allá donde se ha sembrado la destrucción. Comienzan a discernir, podríamos decir, por qué pasan las cosas que ocurren a su alrededor y adivinan en cierto modo cuál va a ser su papel dentro de ellas. De igual modo el cristiano es profeta por el bautismo, tiene un conocimiento especial, un discernimiento sobre la historia, tanto propia como de la humanidad. Frodo verá dos cosas más. La primera es el ojo que le busca con un odio feroz. En este camino, el Enemigo te buscará para hacerte caer, sea como sea. El espejo no miente. Galadriel sabe que lo ha visto y le confiesa que ella misma lo ve constantemente, pues libra con él una batalla eterna. El dragón siempre está delante de la mujer para devorar a su hijo. Pero el poder de la Dama es tal, que es capaz de ver los pensamientos del Enemigo mientras que su propia mente permanece cerrada al ojo. El Demonio odia tanto como teme a la Virgen María. Dice Tomás de Kempis: «Cuando digo: Ave María, el infierno tiembla». La Virgen es la criatura que más le asusta, porque siendo completamente humana se ha hecho corredentora de la humanidad, viéndose así en ella el fantástico prodigio que supone que Dios actúe en una persona y que esta acepte

plenamente la obra de Dios en ella.

Frodo se verá, además, a sí mismo alejándose en un barco entre la bruma. Alejándose hacia otra parte, hacia más allá. Si conoces el final de *El Señor de los Anillos*, sabrás que esta es precisamente la obra que Dios va a realizar en nuestros queridos hobbits. Si no lo conoces, tendrás que esperar hasta el final de este libro para averiguarlo.

Así como en *La Historia Interminable* Atreyu ve a Bastian en el espejo, descubriendo así su verdadero yo, si te miras tú en este espejo de justicia que es el bautismo, con seguridad verás a Jesucristo como tu verdadero yo, lo más íntimo de ti. Que no te parezca increíble, recuerda que el espejo siempre dice la verdad, y ya no se trata de interrogarle para descubrir quién es la más hermosa del reino, porque está ahí, junto al espejo, sino quién es el más bello de los hombres.

Es inevitable acordarse aquí de la Oda 13 de Salomón. Las Odas de Salomón son una colección de cánticos de los primeros cristianos, con un contenido muy profundo. La Oda número 13, con un claro trasfondo bautismal hace referencia al espejo, dice así:

«He aquí, que nuestro espejo es el Señor.
Abrid los ojos y miraos en él,
¡aprended cómo es vuestra imagen!
¡Dad gloria a su Espíritu!

Borrad la inmundicia de vuestros rostros,
amad la santidad y revestíos de ella,
y seréis inmaculados delante de él».

Aprendamos cómo es nuestra verdadera imagen, la de hijos de Dios, caminemos hacia el bautismo para limpiar nuestra inmundicia en sus aguas y seremos inmaculados como aquella que nos ofrece el espejo para mirarnos en él. Galadriel y el espejo, la fuente de agua pura. La relación entre la Virgen y el bautismo no es forzada, sino inevitable. Dice san León Magno: «Para todo hombre que renace, el agua del bautismo es una imagen del seno virginal, en la cual fecunda a la fuente del bautismo el mismo Espíritu Santo que fecundó también a la Virgen. El Espíritu, gracias al cual, Cristo nace del cuerpo de su madre Virgen, es el que hace que el cristiano nazca de las entrañas de la santa Iglesia»(57).

Ahora es el turno de esta Virgen de la que habla san León Magno. No mirará en el espejo, sino que deberá enfrentarse a una prueba diferente. Frodo contempla atónito que Galadriel lleva uno de los tres anillos de los elfos: *Nenya*, el anillo de diamante, cuyo nombre élfico significa «agua», lo cual refuerza aún más la intención bautismal aplicable a este pasaje. Además, Nenya es el único de los anillos de poder que está hecho de *mithril*. La plata auténtica, la nueva piedra del Arca, ya no puede encontrarse en Moria, sino en el dedo de aquella

que es el arca de la nueva alianza. Junto con el poder de este anillo, Galadriel puede mantener a raya los ataques de los enemigos sobre Lórien, pero mientras persista el Anillo Único, el destino de ambos estará irremediablemente unido.

Sobrecogido por todo lo que acaba de ver, Frodo le ofrece el Anillo del Enemigo a Galadriel. No se siente capaz de cumplir la misión y siente que ella sí podría. Es la gran tentación para la Dama de Lórien, ¿por qué no coger el Anillo, no ya por la fuerza, sino porque le está siendo ofrecido sin reservas? ¿Es realmente necesaria la cruz? ¿Qué no podría hacer Galadriel con el Anillo? Un mundo donde no existiera el sufrimiento, donde los niños no muriesen de hambre, donde no existieran los robos, los asesinatos o las violaciones, donde todos pudieran vivir en paz, donde no existiera el sufrimiento en modo alguno. Solo tiene que alargar la mano para cogerlo.

Pero pasa la prueba. Se empequeñece. Si el mismo Jesús fue tentado, la Virgen María que siempre ha permanecido unida a Él también lo fue. Renuncia a ocupar el trono de Dios y acepta negarse a sí misma en relación a su Hijo Jesucristo, como este le ha enseñado durante toda su vida pública. Como le enseñó cuando no se dejó encontrar durante tres días perdido en Jerusalén, o cuando gritó «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» (Mc 3,33) delante de ella, haciéndola pasar poco a poco de un conocimiento de su Hijo en la carne a un conocimiento en la fe, el único conocimiento que hace posible permanecer en pie bajo la cruz y aguardar con esperanza la resurrección.

Galadriel acepta la cruz, el plan de Dios para salvar al hombre de sus pecados. Acepta hacerse pequeña y dejar libre al hombre, libre hasta para pecar, libre hasta que su egoísmo mate a los niños de hambre, cause robos y violaciones. Libre para mandar a su Hijo a la cruz. El Anillo del Enemigo ha perdido esta batalla. Cuando caiga Sauron, caerá también el poder del anillo de Galadriel, porque ya no será necesario. Sucede como con los milagros. Como se puede ver en la Escritura, los milagros físicos, las curaciones, son muy abundantes al principio de la predicación de los apóstoles porque tienen la intención de llamar a la fe al que los contempla. El anillo curativo de Galadriel se muestra muy activo, podríamos decir. Pero conforme la gente acepta la Buena Noticia estos milagros van desapareciendo progresivamente, porque dan paso al verdadero milagro: aquellos que acogen la Palabra terminan por destruir el Anillo en sí mismos convirtiéndose en hombres nuevos, hijos de Dios. Ya no son necesarios estos milagros físicos porque se ha realizado la verdadera obra, el milagro moral.

Regalos de despedida

La última escena importante de este tiempo de «convivencia» que pasa la comunidad en Lórien sucede cuando esta debe dejar ya esta tierra bienaventurada y ponerse en camino de nuevo para cumplir su misión. Es el momento de los regalos, todos ellos preparados por Galadriel para los miembros de la comunidad. Aparece aquí, en este último encuentro de la comunidad con Galadriel, un tercer aspecto imprescindible acerca de la Virgen María. Ella es la «Dispensadora de todas las gracias». Lo cual no quiere decir otra cosa que «La Virgen María hace regalos gratuitamente a sus hijos». El papa Pío X del cual Tolkien se declaraba gran admirador(58), escribe sobre esto en su encíclica *Ad diem illum laetissimum* en 1904 y dice: «La Santísima Virgen es Dispensadora universal de todas las gracias, tanto por su divina Maternidad: que las obtiene de su Hijo, como por su Maternidad espiritual: que las distribuye entre sus otros hijos, los hombres. Esto lo hace subordinada a Cristo, pero de manera inmediata. Y ello por una específica y singular determinación de la voluntad de Dios, que ha querido otorgar a María esta doble función: ser Corredentora y Dispensadora, con alcance universal y para siempre».

La comunidad no se va a marchar de Lórien sin haber recibido un regalo especial de la Virgen. Los regalos que Galadriel va a hacerles están llenos de significado. En primer lugar entregará a cada uno de ellos un manto, una capa con capucha, tejidos personalmente por ella. A partir de ahora los pobrecillos miembros de la comunidad van a estar cubiertos con el manto de la Virgen, que procura calor en el frío y es liviano en el calor y que sirve además para mantenerles ocultos de las miradas indiscretas: de día el sol no les hará daño, ni la luna de noche. Como dirán los elfos al contemplar estos mantos: «¡La Dama os tiene en verdad en gran estima!».

A Aragorn le entregará dos gracias especiales. La primera, una vaina para su espada, *Andúril*. «La hoja que sale de esta vaina no tendrá manchas ni se quebrará, aun en la derrota». Esta espada de Aragorn es importantísima, un signo muy potente del libro. Ha sido forjada de nuevo a partir de los fragmentos de la espada que cortó el dedo del Señor Oscuro, hace mucho tiempo, arrancando así el Anillo Único de su mano. Ahora ha sido forjada por herreros elfos en Rivendel. Ya sabemos lo que significa la espada, pero esta es especial, pues en ella está tanto la sabiduría de los elfos como el brazo de los hombres. La esencia de la cristiandad junto a la novedad. Esta es la espada que puede arrancar el Anillo de las garras del Enemigo y ahora se guarda en una vaina llena de piedras preciosas con la promesa de la Dama de que nunca se volverá a quebrar. Cuando llegue el momento de ver a Aragorn empuñándola con mano firme, volveremos a hablar sobre ella. El segundo regalo que recibe Aragorn es una piedra verde, signo

de su dignidad real, prueba del linaje al que pertenece y garantía de que es la persona destinada a realizar la misión que le ha sido encomendada. Un rey olvidado que ha de volver a la ciudad.

A Boromir le entregará un cinturón de oro, y a Merry y Pippin cinturones de plata. «Ceñidos con la verdad», es lo que significa el cinturón para san Pablo, como ya dijimos. Quiere que Boromir reconozca su realidad y que no se desespere; es un hombre que está siendo profundamente tentado y la Dama lo sabe, porque ha escrutado su corazón. Es un cinturón de oro. Entregándoselo, Galadriel le está invitando a que sea humilde, a que reconozca esa realidad que ha visto en su corazón, su pecado, su codicia por el Anillo, para que esa misma verdad se convierta en algo glorioso, de oro, al aceptarla sin escandalizarse de sí mismo. Está teniendo una gran misericordia de Boromir y de los hobbits. Dándoles este regalo es como si les dijera: no os escandalicéis de vosotros mismos, de anhelar el Anillo, de querer volver a casa. Esa es la verdad, ceñíos con ella sin tener miedo. Reconoced que sois débiles y Dios cubrirá de plata o de oro vuestra debilidad.

A Legolas le entrega un arco nuevo con un carcaj de flechas. ¿Qué es el arco? Mira el salmo: «Tensa tu arco, que hace temible tu derecha. Tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden, se acobardan los enemigos del rey» (Sal 45,4). Desde un tiempo muy antiguo la tradición atribuye a este arco el significado de la evangelización y las flechas agudas son los mensajeros. El arco es entregado a un elfo, representante de la cristiandad. No es tiempo de esperar a que la gente entre en la Iglesia. Es tiempo de ir a casa de la gente a buscarla, a las calles, a las plazas. Es tiempo de lanzar las flechas, de hacer que se acobarden los enemigos del verdadero rey. La Virgen María es la estrella de la nueva evangelización, nueva en sus métodos, en sus formas. Galadriel, que amaba tanto a Gandalf, que quería que fuera él y no Saruman la cabeza del concilio Blanco... Pronto la comunidad saldrá a evangelizar.

A Sam le regalará otra cajita. Esta vez no contiene sal, sino semillas y tierra del jardín de Galadriel, para que, si alguna vez llega a ocurrir la destrucción de la Comarca que el hobbit vio en el espejo, pueda volver a plantar allí donde sólo crezca el espino y la ortiga un paraíso de granados, de nardo, de azafrán de mirra y áloe.

Llega el turno de Gimli. ¿Y qué le regalará la Virgen a un hebreo? No ha preparado nada para él, lo deja a su elección. Gimli responde que le basta haber podido contemplar su belleza, pero Galadriel insiste, y Gimli, balbuceando, se atreve a pedirle uno sólo de sus cabellos, para consternación de todos los elfos allí presentes. La Dama accede y le entrega tres de sus cabellos dorados. Gimli no quiere otro regalo que el de tener un recuerdo de la Virgen misma. Quiere atesorar lo que ha

visto en ella, su fe. Porque el cabello en la Escritura significa la fe. Piensa, por ejemplo, en la historia de Sansón o en el Cantar de los Cantares: «Tu pelo es como la púrpura; ¡un Rey en esas trenzas está preso!» (Ct 7,6). La fe, tu fe que enamora al mismo Jesucristo. Gimli ha visto en Galadriel una fe que le ha enamorado, una fe que quiere llevar consigo. ¿Será la Virgen María, una hebrea ilustre, que ha contemplado morir a su hijo, como tantas madres hebreas han visto entrar a los suyos en los campos de concentración, el puente que una a los dos pueblos? ¿Será su fe, su estar en pie bajo la cruz, lo que sea capaz de unir lo que tanto tiempo ha estado separado?

Queda Frodo. A él, Galadriel le entregará un frasquito de cristal que centellea al moverlo, en el que ha recogido la luz de la estrella de Eärendil, la más querida de los elfos. Ha recogido esta luz tomándola de su reflejo en el agua del espejo. Brillará todavía mucho más cuando sea noche cerrada. «¡Recuerda a Galadriel y al espejo!», le dirá. La Virgen le ha entregado un pequeño objeto que sirve para recordar tanto a Galadriel como que Dios quiere hacerle su hijo, un hombre nuevo. Un cristal que brillará cuando la oscuridad sea impenetrable. Sólo coger este cristal devolverá el vigor al que lo tome aun en medio de la crisis más negra. Cuando digo *Ave María* el infierno tiembla. Frodo lo guardará en su bolsillo, donde Tolkien llevaba siempre su rosario.

Dejo para el final el primer regalo que se le entrega a la comunidad. El más importante de todos. De parte de la Dama se les entregan las «Lembas», el «Pan del camino». Una especie de pan ácimo que Gimli conoce, pero por otro nombre. Este pan es nuevo. Como se verá más adelante este pan tiene una potencia que se acrecienta a medida que los viajeros sólo dependen de él para sobrevivir. Nutre la voluntad, da fuerza y resistencia. Tal vez esta sea la alusión más clara de todo *El Señor de los Anillos*, admitida por el mismo Tolkien(59). La Virgen María les entrega la Eucaristía, el pan de la vida. Ellos no van a percibir todavía todo su poder. Comerán de otros alimentos que tienen preparados. Pero conforme se acerquen a Mordor pasarán a vivir exclusivamente de este pan y esto será lo que les haga llegar allí. Sin este pan nunca lograrán destruir el Anillo.

En la hora de la oscuridad ha aparecido la Virgen María para consolar a la comunidad del Anillo. Ella les ha mostrado lo que esconde su corazón con el único fin de enseñarles después la obra que Dios quiere hacer en ellos: gracias a su debilidad, convertirse en hijos de Dios, tener su misma naturaleza. Por último ha entregado a cada uno de ellos una gracia especial, que necesitarán, no te quepa duda, antes del fin de todas las cosas.

En estas últimas etapas la comunidad ha pasado de la religiosidad, del templo viejo donde ya sólo vive el Balrog, a la fe. Les ha sido

entregada la fe, que no es otra cosa que mirarse en el espejo del bautismo, por manos de la Virgen, imagen de la Iglesia.

¿Qué harán ahora con esta fe que les ha sido entregada?

Capítulo 14

TRESCIENTOS DENARIOS

«Ahí radica el verdadero poder de los medios de comunicación de masas: son capaces de redefinir la normalidad».

Michael Mevdev
(Famoso locutor de radio y comentarista político de Estados Unidos)

La comunidad del Anillo deja atrás Lórien con lágrimas en los ojos. Lo hacen en barca, navegando río abajo por el Anduin, el río Grande. Son unas pequeñas pero robustas embarcaciones que les han proporcionado los elfos con el fin de adelantar lo máximo posible su camino hacia el sur. Aragorn, Frodo y Sam viajan en una de ellas; Boromir, Merry y Pippin en otra; y en la última embarcación navega una pareja peculiar: Legolas y Gimli, «que ahora eran grandes amigos». Parece que las diferencias irreconciliables entre estas dos razas van dando paso a un entendimiento mutuo, fundamentado en la belleza de la Dama Galadriel y en la impronta que ha dejado en los corazones de ambos los encuentros mantenidos con ella. Ojalá la Virgen María haga de los dos pueblos una sola cosa derribando el muro de odio que los separaba, y que así puedan manifestar conjuntamente la misión de salvación para la humanidad que les ha sido encomendada de lo alto.

Es un viaje monótono y gris. Como siempre, después de relatar una «convivencia», Tolkien retomará el tema primordial del libro: caminar, caminar y caminar. Caminar hacia donde no sabes para llegar a donde no sabes. Aragorn insiste en apresurarse, deben recuperar el tiempo pasado en Lórien y apenas da descanso al grupo. Pero la navegación es tediosa a veces, y deja espacio para reflexionar. Gimli evoca el regalo de la Dama, que le fue entregado con estas palabras: «Yo te digo, Gimli hijo de Glóin, que el oro te desbordará en las manos, y sin embargo no tendrá ningún poder sobre ti». Legolas se pierde en sus pensamientos sobre el mar y las estrellas. Sam piensa en la incomodidad de los botes. Pippin observa que Boromir no deja de murmurar entre dientes y se muerde las uñas. Mira constantemente a Frodo con una rara luz en sus ojos.

Una noche al acampar, Sam le revela a Frodo una inquietud. Le ha parecido ver que algo o alguien les sigue por el río, agarrado a un tronco. Frodo le confiesa que lleva preocupado desde Moria, donde oía

unos pasos que les seguían, y que ese mismo ser había llegado con ellos hasta Lórien, pero confiaba en que hubiera perdido su rastro en aquel reino bienaventurado. Los hobbits caen en la cuenta. Es Gollum. ¿Será posible que sea él? Aragorn se lo confirma, es él y les lleva siguiendo mucho tiempo, desde Moria, como había adivinado Frodo. Aragorn ha intentado atraparlo pero es muy escurridizo. Le preocupa porque es muy peligroso, no sólo porque puede atacarlos en cualquier momento, sino porque además puede llevar hasta ellos a cualquier enemigo.

Pero con Gollum siguiéndoles o sin él, deben continuar adelante. De nuevo la comunidad está obligada a viajar en la oscuridad de la noche. En el fondo, *El Señor de los Anillos* es una gran noche, rota en ocasiones concretas con albas que anuncian la salvación, hasta el alba que queda reservada para el final de la historia. Pero este caminar a oscuras anuncia una noche que está por llegar, la noche que les envolverá hasta Mordor.

Las barcas avanzan ahora por una tierra yerma y devastada por el Enemigo, frontera de sus primeros dominios, conquistada a los hombres libres hace mucho y que jamás ha sido recuperada. Antes de lo previsto, llegan a unos rápidos que les ponen en peligro. Deben detener las barcas trabajosamente para no ser engullidos por ellos. Justo en el momento en el que logran dominar las embarcaciones y encallar en la orilla, llega el ruido seco de las flechas de los orcos que les atacan. Es el lugar perfecto para una emboscada, con el río empujándoles hacia los rápidos, y apenas sin posibilidad de maniobrar deben esquivar las flechas. Una alcanza a Frodo, otra herida, pero la detiene la malla escondida. Escapan de allí como pueden alejándose de los arcos enemigos y se detienen en la otra orilla escuchando sus gritos estridentes. En ese momento aparece algo aún peor que los orcos. Una sombra negra sobre las nubes se precipita sobre la comunidad. Una criatura alada, oscura como la noche, que carga contra ellos. Los orcos de enfrente se regocijan con la llegada de esta bestia. La compañía se llena de temor. Legolas toma el arco de Lórien y apunta. A Frodo le recorre el cuerpo un atroz escalofrío y siente un dolor punzante en el hombro donde fue herido por el Nazgûl. La flecha de Legolas da en el blanco, la criatura cae lejos, en la otra orilla. Los orcos murmuran su rabia e indignación y desaparecen.

El Enemigo no va a descansar, querido lector. La vida del cristiano es una guerra. Tras la estancia de la comunidad en Lórien está más furioso que nunca, te sigue de cerca y te va a mandar todo lo que tenga a mano. Flechas de orco, pensamientos destructivos, te atacarán cuando considere propicia la ocasión, cuando estés cansado o triste, cuando no te haya ido bien el día, cuando hayas suspendido, te hayan hecho de menos en el trabajo o hayas discutido con tu marido.

Cuando te resulte difícil el simple hecho de permanecer a flote contra la corriente que te empuja, entonces te atacará e intentará que desesperes, que pienses que todo lo que has vivido es una ilusión que no tiene que ver contigo realmente. Recuerda que las armas de los enemigos, sean cuales sean, siempre buscarán herirte de una única forma: haciéndote creer que Dios no te quiere. Que no te quiere porque tu historia es un asco, que no te quiere porque has caído en un pecado (que previamente te ha invitado a cometer), que no te quiere porque siempre eres igual, porque no cambias, con todo lo que has visto ya. Tú, que has mirado en espejo de Galadriel, ¿cómo puedes ser tan impuro? Tú, que has sido escrutado por ella en persona ¿cómo puedes seguir siendo tan mentiroso? Tú, que has recibido sus regalos, ¿cómo puedes seguir estando tan enamorado del dinero? No vales nada. Nunca cambiarás. Entristécete por tu triste condición y entonces desespérate y peca. Y cuando hayas pecado, ¿qué posibilidad hay de que Dios te siga queriendo? Vuelve a pecar, rebélate y pide justicia por todas las cosas horribles que Dios te obliga a vivir, total, ya has perdido el amor de Dios, tú mismo lo has despreciado pecando. Estas son armas del Enemigo. Si se clavan en ti estos pensamientos, estas flechas de los orcos, y te hieren, recuerda la armadura de *mithril*, la justificación, que Cristo ha dado la vida por ti en la cruz, que te ama tal y como eres. Al pobre Frodo le van todas las flechas y siempre se salva por esta armadura. Cíñetela tú también y no podrán contigo. Cristo te levantará. Pero observa, esto es muy importante, que los orcos no han venido solos esta vez. La comunidad no lo tiene del todo claro, pero ya te digo yo que la criatura que montaba la bestia alada era un Nazgûl. Han vuelto y cabalgan ahora por el cielo. Y buscan el Anillo, que cada vez está más cerca de Mordor. Su sola presencia basta para que a Frodo le duela la llaga de su hombro. Ya no son solo las flechas de los orcos, más bastas y menos sutiles, podríamos decir. El Enemigo va a hacer que te duela mucho tu cruz. Te va a pisotear la herida. Y una cruz que duele tanto, ¿realmente es un signo del amor de Dios?, ¿seguro que es así como Dios te quiere salvar? Junta ese dolor con las flechas que silban alrededor de tu cabeza y como no te cubras de *mithril* eres hombre muerto, te lo digo por experiencia.

¿Por qué atacan ahora con tanta fiereza, juntando fuerzas? Porque estás entrando ya en su territorio. La comunidad está ya cerca de Mordor. En la frontera de los dominios del Enemigo, canta el arco de la evangelización, logrando derribar a la bestia sobre la que cabalga el Nazgûl. Y al Señor Oscuro no le hace ninguna gracia que la comunidad del Anillo comience a recuperar un terreno que le pertenecía. Por eso a partir de ahora la presencia de los enemigos será constante. Acecharán en cada esquina. He aquí la clave de esta parte del libro. Unos pobres desgraciados que se cuelan en casa del Enemigo

sin haber sido invitados, reclamando una tierra que ha sido robada a los pueblos libres para un rey que ha de volver, para que este reine en todos los corazones de la Tierra Media. Esta es la evangelización, o la nueva evangelización, como prefieras: recuperar el terreno que el Señor Oscuro ha tomado por la fuerza y despertar a aquellos que duermen esperando la revelación de los hijos de Dios, como veremos enseguida que ocurre con Merry y Pippin.

Tras el episodio de los orcos y el Nazgûl, la comunidad se ve obligada a continuar su camino bordeando los rápidos por tierra para embarcarse de nuevo hasta el final de su camino fluvial, donde tendrán que decidir sus siguientes movimientos. ¿Directos a Mordor o dando un rodeo por Gondor, la tierra de Boromir? Recorriendo el tramo final del río aparecen frente a ellos dos enormes estatuas, una a cada orilla, que representan reyes antiguos, antepasados de Aragorn, y que indican las fronteras del antiguo reino de los hombres, que como ya hemos visto, ha sido invadido por la chusma del Señor Oscuro. Aragorn aparece ante los hobbits como el señor de alto linaje que realmente es, un rey que vuelve del exilio, dispuesto a reconquistar al Enemigo todo lo que le ha sido arrebatado y que le pertenece por derecho. Este es el núcleo del modo en el que Tolkien entiende la evangelización. Evangelizar es reconquistar el corazón de aquellos que han sido heridos por el Señor Oscuro y por el poder de su Anillo, para que dejen de ser esclavos de un Demonio malvado y sean liberados por el descendiente de aquel que arrancó el Anillo de su mano negra. Un rey generoso y bueno, un rey justo, un amigo. Por su propia naturaleza, la misión de destruir el Anillo implica adentrarse en el territorio enemigo y por tanto implica evangelizar, porque el Anillo sólo puede ser destruido en Mordor. Esta es la razón por la cual evangelizar no es algo añadido al camino de la fe, no es algo artificial introducido por la fuerza, sino algo que se sobrentiende en el propio ser de la comunidad del Anillo. Digamos que no les queda más remedio. Pero antes de ver de qué manera afronta *El Señor de los Anillos* el tema de la evangelización, verdadero fundamento del segundo de sus libros, *Las dos Torres*, ocurre algo terrible.

La comunidad ha llegado al fin al punto de no retorno. Un pequeño prado a la sombra de las colinas del *Amon Hen* y el *Amon Lhaw*, las colinas de la vista y del oído, antiguos puestos de guardia permanente de los hombres libres. La decisión de la ruta a tomar no puede demorarse más. Desde allí, han de tomar el camino del oeste, directamente hacia Mordor, o del este, hacia Gondor, último vestigio del antiguo reino de los hombres, desde donde partió Boromir para llegar al concilio de Rivendel. Aragorn toma la palabra e invita a todos a reflexionar sobre el camino a seguir, pero en última instancia, dice, la decisión depende de Frodo, pues el concilio ha depositado en

él la responsabilidad de llevar el Anillo. Frodo necesita tiempo para pensar y solicita una hora en soledad para hacerlo. Aragorn se la concede, por supuesto, pero le pide que no se vaya muy lejos, porque los orcos andan cerca.

Frodo se aleja un poco del resto, sumido en sus reflexiones. Y estando solo aparece tras él un hombre profundamente tentado, como ya vio la Dama de Lórien: Boromir. Su gesto ya no es torcido y ansioso, sino bondadoso y amable. Dice que teme por Frodo, necesita hablar con él. Pero Frodo le contesta que ya ha tomado su decisión, que simplemente lo que le ocurre es que tiene miedo de llevarla a cabo.

«¿Estás seguro de que no sufres sin necesidad?».

Le responde Boromir. Palabras sutiles, cargadas de significado. Recuerdan a aquellas otras: «Si eres hijo de Dios, bájate de la cruz» (Mt 27,40). Tranquilo, hay otras opciones. ¿Realmente es necesario sufrir así? ¿No estás siendo un poco exagerado? No hace falta tanto sufrimiento para ser cristiano, tanto miedo, tanto concilio, tanta misión, tanto Mordor, tanto Anillo, tanta cruz. Eso es un poco de fanáticos, no de personas cabales. ¿Te crees que eres Dios? ¿Que estás ungido por un don especial? ¿No estarás un poco loco? Mira, la comunidad no tiene claro eso de ir a Mordor, ya lo sabes, están deseando venir conmigo a Gondor, al refugio de la fortaleza de los hombres. Somos muchos ahí, y aún fuertes y valientes. Sabemos manejar las cosas del mundo, sabemos desenvolvernos bien con los problemas del día a día. Hasta Aragorn lo desea. Pero tú, ¿siempre un poquito por delante? ¿No te das cuenta de que no hace falta tanto? Todos queremos destruir al Enemigo, pero vamos a hacerlo de forma lógica, poco a poco, sin caer en tu locura mesiánica. Mira adónde llevó esa locura a Gandalf. Y ahora ya no está. No tienes que rendirle cuentas.

Y Frodo le responde:

«El corazón me dice que debo estar prevenido (...) contra todo retraso. Contra lo que parece más fácil. Contra la tentación de rechazar la carga que me ha sido impuesta. Contra la confianza en la fuerza y la verdad de los hombres. (...) No existe ninguna esperanza mientras exista el Anillo».

Frodo ha entendido perfectamente, porque siempre ha creído y obedecido a Gandalf y quizá porque ya lleva un tiempo llevando el Anillo y experimentando en su cuerpo la carga que supone, que el único modo de vencer al Señor Oscuro es destruyéndolo. Toda fuerza y verdad de los hombres: sus seguridades, su sabiduría, su lógica, su saber estar en el mundo que les ha tocado vivir, están condenadas a fracasar, no van a durar nada en cuanto el Enemigo ataque con fuerza sus murallas si el Anillo no es arrojado al fuego. Aparentemente se

vive mejor y se está más seguro tras las murallas seculares de los hombres, pero ante la fuerza del odio del Enemigo estas murallas parecerán de cartón piedra. Y le ha tocado a él llevar el Anillo no por tener ningún mérito que otros no tengan, ni por un poder o una sabiduría especiales, como le dijo Gandalf, parece que hace una eternidad, en su casa de Bolsón Cerrado. Sino porque Dios lo ha querido así. No puede hacer nada por impedirlo.

Sin embargo, la sola mención del Anillo parece volver loco a Boromir. Quiere volver a verlo. Quiere hablar de él. No cree que haya que destruirlo, sería una locura. No sería cuerdo rechazar todo el poder del Anillo, que podría usarse para el bien, para combatir al Señor Oscuro. No se cree la cantinela de que todo lo que se realice con él se acabe trastocando en mal. El Anillo es muy poderoso ¿Qué sentido tiene destruirlo? ¡Puede ser usado para hacer algo útil con él!

«Entonces María (hermana de Marta y de Lázaro), tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres? (...) Jesús dijo: Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis» (Jn 12, 3-5. 7-8).

Judas tiene el mismo problema que Boromir. No sabe quién se ha creído Jesús para dejar que una mujer lo toquetee así, ungiéndolo como si fuera un Dios. ¿Y a qué viene tanta historia con la sepultura, la misión, la cruz, el Anillo y Mordor? No es normal. Se podría haber hecho algo realmente útil con ese dinero. Trescientos denarios es muchísimo dinero como para malgastarlo estúpidamente. Esta es la guerra de lo «normal». Lo que es normal y lo que no lo es. Normal es tener un buen trabajo, una hipoteca normal, un coche normal, dos o tres hijos normales, un hobby normal, salir normalmente a la montaña, tener un abono para el fútbol normalito. ¿Es que un cristiano no puede tener esta vida normal? Por supuesto que sí, sólo faltaba. Pero es que Boromir y Judas se escandalizan cuando ven a uno que no tiene un buen trabajo o ni siquiera tiene uno, que tiene una hipoteca impagable, un coche destartalado, diez hijos problemáticos, hobbies incomprensibles, que no se va a la montaña porque no tiene dinero y que encima no le gusta el fútbol. ¿Realmente hace falta tanto? ¿Hay que vivir así? No es normal en absoluto.

El problema es que quizá esa sea la única manera que tiene la persona de este ejemplo de destruir su Anillo, por eso Dios lo ha querido así. No es mejor ni peor, Dios no mide así las cosas, simplemente es la forma de salvarle que Dios, que le conoce, ha buscado para él.

¿Será, pues, que malgastar trescientos denarios en la cabeza de Jesucristo es mejor que dar ese dinero a los pobres? ¿Lo absurdo es mejor que lo normal? ¿Ir a Mordor, hacia una muerte segura es mejor que utilizar la sabiduría y la fuerza que los hombres tienen en el mundo? ¿Malgastaremos el arma del Enemigo o la utilizaremos para hacer el bien?

Estamos llegando al centro de la cuestión. Toda la conversación con Frodo ha sido una excusa. Boromir descubre ahora sus verdaderas intenciones, quiere el Anillo, lo desea ardientemente, tiene que ser suyo e intenta forzar a Frodo, intimidándole para que se lo dé. Se lanza contra él para quitárselo.

Así que en el fondo no había una razón sincera de buscar la «normalidad» en las pretensiones de Boromir sobre Frodo. Lo que había era un profundo deseo del Anillo. No quería el bien mejor, quería el Anillo. Al igual que Judas, que: «No decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella» (Íd., v. 6).

Impresiona ver cómo Jesucristo y los cristianos desafían la normalidad a través de todas las generaciones. Lo normal en la Italia medieval, por ejemplo, era que los hombres de Iglesia habitasen en palacios, pero san Francisco eligió el camino de Mordor y de la destrucción del Anillo y la renovó totalmente. Imagínate lo que significaría ser normal en la Alemania nazi. Lo normal era matar a los judíos. Pero san Maximiliano Kolbe eligió el camino de Mordor y destruyó el Anillo en su cuerpo en el campo de concentración.

La normalidad es engañosa. La fuerza y sabiduría humanas también. En nuestra época son la televisión, la prensa, la radio e Internet los encargados de indicar a la sociedad qué es lo normal y qué no lo es. Ahora hasta los libros, las películas o las series de televisión son tomadas por los que no aceptan a la Iglesia para predicar su propaganda atea, tocando el corazón sensible de una sociedad que necesita de la fantasía para encontrarse a sí misma. Los que odian a la Iglesia conocen perfectamente el poder de los cuentos de hadas, antiguos y modernos, y lo utilizan en su propio beneficio. Sólo este tema bastaría para escribir un libro. Piensa en lo que significa ser normal en este tiempo que nos ha tocado vivir y verás de qué manera desde los medios de comunicación se está cambiando el modelo de persona, de familia y de sociedad. Por supuesto, todo ello desde el rechazo a Dios. El deseo de normalidad, en el fondo, no es sino deseo del Anillo.

Frodo huye de Boromir poniéndose el Anillo. Craso error, pero inevitable, al fin y al cabo. Boromir, pasado el ataque de locura al que le ha sometido el Anillo, recapacita, y dándose cuenta de lo que ha hecho se echa a llorar. Llora y llora por lo que acaba de hacer. Cómo

me recuerda al otro traidor que, además de Judas, había en el grupo de los doce apóstoles.

Y entonces todo se precipita.

De dos en dos

Huyendo de Boromir, Frodo ha ascendido hasta el antiguo puesto de guardia del Amon Hen, la colina de la vista, pero con el Anillo puesto. Allí comienza a tener visiones extrañas, visiones de guerra que se extiende por toda la Tierra Media, ejércitos terribles que vienen a aliarse con el Señor Oscuro. Al final posa su vista en Mordor y entonces siente el Ojo que le busca, está a punto de encontrarle, «me acerco a ti», le susurra con voz cruel. Oye otra voz que viene en su ayuda: «¡Insensato, sácate el Anillo!». Estos dos poderes luchan entre sí, sacando a Frodo del hechizo: «De súbito tuvo de nuevo conciencia de sí mismo: Frodo, ni la Voz ni el Ojo, libre de elegir».

Libre de elegir. Esta es la belleza de la voz que viene del Espíritu Santo. Es su marca de garantía. Al contrario de la que viene del Enemigo, que siempre fuerza la voluntad para llevarla al pecado, el Espíritu Santo que te ama siempre te deja libre, jamás te fuerza. Su poder está en luchar contra aquel que te tiene esclavizado para dejarte libre. Eres libre. Libre ahora de escuchar, si quieres, el consejo del Espíritu Santo. La libertad que tienes es la mayor prueba del amor de Dios sobre ti. Si no fueras libre no te amaría realmente. Así, Frodo escucha a aquel que le llama insensato, y no al Enemigo, que suele adularle para que se ponga el Anillo: *no te mereces eso, tú que vales tanto, ponte el Anillo, mira cuántas cosas podrías hacer con él en tu dedo.* Frodo prefiere que le corrijan poniéndole en su realidad y se saca el Anillo del dedo. Ya ha tomado su decisión, partirá solo hacia Mordor, no quiere embarcar a nadie en su última misión, sólo él es responsable. ¿Qué otra cosa puede hacer? Decide volver hacia las barcas, y aunque odia irse sin dar ninguna explicación, tomará una de ellas y saldrá hacia Mordor.

Boromir reaparece ante el resto de la comunidad. Está profundamente abatido. Confiesa que ha perdido el rastro de Frodo hace ya rato. Ellos, que en su corazón ya habían decidido acompañar a Frodo a Mordor, excepto Merry y Pippin que querían convencerlo de ir a Gondor, son presas del pánico. La comunidad se desperdiga por todas partes sin orden ni concierto. Salen disparados hacia la colina para buscar a Frodo a gritos sin escuchar a Aragorn que, mucho más sabio que ellos, intenta organizar la búsqueda para que nadie quede en peligro. Todo es inútil, ahora cada uno está por su lado. Aragorn intuye que algo ha pasado con Boromir, pero en este momento de caos le manda seguir a Merry y Pippin para protegerles si hay peligro.

Sam se queda solo y recapacita. Nadie en la comunidad conoce a

Frodo como él, por eso descubre la verdad. Vuelve a los botes y ve uno de ellos que comienza a alejarse de la orilla sin ningún ocupante que guíe la nave. Es Frodo, ahora invisible. Corre hacia el bote, vence su natural miedo al agua y se lanza a por la barca. Frodo le recoge, y aunque no ha querido embarcar a ninguno de sus amigos en una misión tan desesperada, experimenta una gran alegría al saber que Sam va a acompañarle hasta el final. Tras recoger el equipo de Sam (con su cajita de sal incluida), parten solos hacia la Tierra Tenebrosa.

Llegan los orcos. Siempre atacarán en los momentos de mayor caos y tribulación. Han ido directamente hacia Merry y Pippin. Boromir los ha defendido valientemente y ha acabado por lo menos con veinte de ellos, pero ha sido en vano. Los orcos han capturado a los dos hobbits y se los han llevado maniatados. Han atravesado a Boromir con muchas flechas y lo han dejado medio muerto tendido en el suelo. Así lo encontrará Aragorn cuando llegue. En su último aliento de vida, Boromir le confesará a Aragorn que intentó quitarle el Anillo a Frodo y que por eso ha pagado su culpa muriendo a manos de los orcos. «He fracasado», le dice.

«No —dijo Aragorn tomándole la mano y besándole la frente—. Has vencido. Pocos hombres pueden reclamar una victoria semejante. ¡Descansa en paz!».

Y Boromir sonríe en paz por última vez, y muere.

Han llegado también Legolas y Gimli para contemplar los últimos instantes de vida del campeón de Gondor. Lloran largamente su pérdida. Frodo y Sam han desaparecido, Merry y Pippin han sido capturados, Boromir acaba de morir. Aragorn debe tomar una decisión y al fin decidirá salir en busca de los dos pobrecillos hobbits que los orcos acaban de secuestrar. Pero no lo va a hacer inmediatamente. Antes van a procurar a Boromir un entierro digno.

Quizá sea este el pasaje que más me ha impresionado siempre de *El Señor de los Anillos*. Cuando lo leí por primera vez no lo entendí. ¿Cómo es posible que Aragorn le diga a Boromir que ha vencido si ha echado todo a perder con su codicia por el Anillo? Si casi mata a Frodo, de hecho. Y aun así, ¿por qué perder el tiempo enterrándole entre honores dignos de un rey aun a costa de que la distancia que les llevan los orcos se acreciente considerablemente? Mejor dejarle tendido en el suelo, pasto de los buitres, que para eso ha traicionado a toda la comunidad. ¿A qué viene tanta consideración?

Sin embargo, entender este pasaje es entenderlo todo. Aragorn no juzga a Boromir; ni Legolas, ni Gimli. Tampoco lo juzga Frodo en realidad. Nadie se atreve a juzgarlo. Todos ellos saben que la culpa no ha sido suya. La culpa es del Anillo. Todos han sido escrutados en Lórien, y todos han visto lo que hay en su corazón. La prueba por la

que tuvo que pasar Boromir fue demasiado dura, el Anillo se ocupó especialmente de él y ha acabado asesinándole. ¿Y quién está libre de desear el Anillo? Si el Anillo hubiera tentado a cualquiera de ellos como lo hizo con Boromir, no se sabe dónde hubieran acabado.

Al entender esto, como ya te he contado en la introducción de este libro, comencé a comprenderme a mí mismo. No se trataba de que yo fuera un asqueroso y un traidor lleno de basura. La culpa no era mía. Era del Anillo. Siempre había deseado el Anillo para mí y eso era lo que me estaba destruyendo. Me sentí perdonado quizá por primera vez en mi vida, porque aquel libro me estaba diciendo que la culpa no era mía. Todo lo malo que yo hacía, lo hacía obedeciendo las órdenes que me daba el Anillo, el pecado original en mí. ¡Y qué esperanza comencé a sentir!

Boromir venció porque, al fin, en su último momento de vida, entró en la verdad. Recuerda el cinturón que Galadriel le regaló: «ceñidos con la verdad». La verdad de ser un traidor, de desear el Anillo para realizar una gran gesta, de envidiar al propio Aragorn. La verdad cruda y sin excusas, desnuda y descarnada. No soy el héroe que creía ser, no soy noble y valeroso, soy igual de traidor y codicioso que todos.

Y esos «todos», compañeros de su comunidad, le dan la bienvenida de nuevo entre ellos. Ahora es efectivamente uno de ellos, un pobrecillo que necesita ser salvado. Es una victoria *in extremis*, pero no por ello pierde valor ni resulta menos importante. Al contrario. ¿Quién fue mayor traidor, Judas o Pedro? ¿Dónde estuvo la diferencia entre ambos? ¿A quién se parece más Boromir? También Boromir dijo, tal vez el único de la comunidad que lo dijo con tanta seguridad, al igual que Pedro, que llegaría con Frodo hasta el final. Y ya ves.

Boromir se ha arrepentido sinceramente, ha conocido su debilidad, se ha levantado para luchar por salvar lo que pudiera salvar. Ha vencido. Nadie le juzga. La culpa es del Anillo. Es enterrado como un héroe. Nadie cuestionó la autoridad de Pedro como cabeza de la Iglesia por haber negado a Jesucristo tres veces. Nadie le juzgó. Más aún, estas negaciones fueron la clave de la fe de Pedro. Cuando se conoció a sí mismo como Dios le conocía, cuando fue perdonado gratuitamente, cuando comprendió que la fe no dependía de las propias fuerzas, igual que Boromir, se levantó y dio la vida por salvar a quien hubiera que salvar.

Y estos acontecimientos tendrán unas consecuencias inesperadas. Al igual que la traición de Judas nos trajo a todos la salvación, ya que por medio de ella Jesucristo pudo cargar nuestro pecado en la cruz, la de Boromir va a poner en pie de guerra a toda la Tierra Media.

Al final del capítulo anterior nos preguntábamos qué iban a hacer los miembros de la comunidad del Anillo con la fe que les había sido

entregada en Lórien. Aquí está la respuesta: la van a transmitir, van a evangelizar. Si te fijas, la comunidad sale de dos en dos, Frodo y Sam, Merry y Pippin, o de tres en tres (si son impares), como Aragorn, Legolas y Gimli para despertar viejos reyes dormidos, o viejos árboles dormidos, o adentrarse en lo más profundo de la tierra de Mordor para intentar desesperadamente arrojar el Anillo al fuego. Esta comunidad del Anillo ha sido elegida «para enviarlos de dos en dos delante de él a todo pueblo y lugar adonde él pensaba ir (...) ¡Id!, mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis ni bolsa ni dinero, ni sandalias; no os detengáis a saludar a nadie por el camino (...) Sanad a los enfermos que encontréis allí y decidles: El Reino de Dios está cerca de vosotros» (Lc 10,1-12).

Como en el primerísimo tiempo de la Iglesia, en el que a causa de la persecución los cristianos abandonaron la tierra de Israel y se instalaron en otros países, llevando así el anuncio del Evangelio con ellos y comenzando a predicar allí donde habían marchado, en la comunidad del Anillo, gracias a la traición de Boromir que les ha dispersado, los orcos han logrado capturar a los pobres hobbits, y así se va a llevar el anuncio de la guerra contra el Señor Oscuro a lugares insospechados. Si no es por estos acontecimientos que acabamos de narrar, probablemente nunca se hubiera podido vencer al poder de Mordor. En verdad «todo sucede para bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28). Dios, de un mal, siempre saca un bien mayor, esta es nuestra esperanza y nuestra certeza, acreditada por años y años de historia.

Efectivamente, podría haberse vendido ese perfume por trescientos denarios, pero malgastarlo en Jesucristo ha supuesto, no el salvar temporalmente a un número limitado de personas pobres, sino el salvar definitivamente a toda la humanidad.

En esta Evangelización la comunidad del Anillo, ahora enviada de dos en dos, no va a estar sola. Toda la Iglesia, representada por su cabeza, va a acompañarles. De hecho, un mago vestido de blanco terminará por desenvainar su espada para luchar con ellos, mano a mano, hasta la derrota o la victoria definitiva. Sólo tienes que pasar la página para averiguarlo.

CUARTA PARTE

EL FIN DE TODAS LAS COSAS

Frodo perdonando la vida a Gollum.

«¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures en dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos».

El Señor de los Anillos, «Sméagol domado».

Capítulo 15

LA OVEJA PERDIDA

«Cuando una verdad de fe evidente es negada o tergiversada de repente, la Iglesia debe tener una última palabra que exprese de forma vinculante lo que es verdadero y lo que es falso. Esta palabra es la del Papa».

Youcat
(n. 143. ¿Es realmente infalible el Papa?)

La escena es sobrecogedora. Dos pobres hobbits que sólo han corrido en su vida para coger buen sitio en un banquete, obligados a hacerlo hasta reventar, atados con cuerdas que les laceran las muñecas y rodeados de orcos terribles que les azuzan con crueldad, en una infernal carrera hacia la locura, el interrogatorio, la tortura y la muerte. A un día de camino un hombre, un elfo y un enano siguen su rastro sin descansar ni desfallecer, corriendo a la desesperada para dar alcance a los orcos que se los han llevado.

Estos orcos son de dos clases diferentes. Unos son de Mordor, más pequeños y ladinos y otros de Isengard, más grandes y despiadados, orcos al servicio de Saruman el Blanco, el mago traidor, que ha sucumbido a la tentación del Anillo. Han sido enviados por él para conseguir hobbits, pues ha llegado a sus oídos que uno de estos medianos carga con el Anillo del Señor Oscuro. Merry y Pippin viven unas jornadas de auténtica pesadilla, sometidos a la maldad de estos seres tenebrosos que odian todo lo que les rodea, incluso se odian entre ellos y lo demuestran atacándose y asesinándose a la menor provocación. Nuestros hobbits, parece, están verdaderamente condenados y sin ninguna posibilidad de salvación.

La Dama Galadriel regaló un cinturón de oro a Boromir al partir de Lórien, y este pudo ceñírselo al fin, glorioso, superada la prueba final en su último aliento de vida. Si te has fijado, la Dama hizo exactamente el mismo regalo a Merry y Pippin. No es casualidad. Galadriel regaló a cada miembro de la comunidad del Anillo lo que necesitaba y no repitió ninguno de sus presentes excepto en el caso de estos tres personajes. ¿Se le agotó la imaginación a Tolkien? No lo creo. Recibieron el mismo regalo porque los tres tenían el mismo problema; no se habían ceñido con la verdad, es decir, no se conocían realmente. Sólo estos tres miembros de la comunidad habían rechazado ir directamente a Mordor y habían expresado su deseo de esquivar el problema final yendo primero a Gondor. Boromir por

codicia del Anillo, y Merry y Pippin porque en realidad, aquello ya les parecía demasiado. Habían pasado por muchos peligros junto a Frodo y Sam y habían salido indemnes por los pelos, pero viendo lo que se les estaba viniendo encima, después de la experiencia en Moria, de la caída de Gandalf y de los ataques continuos del Enemigo ya no tenían tan claro qué demonios hacían allí, en una guerra que, sinceramente, no parecía tener nada que ver con ellos y que en definitiva no era la suya. ¿Qué hacían, entonces, siguiendo todavía a Frodo? Tal vez sentían vergüenza de abandonar o tal vez un extraño sentido de la fidelidad al estilo hobbit les impulsaba a quedarse, pero lo que ya tenían claro era que a Mordor no querían ir ni locos y deseaban convencer a Frodo de no hacerlo tampoco. Semejante misión no correspondía a un hobbit como él; no cuando conducía a una muerte segura. Era mejor dejar la carga en manos de otros más fuertes y valientes porque los de la Comarca, en el fondo, sólo valían para desayunar dos veces al día, fumar varias pipas entre comidas y disfrutar de una vida sosegada y en paz. Para eso habían nacido y para eso habían venido al mundo, aunque Frodo se empeñara en negarlo con su obstinada insensatez. Así que Merry y Pippin, en cierto modo, habían traicionado a la misión en su corazón. Así lo vio Galadriel y por eso les regaló, como a Boromir, la posibilidad de ceñirse con la verdad, que es la humildad. La humildad para darse cuenta de que esas razones no eran más que excusas para ocultar su propio miedo y la verdad para descubrir que esa guerra, por mucho que quisieran engañarse a sí mismos, sí que les afectaba directamente. Ellos no habían escuchado de boca de Gandalf lo peligroso que era el Anillo, no habían asistido al concilio y habían decidido acompañar a Frodo simplemente por amor hacia él. Creo que en realidad no comprendían bien de qué iba todo esto. Hasta ahora.

La Providencia permite que sea a ellos a quienes capturen los orcos. Ya no es Frodo quien recibe las flechas o las lanzadas, sino ellos. Los orcos les odian a ellos personalmente, son ellos los que están siendo torturados. Están siendo conducidos a la presencia de alguien que sin duda los matará en cuanto haya conseguido la información que necesita. Son ellos los que están sufriendo en sus vidas el ataque directo de los enemigos. Dios ha permitido que entren en una gran crisis, una crisis negra como la infecta piel de un orco. Todos los ataques del Enemigo, sus pensamientos horribles, sus tentaciones de impureza, idolatría, pereza o las de cualquier otra índole, han caído sobre ellos y se los han llevado consigo. Están en poder del Enemigo y han sido sacados a la fuerza del camino de la fe para ser conducidos al mismo dominio de aquellos que les odian. Galadriel lo sabía, sabía que querían hacer que Frodo renunciase a la misión, que añoraban la comodidad de la Comarca, que sentían que todo esto no iba con ellos

y por eso intentó ayudarles a entrar en la verdad, desenmascarando sus excusas e intenciones, por si podían dejarse corregir por ella y así conseguir evitar este terrible mal en el que ahora andan envueltos. Pero al no dejarse corregir por ella, imagen de la Iglesia, nuestros queridos hobbits, a los que Dios ama con ternura, van a ser corregidos en su historia por sus propios deseos. Ahora sí que van a descubrir que esta guerra contra el Señor Oscuro tiene que ver directamente con ellos, que es su guerra, que si no combaten el buen combate de la fe, van a terminar por morir a manos del Enemigo. Que no están ahí por Frodo, ahora que ya ha partido por su cuenta, sino porque ellos mismos son imprescindibles para la comunidad y para la misión. Han descubierto, en definitiva, que son ellos mismos los que necesitan destruir el Anillo. Vaya si se han dado cuenta.

Los que seguimos el camino de la fe, como el pueblo de Israel, somos un pueblo de dura cerviz. Nos cuesta creer lo que nos dicen, no nos fiamos a la primera, tendemos a abandonar pronto ante las dificultades y envidiamos en el fondo la vida que nos ofrece el mundo. Ante esta situación, si no nos dejamos interpelar por la palabra, si no aceptamos la corrección que la Iglesia, como madre, nos procura para nuestro bien, para que no se desvíen nuestros pies del camino, deberemos aceptar ser corregidos en los acontecimientos de nuestra historia. La Escritura enseña el modo en el que somos corregidos: «Mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer, por eso los entregué a su corazón obstinado, para que anduviesen según sus antojos» (Sal 82). El andar tras los propios deseos, tras las visiones del Anillo, es una trampa que conduce directamente a manos de los enemigos. La corrección consiste precisamente en esto, en que Dios nos deja libres para andar según nuestros deseos y antojos. Puede tratarse de deseos de una apariencia tan legítima como los de Boromir al querer apoderarse del Anillo, nadie sería capaz de decir que fuera malo dar trescientos denarios a los pobres. Pero en definitiva, como le ha ocurrido a él, tras estos deseos de salirse de la voluntad que Dios tiene sobre ti y sobre mí, que en el caso de Merry y Pippin se concretan en un rechazo a la misión de la comunidad por el miedo a Mordor, se esconde el deseo de vivir según las visiones que nos muestra el Anillo, que de nuevo, aparece detrás de todo. El andar tras nuestros propios deseos no es sino andar tras los deseos del Anillo.

Pero esta corrección es un acto de la misericordia de Dios, no un rechazo provocado por su ira. Tú y yo quizá debamos experimentar en nosotros mismos lo mal que se está sin Dios, la tristeza que produce andar tras el pecado; y experimentarlo personalmente, no porque lo hayamos visto u oído en otros. En la comunidad del Anillo cada uno debe llegar a su Mordor particular y arrojar allí su Anillo.

Un arma nueva y terrible

Dejemos a los hobbits siendo corregidos por sus propias concupiscencias, con la certeza de que Dios lo ha permitido sólo para un bien mayor y más duradero, porque les ama, y volvámonos a mirar a los tres compañeros que les buscan sin descanso, corriendo tras ellos sin tener en cuenta su fatiga ni ceder al desánimo. O casi.

Capitaneados por Aragorn, han salido en busca de la oveja perdida y, como el pastor de la parábola, no van a descansar hasta encontrarla. Es fantástica la lógica de Dios, que es completamente irracional para el mundo. Lo normal hubiera sido salir tras Frodo y Sam para ayudar en lo que se pudiera a arrojar el Anillo al fuego. Sin embargo, estos compañeros entienden que la misión en realidad son los más pobres, no se puede sacrificar a los más débiles por conseguir un fin más grande. La oveja perdida exige de toda la atención de los considerados, por así decirlo, como más fuertes. Frodo y Sam deben enfrentarse a su destino y para ello contarán con la ayuda de la Providencia, por eso Aragorn y sus compañeros tienen que encargarse de aquellos que corren un peligro inmediato de morir a manos de los orcos. «¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarría una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve (o a Frodo y Sam), para ir en busca de la descarriada?» (Mt 18,12).

Es una carrera desesperada. Los tres compañeros saben leer los signos que van encontrando en su persecución. Huellas, restos de armaduras, los símbolos grabados en ellas, que les hacen ver casi con total acierto qué ha ocurrido en realidad. Tienen discernimiento. Saben que los dos hobbits han caído en una crisis profunda, que se los han llevado los enemigos y que son conducidos a una muerte segura. Eso les hace acelerar el paso, infatigables, siguiendo a la tropa de orcos.

En esta carrera por salvar a la oveja perdida, Tolkien va a regalarnos muchos detalles de una gran importancia sobre el combate espiritual, sobre la evangelización y sobre la Eucaristía. Veamos cómo. Verdaderamente creativo para el mal, el Enemigo va a utilizar una de sus armas preferidas por primera vez en lo que llevamos de camino de la fe. Al llegar la noche de uno de estos largos días de carrera, Aragorn dirá: «Me siento cansado como pocas veces antes. Cansado como nunca lo está ningún montaraz, si tiene una pista clara que seguir. Hay alguna voluntad que da rapidez a nuestros enemigos y levanta ante nosotros una barrera invisible: un cansancio del corazón más que de los miembros. (...) ¡Saruman! ¡Pero no nos hará volver!».

El verdadero adversario del cristiano no son las dificultades, los problemas o las penalidades, sino el desánimo. Las dificultades son elementos propios del camino de la fe y de la misión. Si no apareciesen es cuando deberíamos preguntarnos si estamos yendo por el camino correcto o si lo que estamos haciendo es irnos de vacaciones

a la playa. Por eso los cristianos viven aceptando «con mucha constancia las tribulaciones, necesidades, angustias; azotes, cárceles, sediciones; fatigas, desvelos, ayunos. (...) Como tristes pero siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos» (cf. 2Cor 6,3ss.). Y como el que acepta estos sufrimientos, siempre lleno de buen ánimo, está ya rompiendo con el pecado; o dicho de otro modo, está persiguiendo a los orcos, siervos de aquel que te propone vivir escapándote de todo sufrimiento, para acabar con ellos y rescatar a los hermanos más débiles de sus trampas, el arma predilecta que este enemigo utilizará contra él será el desánimo. Un cansancio del corazón, una barrera invisible. El que cae en el desánimo, si por la misericordia del Señor no se levanta, puede acabar abandonando la fe. El desánimo es el lado oscuro del presuntuoso. Produce un relajamiento de la tensión que le es propia a la fe, una bajada de guardia en el combate espiritual, y se parece tanto a la tristeza que puede originar una auténtica depresión. Como se muestra en *El Señor de los Anillos*, el desánimo procede de una voluntad enemiga que tal vez te cuestione, que te haga pensar que en el fondo no le importas a nadie, que si hubieras sido tú el que hubieras caído en manos de los orcos, para rato iban a estar sufriendo por ti lo que tú estás sufriendo por ellos. Quizá te mande una intuición y te diga que cada solución siempre tiene un problema. O te dirá que tu vida va a ser siempre igual, una sucesión de tribulaciones tras tribulaciones. O que para ti nunca llegará el consuelo, para los otros sí, pero para ti no. Que no merece la pena correr ni aceptar las tribulaciones, que sólo parecen atacarte a ti. Te hará ciego ante el sufrimiento de los otros y hará que examines el tuyo con microscopio. El que caiga en desánimo acabará por juzgarlo todo, por criticar a los demás y por abandonar el combate porque no merece la pena. Pienso que el desánimo tiene una relación directa con la esperanza. Uno puede sufrir las tribulaciones porque tiene esperanza en que Dios le ayudará en ellas, y así cobra sentido sufrirlas. Uno coge la cruz porque tiene esperanza en la resurrección. Por eso el desánimo es un arma terrible del Enemigo, la peor o de las peores, porque si «en esperanza hemos sido salvados» (Rm 8,24), dinamitar toda esperanza y hacer caer en el desánimo al cristiano es llevarle a la condenación. Salvados en esperanza, condenados por el desánimo.

Pero Dios pelea a nuestro lado, combate nuestro combate, nos da aliento en nuestras luchas. Hay una voluntad que desanima los corazones de los tres compañeros, cierto, pero en el mismo momento que esto empieza a suceder comienza a mostrarse claramente el verdadero poder de las lembas: «A menudo agradecían de corazón a la Dama de Lórien por las lembas que les había regalado, pues comían un poco, y recuperaban enseguida las fuerzas sin necesidad de dejar

de correr». Las lembas, el pan élfico símbolo de la Eucaristía, es lo que mantiene en pie a los tres cazadores, lo que restablece sus fuerzas en la fatiga sin que sientan la necesidad de sentarse a descansar, devolviéndoles el ánimo. Esta primera referencia a las lembas (más adelante vendrán otras) es muy importante y nos da una clave especialmente significativa sobre la Eucaristía. Dice san León Magno que: «La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos: y seamos portadores, en nuestro espíritu y en nuestra carne de aquel en quien y con quien hemos sido muertos, sepultados y resucitados»(60).

Los tres compañeros reciben fuerza de forma inmediata al comer las lembas porque al hacerlo están siendo transformados en Aquel que tiene verdadero celo por la oveja perdida, el único que ha cargado con ella a sus hombros para llevarla al Cielo, el que ha descendido a los mismos infiernos para rescatarla. El celo de Jesucristo en ellos es su fuerza, por eso pueden correr y correr, sin necesidad de descansar, en virtud de las lembas. La intimidad con Jesucristo, Él mismo viviendo en ti, tú siendo transformado día a día en su imagen es la cura contra todo desánimo. Frente a esta arma del Enemigo no hay mejor remedio que frecuentar los sacramentos. La oveja perdida es el corazón de Jesucristo. Como el pastor no se desanima nunca en su búsqueda, Él viviendo en ti hará que tú tampoco te desanimes. No es importante que esta oveja se muestre agradecida y emocionada ante el pastor que la rescata, puede que se muestre ingrata e incluso hostil. La parábola no dice que la oveja cambió de vida tras ser encontrada por el buen pastor, ni que le hiciera a este una confesión sincera y arrepentida de sus paseos por bosques y campiñas mientras era llevada a sus hombros. Esperar esto de ella y no encontrarlo podría hacernos caer en el desánimo nuevamente. Piensa que el corazón de Jesucristo es la oveja perdida porque el corazón de Jesucristo es el amor al enemigo. Esta forma de amor es el ser de Dios, y por tanto, como se verá más adelante en *El Señor de los Anillos*, es también el ser de la Eucaristía. La misión, las lembas y el amor al enemigo van a estar íntimamente unidos en el desenlace final.

Un tercer detalle que nos regala Tolkien en estos pasajes hace referencia al que, como ya hemos dicho, es el tema fundamental de *Las dos Torres*, la evangelización. La lógica es clara: ir en busca de la oveja perdida te va a llevar a encontrarte, inevitablemente, con muchas otras. La cacería está mostrando algún signo alentador. Aragorn ha encontrado el broche de una de las capas élficas de los hobbits tirado en el suelo junto a las huellas de uno de ellos, lo cual les da más esperanza de poder encontrarlos con vida, porque los broches de Lórien no caen por casualidad. Al cuarto día, los tres compañeros llegarán hasta las praderas de Rohan. Este reino, antiguo

aliado de Gondor, es la residencia de los señores de los caballos, los rohirrim, un pueblo orgulloso y sereno enemigo desde siempre de Sauron. Pero últimamente se oyen extrañas noticias. Parece que la mano del Señor Oscuro se ha alargado y que Rohan está volviéndose al bando de Mordor, así como que Saruman el traidor está comenzando a hacerles la guerra atacando sus fronteras sin que ellos hagan nada por evitarlo. Es un pueblo acorralado por el mal.

Legolas, con su penetrante mirada de elfo, ve a lo lejos las figuras de unos jinetes que se acercan a ellos. Se quedan a esperarlos, pues no es posible ocultarse de ellos en esa pradera y además vienen por la ruta que han tomado los orcos, así que es posible que se hayan topado con ellos y puedan traer alguna noticia. Son un centenar de jinetes que a punto están de pasarlos de largo pues las capas de Lórien los han ocultado a sus ojos. Es Aragorn quien grita para llamar su atención. Enseguida los jinetes cierran un círculo en torno a ellos. Desmonta el que parece ser el jefe y comienza un diálogo. Sus capas le llaman la atención y, al decirle Aragorn que proceden de Lórien, hace un comentario muy poco afortunado sobre la Dama Galadriel, tildándola de hechicera. Gimli no soporta semejante injuria y apoyado por su gran amigo Legolas «invita» al hombre de Rohan a retractarse. Aragorn interviene para poner paz. Esta tierra de Rohan está siendo invadida por la sombra. La mención de la Dama de Lórien les parece una superstición, algo que pertenece al mundo de la fantasía. La sombra de Mordor y de Saruman ha dejado como poso en los hombres de Rohan el pensar en las cosas de Dios como en leyendas infantiles. Toda la conversación que Aragorn mantiene con Éomer, pues así se llama el jefe de estos rohirrim, está marcada por esta incredulidad, comparando los hechos que nosotros sabemos que han sucedido en realidad con mitos y cuentos de niños. Si quieres profundizar y comprender verdaderamente cuál es el modo en el que Tolkien relaciona la fe con la esencia de los cuentos de hadas, deberás leer muy detenidamente este pasaje de *El Señor de los Anillos*. Pero Aragorn reaccionará ante Éomer y se mostrará a sí mismo en toda su dignidad, levantará ante Éomer su espada, Andúril, la que ha sido forjada de nuevo, y obligará a Éomer a optar. O comienzas a creer en los cuentos que te estoy contando o declaras que eres amigo de Sauron y, por tanto, eres nuestro enemigo. Ha levantado ante Éomer el signo de la victoria sobre el Señor Oscuro, la espada que arrancó el Anillo de su mano y le ha puesto en la tesitura de elegir qué creer. Las viejas historias que has oído desde pequeño son verdad, tu incredulidad le está dando más margen a Sauron. ¿Eres de los nuestros o del enemigo?

Ahora vete a contarle tú al primero que pase por la calle el amor que la Virgen María tiene por sus hijos y enséñale cómo estás cubierto por

su manto prodigioso. Probablemente las risas estarán garantizadas. Le sonará a chino, a cuentos de su abuela, a algo supersticioso y anticuado. Pero el levantar esta espada, signo de la cruz, ante sus ojos, puede sacarle de sus ideas preconcebidas. Porque anunciar una «hipotética» victoria sobre el sufrimiento y la muerte que se le está mostrando en la cruz, de la cual es figura el arma que le ha arrebatado al Señor de la muerte su poder sobre la muerte, ya es otra cosa. Este es el anuncio a una sociedad postcristiana, que ha perdido sus raíces religiosas. La devoción a la Virgen le sabrá a superstición a aquel que ha vivido una cierta cristiandad, pero que en la actualidad vive bajo la sombra de Mordor. Para este hombre no valen novenas ni devociones. En su cabeza estarán al mismo nivel las flores que le llevaba a la Virgen en el cole durante el mes de mayo (si es que llegó a hacerlo) y el festival de fin de curso cuando le tocaba disfrazarse de hombre de hojalata. A este hombre deberá dársele un anuncio existencial, Cristo que ha vencido su miedo al sufrimiento y a la muerte: y se le deberá mostrar el arma con la cual se ha hecho posible esa victoria: la cruz. Ciertamente que puede compararse a Rohan con una sociedad postcristiana. Históricamente aliados de Gondor, enemigo primordial de Mordor, en sus batallas contra el Señor Oscuro, sus relaciones se han enfriado. Rohan se ha encerrado en sí misma, huyendo casi de todo contacto con el exterior, buscando prosperar como reino independiente. Buscan la neutralidad en la guerra que se viene gestando, una especie de aconfesionalidad. De este modo se les ha colado la sombra casi sin que ellos se dieran cuenta. Yo no me meto con nadie y que nadie se meta conmigo. Pero el Señor Oscuro quiere dominar toda la Tierra Media, aconfesionales incluidos. Y aunque no quieran están metidos en la guerra hasta el cuello, porque Saruman ha elegido servir a Mordor y ya les está atacando. Llega el momento en el que deben elegir en qué bando quieren estar.

Éomer acepta este «anuncio» y comienza a confiar en estos tres desconocidos. Les informa de que han logrado acabar con los orcos que iban persiguiendo pero que no han encontrado ningún hobbit. Les cuenta además que Théoden, su tío y actual Rey de Rohan, guarda un viejo rencor hacia Gandalf, y que Saruman está empezando a atacar sus fronteras. Pide a Aragorn que vaya a luchar junto a él, ya que se ha convertido en una especie de renegado por no obedecer las indicaciones del consejero de su tío, una persona repugnante a la que todos llaman «Lengua de Serpiente» y que sólo busca tener buenas relaciones con Saruman, traicioneramente, a pesar de las amenazas y de los constantes ataques de este. Aragorn dice que todavía no ha llegado el momento de luchar juntos, que debe buscar a los hobbits. Éomer le prestará dos caballos para que puedan proseguir su búsqueda y se marcha con su tropa. Así se despiden por el momento.

El mago blanco

Los tres compañeros llegarán hasta la pila de cadáveres de orcos que han dejado los rohirrim, no encontrando, efectivamente, a ningún hobbit. Encuentran sin embargo un rastro que conduce hasta el cercano bosque de Fangorn. Deciden aventurarse en él al día siguiente porque anochece y necesitan descansar. Pero esa noche un anciano envuelto en una capa se acercará hasta su campamento improvisado y espantará a sus caballos sin que ellos puedan hacer nada por evitarlo.

Preguntándose si no será el mismo Saruman quien ha espantado a sus caballos acaban por internarse al día siguiente en el bosque de Fangorn. Es un bosque primordial, viejísimo y oscuro; amenazador en cierto modo, pues parece que los árboles observan cada uno de sus movimientos. El bosque oprime un poco el corazón de los tres compañeros. Aragorn sigue las huellas y los indicios que va encontrando. Como un misterio sin resolver, parece que los hobbits lograron internarse en el bosque y que tuvieron un encuentro inesperado. Al seguir su rastro al poco de entrar en el bosque, ven a un anciano cubierto de andrajos grises que camina hacia ellos apoyándose en una vara. Gimli sabe que se trata de Saruman, el mismo que les ha robado los caballos y hace que todos preparen sus armas para enfrentarse a él, que ya está llegando a su lado. Comienzan a hablar y el poder del anciano se manifiesta haciendo que suelten sus armas sin ni siquiera pronunciar una palabra. Es amable en apariencia y no parece peligroso, sólo interesado en obtener noticias. Pero cuando se inclina para sentarse en una roca, por debajo de sus andrajos grises puede verse que está completamente vestido de blanco. Es Saruman, ya no hay duda. Los compañeros vuelven a recuperar sus armas y prestos para atacarle, son de nuevo reducidos por el anciano que despojado ya del todo de sus harapos y mostrando la vestidura blanca, levanta la vara y por el fuego vuelve a obligarles a soltarlas.

Entonces se abren sus ojos. No es Saruman, es Gandalf que ha vuelto del abismo, más allá de toda esperanza, para ayudar a la comunidad del Anillo. Sólo que ahora viste el Blanco, color que en un principio había pertenecido a Saruman el traidor. Desconcertados por la alegría que supone volver a ver a Gandalf contra toda lógica y contra toda esperanza, los compañeros se preguntan por qué ahora no viste el Gris sino el color de Saruman: «En verdad soy Saruman, podría decirse. Saruman como él tendría que haber sido. He pasado por el fuego y por el agua profunda desde que nos vimos la última vez. He olvidado buena parte de lo que creía saber y he aprendido muchas cosas que había olvidado», les dirá.

Saruman no ha sido fiel a la misión que le fue encomendada cuando fue enviado del otro lado del mar. Ha terminado por codiciar el Anillo

y por eso ha sido rechazado. Ahora es Gandalf el que ha vuelto a ser enviado a la Tierra Media pero ocupando una dignidad nueva acorde a sus actos y correspondiente a su misión. Esta es una escena que recuerda mucho a la que ya vimos en el Bosque Viejo (que en realidad es el mismo bosque de Fangorn dividido en dos partes muy separadas entre sí por el devenir de la historia a lo largo de los años) cuando Tom Bombadil, en el momento de sacar a los hobbits de la cueva del Tumulario les dice que han sido sacados de las aguas profundas. Si recuerdas, hablábamos entonces de un redescubrimiento de las diferentes partes del bautismo, sacramento que aparece bajo distintos aspectos a lo largo de todo el libro. También Gandalf ha pasado ahora por un bautismo, por el fuego y por el agua. «Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11). Ha sido probado como el oro en el crisol en un combate a muerte contra el Balrog, la Abominación de la Desolación que ocupaba ilícitamente el Templo, y ha sido rescatado de las aguas profundas. Ha derrotado al Balrog y ha dejado libre al Templo de su presencia.

El rechazo de Saruman y la reaparición de Gandalf significa un cambio de paradigma. Saruman desde siempre había sido considerado como cabeza del concilio Blanco, contra el criterio de Galadriel que prefería a Gandalf, por ser aquel el de mayor dignidad y sabiduría de los cinco magos que vinieron del otro lado del mar. Pero hay aquí, como decimos, un cambio de modelo. Saruman, bondadoso y fiel en un principio, poco a poco fue cambiando. Al contrario que Gandalf, siempre vagabundeando de un extremo a otro de la Tierra Media, incansable, llevando la palabra contra Mordor y sus amenazas hasta los últimos confines del mundo conocido; Saruman decidió instalarse en una torre, encerrarse en ella y recibir allí a quien quisiera de su consejo, si así lo decidía. Igual que el pueblo de Israel que al instalarse comenzó la construcción de la torre de Babel. Siempre dentro de esta torre, llamada Orthanc, aconsejaba no actuar, no ir en contra del poder de Mordor a pesar de que este parecía crecer por momentos. Y el concilio siempre le obedecía. Parecía creer que el poder de los reinos élficos bastaba para mantener la Tierra Media en paz, y nunca se preocupaba de seres tan insignificantes como los hobbits e incluso los hombres, a los que no prestaba ninguna atención. Los pueblos libres debían acatar lo que se decidiese en su torre, independientemente de que ya muchos de ellos ni siquiera supieran quién era Saruman.

Tolkien es católico. No es anglicano ni protestante. Por eso no es extraño adivinar que el mago vestido de blanco, perteneciente a una orden enviada por Dios desde más allá del mar para ayudar a los hombres en su lucha contra el mal es, evidentemente, una figura del Papa. El Papa como cabeza de la Iglesia. Pero el modelo seguido por

Saruman ha sido rechazado y se ha revestido de blanco a la manera de ejercer el ministerio seguida por Gandalf. Una forma de ejercerlo que no se ha encerrado en una torre, sino que no tiene donde reclinar la cabeza: pastor, guía, guerrero, conocedor de todas las razas de la tierra, siempre dispuesto a combatir a Mordor allí donde se despierte su amenaza. Ocurre como en la vigilia de Pentecostés, donde tras mostrarse en las lecturas el espíritu de Babel, aparecerá de forma definitiva el Espíritu Santo en las formas de fuego y de agua viva para contrarrestarlo. El Espíritu Santo es que ha elegido este nuevo modelo. Un modelo molesto, que no descansa, que increpa a todas las gentes y las pone en pie de guerra. Que aconseja a grandes señores y a pequeños agricultores. Que llama personalmente a conversión a cualquiera que se cruce en su camino. Un gran mago que se mancha los pies de barro acompañando a aquellos a los que ha llamado al camino de la fe. Incansable, fiel a la misión que le ha sido encomendada, íntimo de Galadriel. Como confesará Gandalf, ella misma es la que ha tejido su vestidura blanca en Lórien. La Virgen María bendice este nuevo paradigma de Iglesia que no se encierra en una torre y que no confía en que los últimos restos de la cristiandad representada por los elfos puedan contener la marea de terror que se viene encima. El Papa como cabeza de una Iglesia que se ciñe una espada al flanco y evangeliza, anunciando la destrucción que Mordor supone, sin tapujos, allí donde es necesario. Dios sabe que nadie en Tierra Media va a acercarse a los elfos porque la gente normal desconfía de ellos y menos aún a una torre perdida, vestigio de un pasado más glorioso, pero que ahora resulta amenazadora a sus ojos. Este es el modelo de Iglesia elegido para este momento; este es el cambio de paradigma. Gandalf ha sido elegido cabeza de la Iglesia. En última instancia, lo que ha ocurrido con Saruman para que haya sido rechazado ya lo habrás imaginado. Ha sido el deseo del Anillo. El imposible deseo de usar el Anillo para el bien, el mismo deseo de Boromir, no aceptar que es necesario destruir aquello que todo el mundo anhela. El anuncio es tajante, NO SE PUEDE USAR EL ANILLO PARA EL BIEN, no se puede, es imposible. Usar el Anillo no va a hacer entrar a nadie a la Iglesia. No va a llenar tu parroquia de jóvenes. No se puede rebajar la verdad con la esperanza de quedarse con los restos de una sociedad que se escapa de la Iglesia. Lo que se puede hacer es anunciar esa verdad con valentía, libremente. ¿Pero qué verdad? No hay que confundirse. Lo que hay que anunciar es que todos tenemos dentro el Anillo, un anillo tan redondo como la «O» de pecado Original y que nos lo hemos puesto en el dedo un millón de veces, hemos pecado, nos hemos escapado del sufrimiento como hemos podido y eso nos ha ido metiendo en el mundo del Enemigo poco a poco. Pero hay que arrojar el Anillo al fuego, porque la espada que

arrancó el Anillo del dedo del Señor Oscuro ha sido forjada de nuevo y eso nos va a garantizar la victoria. Esto es lo que anuncia Gandalf y esto es lo que hay que anunciar. El rechazo del antiguo paradigma se centra sobre la ilusión de que la obra del Anillo no es tan mala, que no puede ser tan malo un objeto tan precioso, que no es verdad que el Anillo sea lo que hace sufrir al hombre. El hombre necesita su espacio, su trabajo, su dinero, su familia, ser buenas personas y ya está. ¿Pero de qué le servirá todo eso si va a caer tarde o temprano bajo las tinieblas de Mordor? Si el Anillo no es destruido, si llega de nuevo a manos del Enemigo, es el único destino que le espera. Pero ya no. Con Gandalf, la Iglesia va a ir en busca de la oveja perdida, no va a esperar a que la oveja perdida acuda a su torre.

Dios ha vestido de blanco al incansable misionero itinerante confirmando el concepto de Iglesia que necesita una sociedad postcristiana. La iglesia no juzga a nadie por sus obras, porque sabe que la culpa es del Anillo. Por eso su cabeza anunciará con libertad esta verdad a todas las gentes. Estamos en guerra con el Anillo, no con los que lo desean. No basta con los menguantes reinos de los elfos que no le dicen nada a nadie. No se puede estar encerrado en una torre, hay pueblos enteros que no conocen la amenaza de Mordor o que ya, como Rohan, están cayendo bajo su oscuridad.

Por eso es tan importante que aquel que va a ser nombrado cabeza de la Iglesia, el «dulce Cristo en la tierra» como se referirá al Papa santa Catalina de Siena, haya sido probado por el fuego y por el agua contra el Balrog porque este, como recordarás, es la expresión de lo que significa una religiosidad basada en el temor, lo contrario de la fe que se funda en el amor y en la iniciativa de Dios. Gandalf será probado en una batalla singular contra este espíritu de falsa religiosidad, como lo fue Pedro, sobre el que Cristo fundamenta el Papado y por consiguiente toda la Iglesia. Al anunciar Jesús su pasión y muerte en Jerusalén, Pedro le reprendió diciendo: «Lejos de ti Señor. ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mt 16,22), no sufras, es imposible que tengas que sufrir eso, no lo aceptaré. Para el religioso natural es incomprensible que el justo, el bueno, tenga que sufrir. Al contrario, el que tiene que sufrir es el malvado. Ante esta idea, Cristo corregirá a Pedro con mucha fuerza: «Apártate de mí, Satanás, eres escándalo para mí» (Íd., v. 23), Pedro deberá pasar de la religiosidad a la fe. Por eso Gandalf es también probado con esta imagen de la religiosidad que es la Abominación de la Desolación que ocupa en el Templo el lugar reservado a la presencia de Dios.

Al mostrar este cambio de paradigma, no parece que Tolkien quisiera decir que hay papas buenos y papas malos. Él sabía que la sociedad estaba cambiando, su fe venía de Newman y esperaba como él que la Iglesia fuera capaz de acometer el cambio que fuera necesario para

realizar su misión en una sociedad postcristiana. Al concilio de Rivendel ya no acudió Saruman, para consternación de la mayoría de los elfos allí presentes, y con la imposición a Gandalf de la vestidura blanca se consuma lo que allí se inició. Era necesaria una nueva realidad que, abrazando toda la tradición anterior supiera llamar a la nueva sociedad postcristiana a conocer el amor de Jesucristo, el peligro del Anillo y la batalla que estaba por venir: la Iglesia Luz de las gentes y su expresión concreta en tu vecino de al lado, la comunidad del Anillo.

Aragorn le dirá a Gandalf el Blanco: «Eres nuestro capitán y nuestra bandera. El Señor Oscuro tiene Nueve. Pero nosotros tenemos Uno, más poderoso que ellos: el Caballero Blanco. Ha pasado por las pruebas del fuego y el abismo, y ellos le temerán. Iremos a donde él nos conduzca».

Esta es la expresión del amor de Tolkien, el hijo de aquella que murió en la pobreza por no vender la fe católica de sus queridos hijos, por el Papa. Ni en mil años encontraría un mejor modo de definir lo que significa el Papa para un católico; lo que significaba el Papa para Tolkien. Lo que significa el Papa para mí.

Los tres compañeros, a las órdenes ahora del mismísimo Papa, dejan por indicación suya la búsqueda de Merry y Pippin. ¿Abandonamos ahora la búsqueda de la oveja perdida dejándola tirada en un bosque oscuro y tenebroso? No hay que preocuparse. Como veremos en el capítulo siguiente, los hobbits han caído en buenas manos y Gandalf lo sabe. Si ahora los compañeros abandonan la búsqueda es porque nuestras pequeñas ovejas están ahora en compañía de un pastor. Un pastor original, pero pastor al fin y al cabo. Su nombre es Bárbol, es un Ent, un pastor de árboles. La llegada de Merry y Pippin al bosque de Fangorn y la (buena) noticia que van a llevar a Bárbol, desencadenarán una fuerza sobrehumana contra el poder de la oscuridad que el mismo Enemigo jamás hubiera podido predecir.

Mientras tanto, Gandalf, Aragorn, Legolas y Gimli deberán dirigirse directamente al corazón del pueblo que está cayendo bajo la sombra y anunciarle la verdad, para que despierte y pueda enfrentarse cara a cara con el enemigo que está a punto de arrebatarle la libertad y la vida.

Ir tras la oveja perdida es siempre sorprendente. Los tres compañeros han encontrado al mago vestido de blanco mientras iban en su busca porque es ahí donde siempre encontraremos a nuestra madre la Iglesia. Caminando sin caer en el desánimo de uno a otro rincón de la Tierra Media, evangelizando a aquellos que como nosotros éramos ovejas perdidas del rebaño, codiciosos del Anillo e incapaces de ser felices; para anunciarnos que la espada ha sido forjada de nuevo, que no es un cuento de hadas, y que este signo nos va a entregar

gratuitamente la victoria sobre el miedo que nos esclaviza.

Capítulo 16

DESPERTARES

«Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y que te ilumine Cristo».

Ef 5,14

Merry y Pippin han logrado liberarse de las garras de los orcos. Dice san Francisco de Sales que «para ejercicio de nuestra humildad conviene que alguna vez salgamos heridos en esta batalla espiritual; pero nunca quedamos vencidos, sino cuando perdemos la vida o el valor. Porque realmente tenemos una gran ventaja para salir siempre vencedores en esta guerra: saber que no necesitamos más que querer pelear»(61). Y eso es lo que han hecho nuestros hobbits; arrastrados por los orcos a una muerte segura, finalmente han querido pelear. Y sólo con querer ser liberados de esa situación de muerte que les atenazaba, la gracia de Dios ha actuado en su favor. Basta con abrir una pequeña rendija a Dios, mirar al cielo, un tímido grito al Señor para que este pueda entrar, porque cuenta ya con tu permiso. Él nunca va a forzar tu libertad, necesita tu permiso para sacarte de cualquier cárcel donde te puedas encontrar. En este combate han resultado heridos y conservarán las cicatrices de los golpes de los orcos toda su vida, pero estas marcas oscuras en su piel serán un día motivo de alabanza. Han estado a punto de desertar yéndose a Gondor con Boromir, lo cual no les hubiera supuesto ninguna gloria, pero por la misericordia de Dios estas heridas en el combate testimoniarán que han hecho lo que han podido; que han sido heridos, sí, pero que finalmente han mirado al cielo, han querido pelear y han sido salvados por aquel que les ama.

La horda de orcos que se los ha llevado es un ejemplo de la total descomunión. Todos se odian, discuten, pelean, se matan entre ellos, no se soportan. Luchan constantemente por ver quién es el primero, el que manda, el que va a llevar a los prisioneros a su destino y conseguir todos los honores. Se pisan, literalmente, unos a otros. Se traicionan y solo son capaces de odiarse. Lo único que les mantiene en la carrera es un horrible miedo a sus amos, el miedo a no cumplir las malignas órdenes que les han dado. Esta es toda su unidad: el miedo. No existe ningún amor en ellos, solo rencor, envidia y violencia.

Es impresionante ver hasta qué punto Merry y Pippin, en su intención de desertar, han pasado de caminar con un grupo de

hermanos que formaban la comunidad del Anillo a correr con un grupo de orcos que forman la *descomunidad* del Señor Oscuro. Ya hemos visto que en la comunidad del Anillo ha habido grandes desencuentros, diferencias y discusiones. Pero siempre se han dado de un modo completamente diferente a lo que podemos ver en los orcos. Al final, aunque fuera de modo precario, se daba la comunión entre ellos, incluso entre miembros tan antagónicos como Legolas y Gimli. Ir en camino de tirar el Anillo al fuego es renunciar a que sea el miedo quien dirija tu vida y, de este modo, el camino de la fe se convierte en un camino hacia la comunión y la unidad. Es un camino hacia aceptar no ser el primero; es más, a no tener miedo de ser el último y a obedecer en lugar de mandar. El ser dios de tu vida supone buscar tu propia felicidad por encima de cualquier otra cosa. ¿Y quién ha sido alguna vez feliz siendo un segundón? Sólo pensar en ser ninguneado en el trabajo o en el instituto o ser poco considerado por los padres o los amigos llena a cualquiera de terror. Por tanto, la tentación de ser el primero por encima de todo, de ser considerado, adulado y tenido en muy alta estima, que es el engaño predilecto que usará el Anillo para hacer que te lo pongas en el dedo, será vencida poco a poco por la libertad de la comunión que proporciona el camino de la fe. En este camino se descubre que es precisamente el último lugar aquel del que nunca se ha marchado nuestro Señor Jesucristo y que ahí es fácil encontrarle. Sin embargo, esta comunión es imposible para los orcos, precisamente porque son siervos del Anillo y lo único que les une es este miedo.

Recuerdo que en cierta ocasión tuve una conversación muy interesante con un joven, que me contaba que tenía ganas de experimentar un poco el mundo. Siempre había estado en la Iglesia, desde pequeño, decía, y nunca había tenido la oportunidad de vivir lo que se vive fuera. De modo que quería verlo por sí mismo, no por lo que le pudieran decir, y así, una vez vividas ambas experiencias, podría decidir por sí mismo dónde quería quedarse. Nunca le habían permitido alejarse de la Iglesia y le parecía injusto, un modo de negarle una verdadera experiencia vital. Como argumento no está mal. Me lo contaba porque sabía que yo venía del paganismo y había abandonado la Iglesia en mi adolescencia y como había vivido ambos mundos y había «elegido» quedarme en la Iglesia, le parecía lo más lógico que yo le apoyara en su intención de tener una verdadera capacidad de elegir. Busque, compare y si encuentra algo mejor, cómprelo. Me quedé mirando a este muchacho pensando, ¿y qué le digo yo a este?, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en mi contra, porque es un chico muy inteligente y me pondrá mil argumentos. Pero el Señor vino en mi ayuda, y contándole un poco mi experiencia acerté a decirle algo así como: mira, lo que pasa es que tú

piensas que el mundo que tú quieres experimentar, en el fondo es igual que la Iglesia, o que en el mundo te van a tratar igual que allí. Que en el mundo te van a querer seas como seas, que te van a perdonar cuando te equivoques, que te van a llamar cuando estés solo, que no te van a juzgar. Y es todo lo contrario. En el mundo el que la hace la paga. Si destacas en algo vas a ser el blanco de todas las envidias y de todas las críticas. En el mundo vas a tener que dar la talla constantemente, y si haces algo mal no te lo van a perdonar. Si vas de humilde te pisarán y si te creces harán lo posible para tirarte del pedestal. Cuidado con no estar a la altura con alguna chica porque te ridiculizarán. Y si cuando estés triste buscas consuelo en algún amigo del mundo, probablemente te dé la única solución que tiene, que te quites la tristeza a base de alcohol, de drogas y de fiestas. Así que tú mismo; pero ni por un momento te pienses que el mundo es como la Iglesia, donde ahora mismo te sientes querido tal y como eres y se te perdona todo. Ni por un momento. Te lo digo por experiencia, si quieres te enseño mis cicatrices.

Pienso que esto mismo lo han experimentado Merry y Pippin en el tiempo que han pasado con los orcos. Ojo, que el pecado del mundo no es lo que parecía. Es terrorífico, es atroz. Es la ausencia de amor. Un ensayo muy interesante(62), dice que la sociedad actual es una sociedad «órquica», no sólo porque está repleta de orcos sino porque en ella imperan los valores que les son propios. Y no puedo estar más de acuerdo con eso. En los pocos días que los hobbits han pasado con los orcos, estos ya han tratado de hacerles como ellos. Han curado sus heridas con infectos ungüentos de orco y han comido la mohosa comida de los orcos. Como si su carrera fuese una especie de botellón infernal, les han dado a beber un asqueroso licor de orco cuando no podían correr más, que les devolvía momentáneamente las fuerzas pero a costa de experimentar un terrible ardor en todo el cuerpo que les cegaba la mente y les sumía en sombrías pesadillas.

Contemplar las frenéticas carreras de la gente por llegar a todo lo que pide la sociedad es estremecedor. Corren y corren pero siempre dicen que no llegan a nada. ¿Quién les azuza? ¿Quién les azota con su látigo para que no se detengan? Hay que trabajar, hay que ascender, hay que ir de vacaciones. Es por los niños. ¿Seguro? Lo que para el mundo es lo importante hace descuidar lo que verdaderamente importa. Mira a tantos padres que sólo ven a sus hijos cinco minutos antes de que se vayan a dormir y eso día tras día. Por el miedo, porque hay que trabajar tanto. Dicen que una de las cosas de las que más se arrepienten los que están a punto de morir es de haber trabajado tanto y haber descuidado a la familia. Tienes que ser perfecta, guapísima, siempre joven, una excelente profesional, una madre que cocina *cupcakes* al volver del gimnasio. Corre, corre, corre.

Corre para no llegar a nada. Es horrible el miedo de no ser como te dice la sociedad. Corre, ¿hacia dónde? Hacia Mordor o hacia Isengard, es lo mismo. Corre para ser el primero, para alcanzar la felicidad que te promete el obedecer las órdenes del mundo. Si el mundo dice que hay que correr así será porque eso es lo que da la felicidad. Corre, si es necesario pisar al otro, písalo, que no te arrebate el premio del mundo. Corre; el látigo que te azuza es el miedo, el terrible miedo al sufrimiento y a la muerte. Corre entre envidias, odios, venganzas y violencias; hay que llegar a todo para no llegar a nada. Si te cansas bebe del licor de los orcos, aliénate, emborráchate con su misma bebida, así podrás seguir corriendo y ser como ellos. Mira a los jóvenes, llenos de tatuajes y de piercings, tienen la necesidad de adornar su cuerpo porque el mundo les ha dicho que es lo único que tienen. Que sólo son un cuerpo, que no existe el alma, ni el cielo ni el infierno ni nada. Sólo un cuerpo. Entonces habrá que darle culto a ese cuerpo, habrá que embellecerlo, pintarlo, marcarlo, porque no soy más que carne. En los casos más extremos, mira cómo se parecen esos jóvenes a los orcos, su piel llena de heridas, de pendientes, de incisiones. No existe el alma, no existe nada. Sólo mi cuerpo que malvive en medio de una soledad poblada de aullidos.

Nuestros enemigos son los orcos, que como ya sabemos son los pensamientos que vienen del Enemigo, las tentaciones, la impureza, la envidia, la ira y tantas otras. Y estos orcos toman forma, se hacen carne, son los pecados en ti y en mí. Son la obra que el pecado realiza en la carne del mundo. En la mitología de Tolkien, como se puede leer en *El Silmarillion*, en su origen los orcos eran elfos que fueron torturados y transformados en monstruos por el primer y más grande Enemigo, Morgoth, el que se rebeló contra el Dios único en el cielo. Piensa en el significado de esto. Si los elfos representan la cristiandad, los orcos «encarnados» son la apostasía, el rechazo a Dios. Por eso no es de extrañar que una sociedad postcristiana como la nuestra esté plagada de orcos. Son almas torturadas por el Enemigo y convertidas en sus siervos.

Y así, los hobbits, viendo lo horrible del pecado, de la descomunión que implica, ellos que han conocido aunque fuera un atisbo de la comunión, quieren luchar. Y Dios les ayuda mandándoles a los jinetes de Rohan y dándoles la astucia suficiente como para librarse de sus captores, usando de la propia codicia que los orcos sienten por el Anillo para engañarles y lograr escapar de ellos.

Huyen hacia el bosque por el que avanzan a rastras, destrozadas como tienen las piernas por las cuerdas con las que se las han atado, a salvo al fin de esta horda de orcos gracias a los rohirrim. Se detienen a descansar al abrigo de los árboles milenarios y Merry confiesa que no cree que pueda levantarse. Y entonces aparecen de nuevo las lembas.

Pippin conservaba un par de paquetes en el bolsillo y ha conseguido ocultarlo de sus captores. Comen ahora un pedazo de lembas y «el sabor les trajo el recuerdo de unas caras hermosas y de risas». Frente a los horribles rostros y las risotadas coléricas de los orcos, frente a la fealdad del pecado, las lembas, la Eucaristía evoca en ellos de nuevo la belleza de Jesucristo, la comunión, que parecía perdida en las tinieblas del mundo. Y de nuevo, al igual que ha ocurrido con los tres cazadores, las lembas les devolverán los ánimos. Como dirá Merry cuando compruebe que tras comer de ellas ya puede ponerse en pie: «El lembas te da realmente ánimos. Y una sensación más sana también que el calor de esa bebida de los orcos». El licor de los orcos no es verdadera bebida, mantiene en pie a tus miembros a costa de perder la cabeza. Es la vorágine del mundo, el estimulante malvado, la droga, el alcohol, la exagerada medicación, los anestesiantes. El cáliz del vértigo, como dice la Escritura. Estimulantes para correr y pastillas para dormir, en una espiral de sinsentido. Una especie de doping artificial que no respeta al cuerpo, templo del Espíritu Santo, mucho más que las incisiones o los metales clavados en la carne. Y en contra de este cáliz de vértigo, «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55), capaz de devolver el ánimo al abatido, de poner de nuevo en pie al que no puede hacer otra cosa que arrastrarse. Es comida verdadera porque el que toma de ella no muere, sino que tiene vida eterna. La comida y la bebida de los orcos no sacia, sólo es capaz de hacerte correr más y más hacia la locura. Sólo Jesucristo es quien da la vida eterna.

La ansiosa espera de la creación

Como decíamos en el capítulo anterior, al internarse en el bosque, estas ovejas perdidas se encontrarán con un pastor. Es un Ent llamado Bárbol, un ser antiguo como el mundo, el más antiguo seguramente. Es un árbol que camina, que es capaz de hablar y de pensar, un árbol que está verdaderamente vivo. Es un pastor de árboles, dedicado a cuidarlos y apacentarlos en el bosque. Una criatura bondadosa que representa a la creación. Conoce bien a Gandalf; dice de él que es el único mago a quien realmente importan los árboles. Acoge a Merry y Pippin y los lleva a su casa y escucha sus noticias, la larga historia que tienen que contar. Aunque ellos no nombran directamente el Anillo Único, Bárbol intuye, por todo lo que le dicen, que queda mucho más por contar, pero para él es suficiente con lo que ha oído. Porque también conoce a Saruman, al fin y al cabo son vecinos, y sabe que se ha pervertido. Hace tiempo que los orcos campan a sus anchas por su bosque y talan árboles sin piedad, no sólo por alimentar las fraguas que Saruman ha instalado en su torre y en las cuales está construyendo oscuros artefactos, sino por el puro placer de destruir. Y

Bárbol detesta a los orcos, rechaza su forma de odiarlo y destruirlo todo. Confiesa a los hobbits que los primeros Ents fueron árboles despertados por los elfos. La primera evangelización. Pero ahora la mayoría de los de su raza y aun otro tipo de árboles están demasiado dormidos y han permanecido así mucho tiempo mientras los enemigos se hacían más fuertes. Sin embargo, gracias a las noticias que Merry y Pippin le han llevado, entiende que ha llegado el momento de actuar. «Es ya hora de despertarse del sueño. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz» (cf. Rm 13,11-12). Ahora es tiempo favorable, día de salvación, hora de ponerse en pie para la batalla. Estos dos pequeños personajes, casi sin querer, al contar su experiencia anuncian el Evangelio, y eso tiene como fruto el poner en pie de guerra a una fuerza inmensa y poderosísima. Su testimonio, llevado a ese lugar a causa de la diáspora a la que se han visto sometidos por la persecución de los orcos, va a despertar a aquellos que llevaban mucho tiempo dormidos. Este bosque y Bárbol, junto con el resto de los Ents, son una imagen de la creación. La creación entera es de madera y hoja, de agua y piedra, no de asfalto y alquitrán. La llegada de Merry y Pippin al bosque de Fangorn cumple la palabra de san Pablo: «La creación espera ansiosa y desea vivamente el momento en que se revele nuestra condición de hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por voluntad de aquel que la sometió; pero latía en ella la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,19-21). El testimonio de los hobbits ha hecho ver a Bárbol que esos dos muchachos son hijos de Dios, rescatados del pecado y de la muerte y metidos en esta batalla hasta el tuétano. Así nace en Bárbol la esperanza. La esperanza de ser liberado de la corrupción, de los gemidos y de los dolores que los orcos infligen a su bosque. Esta esperanza logrará despertar a la creación y lanzarla a la batalla.

Es este el modo quizá más excelente de evangelizar: la propia experiencia. Los hobbits no han desarrollado un discurso elaborado, han contado todo lo que les ha sucedido, y eso ha bastado para tocar el corazón del viejo Ent. Si no hubieran sido atrapados por los orcos, quizá no le hubieran contado su experiencia de la misma manera y no hubieran recordado a Bárbol, que afirma que «las grandes guerras no me preocupan pues conciernen sobre todo a elfos y hombres», el odio que siente por los orcos y sus obras detestables. Pero el que los hobbits hayan sido torturados por los orcos ha tocado su corazón y le ha recordado la obra que estos están haciendo en su bosque. Y recuerda además que estos orcos no vienen de Mordor sino de Isengard, hogar de Saruman. Y con una sorprendente velocidad para un Ent, decide

ponerse en pie y llamar a todos los otros Ents del bosque para despertarles y marchar hacia Isengard si así se decide, con el fin de combatir a Saruman en su misma torre y acabar con el mal que este supone.

«He sido perezoso. He descuidado las cosas. ¡Esto tiene que terminar!». No te preocupes, Bárbol, estabas dormido esperando la revelación de los hijos de Dios. Ya han llamado a tu puerta y por su experiencia has recordado el mal que te han causado los orcos al ver el mal que les han causado a ellos. Y el verlos liberados de sus garras te ha anunciado a ti la liberación. Es hora de despertarse del sueño y combatir al señor de esos monstruos. Combatir el pecado que mata a la creación, que la somete a la caducidad, que la hace hostil para el hombre, que rompe la belleza con la que fue diseñada.

Así que Bárbol convocará un consejo y llamará a todos los Ents, que tras deliberar, marcharán junto con Merry y Pippin hacia la torre de Saruman el traidor.

La creación se ha rebelado contra el pecado, que va en contra de su naturaleza. El pecado fuerza la creación y la hace actuar de un modo diferente de aquel para el que ha sido concebida. De la misma manera le ocurre al hombre. El pecado hace violencia a su naturaleza; a su carne, que ha sido creada para amar, no para ser egoísta; para darse, no para buscarse a sí mismo en todo. El seno de una madre no ha sido creado para dar muerte allí al hijo. Ahora la creación marcha a la batalla contra aquel que la ha forzado a violentarse, que ha utilizado los árboles sólo para su diversión. Va a la batalla contra uno de los siervos más peligrosos del Señor Oscuro: el mago Saruman, antes el Blanco, ahora el de muchos colores; antes sabio, ahora siervo del Anillo.

Es cierto que la creación está esperando que se manifieste nuestra condición de hijos de Dios. Pero en la verdad, sin cuentos chinos, como Merry y Pippin, que han aprendido más en tres días con los orcos que en tantos meses con la comunidad. Estos somos nosotros, pecadores, muy pobres, tan débiles y precarios. Pero esto es lo que ha hecho el Señor con nosotros: salvarnos siempre más allá de toda esperanza humana, darnos de su naturaleza, meternos en la batalla. Amarnos tal y como somos y rescatarnos de manos de los orcos.

La creación está esperando escuchar esto de ti y de mí. Y no sólo escucharlo, sino verlo en nuestra vida. Cuando lo vean, cuando vean las cicatrices que nos han causado los orcos, se darán cuenta de que son las mismas que les han causado a ellos. Las heridas infligidas a todos aquellos a los que los orcos han obligado a correr su maligna carrera hacia Mordor, a todos a los que los orcos han dado de beber su vino de vértigo y a todos aquellos a los que los orcos han vuelto como ellos. Y si ven que nosotros hemos querido luchar y hemos sido

librados de su poder, serán capaces de querer luchar y ponerse en pie de guerra.

El bosque ha despertado y camina hacia la guerra. Qué hermosos son los pies, los enormes y peludos pies de los hobbits, de la gente normal y corriente, burguesa y antiheroica, cuando anuncian la paz anunciando la guerra. La que hay que combatir contra el Enemigo y su obra. Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia el Evangelio con su propia vida (cf. Is 52,7). Por cierto, ¿te has fijado en que los hobbits, como los apóstoles, van siempre descalzos?

El trueno y la voz

Mientras tanto, Gandalf y sus tres compañeros cabalgan a toda velocidad hacia la capital de Rohan. El mago blanco sabe que los hobbits se han encontrado con Bárbol y que el encuentro va a desencadenar una gran batalla. Han recuperado los caballos que espantó aquel extraño anciano en la linde del bosque y Gandalf monta sobre Sombragrís, el más noble de entre los caballos de Rohan, un esbelto animal blanco que es la causa de uno de los muchos rencores que Théoden, Rey de Rohan, le guarda a Gandalf. No soporta que ninguna otra mano salvo la suya haya sido capaz de domar a un caballo de tan alto linaje y que este haya elegido al mago en lugar de a él para ser su compañero.

Al llegar al castillo de Théoden comienza a percibirse la inquietud que reina allí. Los guardias desconfían de los recién llegados y los reciben con dureza. Han recibido órdenes de Lengua de Serpiente, el consejero del rey Théoden, de no dejar entrar a ningún extranjero. Aun así se les permitirá llegar hasta el salón del rey a condición de que dejen sus armas en la puerta. De nuevo, la descomunión y la desconfianza entre los que siempre fueron aliados son el signo de que la sombra del Señor Oscuro está allí presente. Son la marca de Mordor, la obra en la que más se complace. Aragorn se verá obligado a dejar su espada Andúril apoyada contra el muro de la puerta, muy a su pesar y con la advertencia de que nadie puede ni siquiera tocarla pues moriría al instante. Sólo el heredero del que arrancó el Anillo de la mano de Sauron puede empuñar esa espada, signo como ya sabemos de la cruz e incluso de más cosas que todavía están por ver, sin morir. Sólo hay uno capaz de empuñar la cruz sin morir definitivamente.

Cruzan el umbral para adentrarse en una estancia calentada por el fuego de un gran hogar situado en su centro. Sobre un trono de oro se sienta un anciano encorvado, de larga barba y cabellos blancos. Decrépito, la única parte de su cuerpo que parece conservar algo de vida son sus ojos que relampaguean al contemplar a los recién llegados. Está acompañado por una mujer joven, su sobrina Eowyn, y

por un hombre de rostro blanquecino y desagradable, Grima, Lengua de Serpiente.

Son mal recibidos. Son rechazados. Gandalf es llamado cuervo, portador de malas noticias, de nuevos males para Rohan. Siempre me ha hecho gracia que llamen cuervo a Gandalf, con el mismo apelativo con el que tantas veces se ha insultado a los sacerdotes. Los tres compañeros del mago son tachados asimismo de vagabundos andrajosos a causa de las capas de Lórien. Un cuervo y tres vagabundos, una estupenda descripción de un equipo evangelizador itinerante. Este equipo se pone en acción cuando a Lengua de Serpiente se le ocurre (y esto se va convirtiendo en costumbre) insultar directamente a Galadriel, la Dama de Lórien. Qué curiosa manía parecen tener los siervos del Señor Oscuro contra la Virgen María. Gandalf sujeta a Gimli y canta con voz dulce en honor a la Dama: «¡Galadriel! Más hermosa que los pensamientos de los Hombres Mortales». Más hermosa que las intenciones de muchos corazones, por su intercesión salen estas a la luz de la verdad. Como va a ocurrir precisamente ahora. Tras cantar a Galadriel, Gandalf alzará su vara, que ha logrado introducir en la sala con astucia cuando al serle requerida junto con el resto de las armas de sus compañeros argumenta que no se le puede quitar su bastón a un anciano, se despojará de sus andrajos grises y mostrando su vestidura blanca hará que se oscurezca toda la estancia. Hará sonar también un trueno a lo lejos que aparezca un relámpago en la sala que tira de bruces a Lengua de Serpiente mientras este maldice mascullando por qué le han dejado entrar con su bastón. Esta escena ha sido bien adaptada a la película, que va un poco más allá del libro al mostrar plano a plano un auténtico exorcismo realizado por Gandalf sobre Théoden, llegando a verse al mismo Saruman poseyendo el cuerpo del viejo Rey de Rohan. Aunque pudiera parecer exagerado, me parece que en esta ocasión los guionistas de *Las dos Torres* dieron en el clavo. Pues efectivamente lo que acaba de ocurrir es un exorcismo realizado por el ministerio de la Iglesia. Sin embargo, esta liberación no se realiza como aparece en la película por el simple hecho de apuntar al cuerpo de Théoden con el bastón de Gandalf. En el libro, la liberación de Théoden se realiza por medio del trueno y el relámpago, que, eso sí, aparecen en escena por mediación de la vara del mago. Vemos aquí, como es habitual en *Las dos Torres*, otro aspecto de la evangelización. Ya hemos visto en la figura de Aragorn levantando el signo de la cruz, de su espada, ante Éomer, que es necesario hacer un anuncio existencial a una sociedad postcristiana, porque a este hombre moderno no le valen sermones ni piedades. Acabamos de ver asimismo que la creación está esperando ver a los hijos de Dios, heridos por el pecado como ella, dar testimonio de su propia experiencia de

salvación de este pecado, con sus palabras y con su vida. Ahora, en la sala del rey del castillo de Rohan aparecen nuevos detalles que complementan y enriquecen los dos aspectos anteriores. El trueno y el relámpago tienen una gran importancia en la Escritura y su aparición en esta escena no es en absoluto casual. Para entenderlo bien podemos escuchar las palabras de un gran «Caballero Blanco» de nuestro tiempo: san Juan Pablo II, que comentando el salmo 28 dice acerca del trueno: «En hebraico el vocablo 'qol', significa simultáneamente voz y trueno. El trueno es un símbolo de la voz divina que, con su misterio trascendente e inalcanzable, irrumpe en la realidad creada hasta estremecerla y asustarla, pero que en su significado más íntimo es palabra de paz y armonía»(63). De modo que podría decirse que Gandalf, haciendo resonar el trueno en la estancia, está haciendo resonar allí la voz de Dios. Hacer resonar se dice en griego *catequeo*, y este es precisamente el sentido de este aspecto de la evangelización. El evangelizador, el catequista, tiene por misión hacer resonar la voz de Dios en aquel ante el que se presenta. Que la voz de Dios irrumpa en la historia de la gente. El trueno, la voz de Dios, siendo la misma para todos, resonará en cada oyente según lo que haya en su corazón. Porque la voz de Dios es tremenda, como un trueno en la montaña, y puede provocar en el que escucha estremecimiento, puede asustarle, pero también puede darle como dice san Juan Pablo II armonía y paz, siendo este su objetivo más íntimo y profundo.

Continúa el gran Papa diciendo: «Como canta el profeta Isaías, el Señor, a semejanza del rayo o de la tempestad, irrumpe en la historia sembrando el pánico en los malvados y en los opresores. Los adversarios soberbios son descuajados como árboles azotados por un huracán o como cedros destrozados por los rayos divinos (cf. Is 14,7-8)». Por eso Lengua de Serpiente, el traidor espía de Saruman, cae de bruces en el suelo lleno de pánico ante la voz de Dios. «También María exaltará en el Magnificat este aspecto de la acción de Dios: Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos (Lc 1,51-52)». Aquella que es más bella que los pensamientos de los hombres da la clave de todo. ¿A quién se ha derribado del trono de Rohan? A aquel que verdaderamente lo ocupaba aun sin sentarse en él: Grima, Lengua de Serpiente, que a las órdenes de Saruman dirigía los caminos de Rohan mientras mantenía al verdadero rey postrado entre sus miserables redes y argucias.

¿Cuál es pues el verdadero exorcismo realizado por el ministerio de Gandalf? Hacer resonar la voz de Dios y mostrar la imagen del hombre nuevo ante aquel que vivía en las tinieblas del engaño. Mostrar que una vida nueva es posible, que un hombre nuevo es posible. ¿Cómo ha mostrado la imagen del hombre nuevo? Precisamente por el trueno, el

mismo que resonó en el bautismo de Jesús revelando su identidad más profunda de «Hijo amado» (Mc 1,11). El evangelizador hace resonar la voz de Dios y anuncia que su voluntad es hacerte su hijo, darte su naturaleza divina, que pases de las tinieblas a la luz. Dice san Basilio Magno: «Se puede entender por 'trueno' el cambio que, después del bautismo, se realiza a través de la gran 'voz' del Evangelio»(64). Este cambio del que habla san Basilio es la vida nueva que se entrega gratuitamente al que cree en el anuncio de la Buena Noticia. Aceptar esta noticia exorciza al Enemigo, lo expulsa fuera de ti, hace que te pongas en pie y que despiertes del sueño de pesadilla al que has sido sometido. Este anuncio «enaltece a los humildes», los levanta del polvo de la muerte y «derriba del trono a los poderosos». Ese trono no era de Grima, era tuyo. Tu condición de hijo de Dios, que ahora puedes recuperar gracias a la Iglesia, te hace rey de la Creación, a imagen de Adán antes de la caída. Es una invitación a recuperar el trono que te corresponde por el bautismo por el cual eres rey. Evangelizar es también, pues, derribar del trono al Enemigo que se ha sentado en el trono que te corresponde por derecho. Un trono que ha sido comprado para ti por la sangre de Cristo, que al derramarla por amor ha abierto de nuevo las puertas del paraíso, permitiendo retornar a él al Adán caído por engaño del Enemigo.

Por eso evangelizar es la cosa más grande que puede hacerse en el mundo, porque es sacar al hombre de la postración a la que le ha sometido el Enemigo, engañándole al hacerle creer que es él el que ocupa el trono aunque sin embargo no haga otra cosa que obedecer sus órdenes, las órdenes de la serpiente, para hacerle recuperar su dignidad como hijo de Dios.

Como la ha recuperado Théoden, que por indicación de Gandalf, realizado este signo del trueno, es invitado a salir de esa estancia oscura en la que ha vivido tantísimo tiempo y salir al exterior, dejándose bañar por la luz del sol. Así lo hace, y dialoga en secreto con Gandalf, una conversación que ningún otro puede oír, ni conocerá jamás. Al fin y al cabo, la confesión es privada.

Gandalf le invita a tirar su bastón sobre el que, encorvado, se apoyaba sin tener necesidad y a empuñar su espada para recordar su antigua fuerza. Pero no la encuentra, se la ha robado Lengua de Serpiente guardándola en un arcón. Lo primero que ha hecho el Enemigo ha sido robarle la espada. Sin ella, sin la Palabra de Dios en su mano, obrar el resto de sus maldades ha sido tarea fácil. ¡Ay de aquel que abandona la espada!, será presa fácil del Enemigo. Fíjate cómo le ha quitado al rey el arma donde se apoyaba y le ha entregado en su lugar otro apoyo, un bastón de anciano. El hombre viejo se apoya en un bastón, el hombre nuevo en la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios. Esto supone la diferencia entre andar con la cabeza

alta, apoyado en Dios, o andar encorvado apoyado en tus propias fuerzas. Además Éomer, aquel a quien Aragorn mostró su espada días atrás, es liberado de la cárcel. Había sido encarcelado por indicación de Lengua de Serpiente cuando tras su encuentro con los tres compañeros puso en duda la lealtad de este hacia Rohan delante del mismo Rey. Podría decirse que creer en el anuncio que Aragorn le hizo le procuró una gran persecución llegando hasta la cárcel. Pero ahora, a la luz del Evangelio, es liberado y ofrece su espada al Rey.

Théoden ve ahora claro cómo ha sido engañado y adormecido por las mentiras de Lengua de Serpiente. Entiende que debe partir hacia la guerra contra Saruman y sus amenazas. Pero antes queda pendiente un asunto delicado. ¿Qué hacer con Lengua de Serpiente? Gandalf le invita a tener misericordia de él, aunque no la merezca. Impresiona siempre *El Señor de los Anillos*. Donde no hay ninguna piedad para el Enemigo, el demonio y sus siervos, siempre habrá piedad para los que han sido engañados por él. Porque como ya sabemos la culpa no es suya, es del Anillo. Así que, obedeciendo a Gandalf, Théoden le ofrece a Lengua de Serpiente la oportunidad de que purgue sus faltas acompañándoles a la batalla o que se vaya con Saruman. Tiene que elegir. Lengua de Serpiente es libre de elegir adónde quiere ir, el Evangelio siempre te dejará en libertad. Y lamentable, pero providencialmente, como veremos al final de este libro, Lengua de Serpiente elegirá partir con su amo Saruman. Se descubrirá también que a este consejero a sueldo del Enemigo le habían prometido quedarse con Eowyn la hermana de Éomer y sobrina del rey Théoden, la mujer joven que le acompañaba en su trono, a la que deseaba secretamente, si conseguía su misión de someter a Rohan. Todas las intrigas de Lengua de Serpiente y de Saruman han salido a la luz, gracias al anuncio del Evangelio. La Palabra de Dios, su voz, ilumina siempre las tinieblas. Fíjate qué culebrón había montado en la corte de Rohan y aparentemente estaban tan tranquilos y tan neutrales. El rey en contra de su propia familia, el consejero gobernando en su lugar a las órdenes del Enemigo, desconfianzas, celos, deseos carnales, cárceles, injurias... Oscuridad «órquica». ¿No te recuerda a la horda que capturó a Merry y Pippin? El castillo del rey Théoden, siempre en penumbra, era una cueva de orcos. La claridad del relámpago y la voz del trueno han puesto luz donde las artes del Enemigo habían sembrado oscuridad. El Enemigo siempre se esconde, no soporta la luz, por eso la mejor manera de vencerle es sacar todas sus obras de las oscuras habitaciones donde se ocultan para que sean iluminadas por el sol del exterior.

Lengua de Serpiente escupirá a los pies del rey y saldrá corriendo hacia la torre de Saruman. Mientras, los hombres del Rey, felices de haberle recuperado, se prepararán para ir a la guerra. Y ya tenemos

otro pueblo puesto en pie de guerra, despertado como los Ents de su aparente neutralidad e iluminado por la voz de Dios. Parte a la batalla junto a Aragorn, el rey que ha de volver y que a partir de ahora va a adquirir un mayor protagonismo, Legolas, el cristiano de toda la vida, Gimli el hebreo y el Caballero Blanco, cabeza de la Iglesia.

«Gandalf echó atrás la capa gris, arrojó a un lado el sombrero y saltó sobre la grupa del caballo. No llevaba yelmo ni cota de malla. Los cabellos de nieve le flotaban al viento y las blancas vestiduras resplandecieron al sol con un brillo enceguecedor.

—¡Contemplad al Caballero Blanco! —gritó Aragorn; y todos repitieron estas palabras.

—¡Nuestro Rey y el Caballero Blanco! —gritaron—. ¡Adelante!».

¡Adelante! ¡Ánimo! Vamos a una batalla de verdad. Está en juego la salvación del mundo. ¿Cómo no anunciar el Evangelio?

Capítulo 17

UNA MENTE DE RUEDAS Y METAL

«9 de agosto de 1945.
La noticia de hoy acerca de las 'bombas Atómicas' es tan aterradora que uno queda aturdido. La completa locura de esos físicos lunáticos al consentir llevar a cabo trabajo semejante con fines belicistas: ¡planear con calma la destrucción del mundo! Semejantes explosivos en manos de los hombres, mientras su condición moral e intelectual declina, es poco más o menos tan seguro como dar armas de fuego a los internos de una cárcel diciendo que se espera que 'eso asegure la paz'. (...) Bueno, estamos en manos de Dios. Pero Él no mira con buenos ojos a los constructores de Babel».

J. R. R. Tolkien
(*Carta* n. 102. A Christopher Tolkien)

El ejército de Rohan parte hacia la batalla justo a tiempo porque la guerra ya se dirige hacia ellos. Enviados por Saruman, una fila interminable de orcos de Isengard y de hombres salvajes de las montañas ha salido hace días de la torre del mago traidor para acabar con todo vestigio de resistencia.

Gandalf ha recomendado al ejército marchar a defender el Abismo de Helm, una antigua fortaleza de Rohan, que pronto se encontrará bajo el ataque de las fuerzas de Saruman. El Caballero Blanco debe partir y dejarles solos momentáneamente para ocuparse de una misión urgente que sólo él conoce, con la promesa de volver a encontrarse con ellos en breve. Los jinetes de Rohan acompañados por Aragorn, Legolas y Gimli llegarán al Abismo de Helm con el tiempo justo de guarecerse tras sus murallas y contemplar al enemigo tomando posiciones frente a la fortaleza para descargar contra ellos, esa misma noche, toda su furia atroz.

Frente a los dos mil hombres de Rohan que se han atrincherado en el Abismo de Helm, de los cuales más o menos la mitad son ancianos o niños, el Enemigo cuenta con unos diez mil efectivos entre montañeses salvajes, huargos, orcos y medio orcos. Es una batalla desigual, como todas las que describe Tolkien. Lo que se le viene encima a los rohirrim es horrible y es importantísimo poder entenderlo bien. Para ello contamos con una clave. Ayuda mucho a comprender el sentido de *El Señor de los Anillos* fijarse atentamente en quiénes son los enemigos que atacan a la comunidad y sus aliados en cada momento

particular de la historia, porque no son siempre los mismos, y en cuáles son las armas que utilizan. A los orcos y los huargos ya los conocemos, les hemos dedicado algún capítulo (¿te acuerdas de lo que era un sofisma?), y por lo que parece le han cogido cariño a eso de intentar masacrar a los que recorren el camino de la fe, así que ten por seguro que nos los vamos a encontrar hasta el final.

Pero estos montañeses salvajes y estos medio orcos, ¿quiénes son? ¿Qué significan? Estos dos nuevos enemigos que aparecen ahora representan dos aspectos muy importantes del sentido de esta parte del libro. Por una parte, estos hombres salvajes (*dunlendinos*) han sido movilizados por el mago traidor que ha sabido excitar su odio natural hacia los rohirrim usando argumentos de un tipo exclusivamente político. Les ha engañado al decir que la tierra de los rohirrim les pertenece por derecho a ellos y que han sido expulsados a las montañas de forma injusta, lo cual no es cierto en absoluto, ya que esas tierras pertenecían a Gondor y fueron cedidas a los hombres de Rohan en pago a los servicios prestados en guerras anteriores. Pero Saruman tiene el don de convencer con su voz, así que arenga a los salvajes que siempre han vivido en las montañas diciéndoles que mientras ellos malviven allí los corruptos ladrones de Rohan viven desahogadamente en palacios; que es hora de hacer justicia y recuperar lo que es suyo por derecho porque el gobierno de Rohan es ilegítimo y no comparte los abundantes frutos de sus verdes pastos, sino que los amontona para ellos. De modo que estos pastos deben ser ganados por la fuerza. Una revolución es el único modo de conseguir el cambio social necesario. Saruman consigue su objetivo y esta especie de «guerrilla» de las montañas se une a los orcos para combatir con Rohan y dar un golpe de estado. Pero de lo que no se han dado cuenta los montañeses es de que, en definitiva, su revolución sólo está sirviendo a los intereses de Saruman, no a los suyos propios, engañados como han sido por su perversa inteligencia.

Es fácil sacar conclusiones. A la comunidad del Anillo se enfrenta por primera vez un enemigo de corte «político», azuzado por el odio a un hipotético opresor del que la comunidad parece formar parte aunque ni lo sepa ni lo haya pretendido nunca. La comunidad está luchando por destruir el Anillo, no por garantizar un reparto equitativo de tierras (aunque para los montañeses el término equitativo signifique el total exterminio del supuesto opresor). Pero he aquí que la política les está haciendo la guerra en este momento al mismo nivel que los sofismas de los huargos y los pecados de los orcos. Sin embargo, debemos estar muy atentos y no juzgar antes de tiempo. Este odio político ha sido diseñado por uno cuya ambición no es meramente política, sino que ha caído víctima del deseo del Anillo. ¡De nuevo el Anillo está detrás de todo! La política es una excusa, un medio eficaz

para conseguir el verdadero propósito de Saruman: acabar con toda resistencia para obtener el Anillo lo antes posible. Usará de la política para acabar con aquellos que quieren destruir el arma del Enemigo, porque este es el problema verdadero. Si yo la codicio y tú la quieres destruir, no me queda otra opción que la de lanzarte todo lo que esté a mi alcance para impedírtelo, me dan igual las excusas y las mentiras que tenga que utilizar.

Pero además de a los enemigos por causa de la política, la comunidad también deberá enfrentarse a unos seres extraños: los semiorcos. ¿Semiorcos? Así es. Estos engendros han sido fabricados por las artes inmundas de Saruman, que en su demencial maldad se ha atrevido a cruzar las razas de los hombres y de las bestias consiguiendo «mejorar» genéticamente a los orcos, haciéndolos más resistentes, más crueles y capaces de soportar la luz del sol, algo de lo que tradicionalmente eran incapaces. Saruman ha alargado la mano hacia el árbol de la vida realizando un cruce abominable que no respeta el orden natural de las cosas, violentando a la naturaleza por medio de una ingeniería genética siniestra.

Y por si esto fuera poco, el ejército del mago traidor va a exhibir frente a la fortaleza de Rohan todo un arsenal de armas novedosas junto a artefactos de asedio y máquinas de guerra nunca vistas hasta entonces. Auténticos prodigios de la ingeniería, modernísimos y temibles, que provocarán sudores fríos a más de uno de los guardias apostados en las almenas del Abismo de Helm.

Tanto estas máquinas de guerra como los nuevos enemigos han salido de la torre de Saruman. Hace poco, en el capítulo 15, comparábamos esta torre de Orthanc con la torre de Babel, al hacer referencia al concepto de una Iglesia instalada y centrada en sí misma en contra de la imagen de misionero incansable que se nos presentaba por medio de Gandalf. El relato bíblico (Gén 11,1-9) habla de la humanidad que abandonando el oriente donde está Jerusalén y su Templo, es decir, dando la espalda a Dios, se instala en el país de Senaar (Babilonia) y así comienza a construir su torre. Da la espalda a Dios y se instala; lo mismo ocurre con Saruman, que toma posesión de una tierra para sí al decidir dejar de vagabundear por la Tierra Media mientras la codicia por el Anillo crece en su interior. Instalarse es el principio de la corrupción. El cristiano es como el agua, cuando se estanca, se instala, se pudre. Esto es lo que significa, entre otras cosas, que la fe sea un camino. Las autopistas están hechas para ir de un sitio a otro, no para construir chalés en medio de su calzada.

La Biblia continúa diciendo que el pueblo, tras instalarse en Senaar, comienza a fabricar ladrillos usando una nueva técnica industrial, más barata, más cómoda, más eficaz y mucho más rápida (v. 3). Vistos los excelentes resultados, propone construir una ciudad y una torre que

llegue hasta el cielo. Todos conocemos la historia. La pregunta entonces es, ¿por qué Tolkien utiliza esta figura de la torre de Orthanc que se parece tanto a la de Babel para hablar de la traición de Saruman? Dejemos que responda otro Caballero Blanco, Benedicto XVI en esta ocasión: «Con la construcción de la torre de Babel el ser humano pretende procurarse una civilización única mediante la técnica. Él quiere producir el sueño en sí correcto de un mundo, una humanidad, gracias al poder del propio conocimiento, y con la torre que llega hasta el cielo intenta conquistar el poder y progresar hasta lo divino. En el fondo, es idéntico al sueño de la técnica moderna: conseguir poder divino. (...) En Babel, la unidad de la humanidad y el intento de convertirse ella misma en Dios y alcanzar su altura están vinculados exclusivamente a la capacidad técnica. Pero la unidad sobre esta base, se nos replica, no es sustentadora, deviene en confusión. Por un lado sabe mucho, pero por otro su patrimonio moral no responde a su patrimonio técnico. La fuerza moral no ha crecido igual que las aptitudes para obrar y destruir desarrolladas por el ser humano»(65).

En su ensayo *Sobre los cuentos de hadas,* Tolkien lo resume de otro modo: «(la nuestra) es una época de los mejores medios para los peores fines».

Asusta. Asusta verdaderamente entender el significado de lo que estamos viendo en esta batalla del Abismo de Helm. Contemplar el ejército y las nuevas armas de Saruman es comprender cuál ha sido el engaño al que le ha sometido su codicia por el Anillo. Saruman ha sucumbido a la idea del *Progreso*; de hecho, Saruman significa el *Progreso*. La mayoría de estudiosos de la obra de Tolkien se muestran unánimes en este sentido. Las pruebas necesarias pueden encontrarse ahora, las veremos más adelante cuando visitemos la torre de Isengard y volveremos a encontrarlas al final de *El Señor de los Anillos*, en la impresionante culminación del libro que ninguna película se ha atrevido a mostrar.

Pero ¿qué es esto del progreso? ¿Es que es malo? Para entenderlo bien, es necesario remontarse un poco en la historia y explicar brevemente el concepto. Ten en cuenta que, cuando Tolkien escribía sus libros, la ideología del progreso estaba presente en toda la humanidad. Esta ideología proviene del idealismo alemán de un filósofo llamado Hegel y no tiene base científica alguna. Es una creencia en que la humanidad siempre va a alcanzar estadios superiores de bienestar, cultura y civilización, dejando atrás los periodos anteriores que, según su propia teoría, han sido infinitamente peores que lo que ahora tenemos y por supuesto de lo que está por venir. ¿Y cómo ha llegado este señor a esa conclusión? Pues porque otro filósofo llamado Kant (que partía a su vez de ideas anteriores),

estaba convencido de que podía establecer unos valores éticos para toda la humanidad de un modo absoluto y definitivo. Estos valores los tomaba del cristianismo: igualdad, fraternidad, libertad, honestidad, etc., pero quitándose de encima al cristianismo y poniendo en su lugar al hombre, a la razón, a la cultura, al estado. Lo que Kant quería decir es que el hombre no necesita la moral religiosa para ser bueno, porque tiene dentro una ley propia (el imperativo categórico) que le obliga a buscar el bien. Y se queda tan ancho. Debería venirse conmigo a visitar algún campo de concentración este Kant o a hablar con las mafias que trafican con personas del imperativo categórico. Pasaríamos una tarde divertida.

Pues eso no es todo. Luego viene Hegel y toma esta idea de Kant y le da cien vueltas de tuerca aplicándola, no ya al hombre, sino a la humanidad. Y así, habla del hombre como espíritu subjetivo y de la humanidad, de la sociedad, la historia humana, como espíritu objetivo. Esto es una barbaridad porque significa que el hombre como tal no vale nada, es prescindible, lo que cuenta verdaderamente es el espíritu objetivo. Este espíritu objetivo lleva a una sociedad perfecta y a la vez, a una sociedad que camina hacia un futuro más perfecto todavía, basándose en esta idea del progreso.

Total, que entre Kant y Hegel se desarrolla esta idea de una fuerza oculta (el espíritu objetivo) que actúa como motor e hilo conductor de la historia de la humanidad. El verdadero sentido de este hilo conductor no es comprendido generalmente por sus protagonistas directos (las personas como tú y como yo, espíritus subjetivos). Dicho de otro modo, toman la idea de la Providencia, la voluntad de Dios en la historia del hombre, le quitan todo rasgo religioso y la sustituyen por el Progreso. Así propugnan que el devenir de la historia conduce a hacer terrena la idea que los cristianos tienen del Cielo. No existe el Cielo. Existe esta sociedad que cada vez se va a ir pareciendo más al cielo. Según ellos, este proceso, este hilo conductor, es inmanente, o sea que se realiza independientemente de nuestra libertad, es decir, lo quieras o no. Porque lo dicen ellos.

Pues así han engañado a media humanidad.

Porque esta idea de una sociedad terrena que sea el paraíso en la tierra es la madre de todos los totalitarismos. Todos los dictadores han querido precisamente esto, construir su cielo en esta tierra. Sociedades perfectas al estilo nazi o estalinista, como Corea del Norte o como Camboya. Para construir estas sociedades perfectas, este cielo en la tierra, esta torre de Babel que toca el mismo cielo, los espíritus subjetivos son francamente prescindibles. Dicho de otro modo, si los judíos impedían levantar la Babel que el espíritu objetivo apremiaba a construir a Hitler, una sociedad aria libre de toda contaminación racial o política, no había otra cosa que hacer que eliminar a los

espíritus subjetivos sin ningún tipo de remordimiento, porque no eran más que accidentes del espíritu objetivo. El fin, el Espíritu Absoluto, justifica los medios. Lo mismo vale para Stalin, para los Jemeres Rojos o para Kim Jon-un, herederos de esta filosofía.

¿Por qué te cuento todo esto? Porque todo apunta a que es lo que Tolkien quiere explicar por medio de la figura de Saruman. Piensa que a principios del siglo XX todo el mundo se creía esto a pies juntillas. Los avances tecnológicos y científicos, la progresiva industrialización y un tiempo más que aceptable sin haber vivido ninguna guerra en occidente hacían que esto del progreso fuera un dogma de fe en el que no hacía falta ninguna fe para creer en él. Pero todo este concepto entró en crisis con las dos guerras mundiales. Ambas las vivió Tolkien, y contempló las torres de Babel que el nacionalsocialismo en Alemania y el comunismo en Rusia estaban construyendo. Y pudo ver también cómo cada uno de los ladrillos de esas torres de Babel era llamado progreso y pretendía ocupar, como hemos leído que dice Benedicto XVI, el lugar de Dios. Y con una clarividencia impresionante atisbó que si la política, ocupando el lugar de Dios, podía llamar progreso a un campo de concentración o al exterminio de millones de opositores, ¿a qué aberración llamaría progreso la ciencia si ocupase el lugar de Dios? ¿Y la medicina?

Cuando Saruman encerró a Gandalf en su Torre, hace ya lo que parece una eternidad, intentó en primer lugar ganárselo para su causa. Mira lo que dijo para convencerle:

«Los días antiguos han terminado. Los días medios ya están pasando. Los días jóvenes comienzan ahora. El tiempo de los elfos ha quedado atrás, pero el nuestro está ya muy cerca: el mundo de los hombres, que hemos de gobernar. Pero antes necesitamos poder, para ordenarlo todo como a nosotros nos parezca y alcanzar ese bien que sólo los Sabios entienden».

Hegel hablaba de tres edades. La edad del Padre, la edad del Hijo y la edad del Espíritu. Otros dicen que el padre es el darwinismo, el hijo el materialismo y el espíritu el progreso. En esta última edad del espíritu, la era final, se realizaría la consumación y triunfo del Espíritu Absoluto, ese bien que los espíritus subjetivos no comprenden, sólo los iluminados, los sabios, que son capaces de entender la intención del hilo conductor de la historia. Estos sabios son los que suelen convertirse en dictadores. Saruman continuará:

«Podemos tomarnos tiempo, podemos esconder nuestros designios, deplorando los males que se cometan al pasar, pero aprobando las metas elevadas y últimas: Conocimiento, Dominio, Orden, todo lo que hasta ahora hemos tratado en vano de alcanzar, entorpecidos más que ayudados por nuestros perezosos o débiles amigos. No tiene por qué

haber, no habrá ningún cambio real en nuestros designios, sólo en nuestros medios».

El fin justifica los medios. Deploraremos el exterminio de los espíritus subjetivos que sea necesario eliminar para alcanzar la meta final: una sociedad ordenada, dominada por el conocimiento de unos pocos. Lo deploraremos, sí, pero haremos lo que sea necesario para alcanzar la meta.

Saruman es profundamente hegeliano; un mago enormemente progresista, podríamos decir. El Anillo ha infectado su mente de sabio convirtiéndola como dirá Bárbol en una «mente de ruedas y metal». Este espíritu ha calado en su torre de Babel y ha sido rechazado como un espíritu válido para la Iglesia. La Iglesia no cree en este progreso. Este progreso que afirma que se va a mejor ocupando el lugar de Dios. Saruman ha apostatado de su misión como mago blanco y ha construido su propia torre de Babel, su propio concepto de conocimiento, orden y dominio.

Por eso su ejército y sus armas representan un totalitarismo político en la figura de los montañeses salvajes, un totalitarismo científico en la de los engendros que ha creado por medio de la ingeniería genética y un totalitarismo tecnológico en sus modernas máquinas de asedio. Todo en pos del progreso.

En un conmovedor escrito titulado *Contra Saruman*, el padre Altuna Urcelay, misionero en un lugar muy influenciado por esta visión hegeliana de la historia, da en el clavo ayudándonos a comprender por qué Tokien (y la fe) rechaza este concepto de progreso: «Decía Werner Heisenberg, uno de los desarrolladores de la bomba nuclear, que peor que la bomba atómica era la confusión entre el bien y el mal. Y esto es absolutamente cierto. Esta confusión es la que hace que se use la energía nuclear para diseñar un arma de destrucción masiva en lugar de para curar el cáncer. Esta confusión es la que hace que un cuchillo se use para matar en lugar de para pelar una manzana».

Saruman ha creído que el bien era ponerse en el lugar de Dios, sustituyéndolo, para que la Tierra Media fuera a mejor, progresase. Al bien le ha llamado mal y al mal le ha llamado bien. Ha ocupado el lugar de Dios usando mal de la naturaleza en su propio beneficio, cortando árboles y árboles para alimentar las fraguas de las enormes fábricas que ha instalado en Isengard; ha ocupado el lugar de Dios «creando» nuevas razas de seres vivos más resistentes y mejores; ha ocupado el lugar de Dios liderando naciones enteras según su conveniencia política, engañándolas con una falsa promesa de libertad. El Anillo le ha hecho confundir el bien y el mal. Su obsesión con el progreso técnico y cientificista le ha convertido en un dictador implacable.

No hay que confundirse, no es que los cristianos tengamos que ser

como los amish (aunque uno pueda llegar a mirarlos con cariño) y viajar en coche de caballos o vivir sin luz eléctrica. No se trata de eso. Se trata de que el progreso humano vaya acompañado de un verdadero progreso moral. Pero por la revelación sabemos que eso no va a ser así. Sólo tenemos que leer el Apocalipsis o continuar con la lectura de *El Señor de los Anillos* para darnos cuenta de ello.

«De Yahvé es el combate y os entrega en nuestras manos» (1 Sam 17,47).

Volvamos a la batalla. Ante esta terrible horda de progreso, los defensores de la fortaleza asediada sólo podrán contar con sus armas de siempre. La espada del espíritu, el escudo de la fe, el arco de la evangelización. Estas armas parecen pequeñitas ahora, casi inútiles ante lo que se les está viniendo encima. Pero son verdaderas armas espirituales que Dios entrega a los suyos para el combate. Son eficaces siempre y ante cualquier enemigo. No hay que imitar las armas del Enemigo, esa sería una gran victoria del Anillo. Piensa en David y Goliat. Es verdad que esta es una batalla terrible y que se está haciendo imposible contener al Enemigo que usa ahora de todas sus argucias políticas, tecnológicas y sociales para abrir una brecha en tus muros. Pero no desesperes, empuña la espada, la Palabra de Dios, y mira a David. Goliat es un gigante armado hasta los dientes y David un niño. Lo primero que se les ocurre a los escuderos de Israel es imitar las armas de Goliat para darle a David, según creen ellos, una oportunidad de sobrevivir. Y así visten a David con una armadura similar a la del gigante filisteo que le cubre de arriba abajo. Pero esa armadura le queda bien a Goliat, no a David. Le molesta, le viene grande, no le deja moverse con facilidad, le convierte en un blanco todavía más fácil si cabe. Así que se la quita. David va a usar sus armas. Cinco piedras y una honda frente a una armadura pesada portada por un gigante asesino. Así le gusta a Dios hacer las cosas. Diez mil enemigos contra apenas mil rohirrim que puedan ser llamados guerreros. Tremendas máquinas de guerra contra espadas y escudos. Descompensado, injusto, atroz. Esa es la marca de la casa.

Si los hombres de Rohan fueran veinte mil, al ataque político responderían con política y al tecnológico con tecnología; igual que si David no hubiera sido un chaval y hubiera medido un metro ochenta y cinco se hubiera dejado revestir de la armadura para el combate con Goliat. Pero habría fracasado, sin duda. Porque al haber confiado en una armadura semejante a la de Goliat, no habría puesto su confianza en Dios. Del mismo modo fracasarán los aliados de la comunidad del Anillo si anteponen las armas humanas a las armas de Dios. Es necesario recordar de nuevo que nuestra lucha no es contra la carne ni la sangre sino contra los espíritus del mal que movilizan a esa carne y

esa sangre contra nosotros. Así que el cristiano usará piedras contra bombas atómicas. Oración contra la persecución política, Palabra de Dios contra los que alargan la mano hacia el árbol de la vida.

Los rohirrim son muy pocos y están a punto de perder la batalla. Los enemigos han logrado horadar el muro al fin usando el «fuego de Orthanc», que no es otra cosa que pólvora, un elemento cuya aparición en *El Señor de los Anillos* es tan anacrónico como pudiera ser ver a Gandalf hablando por un teléfono móvil. Pero así son las cosas del progreso.

O sea que los cristianos siempre están (estamos) perdiendo la batalla. ¿Y cuál es entonces esta batalla del Abismo de Helm que estamos perdiendo? ¿Qué podemos entender en *El Señor de los Anillos*? Que la batalla del Abismo de Helm es la misma batalla que tienen muchas hermanas nuestras cuando van al ginecólogo en su quinto embarazo y se encuentran con una gran persecución científica, moral y humorística. O muchos hermanos cuando son perseguidos, despreciados y despedidos de sus trabajos por razones relacionadas con la moral dominante que no tiene nada que ver con la moral cristiana. O las batallas que el ambiente político nos hace. Es la batalla de estar en el mundo sin ser del mundo. Es la batalla que nos hace un progreso que manipula embriones, que propugna el aborto como un triunfo para la mujer o la destrucción de la familia como un gran avance de la sociedad. Contra esto no podemos oponer las mismas armas, aunque suponga una tentación comprensible. ¿Cómo vas a discutir científicamente a tu ginecólogo si hiciste letras puras en el instituto? La única respuesta que podrás darle es una palabra de fe, de la experiencia de Dios en tu vida. Y si quieres ponerte en plan científico lo más que podrás hacer es darle esa palabra en griego o en latín. Esta es la batalla. Las piedras contra la bomba atómica. Ponte ahora a discutir de política con tu compañero de oficina. Ve preparándote una buena defensa de Torquemada, del «genocidio» de las Indias, del nacionalcatolicismo y del parecido de Ratzinger con el emperador Palpatine de *Star Wars*. Lo más que podrás conseguir es discutir con él y cerrarle el oído ante la llamada de Dios en su vida. El mundo tiene un príncipe que es el Demonio, y la Tierra Media tiene un Sauron. Y el único modo de vencer a ambos es destruir el Anillo. Todo arreglo que se establezca fuera de esta realidad, toda victoria que se obtenga mientras el Anillo siga entero será estéril, estará condenada a servir a los intereses del Señor Oscuro más tarde o más temprano. No valdrá de nada, por ejemplo, crear un periódico cristiano con la intención de combatir a los periódicos ateos si no se destruye el Anillo. Mientras el Anillo exista, Sauron mantendrá su poder.

¿Quiero decir con esto que la apologética, la defensa de la fe en la

sociedad es inútil o perniciosa? Por supuesto que no, siempre que se tenga claro que si no se quiere destruir el Anillo y las imágenes de poder con las que nos tienta, es que en el fondo lo estamos codiciando. Para combatir a la Bestia del Apocalipsis, Dios no pone a una bestia aún mayor y mejor armada para vencerla. La Bestia será vencida por un corderito degollado (cf. Ap 5,9). Creer que la victoria de la Iglesia va a ser una victoria social es creerse los cuentos de Hegel y el progreso.

La carta a Diogneto explica maravillosamente cómo luchan los defensores del Abismo de Helm:

«Igual que todos, los cristianos se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. (...) Los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad».

Estas son las armas que utiliza aquel que ha destruido el Anillo en su carne, como dice la carta a Diogneto, las mismas armas de Cristo vencedor del pecado y la muerte.

Pero, por si esto fuera poco, la batalla del Abismo de Helm contiene además un matiz importante por el que no quiero dejar de pasar aunque sea un poco de puntillas. La persecución que están soportando la comunidad y sus aliados está capitaneada por uno que fue el mago blanco. Bajo cierto punto de vista es una persecución *desde dentro*. Mucho más dolorosa que la persecución que viene al cristiano desde fuera. Ante la persecución a mí siempre me han ayudado estas palabras de san Raimundo de Peñafort:

«Si todos los que quieren vivir religiosamente en Cristo Jesús han de sufrir persecuciones, a mí me parece que de esta norma general no se exceptúa sino aquel que no quiere llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa. (...) Vuestra pureza y vida religiosa merecen y exigen, ya que sois aceptos y agradables a Dios, ser purificadas hasta la más absoluta sinceridad por reiteradas pruebas. Y, si se duplica e incluso se triplica la espada sobre vosotros, esto mismo

hay que considerarlo como pleno gozo y signo de amor. La espada de doble filo está constituida, por fuera, por las luchas y, por dentro, por los temores; esta espada se duplica o triplica, por dentro, cuando el maligno inquieta los corazones con engaños y seducciones. (...) Por fuera, se duplica o triplica la espada cuando, sin motivo, surge una persecución eclesiástica sobre asuntos espirituales; las heridas producidas por los amigos son las más graves»(66).

Pero si nos toca recibir heridas producidas por los amigos, ¿cómo sabremos si, en realidad, estamos en el camino verdadero, que estamos haciendo lo correcto, que estamos en la voluntad de Dios? Lo sabremos porque con nosotros lucha el Caballero Blanco. El Papa es el garante de la fe verdadera y tiene la última palabra. Si el Papa está con nosotros... Pero, espera. ¿Dónde está el Caballero Blanco? No está en el Abismo de Helm. Se ha marchado. ¿Vamos bien? ¿Nos ha abandonado? ¿Estamos haciendo lo correcto? ¿Estamos en la voluntad de Dios o al Enemigo hay que combatirlo con sus mismas armas y el Anillo no es tan malo?

Es la última resistencia, la hora de las dudas. «Ha puesto su confianza en Dios, que Él lo libre si tanto le ama» (Sal 22,9). Los rohirrim, después de combatir toda una larga noche, se han refugiado en el último reducto del Abismo de Helm. Es la hora fría y negra que precede al alba. La hora más oscura de todas. La batalla está perdida y lo saben. Los orcos han tomado la fortaleza y sólo quedan unos pocos guerreros para hacerles frente. Están cansados, abatidos, como ovejas sin pastor. Y ante esta realidad, ¿qué se puede hacer? Vamos perdiendo, quedamos muy pocos, los cristianos siempre pierden en el mundo, no sabemos si el Caballero Blanco está con nosotros. Aragorn, lleno de celo, propone al rey Théoden hacer lo único que saben hacer: morir combatiendo. Pero no encerrados entre cuatro paredes esperando la derrota. Basta de quedarse encerrados. Hay que salir afuera, a las calles, a las plazas, en una última carga gloriosa contra los engendros del Enemigo. Morir con honor. Morir evangelizando, llamando al mundo a la verdad del Evangelio. Esta última carga de caballería es como una misión popular a la desesperada. Los pocos rohirrim que quedan son como los treinta muchachos con guitarras y panderetas en medio de la avenida de una gran ciudad. Verdaderamente es una opción ridícula. Es una muerte rápida y estúpida.

Tal vez por eso Théoden acepta encantado la propuesta de Aragorn.

«Y entonces, súbito y terrible, el gran cuerno de Helm resonó en lo alto de la torre. Todos los que oyeron el ruido se estremecieron. Muchos orcos se arrojaron al suelo boca abajo, tapándose las orejas con las garras. Y desde el fondo del Abismo retumbaron los ecos, como si en cada acantilado y en cada colina un poderoso heraldo

soplara una trompeta vibrante. Pero los hombres apostados en los muros levantaron la cabeza y escucharon asombrados: aquellos ecos no morían».

No mueren los ecos de las trompetas de los heraldos del Evangelio. Cabalgan Aragorn y Théoden mano a mano contra los enemigos, obligándolos a replegarse. Y al salir afuera contemplan que el paisaje ha cambiado. Tras los muros, donde antes se extendía un valle verde, ahora, por arte de magia hay un bosque espeso y negro como la noche. Pero ante ellos aparece algo más:

«—*¡Contemplad al Caballero Blanco! —gritó* Aragorn.— ¡Gandalf ha vuelto!

—¡Mithrandir, Mithrandir! —dijo Legolas—. ¡Esto es magia pura! ¡Venid!

Las huestes de Isengard aullaron, yendo de un lado a otro, pasando de un miedo a otro. Nuevamente sonó el cuerno de la torre. Y la compañía del rey se lanzó a la carga a través del foso de la empalizada. Y desde las colinas bajaba, saltando, Erkenbrand, señor del Folde Oeste. Y también bajaba Sombragrís, brincando como un ciervo que corretea sin miedo por las montañas. Allá estaba el Caballero Blanco y el terror de esta aparición enloqueció al enemigo. Los salvajes montañeses caían de bruces. Los orcos se tambaleaban y gritaban y arrojaban al suelo las espadas y las lanzas. Huían como un humo negro arrastrado por un vendaval. Pasaron, gimiendo, bajo la acechante sombra de los árboles; y de esa sombra ninguno volvió a salir».

¡El Papa! ¡El dulce Cristo en la tierra está con nosotros! Lucha con nosotros. No nos había abandonado, sólo había ido a buscar ayuda. Su sola presencia aterroriza a los que nos hacen la guerra. Estábamos en lo cierto, esta era la única forma de luchar contra el Enemigo. Dar la vida evangelizando. Y el Papa está con nosotros.

La bola de cristal

«La batalla se extendió por todo aquel contorno y aquel día el bosque devoró más hombres que la espada» (2 Sam 18,8). Así narra la Biblia el final de la batalla de los fieles del rey David contra el traidor Absalón y la derrota de este. Y se cumple perfectamente en este pasaje de *El Señor de los Anillos*. El bosque que ha aparecido de la nada en la llanura frente al Abismo de Helm es parte del bosque que han despertado Merry y Pippin junto a los Ents. Hay una gran diferencia entre Dios y la Creación. Dios perdona siempre. La Creación no. Imagina que comenzaste a beber a los quince años y que llevas haciéndolo décadas. Eres alcohólico. Probablemente todo tu entorno familiar y social está destruido por tu adicción al alcohol. Te has

divorciado, no puedes ver a tus hijos y has perdido el empleo. Entonces, por medio de un amigo, conoces el amor de Jesucristo. Crees a este anuncio y te conviertes. Comienzas a frecuentar la Iglesia y las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Experimentas el perdón de todos tus pecados y la esperanza de la felicidad. Por la misericordia de Dios tu vida comienza a reconstruirse. Llega un momento en el que te das cuenta de que llevas meses sin beber. Pasas, poco a poco, a tener una vida nueva. Pues bien, tendrás una vida nueva, pero tu hígado permanecerá dañado y al borde de la cirrosis. La Creación, la naturaleza, no perdona. Es como si yo pierdo dos dedos en una pelea que he provocado porque me ha dado la gana. Me arrepiento de corazón y me confieso. Sin duda Dios me ha perdonado, pero los dedos no volverán a crecer.

La Creación no ha perdonado a Saruman y sus orcos. Ha sufrido tal violencia por el pecado de progreso que no puede perdonarle. El bosque se tragará a todo el ejército enemigo que no volverá a ser visto jamás. Este sortilegio no lo ha provocado Gandalf. El bosque mismo ha decidido dividirse en dos partes y enviar una al Abismo de Helm mientras la otra se encaminaba hacia Isengard.

Y hacia Isengard se dirigen también nuestros héroes, tras descansar un poco de la batalla y curar sus heridas. Por supuesto que esta batalla les ha producido heridas. A ti y a mí también, supongo. Pero contemplar a Aragorn, Legolas y Gimli curando sus heridas tras pasar toda una noche batiéndose contra un inmenso ejército enemigo, ¿verdad que no te hace creer que sean unos debiluchos blandengues? En absoluto. Los heridos no son una deshonra para el ejército, nada de eso. En esta batalla se han tragado alguna mentira del demonio, alguna cuchillada de la carne, han aceptado algún sofisma traidor. Vamos, lo normal. No son heridas graves, gracias a Dios. Es lógico que en una batalla de esta magnitud nos llevemos alguna herida de recuerdo, pero eso no nos tiene que preocupar.

Al llegar a Isengard, que está cubierto por una gran nube de vapor, nuestros amigos tienen al fin un feliz encuentro. Son Merry y Pippin. Lo que queda de la comunidad se reúne al fin. Gandalf y Théoden acuden deprisa a parlamentar con Bárbol, mientras el resto se sienta a comer y disfrutar del tabaco de pipa que los hobbits han sabido encontrar entre los despojos de la batalla que ha tenido lugar en la torre de Saruman. Mientras fuman apaciblemente, los hobbits narran la batalla de Isengard a sus compañeros. Describen la aterradora fuerza de los Ents reduciendo a polvo las murallas enemigas. La respuesta de Saruman usando de sus terribles máquinas y haciendo arder a varios de ellos. Cuentan también cómo Bárbol y el resto de Ents lograron inundar el anillo de Isengard desviando el curso del río, mientras Saruman se refugiaba en su torre de Orthanc donde aún

permanecía encerrado. Por último hablan sobre Lengua de Serpiente, que llegó hace poco hasta su amo y está encerrado en la torre con él, castigado por el destino con contemplar la ruina de aquella torre que quería llegar hasta el cielo y a la que consideraba indestructible.

A Aragorn solo le inquieta un detalle del relato de los hobbits. ¿Por qué hay hierba para pipa de la Comarca en Isengard? ¿Cómo ha llegado hasta allí? Esta es una pista importante de cara al desenlace de *El Señor de los Anillos*, pero deberemos esperar un poco para comprenderlo.

Gandalf vuelve donde ellos. Queda una última cosa que hacer en Isengard antes de partir. Una visita de despedida a Saruman. Invita a acompañarle a quien lo desee pero les advierte que deben cuidarse de su voz, ya que tiene poderes insospechados. Todos aceptan y acuden a la torre al encuentro del traidor.

Fascinante y cautivadora, suave y maravillosa. Así es la voz de Saruman. Todo lo que dice convence. Su voz pone a prueba a Théoden. Es impresionante la forma en la que Saruman es capaz de tergiversar todo lo que ha ocurrido y convencer hasta a la misma guardia del Rey de Rohan. Su discurso es un compendio de toda la palabrería con la que el mundo busca embaucar a los hombres. Gran parte de esta guerra es una batalla de palabras. No es lo mismo decir «aborto» que «interrupción voluntaria del embarazo». Dejar de llamar a las cosas por su nombre es la táctica preferida de aquellos que buscan el «progreso» de la humanidad. Tampoco es lo mismo «subnormal» que «persona con necesidades especiales de aprendizaje». Ya no hay pobres, hay personas en riesgo de exclusión. No hay cárceles, hay establecimientos penitenciarios. Usando el lenguaje a nuestra conveniencia podríamos llegar a hablar de una *interrupción voluntaria del embarazo de fase extrauterina* para referirnos al asesinato de un recién nacido. Sus restos, por supuesto, serán denominados «material orgánico», pero nunca cadáver.

Lo triste es que esta Voz de Saruman es la voz de la sociedad y que son muchos los que se dejan llevar por ella. Esta voz se parece a una mujer que se pinta las uñas para que no se note la mugre que lleva en ellas. Pero nuestro Caballero Blanco, que conoce muy bien al mago traidor, no se deja llevar por el hechizo de su voz. Y como hemos visto, ya que viene siendo habitual en Tolkien, Gandalf, lleno de misericordia, ofrece una última oportunidad a Saruman de redimirse. Recuerda el estribillo: la culpa siempre es del Anillo. Le invita a reflexionar y ponerse de nuevo al servicio de la causa del bien ayudando a curar las heridas del Señor Oscuro. Le deja asimismo libre de ir donde quiera a cambio de dejar en prenda las llaves de su torre de Babel y su bastón de mago. Pero Saruman, orgulloso hasta el final, se niega a hacerlo. Así que a Gandalf no le queda más remedio que

excomulgarlo:

«Estabas a tiempo todavía de apartarte de la locura y la maldad, y ayudar de algún modo. Pero elegiste quedarte aquí, royendo las hilachas de tus viejas intrigas. ¡Quédate pues! Mas te lo advierto, no te será fácil volver a salir. A menos que las manos tenebrosas del Este (de Sauron) se extiendan hasta aquí para llevarte. ¡Saruman! —gritó, y la voz creció aún más en potencia y autoridad—. ¡Mírame! No soy Gandalf el Gris a quien tú traicionaste. Soy Gandalf el Blanco que ha regresado de la muerte. Ahora tú no tienes color y yo te expulso de la orden y del concilio. Alzó la mano y habló lentamente, con voz clara y fría.

—Saruman, tu vara está rota. —Se oyó un crujido, y la vara se partió en dos en la mano de Saruman; la empuñadura cayó a los pies de Gandalf».

Y Saruman se esconde retorciéndose como un reptil. Pero en ese momento ocurre algo inesperado. Un objeto pesado y brillante cae desde lo alto con la intención de golpear la cabeza de Gandalf. Lo ha lanzado Lengua de Serpiente y por poco aplasta al Mago Blanco. Pippin lo recoge pero, enseguida, Gandalf, preocupado, le dice que se lo entregue a él. Ha reconocido el objeto que le han lanzado y no es algo de lo que Saruman hubiera querido desprenderse. El insensato Lengua de Serpiente ha tirado por el balcón el que quizá fuera el objeto más preciado de su amo. El que sin duda le llevó a codiciar el Anillo y convertirse en siervo del Señor Oscuro de Mordor. Qué es este objeto lo sabremos enseguida, me temo, y no de la manera más inocente.

Cuando la comunidad junto con el rey Théoden y su séquito abandonan Isengard dejando a Saruman al cuidado de Bárbol y los Ents, se detienen a pasar la noche en un valle. Pero Pippin no logra conciliar el sueño. Está obsesionado con el objeto que recogió del suelo para entregárselo a Gandalf. Es una bola de vidrio negro que pesa muchísimo y que al joven hobbit le tiene comida la moral. Sólo desea echarle un vistazo. Así que se levanta a hurtadillas y se escabulle hasta donde duerme Gandalf. Plenamente consciente de que está haciendo algo malo, le quita la piedra al mago y la sustituye por una piedra. Después se aleja un poco y se dispone a mirar dentro de este globo oscuro. Y en su interior contempla Mordor y al mismo Sauron que, con crueldad, se ríe de él y le dice que va a enviar a alguien para buscarle y llevárselo a su oscura Torre. Gandalf, que al fin ha percibido el engaño, le aparta de la piedra, muy asustado, con firmeza y dulzura al mismo tiempo. Le pregunta qué ha visto y al contestarle Pippin ve que no oculta ninguna mentira. Sauron sabe que este hobbit conoce dónde está el Anillo, como lo supo Saruman, y por eso mandó a su horda de orcos a secuestrar hobbits y llevarlos ante él.

Este objeto no es más ni menos que una bola de cristal. Junto con el Tarot tal vez sea probablemente el artefacto esotérico por antonomasia. El hecho de que Saruman estuviese utilizando una bola de cristal es el signo de una apostasía absoluta. Pero la catequesis acerca de este tipo de espiritismos y adivinaciones es más clara todavía. Cuando uno mira la bola de cristal está comunicándose con el mismo Señor Oscuro. Con el mismo Demonio. Es sorprendente la fascinación que producen estas cosas en tantísimos jóvenes. «Jugar» a la ouija es un ejemplo de ello, consultar con videntes, dejarse leer el futuro, el reiki, las flores de Bach...

Tolkien lo dice claramente. Entrar en este juego es hablar cara a cara con el mismo Demonio. La bola de cristal es un teléfono para hablar con él. Dice el Catecismo que: «La actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto»(67).

Curiosidad malsana. Como la de nuestro desdichado Pippin.

«Todas las formas de adivinación deben rechazarse. (...) la consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y suertes, los fenómenos de visión, el recurso a médiums encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos. Están en contradicción con el respeto y temor amoroso que debemos solamente a Dios»(68).

¿Puede ser que en su voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y los hombres a Saruman no le fuera suficiente con la teoría del Progreso? ¿Tal vez quisiera asegurarse la bendición del Espíritu Absoluto por medio de la hechicería? Tal vez. Lo que es claro es que tenía una bola de cristal en casa. Así que es posible que Saruman tuviera una mente de ruedas y metal pero lo que es seguro es que tenía un corazón de superstición y espiritismo. Como dice Chesterton, cuando un hombre deja de creer en Dios se cree cualquier cosa.

El que Tolkien ponga esta bola de cristal en manos de un sabio contiene un potente mensaje. Pienso que el viejo profesor quería defender a toda una generación de jóvenes de los peligros que encierra esta clase de «magia». Si un sabio sucumbe a la locura por comunicarse con el Demonio por medio de un objeto esotérico, ¿qué no podrá hacer en un joven —Pippin es el más joven de la comunidad, no parece casualidad— cuya curiosidad por estas cosas siempre parece ser mayor? No pienses que estoy hablando de ninguna tontería. Te sorprenderías de saber cuántos jóvenes recurren a médiums y a todo tipo de hechicerías para garantizarse una seguridad sobre el futuro, sobre el amor, sobre los estudios o sobre cualquier otra cosa que les hace sufrir. También esto es fruto del Anillo. ¿Y qué decir de tantos

que se proclaman ateos o agnósticos pero que no pueden salir de casa sin sus amuletos? ¿Cuántos que han sucumbido a la hechicería para alcanzar la posición en la que se encuentran hoy? Aún más sorprendente te resultaría conocer las distintas supersticiones de los hombres más ricos y poderosos del planeta. Es fácil encontrar tantos testimonios de exorcistas que están horrorizados ante el nivel de posesiones diabólicas que se están dando en la gente por medio del uso de estos métodos esotéricos, de adivinación, de ouija, de mal de ojo, de reiki y de cualquier otra clase de bolas de cristal similares a la que Saruman escondía en su torre. Tenlo bien presente, *El Señor de los Anillos* te advierte de esto. Mirar a la bola de cristal es mirar cara a cara al Demonio.

Pero apenas recuperados del susto llega otro peor. Sauron le había prometido a Pippin enviar alguien a buscarle, y ahí parece estar. Un Nazgûl montado sobre una bestia alada pasa por encima de sus cabezas a toda velocidad camino de Isengard. El terror se adueña de todos. Gandalf debe reaccionar rápidamente. Toma a Pippin y lo monta sobre Sombragrís, su espléndido caballo. Da unas breves instrucciones a Aragorn y Théoden y parte a toda velocidad junto con el hobbit.

Merry se queda mirando cómo se aleja su compañero sin saber que decir.

Hasta que no recorran muchas leguas a lomos de Sombragrís, Gandalf no le dirá a Pippin el lugar al que se dirigen. Cada paso qué dan les acerca más y más a Mordor, el país de las sombras. Gandalf está llevando a Pippin a Minas Tirith, la capital de Gondor, donde gobierna el padre del desdichado Boromir. Y, o se dan prisa, o la guerra llegará antes que ellos.

Capítulo 18

UN CATÓLICO LLAMADO GOLLUM

«No hay más maestro que el enemigo. Sólo el enemigo te enseña tus puntos débiles. Sólo el enemigo te enseña tus puntos fuertes. A partir de ahora soy tu enemigo.
A partir de ahora soy tu maestro».

Mazer Rackham a Ender
(O. Scott Card, *El juego de Ender*).

Frodo y Sam andan perdidos. Llevan días dando vueltas por los escarpados montes de Emyn Muil sin conseguir avanzar ni un ápice. Están cansados y desorientados. Lo único que les consuela es que desde hace días no ven ni rastro de Gollum. Piensan que les ha perdido el rastro. Como no han tomado otras provisiones consigo, de momento sólo se están alimentando de lembas. A Sam, como es lógico en un hobbit cabal, le está empezando a cansar un poco el pan élfico. Moriría por mendrugo de pan común y media pinta de cerveza. En esto se empieza a notar que están un poco en crisis, porque no se dan cuenta del vigor que les están aportando las lembas. También el pueblo de Israel se cansó del maná y protestó. Ya verás cómo dentro de no demasiado tiempo la percepción de los hobbits sobre las lembas cambia radicalmente. Como ya he dicho antes, sin ellas no podrán llegar jamás a Mordor. Pero ahora a Sam le cansan, como nos puede cansar a ti y a mí ir a la Eucaristía. Podemos estar así años, sin darnos cuenta del enorme milagro que supone y de la increíble fuerza que nos proporciona. Podemos cambiarla por la final de la Copa de nosequé o porque llueve, o porque tengo que estudiar. Dios tiene mucha paciencia. Tomar la comunión cada semana puede llegarnos a cansar porque es posible que, como Sam, no nos demos cuenta del vigor que nos proporciona. Sin embargo, para comprender la importancia de la Eucaristía en el camino de la fe, bastaría con quedarse sin asistir una larga temporada. Entonces notarías lo que la Eucaristía hacía en ti porque ya no lo estaría haciendo. No lo hagas, es peligroso y temerario. Podrías quedarte atrapado fuera. Confía en la Eucaristía, aunque no sientas su efecto, aunque te canse; como los hobbits te darás cuenta de la importancia de las lembas cuanto más cerca estés del final, de Mordor y de su montaña de fuego. Cuanto más te aproximes al Monte del Destino, más te pesará el Anillo y entonces las lembas serán lo único que logre mantenerte en pie.

Dejemos a Sam ahí, añorando los ajos y las cebollas de la Comarca y volvámonos a mirar a Frodo. Su crisis es de otro carácter. Piensa que ha tomado mal todas las decisiones y se siente muy superado por la misión. Esto de ir de dos en dos no es lo que parecía y no sabe qué hacer. Sin embargo, tiene una intuición verdadera: piensa que si realmente su destino es ir al país de las sombras, tarde o temprano algún sendero tendrá que aparecer; es decir, que entiende que la voluntad de Dios está por encima de las dificultades que atraviesa en ese momento. Esto es muy profundo y nos vale a todos.

Para entenderlo piensa por ejemplo en esto que dice Jesucristo: «No andéis preocupados diciendo: qué comeré, qué beberé, con qué me vestiré. Todo eso se os dará por añadidura» (cf. Mt 6,23-34). Entonces, si yo estoy en el camino de la fe, tengo unos hijos a los que no he debido de educar bien porque siguen con la manía de querer comer varias veces al día y me quedan veinte euros para pasar el mes, teniendo en cuenta que al mes le quedan todavía diecinueve días, que ya no quedan galletas y que además le han dicho a la niña en el cole que en dos días tiene que llevar un compás que, evidentemente, no tengo escondido en casa sino que hay que comprar; entonces, decía, si la Palabra de Dios es cierta, yo creo que de algún modo proveerá el Señor. Pero a la mañana siguiente me encuentro con que ya no me quedan veinte euros sino once. Tomate, pan y dos euros con cincuenta para pagar la excursión de otro hijo al centro de Artesanía del Reciclaje Cósmico. Otro día sin salida. Bien, pero si la Palabra de Dios dice la verdad, alguna solución tendrá que aparecer.

¿Aparecerá un sendero? Si tengo que ir a Mordor algún sendero tendrá que aparecer. Las dificultades actuales no contradicen la Palabra de Dios. En absoluto. Lo que hacen esas dificultades es hacernos crecer en la fe, hacer que creamos verdaderamente que la voluntad de Dios sobre nosotros es que vayamos a Mordor a arrojar el Anillo al fuego. Que vayamos por donde no sabemos ir, adonde no sabemos ir. Que creas que provee para tu familia, volviendo al ejemplo de antes, cuando ya humanamente no sabes qué hacer ni por dónde tirar, y no que creas por un esfuerzo de tu voluntad de hierro, no, sino porque has visto cómo tu bisabuela por parte de madre viene a visitar a tu familia sin que la hayas invitado y te regala trescientos euros a ti, que hay que ver la crisis que has cogido por gastarte los últimos once euros que te quedaban en comprar café, pastas de té y tres cajas de leche para ofrecerle algo de merendar a la bisabuela, porque de algún modo había que acogerla, pobre mujer, que acaba de cumplir ciento seis años.

¿No te lo crees? ¿Aparecerá un sendero? ¿La Palabra de Dios dice la verdad? El problema es que hay que ser humilde para aceptar ser salvado por una bisabuela inesperada. Humilde. Nada en el camino de

la fe se hará sin humildad. Es Dios quien lo hace todo, no nosotros. Y así como tu hija no ha dudado ni un momento de que llevaría el compás al cole el día que había que llevarlo porque ni siquiera estaba preocupada por ello, ya que esa era tarea de su padre, no suya, tú y yo aprendemos a no preocuparnos por estas cosas, porque esa es tarea de nuestro Padre, no nuestra. Es Dios quien nos guía, quien nos conduce hasta Mordor. Si Dios quiere que arrojemos el Anillo al fuego, algún sendero tendrá que aparecer.

Frodo está en esta tesitura. Y en su intuición se hace a sí mismo una pregunta providencial:

«¿Pero quién me lo mostrará (el camino hacia Mordor), el bien o el mal?».

Y enseguida aparecerá la respuesta: Gollum. Los hobbits le sorprenderán siguiéndoles el rastro, buscando el Anillo desesperadamente. Conseguirán reducirlo, no sin un enorme esfuerzo, después de que les propine varios golpes. Esta deleznable criatura ha quedado a su merced y ahora nuestros héroes no saben qué hacer con ella.

Frodo entenderá enseguida que Gollum es la respuesta a su pregunta. Pero es una respuesta incompleta, que no es fácil de comprender. ¿Gollum es el bien o el mal? ¿Quién es Gollum? Es importante entenderlo antes de continuar la historia. Gollum es la llave maestra que necesitamos para entender *El Señor de los Anillos*. Esta criatura muestra todo lo que el Anillo es capaz de hacer en una persona como tú y como yo. Es el fruto del pecado en nosotros.

Gollum era un hobbit que se llamaba Sméagol. Obtuvo el Anillo asesinando a su pariente Déagol que lo había encontrado en el río porque lo deseó con furia nada más verlo. Pero él se justificaba diciendo que era su cumpleaños y Déagol tenía que habérselo regalado. El Anillo estuvo en su poder durante mucho tiempo y provocó en él una transformación paulatina en su cuerpo y en su mente hasta llegar a convertirse en la repugnante criatura llamada Gollum que sólo vive para el Anillo. Dependiendo de la resistencia que se le oponga, el Anillo dominará antes o después al que lo posea, con mayor o menor dificultad, aunque siempre termine por esclavizar a su poseedor. Siempre y en todo caso arrastra al mal. Pero Gollum nunca opuso ninguna resistencia, así que el Anillo le corrompió enseguida. De hecho, le corrompió sólo con mirarlo. Y comenzó a utilizar el Anillo para espiar, fisgar, robar y huir de toda la aldea que le acusaba del asesinato de su pariente.

Pero el Anillo le daba la razón. *Era tu cumpleaños. Déagol tenía que habértelo regalado. Lo que ha pasado pasó porque nunca te han tenido en consideración. Nadie te ha querido nunca. No te han tratado como te mereces. Si Déagol te hubiese querido te habría regalado el Anillo. Porque*

era tu cumpleaños pero, pobrecito, nunca te han tenido en cuenta... Y así, el Anillo se fue convirtiendo en la única compañía de Gollum, en su Tesoro, en el único que le decía lo que él quería oír.

Pero al tiempo, como sabemos, Gollum perdió el Anillo a manos de Bilbo Bolsón, tío de Frodo. Y él no pudo soportar estar privado de su Tesoro, así que salió en su busca desesperadamente. Y llegó a Mordor, donde fue capturado y allí delató a Bolsón. Por eso los Jinetes Negros estaban cerca de la Comarca cuando Frodo salió hacia Rivendel.

Por culpa de Gollum.

Y ahora el destino de Gollum depende de Frodo y de Sam. ¿Qué hacer con él? Me imagino a Frodo preguntándose de nuevo si Gollum es el bien o el mal. Pero conoce el camino de Mordor, ya ha estado allí antes. ¿Quién me guiará, el bien o el mal?

Gollum no es ni el bien ni el mal. Es ambas cosas. Es el hombre. Gollum eres tú y soy yo. Observa cómo Tolkien ha dotado a Gollum de una doble personalidad. Está dividido en dos partes: Sméagol, como parte buena y Gollum como la mala. Estas dos personalidades de la criatura dialogan y luchan constantemente entre sí. Esta terrible esquizofrenia contiene una enseñanza profundamente espiritual que entronca directamente con lo que significa el Anillo y con lo que es necesario aprender tanto de Sméagol-Gollum como de nosotros mismos. Lo dice san Pablo en la Carta a los Romanos:

«Realmente mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. En realidad ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Y advierto una ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (cf. Rm 7,15-23).

Por tanto, basándonos en esta Palabra, Gollum se nos presenta como la imagen del hombre dominado, esclavizado por el pecado original que es el Anillo. Ayudados por esta imagen, quizá podamos comprender de qué manera tú y yo tenemos como una doble personalidad y no entendemos lo que nos pasa. Sabemos dónde está el bien, la verdad y la belleza. Sabemos que amar es mejor que no amar, sabemos que ser fieles a nuestra mujer es mejor que no serlo, que estar con los niños es mejor que pasar las horas en un bar. Entonces, ¿por qué no lo hacemos? ¿Por qué no puedo dejar de mirar a esa compañera de trabajo? ¿Por qué miento a mis padres y les hago sufrir tanto?

Porque el pecado habita en nuestra carne. Porque llevamos colgado

el Anillo al cuello. Y nos esclaviza. ¿Por qué no haces el bien que quieres hacer, que sabes que es mejor que el mal? ¿Por qué haces el mal que en el fondo no quieres hacer? Porque te obliga el miedo a sufrir, el pecado, el Anillo. Porque estudiar es sufrir, estar con los niños es sufrir porque no puedes descansar, porque no acostarme con esa compañera de trabajo es hacer sufrir a mi carne, que sólo busca placer. Recuerda que por el miedo a la muerte, al sufrimiento, somos esclavos del Demonio.

El cristianismo no es maniqueísmo. No hay gente buena y gente mala. Todos vivimos esta realidad de conocer el bien pero no ser capaces de hacerlo por la ley del pecado que nos esclaviza. Este es el problema de Gollum, el tuyo y el mío; simplemente es que a él se le nota más. Por eso Gollum es un personaje profundamente católico, como corresponde a un autor profundamente católico, no es en absoluto un personaje protestante. ¿En qué se nota? En que los católicos, al contrario que los protestantes, creemos que la naturaleza humana no ha sido completamente destruida por el pecado original, sino que ha sido herida. Estamos heridos, no destruidos. Tenemos esta doble personalidad: nuestra herida es Gollum y lo que nos pueda quedar de salud, por escasa y mezquina que sea, es Sméagol. Es verdad que estamos inclinados al mal, que estamos heridos por el pecado. Pero no somos solamente un Gollum. Nuestra libertad no está anulada por el pecado original. Nos queda dentro algo de Sméagol. En esto cree Tolkien cuando habla en sus cartas de «la voluntad para el bien no del todo corrupta de Sméagol»(69).

Entonces, si este es nuestro problema y el de Gollum, por lógica también es el problema de Frodo. Por eso, ante la disyuntiva de decidir qué hacer con esa asquerosa criatura que tiene delante inevitablemente le vienen a la cabeza unas palabras pronunciadas en Bolsón Cerrado tiempo atrás:

«De pronto Frodo creyó oír, muy claras pero lejanas, unas voces que venían del pasado:

‘¡Qué lástima que Bilbo no haya matado a esa vil criatura, cuando tuvo la oportunidad!’

‘¿Lástima? Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad’.

‘No siento ninguna lástima por Gollum. Merece la muerte’.

‘La merece, sin duda. Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures en dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos’.

—Muy bien —respondió en voz alta, bajando la espada—. Pero todavía tengo miedo. Y sin embargo, como ves, no tocaré a este desgraciado. Porque ahora que lo veo, me inspira lástima».

Tal vez fuera más acertado traducir esta última frase como: «me inspira compasión». El término en inglés utilizado por Tolkien «pity» contempla las dos traducciones. Con «lástima», tal vez se presuponga cierta altanería por parte de Frodo. Pero no es el caso, porque al igual que su tío Bilbo, gracias a la fe que este le ha transmitido y al camino que lleva recorrido, Frodo ha decidido perdonarle la vida a Gollum porque verle le ha inspirado compasión. No porque se haya sentido superior, sino porque siente que es igual que él. Sabe que no es bueno, pero ahora que le ha tocado a él llevar la misma carga que durante tanto tiempo ha soportado Gollum, entiende que no es más que un esclavo. Cómo no va a sentir Frodo compasión de Gollum si está experimentando en su propia carne lo que es capaz de hacer el Anillo. ¿Por qué va a sentirse mejor que él? Gollum no ha tenido la misma experiencia que Frodo. Nadie le transmitió la fe, nunca tuvo un Gandalf, nunca salió de su tierra obedeciendo una palabra, nunca gritó en su angustia y fue escuchado, no tuvo la oportunidad de renunciar al mundo enfrentándose al Tumulario, no lleva en su hombro la herida de su debilidad, esta cruz que es prenda de salvación, nunca ha tenido una comunidad, no ha podido revestirse de la armadura de Dios, no lleva ceñida la espada del Espíritu, nadie le ha librado de los sofismas-huargos, no ha visto al Balrog expulsado del Templo, no ha conocido a la verdadera Arca de la Alianza, Galadriel, la Virgen María; no se ha mirado en las aguas del bautismo como en un espejo y no sabe de quién es la imagen que se ve allí.

Frodo no puede atreverse a pensar que es mejor que Gollum sin convertirse en un loco orgulloso. Por eso tiene misericordia, porque Gollum es un hobbit como él. También a Sméagol le gustaba desayunar dos veces al día y sentarse junto al fuego a fumar una pipa. Gollum es él. Es en lo que él podría llegar a convertirse si no destruye el Anillo. En lo que él se está convirtiendo, aunque no se dé cuenta, con cada día que pasa sin haber llegado a destruirlo.

Pero Sam no lo tiene tan claro. No comprende la decisión de perdonar a Gollum. Supongo que ya sabes por qué. Efectivamente, Sam no sabe lo que es llevar el Anillo a cuestas. Se cree mejor que Gollum. Sam todavía no ha contemplado las visiones con las que el Anillo tienta al hombre, quizá porque siempre ha tenido una vida muy chata y simplona. A Sam le ha bastado con amar al mundo, su mundo de la Comarca, para ser un esclavo de él. Sam no sabe lo que es tener que soportar las visiones con las que ataca el Anillo.

¿Qué visiones? Te pongo un pequeño ejemplo para que no caigas en la tentación, como Sam, de creerte mejor que Gollum. Imagina que llegas a casa después de un duro día en la oficina. Duro, pero fructífero. Has logrado cerrar una venta muy importante con los alemanes después de meses de trabajo constante, llamadas, visitas,

reuniones, grandes ideas y demás. Tu jefe te ha felicitado por tu trabajo, está contentísimo. Habéis tomado café juntos en el turno de los jefes y te ha preguntado tu opinión sobre varios asuntos de la empresa. Al terminar te ha dicho que tenéis que quedar para jugar al pádel. Cuando has vuelto a tu mesa, muy, muy contento, se ha acercado a ti la secretaria del departamento a entregarte unos papeles. Es una chica joven y muy guapa. Extranjera, de Suecia, creo. Habla español con un acento muy simpático. Antes de darte los papeles te ha felicitado, con cierta timidez encantadora, por tu éxito en el cierre de esa venta. Y al darte los papeles te ha rozado ¿sin querer? la mano. Sin darte cuenta te has puesto colorado. Pero pasas página y te concentras en tu ordenador. Sin embargo, al rato, levantas la mirada ¿sin querer? hacia el escritorio de esa chica y te sorprende comprobar que te estaba mirando. Vuelves al ordenador. Levantas al rato la cabeza y de nuevo diriges tu vista hacia la chica. Te estaba mirando, no cabe duda. Al miraros por segunda vez ella sonríe de nuevo con cierta timidez encantadora. Pero es la hora de cerrar. Te despides torpemente. En fin, ahí queda la cosa. No tiene mayor importancia. En el coche camino a casa te pones tu música preferida y sin darte cuenta revives toda la jornada una y otra vez, el cierre de la venta, el éxito, el café con el jefe, la secretaria del departamento. La versión de los acontecimientos va a más y mejor cada vez que la revives. Llegas a casa. Estás como loco por contarle a tu mujer todo lo que ha pasado. Cenarás con los niños, será genial, saldrán a darte un beso corriendo cuando abras la puerta, con la hora que es estarán ya en pijama y a la cama enseguida. La cena estará hecha; seguro que tu mujer te ha preparado eso que tanto te gusta porque sabe que llevas una temporada cansadísimo y con la tensión propia de tener que cerrar esa venta. Al acostar a los niños, charlarás un rato con tu mujer, le contarás con pelos y señales lo de que el jefe te ha invitado a jugar al pádel, se quedará impresionada, seguro. Os iréis a la cama y celebraréis el éxito. Pero abres la puerta de casa. Hay un ruido tremendo. El ruido atroz que sólo puede producir un niño llorando constantemente. En tu caso son dos los que lloran. Ninguno está en pijama. La mesa no está puesta. La cena no está cocinada. Uno de tus hijos está jugando con el agüilla de la taza del WC. Todavía te estás situando cuando tu mujer aparece como una exhalación y te recrimina que por qué has llegado tan tarde del trabajo, que te había dicho que comprases el pan, que nunca te enteras de lo que tienes que hacer, que cambies a la pequeña que lleva tres horas con el pañal sucio porque ella no ha podido hacerlo, porque ha tenido que hacer un trabajo de manuales con el mediano y los deberes de matemáticas con el otro y además se le ha acumulado la plancha y ha tenido que fregar a mano porque se ha roto el lavavajillas. Que tienes que estar más en casa, que

últimamente, de verdad, no se te ve el pelo. Y que esto es un desastre.

Y cuando notas que el extremo de tu corbata acaba de meterse en la suciedad del pañal de la pequeña que estás cambiando, cuando el ruido de los llantos se mezcla con el que hace tu mujer con el tenedor que golpea el plato para batir el huevo que se convertirá en la simple tortilla francesa que vas a cenar esta noche (sin pan), comenzarás a sentir un tirón en tu cuello. Es el Anillo que quiere que te lo pongas, que te hagas invisible a todo eso y desaparezcas de esa pandilla de desagradecidos que no te tienen en consideración, ni como hombre, ni como padre, ni como profesional. Porque eres un profesional como la copa de un pino, aunque no se dé cuenta tu mujer. Acabas de cerrar una venta de dos millones de euros y tienes que mancharte la corbata de mierda. No te mereces esto. Es que ni te ha preguntado cómo ha ido la venta. Ha ido a lo suyo porque le das igual. Para ella sólo vales para cambiar pañales y poner tornillos. Esta noche no vas a hacer el amor. Seguro que no le pareces ni atractivo. Con lo enfadada que está. Pero a la chica esa sí que le has parecido atractivo. ¿Te has fijado en que te miraba? Ha sonreído. Tiene una sonrisa muy mona. En el trabajo sí que te valoran. Esa secretaria sí que te valora. Sabe que vales mucho, que eres un profesional como la copa de un pino. Y le resultas atractivo. Si no, no te hubiera mirado. Y te ha rozado la mano.

Y esa noche dormiréis mirando cada uno para un lado. Sin hablaros. Y tú estarás herido, y no podrás dejar de pensar en todas esas cosas que te dice el Anillo, porque en la situación que estás es lo único que te produce un consuelo. Será tu pequeño consuelo, tu secreto, tu tesoro escondido. Atesorarás esas imágenes en las que tú eres alguien importante como si fueran oro puro. Y mañana te pondrás la colonia buena, la corbata nueva, te peinarás un poco más de la cuenta y te irás a trabajar. Sí, mi tesssoro, lo harás. Y en el trabajo te pondrás el Anillo, te harás invisible, te escaparás de tu mujer insoportable y de tus hijos que te manchan la corbata. Sí, mi tesssoro. Y después te arrepentirás. Pobre Sméagol, nunca más, sí mi tesoro, nunca más lo haremos; seremos buenos mi tesoro, muy buenísimos, lo juramos. Porque no estás completamente destruido, estás herido y de forma natural tú ya sabes que ser adúltero no está bien. Lo sabes. Tienes una extraña personalidad doble. Así que cuando la Iglesia habla de que el pecado en realidad no es sino buscar realizarse fuera de la voluntad de Dios, tú dirás: Eso es, mi tesssoro. Y creo que lo comprenderás enseguida.

Igual tú crees que eres bueno porque no robas ni matas. Pero quizá es que nunca te has visto en la ocasión. En fin, que Sam haga lo que le dé la gana, al final Dios le va a corregir, ya veremos cómo. Pero yo no me atrevo a juzgar a Gollum, no me atrevo a creerme mejor que él.

Recuerda el estribillo: la culpa es del Anillo.

El guía perfecto

Frodo le ha perdonado la vida a Gollum contra el criterio de Sam y los tres han llegado a un acuerdo. Gollum les guiará a Mordor a cambio de perdonársele la vida. Él tiene que jurar por el Tesoro que servirá a Frodo.

Cuando Sam contempla a Gollum jurar por el Anillo se asombra al comprobar que este y su amo: «no eran dos seres totalmente distintos, había entre ellos alguna afinidad».

Dos hobbits heridos por el pecado, eso es lo que son. Pero no pienses que Frodo ha alcanzado ya la santidad. Evidentemente, sigue desconfiando de Gollum que está muy corrompido por el Anillo, aunque tras el juramento parece haberse dado un cambio importante en él:

«A partir de entonces hubo en él una curiosa transformación que se prolongó un cierto tiempo. La voz era menos sibilante y menos llorosa, y hablaba directamente con los hobbits, no con aquel tesoro bienamado. Se encogía y retrocedía si los hobbits se le acercaban o hacían algún movimiento brusco, y evitaba todo contacto con las capas élficas; pero se mostraba amistoso, y en verdad daba lástima observar cómo se afanaba tratando de complacer a los hobbits. Se desternillaba de risa y hacía cabriolas ante cualquier broma, o cuando Frodo le hablaba con dulzura; y se echaba a llorar si lo reprendía. Sam casi no le hablaba. Desconfiaba de este nuevo Gollum, de Sméagol, más que nunca, y le gustaba, si era posible, aún menos que el antiguo».

Viajarán de noche, otra vez, y se esconderán de día. Tendrán que atravesar en primer lugar la horripilante Ciénaga de los Muertos, que Gollum conoce porque anteriormente se ha escondido allí de los orcos. Se alimentan de lembas. Ofrecen probar una a Gollum que no tiene nada que comer. Pero sólo el olor de las hojas élficas en que están envueltas le repugna. Le repugna y lastima todo lo élfico, con un dolor indescriptible, loco, exagerado. Mordisquea un borde de las lembas y lo escupe en un acceso de tos. La lembas le ahoga, le sabe a polvo y ceniza. No la puede soportar. Frodo piensa que las lembas le harían bien a Gollum pero acepta que tal vez por ahora ni siquiera pueda probarlas. A Sam sin embargo, «el comportamiento de Gollum le había permitido descubrir nuevamente el sabor y la fragancia de las lembas». Ya no echa tanto de menos la cerveza y el pan común. Viendo que Gollum no puede tragarlas, entiende que algo de poderoso y santo hay allí, y le saben mucho mejor.

Atravesar las ciénagas de los muertos, antiguo cementerio donde

fueron enterradas las fuerzas de la última alianza de hombres y elfos en la importante batalla donde se arrancó el Anillo de la mano de Sauron, es sólo el comienzo de la horrible desolación por la que van a tener que caminar a partir de ahora. ¿Te acuerdas cuando Frodo se quejaba de que le dolía la espalda a la mañana siguiente de su primera noche de camino nada más salir de la Comarca? Supongo que sólo pensarlo, chapoteando ahora por el fango infecto de Mordor en cuyo interior se vislumbran los rostros de los muertos en batalla, le daría risa ahora. Pero sin aquello, esto no sería posible. El camino de la fe es progresivo.

Contemplar la tierra de Mordor es contemplar la estéril sequedad que deja el pecado en el corazón del hombre. Al igual que Adán fue expulsado del Paraíso y pasó a vivir en una tierra poblada de espinas y abrojos, el pecado nos saca también a nosotros del Paraíso y nos introduce en el país de Mordor donde no crece nada, donde todo es desolación y podredumbre. Allí todo es de un gris malsano y cruel. Allí experimentamos la muerte de nuestro ser. A estas alturas del camino de la fe, Frodo no tiene que imaginarse todo esto. Ahora lo está contemplando con sus propios ojos. No es necesario que se lo crea porque se lo ha contado Gandalf, sino porque sus pies descalzos están pisando el lodo viscoso y podrido de la Tierra Oscura. En la Comarca no se daba cuenta de lo que significa el pecado, del estado en el que queda el corazón del hombre al separarse de Dios. Ahora lo está viviendo; mire donde mire, sabe lo que implica pecar.

El camino es cada vez más oscuro. Un grito rompe el silencio por encima de sus cabezas. Es un Nazgûl que intuye la presencia del Anillo y lo busca sin descanso. Aparecerá más veces y Gollum se desesperará. Frodo camina cada vez más encorvado por el peso del Anillo. Cuanto más se acerque al Monte del Destino, más le pesará. A ti también. No pienses que el Diablo tiene la más mínima intención de permitirte arrojar su arma al fuego. Cuanto más cerca estés de ello, mayor será la tentación, mayor la oscuridad, más nítido el ojo del Enemigo que te odia.

Tras las ciénagas, los rostros de los muertos y los fuegos fatuos, más desolación. Los hobbits están atormentados por la sed. Experimentan en su carne la sequedad del pecado. Tienen «sed de Dios como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62). Como la tierra de Mordor, cuyas cenizas parecen haber anegado sus bocas. «Tengo sed», dirá Cristo en la cruz. Él, que ha tenido que soportar toda la sed de Mordor para arrancar el Anillo del Señor de la muerte y liberar a cuantos por el miedo a la muerte y al sufrimiento éramos esclavos del pecado.

¿Por qué esta última etapa del camino de la fe se desarrolla en esta tierra horrible? Porque tenemos que darnos cuenta de qué es el pecado y de la destrucción que supone, para que realmente queramos

renunciar a él. Por eso Frodo está allí, porque tiene que entender que lo único que el Anillo es capaz de crear es una tierra como la de Mordor. El Anillo no es capaz de darte la felicidad que anhelas. Sólo puede darte lodo, polvo y cenizas. Puede que sea necesario que lo creas no porque te lo han dicho sino porque tú mismo lo has experimentado.

Una noche, en mitad de toda esa desolación, Sam despierta bruscamente y ve a Gollum inclinado sobre su amo hablando solo. Está teniendo un duro combate interior que se trasluce en un diálogo entre sus dos personalidades: Sméagol y Gollum. Sméagol defiende que ha hecho una promesa, pero Gollum insiste en que es necesario recuperar el Anillo. Sméagol pide respetar la vida de Frodo, que le habla siempre con afecto; la de Sam le da igual porque no es un «hobbit bueno». Gollum parece aceptar al principio pero se endurece todavía más y proclama que hay que acabar con Frodo también. Quiere el Anillo para ser «Gollum, el más precioso de los Tesoros». La identificación de Gollum con las imágenes que proyecta en él el Anillo es total. Se descubre el pastel, el Tesoro ya no es el Anillo, el verdadero Tesoro es Gollum. Tú eres tu Tesoro, tú eres la única medida de todas las cosas, tu felicidad es lo único que importa, tu único objetivo. Sméagol parece resistirse, el Anillo no le ha quitado su libertad, la teología católica parece verdadera, él sabe dónde está el bien. Pero Gollum consigue su propósito. Hago el mal que no quiero. Gollum termina por decir que *ella* se encargará de acabar con los hobbits. Sam no escucha más.

Lo que Sam no llega a saber es que Gollum ha decidido llevar a los hobbits por un camino en el que morirán: a través del paso de Cirith Ungol, guarida de la gigantesca Ella-Laraña, un abominable monstruo similar al Balrog de Moria en naturaleza y maldad.

Pero con lo que ha oído a Sam le basta. Es hora de separarse de Gollum, pero no a condición de dejarle suelto vagabundeando por ahí. Eso sería todavía más peligroso.

Frodo se despierta entonces y sigue tratando con dulzura a Gollum. Es verdad que no ha escuchado la conversación como Sam pero, ¿es que no se da cuenta de la maldad de Gollum? ¿Es que está ciego? Sam ha escuchado que Gollum los va a matar, ha visto su mal y contempla impotente cómo su amo Frodo se está dejando engañar. No sabe cómo advertirle y aunque acierte a hacerlo sabe que Frodo le dará a Gollum otra oportunidad. ¿Por qué, Frodo, te dejas engañar? ¿Por qué te dejas matar? Porque la misión, entiéndelo bien querido lector, es destruir el Anillo, no hacer justicia con Gollum. Y el Anillo ahora lo lleva Frodo, no Gollum. Lo importante es que se destruya el Anillo en Frodo, en ti y en mí. Sam no sabe algo que Frodo sí ha logrado intuir: que para responder a la pregunta ¿Quién me guiará, el bien o el mal? que Frodo

se hacía unos días atrás, la Providencia de Dios le ha enviado a Gollum como respuesta. ¿A quién ha enviado Dios para guiar a Frodo al Monte del destino? ¡A un enemigo! Uno que quiere destruirle es el único capaz de llevar el camino de Frodo a término. Al igual que Judas llevará a Jesucristo a la cruz, tus enemigos en esta tierra serán los que te guíen a destruir el Anillo que vive en ti. Por eso no consiste en constatar que Gollum es malo y acabar con él. Gollum, tu enemigo, el que quiere acabar contigo, ese va ser tu guía en la fase final. Ten en cuenta que no hablamos del Enemigo con mayúscula, el Diablo. Hablamos de aquellos de los que Jesucristo dice: «Amad a vuestros enemigos» (Mt 5,44). Los enemigos que puedes ver y tocar, tu vecino, tu profesor, tu padre, tu mujer, aquel hermano, tu jefe, tu cuñada o tu suegra. Estos son nuestros enemigos del día a día, los que nos hacen la vida imposible o se ríen de nuestros defectos, los que nos persiguen y nos odian. Nuestros Judas. Gracias a su guía podrás destruir el Anillo. ¿No sabes cómo podrá ser esto? Escucha esta oración compuesta por un obispo ortodoxo serbio llamado Nikolai de Zica:

«Bendice a mis enemigos, Señor. Yo también los bendigo y no los maldigo.

Mis enemigos me han llevado a tus brazos más que mis amigos.

Mis amigos me han atado a la tierra, mis enemigos han hecho que me desprenda de ella y han destruido mis aspiraciones en este mundo.

Mis enemigos han hecho que sea un extranjero en los reinos de la tierra y que habite como forastero en este mundo.

Del mismo modo que un animal perseguido por los cazadores encuentra un refugio más seguro que un animal despreocupado, yo, perseguido por mis enemigos, encontré el santuario más seguro oculto bajo tu tabernáculo, donde ni amigos ni enemigos pueden matar mi alma.

Bendice a mis enemigos, Señor. Yo también los bendigo y no los maldigo.

Ellos han confesado mis pecados ante el mundo en mi lugar.

Me han castigado cuando yo he dudado en castigarme.

Me han atormentado, cuando he intentado huir de los sufrimientos.

Me han reprendido, cuando yo me envanecía.

Me han escupido, cuando estaba lleno de arrogancia.

Bendice a mis enemigos, Señor. Yo también los bendigo y no los maldigo.

Cuando me he creído sabio, me han llamado necio.

Cuando me he colocado por encima de los hombres, se han burlado de mí como si fuera un enano.

Cuando he querido ser el primero, me han postergado.

Cuando he corrido a enriquecerme, me lo han impedido con puño de hierro.

Cuando he pensado que podía dormir tranquilo, me han despertado de mi sueño.

Cuando he intentado construirme una casa para pasar una vida larga y tranquila, la han derruido y me han echado de ella.

En verdad, mis enemigos me han liberado de las ataduras del mundo y han hecho que alargue la mano para tocar la orla de tu túnica.

Bendice a mis enemigos, Señor. Yo también los bendigo y no los maldigo.

Bendícelos y multiplícalos; multiplícalos y vuélvelos aún más contra mí, para que mi huida hacia ti sea sin retorno, mi esperanza en los hombres se desvanezca como una telaraña, una serenidad total empiece a reinar en mi alma, mi corazón se convierta en la tumba de esas dos malvadas hermanas, la arrogancia y la ira, pueda atesorar mi tesoro en el cielo y por fin me vea libre del autoengaño que me ha enredado en la terrible maraña de esta vida ilusoria.

Mis enemigos me han enseñado lo que casi nadie sabe: que el único enemigo que tiene un hombre en este mundo es él mismo. *(Frodo y Gollum sólo son eso. Dos hobbits heridos por el pecado. Son lo mismo)*.

Bendice a mis enemigos, Señor. Yo también los bendigo y no los maldigo. Amén»(70).

Tras dar los buenos días con cariño a Gollum, Frodo le indica que tiene que llevarlos hoy ante la Puerta Negra de Mordor.

¿Quién me guiará, el bien o el mal? ¿Ya conoces la respuesta?

Por la puerta de atrás

Pero la Puerta Negra no se abre. Frodo ha querido entrar en Mordor por la puerta grande. El *Morannon*, la Puerta Negra de Mordor, es una muralla levantada donde se unen dos inmensas cordilleras. Por ahí entran y salen los grandes ejércitos del Enemigo. Los hobbits se desesperan a ver el poderío de Mordor junto a todos sus ejércitos. Este no es sitio para entrar.

No es posible entrar en Mordor por esta puerta. Para entrar y salir sería necesario destruirla primero. Este Morannon, la Puerta Negra de Mordor, es semejante a las Puertas del Infierno. Estas Puertas son un signo catequético importante. Representan la muerte sin retorno, sin salvación, la muerte definitiva. Son el límite de un reino de muertos, del reino del mal eterno. Algunas miniaturas medievales representan el infierno como un horrible monstruo devorador de almas y transforman la entrada a ese reino tenebroso en unas espantosas fauces. La llave de estas puertas las tiene un ángel «una estrella que había caído del cielo a la tierra» (Ap 9,1), el mismo Satanás, el mismo Sauron. Dentro, como él, guarda a sus ejércitos, como langostas gigantes dispuestas a devorar la tierra (Íd. v. 7); estos son los tormentos espirituales que causan los demonios.

Frodo no puede entrar por ahí porque la llave la tiene Sauron. Y este está confiado porque puede encerrar dentro a quien ose traspasar las puertas.

Nuestros hobbits no saben qué hacer ante la imposibilidad de franquear esas puertas. Pero la Providencia ya ha venido en su ayuda. Como Gollum quiere matar a los hobbits, les revela el gran secreto: hay otra entrada que lleva a Mordor. Claro que en esa otra entrada les espera Ella-Laraña pero eso los hobbits no lo saben. He aquí la astucia de Dios, la astucia de nuestro Señor Jesucristo. También el Demonio al contemplar los tormentos de Jesucristo en la cruz se frotaba las manos pensando en el momento en que lo pudiera encerrar con su llave tras las puertas del infierno, del sheol, donde ya tenía retenidos a muchos santos y profetas que esperaban su redención. Pero Cristo tomó un camino secreto, y venciendo a la bestia que lo custodiaba, la muerte, descendió al abismo; podemos decir que entró en Mordor por detrás, por la ventana, por donde no se esperaba el Diablo. Y lo puso todo patas arriba. Por esta razón, en los iconos, las puertas de los Infiernos casi siempre se representan ya derribadas y pisoteadas por nuestro Salvador. Y aunque rompió las puertas, por si acaso se quedó con las llaves: «estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades» (Ap 1,18). Por eso es posible proclamar que: «Tú tienes el poder sobre la vida y sobre la muerte, haces bajar a las puertas del Hades y de allí subir» (Sb 16,11).

Por eso es muy significativo que nuestros hobbits no puedan entrar por La Puerta Negra y es más significativo aún que, al igual que a Jesucristo, sean los enemigos, Gollum en este caso, quienes creyendo que están venciendo porque van a lograr destruirles, les estén abriendo sin embargo un camino por el cual van a tomar al Señor Oscuro completamente desprevenido. Porque al fin y al cabo, ¿quién puede ser capaz de vencer a Ella-Laraña? ¿Quién será capaz de vencer la muerte? Sauron está tranquilo respecto a ese camino porque tiene un monstruo invencible custodiándolo. La muerte es invencible, tiene a todos los justos encerrados tras sus puertas. A ese monstruo, a esa araña terrible nadie la ha vencido jamás. Gracias a Dios, qué equivocado está.

Así que se ponen de nuevo en camino, aliviados al poner tierra de por medio con las Puertas del Infierno. Para llegar a la entrada secreta de Mordor tienen que separarse un poco de la tierra tenebrosa y atravesar un paisaje menos desolador, una tierra de nadie entre Gondor y Mordor que se llama Ithilien. Este territorio conserva aún árboles, flores y hierbas aromáticas. Su sola visión alegra el alma de los hobbits que se echan a reír sólo por poder volver a contemplar algo bello después de la desolación de Mordor. Mientras Frodo duerme, Sam decide enviar a Gollum a buscar un par de conejos con

los que hacer un guiso con el que honrar un poco a su pobre amigo. Cuando Gollum los trae enciende un pequeño fuego y a causa del humo son vistos y capturados. Pero sólo los hobbits, porque Gollum, escurridizo y sagaz, ha logrado escapar a tiempo. Sin embargo, sus captores no son del enemigo, sino hombres de Gondor apostados en esa región para hostigar a los aliados del Señor Oscuro que pasan por ahí para llegar a Mordor. Estos aliados son hombres, no orcos ni bestias de otra clase. Vienen de reinos cercanos, al oriente, y son de piel oscura y cetrina, de ojos y pelo negro y se adornan con joyas de oro. Montan sobre unas bestias enormes llamadas olifantes. Cada vez son más los hombres de esta clase que se están uniendo al Señor Oscuro.

Los hombres de Gondor están capitaneados por Faramir, que no es otro que el hermano de nuestro querido Boromir y, por tanto, hijo del senescal de Gondor, actual gobernante de la Ciudad. Faramir los llevará hasta su escondite y Frodo, viendo que tiene el corazón puro y que no hay malicia en él, terminará por confesarle cuál es su misión. Faramir, que les ha contado a los hobbits cómo los restos de Boromir llegaron a Gondor por el río, termina por atar cabos y entiende que lo que tiene delante es el Anillo Único. Pero resiste la tentación siquiera de verlo, de un modo muy resuelto. Este Faramir, según observan los hobbits, tiene un aire que les resulta familiar porque se parece a Boromir, sí, pero más aún porque su rostro severo y bondadoso y su aspecto les recuerda al de Gandalf. De hecho Faramir, en contra de los sentimientos de su padre el regente de Gondor, respeta y ama al mago gris.

Con Faramir y sus hombres nuestros hobbits disfrutarán de la última de las «convivencias» que Tolkien pone a lo largo del camino de la fe. Allí descansarán de sus fatigas, contarán sus miedos y recibirán consejo por parte de Faramir, que aunque no puede ayudarles mucho, les servirá de consuelo. En esta «convivencia» aparecerá el único elemento genuinamente religioso de la trama de *El Señor de los Anillos*. Cuando los hombres de Gondor se disponen a comer, antes de hacerlo, miran unos segundos al Oeste, donde se encuentra el Reino Bienaventurado en la mitología de Tolkien. Dicho de otro modo: bendicen la mesa. Siempre me ha llamado la atención que el único guiño meridianamente religioso del libro fuera la bendición de la mesa. Ignoro, la verdad, la causa por la cual lo incluyó el viejo profesor de Oxford, nunca he encontrado información sobre ello, pero a mí me parece especialmente bello y profético para esta generación en la que nos ha tocado vivir donde es difícil ver una familia, no ya que bendiga la mesa, sino que coma junta, con la televisión apagada, honrando la mesa de la familia como si fuera un altar doméstico, un lugar donde se comparte la vida, la palabra y el amor.

Pero este retiro tendrá un desenlace inesperado cuando por la noche Faramir les lleve a contemplar algo que les dejará atónitos. Gollum chapoteando en busca de peces en un estanque situado bajo el refugio de los hombres de Gondor. Está a tiro de una docena de arqueros. Es la oportunidad de acabar con él de un modo más refinado que a sangre fría a manos de los propios hobbits. Otros pueden hacer el trabajo. Pero no, Frodo no quiere que muera: «esta criatura está ligada de algún modo a mi misión», dirá. Así que Faramir le perdona la vida a Gollum no sin interrogarle. Y cuando descubre que quiere llevar a los hobbits por el camino secreto que se llama Cirith Ungol, intenta persuadir a Frodo de que no vaya por allí. En primer lugar porque está muy cerca de la fortaleza de los Nazgûl, los espectros del Anillo y en segundo porque es seguro que un gran terror se esconde allí. Pero Frodo insiste en ir por el camino que Gollum le propone. Es muy interesante ver que Frodo tiene discernimiento y sabe que su enemigo le está llevando a cumplir su misión, si es que hay en verdad alguna esperanza de cumplirla. No tiene elección, la Providencia le ha enviado a Gollum como guía y él siente que tiene que obedecer. Así que tras despedirse de Faramir, parten de nuevo hacia el peligro. Pronto volveremos a ver al hermano de Boromir, al amigo de Gandalf, en Gondor.

De camino a la ciudad de los Nazgûl los hobbits se encontrarán con un último destello de belleza antes de adentrarse definitivamente en la oscuridad de Mordor. Están en la Encrucijada, cerca ya de donde les está guiando Gollum. Allí encuentran la estatua de un rey de Gondor. Los orcos le han arrancado la cabeza de piedra y han pintado en la estatua los símbolos de Sauron de forma grotesca, pero...

«De improviso, capturada por los rayos horizontales, Frodo vio la cabeza de rey: yacía abandonada a la orilla del camino.

—¡Mira Sam! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Mira! ¡El rey tiene otra vez una corona!

Le habían vaciado las cuencas de los ojos, y la barba esculpida estaba rota, pero alrededor de la frente alta y severa tenía una corona de plata y de oro. Una planta trepadora con flores que parecían estrellitas blancas se había adherido a las cejas como rindiendo homenaje al rey caído, y en las fisuras de la cabellera de piedra resplandecían unas siemprevivas doradas

—¡No podrán vencer eternamente! —dijo Frodo. Y entonces, de pronto, la visión se desvaneció».

Dios les regala una visión de paz y de esperanza antes de adentrarse en la última de sus noches oscuras. Como la visión beatífica de la transfiguración de Jesús, antes de la pasión, para ayudar a los apóstoles a no desfallecer ante la prueba.

Este fragmento de *El Señor de los Anillos* siempre ha sido muy

importante para mí.

Tras dos días de camino Frodo, Sam y Gollum llegarán a la ciudad de los Nazgûl por donde tienen que pasar para llegar a Cirith Ungol, el antro de Ella-Laraña. Frodo comienza a sentir que el Anillo tira de él y le impulsa a dirigirse en dirección a la ciudad, pero Sam le empuja para apartarlo de allí.

Comienzan a subir penosamente las escaleras de piedra de Cirith Ungol. Frodo no puede más. El peso del Anillo es superior a sus fuerzas. Y entonces ocurre. Las puertas de la ciudad de los Nazgûl se abren y comienza a salir por ellas un enorme ejército encabezado por alguien que Frodo conoce bien: el rey de los espectros del Anillo, el que hirió a Frodo con su cuchillo en el hombro. El rey Brujo se detiene. Ha detectado la presencia del Anillo. A Frodo comienza a dolerle el hombro terriblemente y siente, más imperiosa que nunca, la orden de ponérselo en el dedo: «Pero por más poderoso que fuese aquel impulso, ahora no se sentía inclinado a ceder. Sabía que el Anillo no haría otra cosa que traicionarlo». Hay que ver cuánto se aprende llevando la herida en el hombro, la cruz, el yugo suave del amor de Dios. Sin embargo, aunque la voluntad de Frodo no flaquea en esta ocasión, el ataque es tan fuerte que contempla impotente cómo su mano se dirige sola hacia el Anillo. Pero en un último combate, Frodo se obliga a buscar otro objeto que lleva escondido cerca del Anillo, junto al pecho, y así aferra con fuerza el frasco que le regaló la Dama Galadriel. «Frío y duro lo sintió cuando el puño se cerró sobre él. Al tocarlo todos los pensamientos del Anillo se desvanecieron un momento».

Y al Rey de los Nazgûl le basta ese momento para dar media vuelta y alejarse de Frodo suspendiendo la tentación para guiar a su ejército a la guerra con Gondor.

El frasco de Galadriel, el rosario de la Virgen María, ha defendido al pobre Frodo de caer en la tentación más grave y terrible. Podemos entender mejor este pasaje si retomamos el ejemplo de antes sobre el vendedor exitoso, su poco comprensiva mujer y la joven y guapa secretaria. Imagina de nuevo la situación. El matrimonio durmiendo uno hacia cada lado. El Anillo gritándote y haciendo que te complazcas en la visión de la secretaria. Pero tú, como ahora Frodo, llevas un tiempo en el camino de la fe y sabes que tu mujer también lleva otro Anillo colgado al cuello. Así que te das la vuelta y hablas con ella. Os reconciliáis y os dais un beso. Le pides perdón por haber pasado tanto tiempo fuera de casa, dejándola sola cuidando a los niños. Ella te pide perdón por no haberse preocupado por tu trabajo. Dormís abrazados. Al día siguiente te pones la colonia de siempre, una corbata normal y no pierdes mucho tiempo en peinarte. Pero entonces ocurre. Llega la hora del café y por la puerta aparece la secretaria tan

joven y guapa que sí que ha perdido tiempo esta mañana en arreglarse. Se sienta al borde de tu mesa dejando ver bastante más piel de la habitual. Se insinúa claramente. Te ofrece hacer lo que quiere hacer ahora mismo. Tú sabes que es una trampa, que si caes será una maldición para ti. Pero te duele el hombro, te duele la cruz. Porque en el fondo te duele que tu mujer, aunque os pidáis perdón y os reconciliéis, sea tan poco considerada contigo. Y ves que tu cuerpo, aunque tu voluntad esté decidida, reacciona ante la insinuación y busca el Anillo sin que tú puedas hacer nada por controlarlo.

Y en un último combate, con la Providencia en tu ayuda, metes la mano en el bolsillo, aprietas el rosario y rezas un Ave María. Lo notas duro y frío al principio. Hace siglos que no lo rezas, por la pereza lógica de repetir una y otra vez lo mismo que parece que no tiene sentido. Pero te parece que empiezas a pensar con más claridad. Lo justo para levantarte de la mesa, farfullar una excusa y salir corriendo. Un momento. Todo lo que necesitabas era un momento.

Algo parecido a esto, o a mil ejemplos más que se pueden poner, o a mil experiencias y cicatrices que tal vez tú y yo hemos tenido, acaba de pasar en la ciudad de los Nazgûl. Los Nazgûl representan los pecados capitales, siervos por excelencia del Anillo. Adivina cuál de ellos acaba de atacar al pobre hombre de nuestro ejemplo. Pero la Virgen María te ayuda, te quiere. Llevas, como Frodo, su manto puesto encima para que te esconda de todo mal, para que puedas salir corriendo cuando haga falta o quedarte a luchar si es necesario. Galadriel. Sólo pensar en ella y coger su frasco ha bastado para alejar el peligro.

De momento.

Porque Gollum ha desaparecido. Sólo quedan Frodo y Sam en las escaleras de piedra. Tu pequeño y escurridizo enemigo se ha adelantado sigilosamente para avisar a Ella-Laraña de que está a punto de recibir visita.

Capítulo 19

LA BATALLA FINAL
(Pero no la última)

«¡Disípate, oh noche! ¡Ocultaos, estrellas! ¡Al alba venceré!».

El Príncipe Desconocido
(«Nessun dorma», *Turandot*, tercer acto).

Asomado a una tronera de las murallas de Minas Tirith, la Ciudad Blanca, capital de Gondor, Pippin no ve más que oscuridad. Hoy no ha habido amanecer, sólo una tiniebla que no es natural; una emanación que el Señor Oscuro de Mordor ha enviado para ensombrecer el corazón de los últimos hombres libres y para robarles toda esperanza ante la inminente batalla que se avecina.

Pippin reflexiona sobre todo lo que ha vivido desde que llegó aquí a lomos de Sombragrís, amparado en la capa de Gandalf. Cómo fueron conducidos enseguida a la presencia del Señor Denethor, Senescal de la Ciudad. Cómo fue obligado por Denethor a hablar de su misión, él, un pobre hobbit, en lugar de dársele la palabra a Gandalf, de mayor dignidad, que tuvo que soportar la humillación de verse ninguneado en presencia del Señor de Gondor. Todavía no entiende qué es lo que le llevó a ofrecer sus servicios al Senescal y a prestarle juramento como sirviente suyo y de Minas Tirith. Quizá fue la sensación de no haber hecho más que equivocarse desde que saliera con Frodo de la Comarca. Se equivocó en Moria lanzando una piedra a un pozo y despertando a los enemigos, se equivocó al dejarse capturar por los orcos de Saruman, se equivocó al robar y mirar dentro del Palantir, la bola de cristal. Quizá tanta equivocación le impulsó a consagrarse de algún modo a la causa del bien, a emitir algún juramento que le situase definitivamente del bando de la luz, visto lo que estaba a punto de caer sobre Minas Tirith. Y ahora lleva el uniforme de los soldados de Gondor porque se ha convertido en uno más de ellos. Sabe que Gondor lleva milenios luchando contra Mordor, es la Ciudad Blanca enemiga de la Ciudad Negra. Pero no tiene claro si Denethor, descendiente de una larga lista de senescales que han gobernado la ciudad esperando el regreso del verdadero rey, piensa lo mismo. Está irritado por la muerte de su hijo Boromir y no se muestra interesado por el destino de Faramir, su otro hijo. Sólo parece que sus hombros cargan con un gran desánimo, que da por perdida la batalla antes de que esta se haya producido y lo que es peor: parece que le da igual.

Pippin está cansado y esa oscuridad le oprime el corazón. Haberse consagrado a la causa, de un modo más definitivo que la camaradería del camino de la fe en una comunidad, no parece darle más fuerzas ahora.

El joven hobbit recuerda cómo unos días atrás contempló desde ese mismo lugar la llegada de Faramir a Minas Tirith acosado por los Nazgûl, que vomitando sus terribles gritos en medio de la oscuridad se lanzaban en picado para acabar con él. Recuerda a Gandalf, el imponente Caballero Blanco, saliendo de la ciudad en su ayuda y derrotando a los Jinetes Negros del aire con un portentoso haz de luz blanca que les hizo retroceder.

Y de nuevo fue llamado a la presencia de Denethor, esta vez para escuchar de labios del mismo Faramir el encuentro que había tenido con Frodo, Sam... y Gollum. Gandalf pareció recobrar un atisbo de esperanza a pesar de que el nombre del lugar adonde Faramir dijo que Gollum llevaba a los hobbits le asustó tanto que casi desfallece. Pero el viejo Gandalf ve las cosas más allá. Parece entender los acontecimientos bajo un prisma que nadie más es capaz de comprender, como si todo lo que está ocurriendo estuviese orquestado por un director benévolo o por un escritor que se guardase en la manga algún truco; como la posibilidad de un final feliz en medio de toda aquella desolación.

Pippin se seca el sudor de la frente y se reprime de dar un puñetazo a la piedra blanca de la almena al recordar la ira de Denethor, el desprecio por su hijo Faramir y por Gandalf a los que acusa casi de conspirar juntos contra él. El Señor de la ciudad hubiera deseado que el hijo al que amaba, Boromir, le hubiera traído a la ciudad el «objeto» que fue a buscar a la casa del Elrond. Claro, ahora lo entendía. Así que por eso apareció Boromir en el concilio, porque había sido advertido en sueños de que se había encontrado un objeto poderoso arrancado de la mano del Señor Oscuro. Pobre viejo Denethor, otro que parece haber sido seducido por el Anillo, aunque, como Saruman, nunca haya tenido la oportunidad de verlo. Con qué terrible odio volvió a enviar Denethor a Faramir al día siguiente a una misión suicida, aun cuando había llegado seriamente dañado ese mismo día de combatir contra las tropas de Mordor. Gandalf había partido después para ayudarle pero había regresado hacía poco con una fila interminable de heridos.

Muchos días ya sin alba. Pippin es un soldado más de Minas Tirith. Van llegando cada vez más grupos a refugiarse en ella, pequeños y dispersos, en desorden, huyendo precipitadamente del miedo y el odio ciego que avanza a grandes pasos hacia la Ciudad Blanca. ¿Dónde están los hombres de Rohan? Es lo único que se oye en toda la ciudad. ¿Recordarán las Alianzas? ¿Vendrán a ayudarnos? ¿Por qué no han llegado ya?

Y entonces Pippin ve unas luces en medio de la oscuridad. Faramir avanza con lo que parece ser la última hueste de Gondor que defendía el paso del río. El paso ha caído. El Enemigo avanza ya. La escena provoca en Pippin una extraña sensación de *dejá vu* cuando ve de nuevo a los Nazgûl atacar a Faramir y al Caballero Blanco, que esta vez cabalga junto al Príncipe de Dol Amroth, aliado de Gondor, saliendo en su ayuda con esa maravillosa luz blanca que brota de su bastón. Los Nazgûl huyen, pero Pippin piensa en algo que dijo Gandalf en uno de sus encuentros con Denethor. Que sabía quién venía, quién había sacado al ejército de su fortaleza y capitaneaba las fuerzas de Sauron. El Rey de los Nazgûl: «Hechicero, Espectro, servidor del Anillo, Señor de los Nazgûl, lanza de terror en la mano de Sauron, sombra de desesperación». Y piensa también en algo que dijo sobre él, que: «no será la mano de ningún hombre la que habrá de abatirlo». Pues si ningún hombre puede abatirlo, ¿qué esperanza nos queda contra el que con razón es llamado «Capitán de la desesperación»? Los Nazgûl han huido de momento. Seguramente porque su capitán aún no se ha reunido con ellos. Pero han huido a costa de un alto precio. Faramir está malherido. Denethor, al verlo, ha subido a una estancia secreta en la torre, donde algunos han visto brillar una luz extraña. Al bajar de la torre se ha sentado a los pies del lecho donde yace su hijo moribundo. Su rostro parece más muerto que el de él.

La ciudad está cercada por el enemigo. Los campos del Pelennor, los que rodean la Ciudad Blanca, son un hormiguero de orcos y de hombres del oriente cercano aliados de Sauron. Pronto llegará el Capitán de la desesperación. Pippin no encuentra a Gandalf. Faramir se muere y su padre ya no gobierna la ciudad, sino que guarda un silencio absoluto.

¿Dónde están los hombres de Rohan? Es lo único que se oye en toda la ciudad.

Y a muchas millas de Pippin, pero con el pensamiento muy cerca de él, Merry observa los preparativos del ejército de Rohan que se dispone a partir a Minas Tirith en auxilio de Gondor. Y, como su querido amigo y pariente, reflexiona sobre todo lo que ha pasado en los últimos días. Sobre todo piensa en el juramento que ha prestado a Théoden, Rey de Rohan, ofreciéndole sus servicios. Al igual que Pippin, también Merry ha comprendido que era hora de consagrarse de una forma más definitiva al bando de la luz.

Es curiosísimo que ambos hobbits, separados por tanta distancia, hayan llegado en lugares diferentes a la misma conclusión. Parece que están respondiendo a una llamada, que les ha sido concedida una vocación: la vocación de consagrarse de una manera especial en la guerra contra el Señor Oscuro, de dar un paso adelante, de emitir un juramento. ¿Qué habrán visto que se sienten llamados a formar parte

del ejército que le combate? ¿Tal vez haya sido su experiencia en compañía de los orcos? Si Pippin sentía que no había hecho más que equivocarse, Merry siente que no es más que un estorbo; como un niño que se mezcla en los asuntos importantes de los mayores. Pero él quiere luchar, lleva en su cuerpo las heridas de los orcos. No quiere ser excluido de la batalla que se avecina y por eso lleva ahora el uniforme de Rohan.

También piensa en la llegada de una compañía de treinta hombres de la estirpe de Aragorn a los que la misma Galadriel ha convocado para que le acompañen en esta, su hora más importante. Todos ellos hermosos y severos, tan parecidos a Aragorn. Pero ahora no están. Han partido junto con Legolas y Gimli, a las órdenes de Aragorn y van a atravesar el Sendero de los Muertos. Merry no sabe lo que es, pero ha visto el miedo en los rostros de Théoden y los suyos al oírselo nombrar. Y está aterrorizado. Y solo. No se han llevado a Merry con ellos.

Mientras el ejército de Rohan hace los últimos preparativos, Merry está sumido en la tristeza. No le dejan partir a Minas Tirith. Le mandan a retaguardia con las mujeres y los niños. Él, escudero de Rohan, apartado ahora de la batalla, ve partir al ejército.

Pero en ese momento un jinete se acerca a él y le ofrece llevarle a escondidas a la batalla para servir al Rey de Rohan, porque tanta buena voluntad no puede ser desoída. «El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12). Se ha equivocado Théoden al desoír el deseo de Merry de partir hacia la guerra; sólo ha visto en él a un hobbit bajito y débil. Lo que no sabe es que va a representar un papel importante en la batalla. Tanto él como el jinete que le está llevando ahora, escondido bajo su capa.

Una espada y un ejército

Aragorn ha tomado la decisión de atravesar el Sendero de los Muertos. La compañía, que llamada por la Dama Galadriel ha venido a buscarle, le ha llevado un mensaje de ella para que así lo haga. Pero la decisión definitiva no la ha tomado hasta haber hecho algo primero. Algo terrible y desconcertante, pero que nos ayuda a entender la verdadera identidad, el verdadero significado del personaje de Aragorn en *El Señor de los Anillos*. Ha escrutado la Palantir, la bola de cristal que estaba en poder de Saruman. Pero no lo ha hecho como lo hiciera Pippin, llevado de una curiosidad malsana. Aragorn sabía con quién se iba a encontrar al otro lado y se ha limitado a enviarle, por medio de la piedra, un mensaje muy importante. Le ha mostrado al Señor Oscuro su espada, Andúril; la espada que una vez le arrancó el Anillo de su mano negra hiriéndolo para siempre. Y ha hecho ver a Sauron que esta espada ha sido forjada de nuevo, y que está en poder

del heredero de aquel que le arrebató el Anillo. Y Sauron, por primera vez en mucho tiempo, ha temblado de miedo.

He esparcido detalles a propósito de esta espada en los capítulos anteriores. Vamos a reunirlos en este punto de la narración (estamos ya comentando la tercera parte de *El Señor de los Anillos:* «El retorno del rey»), porque es donde esta espada y su dueño, Aragorn, el rey que ha de volver, cobran un especial protagonismo. Si te acuerdas, esta espada fue levantada en las praderas de Rohan ante Éomer, sobrino del rey Théoden, en una imagen importantísima sobre la evangelización. Levantar esa espada, decíamos, era mostrar a un pueblo supuestamente neutral el arma con la cual el Señor Oscuro había sido vencido. Dicho de otro modo, era mostrar la cruz victoriosa de Jesucristo al hombre, haciéndole un anuncio existencial que tuviese la capacidad de hablar a su realidad más profunda. Para este hombre no valían sermones piadosos, significados en los mantos tejidos por la Dama Galadriel, que sólo le provocaban risa. Era necesario enseñarle la victoria sobre la muerte, la espada que había vencido a Sauron, que era capaz también de vencer *su* muerte, la que lleva dentro cada hombre.

Pues bien, esa espada ha sido conservada durante milenios como una reliquia y ha sido forjada de nuevo por orden del concilio (al contrario de lo que aparece en las películas). Fragmentada en mil pedazos estaba esperando ser forjada de nuevo en el momento oportuno. Ese momento ha llegado ya, ahora que el Señor Oscuro ha despertado de nuevo, su Anillo ha sido encontrado y sus ejércitos asedian la Ciudad Blanca. Pero ha sido forjada a partir de los fragmentos de la original por herreros elfos. Es entonces un arma antiquísima y a la vez tremendamente moderna. De hombres y elfos, su filo sintetiza la tradición milenaria de la Iglesia y un modo de transmitirla capaz de ser entendido por el hombre moderno, un hombre neutral o abiertamente hostil a la Iglesia. Así que en cierto modo esta espada es el modo de anunciar el amor que Jesucristo ha mostrado en la cruz, arrebatando al Señor de la muerte el arma que nos tenía esclavizados: el miedo. Como sabemos, esta espada se llama Andúril, pero bien podría haberse llamado *Kerygma*.

Dice el Papa Francisco, nuestro actual Caballero Blanco, que:

«El kerygma debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial (…) Nos hace creer en Jesucristo que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte. (…) Es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que

siempre hay que volver a anunciar de una forma u otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos. (...) Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerygma que se va haciendo carne cada vez más y mejor»(71).

En la base, en el cimiento de *El Señor de los Anillos*, como ya sabes, resuena con fuerza el Kerygma. Jesucristo, con la espada poderosa de su cruz, ha arrancado al Señor Oscuro, el Demonio, el arma con la cual tiene sometida a la humanidad, el miedo a sufrir, a la muerte, el Anillo. Ahora tú te has encontrado con que sin querer tienes ese Anillo en tu casa. Debes salir de ella y ponerte en camino para que ayudado por una comunidad puedas llegar a destruirlo antes de que él te destruya a ti. ¿Cómo se destruye este miedo, este pecado original, este Anillo? Arrojándolo a unas aguas que son como fuego (como veremos enseguida). Punto. Esto es lo que significa ser cristiano. Esto es el Kerygma.

La espada ha sido forjada de nuevo, y es antigua como el mundo y nueva como el alba, y la empuña el *heredero* de aquel que venció a Sauron. Por eso este heredero tiene poder para escrutar la Palantir, la Piedra vidente; tiene poder para mirar cara a cara al Enemigo y recordarle que tiene muchos motivos por los que asustarse. Conforme llegamos al final del libro, el personaje de Aragorn va adquiriendo tintes cada vez más mesiánicos. Al contrario de lo que muchos creen no es Frodo la imagen de Jesucristo en la obra de Tolkien, sino Aragorn, ese perfecto desconocido que guio a los hobbits hasta el concilio de Rivendel y que luego formó parte de su comunidad.

Esta es la razón por la cual ver a Aragorn tomar el Sendero de los Muertos no es extraño en absoluto. Así se va a dar continuidad a la catequesis sobre las puertas del infierno de la que hablábamos en el capítulo anterior. El Sendero de los Muertos es una imagen vivísima del descenso de Jesucristo a los infiernos. Jesucristo, que «bajó a las regiones inferiores de la tierra. Este que bajó es el mismo que subió». (Ef 4,9-10). ¿Para qué bajó? Para convocar a la batalla a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. Porque «hasta a los muertos ha sido anunciada la Buena Nueva» (1 Pe 4,6). Con lo cual se nos da una idea del carácter de la batalla que va a tener lugar frente a las puertas de Minas Tirith, una batalla espiritual y escatológica que dará continuidad a la que acabamos de vivir en el Abismo de Helm.

Jesucristo desciende al Hades, al Sheol, a todos los hombres encerrados ahí para hacerles partícipes de su redención. Esta es la misión de la espada de Aragorn, de Andúril o Kerygma: arrancar a los elegidos del imperio de la muerte, de la temporal y sobre todo de la eterna para, por medio de la batalla de la fe, hacerles entrar en el

Reino de los cielos.

¿Quiénes son estos muertos cuyo sendero han de recorrer Aragorn y sus compañeros? Tolkien nos da un matiz importante. Son hombres que juraron fidelidad a aquel que arrancó el Anillo de la mano de Sauron, pero que no cumplieron su promesa y optaron por esconderse en lugar de luchar contra él. Una amalgama de ovejas perdidas y hombres llevados por las circunstancias. Caídos bajo el imperio del Señor Oscuro fueron incapaces de enfrentarse a él. Aragorn y *Kerygma* les darán la oportunidad definitiva. Han permanecido encerrados en una inmensa gruta, una especie de limbo, durante siglos y siglos hasta que llegase la batalla definitiva contra el Señor Oscuro y el Heredero les convocara a ella.

Gimli resumirá la experiencia que ha supuesto para él caminar junto a Aragorn por el Sendero de los Muertos con estas palabras: «Hasta los espectros de los hombres le obedecen», un claro paralelo del asombro que los apóstoles experimentan ante su maestro al calmar una tormenta terrible: «Hasta el viento y el mar le obedecen» (Mc 4,41).

En este pasaje del Evangelio, Jesús aparece dormido en la barca, y los apóstoles se aterrorizan ante la fuerza de la tormenta. Jesús verdaderamente durmió en la cruz, murió realmente en ella y al morir descendió a los infiernos y rescató a la oveja perdida. Pero los apóstoles se llenaron de temor al verle morir, no veían más allá. Sin embargo, al despertar, Jesús increpó al viento y al mar y estos se calmaron, provocando el asombro de los apóstoles. Del mismo modo despertó, resucitó, y arrebató al Enemigo las llaves de la muerte y del Hades y abrió el cielo a toda la humanidad, llenando de asombro a los suyos.

Y ahora, un ejército de ovejas rescatadas corre tras Él hacia a la batalla. Ovejas mudas de asombro porque la muerte, ese terrible enemigo que las aterrorizaba, ya no tiene dominio sobre ellas.

¿Quién es este que hasta la muerte le obedece? Lo dice la Oda 42 de Salomón:

«Yo no perecí
por más que ellos así lo maquinaron contra mí.
El Sheol me vio y quedó vencido;
la muerte me vomitó
y a otros muchos conmigo.
Yo era hiel y vinagre para ella,
y bajé con ella hasta lo más hondo de sus profundidades:
y ella dejó escapar los pies y la cabeza,
porque no podía soportar mi rostro:
y celebré una asamblea de vivientes entre muertos,
y hablé con ellos con labios vivos:
porque no será vana mi Palabra.

Y los que habían muerto corrieron hacia mí,
y gritando dijeron:
Hijo de Dios, ten piedad de nosotros
y haz con nosotros según tu misericordia,
y sácanos de las cadenas de las tinieblas:
y ábrenos la puerta para que podamos salir hasta ti.
Seamos también nosotros redimidos contigo:
porque tú eres nuestro redentor.
Y oí su voz:
y sellé mi nombre sobre sus cabezas:
porque ellos son hombres libres y me pertenecen.
Aleluya».

El desencadenamiento del mal

La puerta de Minas Tirith está cerrada. El Enemigo ha desplegado todo su ejército frente a la Ciudad Blanca y ha cortado todos los caminos de acceso a Gondor. Rohan no vendrá.

Ha comenzado la batalla de los campos del Pelennor, la batalla final, pero no la última. Sauron, asustado al ver la espada que Aragorn le ha mostrado en la piedra, ha decidido enviar todo su ejército contra Minas Tirith. Orcos, siempre orcos, orcos innumerables. Aliados humanos venidos de países de un oriente cercano fronterizo a Mordor. Enormes bestias de guerra llamadas *numakil* que transportan torres de asalto son su caballería, además de trincheras de fuego, trolls, huargos y máquinas de guerra junto a todos los Nazgûl al completo. Pensamientos, sofismas, orcos, los pecados capitales, traidores, persecuciones, toda la maquinaria anticristiana de la sociedad, la política, la ciencia, los medios de comunicación, la cultura, el cine, todo. Todo lo que Sauron tiene lo manda contra ti y contra la Iglesia.

Denethor ha renunciado a defender la ciudad. Quiere dejarse morir junto a su hijo moribundo. Su desesperación no es natural, es obra del Enemigo. ¡Presta atención a esto! Desesperar es dar ya la victoria al Enemigo. Cuando ya no pueda contigo usando de engaños sutiles o de la adulación propia del Anillo, pasará a otro modo de hacerte la guerra. Y así exhibirá su poderío frente a ti, te mostrará su inmenso ejército, sus bestias feroces y desagradables. Te enseñará pueblos enteros que han caído bajo su poder y disfrutará haciéndote contemplar su repugnante maldad, su odio pervertido. La cantidad enorme de abortos, de familias destruidas, de niños muertos de hambre, de hermanos nuestros decapitados. Los primeros proyectiles que las siniestras máquinas de guerra de Mordor lanzan sobre Minas Tirith son las cabezas decapitadas de los hombres caídos en batalla. Es un fanfarrón, un chulo asqueroso. Te hace ver todo esto para que pienses que está ganando. Pero recuerda lo que te acabo de decir: está

asustado. No soporta ver forjada de nuevo la espada que le arrebató el Anillo. ¡No desesperes ante su supuesto poderío! Aunque sean tantos los enemigos de tu alma y de la Iglesia. Él sabe que si desesperas ya ha ganado la batalla. Espera en Dios, ¡lucha! ¡Lucha!, no desesperes aunque creas que ya no puedes aguantar más. Mira, Gandalf el Blanco ha tomado el mando de la defensa última de Minas Tirith. Él es el verdadero Senescal de la Ciudad Blanca, el mayordomo, el Guardián de las llaves del Reino de los cielos. Él es la roca, Pedro, el Caballero Blanco, aquel al que le han sido confiadas estas palabras: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos» (Mt 16,18-19). Aunque parezca que nos van a tragar vivos, tanto arde su ira contra nosotros, las puertas del Hades no prevalecerán.

Pero ¿qué es esta batalla? ¿Qué representa? Para responder tenemos que tener en cuenta en primer lugar que en esta batalla de tintes épicos están luchando dos adversarios perfectamente diferenciados: aquel que ha venido para salvar al mundo y aquel que sólo busca condenarlo.

Todos estos ejércitos enemigos, todas estas batallas y todo este lenguaje mitológico es muy real. Nosotros vivimos en este cosmos enorme donde se está desarrollando esta batalla. Es impresionante pensar que podemos desesperarnos, que podemos abandonar, que nos podemos condenar, que Sauron puede vencer. Esta batalla es real, está ocurriendo ahora aunque no la podamos ver. Esta guerra se está luchando ahora mismo encima de tu cabeza, pero también sobre la cabeza de esa señora de la limpieza que no tiene estudios, sobre la de un anciano con enfermedad de Alzheimer y sobre la de esa chica de dieciséis años que sufre anorexia y está pensando seriamente en suicidarse.

La fe es combatir una batalla tras otra, es una guerra a muerte. *El Señor de los Anillos* no hace otra cosa que expresar con un lenguaje de fantasía, para que lo entiendas mejor, la guerra que el Enemigo te hace todos los días, desde que te levantas hasta que te acuestas. Los ataques y ataques que te manda para conseguir que peques, desesperes del amor de Dios, apostates y mueras. Para conseguir que rechaces la gracia de Dios, el Espíritu de su amor. Para que te resistas a su misericordia y te condenes. ¿Por qué? Porque si te resistes a la gracia de Dios, si la rechazas, ya te has juzgado a ti mismo: «El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la Palabra que yo he hablado, esa le juzgará el último día» (Jn 12,48). Por tanto, querido lector, esta es la batalla del último día, la batalla del Juicio final, porque en ti y en mí se da todos los días esta realidad del Juicio final. Aceptar el amor de Jesucristo o resistirse a la gracia; ese es el Juicio final. Teniendo en cuenta que tenemos la capacidad de

juzgarnos a nosotros mismos, de condenarnos.

Por eso es una guerra. Y los enemigos ya están llegando a las murallas de la Ciudad Blanca. Dice el Catecismo que: «el triunfo del Reino de Cristo no tendrá lugar sin un último asalto de las fuerzas del mal»(72). Así que el Catecismo también usa de un lenguaje mitológico. Igual te parece un poco exagerado eso del «último asalto de las fuerzas del mal», ¿verdad?

¿Pero hay final feliz, hay triunfo de Cristo? Efectivamente. Cristo quiere vencer en ti a aquel que quiere condenarte haciendo que no aceptes su misericordia eterna. Misericordia, sí. Pero para eso hay que aceptar que no soy Dios, que me equivoco todos los días, que soy un pecador. Por eso el Enemigo es la viva imagen de la soberbia. Continúa el Catecismo hablando de esta batalla final, diciendo que la mentira con apariencia de verdad definitiva «es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en el que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne»(73). Esta es la soberbia: creer que tú eres Dios, que puedes hacer lo que te dé la gana, que debes comer del fruto del árbol del bien y del mal. Esta es la mentira del principio de los tiempos y esta es la mentira del final de los tiempos. Tolkien habla de esta batalla personal, la que cada uno debe afrontar, en el camino de Frodo hacia la destrucción del Anillo y como veremos, sin Frodo no hay victoria posible. Pero ahora, al relatarnos esta batalla de Minas Tirith, transporta el combate individual de cada uno a la guerra global de las fuerzas del mal contra la Iglesia universal.

En este sentido, imagina ahora que ya no se trata sólo de que el Enemigo te haya engañado a ti haciéndote dios de ti mismo por la fuerza del Anillo, sino que hay un mundo en el que toda la humanidad se ha tragado esta mentira, se ha glorificado a sí misma y se ha colocado en el lugar de Dios y de su Mesías (tampoco es que te esté pidiendo un esfuerzo mental exagerado).

Pues bien, Tolkien equiparará el triunfo de Cristo en cada uno de nosotros con el triunfo de Cristo en la historia por medio de esta batalla final, ante esta humanidad engañada por Sauron. Pero no nos equivoquemos: «el Reino no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente»(74).

Esto es un misil lanzado al centro mismo de la idea de victoria mediante el progreso. Es importante saber esto: no vamos a ir a mejor. La Iglesia no va a ir copando estratos de la sociedad poco a poco hasta conseguir un mundo perfectamente cristiano y maravilloso para que entonces, una vez conseguido, venga el Señor en su segunda venida. No. Dios no es progresista ni hegeliano. ¿Entonces vamos a perder? No globalmente como Iglesia, quizá personalmente. ¿Vamos a ganar? Sí, pero no como el mundo concibe las victorias, es decir, no por un

progreso creciente «sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal»(75), que es exactamente lo que estamos viendo ahora en *El Señor de los Anillos*.

Por eso Tolkien nos narra que la batalla se recrudece, que los enemigos son superiores en número, que no se puede confiar en que los gobernantes nos vayan a sacar las castañas del fuego porque Denethor está como está y sólo podemos contar con los esfuerzos de Gandalf. Este, yendo infatigable de un lado a otro de la batalla hace renacer la esperanza en los corazones de los hombres combatiendo sin cesar las armas vencedoras de Mordor: el miedo y la desesperación, y animando a todos los hombres a pelear, a no dejarse vencer por el mal, a combatir sin desesperar.

¿Y cómo podemos combatir este buen combate? Aprendiendo cómo nos combaten ellos en esta batalla final. Dejemos que responda san Gregorio de Nisa(76), que parece que haya leído a Tolkien (¿o será al revés?), porque mira lo que dice:

«Contempla las pasiones enemigas dispuestas para la batalla, la ley de la carne que combate a la ley de tu espíritu y lo hace prisionero de la ley del pecado. Presta atención al variado equipamiento de la batalla, y cuán multiforme es la estrategia del adversario contra tu ciudad. Envía espías, seduce traidores, apuesta vigías en los caminos, coloca emboscadas, se asocia con aliados, construye máquinas de guerra, prepara contra ti honderos, arqueros y combatientes cuerpo a cuerpo, y la fuerza de la caballería y todas las demás cosas semejantes».

San Gregorio está describiendo los campos del Pelennor, parece que está junto a Pippin en una de las almenas de Minas Tirith.

«El enemigo de nuestra ciudad, que ha sido fundada por Dios en el alma de cada uno, prueba nuestra fuerza por medio de exploradores: tal es el primer ataque de la tentación, de donde toman su origen las pasiones, esto viene a ser el espía de nuestras fuerzas, que a manera de un espectáculo, se presenta ante los ojos y puede suscitar el deseo. Por medio de esto el Enemigo espía la fuerza que hay en ti, si estás fuerte y preparado, o si estás relajado y eres fácil de conquistar».

Así ha actuado con Denethor y viendo que era fácil de conquistar ha lanzado todas sus tropas contra él. ¿Por qué ha flaqueado Denethor? Porque al igual que Saruman ha mirado dentro de la bola de cristal. Sí, aunque parezca difícil de creer hay otra de las Palantir en la torre del Senescal de Gondor. Y al mirar dentro, el Enemigo le ha mostrado el espectáculo de todas las tropas de Mordor y sus aliados, de un poderío increíble; esto ha bastado para hacer desfallecer su corazón, acobardarle y hacerle renunciar a presentar batalla. Por eso Denethor se suicidará, e intentará llevarse con él a Faramir, quemándose en una

pira funeraria «como los reyes paganos». Lo de *paganos* no lo digo yo, lo dice Tolkien. Renunciar a luchar le ha transformado en un pagano. Sólo la intervención de Pippin salvará a Faramir de morir entre las llamas. Cuando Gandalf contemple el terrible espectáculo dirá: «¡Obra del Enemigo! Estos son los golpes con los que se deleita: enconando al amigo contra el amigo, transformando en confusión la lealtad».

Continúa san Gregorio diciendo:

«Pero si has cedido ante el espectáculo y esta imagen se ha introducido en la mente a través de los ojos, entonces la mente (el general de nuestra milicia interior) es vencida en la batalla; entonces una multitud de traidores, salidos de la población de pensamientos, se une en torno al espía. Estos son los traidores, respecto de los cuales el Señor afirma: 'enemigos del hombre serán los de su propia casa', los que salen del corazón y manchan al hombre, cuyos nombres es posible sin duda aprender a partir el Evangelio».

Yo te recuerdo esos nombres: «Del corazón del hombre salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injuria. Eso es lo que contamina al hombre» (Mt 15,19).

«Estos son los que lanzan emboscadas en los caminos, aquellos que con apariencia de amistad y benevolencia hacen bajar a la ruina del pecado a quien les obedece, los que ensalzan el placer, los que llevan de la mano a los teatros (espectáculos indecentes), los que muestran la comodidad del mal y los que invitan a la imitación de cosas semejantes por medio de aquello que hacen, llamándose hermanos y amigos para ruina de los que se pierden».

O sea que hay amigos que no son tales. Los que te ofrecen un porro, los que te llevan a pecar, los que te enseñan lo bien que se vive en el mundo sin tantas tonterías sobre Dios. Esos no son amigos, son los que nos tienden emboscadas.

«Es también claro cuál es la tropa de honderos, arqueros y lanzadores de jabalina. En efecto, los insolentes, los coléricos y los injuriosos son los primeros en comenzar con insultos, lanzando palabras provocativas con las que lastiman el centro del corazón de los que andan sin precaución ni protección».

Yo no sé describir tan bien a los orcos, nuestros viejos conocidos, como san Gregorio de Nisa. Todos estos orcos tienen el poder de lastimar tu corazón insultándote, diciéndote que no vales nada, que no tienes remedio, que Dios no te puede amar tal y como eres. Porque eres un asqueroso y no tienes solución. Ya lo sabes, sus ataques buscan que pienses en tu corazón que Dios no te quiere, que es imposible que te pueda querer.

«No se equivocará quien compare la pasión del orgullo y de la

soberbia con la arrogancia de los caballos (o de los Numakil, las enormes bestias de guerra que son la caballería del Señor Oscuro). Son caballos altivos y que andan con la cabeza erguida. Ellos golpean con palabras desmesuradas y soberbias, con sus argumentos vacíos, el vientre de los modestos».

Haciéndote creer que tú eres Dios. Como puedes ver, si el Enemigo no logra machacarte comiéndote la moral e insultándote constantemente por lo horriblemente repugnante que eres, pasará a la caballería y comenzará a adularte desmesuradamente. Tú eres Dios, ¿a qué soportar a tu mujer o a tu jefe? ¿A qué soportar esta humillación? Este es un enemigo temible. Ten en cuenta que «a quien no pudo la hiel, pudo la miel». Cuidado con la adulación, cuidado con el éxito. Son enemigos poderosísimos.

«En cuanto a las máquinas de guerra, por medio de las cuales se destruye el ensamblaje del muro, bien podría denominarse con ellas la avaricia. En verdad nada es tan pesado y difícil de enfrentar en el armamento de los enemigos como esta máquina de amor al dinero. Por más que se rodee a las almas con la edificación de las otras virtudes, sin embargo muchas veces esta máquina de guerra penetra a través de estas. En efecto, es posible ver que el amor al dinero irrumpe a través de la templanza, de la fe, de la estricta observancia de los misterios, de la continencia y de la humildad, y atravesando todas estas se introduce y ocasiona ese pesado e irresistible ataque del mal».

No podéis servir a Dios y al dinero.

«Por eso algunos, aun siendo continentes, temperantes, ardientes en la fe, ordenados en el modo de vida y moderados en las costumbres, no pueden resistir a esta única enfermedad del amor al dinero».

Que Dios nos ayude a todos. El dinero es la máquina de guerra definitiva. Capaz de acabar con murallas y puertas de hierro. Perfectamente capaz de acabar con un santo. Quizá por el amor al dinero, en este final de los tiempos, la caridad de muchos se enfriará (Mt 24,12). ¿Te acuerdas del hechizo del Tumulario? «Que se te enfríe el corazón, las manos y la cabeza...». Muchas veces quizá no sabes bien lo que te pasa. No has dejado de rezar ni de ir a la Eucaristía. No estás mal con nadie que tú sepas. No tienes ninguna intención de apostatar. Pero estás frío, estás raro, no estás bien. Mira no vaya a ser que esta máquina de guerra que es el amor al dinero no haya derribado alguna de tus murallas. Prueba a hacer una limosna de esas que te da dolor de cabeza sólo pensarlas. Ahí verás hasta qué punto el amor al dinero está invadiendo tu ciudad.

«Ahora, si hemos entendido cuál es la tropa de nuestros adversarios, es tiempo de luchar. Pero que nadie se atreva a enfrentarse a las filas

enemigas si no se fortifica con la armadura del Apóstol».

Que nosotros ya conocemos bien. Entonces es tiempo de luchar, personalmente como Frodo y en comunidad, como Iglesia, aquí en la Ciudad Blanca.

¿Vencerá el Señor sobre este *último desencadenamiento del mal* del que habla el Catecismo? Esta es la batalla final, pero no la última. Porque en *El Señor de los Anillos* cuando termine esta batalla todavía quedarán otras por librar. El que yo me haya convertido hoy y haya podido luchar no es garantía de que me vaya a convertir mañana.

«La Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes»(77). Tolkien, el buen católico, parecía saberlo perfectamente. Por eso, cuando la batalla parece perdida, cuando los hombres de Gondor no pueden contener la marea de enemigos que hacen tambalear los cimientos de la ciudad, sitúa a Gandalf, cabeza de la Iglesia, esperando al Rey de los Nazgûl que ha llegado ya, junto a las puertas. Y hace pasar al Papa por su prueba final. Exactamente la misma prueba final del primero de los papas, Pedro, el pescador de Galilea.

«Entonces el Capitán Negro gritó con una voz espantosa palabras de poder y terror, destinadas a lacerar los corazones y las piedras (o a la Piedra). Tres veces gritó. Tres veces retumbó contra la puerta el gran ariete. Y al recibir el último golpe, la puerta de Gondor se rompió».

Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces. La puerta de Gondor ha caído. Y por ella va a entrar la Muerte.

«El Señor de los Nazgûl entró a caballo en la ciudad y todos huyeron ante él. Todos menos uno. Silencioso e inmóvil, aguardando en el espacio que precedía a la puerta, estaba Gandalf montado en Sombragrís.

—No puedes entrar aquí —dijo Gandalf, y la sombra se detuvo—. ¡Vuelve al abismo preparado para ti! ¡Vuelve! ¡Húndete en la nada que te espera, a ti y a tu Amo! ¡Vete!

El Jinete Negro se echó hacia atrás la capucha, y todos vieron con asombro una corona real; pero ninguna cabeza visible la sostenía. Una boca invisible estalló en una risa sepulcral.

—¡Viejo loco! –dijo—. ¡Viejo loco! Ha llegado mi hora. ¿No reconoces a la Muerte cuando la ves? ¡Muere y maldice en vano!».

¿Qué responderás a la criada, Pedro? Tú sabes reconocer a la Muerte cuando la ves. Sabes que responderle que sí, que eres uno de los discípulos de ese hombre te va a llevar a la muerte. Han golpeado tus puertas tres veces. Ahora estás frente a la Muerte, personificada, con mayúscula; cara a cara frente a ella. Ellos han vencido ya, lo sabes

bien. Tu Maestro, aquel que multiplicó los panes y los peces, va a ser crucificado por los mismos que hace poco querían hacerlo rey. Es el fracaso absoluto. Viejo loco. Es la hora de la muerte, la oscuridad y la desesperación. No hay enemigo más poderoso que la Muerte. La Muerte reinará siempre en cualquier época. Deja ya de luchar, maldice a ese Dios que no hay quien entienda, que abraza la cruz como a una esposa, y muérete de una vez.

Pero «Gandalf no se movió. Y en ese instante, lejano en algún patio de la ciudad, cantó un gallo».

Esto no sale en las películas, ¿verdad? Gandalf no se ha movido, ha pasado esta prueba final que ha venido a sacudir su fe. Ha mirado de frente a la Muerte y no ha huido. Porque si por tres veces negó, por otras tres afirmó que amaba a Jesucristo, resucitado y vencedor de la reina Muerte, y aquel le encomendó apacentar sus ovejas.

Y este gallo de *El Señor de los Anillos*, como aquel de Jerusalén, anuncia con su canto una buena noticia: que la noche ha pasado ya, que llega el alba, y con el alba el ejército de Rohan, y tras ellos, por el mar, símbolo de la muerte en la Escritura, viene Aragorn junto con un innumerable ejército que ha podido llegar a los campos del Pelennor gracias a la ayuda de las almas rescatadas del Sheol. El Enemigo no va a vencer la batalla final y por eso la Iglesia exultante puede cantar: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Co 15,54-55).

Cuentan que un día el abad Moisés, uno de los antiguos monjes del desierto, fue tentado muy violentamente por el Diablo y no pudiendo resistir en su celda acudió a abrirse con el abad Isidoro. Este lo tomó consigo, lo llevó a la terraza y le mandó que mirara hacia el oeste. Y vio una muchedumbre de demonios preparándose para la lucha. De nuevo el abad Isidoro le ordenó mirar, esta vez hacia Oriente. Miró y vio una multitud innumerable de ángeles en la gloria. Y el abad Isidoro le dijo: «Todos estos son enviados para que nos ayuden. Los del otro lado son nuestros enemigos. Pero los que nos socorren son mucho más numerosos que los que nos combaten». Así, el abad Moisés dio gracias a Dios, se llenó de confianza y volvió a su celda(78).

La intervención de Dios

Acabamos de asistir a una genuina «eucatástrofe», una de las más bellas y reales de *El Señor de los Anillos*. Tolkien, en su ensayo *Sobre los cuentos de hadas*, acuñó este nuevo término para indicar el giro repentino de los acontecimientos de la trama de una historia que hace que el protagonista, abocado a un destino terrible, sea liberado del mismo de forma sorprendente e inesperada. Es el final feliz con el que nadie contaba ya. En la Grecia antigua la palabra «catástrofe» designaba la parte final de una tragedia de teatro, su desenlace. Ese

momento incluía siempre una intervención divina de carácter muy negativo para el protagonista. Los dioses aparecían para castigarle por sus pecados. Así terminan todas las tragedias griegas. De ahí que catástrofe se haya convertido en sinónimo de algo malo. Dicho de otro modo, una catástrofe es un *final no feliz* por culpa de Dios, porque aparece para castigar.

Pues bien, Tolkien inventa una palabra para designar todo lo contrario. La *Eu*-catástrofe, una catástrofe buena. Dios aparece, sí, pero aparece para salvar a los protagonistas, no para acabar con ellos. Sin embargo, el viejo profesor de Oxford no inventa este término para hablar solamente de literatura o de cuentos de hadas. Lo hace para hablar de la historia de la humanidad, de tu historia y de la mía, y de cómo Dios actúa en ella. Quizá tú hoy estás viviendo una situación terrible, una crisis, una muerte muy oscura. Quizá ya no queda ninguna solución humana y estás a punto de perder la poca esperanza que te queda. Tal vez sientes que estás abocado al sufrimiento y al abismo, a no ser nunca consolado.

Pues mira qué dice san Pablo, cómo habla de esta eucatástrofe: «Nos vimos abrumados tan por encima de nuestras fuerzas que perdimos toda esperanza de vivir. En nuestro interior dimos por descontada la sentencia de muerte (catástrofe); así aprendimos a no confiar en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos (eucatástrofe). Él nos salvó (eucatástrofe) y nos salva de esas muertes terribles (eucatástrofe); en él está nuestra esperanza, y nos seguirá salvando (eucatástrofe)» (2 Cor 1,8-10).

La tradición hebrea, consciente de que la eucatástrofe es la forma predilecta de actuar de Dios con su pueblo, cuenta un cuento para explicarla. Así compara a Israel con una paloma que está siendo perseguida por un halcón. La paloma ya no puede más y el halcón está a punto de cazarla. Pero en ese momento la paloma llega hasta un risco y ve una grieta en la roca donde se puede meter y protegerse así de su enemigo. Así lo hace, pero cuando llega a la grieta de la roca, de ella sale una serpiente que alza su cuello para picar a la paloma. Y en ese momento aparece el Señor y la libra del peligro. En el último momento. Cuando ya no había solución, cuando la paloma dio por descontada la sentencia de muerte y aprendió a no confiar en sus propias fuerzas.

Pero para que la eucatástrofe sea considerada como tal debe tener una característica especial. El giro inesperado de los acontecimientos, el que salva al protagonista de una destrucción segura, debe tener coherencia con el resto de la historia. Es decir, no vale que a última hora aparezca un mago del que nadie había oído hablar y lo resuelva todo con un hechizo. Eso es trampa. Es engañar al lector. La verdadera eucatástrofe es coherente con todo lo que ha vivido el protagonista

anteriormente, es decir, viene derivada de su propia historia de salvación. Podríamos decir que la eucatástrofe tiene lógica interna, que no te enfadas con el escritor al leerla, sino que simplemente te quedas sorprendido y muy feliz por ella. Cuando uno se encuentra delante de una auténtica eucatástrofe tiende a decir: ¡Claro! ¡Era eso!

Imagina que alguien, por ejemplo, ha estado en el paro durante un tiempo sufriendo mucho por ello. Pero luego viene el Señor, tiene misericordia de él y le regala un trabajo con el que poder sacar a la familia adelante. Pues imagínate, que Dios le regale un trabajo es eucatastrófico, pero más eucatastrófico aún es cuando el hombre de nuestro ejemplo descubra que el tiempo que ha pasado en el paro ha sido fundamental para uno de sus hijos, porque gracias a que su padre ha estado en casa y ha tenido tiempo para vivirlo con él, se ha salvado de un peligro terrible o se ha sentido querido como nunca y en virtud del paro de su padre tiene la vida reconstruida.

Esto es lo que significa que la eucatástrofe tiene que ser coherente con el resto de la historia. Es caer en la cuenta y comprender el sentido de los acontecimientos de nuestra vida. Es entender que Dios de todo mal es capaz de sacar un bien, más aún, que todo lo que nos ocurre en la vida, si Dios lo permite, es para bien.

La batalla final se vence por medio de una gran eucatástrofe. Dios interviene más allá de toda esperanza humana, precedido por el canto de un gallo y salva a su pueblo del mal, mucho más numeroso, que estaba cayendo sobre ellos. Cuando todo parecía perdido, cuando la muerte ya había cruzado el umbral de la Ciudad Blanca, Dios interviene para salvar a su pueblo. Antes he dicho que Dios no es progresista, y lo mantengo. Dios es eucatastrófico. Salva más allá de toda esperanza. La victoria final de la Iglesia será una eucatástrofe de estas características. La forma en la que Dios te salve de tu muerte también. Cuando ya demos por descontada la sentencia de muerte y aprendamos a no confiar en nosotros mismos, en nuestras armas, nuestras inteligencias y nuestras fuerzas. Esta será nuestra gran prueba de fe. Cuando sólo nos quede Dios para salvarnos, entonces, sólo entonces, vendrá el Señor y nos salvará.

La eucatástrofe de la batalla de Minas Tirith puede llenarnos de esperanza ante la época que nos ha tocado vivir, donde parece que la voluntad del gran Enemigo guía las acciones de toda la humanidad. Días después de la batalla, Legolas resumirá así lo que supuso para él la experiencia de acompañar a Aragorn y al ejército rescatado del Sheol hacia esta victoria contra Mordor: «Extraño y prodigioso me parecía que los designios de Mordor hubieran sido desbaratados por aquellos espectros de oscuridad y de miedo. ¡Derrotado con sus propias armas!».

La ayuda de los muertos rescatados ha sido la clave de la victoria del

bando de la luz. ¡Qué terrible espectáculo debió de suponer ver cómo se lanzaban al campo de batalla! El arma predilecta del Demonio es la muerte y el miedo que esta produce. La muerte para ti y para mí es como un gran espectro de oscuridad y miedo. Recuerda el terror de los hombres al contemplar el despliegue del ejército de las sombras sobre los campos del Pelennor. ¿Quién podrá vencer si por tu causa somos conducidos a la muerte todos los días como ovejas al matadero? Esta es la verdad. Pero la victoria está en entender que cada uno de los hombres asesinados por el Enemigo será un soldado más de nuestro ejército el día de la batalla final. Cuanto más engrose el Demonio la lista de bajas, con tantos más adversarios se encontrará. Todos los mártires le vencerán. Y será derrotado por sus propias armas, porque la muerte ha sido vencida. Esta es la gran eucatástrofe.

Pero aunque grande, no es ni de lejos la más importante de *El Señor de los Anillos*. En el capítulo siguiente asistiremos a la eucatástrofe definitiva. La que tendrá lugar en el Monte del Destino; aquella en la que Frodo por fin entenderá qué significa ser cristiano.

Capítulo 20

EUCATÁSTROFE

«He perdido el último tren a casa,
los pájaros han venido para decirme que no estoy solo.
Me he obligado a mí mismo a terminar con todo esto;
puedo soportar más de lo que creía.
Pero hay algo que he perdido».

Rogue Wave. *Eyes.*

Eres un lector valiente. Has llegado hasta aquí y eso no es fácil. Has tenido amabilidad y coraje y has querido acompañar a Frodo y a sus compañeros hasta este punto tan oscuro de la historia. Por eso me gustaría contarte un secreto. No te lo he podido contar antes porque todos los capítulos que has dejado atrás servían para que pudieras estar preparado para escucharlo. Por eso, para poder contártelo, he tenido que esperar a ver si podías salir de la cueva del Tumulario y si habías aprendido a gritar en el peligro. También era importante saber si te dejabas guiar por la voz de un desconocido. Todavía más importante ha sido comprobar que aceptabas tener esa herida en el hombro y que no te escandalizabas de su dolor. Si alguien, quizá tu padre, te regaló una espada, una coraza y un cinturón de cristal. Si no te cansabas de caminar millas y millas con la comunidad del Anillo. Si también habías descubierto un monstruo sentado donde debería haber estado el Arca de la Alianza. Si te enamoraste de la belleza de Galadriel. Si aprendiste cuál era tu imagen al mirar su espejo. Si descubriste que tú también codiciabas el Anillo. Si tú también llevabas en tu cuerpo las heridas grisáceas de los orcos. Si en alguna ocasión has despertado a un árbol. Si alguna vez te has emocionado al ver al Mago Blanco. Si has escuchado el trueno y has quedado sobrecogido. Si has salido a la desesperada con tus compañeros de armas para luchar contra lo que el mundo llama verdad. Si tienes algún enemigo y has descubierto que no eres mucho mejor que él. Si te has dado cuenta de que en el fondo eres igual que él.

También quería saber si alguna vez habías escuchado el canto del gallo y te habías echado a llorar.

Ahora lo sé. Estás aquí con Frodo y Sam. Eso significa que todo lo anterior no te ha parecido un cuento de hadas.

Por eso ahora te puedo contar este secreto: Dios está escribiendo un cuento donde el protagonista eres tú.

No quiero que te engañes, porque es muy importante que comprendas esto si quieres seguir adelante y entender lo que viene a continuación. Dios es un buen escritor, sabe manejar los tiempos, los personajes y las aventuras a las que tienes que enfrentarte como héroe de la historia. El cuento que está escribiendo contigo es de los buenos, con un villano bien definido, una historia que engancha, un montón de subtramas, historias de amor, traición, guerra y desengaños. Con derrotas y victorias, con amigos y enemigos, con paisajes espectaculares, con cavernas misteriosas.

Cuando lees un libro esperas ver al héroe vencer en situaciones imposibles, realizar grandes hazañas, hacer un último esfuerzo y levantarse cuando parece que ya está derrotado, salvar a la princesa, matar a Voldemort. Te encanta quedarte sin aliento cuando lees que el malo no era el que parecía sino el que creías que era el amigo del héroe o cuando está atrapado y a punto de morir y aparece algo que lo libra en el último minuto. Admitámoslo, nos encanta ver morir al personaje secundario para salvar al héroe, nos encanta ver al protagonista renunciando a tener una vida tranquila para verse envuelto en una trama que le supera y salir victorioso después de muchísimas aventuras y tribulaciones.

Nos encanta leerlo, pero no vivirlo. ¿Por qué? Porque cuando lo leemos tenemos la suficiente confianza en el autor como para saber que al final todo saldrá bien, que todas las aventuras y sufrimientos del protagonista desembocarán en un final más o menos feliz. Toda nuestra preocupación será ver si se queda con esta chica o con la otra, pero damos por hecho que el villano será vencido. Sin embargo, tú y yo no nos fiamos del autor de nuestro cuento, no tenemos la seguridad de que quiera tanto a su protagonista como para sacarle de las situaciones peligrosas, que le dé el arma mágica para matar al dragón, que le ponga una princesa bellísima con la que comer perdices. No nos creemos que el autor de nuestro cuento quiera para nosotros un final feliz. Para que haya un final feliz digno de ser llamado así es necesario que la trama anterior entrañe muchas dificultades. De no ser así estaríamos hablando de un cuento terriblemente aburrido.

Imagínate un cuento así. Capítulo primero: al héroe le toca la lotería. Capítulo segundo: lo primero que hace con todo ese dinero es irse de crucero por el Caribe. Capítulo tercero: en el crucero conoce a una chica guapísima que se enamora perdidamente de él. Capítulo cuarto: se casa con la chica y son superfelices. Capítulo quinto: al héroe le dan el Premio Nobel. Capítulo sexto: el héroe sale en todas las televisiones y descubre la cura definitiva contra el cáncer. Capítulo séptimo: por increíble que parezca, al héroe le vuelve a tocar la lotería. Capítulo octavo: cada vez es más feliz con la chica guapísima. Capítulo noveno: la chica es cada vez más guapísima. Capítulo décimo: ...

¿De verdad te gustaría leer un cuento así? Jesús, qué aburrimiento. Igual aguantas un par de capítulos con la esperanza de que el crucero sea asaltado por piratas o que naufrague en una isla desierta. O por lo menos que la chica guapísima sea en realidad una espía, o una princesa que ha huido de un golpe de estado y que al héroe le toque pegarse con los asesinos que van a por ella. En el fondo, ¿qué estarás esperando de este cuento?

Que el héroe sufra. Que tenga que enfrentarse a dificultades.

Digámoslo claramente. No te importa ver sufrir al protagonista de una historia porque sabes que el autor lo tiene todo controlado y que la cosa va a acabar más o menos bien, para gloria del propio protagonista.

Te fías del escritor.

Pero no soportas sufrir en tu propio cuento porque no te fías del escritor.

Y no me extraña mucho si eres fan de *Juego de Tronos*, por ejemplo, donde todos los protagonistas van muriendo sin esperanza uno a uno, donde sólo hay oscuridad, maldad, incesto y perversión. Donde no hay victorias definitivas, sólo una sucesión de fracasos, envidias y traiciones. Donde ya tienes claro que no vendrá un final feliz. ¡Cualquiera se fía de ese escritor!

Pero Dios no ha inspirado *Juego de Tronos*, ha inspirado los libros de la Biblia. Y *El Señor de los Anillos* pretende hacer referencia a esos libros para ayudarte, para que aprendas a confiar en el escritor de tu historia.

Por eso en *El Señor de los Anillos*, en este momento, Frodo y Sam, a punto de entrar en el antro de Ella-Laraña se están preguntando lo mismo que tú y que yo. ¿Alguien sabrá alguna vez lo que estamos sufriendo? ¿Alguien se ha dado cuenta de lo que estamos teniendo que pasar? ¿Alguien lo valorará?

Y tú, ¿crees que alguien se ha dado cuenta de todo lo que has tenido que sufrir? De tu soledad, de tus fracasos, de tus intentos de hacer las cosas bien, de las veces que has logrado levantarte, de todos los pensamientos de tu mente, de las imágenes de tu cabeza, de tus lágrimas. De cómo quieres ser bueno pero no lo logras.

El secreto es que hay uno que está anotando en su libro todas y cada una de esas cosas, que no ha dejado sin recoger ni una sola de tus lágrimas. Uno que te mira constantemente. Uno del que te puedes fiar porque no quiere matar al héroe. Quiere que el héroe venza al dragón.

Dios te ve. Siempre. Dios sabe todo lo que te pasa. Dios lo ve todo. Y por eso ha construido para ti todo un cuento. Para ti. No para tu padre, ni para tu mujer, ni para quien sea. En este cuento tú eres el protagonista, no eres un personaje secundario. No te equivoques, que Dios esté escribiendo el cuento de tu vida no significa que te haya

quitado la libertad. En absoluto. Más bien se parece a esos libros de *Elige tu propia aventura* donde el escritor te ofrece varias posibilidades para continuar la lectura:

—Si decides acabar con Gollum, pasa a la página 156.

—Si decides perdonarle la vida, pasa a la página 283.

Y a fuerza de equivocarte, vas y aprendes. Ya sabes lo que te va a pasar en la página 156. Tienes otra oportunidad. Vuelve atrás y prueba con la 283. El autor no se va a enfadar contigo, créeme, te lo garantizo.

Confía en el escritor de tu historia. ¿Sabes? quería compartir contigo este secreto porque llega la hora más oscura. Y como es muy probable que el cuento que Dios está escribiendo contigo se parezca mucho a *El Señor de los Anillos*, y ahora todos los protagonistas de este libro van a estar rodeados de muerte y oscuridad, quiero invitarte a que te fíes del autor de tu libro. A que vivas todas las cosas que te pasan «como si Dios existiese», como si Él lo estuviera viendo todo; como si a Él le importase verdaderamente. Porque eres su protagonista, no un personaje secundario de la historia.

Igual que confías en Tolkien, porque sabes que al viejo profesor de Oxford le encanta la eucatástrofe y que todo lo que va a pasar tiene un sentido maravilloso, confía en el Señor; sobre todo cuando te veas rodeado de oscuridad y de muerte. Porque Tolkien creó la palabra eucatástrofe, pero fue Dios fue el que la inventó.

Esta es una invitación a que no cierres tu libro antes de tiempo. No te desesperes. No le des la victoria al Enemigo. Espera, «pues ni el más sabio conoce el final de todos los caminos y cuando todo está perdido, llega a menudo la esperanza».

Espera. Cuanto más sufra el héroe, mayor será la gloria que obtenga. Deja que el escritor emocione a toda la audiencia, aunque de momento tengas que sufrir un poco en pruebas diversas, y piensa que no va a dejar que los malos se lo carguen así como así.

***

Frodo y Sam se han quedado dormidos después de hablar de estas cosas. Gollum acaba de volver de parlamentar con Ella-Laraña y los ha encontrado así. Tiene un último combate interior. A la parte de él que quiere hacer el bien le ha tocado el corazón ver a esos dos hobbits dormidos, con la paz reflejada en sus rostros. Gollum no parece ahora una alimaña. Sólo un hobbit muy anciano y muy desgraciado. Viendo a Frodo añora el tiempo en el que el Anillo no había llegado aún, cuando él era un hobbit como ellos y el Tesoro no existía. Alarga la mano hacia Frodo con torpeza y cariño. No para robarle el Tesoro sino para acariciarle. Hacía tanto tiempo que nadie le trataba con bondad, que nadie le trataba como a un igual. Parece arrepentido, y de veras lo

está, de haber traicionado a los hobbits llevándoles a una muerte segura en el antro de Ella-Laraña.

Pero Sam se despierta y ve a Gollum toqueteando a Frodo. Y le grita. Y le insulta para que se aparte.

Y así corta en Gollum toda posibilidad de conversión. Ha estado a punto de arrepentirse de todo su mal. Pero ahora los entregará a muerte de Ella-Laraña sin ningún remordimiento.

En el huerto de los olivos, Pedro, con el ánimo de defender a Jesús, le cortó la oreja a un criado del Sumo Sacerdote que se llamaba Malco, y fue recriminado por el Maestro, que volvió a colocársela en su sitio. Este pasaje siempre me impresiona. ¿Qué significa que le corte la oreja? No debe de ser fácil acertar ahí con una espada. Pero cortarle la oreja es como cortarle toda posibilidad de escuchar. ¿De escuchar qué? La buena noticia del amor al enemigo, que Jesucristo te ha amado cuando tú eras su enemigo. Es imposible creer esta noticia si el que te la anuncia quiere a la vez acabar contigo. Pedro, enfrentándose al enemigo, estaba cortando en él toda posibilidad de conversión, de escucha de la Buena Nueva.

Del mismo modo Sam acaba de fastidiarlo todo. Gollum podría haberse convertido, basta con leer las cartas de Tolkien para confirmarlo. Pero le insultó y la fastidió.

¿O no? La Providencia está por encima de todo. Por encima incluso de tus pecados y de los míos. Todo es para bien de los que aman a Dios. El autor del cuento es capaz de sacar un bien inmenso de un mal terrible. Sí, también de tus pecados. Y el odio de Gollum, provocado por la violenta insensatez de Sam, se convertirá en la pieza más importante de la eucatástrofe que está por venir.

Pero de momento Frodo y Sam deberán enfrentarse a la muerte. Una muerte con forma de araña gigante.

***

El resto de los protagonistas se han enfrentado también a la muerte, cada uno como ha podido. Denethor pactó su propio suicidio con el Señor Oscuro, en un *Instagram* siniestro, vía Palantir. Tanto miedo tuvo a la muerte que acabó por provocársela él mismo. Y esa fue su forma de enfrentarse a la muerte. Pippin lo contempló asustado pero logró salvar a su hijo Faramir. Y rescatar a un inocente de las llamas fue su forma de enfrentarse a la muerte. Merry está en el hospital, recuperándose de las heridas producidas por ayudar a acabar con el Rey de los Nazgûl. Al final se cumplió la profecía, aquel que no podía ser muerto por mano de hombre, fue muerto por mano de mujer. De Eowyn, la sobrina del rey Théoden, que se disfrazó de guerrero de Rohan y montó a Merry en su caballo para acudir a la batalla. El Rey de los Nazgûl, el jefe de los pecados capitales: la soberbia, fue muerto

por una mujer y un niño pequeño. Que cada uno saque sus propias conclusiones. Gandalf miró a la muerte cara a cara. Y así se enfrentó a ella. Aragorn, acompañado de Legolas y Gimli, sacó a la muerte de su cueva y la puso a combatir al Enemigo. Y el Enemigo fue vencido con sus propias armas. Y esa fue su forma de enfrentarse a la muerte.

Tras la victoria en los campos del Pelennor, Aragorn entra en la ciudad de noche, para que nadie sepa que el Rey ha vuelto. Y cura a muchos heridos. Se empieza a correr la voz de que el Rey ha regresado porque uno de los signos que permitirían reconocer su llegada es precisamente que sería capaz de curar las dolencias del pueblo. «Las manos del Rey son manos que curan». Entrar y salir de la ciudad sin ser visto y curar las enfermedades son dos signos más que identifican a Aragorn con el Mesías esperado. Muchos de los hombres han sido heridos por el hálito negro de los Nazgûl. Una especie de tristeza espiritual, un gran desánimo que se apodera de la víctima hasta hacerla morir, provocada por los pecados capitales, principales siervos del Anillo. El Rey curará este hálito negro con *Athelas*, la hoja de reyes con la que una vez alivió el sufrimiento de Frodo al ser herido por la daga de Morgul. Ahora, como entonces, pondrá en las heridas de la gente aceite y vino, el Espíritu Santo y la alegría de una vida nueva por el perdón de los pecados, como el buen samaritano a aquel pobrecillo, y el hálito negro retrocederá, porque ante el perdón misericordioso de Dios, nada puede hacer.

Pero Aragorn no quiere ser proclamado rey todavía porque el Anillo aún existe y Sauron no ha sido vencido.

Así que en una tienda situada fuera de las murallas de Minas Tirith, Aragorn, Gandalf y los demás jefes de Gondor se reúnen para deliberar cuál debe ser el siguiente paso a tomar. Y por consejo de Gandalf toman una decisión fuera de toda lógica, suicida, desesperada.

Con el fin de desviar la atención del Señor Oscuro sobre el Monte del Destino, ya que Sauron siente que el Anillo anda cerca, y para ayudar a Frodo a llegar a él si es que aún permanece con vida, deciden avanzar hasta las mismas puertas de Mordor con todo el ejército que quede disponible.

Aragorn, imagen de Jesucristo, va a declarar la guerra a Sauron, imagen del Demonio, ante las mismas puertas de la muerte y del Infierno.

***

Gollum ha escapado corriendo después de consumar su traición. Ha guiado a Frodo y Sam a través de un laberinto de túneles y oscuridad hasta un agujero infecto del cual dimana una horrible sensación de maldad acompañada de un nauseabundo olor a destrucción.

De allí, majestuosa y terrible, sale Ella-Laraña. *El Señor de los Anillos*

dice que este monstruo era la mascota de Sauron. Su gata, la llamaba él. Nosotros sabemos que la mascota del Demonio es la muerte. Dios no creó la muerte, sino que esta entró por envidia del Demonio (Sb 1,13. 2,24).

Gollum ha guiado a Frodo a la muerte. Esta es la misión del enemigo que Dios ha permitido que tengas en tu vida. Llevarte a la muerte. El significado de esta metáfora es muy sencillo. Tu enemigo es aquel que te lleva a la muerte, que te mata, porque por un designio impresionante de Dios sobre ti ha permitido que te odie, que no te soporte, que te persiga y que acabe contigo. No hay cristiano sin Judas. No hay camino de la fe que no lleve a él.

Esto es lo que significa la aparición de esta monstruosa araña en este momento del camino de la fe. Como ya hemos visto, sólo el enemigo tendrá la capacidad de guiarte a Mordor, sólo él te llevará a destruir el Anillo. Esta araña no hubiera aparecido en tu cuento si no hubiera habido un Judas en tu vida.

En el antro de Ella-Laraña ocurre lo mismo que en Getsemaní. Getsemaní significa aceptar que el enemigo te lleve a la muerte. Así como para llegar al Monte del Destino y destruir el Anillo hay que pasar primero por la oscuridad de la muerte que Ella-Laraña representa, para dar la vida en la cruz hay que pasar primero por Getsemaní. Hay que aceptar al enemigo, aceptar ser destruido por Judas. Aceptar las humillaciones, el no ser. Este es el valle oscuro, el valle del llanto, la hora de las tinieblas. Todo el pasaje de Getsemaní tiene ecos en esta parte de *El Señor de los Anillos.* Sam corta la oreja del enemigo y Frodo mira a la muerte, la mascota del Demonio, cara a cara. Y se aterroriza.

Y en su agonía Frodo, al igual que Jesús, es también confortado por un ángel (cf. Lc 22,43). Solo que Tolkien nos regala algo más que un ángel para confortarle. En las tinieblas de la angustia de su monte de los olivos particular, en su aceptación de la muerte y de la traición del amigo, aunque sea uno tan peculiar como Gollum (sólo los amigos pueden traicionar, los enemigos no tienen ese poder porque uno no confía en ellos), Frodo tomará el frasco de Galadriel y la luz de la estrella que contiene hará retroceder a la araña. Y Frodo invocará el nombre de Galadriel, Ave María, y verá la duda en los ojos del monstruo. Cuando digo Ave María el infierno tiembla. Y será confortado por ella que es mucho más que un ángel, que es la Madre de Dios y madre suya, y se le inflamará el corazón en el pecho, y desenvainando a Dardo cargará contra Ella-Laraña.

Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Galadriel le regaló a Frodo «una luz cuando todas las otras luces se hayan extinguido». Porque ahora es la hora de la muerte. Aunque las puertas de la oración parezcan cerradas, las puertas del rosario de la Virgen

María nunca se cierran. Quizá sea la única luz que quede en la oscuridad.

Dios no creó la muerte, sino que esta entró por envidia del Demonio. Lo que Dios ha hecho ante esta realidad es llenar de luz lo que antes era sólo oscuridad. Y lo ha hecho por medio de la Virgen María. Por eso dirá Tolkien que «el nacimiento de Cristo es la eucatástrofe de la historia del hombre». Porque Dios al hacerse hombre mortal ha sido el único que ha sabido mirar a la muerte cara a cara, solucionando así el verdadero problema de la humanidad, el miedo a la muerte. Por esta misma razón Tolkien añadirá que «la Resurrección es la eucatástrofe de la historia de la Encarnación»(79). Porque la resurrección ha despojado a la muerte de su poder y ha hecho brillar la luz en medio de la oscuridad que vomitaba por su boca tenebrosa. Por eso está lleno de significado que sea la luz que brota del regalo de la Virgen a Frodo la que hace que huya Ella-Laraña.

Sin embargo, Jesucristo ha venido para librarnos de la muerte, no para ayudarnos a esquivarla. Y así, al fin y al cabo, todos tenemos que morir. Pero gracias a Él, la muerte en sí misma contiene ya una gran semilla de eucatástrofe. Contiene, para el que ame a Cristo, un final feliz.

Por eso Ella-Laraña saldrá de un rincón inesperado y morderá a Frodo de improviso. Y Frodo morirá en el antro de Ella-Laraña. Aceptará completamente la muerte en su Getsemaní. Y el monstruo cubrirá de telarañas a Frodo de arriba abajo, como un sudario.

Y Sam llorará amargamente. Y antes de que el monstruo embalsame a Frodo con su inmundicia se verá obligado a coger el Anillo de su cuello y colgárselo él mismo. Tomará también la espada de Frodo y el frasco de Galadriel e intentará cumplir él la misión de la comunidad porque ya no queda otra opción.

El Anillo enseguida actuará. ¿Dónde queda ahora tu prepotencia Sam? Ya no es tan fácil juzgar a Gollum, ahora que el Anillo te está ofreciendo a ti el realizarte fuera de la voluntad de Dios. No, ya no es tan fácil, ahora que notas un ojo de fuego que te busca, ahora que sientes que poniéndote el Anillo y reclamándolo para ti podrías quitarte de encima todos los problemas. Y te ves obligado a ponértelo para salir en busca de Frodo. No quieres dejar su cadáver abandonado entre los orcos que viven junto a Ella-Laraña. Y el Anillo, que es paciente, parecerá tu amigo de momento, te librará del problema haciéndote invisible. Y así, poco a poco, comenzará a consumirte, a convencerte de que no es tan malo como decía Gandalf y el concilio. Herirás a Ella-Laraña con la espada de Frodo y la muerte, otra vez, será vencida con sus mismas armas. Pero no será destruida del todo sino que huirá lejos y, aunque no vuelva a aparecer en *El Señor de los Anillos*, sabemos que todavía anda por ahí, para que todos podamos

enfrentarnos a ella con la luz del frasco de Galadriel cuando a nuestro escritor le parezca oportuno.

Corriendo para salvar el cuerpo de Frodo, Sam se detiene para escuchar a los orcos y descubre que estos han hecho prisionero a su amigo y se lo han llevado a la torre de vigilancia.

Así que Frodo no estaba muerto, sólo estaba dormido. ¡Feliz victoria de Getsemaní! Gracias al Hijo de la Virgen María la mordedura de la Araña no tiene el poder para matar definitivamente a los que se enfrentan a ella con la luz de la fe.

Getsemaní. Para un cristiano morir es dormirse para despertar con el Señor. No tengas miedo si un enemigo ahora te está llevando a la muerte, no te matará definitivamente. Tener esta experiencia es el único camino que lleva a destruir el Anillo. Confía en el escritor de tu historia.

Sam, que no se puede creer lo que oye a causa de la alegría, vuelve a salir corriendo en busca de Frodo.

***

El ejército de Gondor parte hacia las puertas de Mordor con Aragorn y Gandalf a la cabeza. Muchos heraldos van por delante reclamando las tierras que atraviesan para el rey que ha vuelto. Sauron, en su torre, no sabe si temblar de miedo o morirse de risa. ¿Qué secreto esconde este hombre mortal para tener la osadía de retarle en sus propios dominios? Pippin, Legolas y Gimli cabalgan con Aragorn. Merry debe curar sus heridas en Minas Tirith. La comunidad del Anillo va a servir de cebo para el Señor Oscuro. Ojalá Frodo siga vivo. Él es su única esperanza.

***

En la torre de Cirith Ungol, la torre de vigilancia que sirve de puerta secreta para entrar en Mordor, Sam ha encontrado a Gollum.

No ha encontrado al hobbit llamado Sméagol, el que asesinó a su amigo Déagol para quedarse con el Anillo y que con el tiempo se convirtió en Gollum.

Ha encontrado al hobbit llamado Frodo, el que partió a la Tierra Tenebrosa para destruir el Anillo y que ahora bien podría ser llamado Gollum.

Ha tenido que vencer a orcos terribles para encontrarlo. Pero no se ha vuelto a poner el Anillo. Sabe que sería una trampa. El Anillo le ha mostrado imágenes de gloria fuera de la verdadera misión y ha estado a punto de ponérselo, pero el frasco de Galadriel le ha dado fuerzas para no hacerlo. Ha encontrado a Frodo desnudo y tirado en el suelo de la estancia. Los orcos le han robado la cota de malla de *mithril* y la capa de Galadriel. Lleno de alegría por el encuentro se ha inclinado

sobre Frodo, a quien el sufrimiento parece haber dejado al borde de la muerte.

Pero tras la alegría inicial, ante la desesperación de Frodo por haber perdido el Anillo, Sam le ha confesado que lo ha cogido él. Y ahora a Sam ya no le parece tan buena idea devolvérselo. El poder del Anillo es enorme. Y entonces, en el rostro de Frodo, ha aparecido Gollum.

«¡Dámelo ahora mismo! ¡No es para ti! ¡Ladrón!».

Y Sam llora. Aunque Frodo, una vez pasada la sombra y con el Anillo otra vez en la mano le ha pedido perdón. Sinceramente. Pero ahora Sam no le juzga:

«Está bien, señor Frodo. Lo entiendo».

Claro que ahora lo entiendes, Sam. Ahora entiendes que no puedes juzgar al otro tan a la ligera. Si hubieras sido tú el que hubiera tenido que llevar la carga tanto tiempo como Sméagol o Frodo, ¿qué hubiera sido de ti? A ti te han bastado un par de horas para que la tentación de ponértelo y reclamarlo para ti haya sido casi insoportable. Imagina llevarlo durante meses, durante años. Cuando dos hermanos discuten, casi con toda seguridad están discutiendo por el Anillo. Cada uno codicia el Anillo para él. Las imágenes de gloria, de felicidad, de lograr *ser* por fin, de realizarse plenamente, son las que impiden amar al otro como es. Sólo puedes amarlo si está por debajo de ti. El Anillo es la fuente de la descomunión. Pero si los que discuten han conocido la obra del Anillo en ellos, la maldad que emana de él, el daño que les ha hecho a ellos mismos, no podrán juzgar al otro por codiciarlo.

De nuevo aparece aquí el siniestro estribillo, sí, también para los hermanos, para los compañeros de la comunidad, para los propios hobbits. La culpa es del Anillo. Menos mal que Dios ha tenido misericordia de Sam y le ha permitido cargar con el Anillo un tiempo dándole así la oportunidad de conocerse y sin quedar demasiado dañado por ello.

¿Y Frodo? Ya no hace falta un gran esfuerzo de la imaginación para equipararlo a Gollum. Si Sam no le devuelve el Anillo igual acaba matándolo.

Contempla a estos dos hobbits. Es el tiempo de entrar en Mordor para afrontar la última etapa de este camino para destruir el Anillo. Es la hora de la verdad. No sólo en lenguaje taurino sino también espiritual: es la hora de entrar en la verdad. ¿Quién soy yo en realidad? ¿Qué obra ha hecho el Anillo en mí? El Anillo, desde que tengo uso de razón, siempre ha estado en mi casa. Sin yo quererlo, el Anillo llegó a mí. ¿Cuál es la verdad sobre mí mismo? ¿Quién soy? ¿Qué soy?

Los hobbits se revestirán con infectas ropas de orco porque Frodo ha sido despojado de las suyas y Sam debe ir también disfrazado así con

el fin de pasar desapercibido.

Y se adentran, dos orcos más, en el país de la Sombra.

Es la hora de la verdad. Frodo es Gollum. Frodo es un orco.

Es la hora de la verdad. Sam también es Gollum. Sam también es un orco.

¿Cómo es posible que el largo camino de la fe haya convertido a Frodo y Sam en orcos? Parece que el camino los ha hecho peores, míralos ahora con sus sucios ropajes, pasando desapercibidos en Mordor. Ni los orcos que se cruzan en su camino se dan cuenta de que son dos hobbits.

Y este, querido lector, es el gran secreto. Frodo siempre ha sido Gollum. Frodo siempre ha sido un orco. Sentado en un cómodo sillón del salón de Bolsón Cerrado, fumando su pipa junto al fuego, había un orco. Trescientas mil capas de burguesía, de buenismo y de pasión por la vida tranquila ocultaban su verdadero aspecto. Un orco chiquitito. Pero Frodo no lo sabía y si alguien se lo hubiera dicho entonces no lo hubiera creído. Y si le hubieran obligado a despojarse de sus capas de golpe para sacar a la luz la verdad, habría sido destruido. Y el que Frodo fuera un orco no dependía de que su tío Bilbo lo fuera o lo hubiera sido. No. Era un orco en sí mismo, independientemente de sus padres. Ha sido necesario un larguísimo camino hasta Mordor para que Frodo se vea a sí mismo como es en realidad. Un pobre orco encarnado; uno que, como hacen ellos, corre azuzado por el látigo del Señor Oscuro a donde él le manda. ¿A quién va a juzgar Frodo si es uno más de ellos? Así se ve Frodo ahora. A esto le ha llevado el camino de la fe.

Pero nosotros no lo vemos así, ¿verdad? Nosotros estamos comenzando a ver a un héroe. Uno cuya vida ha cambiado muchísimo desde que saliera de Bolsón Cerrado. Un hombre que ha tenido piedad de Gollum, que ha combatido bien el buen combate con los enemigos, que ha perseverado en el camino incluso en las horas más oscuras, que no ha desertado de su misión aun en medio de todas las grandes luchas. Estamos viendo a un hombre bueno. A un hombre mejor que el que abandonó Bolsón Cerrado. Débil por el Anillo, pero ¿quién no lo sería? ¿Quién no sería capaz de comprender que era necesario disfrazarse de orco para intentar siquiera llegar al Monte del Destino?

Qué gran misterio se esconde en el camino de la fe. Él se ve a sí mismo como un orco, nosotros lo vemos como un héroe. Si cuanto más avanzas en el camino de la fe te vas viendo a ti mismo mucho peor, esa es buena señal.

A decir verdad, es una señal excelente.

***

El ejército de Gondor ha llegado a la Puerta Negra. De ella sale a

parlamentar un personaje siniestro. Le llaman Boca de Sauron. El que habla por Sauron, el que comunica sus palabras. El profeta de la Bestia.

Este les muestra a Aragorn y los demás la cota de malla y la capa élfica de Frodo que los orcos de Cirith Ungol les han hecho llegar, para engañarles haciéndoles entender que los hobbits están capturados en la torre de Sauron. Nosotros sabemos que es un farol, pero ellos no. Y cunde el pánico.

Piensa que el Enemigo siempre actúa así. Miente, busca engañar a todos con señales y prodigios. Si la cota y la capa de Frodo están en su poder, combatir ya no tiene sentido. ¡Mentira! Tendrán eso pero no tienen a Frodo. Busca asustar con su poder, acobardarte, igual que en Minas Tirith. No le hagas caso y enfréntate a él. «Someteos a Dios y enfrentaos con el diablo que huirá de vosotros» (St 4,7). No te creas ni una palabra de las que te diga. Sobre todo no te creas las adulaciones del Anillo, esas son las peores. Enfréntate a él y no sucumbas a la desesperación por muchos prodigios que quiera enseñarte. Son prodigios tan vacíos como los calabozos de la Torre Oscura; aunque quiera hacerte creer lo contrario, Frodo no está en ellos.

Imagínate que te muestra la justicia de la cruz (la cota de *mithril*) y la capa de Lórien (el manto de la Virgen) de los que ha sido despojado un compañero de tu comunidad del Anillo. ¿Qué podrá hacerte pensar de él? Que está ya completamente en poder del Demonio, que ya no tiene salvación. ¡Otra mentira! Es un fanfarrón, siempre juega de farol. Sal a combatir por ese hermano, que retroceda el Enemigo.

No desesperes nunca, ni de ti, ni de nadie. Enfréntate al Enemigo que huirá de ti.

Como Gandalf, que terriblemente asustado al ver ambos objetos, se recobra, se yergue sobre Sombragrís y mostrando la luz de su vestidura blanca se enfrenta directamente a Boca de Sauron, le arranca de su mano la cota y el manto y lo hace retroceder hacia las puertas de Mordor.

No nos vamos a rendir sin luchar. Aunque nos caiga encima toda la maldad de Mordor. Eso es justamente lo que queremos, vaciar Mordor de orcos para que Frodo pueda llegar. Volver el ojo de Sauron a nosotros para que pueda destruir el Anillo.

Y para eso la Iglesia, con Gandalf a la cabeza, se ofrece como carnaza. Porque es necesario desviar la atención del Señor Oscuro para que tú y yo podamos llegar sin demasiados problemas a destruir el Anillo. Por eso la Iglesia se lleva todos los golpes por fuera, para protegerte por dentro, porque te está gestando, te está llevando en el camino de la fe para que puedas llegar a las aguas de fuego y arrojar el Anillo.

Y si lo haces, tú vencerás gracias a la Iglesia. Pero la Iglesia no

vencerá si tú no arrojas el Anillo. Qué mensaje tan importante hay aquí, de una profundidad impresionante. Es como si dijera, ¿qué sentido tiene el Vaticano? El Papa, los cardenales, obispos y dicasterios. Las congregaciones, los concilios, las reuniones, el representante de la Santa Sede ante la ONU, las JMJ y los sínodos. Nada de esto sirve, podríamos decir, si en cada generación no hay algunos que destruyan el Anillo en sí mismos. Tu victoria es la victoria de toda la lglesia. Ella está allí, llevándose los golpes de la sociedad para darte la oportunidad de destruir el Anillo y así vencer definitivamente a Sauron. La victoria de la Iglesia, ya lo hemos visto, no será una victoria social. La humanidad no quedará prendada de su belleza y todo el mundo se convertirá. Cierto que antes del fin el Evangelio deberá ser anunciado a todos los hombres, pero esto no significa que todos los hombres lo vayan a aceptar. No. La victoria de la Iglesia se producirá cuando destruyamos el Anillo. Esta será la victoria definitiva. En campo abierto nos van a machacar, como todo el ejército de Sauron que sale ya de la Puerta Negra va a envolver a las pobres fuerzas de Gondor.

Pero en esta guerra estamos luchando en la esperanza de que haya alguien que destruya el Anillo. Y la victoria de esos pocos que van a destruir el Anillo será sal para toda la humanidad; esos pocos que lo destruyan iluminarán al mundo entero.

Quizá nos haya tocado a ti y a mí destruirlo en esta generación.

***

La descripción que Tolkien hace de Mordor es desoladora y extraña al mismo tiempo. Desoladora porque la tierra de sombras es sólo polvo y cenizas, espinas y abrojos. Es el lugar adonde lleva el pecado, adonde es expulsado Adán del Paraíso. Es la tierra en la que vivimos cuando el Espíritu Santo no está en nosotros. Es la tierra de la sed perpetua, donde no hay nada que logre saciarla.

Y extraña, porque como ya dije en la introducción a este libro, Tolkien pierde tiempo en describir su organización social como si fuera un sóviet de la Rusia comunista, ofreciendo esta descripción como carnaza para la censura. Para que cuelen el mosquito y se traguen el camello.

Lo peor es la sed y la oscuridad: «Si la Dama pudiera vernos u oírnos, yo le diría: Señora, todo cuanto necesitamos es luz y agua. Pero estamos muy lejos de Lórien», dirá Sam.

Pero la Dama está con ellos, sin importar la distancia. Y hará brotar para ellos una fuente de agua en mitad de la tierra yerma de Mordor y podrán beber hasta saciarse y llenar la cantimplora. Además les dará la luz suficiente para avanzar. Y aunque no lo hayan pedido, porque lo ignoraban, la furia que percibirán en el Señor Oscuro les llevará los

ecos de la victoria en Minas Tirith y de la caída del Rey de los Nazgûl, lo cual aliviará por un tiempo sus corazones. Que el Enemigo esté enfadado significa que algo bueno está pasando, por eso no hay que amedrentarse ante su cólera.

En esta fase final, los hobbits sólo se alimentarán de lembas, y en medio de tanta tribulación es donde encontrarán la verdadera fuerza que reside en ellas:

«En verdad, las lembas tenían una virtud sin la cual hacía tiempo se habrían acostado a morir. Este pan del camino de los elfos tenía una potencia que se acrecentaba a medida que los viajeros dependían sólo de él para sobrevivir, y lo comían sin mezclarlo con otros alimentos. Nutría la voluntad, y daba fuerza y resistencia, permitiendo dominar los músculos y los miembros más allá de toda medida humana».

Sólo al final del camino de la fe es cuando comprenden el verdadero significado del viático, del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es el pan que ha bajado del cielo, que da fuerza más allá de toda medida humana, porque el que lo toma se hace uno, verdaderamente, con el mismo Jesucristo. No es un símbolo, Cristo está verdaderamente en la comunión. Esta es la experiencia de Tolkien, el escritor que madrugaba todos los días para ir a misa a varios kilómetros de su casa. En sus cartas podemos ver esto con claridad, así como las horas que pasaba delante del Santísimo(80). Sólo las lembas son las que dan la fuerza suficiente para llegar al Monte del Destino; no te quitan el sufrimiento, sino que te permiten entrar en él.

En este penoso avance vemos a Frodo trastabillando, destrozado por el peso del Anillo. Es la crisis más negra, la noche más oscura de la fe. Van por donde no saben para llegar a donde no saben. Frodo le dice a Sam que ya no recuerda nada, ni la Comarca, ni el camino, nada. Sólo ve el Anillo, como un fuego que le quiere devorar. Ya no tiene gusto en nada, ni siquiera en los recuerdos de una vida mejor. Esa vida mejor no existe, así como no existe una vida diferente a la que tiene ahora. Sólo existe el Anillo, y el Monte del Destino, y subir a él y destruirlo. No hay nada más.

Y el Monte del Destino ya está aquí. Los hobbits ya han llegado a él. Hablando de subir a otro monte, el Monte Carmelo, san Juan de la Cruz dirá algo que puede aplicarse ahora perfectamente al vacío que están experimentando Frodo y Sam:

«Para venir a gustarlo todo
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a saberlo todo
no quieras saber algo en nada.
Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.

Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada.
Para venir a lo que gustas
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.
Para venir a poseer lo que no posees
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.
Cuando reparas en algo
dejas de arrojarte al todo.
Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo,
y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.
En esta desnudez halla el
espíritu su descanso, porque no
comunicando nada, nada le fatiga hacia
arriba, y nada le oprime
hacia abajo, porque está en
el centro de su humildad».

Frodo se acuesta, agotado hasta la extenuación, a descansar por última vez.

***

Pippin sólo puede ver al troll que tiene delante. Las puertas de Mordor han vomitado toda la maldad de Sauron y no parece haber salida. No hay ningún cambio. Los enemigos están venciendo. El tiburón ha mordido la carnaza pero no parece haber picado el anzuelo. Es tiempo de luchar, la espada que Tom Bombadil le regaló aquella que provenía de la cueva del Tumulario está brillando con una extraña luz rojiza. Pippin se lanza hacia delante y acomete al troll. No sabe cómo pero acaba de quedar atrapado. No ve a Aragorn, ni a Gandalf, ni siquiera a Gimli o Legolas. No puede moverse. Es el fin. El Enemigo ha vencido. La comunidad ha fracasado.

Pero de repente, cuando todo parece perdido, escucha una voz:

«¡Llegan las águilas!».

¿Qué ocurre? ¿Será que hay esperanza? Tal vez se ha cumplido lo que dice san Cirilo de Jerusalén:

«Jesucristo asumió la carne para ofrecer abundantes gracias y su cuerpo fue arrojado como cebo en brazos de la muerte para que, mientras el dragón infernal esperaba devorarle, tuviera en cambio que

vomitar a aquellos que ya había devorado. En efecto, Él arrojó a la muerte para siempre y secó las lágrimas de todos los ojos»(81).

¿Podrá ser posible? La Iglesia, con Gandalf y Aragorn a la cabeza ¿ha engañado a la muerte? El Demonio, al ver la cruz de Cristo se alegró porque pensó que vencía, siendo así que fue el mayor de sus fracasos. Llegan las águilas y con ellas la esperanza, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué es este terremoto? ¿Por qué están los orcos huyendo despavoridos? ¿Adónde están yendo las águilas?

***

Frodo no puede dar un paso más. Sam le ofrece cargar él con el Anillo pero sólo sirve para ver de nuevo a Gollum en el rostro de su querido amigo. No puede hacerlo, es superior a sus fuerzas. Entonces Sam, ya que no puede cargar con el Anillo, entiende gracias al gran sentido común de los hobbits, que lo que tiene que hacer es cargar con Frodo.

Y toma a su hermano con delicadeza y lo carga a su espalda. Y llevando al hermano, lleva su propio Anillo, y siendo el segundón, hace posible que se cumpla la misión.

La misión de Sam en la comunidad era cargar a Frodo a sus espaldas. Ningún otro lo hubiera podido hacer como él. Sam es el protagonista de su propio cuento, no es un personaje secundario. Ni tú tampoco. Puede decirse que Sam ha llevado el Anillo a la cumbre del Monte del Destino, y será verdad.

Los dos hobbits ya no llevan las ropas de los orcos. Las han abandonado hace unos días. Se han aceptado, ya no se escandalizan de sí mismos. Tampoco se juzgan desmesuradamente. Han tenido que verse como orcos para verse a sí mismos como Dios los ve. Como hobbits. Como dos simples hobbits. Burgueses, es verdad. Vagos, es verdad. Comilones, es verdad. Cotillas, es verdad. Ya no se resisten a verse como son.

Y como dos simples hobbits, como dos hombres libres, llegan a las grietas del Destino.

«Tengo sed, Sam. —y no volvió a pronunciar palabra».

Y el ojo de Sauron aparece en la Torre Oscura justo a su lado. Pero gracias a Dios no les mira a ellos, mira a las puertas de Mordor. Frodo no puede más, pide ayuda a Sam para evitar ponerse el Anillo: «¡Detenme la mano! Yo no puedo hacerlo».

No sé si te has dado cuenta, pero debes saber que no podrás ir solo a destruir el Anillo. Porque así como el enemigo es necesario para hacerte entrar en Mordor, el amigo, el hermano, es aún más imprescindible para que una vez en Mordor puedas cumplir la misión. Solo no llegarás a ninguna parte. Recuerda la pregunta de Frodo:

¿Quién me guiará a mi destino, el bien o el mal? Ambos. Gollum y Sam. Pero todo mal se convertirá en bien porque Dios es más grande que el mal. Esa es la clave.

Por eso, entre las brumas de ceniza, cuando el ojo de Sauron amenaza y Frodo no puede resistir la tentación de ponerse el Anillo, Gollum vuelve a escena, como salido de una pesadilla, e intenta arrebatarle el Anillo a Frodo.

En esta lucha ya no hay piedad ni misericordia. Sólo una pelea a muerte para conservar el Anillo. Frodo consigue deshacerse de Gollum a duras penas y sale corriendo hacia las grietas para arrojarlo al fuego. Sam le cubre quedándose con Gollum para ajustar, por fin, todas las cuentas pendientes con él. Es hora de que pague todas sus maldades, es hora de vengarse por Ella-Laraña. Sam saltará sobre él, empuñando la espada, para atravesar definitivamente a la pérfida criatura, pero...

«La mano de Sam titubeó. Ardía de cólera, recordando pasadas felonías. Matar a aquella criatura pérfida y asesina sería justo: se lo había merecido mil veces; y además, parecía ser la única solución segura. Pero en lo profundo del corazón, algo retenía a Sam: no podía herir de muerte a aquel ser desvalido, deshecho, miserable que yacía en el polvo. Él, Sam, había llevado el Anillo, sólo por poco tiempo, pero ahora imaginaba oscuramente la agonía del desdichado Gollum, esclavizado al Anillo en cuerpo y alma, abatido, incapaz de volver a conocer en la vida paz y sosiego».

Y le perdona la vida. Y le ordena que se vaya de allí y que no vuelva nunca.

Y así, al *tengo sed* pronunciado por Frodo, se puede añadir: «Todo está cumplido» (Jn 19,30), porque así ha sido realmente. Que Sam perdonase a Gollum, que viera la parte de Gollum que él mismo llevaba dentro era la pieza que faltaba para completar el puzzle del camino de la fe. Todo se ha consumado ya.

Mientras Gollum, derrotado, se aleja de allí, Sam sube donde Frodo hacia las grietas. Pero no puede creerse lo que ve allí. Porque ve a Frodo fracasar. Ha llegado el momento y la oportunidad de destruir el Anillo; pero Frodo, en ese último instante, después de haber atravesado tantas penalidades para acabar con el arma del Enemigo decide no hacerlo. «*¡El Anillo es mío!*», grita, y se lo pone en el dedo reclamándolo para él y desaparece de la vista de Sam.

El ojo de Sauron se vuelve inmediatamente hacia Frodo. Por fin ha descubierto el enigma, y enfurecido más allá de toda descripción, con una carcajada cruel, envía a toda prisa a los Nazgûl para que despedacen a Frodo y le lleven el Anillo.

Pero en las grietas del destino aparece alguien de nuevo. Es Gollum, que no puede permitir que el Anillo sea destruido. Por la espalda, golpea la cabeza del desesperado Sam con una piedra y se abalanza

sobre Frodo con una ira desenfrenada. Sam, medio inconsciente, contempla una escena que escapa a toda comprensión. Gollum colgado de su amo invisible al borde del abismo de fuego, con la locura en sus ojos. Con la fuerza que da la desesperación, Gollum alcanza a agarrar a tientas y entre golpes la mano en la que Frodo lleva puesto el Anillo y en un último esfuerzo la acerca a sus dientes. Y muerde la mano de Frodo con tal violencia que consigue arrancarle el dedo en el que llevaba el Anillo. Y así, sosteniendo en sus manos el ensangrentado dedo de Frodo con el Anillo todavía en él, su horrible rostro en una mueca de insana emoción por haberlo recuperado por fin, resbala sin darse cuenta y se precipita en el vacío.

Y Gollum, el Anillo y el dedo de Frodo desaparecen para siempre en las grietas del Monte del Destino, en la lava del volcán, en el agua de fuego.

El Anillo ha sido destruido.

Un breve instante de silencio cubre toda la tierra de Mordor. Una tensión indescriptible estremece la Torre Oscura. Los Nazgûl se han quedado paralizados a muy poca distancia de los hobbits.

Y de repente el silencio se rompe por un gemido de dolor que no es humano. Es Sauron, que ha sido vencido cuando estaba a punto de obtener la victoria. Todo Mordor comienza a resquebrajarse, los siervos del Señor Oscuro lloriquean y gimen de dolor y miedo. El infierno se llena de luto, la muerte se cubre de vergüenza, la iniquidad ha sido golpeada, la injusticia ha sido privada de sus hijos. ¡El Anillo ha sido destruido! ¡Cristo ha vencido la muerte! ¡Ya no somos más esclavos del miedo a sufrir! ¡Faraón ha sido ahogado junto con todo su ejército en la lava, el agua roja del mar Rojo!

¿Te has dado cuenta de lo que acaba de suceder? ¿Has entendido a adónde conduce el camino de la fe?

El miedo al sufrimiento y a la muerte, el arma del Demonio con la que esclaviza a toda la humanidad ha sido destruida, ¿pero cómo, si Frodo ha fracasado justo al final? No ha fracasado, ha llegado hasta donde Dios le tenía destinado llegar. Porque el Anillo ha sido destruido ¡por el amor al enemigo! Por un amor que es más fuerte que el Anillo, que es más fuerte que el miedo a la muerte. Bilbo, el tío de Frodo, destruyó el Anillo porque tuvo piedad de Gollum. Frodo ha destruido el Anillo porque tuvo piedad de Gollum. Y Sam, nuestro colérico Sam, ha destruido el Anillo porque ha tenido piedad de Gollum. Si cualquiera de estos tres hubiera acabado con Gollum al tener oportunidad, ¡el Anillo no habría sido destruido jamás! Por eso Dios tuvo la paciencia suficiente como para esperar a que Sam alcanzase la estatura de fe necesaria para perdonar las ofensas de Gollum y tener piedad de él.

El Anillo ha sido destruido por el amor al enemigo, he aquí el fin de

todas las cosas. El sentido del camino de la fe. El amor al enemigo es Jesucristo mismo, Él, que se ha hecho pecado por nosotros y nos ha amado cuando éramos sus enemigos. Esta es la victoria sobre el miedo y la muerte. ¡Esta es la vida inmortal, el testimonio que salva al mundo! Un amor que es más fuerte que la muerte y que el odio. Esta es la esencia de Dios, su impronta, su ser más íntimo, su propia identidad. ¿Quién es Dios? Dios es el que ama a sus enemigos, el que da la vida por ellos para salvarlos de la esclavitud. ¿Qué miedo a la muerte tendrá aquel que ama hasta a sus enemigos? Pero no porque se lo inventa, sino porque los ama de verdad, porque siente amor por ellos.

Pero esto es imposible para el hombre. Nadie en sus fuerzas podrá jamás amar a un enemigo. Por eso Frodo ha llegado hasta donde le era posible llegar, fracasando estrepitosamente junto a las grietas del destino. Porque nuestra naturaleza no puede amar así. Es necesario un don sobrenatural para hacerlo. ¿Cuál es? La fe. Es necesaria la fe, un camino para que te sea dada una nueva naturaleza. Es necesario un hombre nuevo. ¿Cómo se nos puede dar una nueva naturaleza, una que pueda amar al enemigo? Como siempre lo ha hecho la Iglesia, como quiso Jesucristo: por el bautismo. Por eso Frodo acaba de ser bautizado en las grietas del Monte del Destino.

Mira la simbología que Tolkien utiliza. El enemigo es el único que tiene la capacidad de arrancar tu hombre viejo, tu carne, esa parte de ti que codicia y lleva puesta el Anillo. Por eso el amor al enemigo es la clave de todo. ¿Qué ha ocurrido entonces? Que Gollum ha arrancado el hombre viejo de Frodo; esto es lo que significa que le haya mutilado el dedo que llevaba el Anillo. Este dedo ha sido sumergido en las aguas de la muerte, en la lava del bautismo, junto con el arma del Enemigo. Y en esas aguas se han quedado dedo y Anillo para siempre. El dedo de Frodo simboliza su carne, la que le hace la guerra a su espíritu, su hombre viejo que se corrompe, el pecado que habita en él, el Gollum que habita en él. Porque la carne es el lugar donde nos ponemos el Anillo.

Pero esto no hubiera podido ocurrir si no hubieran amado a Gollum. Si no hubieran tenido misericordia de él. Sólo el amor al enemigo, signo del hombre nuevo, puede destruir el Anillo.

Faraón ha sido hundido en las aguas y tu hombre viejo, el dedo en el que siempre te ponías el Anillo, con él. Esto es lo que significa el camino de la fe, un camino para destruir el Anillo, es decir, un camino para llegar al bautismo. Para esto sirven todas las aventuras vividas, todo el camino anterior, para arrojar a la lava del bautismo a tu hombre viejo esclavo del Anillo y que de las grietas del monte del Destino salga un hombre nuevo, que ya no tiene miedo al sufrimiento y a la muerte, porque no tiene, digámoslo así, dónde ponerse el Anillo.

Y para ello, como hemos visto, el enemigo es fundamental, pero también el amigo, el hermano.

Esta es la eucatástrofe definitiva. El fracaso de la naturaleza de Frodo, de nuestro hombre viejo, es vencido por un giro inesperado de los acontecimientos, coherente desde todo punto de vista con el desarrollo anterior de la historia. Donde nosotros por nuestras fuerzas nunca seremos capaces de llegar, porque acabaremos por reclamar el Anillo y ponérnoslo en el dedo, siempre; donde veamos el fracaso de nuestra carne, nuestro Gollum, aparecerá el don sobrenatural de la fe. Un regalo de Dios, gratuito, una nueva naturaleza. La naturaleza de Dios. Por eso el bautismo nos hace hijos de Dios, y por él recibimos no ya un espíritu de esclavos del Anillo por el miedo a la muerte, sino un espíritu de hijos adoptivos. Por el bautismo obtenemos la misma naturaleza de Dios y somos libres, libres para amar al enemigo, libres para dar la vida.

¿Has visto qué importante es tu debilidad? ¿Has visto qué importantes son tus fracasos? ¡Son la garantía de la fuerza de Dios en ti! Dios que nos quiere regalar gratuitamente su propia naturaleza. Él sabe que tú no puedes arrojar el Anillo al fuego, por eso te ha regalado un enemigo, para que te veas en él, y viendo en él tu propia debilidad no le juzgues, le ames. Y el enemigo, destruyéndote, no te va a hacer ningún mal, ¡al contrario! Va a arrancar de ti el hombre viejo.

Este es el destino del camino de la fe. Este es el fin de todas las cosas. Destruir el Anillo en las aguas del bautismo. Del Monte del Destino volverá un hombre nuevo, porque el dedo de Frodo ha sido destruido junto con el Anillo.

¡Bravo por el viejo profesor de Oxford! Que Dios lo tenga en su Gloria.

***

Junto con el Anillo se ha destruido también la Torre Oscura. La tierra de Mordor se ha abierto por un violento terremoto y se ha tragado a todo el ejército enemigo. Las puertas del infierno se han desquebrajado. Los Nazgûl, los siniestros pecados capitales, han caído en una espiral de fuego y han sido destruidos.

El ejército de Gondor, la Iglesia, contempla el espectáculo. Gandalf ve una nube negra, el espíritu de Sauron, que se acerca amenazadora hacia ellos pero se desvanece con una ráfaga de viento. Sin el Anillo, Sauron ya no tiene ningún poder por él mismo. Mordor ha sido tragado por la tierra significando que toda la red de mentiras, complejos, trampas y lazos que el Demonio tejía sobre ti y que te llevaban a pecar se han derrumbado. Toda la vida creyendo que tus padres no te amaban porque así te lo decía el Anillo: contempla cómo

se derrumba esa mentira. Todos los días angustiado porque Dios no te había tratado como te mereces, porque así te lo decía el Anillo: mira cómo se hunde en el abismo esa mentira.

La Ciudad Negra enemiga de la Ciudad Blanca, la cárcel de Sauron donde éramos torturados por sus mentiras ha caído al fin.

Y en el Monte del Destino, mientras todo se derrumba alrededor, Frodo y Sam se han cogido de la mano y esperan la muerte. Nadie podrá llegar a ellos con el océano de lava que les rodea. Pero están tranquilos, ya no hay Anillo, no hay dedo, no hay miedo a la muerte.

«Si no hubiera sido por él, Sam, yo no habría podido destruir el Anillo». Frodo está hablando de Gollum.

Y llegan las águilas que sorprendieron a Pippin en la batalla, y les recogen dulcemente, y les sacan de allí.

«Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios», con Faraón. Sí, los hemos visto hundirse en la lava del bautismo, un mar rojo como la lava, «y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí» (Ex 19,4).

Ahora los hobbits escuchan de veras la voz del Señor y guardan la alianza bautismal que Dios ha hecho con ellos, por eso son llevados sobre alas de águila, porque han tomado a Dios por defensor. ¿Sabes por qué son tan importantes las águilas? Porque son las únicas aves que llevan a sus crías, no entre sus garras, sino sobre el lomo. Las llevan a cuestas. Y como son las aves que según la tradición vuelan más alto, si otra ave enemiga o la flecha de un cazador quiere herir a sus crías, las águilas pueden protegerlas con su propio cuerpo, y así no permiten que nadie las dañe. Exactamente como Dios, el escritor de nuestra historia, nos lleva a nosotros.

Ahora, las águilas y Tolkien nos van a llevar a celebrar una fiesta: la Pascua.

En Minas Tirith contemplamos la batalla final. Con Gollum hemos asistido a la batalla definitiva.

El Anillo ha sido destruido.

Sólo queda la última batalla.

Capítulo 21

EL CAMINO SIGUE Y SIGUE

«Aun detrás del recodo quizá todavía esperen
un camino nuevo o una puerta secreta;
y aunque a menudo pasé sin detenerme,
al fin llegará un día en que iré caminando
por esos senderos escondidos
que corren al oeste de la Luna, al este del Sol».

Frodo Nuevededos
(Canción del caminante).

Quisiera comenzar este último capítulo haciendo resonar la voz del propio Tolkien respecto a la eucatástrofe que acabamos de vivir en el Monte del Destino.

«Lo que más me apena es la incapacidad de Gollum (justa) de arrepentirse cuando Sam lo interrumpe: esto me parece verdaderamente semejante al mundo real, en el que los instrumentos de la justa retribución rara vez son ellos mismos justos o santos»(82).

«Pero en este punto se logra la salvación del mundo y la propia salvación de Frodo por su anterior piedad y el perdón de la ofensa. En cualquier momento, toda persona prudente le habría advertido a Frodo que Gollum ciertamente (o no del todo ciertamente. La torpeza de Sam fue lo que finalmente empujó a Gollum por sobre el borde cuando estaba a punto de arrepentirse) lo traicionaría y podría robarle al final. Tener piedad de él y abstenerse de matarlo fue una locura, o la creencia mística en el valor definitivo que de por sí tiene la piedad y la generosidad, aun cuando resulte desastrosa en el mundo temporal. Gollum le robó y lo dañó al final; pero, por mediación de la gracia, la última traición se produjo precisamente en el momento en que el acto malo final fue lo más benéfico que podría hacerse por Frodo. Por medio de una situación creada por su perdón, él mismo fue salvado y liberado de su carga. (...)

Esto ejemplifica un aspecto de las familiares palabras: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal»(83).

«Por el ejercicio de la piedad, la misericordia y el perdón de la ofensa, se produjo una situación en la que todo quedó enderezado y se evitó el desastre. Gandalf, por cierto, lo previó. Por supuesto, no quiso decir que uno debía ser misericordioso porque podría resultar útil más

tarde: no sería entonces misericordia o piedad, que sólo están verdaderamente presentes cuando son contrarias a la prudencia. ¡No nos cabe planearlas! Pero tenemos la seguridad de que nosotros mismos debemos ser extravagantemente generosos si queremos esperar la extravagante generosidad que representa el más ligero alivio de las consecuencias de nuestros propios errores y locuras.

Frodo merecía todo honor porque derramó hasta la última gota de la capacidad de su voluntad y de su cuerpo, y eso fue suficiente para llevarlo al punto destinado y no más allá. Quizá ninguno más de su tiempo podría haber llegado tan lejos. El Otro Poder se hizo cargo entonces del control: el Escritor de la Historia (que no soy yo mismo), ese que siempre está presente, que nunca está ausente y a quien nunca se le nombra»(84).

Pascua en los campos de Cormallen

Frodo y Sam han despertado al fin y se han reencontrado con el resto de la comunidad. Reina la alegría en los campos de Cormallen, en Ithilien, cerca del extinto Mordor, donde Aragorn ha instalado un campamento y ha preparado una gran fiesta.

Esta fiesta en la que nuestros hobbits son los invitados de honor, que se ha preparado largamente mientras se recuperaban de sus heridas, recoge los elementos fundamentales de la Pascua cristiana. Efectivamente, parece que ahora se va a celebrar sacramentalmente lo que acaban de experimentar en sus propias vidas. Hay muchos detalles llenos de significado que así lo confirman. En primer lugar está la fecha de la destrucción del Anillo. Si recuerdas, la fecha en que la comunidad del Anillo salió de Rivendel para iniciar el camino hacia Mordor fue el 25 de diciembre. Entonces nacía un niño pequeño para salvar al mundo. Pues bien, el Anillo es destruido un 25 de marzo. Quizá esta fecha no te diga nada, es normal. Pero has de saber que el 25 de marzo, en el que la Iglesia celebra la fiesta de la Encarnación del Señor, históricamente siempre ha sido considerada como la fecha en que Cristo sufrió su pasión. Así, según antiguos tratados de la Iglesia Primitiva(85) se consideraba que la fecha de la Encarnación del Señor era la misma en la que Jesucristo sufrió su pasión; ¿por qué? Porque la Iglesia siempre ha creído que las grandes intervenciones de Dios en la historia están vinculadas entre sí. Por eso puedes ver algunos iconos en los que la figura del niño Jesús nacido en Belén «envuelto en vendas» es igual, plásticamente hablando, al Jesús envuelto en vendas que yace en el sepulcro. Del mismo modo la cueva de Belén es igual estéticamente al sepulcro de Jerusalén o los tres magos que traen regalos al niño aparecen en la misma posición que las tres mujeres que llevan perfumes para embalsamar el cuerpo del crucificado.

Podemos decir pues, para entendernos, que el Anillo fue destruido un Viernes Santo, fecha en la que Jesús murió y fue sepultado. Este es el sentido que, evidentemente, Tolkien le quería dar: el niño pequeño que parte de Rivendel alcanza la estatura adulta dando la vida, sumergiéndose en la muerte para resucitar glorioso y vencedor del Diablo en Mordor. El misterio de Cristo es el misterio de la comunidad. La victoria de Cristo es la victoria de la comunidad y viceversa. Este 25 de marzo, como Gandalf le explicará a Sam cuando se reencuentren al pie de su lecho, será de aquí en adelante el día que comenzará el Año Nuevo en Gondor. El día de la feliz caída de Sauron; el día en que Cristo ha hecho nuevas todas las cosas.

Entonces, unos días después de este Viernes Santo los hobbits despiertan, y en el inicio de esta nueva primavera se disponen a celebrar una fiesta que aclame la victoria sobre el miedo a la muerte, la victoria sobre el Anillo. Esta fiesta, tal como nos la presenta Tolkien, tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera se proclama con detalle toda la historia de salvación que ha supuesto el camino de la fe emprendido por Frodo y Sam por medio de una balada épica cantada por un juglar. Y los corazones de los que la escuchan «traspasados por la dulzura de las palabras, se desbordaron: y la alegría de todos centelleó como espadas». Para esta liturgia de la Palabra, los hobbits, tal como Gandalf lo ha dispuesto, llevan puestos los viejos ropajes que han llevado durante todo el camino, «no puede haber otros dignos de más altos honores. Luego quizá os consiga otros atavíos», con lo que se hace presente al hombre viejo, el vestido que no se gastó durante la travesía del desierto. Hasta los harapos de los orcos se conservarán, pero ya no se volverán a cubrir con ellos. Los hobbits irán vestidos con las ropas del caminante fatigado, del que aprende a conocer a Dios en el sendero.

Pero una vez terminada la proclamación, toda la asamblea allí reunida pasará a celebrar un gran banquete y «a Frodo y Sam los condujeron a una tienda donde luego de quitarles los viejos ropajes, que sin embargo doblaron y guardaron con honores, los vistieron con lino limpio».

No te extrañe tanto detalle de Tolkien con la ropa que llevan puesta los hobbits. Es que tiene un sentido profundísimo. Los hobbits se despojan de sus vestidos viejos y pasan al banquete revestidos de lino deslumbrante. Estos signos son los que ofrecen una clave de interpretación de este inicio del final de *El Señor de los Anillos*. Porque Frodo ha entrado verdaderamente en las aguas del bautismo, destruyendo allí su hombre viejo, representado por el dedo de Frodo que Gollum arrancó al morderle. Junto con su «carne» ha caído al fuego el Anillo, Faraón, el poder del Demonio sobre nosotros.

En la celebración Pascual de los campos de Cormallen, se revivirá

este hecho en forma sacramental, con el signo de las vestiduras viejas. Dice san Cirilo de Jerusalén:

«Al entrar os despojasteis de la túnica (se refiere a sus vestidos): esta era imagen del hombre viejo, del que os habéis despojado con sus obras. Y puesto que habitaban en vuestros miembros las potestades adversas, ya no es lícito seguir llevando aquella vieja túnica: y no me refiero a la que se percibe con los sentidos, sino al hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias (cf. Ef 4,22)»(86).

Por eso Gandalf, cabeza de la Iglesia, cambiará sus ropas viejas por vestidos de lino:

«Recibiste después de esto (del bautismo) unas vestiduras blancas como señal de que te habías desprendido de la envoltura de los pecados y de que te habías revestido de los castos velos de la inocencia. (...) Resplandezcan también tus obras y lleven la imagen de Dios, pues a su imagen has sido hecho»(87).

Y con el vestido de fiesta, revestidos de las buenas obras de los santos, la túnica blanca que Cristo regala gratuitamente a sus elegidos, pueden pasar al banquete, signo de la Eucaristía.

Esta túnica de lino puro con la que han sido revestidos Frodo y Sam significa la dignidad del cristiano al ser revestido de Cristo. Esto se ha realizado verdaderamente en los hobbits. Frodo llegó hasta las grietas del destino y no pudo llegar más allá, es decir, llegó hasta donde le permitían sus vestidos viejos, por eso van a ser guardados con dignidad, porque no es poca la hazaña realizada. Pero a partir de ahí fue la gracia de Dios la que actuó por medio de la más grande de sus obras: el amor al enemigo. Una obra que viene del cielo, un vestido nuevo, blanco, purísimo, imposible para el hombre. Una obra que es la esencia misma de Dios, cuyo signo visible es una vestidura que no se puede adquirir por las propias fuerzas, sino que debe ser entregada gratuitamente por Dios.

Y así vestidos (o revestidos) participarán en el banquete de la Eucaristía, que anticipa en la tierra el banquete de la vida eterna, porque los que visten el blanco viven ya el cielo en la tierra.

«Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? (...) Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero» (Ap 7,13-15).

En este gran banquete, dos de los lugares de honor no estarán ocupados por comensales, sino por sirvientes. Merry y Pippin serán los que sirvan el banquete a los demás, confirmándose así esa especie de llamada o de vocación de la que ya hablamos, para consagrarse como

siervos de los siervos de Cristo. Una llamada a la vida religiosa o sacerdotal, concretada aquí en la imagen que Tolkien ha imaginado, la de dos escuderos sirviendo la mesa donde están sentados los reyes.

Es la gran fiesta de la alegría. El banquete pascual, Cristo presente en su comunidad. Una comunidad que ha alcanzado la estatura de fe adulta y ha recibido o renovado el Bautismo. Unos pobrecillos que apenas hace unos días llevaban ropas de orco, están ahora sentados a la mesa de los reyes y de los grandes. Junto a ellos sus hermanos, los que han recorrido el camino de la fe, reciben la vida y la alegría de la mesa del Señor. Y sirviendo esta mesa dos de los compañeros más jóvenes de la comunidad, no los más buenos precisamente, sino los que saben qué significa vivir entre las garras de los orcos, convertidos ahora en escuderos del gran Rey que ha vuelto a su ciudad.

Es muy interesante la visión sacramental que puede ofrecernos Tolkien, perfectamente en línea con la tradición católica. Los hobbits han recibido la túnica blanca de los neófitos sólo después de que la gracia del amor al enemigo, de la piedad y de la misericordia, se haya hecho carne verdaderamente en ellos. Esta vestidura, podríamos decir, es el sello de garantía que se entrega a aquel que es ya una nueva criatura.

Por medio de estas escenas podemos apreciar que la comunidad del Anillo ha entrado ya en un nuevo modo de vivir: un modo resucitado, pascual, celeste. Una vida en fiesta, en la alegría del hombre nuevo, porque el hombre de la carne ha sido sepultado en la lava del bautismo. Por eso tiene mucho sentido descubrir, al seguir leyendo *El Señor de los Anillos*, que la celebración pascual que se inicia en los campos de Cormallen no culmina allí, sino en Minas Tirith, la Ciudad Blanca, la ciudad que fue asediada, que ahora se viste de fiesta tras la caída de Sauron y la destrucción del Anillo, porque en ella se va a celebrar un gran boda.

El desfile nupcial se iniciará con el retorno del Rey a la ciudad que le acogerá entre vítores, entre cantos de júbilo y alabanza, en un gran bullicio de fiesta. El Rey ha vuelto para no marcharse más. Y con la llegada de una comitiva de grandes señores elfos, Elrond y Galadriel y todas la gente de las casas de Rivendel y Lórien se dará inicio a la gran fiesta de bodas. Y Aragorn desposará a Arwen, la hija de Elrond, con lo que las razas de los elfos y de los hombres quedarán unidas para siempre.

Con un gran sentido teológico, el banquete pascual se convierte entonces en un banquete de bodas. Ya no habrá una primera cristiandad que se vaya recluyendo poco a poco en sí misma. La raza de los hombres no menguará, sino que llevará en sus venas la antigua sangre de los elfos. Se unirán la tradición de la Iglesia inmortal y eterna y la sangre nueva de los hijos de los hombres. ¿En qué

consistirá esta novedad? En ser hombres en medio de hombres. Hombres normales y corrientes con sangre de elfo. En este tipo de hombre nuevo sobre el que Aragorn va a reinar se realizará exactamente lo mismo que se realizó en su espada, Andúril, la que ha derrotado a tantos enemigos. Si la hoja de Andúril, como decíamos, era una aleación de la tradición y el lenguaje existencial para el hombre de hoy, es decir, el kerygma; ahora serán los descendientes de Aragorn y Arwen, la nueva humanidad nacida de la victoria sobre Sauron, la que lleve en su cuerpo exactamente la misma mezcla de sangres. Serán el kerygma hecho carne. Un hombre nuevo, una nueva humanidad nacida de unas bodas. Dirá Edith Stein:

«Juan vio la 'Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén que descendía desde el cielo, del lado de Dios, engalanada como una novia que se adorna para su esposo' (Ap 21,2; 9ss.). Así como el mismo Cristo descendió del cielo a la tierra, así tiene también su esposa, la Santa Iglesia, su origen en el cielo. Ha nacido de la gracia de Dios y con el Hijo de Dios ha descendido del cielo, de modo que está unida a Él indisolublemente. Ha sido construida con piedras vivas y su piedra basal fue colocada cuando la Palabra de Dios asumió la naturaleza humana en el seno de la Virgen. En aquel tiempo el alma del Niño Divino y de la Madre Virgen estaban enlazadas con el vínculo de la más íntima unión, que hoy llamamos desposorio. La Jerusalén celestial vino a la tierra escondida a los ojos del mundo y de ese primer vínculo nupcial nacieron todas las piedras vivas (cada alma, en particular, llamada a la vida por la gracia de Dios), que luego ensamblaron la vigorosa construcción. La Madre Virginal llegaría a ser la Madre de todos los redimidos, y como la célula fecunda, de la cual se desprenden siempre nuevas células, construiría ella la ciudad viviente de Dios»(88).

Esta es la experiencia pascual que está viviendo ahora la comunidad del Anillo. La destrucción en su carne del hombre viejo y el nacimiento del hombre nuevo culmina en las bodas: el Reino de Dios es un banquete nupcial, una fiesta de bodas. A ellas son convidados como hijos de Dios, y como esposas de Cristo. En ellos, destruido ya el Anillo, se cumple esta palabra de san Pablo: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para consagrarla a Dios, purificándola por medio del agua y la palabra. Se preparó así una Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida: una Iglesia santa e inmaculada» (Ef 5,25-33).

La Pascua es la alegría del cielo en la tierra y en esta alegría están viviendo los miembros de la comunidad. Ya no hay miedo a la muerte, ya no hay Anillo. Frodo ya no tiene dedo donde ponérselo.

Pero esto no quiere decir que se hayan terminado los combates, al contrario, es probable que a partir de este momento los combates

contengan matices más dolorosos que los vividos hasta ahora.

Lo cual no es decir poco.

Ahora habéis crecido

Si no has leído *El Señor de los Anillos* no sabrás de lo que te estoy hablando. ¿Otra batalla? ¿Más combates? ¡Pero si el Anillo ya ha sido destruido!

Quizá por eso, porque el Anillo ya no existe, las películas no se molestan en mostrar el verdadero final del libro que escribió Tolkien. Pero es que es algo tan importante, que no conocerlo tal vez no te deje entender el libro en su totalidad.

Tras las bodas de Aragorn y Arwen, pasados los largos días de festejos, es hora de volver a casa. Aragorn se resiste a que la comunidad se separe, pero al fin y al cabo, cada uno, terminada su misión debe volver a su hogar. Merry y Pippin partirán junto con Frodo y Sam a la Comarca y Gandalf les acompañará, pero como están «incardinados» como escuderos en Rohan y Gondor respectivamente, tendrán que regresar allí un día. Aragorn, evidentemente, debe gobernar Gondor junto a su esposa. Legolas y Gimli, los grandes amigos, partirán juntos a recorrer la belleza de la Tierra Media y a paliar, en la medida de lo posible, las heridas causadas por Sauron en ella. El pueblo de Gimli acudirá a Minas Tirith para reconstruir las puertas de la ciudad, caídas tras los tres golpes del ariete de Mordor. Imagina el significado de esto. El pueblo hebreo ayudando a reconstruir las puertas de la Ciudad Blanca. Por su parte, también la gente de Legolas volverá allí para llevar la belleza del bosque a la ciudad herida, para hacer presente la creación entre los muros de la ciudad, para que sea una ciudad viva, en constante movimiento; no construida con piedras inertes, sino con piedras vivas.

Es un adiós triste pero lleno de esperanza. Todos en su corazón saben que no se separan para siempre, porque la verdadera vida no ha llegado aún, y han de reencontrarse en el Cielo.

Gandalf y los hobbits recorren el camino de regreso sin prisa y en él tienen numerosos encuentros. Pero no te los voy a contar para animarte a leer el libro si aún no lo has hecho. Permíteme esta licencia por amor a Tolkien. Sólo te diré que allá por donde pasan encuentran las heridas provocadas por el Señor Oscuro. La guerra no ha estado quieta, ha llegado casi al corazón de sus mismas casas. Sin embargo, las gentes que los conocían los contemplan y no los reconocen. Con espadas, yelmos y escudos, son hombres nuevos. Y sólo el mirarles hace renacer la esperanza en las gentes de la región. Pero lo importante es que una sombra de duda ha caído sobre nuestros protagonistas. Reciben noticias confusas sobre la Comarca, parece que algo muy grave ha ocurrido allí durante su ausencia. ¿Es posible que

la mano de Sauron haya llegado tan lejos como para golpear sus hogares?

Apresurándose, al fin llegan a los límites de la Comarca, ansiosos por descubrir qué ha ocurrido. Sam cae en la cuenta de que algo de lo que se van a encontrar ya le fue mostrado en el espejo de Galadriel: árboles cortados, familiares encerrados en cárceles, humo y ladrillos en lugar de praderas, chimeneas y cercas en lugar de campos de labranza.

Es necesario entrar ya. El temor se ha apoderado de sus corazones. Por eso Merry le dirá a Gandalf:

«—Bueno, te tenemos con nosotros, así que las cosas pronto se aclararán».

Después de lo que han visto hacer a Gandalf, están tranquilos respecto a lo que haya que hacer. Sin embargo, la respuesta que Gandalf les da a los hobbits desvela la clave de todo *El Señor de los Anillos*, la que ninguna película ha querido mostrar, sin la cual se me hace muy difícil pensar que pueda entenderse el libro correctamente.

«—Estoy ahora con vosotros, pero pronto no estaré. Yo no voy a la Comarca. Tendréis que deshacer vosotros mismos los entuertos: para eso habéis sido preparados. ¿No lo comprendéis aún? Mis queridos amigos, no necesitaréis ayuda. Ahora habéis crecido. Habéis crecido mucho en verdad. No temo por la suerte de ninguno de vosotros».

Ahora los hobbits han crecido, han alcanzado la estatura de la fe adulta. Y han sido preparados porque convenía que así fuese. ¿Qué quiere decir esto? Que todo el camino de la fe, el Anillo, la comunidad, los grandes señores y las cruentas batallas, los sacrificios, las vigilias, la fatiga, los combates, las tribulaciones, la sed, las lembas y los orcos ¡formaban parte de una preparación! Era un camino para formarles, realizado con el fin de enseñarles a ser cristianos, para aprender a poner en práctica el Evangelio y llegar así a destruir el miedo a la muerte. Y Gandalf lo sabía.

Pero ¿para qué han sido formados en realidad ahora que el Anillo ya ha sido destruido? ¿Para qué han sido necesarias tantas leguas de camino, oscuro y terrible las más de las veces?

Para aprender a combatir. Para aprender a vivir los problemas del día a día como cristianos.

El camino de la fe termina en la misma casa de la que saliste. Pero tú ya no regresas siendo el mismo. Ahora te ha sido dado ver de dónde saliste en realidad, cuáles eran los monstruos que se escondían en la oscuridad de los rincones de tu agujero hobbit.

Has crecido hasta la fe adulta. Te han sido dadas todas las armas, has entrenado bien, has combatido enemigos feroces. Ser cristiano te ayudará a vencer el día a día porque se te ha regalado el

discernimiento, el don de Dios por el cual puedes distinguir el bien del mal.

Pero tú me podrás decir que el día a día no es un enemigo tan terrible. Que no es digno de toda la épica y la mitología de un libro como este, que la vida diaria es un final decepcionante. Y yo te diré que es el enemigo más terrible. Piensa en que las pobres personas que se suicidan o que caen presas de algún vicio lo hacen por causa de su día a día, de su realidad diaria, que les consume hasta la desesperación.

¿Para qué sirve ser cristiano? ¡Ser cristiano sirve para vivir! Para enfrentarte a la realidad de un hijo que ha caído en la droga, de una madre con enfermedad de Alzheimer, de quince asignaturas suspendidas, del paro, de la enfermedad, de tu físico, de la falta de afecto.

Has sido preparado para que la realidad diaria, los acontecimientos que hayan de venir no te maten. Para que no tengan el poder de acabar contigo. ¿Para eso tanta batalla, tanto Gollum y tanta vestidura blanca?

Sí.

Porque en tu hijo drogadicto verás a Gollum, en tu madre con mal de Alzheimer a Denethor, en tus quince suspensos a uno de los Nazgûl, en el paro al Tumulario, en la enfermedad notarás el cuchillo de Morgul, en tu físico pensarás en la verdadera imagen de ti mismo que viste en el espejo, en la falta de afecto oirás cantar un gallo y renacerá en ti la esperanza.

Has crecido. Por el bautismo eres un hombre nuevo, con discernimiento, entrenado en el combate. Has atravesado el desierto, has cruzado el mar Rojo; ahora te toca conquistar la tierra de tu vida diaria y vencer a los siete enemigos que se han instalado en ella. O que siempre han vivido en ella. Como te parezca mejor.

Por eso Gandalf ya no tiene nada más que enseñarte. Lo has recibido todo en el camino de la fe. Ya no hace falta que te acompañe en su impresionante caballo blanco para que los enemigos se acobarden. Los enemigos se acobardarán sólo con verte a ti. El día a día es tu guerra particular y ya te han enseñado a combatir. Gandalf te deja solo para que compruebes hasta qué punto es cierto que has crecido. Moisés no conduce al pueblo a conquistar la tierra prometida, ese trabajo le pertenece a otro, como dirá Orígenes:

«Cuando llegues a la fuente del bautismo y seas iniciado en los venerables y magníficos sacramentos, entonces también tú, por ministerio de los sacerdotes, atravesarás el Jordán y entrarás en la tierra prometida, en la que te recibirá Jesús, el verdadero sucesor de Moisés, y será tu guía en el nuevo camino»(89).

Por el bautismo serás verdaderamente Templo del Espíritu Santo,

esto quiere decir que dentro de ti vivirá el maestro interior, el guía definitivo. Aunque siempre permanecerás en comunión con Gandalf, que no se irá del todo, te toca a ti solucionar los problemas porque Cristo vivirá en ti.

Por eso no te asustarás al ver la Comarca convertida en una fábrica, una Comarca convertida en una cárcel, llena de guardias extranjeros, donde todos trabajan para un único señor al que llaman Zarquino. Una Comarca plagada de feos barracones, cercada por puertas y alambre, de la que se ha amputado toda la belleza de los árboles. Donde los hobbits, los pobres, tontos y adorables hobbits han sido convertidos en esclavos. Aunque no todos; alguno de ellos, y eso es lo que más duele, se ha pasado al bando de la insana industrialización y se ha unido con entusiasmo a los pocos invasores, gente grande, que han convertido la Comarca en un infierno de la mano de Zarquino.

Pero es verdad que nuestros hobbits han crecido. Tienen las armas necesarias para solucionar todos esos problemas. No tienen miedo a la gente grande que controla la Comarca ni a los pocos hobbits que se les han unido. ¡Después de haber combatido con orcos y trolls! Estos enemigos son pan comido. Y combaten con ellos y los expulsan. Y todos los que los ven quedan asombrados. No son los mismos, no. Son completamente diferentes. Y llevan la esperanza a la Comarca. Con el arte de la guerra aprendido en Gondor y Rohan organizarán una batalla, movilizando a todos los hobbits esclavizados y expulsarán a todos los extranjeros.

Es que no les tienen ningún miedo a esos pocos extranjeros armados con porras, ellos, que empuñan los aceros de la Palabra de Dios. Sin embargo, esos pocos extranjeros han bastado para oprimir a todo un pueblo que no ha tenido la gracia de recorrer el camino de la fe, lo cual supone una enorme diferencia.

Expulsarán, pues, a los enemigos. ¿Y qué harán con los hobbits que han colaborado con el mal? Ninguno morirá. Frodo ha prohibido taxativamente que se alargue la mano contra ningún hobbit. Ya puedes imaginarlo, nuestros hobbits tendrán piedad. Les ofrecerán una oportunidad de redimirse, les perdonarán. Son hombres nuevos. Conocen la obra del pecado en ellos. Y hacen lo que han visto hacer a Gandalf durante el camino.

Al llegar a Bolsón Cerrado, después de vencer la batalla, deberán enfrentarse a Zarquino en persona. Quizá te hayas imaginado ya quién es ese Zarquino al ver en la Comarca tanto humo de fábrica y tanto árbol cortado.

Efectivamente, es Saruman. Que por venganza ha querido esclavizar la Comarca. Saruman y todo lo que este representa se ha instalado junto a nuestro viejo conocido Lengua de Serpiente en la misma casa de Bilbo y Frodo, en Bolsón Cerrado. El mago traidor ha llevado el

mismo Mordor al corazón del hogar de los hobbits. Hace mucho tiempo que estaba haciéndolo. Si ellos no hubiesen salido de su tierra a recorrer el camino de la fe estarían ahora también esclavizados, encarcelados o muertos.

Pero salieron de su tierra, y ahora tienen la capacidad de expulsar a Mordor de allí. Y echarán a Saruman, pero no con dureza, sino con piedad. Frodo no responderá a los ataques que Saruman, de lengua envenenada, le lanzará constantemente para herirle y despreciarle, hasta que al fin intente asesinarle con una daga escondida que rebotará en la cota de malla de *mithril* sin hacerle daño alguno. Cuando los hobbits se abalancen sobre Saruman para acabar con él, Frodo los detendrá: «Ha caído, y devolverle la paz y la salud no está a nuestro alcance: pero yo le perdonaría la vida con la esperanza de que algún día pueda recobrarlas».

Y Saruman le responderá: «Has crecido, mediano. Sí, has crecido mucho. Eres sabio y cruel. Me has privado de la dulzura de mi venganza, y en adelante mi vida será un camino de amargura, sabiendo que la debo a tu clemencia».

El guía interior le ha dicho a Frodo lo que tiene que hacer con Saruman; casi puede oírse lo que el Espíritu Santo le ha susurrado al oído:

«No devolváis mal por mal. No toméis la justicia por vuestra cuenta, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza: yo daré el pago merecido, dice el Señor. Antes al contrario: si tu enemigo tiene hambre dale de comer; y si tiene sed dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (cf. Rm 12,17-21).

Y de forma catequética Tolkien nos hará ver el destino de Saruman inmediatamente después de esto. Lengua de Serpiente, hundido por la culpa, es incapaz a causa de su amo cruel de aceptar la oferta de paz y perdón que Frodo le ofrece personalmente a él, ya que Saruman descubre todos sus pecados y asesinatos de hobbits delante de toda la gente de la Comarca; por eso terminará por hundir un cuchillo en la garganta del mago de todos los colores y lo matará. Y al huir será abatido por otros hobbits.

Quizá ahora entendamos por qué en las películas no han querido sacar todo esto. Tanto perdón y misericordia no casan con una peli de acción. El amor al enemigo, el hombre nuevo que ha crecido tanto, no parece ser un tema lo suficientemente interesante para Hollywood.

La otra orilla

Volver a poner orden en toda la Comarca costará mucho trabajo a

nuestros hobbits, que liderarán el saneamiento de su hogar. La cajita de semillas que Galadriel regaló a Sam hará que florezcan árboles y flores nunca vistos allí, en una cantidad y de una belleza inigualables. Una parte de Lórien vivirá para siempre en la Comarca. Al pensar en el espejo de Galadriel, Sam entenderá por fin. Las aguas del espejo le permitieron ver la destrucción de la Comarca sólo para anunciarle que el hombre nuevo sería el único que podría curar esas heridas. «He aquí que nuestro espejo es el Señor, abrid vuestros ojos y miraos en él, contemplad cómo es vuestra imagen». Viendo la destrucción, las aguas del bautismo le anunciaron el hombre nuevo.

Y este hombre nuevo se casará y tendrá muchos hijos. Se casará con Rosita Coto, una bella hobbit que ha quedado prendada de él después de verle desafiar el peligro cara a cara. Frodo será elegido alcalde de la Comarca y gobernará con justicia, paz y sabiduría.

Pero no hay felicidad absoluta en la tierra. Eso sólo se puede dar en el cielo. Aquí estamos en el *ya sí, pero todavía no*, y por eso cada aniversario de la herida provocada por el cuchillo de Morgul Frodo experimentará un terrible dolor en el hombro y una oscuridad le nublará la mente y le hablará del Anillo ya perdido.

Aún el hombre resucitado llevará la cruz hasta el final.

Por eso *El Señor de los Anillos* termina así. Con Gandalf, Galadriel, Elrond y Bilbo viniendo a buscar a Frodo a la Comarca y llevándolo con él a los Puertos Grises.

«Crucemos a la otra orilla» (Mc 4,35).

Crucemos allá. De donde ha venido Gandalf, de donde ha venido el mismo Cristo. Para encontrar descanso, para curar las heridas, para encontrar la felicidad eterna.

Y Frodo se despedirá de Sam, Merry y Pippin. Y habrá lágrimas.

«No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas son malas», dirá Gandalf el Blanco.

Era necesario que así ocurriera. Frodo, acompañado de Gandalf y de los señores elfos, tomará uno de los barcos que desembocan en la otra orilla del gran mar que ningún hombre puede cruzar.

Pero él ha ganado su pasaje porque le ha sido regalado.

El barco gris zarpa del puerto rumbo a la otra orilla. Ahora es cuando se puede decir que Frodo ha terminado el camino.

Y a los pocos días de navegación cruzará un velo como de plata y cristal, y contemplará unas playas blancas y más allá un país lejano y verde a la luz de un nuevo amanecer.

Y Merry y Pippin volverán de los puertos cantando, llenos de alegría. Y pasado el tiempo volverán a partir hacia Rohan y Gondor y ya no regresarán a la Comarca.

Y Sam volverá junto con su mujer y sus hijos:

«Y llegó y adentro ardía una luz amarilla; y la cena estaba pronta, y

lo esperaban. Y Rosa lo recibió, y lo instaló en su sillón, y le sentó a la pequeña Elanor en las rodillas».

Porque Sam, al igual que Frodo, está ahora experimentando el Cielo.

EPÍLOGO

El Sendero de los Muertos.

«Hasta los espectros de los hombres le obedecen».
El Señor de los Anillos, «La última deliberación».
(Nótese la forma en que Aragorn sostiene a Andúril).

En una pequeña ciudad de una pequeña isla, Tolkien se afanaba en escribir apretujadamente, sentado a una mesa del Eagle&Child. Jack se había marchado ya, y sólo quedaban en el pub él y dos estudiantes de su College sentados en la mesa de al lado que deberían estar estudiando en lugar de perder el tiempo tomándose una pinta de cerveza.

Pero bueno, en realidad él también tendría que estar corrigiendo exámenes en lugar de perder el tiempo pasando a tinta el último capítulo del Anillo que les acababa de leer a sus amigos.

Así que disculpó a los estudiantes y de paso se disculpó a sí mismo.

La lectura no había estado mal, pensó. No había recibido ninguna crítica feroz, así que podía darse por satisfecho.

Al sacar el tabaco de su bolsillo, el pote se quedó enganchado al rosario que siempre llevaba encima. Lo desenganchó con cuidado y al contemplar sus cuentas desgastadas dejó volar un poco su imaginación.

Y pensó en el libro que estaba escribiendo. Pensó en sus hijos en primer lugar. Todo lo que era Tolkien, todo lo que sabía, todo en lo que creía, todo lo que quería dejarles en herencia estaba allí. Él lo sabía, así como lo sabían sus amigos más íntimos, como el padre Murray.

Y al pensar en sus hijos pensó también en su madre. Y se estremeció al recordar cómo dio la vida por que sus hijos conservaran la verdadera fe. Cómo no vendió la fe de sus hijos por dinero, por un

plato de lentejas.

Encendió la pipa. Y contemplando el fuego que ardía en la chimenea junto a la que estaba sentado, pensó en algo más.

Pensó en un chico de otro país, encerrado en su habitación, derrumbado por la falta de esperanza. Pensó que tal vez un día este chico podría coger su libro y leerlo. Y al hacerlo, su intuición le susurraría: *no tengas miedo*, y le diría que la culpa era del Anillo, y que había esperanza para él, porque Dios le amaba tal y como era.

Y tal vez un día ese chico conociera a Jesucristo y pudiera arrojar el Anillo al fuego. Y quizá se atrevería a conocer el amor de Dios gracias a la esperanza que hubiera renacido en él por leer su libro. Y quizá tuviera un final igual que el de Sam, con una mujer y un montón de hijos a su lado. Quién lo hubiera podido decir de él cuando estaba encerrado en su habitación y desesperado.

Y entonces, pensando en ese chico, Tolkien dejó la pipa sobre la oscura mesa de madera, y apartando una hoja de papel escribió precipitadamente en ella:

Mira, Sam, ¿lo ves? No podrán vencer siempre.

Y al salir del pub con los papeles bajo el brazo, se encaminó hacia casa rezando el rosario por ese chico y por todos los otros chicos del mundo que un día pudieran leer *El Señor de los Anillos*.

Pues por esa razón Dios lo había elegido para escribirlo.

Zaragoza-Rivabellosa, 5 de agosto de 2015.
Festividad de la Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor, de Nuestra Señora de las Nieves y de la Virgen Blanca.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Dios, tengo la enorme fortuna de contar con mucha gente que me quiere y que me ha proporcionado una ayuda inestimable a la hora de dar forma a esta aventura. Quiero agradecer en primer lugar a Mons. José Ignacio Munilla su magnífico prólogo. A mis padres y hermanos por quererme cuando menos lo merecía porque era cuando más lo necesitaba. A Carlos Perlado, de Ediciones Encuentro, por su amabilidad y confianza. A Sofía Delgado por su espléndido trabajo de corrección ortotipográfica. A todos los lectores beta por sus inteligentes sugerencias y consejos, y su incansable búsqueda de erratas. A José Luis Sánchez, el peregrino incansable, por ser el primero que me dijo que leer este libro le había ayudado. A Angelita por su generosidad (y sus caracoles). A Satur y Raquel por ayudarme a acabar lo inacabable. A la hermana Nuria, Auxiliar Parroquial de Santa Engracia, por haber entendido perfectamente el sentido cristiano de *El Señor de los Anillos* hace muchísimos años y sin necesidad de que nadie se lo explicase. A Antonio y Flora por llevar 24 años apoyándonos. A Marivs por estar siempre dispuesto a echar una mano, y dos, y tres. A David Fernández porque es un genio y ha logrado convertirme en el friki más feliz del mundo dos veces al regalarme una espada láser de verdad y realizar el *book trailer* más chulo del universo. A Josué García por ilusionarse con lo que viene después. A Isaak Bilbatúa por obsequiarme con una nave espacial para que pueda explorar una galaxia muy, muy lejana. A Sergio Mur por su inestimable préstamo lingüístico que ha dejado un hueco muy triste en mi estantería. A Jojo por sus lágrimas y sus fotos.

Y a todos los que habéis creído que esto era una buena idea. Os estoy enormemente agradecido.

Laus Deo Virginique matri.

ÍNDICE

PRÓLOGO
BASADO EN UN HECHO REAL
INTRODUCCIÓN
PRIMERA PARTE
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

SEGUNDA PARTE
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

TERCERA PARTE
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

CUARTA PARTE
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

1 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, H. Carpenter (ed.), Minotauro, Barcelona, 1993, p. 203.

2 Ib., p. 337.

3 J. R. R. Tolkien, «Sobre los cuentos de hadas», en *Cuentos desde el Reino Peligroso*, Minotauro, Barcelona, 2009, pp. 315-317.

4 Íd., p. 317.

5 Ib., p. 480.

6 R. Murray, S. J. «J. R. R. Tolkien y el arte de la parábola» en *J.R.R Tolkien. Señor de la Tierra Media,* Minotauro, Barcelona, 2001, p. 66.

7 P. J. Ginés, *El Señor de los Teólogos*, http://www.mercaba.org/FICHAS/e-cristians/tolkien_01.htm.

8 En este sentido, es importante destacar también la reacción de Tolkien ante las autoridades nazis cuando, con el fin de publicar *El Hobbit* en Alemania, se le preguntó por carta si tenía origen «ario». La respuesta no tiene desperdicio: «Si debo entender que quieren averiguar si soy de origen judío, sólo puedo responder que lamento no poder afirmar que no tengo antepasados que pertenezcan a ese dotado pueblo». Es decir, que le encantaría poder afirmar que tiene antepasados judíos. A su editor le contestaría así: «No considero la (probable) ausencia de toda sangre judía como necesariamente honorable; tengo numerosos amigos judíos y lamentaría dar cualquier fundamento a la idea de que suscribo esa doctrina (el nazismo) racista, perniciosa y del todo anticientífica». Ver *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 49.

9 Aunque parezca increíble, en el momento de su publicación en EE UU, *El Señor de los Anillos* fue vetado en algunos estados por contener «demasiadas similitudes con la Biblia».
Ver: http://www.lavanguardia.com/mobi/cultura/20150605/54432643971/libros-censura.html.

10 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 206.

11 J. R. R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*, Minotauro, Barcelona, 1993, p. 411. El resto de referencias a la obra se señalan entre comillas en el texto.

12 J. Ratzinger y V. Messori, *Informe sobre la fe,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986, p. 151.

13 Las citas bíblicas del texto están tomadas de *La Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1990, 2009 y de la *Liturgia de las Horas,* vols. I-IV, Coeditores Litúrgicos, Madrid, 1998.

14 San Simeón el nuevo teólogo. En P. Argárate, *Portadores del fuego. La divinización en los Padres griegos,* Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998, p. 43.

15 Pseudo Macario, Íd.

16 Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma de 2013*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2012.

17 Y parece que Tolkien se tomó un gran interés en hacerlo ya que, por ejemplo, con la ayuda del Espíritu Santo, John su hijo mayor, fue sacerdote católico desde su ordenación en 1946 hasta su muerte en 2003. Tolkien no tenía intención de publicar *El Hobbit*, su primer libro. Lo escribió exclusivamente para sus hijos. Pero el escrito fue pasando de mano en mano hasta llegar a la secretaria de la editorial que lo presentó a sus superiores. Ayudar a sus hijos fue la primera intención del profesor, pero algo le hizo entender que su obra podría ayudar a muchos más.

18 J. H. Newman, *Sermones parroquiales 3,* «Sermón 9»*,* Encuentro, Madrid, 2008, pp. 131-132.

19 San Basilio Magno, *Libro sobre el Espíritu Santo, cap. 15,35,* en *Leccionario Bienal Bíblico-Patrístico de la Liturgia de las Horas*, Tomo III, Monte Casino, Zamora, 2005, p. 1240.

20 Ver John J. Parsons www.hebrew4christians.com.

21 CIgC, 405.

22 San Agustín, *Sobre el Sermón de la Montaña*, en F. Fernández Carvajal*, Antología de textos para hacer oración y para la predicación,* Palabra, Madrid, 2005, p. 281.

23 Francisco, *Las homilías de la mañana. En la Capilla de la Domus Sanctae Marthae,* vol. 1, «Homilía del 5-6-2013», Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2013.

24 *Sermón 105*, P. de Luis Vizcaíno, O.S.A. (trad. esp.), http:// www.augustinus.it.

25 Si estás interesado en este tema, te recomendaría ver la película *Ostrov*, de Pavel Lungin, conocida en los países hispanohablantes como *La isla* y comercializada en España con el título de *Exorcismo*. Una joya del cine que te ayudará personalmente, estoy seguro, y también a adentrarte en la espiritualidad ortodoxa.

26 San Juan de la Cruz, «Las cautelas»*,* en *Obras completas de san Juan de la Cruz,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1982, p. 57.

27 Pablo VI, Audiencia general del 23-02-1977, en J. M. Iraburu, *Sacralidad y secularización*, Gratis Date, Pamplona, 2005, p. 7.

28 CIgC, 409.

29 Sor Isabel de la Trinidad, *Cartas*, 123. Ver M. Ordóñez Villarroel (trad. esp.) *Sor Isabel de la Trinidad. Obras completas,* Monte Carmelo, Burgos, 2009.

30 *Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma de 2011,* Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2010.

31 En inglés: «All that is gold does not glitter».

32 A. Spadaro, S.J., «Entrevista al Papa Francisco»*, L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, Año XLV, n. 39 (2.333), viernes 27 de septiembre de 2013.

33 Sermón sobre los pastores 46, 10-11, en *Leccionario Bienal Bíblico-*

Patrístico de la Liturgia de las Horas, Tomo III, Monte Casino, Zamora, 2005, p. 1364.

34 Aprovecho la ocasión para solicitar formalmente que se corrija la traducción de este verso en su versión española. Me da escalofríos pensar en cuántos lectores se habrán encontrado con «No es oro todo lo que reluce» y han dado por hecho que es así es como quiso Tolkien que fuera. Seguro que algún escribano de Mordor ha tenido algo que ver en todo este malentendido.

35 *Hypognosticon*, libro 3. Ver santo Tomás de Aquino, *Catena Aurea* Lc 10,25-37, en http://hjg.com.ar/catena/.

36 *Ex Illius ethicis*. Ib.

37 Cf. Gén 32, 23-33.

38 Cf. T. Kempis, *La imitación de Cristo*, libro II, caps. 11-12, Gestión Editora, Barcelona, 2007, pp. 221-243.

39 Entre la extensísima bibliografía que existe sobre el tema, recomiendo por su claridad: R. de la Cierva, *Los rituales secretos de la Masonería anticristiana,* Fénix, Madrid, 2010.

40 Por ejemplo, ver *Margaret Sanger y el origen esotérico, gnóstico, teosófico y racista de la ideología de género,* en http://www.religionenlibertad.com/margaret-sanger-y-el-origen-esoterico-gnostico-teosofico-y-racista-de-43745.htm

41 *Gaudium et Spes*, 37b.

42 Sermón 340. Citado en *Lumen gentium*, 32.

43 Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 16, sobre el apostolado de los laicos, del concilio Vaticano II.

44 Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, n. 62.

45 R. Cantalamessa, *El concilio Vaticano II: 50 años después. Segunda prédica de Adviento, una clave de lectura,* http://www.cantalamessa.org/?p=1910&lang=es.

46 Santo Tomás de Aquino, *Ad Ephesios*, n. 44, en Congregación para el Clero, http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/pt/kqa.htm.

47 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 269. De nuevo un caso de traducción efectuada por un escribano de Mordor. La edición española dice: «No concibo a los enanos como judíos» donde Tolkien dice: «I do think of the Dwarves like Jews», es decir, exactamente lo contrario. Ver *The Letters of J. R. R. Tolkien*, Houghton Mifflin, Boston, 1.981, n. 176.

48 Última entrevista a J. R. R. Tolkien. Programa *Now read on...,* BBC radio 4. Enero de 1971. Para la versión original en inglés, ver http://www.uv.es/~fores/jrtoa2.html, en el sitio web de la Universidad de Valencia.

49 Sin embargo, Tolkien niega explícitamente esta relación en el borrador de una carta que, nótese, no llegó a enviar: «No existe conexión concebible entre las minas de los Enanos y la historia de

Abraham. Repudio por entero semejantes significaciones y simbolismos. Mi mente no funciona de ese modo; y (según mi opinión) se deja usted extraviar por una semejanza puramente fortuita, más obvia en la escritura que en el habla, que ninguna significación intencionada de mi historia puede justificar». Cartas de J. R. R. Tolkien, ed. cit. p. 444. ¿Por qué mantengo, pues, esta interpretación? Porque, como en muchas otras ocasiones, Tolkien no quiere confesar los significados de sus símbolos ya que no quiere obligar al lector a entender lo que quiere el autor, sino lo que aplica el lector. Para él, la historia necesita tener coherencia en sí misma y no en los símbolos que utiliza, por eso siempre lleva la contraria a quien pretende interpretar sus historias (es decir, lo que estoy haciendo yo con este libro, que el profesor me perdone). Además, como ya hemos visto en la introducción, Tolkien no permitirá que nadie ponga por escrito el significado cristiano de sus historias con el fin de preservar el «secreto», de modo que ninguna censura llegue a prohibirlo y pueda llegar a cuantos más lectores (y si están bajo persecución) mejor. Sin embargo, aunque Tolkien se niegue a admitir que «Moria» es «Moria», los hechos van abrumadoramente en su contra. Por ejemplo al admitir que los enanos son los hebreos, ¿qué sentido tiene que el corazón de su reino se llame Moria sino quiere que nadie lo identifique con el monte del Templo? Al viejo inventor de lenguas que cambia el nombre de Frodo no menos de diez veces antes de otorgárselo definitivamente a nuestro hobbit, ¿no se le ocurre otro nombre? ¿Y la piedra del Arca? Sólo su nombre es ya una evidente connotación. Aquel que acuñó la preciosa palabra «Silmaril» para referirse a un tipo de joya maravillosa (ya antes de escribir *El Hobbit*), ¿no podría haber acuñado otra tan magnífica para denominar al corazón de la montaña de los enanos-hebreos? Sin embargo, como veremos enseguida, hay otros símbolos que Tolkien sí reconocerá como imágenes cristianas, probablemente porque nunca imaginó que sus cartas personales —y menos aún las no enviadas— fueran a ser publicadas alguna vez y devoradas por el gran público.

50 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 473.

51 Ib., p. 337.

52 Ib., p. 203.

53 Ib., p. 501.

54 Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n. 56.

55 T. Kempis, *Imitación de María,* San Pablo, Buenos Aires, 2010, pp. 20-21.

56 Palabras de la Virgen María a san Juan Diego de Guadalupe.

57 San León Magno, *Sermón 25, 5* y *Sermón 29, 1*, en E. Jiménez Hernández, *María madre del redentor*, Grafite, Bilbao, 2001, p. 347.

58 Ver la interesantísima carta n. 250. Una joya que muestra,

además, el modo en el cual Tolkien transmitía la fe a sus hijos y los animaba a permanecer fieles a la Iglesia.

59 Ver, por ejemplo, *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., n. 210, n. 213.

60 San León Magno, *Sermón sobre la pasión*, 12, en *Leccionario Bienal Bíblico-Patrístico de la Liturgia de las Horas*, Tomo III, Monte Casino, Zamora, 2005,
p. 1305.

61 San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, en J. Tissot, *El arte de aprovechar nuestras faltas*, Palabra, Madrid, 2008, p. 42.

62 M. Quesada Campos, «No me tientes», en *Tolkien. Redescubriendo el lenguaje del mito y la aventura,* Eas, Alicante, 2014, pp. 165-172.

63 San Juan Pablo II, Audiencia del miércoles 13 de junio de 2001, en *Laudes con el Papa*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006, pp. 25-27.

64 Íd.

65 J. Ratzinger, *Dios y el mundo. Una conversación con Peter Seewald,* Random House, Barcelona, 2005, pp. 132-134.

66 San Raimundo de Peñafort, «De una carta», en *Liturgia de las Horas*, tomo I, Coeditores Litúrgicos, Madrid, 1998, pp. 1072-1073.

67 CIgC, n. 2115.

68 CIgC, n. 2116.

69 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 275.

70 N. de Zica, *Oración por los enemigos*, B. Moreno Ramos (ed. y trad. esp.), en http://infocatolica.com/blog/espadadedoblefilo.php/1212301011-oracion-por-los-enemigos-de-n.

71 Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium,* n. 164-165.

72 CIgC, n. 680.

73 CIgC, n. 675.

74 CIgC, n. 677.

75 Íd.

76 Todas las citas de san Gregorio de Nisa de R. Cornavaca, O. Pereraro (ed. y trad. esp.), *Homilías sobre el Eclesiastés,* Ciudad Nueva, Madrid, 2012, pp. 156-161.

77 CIgC, n. 675.

78 Cf. J. F. de Retana, L. Regnault, A. Feliz, J. Moreno, *Las Sentencias de los Padres del desierto. Recensión de Pelagio y Juan,* Desclée de Brouwer, Bilbao, 1989, pp. 276-277.

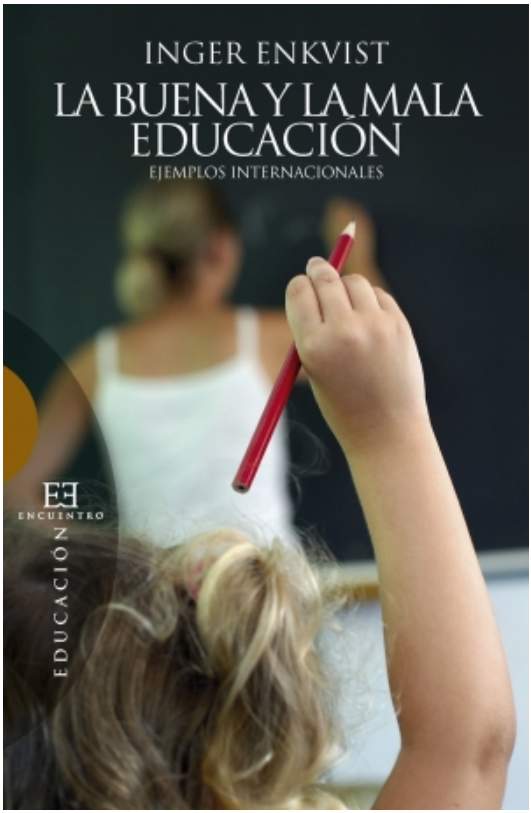
79 J. R. R. Tolkien, «Sobre los cuentos de hadas», ed. cit., p. 316.

80 Por ejemplo, ver *Cartas de J. R. R. Tolkien,* ed. cit., n. 89.

81 San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis XII,* cf. A. Ortega (trad. esp.), *San Cirilo de Jerusalén. Las catequesis*, tomo II, Apostolado Mariano, Sevilla, 1990,
pp. 3-13.

82 *Cartas de J. R. R. Tolkien*, ed. cit., p. 260.

83 Cf., Ib., pp. 274-275.
84 Cf., Ib., pp. 296-297.
85 Ver B. Botte, *Los orígenes de la Navidad y de la Epifanía,* Taurus, Madrid, 1964, pp. 87-88.
86 San Cirilo de Jerusalén, «Catequesis XX», en *Bautismo y Catecumenado en la tradición patrística y litúrgica*, Grafite, Bilbao, 1998, p. 570.
87 San Ambrosio de Milán, «Tratado sobre los misterios VII, 34», Ib., p. 594-595.
88 Santa Teresa Benedicta de la Cruz (E. Stein), «Las bodas del cordero», en *Los caminos del silencio interior,* Bonum, Buenos Aires, 2007, p. 113.
89 Orígenes, «Homilía 4 sobre el libro de Josué», en *Leccionario Bienal Bíblico-Patrístico de la Liturgia de las Horas*, Tomo IV, Monte Casino, Zamora, 2005, p. 880.



La buena y la mala educación

Enkvist, Inger
9788499209906
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El presente libro tiene el propósito de explicar en qué consiste la buena calidad educativa. Estudiando diversos sistemas escolares, tanto con buenos como con malos resultados, se muestran las razones por las que el modelo educativo prevaleciente en muchos países occidentales no funciona. Y propone un cambio de mentalidad y política educativa en la que el esfuerzo del alumno, el apoyo de la familia y el aprendizaje de los contenidos y, muy especialmente, de la lengua tengan un papel central.

Cómpralo y empieza a leer

Cien preguntas sobre el islam

Khalil Samir, Samir
9788490553411
214 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En estos últimos años han tenido lugar significativos acontecimientos --conflictos armados, inmigración masiva, atentados terroristas, revueltas ciudadanas-- relacionados con la religión islámica que han afectado de lleno a nuestras vidas. Esto ha conllevado que surjan viejos y nuevos interrogantes sobre una realidad de la que participan mil doscientos millones de personas en el mundo y que es, al mismo tiempo, religiosa, cultural y política. En este libro-entrevista, Samir Khalil Samir, uno de los mayores expertos en el mundo islámico a nivel internacional, responde a todo tipo de cuestiones de carácter histórico, doctrinal, social y político relacionadas con el islam,

permitiendo que lo conozcamos y valoremos sin prejuicios y sin ingenuidad, elementos necesarios para construir formas de convivencia adecuadas con aquellos seguidores de Mahoma que son ya vecinos nuestros.

Cómpralo y empieza a leer

La guerra civil y los problemas de la democracia en España

Moa, Pío
9788490558041
316 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué consecuencias de la guerra civil llegan hasta hoy? ¿Cómo influyó aquella contienda en el resto de Europa y el resto de Europa en España? ¿Cuál fue la verdadera estrategia de Hitler y de Stalin? ¿Tuvo posibilidad de ganar el Frente Popular y qué habría pasado en tal caso? ¿Qué se jugaba realmente en el conflicto y qué papel desempeñó en él la democracia? ¿Fue una lucha estéril? ¿Por qué la democracia ha tenido tantas dificultades para asentarse en España y en gran parte de Europa? ¿Está segura hoy en España?... Estos y

otros asuntos son tratados en este libro, que se distancia de los enfoques habituales al plantear cuestiones generalmente pasadas por alto, ya indicadas en sus cuatro partes: 1. Desarrollo de la guerra civil. Un análisis crítico. 2. Cuestiones básicas sobre la guerra de España. 3. Los problemas de la democracia en España. 4. El debate sobre la guerra y el pasado próximo. Ochenta años después de comenzada aquella contienda, sin duda el suceso más decisivo de la España del siglo XX, se impone un análisis en profundidad de sus efectos, alejándose de pasiones y de odios todavía demasiado frecuentes.

Cómpralo y empieza a leer

Amar con los brazos abiertos

Baeza, Carmela
9788490558218
154 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este pequeño-gran libro nos explica, basándose en la información científica más reciente y en muchos años de experiencia profesional y personal de su autora, el modo en el que está "diseñada" la relación entre la madre y su bebé para que tenga lugar la lactancia materna, los factores que en nuestro mundo de hoy la hacen difícil y a veces imposible, y algunas claves para intentar que todo vaya mejor. Esta segunda edición, corregida y aumentada, mantiene su carácter de libro anti-manual, breve, intenso y científico pero, sobre todo, amoroso; nos abre la puerta a entender y sentir cómo podemos vivir con gusto la crianza y la maternidad.

Cómpralo y empieza a leer

La belleza desarmada

Carrón, Julián
9788490558133
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Como toda crisis, la actual "nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas, pero, en cualquier caso, juicios directos, no preestablecidos" (Hannah Arendt). Es, por tanto, una invitación a abrirnos a los demás y, para los cristianos, una ocasión para verificar la capacidad de la fe para dar respuesta a los nuevos desafíos y mantener un diálogo a campo abierto en el espacio público. Julián Carrón, responsable actual de Comunión y Liberación, una de las realidades eclesiales más relevantes de las últimas décadas, reflexiona sobre nuestra actual situación de "cambio de época". En este libro nos plantea de qué modo la propuesta cristiana puede ser atrayente para el hombre de hoy y contribuir a la

construcción de espacios de libertad y convivencia en nuestra sociedad plural. El acceso a la verdad sólo es posible a través de la libertad. La historia es el espacio del diálogo en libertad, "lo cual no quiere decir que sea un espacio vacío, desierto de propuestas de vida. Porque de la nada no se vive. Nadie puede mantenerse en pie, tener una relación constructiva con la realidad, sin algo por lo que valga la pena vivir, sin una hipótesis de significado".

Cómpralo y empieza a leer